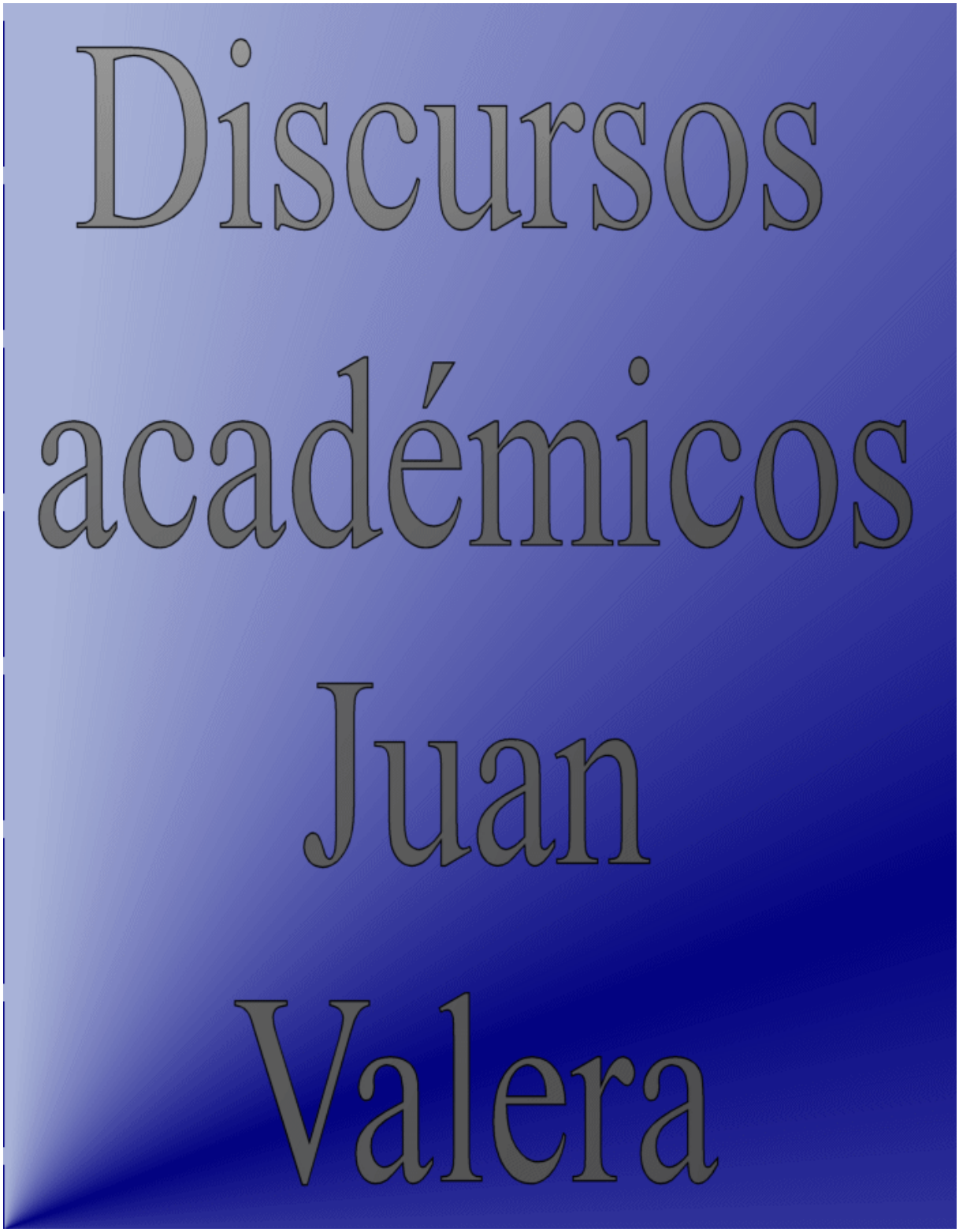
Discursos académicos
Juan Valera




LIBROdot.com
http://www.librodot.com

# La poesía popular, ejemplo del punto en que deberían coincidir la idea vulgar y la idea académica sobre la lengua castellana

Discurso leído por el autor en el acto de su recepción en la Real Academia Española el día 16 de marzo de 1862

SEÑORES:

Tiempo ha que tuve la honra, deseada con la mayor vehemencia, y franca y poco modestamente pretendida por mí, de ser elegido y llamado a tomar asiento en esta ilustre y sabia Academia. Cosa natural parecía que quien tan impaciente se mostró en desearlo, se hubiese apresurado, una vez conseguido, a gozar de ello por completo; y así, no extraño, antes juzgo muy fundada vuestra sorpresa, y aun juzgaría razonable vuestro enojo, si de vuestra bondad se pudiera presumir o recelar que lo hubieseis tenido, al notar mi tardanza en presentarme ante vosotros a recibir un favor solicitado con empeño y ahínco, y que vosotros me concedisteis haciendo de mi deseo mérito y dando al fervor de mi pretensión valer bastante para que se me lograse.

¿Qué no habréis podido suponer y censurar en mi conducta al verme en el pretender tan audaz y diligente, y tan tibio y perezoso en cumplir la única condición que pusisteis al logro de mi deseo, dilatando yo el plazo de satisfacerlo?

Daros como excusa y explicación de esta tardanza mis ocupaciones, antes sería agravar mi falta que no disculparla. Para mí no hay, ni debió haber, desde el momento en que, con mano franca y benévola, me abristeis las puertas de esta casa, otro cuidado ni otro empleo más importantes que los de acudir a ella y entrar en ella. Mi modo de proceder no tiene más que una explicación, y voy a dárosla.

Escribiendo yo apresuradamente y todos los días en los periódicos, y escribiendo, sobre asuntos que sólo tienen una importancia efímera, obrillas que han de vivir un día, sin dar tiempo ni para que sean estimadas ni desestimadas, ni para que por ellas se aquilate el valor de mi estilo, apenas me sentí llamado por vosotros, cuando reflexioné que para entrar aquí había de presentar un escrito, si breve, duradero, y había de dar razón de mí, cual, siendo indigna de esta Academia, perpetuaría la indignidad, porque la Academia comunicaría su vida y su duración a mi escrito, y no sería éste, como otros muchos escritos míos, perdidos en el inmenso fárrago de los periódicos, y condenados al olvido para siempre.

Estas consideraciones me infundieron grandísimo temor, aunque tardío, y parándome delante, cuando he tratado de poner manos a la obra, lo han venido a estorbar, luchando con mi deseo nunca menos vivo de estar entre vosotros y de ser uno de vosotros, aunque sin merecerlo.

La modestia, el saber profundo y la singular discreción de la persona cuyo asiento voy a ocupar aquí, del señor don Jerónimo del Campo, en cuya alabanza no me dilato, por haberlo ya hecho una elegante y autorizada pluma, contribuían asimismo a retraerme y a acobardarme, temeroso del parangón y de la competencia que había de hacer su recuerdo, grabado en vuestras almas, con el humilde sujeto que os habla ahora.

Yo, que soy orgulloso, pero que tengo poquísima vanidad, vacilaba y me arredraba. Por último, venció en mí el anhelo de alcanzar la honra de pertenecer a esta Corporación; pero todavía hubo de salirme al encuentro una dificultad gravísima. ¿De qué acertaría yo a hablaros que pudiese fijar vuestra atención? ¿Qué podría yo deciros que no supieseis? ¿Qué punto tocaría yo que no os pareciese enojoso?

Mucho he cavilado sobre esto, y al cabo he pensado que nada sería menos impropio, nada más natural que traeros noticia, al entrar en este santuario de las letras, de lo que se piensa de las letras entre los profanos, comparando la mente del vulgo, su pensamiento sobre el lenguaje, en sus dos manifestaciones, la prosa y la poesía, con el pensamiento que en esta Academia preside. Yo, señores, no presumo de enseñaros nada; sólo quiero exponeros mi parecer y transmitiros mis observaciones sobre la idea vulgar que hoy se tiene acerca del habla castellana y sobre la idea que en mi sentir debe tener esta Academia. El punto en que coinciden, o sería razonable que coincidiesen, el vulgo y los discretos y los doctos, es la poesía popular, la cual será también asunto de mi discurso, pero más como ejemplo y medio de mostrar mi pensamiento que como fin y objeto de él.

Andan ahora muy validas ciertas opiniones, que, con apariencia de verdad, envuelven errores lastimosísimos, los cuales importa combatir y deshacer, no cortándolos y segándolos, como mala hierba, del ameno y fértil campo de la literatura, sino cavando en él profundamente, hasta hallar sus raíces, para arrancarlas de cuajo, a fin de que no retoñen.

Yo creo que nunca como ahora es fácil obrar de este modo, porque a la crítica, fundada antes en la mera experiencia, y, por consiguiente, limitada, como todo lo que proviene de la inducción, ha sucedido otra crítica, deducida de altos principios filosóficos, la cual comprende todos los casos particulares, y sirve de norma y regla para esclarecerlos y juzgarlos. Así como hay una ciencia matemática, que determina las leyes según las cuales percibe y abarca el entendimiento todos los seres del Universo sensible, así hay también una filosofía del arte, con cuyo auxilio y luz, si no se va tan seguro y si no se ve tan claro como con las matemáticas, se alcanza y se columbra más que con los simples preceptos, fundados en el sentido común o en la observación juiciosa, aunque no sostenidos en otro más filosófico y sólido fundamento.

No soy denigrador del tiempo presente. Creo que pocos períodos literarios más brillantes y más fecundos ha habido en España que éste en que vivimos. Pero reconociendo, como reconozco, sus excelencias, no puedo menos de notar sus defectos, y no quiero disimularlos por alcanzar favor entre el vulgo. El saber, así en literatura como en otras muchas cosas, se ha extendido maravillosamente en estos últimos años. Y esto, aunque ha traído muchos bienes, no se ha de negar que ha traído inconvenientes no pequeños. El saber no se ha derramado por todas partes, al modo que se derraman, con tiempo y medida, por mil canales distintos, las aguas de una esclusa, y van a regar y a fecundar la tierra, sino como estas mismas aguas cuando rompen con ímpetu y furia el malecón que las detiene, y van a inundar los campos, que no están preparados a recibirlas, y que sólo producen zarzas y abrojos, fecundados por su riego.

De la divulgación del saber ha tenido por fuerza que originarse un saber imperfectísimo y vicioso, sólo comparable con esos abrojos y esas zarzas, de donde, como fruto desabrido y amargo, nacen el menosprecio del verdadero saber y las erradas doctrinas en que este menosprecio se apoya.

La política, la filosofía, todas las ciencias y artes que hoy en España se cultivan, adolecen por lo común del mismo achique. Hay una falta de respeto a la autoridad, que, si fuese razonable, hallaría disculpa a mis ojos, pues atribución propia de la ciencia es desconocer y

aun negar la autoridad en nombre de la razón; pero me condeno, por ir las más veces contra la razón misma, buscando para ello pretextos vanos y apoyándose en paradojas o mal entendidas verdades.

De estas verdades entendidas a medias, de estos errores que, por ser incompletas verdades, son más peligrosos y contagiosos que los errores en todo, voy a combatir los que al lenguaje se refieren o en él influyen, prevaleciendo hoy, no ya sólo entre el vulgo, sino entre bastantes personas de notable ingenio y de alguna educación literaria. Pues es de saber que estos errores no emanan siempre de total ignorancia; antes se fundan a veces en la pasión y proceden de otros o filosóficos o políticos, partiéndose en dos corrientes opuestas: la de aquellos hombres que sueñan con un progreso omnímodo y quieren una renovación universal, y la de aquellos que, apegados a la tradición, retroceden o se aíslan.

Ambas corrientes, en lo que toca a la lengua y a la literatura, tienen cierto carácter democrático. Unos son amigos de lo nuevo, y creen que el mucho saber que han adquirido, y los altos pensamientos filosóficos que conciben, y las novedades peregrinas que ensenan, aprendidas las más en libros franceses, no caben en la estrechez de nuestro idioma y quieren ensancharlo para que quepan con holgura, por donde lo afean y lo destrozan de una manera bárbara. Otros, entendiendo mal lo que por popular, así en poesía como en prosa, ha de entenderse, y juzgando que no es bueno sino lo que al vulgo place y lo que está al alcance del vulgo, se bajan hasta él en el pensar y en el sentir, y sólo emplean en lo que piensan, sienten y dicen las palabras más vulgares y usadas, censurando al que se vale de otras más raras, nobles y sublimes. Así avillanan, amenguan y mutilan nuestro idioma, de suyo rico y hermoso. Pero tanto los que piensan de una manera como los que piensan de otra suelen convenir en un punto, a saber: en que la inspiración no es compatible con la reflexión y la crítica, y en que la inspiración decae o muere cuando la crítica y la reflexión se le adelantan. De aquí nace la vana creencia de que el escribir no es arte, sino instinto; de que el pensamiento es lo que vale, y de que nada vale la forma, estableciendo entre el pensamiento y la forma de que va revestido una diferencia y hasta un divorcio que jamás existieron.

Del primer defecto adolecen muchos de los nuevos filósofos y políticos, que abusan de un tecnicismo innecesario, y que piensan mejorar el lenguaje alterándolo y hasta vaciándolo en una nueva turquesa, sin comprender que todas sus teorías, y aun otras más sutiles, alambicadas y profundas, pueden expresarse en el habla en que nuestros grandes místicos se expresaron. Es más: yo entiendo que sí la filosofía hubiera menester de una renovación del idioma español para medrar y florecer en España, deberíamos todos los españoles abandonar para siempre el estudio de la filosofía. Si una nación como la nuestra, que lleva ya tantos siglos de civilización, aún no hubiese creado un idioma propio para las ciencias filosóficas, y capaz de expresar sus verdades, sería señal evidente de que el espíritu filosófico de los españoles era nulo, y vano el empeño de importarlo de Francia o de Alemania. Bueno es que un sistema, que una doctrina, se importen; pero no puede importarse el espíritu que ha de comprenderlos, apropiárselos, imprimirles un carácter nacional y castizo y hacerlos fecundos. Así es que cuando yo leo los libros de filosofía que privan ahora, donde, para mostrar ideas de algún soñador o pensador alemán, se vale quien las divulga de frase bárbara y peregrina, me aflijo por él y por todos los españoles, y llego a dudar de si seremos aptos para esta clase de estudios. Llego a temer asimismo que el espíritu nacional, ofendido del menosprecio en que se tiene su primera y más espontánea manifestación, la lengua, nos deje de su mano y se retire y aparte de nosotros.

Y no se crea que condeno la introducción de sistemas de otros países; no se crea que entiendo de un modo mezquino lo castizo y lo nacional, fingiéndome en mi patria una originalidad que no existe ni ha existido nunca, y encastillándome en mi patria para conservarle esa originalidad fabulosa. Harto sé que una ciencia, una verdad, una doctrina, no

deben desecharse por ser extranjeras. Por cima del espíritu nacional está el espíritu de la Humanidad toda, el cual contiene en sí a los demás espíritus y lleva en su seno las más diversas y originales civilizaciones. Espíritu nacional que se aísla, civilización nacional que se aparta de ese espíritu superior que no lo sigue en su constante movimiento, en su ascensión perennes, es como ramo que del árbol se desgaja, es como flor que, desprendida del tallo, se marchita y fenece. No es justo ni útil, sino perjudicial y mortífero, el apartarse del espíritu de la Humanidad. Cuanto de él proviene es propio de las naciones todas. En la suprema órbita, en la sublime esfera en que él gira y por donde lleva todas las cosas a su término de perfección, y va elevando a todas las inteligencias creadas, las inteligencias todas han de estar en comunicación y consorcio si es que no quieren perecer, porque aquella es su vida[1].

El arte vino de Grecia y de Italia; la religión, de Palestina; mas no por eso dejaron de ser recibidos como propios, no como forasteros y extraños. Y sin dejar de ser el arte entre nosotros la realización de la belleza, tal como la conciben y la aman todos los hombres, y sin dejar de ser la religión la única verdadera, la universal, la católica, el arte y la religión tuvieron en España, en cuanto era compatible con el distinto ser de ambas cosas, esto es, más o menos accidentalmente, su carácter propio, su fisonomía española, ya considerado en sí cada uno, ya ambos en su fecundísima unión. De esta suerte, las vírgenes de Murillo son creaciones católicas, universales; responden al pensamiento que de la Virgen madre tiene todo el género humano, y no dejan de ser obras españolas, castizas, propias del arte español. De esta suerte también, *Los nombres de Cristo*, de fray Luis de León, en su esencia son católica, universal teología, y en sus accidentes, no sólo de la forma, no sólo del lenguaje, del estilo, sino hasta del giro y condición peculiar del pensamiento, son castizamente españoles. Ni dejando de ser originales y castizos, siguieron entre nosotros, a Zenón y a Séneca, Quevedo; a Platón, Fonseca; y a Aristóteles, otros muchos sabios.

La civilización es una, el espíritu es uno, la idea es una, pero se manifiestan de diverso modo entre cada nación, entre cada gente, en cada lengua y en cada raza. No envían a ellas sus adelantos para que se sobrepongan al saber antiguo y a la antigua y propia civilización, ni para que éste crezca, como crecen los cuerpos inorgánicos, por superposición de capas, sino que se infunden en las entrañas de su maravilloso organismo, y se identifican con él por tal arte, que vienen a convertirse en una misma cosa; y el nuevo elemento de civilización y la civilización antigua cobran el mismo ser y la misma sustancia, y juntos constituyen una sola esencia, dentro de la universal civilización, y subordinados al espíritu que lo comprende todo.

Digo, pues, que si los sistemas novísimos de filosofía alemana o francesa viniesen de este modo a nosotros, serían aceptables por todo estilo. Lo que hubiese en ellos contrario a nuestro espíritu nacional desaparecería, se segregaría de él, cuando él se los asimilara; lo que no le fuese contrario vendría a corroborarlo y a magnificarlo.

Esta es la salud y éste el verdadero progreso del espíritu de una nación. Las nuevas ideas entran en él y no se le sobreponen. Son como los alimentos en un cuerpo orgánico y sano, que se transforman en la propia sustancia del cuerpo y le dan nutrimiento y desarrollo, apartando de sí lo que repugna a su naturaleza.

El lenguaje, que es la obra más instintiva del espíritu nacional, crece o puede crecer, pero sin alterarse en la esencia, ni aun en la forma. Los idiomas llegan acaso a un momento de

[1] Esta existencia, esta vida propia y superior que doy aquí al espíritu nacional, y sobre el espíritu nacional al espíritu del mundo, es doctrina de Hegel, y aun se asemeja a la doctrina de Emerson, en su ensayo titulado *Oversoul*; pero en la filosofía del alemán y en la del angloamericano hay un gran elemento platónico, que es el que acepto, desechando el elemento panteístico. Yo doy cierta realidad al *alma suprema* o al *espíritu del mundo*, como se la doy a otras ideas, que como ideas están en una sola idea, y ésta en Dios; si bien no deja de existir el mundo real con existencia distinta. (N. del A.)

perfección, en el cual no es posible tampoco mayor crecimiento orgánico y verdadero, sino excrecencia inorgánica, aluvión de voces bárbaras, venidas sin orden ni concierto, y sobrepuestas y abrazadas a él para empañar su tersa y pulida belleza, secar su frescura y consumir su vida. Las palabras y los giros, introducidos así, son como la hiedra que se ciñe a un tronco viejo y le da cierta apariencia vistosa de verdura; pero apretándolo de tal suerte que lo seca y le impide al cabo echar sus naturales hojas y su propio fruto. Pasados ciertos períodos de civilización, es difícil que un idioma se mejore, o conserve su ser con leves alteraciones accidentales, o decae y se corrompe. Así el latín, después del siglo de Augusto, empieza a adquirir aparente riqueza de palabras célticas y de otras lenguas bárbaras, y, sin embargo, o por lo mismo, decae. Y si el griego no decae también, después del Magno Alejandro, y si en muchas ocasiones guarda aún y luce su hermosura, se lo debe a la exquisita delicadeza y a la duradera virtud del in genio helénico, al buen gusto de aquella nación y al estudio asiduo y constante de los antiguos modelos. Así es como, después de las conquistas de Alejandro, florecen aún la literatura y la lengua griegas, bajo el cetro y la protección de los Ptolomeos, dando dichosa muestra de sí en Teócrito, en Calímaco, en Apolonio de Rodas, imitado por Virgilio y en otros poetas líricos, épicos y bucólicos; se dilatan, pasando por el excelente y divino Plutarco, hasta los últimos tiempos del Imperio de Roma, y muestran, bien de una manera artificial y estudiada, la primitiva candidez y la juvenil frescura en *las Pastorales*, de Longo, y la severidad didáctica y la claridad y nitidez del estilo, en los escritos del maestro de la gran Zenobia. Este esmero y cuidado que pusieron los griegos en conservar su idioma y por consiguiente, el espíritu nacional, que en él está embebido, les sirvió de mucho para conservar también el ser de su civilización y para difundirla y verterla por el mundo, desde el Cáucaso hasta la Libia, desde la India y Persia hasta más allá de las Columnas de Hércules, aun después de arruinado su poder político y derrocado su imperio. Después de las conquistas del héroe de Macedonia llevaron por toda el Asia su saber y su literatura, la cual penetró y hasta influyó en la India, creando allí tal vez el arte dramático y modificando la filosofía, ora por el trato frecuente con la Corte de los reyes griegos de la Bactriana, ora por el comercio de las naves griegas que por el mar Rojo iban a Egipto, ora por los embajadores y sabios que enviaban los Seléucidas y los Ptolomeos entre los brahmines[2]. Las colonias griegas, esparcidas por todo el mundo conocido entonces, desde Marsella hasta Crimea, desde el Ponto y la Armenia hasta el Penjab, guardaron en su pureza el espíritu nacional y el habla en que se contiene, y produjeron brillantísimas escuelas literarias, como, por ejemplo, la de Tarsos, que dio nacimiento a Estrabón. La influencia de la literatura griega se extendió indudablemente hasta China, y acaso contribuyó a perfeccionar la secta de Lao-Zu. Roma, vencedora, se rindió también a las artes y letras de Grecia; los árabes las aprendieron e imitaron, y aun en época más reciente, los refugiados de Constantinopla, presa de los turcos, concurrieron al renacimiento de la civilización entre los latinos.

La religión cristiana, lejos de alterar o cambiar el espíritu y el idioma de Grecia, vino a darles, injertándose en ellos, nueva fecundidad y vida. Los santos padres algo más nuevo traerían que expresar y que decir que los imitadores de los filósofos alemanes que tenemos hoy en España. Los santos padres, no sólo traían una filosofía nueva, sino nueva religión, nueva moral y nueva política, y, sin embargo, no creyeron indispensable ni conveniente buscar otras palabras y otros giros, afear y dislocar el griego para expresar en él tan grandes novedades, las mayores novedades que ha habido en el mundo. ¿Por qué, pues, se ha de afear y dislocar el castellano para expresar en él las novedades de Kant, de Hegel o de Krause?

---

[2] Sobre el influjo de la literatura griega en las ciencias y en la poesía de la india se puede ver la obra del doctor A. Weber titulada *Akademische Vorlesungen über indische Literaturgeschichte*. Puede leerse asimismo una sabia disertación del propio autor que lleva por título *Die Verbindungen Indies mit den Lündern im Westen*. (N. del A.)

La verdadera y gran corrupción de la lengua griega vino después con el Bajo Imperio y coincidió con la admisión de voces peregrinas, que desfiguraron y empobrecieron el idioma, haciendo caer en desuso las voces propias y acabando con bu riqueza en las formas, las cuales se simplificaron, analizándose o desatándose[3].

Esto tiene su razón de ser filosófica, porque cada lengua brota del genio de la raza que la habla, como brota la flor de su germen, y ya en el germen van todas las condiciones y todas las excelencias de la flor cifradas y compendiadas; de suerte que lo que no está en el germen es imposible que más tarde en la flor aparezca y logre desenvolverse, y tacharíamos de loco al que quisiese poner en la flor otra hermosura u otro perfume de los que en su naturaleza hay, porque éste, en vez de mejorar la flor, la deshojaría y marchitaría.

Las lenguas, si pensamos cristianamente, se ha de creer que nacieron por revelación, de un modo divino, y, si por acaso seguimos el parecer de los más sabios filósofos y etnógrafos racionalistas se ha de suponer que nacieron por inspiración, esto es, de un modo semidivino, aunque natural, en el momento misterioso en que se despertó la conciencia del linaje humano. Las lenguas, pues, ya se discurra de un modo, ya de otro, fueron fruto del instinto, de la espontaneidad, del milagro, no de la reflexión y del estudio. Cada pueblo creó la suya como forma sensible, como emanación de su genio, inspirado por el espectáculo de la circunstante Naturaleza. Cuando el idioma fue primitivo, lo sacó todo de su propio ser, y cuando fue derivado, puso en su fábrica materiales del antiguo, ya corrompido o muerto. En el primer caso, el pueblo se puede afirmar que se creó a sí propio; en el segundo, que se transformó en otro pueblo. La adopción de un nuevo idioma no es posible sin una mudanza grandísima en el ser del pueblo que lo adopta. Pero el pueblo, ora cree, ora mude el lenguaje, lo hace instintivamente: los sabios y escritores que anhelan realizar cambios tan radicales, sólo consiguen corromper y no crear. La reflexión rara vez pone en el lenguaje perfecciones y calidades nuevas, si bien las ordena y clasifica; la reflexión apenas desenvuelve el lenguaje, si bien escribe y formula las leyes naturales que presiden su desenvolvimiento. La gramática, la retórica y la poética, posteriores a Homero, a Herodoto y a Tucídides, no hicieron más que enseñar a escribir reflexivamente, como por instinto escribieron aquellos admirables escritores[4].

En suma: así como los chinos se han elevado a un grado de civilización altísimo y han conservado una lengua monosilábica, menos rica de formas que la lengua de los hotentotes; así como el griego no se hermoseó ni perfeccionó sino que decayó al aceptar palabras y modismos bárbaros, y así como San Clemente de Alejandría, San Gregorio de Nisa y San Juan Crisóstomo, en prosa, y San Basilio, Sinesio y Nonno, en poesía, escribieron y cantaron como Platón, Demóstenes, Aristóteles y Homero, aunque escribían y cantaban de la nueva más pasmosa, de la *buena nueva* y aun de mucho de la novísima civilización, que de ella emana y que ya en esperanza iban descubriendo, así me parece que nuestra lengua, aunque fuese tan defectuosa como la de los chinos, permanecería tan defectuosa o dejarían ellos de ser chinos y nosotros españoles; así me parece que la introducción de tantas voces y giros

---

[3] Sobre las diferencias que median entre el antiguo idioma griego y el de ahora, véase el Συνοπτικὸς παραλληλισμὸς τῆς ἑλληνικῆς καὶ ἁπλοελληνικῆς γλώσσης[3.1], escrito por Julio David. (N. del A.)

[4] Hemos tenido en cuenta, al hablar de estas cosas, *L'origine du langage*, de Renán; *Der Usprung der Sprache*, de Steinthal, y lo que dicen los modernos apologistas católicos, como Wiseman, Nicolás y otros. (N. del A.)

nuevos lleva a la corrupción y no a la mejora, y así me parece, por último, que, imitando en algo a los padres griegos, pudieran estos filósofos de ahora introducir esas novedades germánicas, que al fin no son tan altas ni tan extrañas novedades, acomodándolas de modo que se hicieran consustanciales a la índole y ser del espíritu y del idioma de nuestra nación. Todo lo demás que se haga se puede tachar de extrañamiento y de apartamiento de la patria, si no en cuerpo, en alma, que es muchísimo peor. Es como si dijéramos al espíritu nacional: «Quédate ahí, que estás viejo y torpe, y yo me alejo de ti, y sigo el vuelo del espíritu del mundo, y me remonto con él a regiones más serenas, elevadas y puras, a donde tú no puedes seguirme.»

Y no se crea que hago por acaso, sino adrede y muy de propósito, esta especie de identificación y de unificación del espíritu nacional y del habla nacional, porque el habla es una misma con el espíritu; es su emanación, es su *verbo*. Por manera que donde decae el idioma, bien se puede afirmar que el espíritu nacional decae, y donde el habla se ha enriquecido con grandes e inmortales obras y guarda su pureza y su hermosura, el espíritu nacional cuenta con esperanzas de vida imperecedera. Por medio del habla dan al mundo los pueblos su pensamiento y se entienden con el espíritu de la Humanidad toda, de quien suelen ser como ministros y como los medios de que él se vale para comunicar con otros pueblos más atrasados y de más baja civilización, levantándolos hacia él y llevándolos por sus encumbrados caminos.

Los pueblos que hasta cierto punto se puede afirmar que son mudos, o digase que no han hecho grandes escritores y poetas, que no han dado a los demás nombres ningún sublime pensamiento, éstos no tienen tanta obligación de guardar su idioma; pero pueblos como el español tienen una obligación grandísima de guardarlo. El habla es el sello de nuestra nacionalidad y de nuestra raza, uno de los títulos de nuestra nobleza, y vosotros sois sus custodios y defensores.

Tan cierto es que el habla es sello de nacionalidad, que para explicar el olvido del común origen hay que apelar a la confusión de las lenguas. Hablando los hombres idiomas diferentes pudieron dispersarse y, dispersos, olvidar que eran hermanos. Así como el olvido del habla hace olvidar la fraternidad, así la comunión del habla la conserva y hasta la crea. El pueblo griego conserva su idioma, aunque adulterado, y este idioma le sirve de signo y es despertador de su nacionalidad después de siglos de cautiverio; en Italia se crea una sola lengua, y esta lengua, a pesar de la diversidad y multitud de estados, es signo y argumento en Italia de la unidad de la nación; una lengua algo diversa de la que hablamos y un gran monumento escrito en esa lengua, *Os Lusiadas*, son el mayor obstáculo a la fusión de todas las partes de esta Península. Camoens se levanta entre Portugal y España, cual firme muro, más difícil de derribar que todas las plazas fuertes y los castillos todos.

Para ponderar el lazo de unión que es el habla viva no hay más que considerar lo que puede una lengua, aun después de muerta, aun después de disuelta o rota la sociedad en que se hablaba. Las naciones neolatinas se creen aun con cierto grado de estrecho y amistoso parentesco; y en la mayor extensión de América, a pesar de nuestras desavenencias, reconocen sus habitadores ser nuestros hermanos, y el sello de esta fraternidad es el habla.

Los grandes escritores son los que graban este sello, con delicado y fuerte buril, en el oro y en las joyas de sus escritos que lo hermosean, estrechando más el lazo de unión y perpetuándolo. Por eso decía Carlyle, con mucho fundamento, «que si le dijeran que eligiese para su patria entre la pérdida de Shakespeare o la de las Indias Orientales, preferiría la segunda, porque tarde o temprano se han de perder aquellas colonias, mientras que el glorioso poeta vivirá vida inmortal, y será leído en los más remotos ángulos de la Tierra, por donde la Gran Bretaña ha derramado a sus hijos, y cuando éstos se hallaren separados políticamente de

la metrópoli, no sólo en América, sino en Australia y en otras islas y regiones del Pacífico y del Atlántico, se jactarán, al leer a Shakespeare, de ser ingleses».

El lenguaje identifica de tal modo las ideas y los sentimientos de los hombres, que la Providencia se ha valido, sin duda, de este medio poderoso para los dos más importantes fines, para los dos acontecimientos más trascendentales que registra la Historia: la preparación evangélica y la predicación y pronta difusión del Evangelio por el mundo. No significa otra cosa la hazaña del hijo de Filipo de domar el monstruo Bucéfalo que el haber fundido en una, después de domarlas, ambas civilizaciones: la griega, representada por el caballo de Neptuno, y la asiática, de que era símbolo el toro de Moloc. Sus rápidas conquistas extendieron por el misterioso Oriente, con el lenguaje, la civilización de los helenos, y la hicieron más comprensiva y fecunda, sembrando en ella las filosofías, las tradiciones y las esperanzas de otros pueblos y dándole capacidad, brío y poder de que en su seno naciese la civilización cristiana; y las conquistas de Roma, imponiendo más tarde a las vencidas naciones, con la lengua del Lacio, la misma civilización, las mismas costumbres y la misma ley, las predispuso a recibir otra ley más blanda y suave, otra civilización más universal, santa y pacífica.

El sentimiento de la importancia unitiva de la lengua lo tuvo y lo expresó con hermosa energía uno de nuestros más ilustres compañeros, cuya pérdida aun lamentamos, uno de nuestros más egregios poetas, cuando dijo a los pueblos de América que serían españoles y no americanos, añadiendo con tono profético:

> Mas ahora y siempre el argonauta osado
> que del mar arrostrare los furores,
> al arrojar el áncora pesada
> en las playas antípodas distantes,
> verá la cruz del Gólgota plantada
> y escuchará la lengua de Cervantes.

Patriótico vaticinio que no se cumplirá si proseguimos por la senda que han tomado los filósofos, pues llegará a trastrocarse la lengua para exponer las teorías filosóficas germánicas y tal vez las doctrinas políticas y económicas francesas, de modo que la lengua de Cervantes será una lengua muerta, no pareciendo probable que se conserve en América lo que en España se desdeña y destruye.

Ya se debe comprender que al censurar el vicio de trastrocar la lengua, juzgándola incapaz en su pureza de expresar las altas especulaciones del día, no voy tan lejos que condene la admisión de los nuevos vocablos que sean indispensables para las ciencias, vocablos tomados casi todos del griego y lo mismo aceptados en español que en los demás idiomas. Antes condeno el vicio de aquellos que los empobrecen por atildamiento nimio y por escrupulosa elegancia, o bien desechando voces técnicas necesarias, o bien excluyendo otras por anticuadas, rastreras y poco dignas, sobre todo en verso. De este último achaque adolecieron los escritores del siglo de Luis XIV, y una manera idéntica de escribir prevaleció en Italia y en España cuando vino a ellas el seudoclasicismo francés, el cual hizo más correctos y cultos a los escritores, más ordenada y tersa el habla, pero la empobreció, así en Francia como en Italia y en España, en palabras, frases y giros, siendo mucho más doloroso y grande el empobrecimiento en las naciones imitadoras que en aquella que nos sirvió de pauta

y guía, y donde la majestad y sublimidad de algunos escritores recompensaron con usura los mencionados defectos. Los escritores del siglo de Luis XIV no son tan ricos en palabras Y frases como Montaigne o como Amyot; pero la diferencia es más notable y mayor la desventaja, por ejemplo, entre Metastasio y Dante, entre Meléndez y Lope de Vega.

Tampoco soy yo de los que por amor al lenguaje y a su pureza se desvelan y afanan en imitar a un clásico de los siglos XVI y XVII. Prefiero una dicción menos pura, prefiero incurrir en los galicismos que censuro a hacerme premioso en el estilo o duro y afectado.

Pero no son estos vicios los peores, el peor de todos, mucho peor que el de los que sostienen que es bueno trastrocar el habla para que entren y se expresen en ellas las flamantes filosofías, es el de los que apetecen y buscan lo vulgar, confundiéndolo con lo popular, los cuales yerran al escribir, así en el pensamiento como en la forma, y no sólo postran y envilecen el habla, sino también el espíritu.

Varios y opuestos son los orígenes de este vicio, de donde procede que el vicio mismo tiene calidades varias y opuestas; y como donde más resalta es en la poesía popular o en lo que presume de serlo, voy a discurrir sobre lo que es esta poesía.

Empezaré repitiendo aquí lo que se dijo, no ha mucho tiempo, a este propósito, en cierta obrilla, que empecé a publicar en compañía de uno de los señores académicos, vuestros compañeros, esto es, que en nuestros días se apetece más saber la historia íntima y psicológica de los pueblos que la estruendosa y exterior de los reyes y tiranos, sus dominadores; más el armónico y constante desarrollo del humano linaje que la genealogía y sucesión de los príncipes. La facilidad y la prontitud con que se recorre la Tierra toda han hecho que se adquieran noticias de las más peregrinas literaturas, como de la indica, por ejemplo, apenas conocida un siglo ha, y la serie de revoluciones que han agudizado y agitan aún a Europa han aguzado con la experiencia de lo presente el instinto y la perspicacia de los hombres para comprender lo pasado, y no sólo la Historia, sino las literaturas de pueblos remotos o distantes han sido mejor comprendidas. A esta excelencia de nuestra crítica contribuyen, con la mayor erudición y con la mayor perspicacia de que ya hemos hablado, sistemas filosóficos más comprensivos que los antiguos, y más que nada, el principio existente en todos ellos de considerar el conjunto de los hombres, no ya como una idea general y abstracta, sino como un ser indiviso, del que formamos parte, interesándonos por la vida del todo como por una vida superior en que vivimos. Así es que la palabra *humanidad*, que indicaba antes o la condición de ser hombre o la virtud de ser humano, no sólo significa hoy una calidad, sino que, en sentido más alto y más generalmente usado significa una entidad: la entidad viva del conjunto de nuestra raza. Convenimos en que esta idea puede conducirnos, a poco que se exagere, a hacer de la Humanidad una apoteosis panteística; pero encerrada dentro de sus justos límites aviva la filantropía y despierta nuestro interés por todos los hechos de los hombres y por todas las manifestaciones de su espíritu.

A estas razones, que movieron a coleccionar y a publicar en casi todos los países los cuentos vulgares, como los de Alemania, por los hermanos Grimm; los polacos, por Woysieki; los de los montañeses de Escocia, por Gran Stewart; los del sur de Irlanda, por Crofton Croke; por Souvestre, los bretones, y así otros muchos, vienen a unirse, cooperando al estudio de la poesía popular de cada pueblo, el patriotismo que se despertó por las guerras invasoras de Napoleón I, y el deseo que muestran desde entonces todas las naciones de hacer patentes los títulos de su independencia y de reivindicar lo que ahora se llama su *autonomía*; deseo justo y útil si con la pintura de pasadas glorias, no excitase a muchos a querer remontar la corriente de los siglos y a retroceder a la barbarie, soñando en renovarlas; si, por querer guardar y hacer constar las diferencias que a las naciones separan, no los llevase a romper o

desatar los lazos que las unen, y si, por afirmar la variedad, no propendiese, en ocasiones, a negar la unidad en que la variedad se resuelve.

De todas las causas que he apuntado se originan el empeño y el estudio puestos en recoger piadosamente los cantos populares y en coleccionarlos. Du Méril y Follen lo han hecho con los latinos; con los serbios, Talvj, y Marcellus y Fauriel, con los griegos. El vizconde Hersart de la Villemarqué ha recopilado y estudiado las leyendas bretonas; Simrock ha traducido en el alemán de ahora los *Nibelungos* y algunos cantos de los *minnesinger*; los finlandeses han resucitado y reconstruido con fragmentos dispersos su grande epopeya del *Kalevala*; Aguiló y Milá y Fontanals han hecho sendas colecciones de romances catalanes, y Garrett ha restaurado y publicado los portugueses.

Citar aquí el inmenso cúmulo de obras, de colecciones, de comentarios, de disertaciones críticas que de poesía popular y sobre poesía popular se han escrito y publicado, sería prolijo por demás y ajeno a mi propósito. Baste decir y saber que, para gloria de España, no hay en nación alguna cantos populares que ni en calidad ni en abundancia puedan rayar tan alto, ni siquiera competir con nuestro romancero, en cuyo estudio, formación y divulgación tanta y tan merecida fama han adquirido algunos ilustres individuos de esta Real Academia, y singularmente el señor Durán, cuya nombradía y reputación se extienden y crecen en la docta Alemania, donde es apellidado por Wolf y por otros críticos el más eminente de los nuestros.

Lo que yo quiero advertir no es sino el error vulgar que de este estudio y afición a los cantos populares ha nacido, poniendo muchas personas entre ellas y la poesía erudita cierta enemistad y antagonismo, y despreciando a ésta para ensalzar más aquéllos. Muchas personas han acabado por preferir los aúllos poéticos de los caribes a las odas de Horacio; los himnos latinobárbaros de la Edad Media, a la *Cristiada*, de Viela, y una canción de gesta, a la *Eneida* o a *La Jerusalén*.

Nace esto, a mi ver, de la equivocada inteligencia de la poesía popular y del incompleto conocimiento de su historia. El carácter esencialísimo que distingue a la poesía del pueblo es el ser impersonal, mas no porque no sea obra de un poeta, cuyo nombre se sabe a veces, sino porque en las épocas de espontaneidad el poeta no se pone en sus obras. En las épocas de espontaneidad el poeta no vuelve sobre sí mismo, no reflexiona, no le deja tiempo para reflexionar el espectáculo de los casos humanos y de la Naturaleza inexplicada y misteriosa que le rodea, sobre la cual se difunde su espíritu en vez de reconcentrarse y abismarse en su propio centro: por donde los poetas de aquellas edades no son sugestivos, como se nombran y son muchos de ahora; antes borran por completo de sus obras toda su personalidad.

De Aquiles de Peleo canta, diosa...,

dice Homero. Ni siquiera es él, diosa, la que canta. Pero que sean o no personajes reales o fabulosos los autores de los poemas homéricos, o de los himnos del *Rig-Veda*, importa poco a nuestro propósito. Aquellas poesías son populares, porque llevan en sí todo el pensamiento y todo el corazón de los pueblos.

Esto no prueba, sin embargo, que las grandes y primitivas poesías populares sean obra del vulgo, tengan un origen plebeyo; antes suelen ser creaciones de una aristocracia

sacerdotal, o guerrera o ambas cosas a la vez, la cual comunica al pueblo algo de su ciencia por medio de símbolos y de figuras. Y tanto es así, que el poeta llega a veces a divulgarla de un modo imprudente y pone en conocimiento de los profanos, con transparencia sobrada, ora el oculto saber de los brahmines, ora los misterios de Egipto, de Samotracia y de Eleusis, concitando en contra suya la cólera de la divinidad y la venganza de los hombres. De aquí el desastrado fin de Orfeo, la persecución padecida por algunos profetas de Israel, y hasta, en épocas posteriores, la muerte milagrosa de Esquilo por el águila de Júpiter.

En los pueblos de una civilización más autóctona, menos derivada que la nuestra, procedente de otra, sin que entre ambas haya habido tinieblas, sino desmayo y parcial eclipse, apenas si cabe distinción entre la poesía popular y la cuita o erudita; pero en nuestras naciones de la moderna Europa sucede lo contrario. Si bien la poesía erudita, con el recuerdo de la antigua civilización, ha empezado por iniciar a los pueblos en la aurora de la nueva, los ha iniciado a menudo por medio de la lengua que moría y no de la lengua que nacía, los poetas se han dividido después en las dos diversas clases de eruditos y de populares; pero esto es un mal, no un bien; una pobreza y no una riqueza; esto denota mengua, o en el pueblo, que ha menester que le digan sólo cosas antiguas, rastreras y en estilo humilde, para que las alcance, o en el poeta que, para ser popular, tiene que hacerse anacrónico o domestico y bajo, en el pensamiento y en la forma, retrocediendo a las edades bárbaras y transformando la poesía en una antigualla o en una mala *prosa*,

en román paladino;
en la fabla que el vulgo le fabla a su vecino.

La poesía no debiera ser más que una, siendo siempre popular la buena, y la mala no popular ni merecedora del nombre de poesía.

En la moderna Europa los bárbaros hacen que decaiga la civilización latina y el cristianismo, echa por tierra las religiones paganas, y los fragmentos derruidos de la civilización antigua y de las antiguas religiones pasan transformados a la poesía popular, que es, por este lado, un recuerdo, mientras que las hazañas, las glorias y las virtudes de la naciente caballería y el espíritu suave de la religión nueva pasan también a la poesía popular, que por este otro lado es una esperanza. Y de esta esperanza y de este recuerdo nace lo maravilloso de la Edad Media: aquella rica y pasmosa mitología; aquellos ensueños, unas veces alegres y hermosos; otras, tristes y feos; aquella mezcla singular de lo grotesco y de lo sublime, del ascetismo y del libertinaje de la corrupción y de la inocencia, de la candidez y del artificio.

En los siglos XI y XII es cuando principalmente se combinan y funden los restos de las antiguas civilizaciones con el embrión de la moderna. Entonces empieza a brotar la luz del caos. Entonces nos da la Historia un período tan fecundo en informes epopeyas, germen del saber futuro y de la venidera poesía, como en grandes revoluciones, trastornos sociales, renacimiento y muerte política de nacionalidades y de razas. En aquella edad, las paganas semicivilizaciones, si se me permite esta expresión, que aun quedaban en Europa, se pierden en la civilización católica, y al desaparecer nos legan, en memoria de su bárbara grandeza, monumentos como el *Edda* poético y los *Sagas* escandinavos, que recopila Soemund Sigfuson en la remota Islandia. Los pueblos, convertidos al cristianismo, transforman en

hechiceras a sus sacerdotisas, a sus profetisas, en brujas; a sus dioses, en diablos; a su Walhalla, en infierno. En aquella edad, si bajo el yugo de los normandos se abate la raza anglosajona y pierde su brío la temprana cultura que produjera a un Beda, a un Alcuino y a un Alfredo el *Grande*, la raza celta se diría que renace en cambio a nueva vida, y, satisfecha de ver humillados a los anglos, sus vencedores y dominadores, hace revivir a Telesino, a Iseo, a Lanzarote, a Merlín y a Ginebra; evoca de la encantada isla de Avalón a su mesías nacional, el rey Arturo; ilumina y dora con la luz de la religión cristiana a todos estos fantasmas gentílicos, y da nacimiento a cielo épico de los caballeros de la Tabla Redonda, y a los amores, aventuras, encantamiento y hazañas de los libros de caballerías.

En aquella edad, los piratas noruegos recorren los mares y llegan hasta la América del Norte; los aventureros de Normandía conquistan la Sicilia, las Calabrias e Inglaterra, y el gran movimiento de las Cruzadas agita a todos los pueblos de Europa y los pone en íntimo contacto. Aunándolos para la santa empresa les revela que forman todos ellos una sola república, y arrojándolos sobre Asia, infunde en su renaciente civilización extraños elementos orientales. Las supersticiones, las fábulas, la ciencia, las tradiciones, las ideas y hasta los ensueños poéticos de tantos pueblos distintos; los silfos y los enanos de la Mitología alemana, las hechiceras célticas, los pigmeos y los cíclopes de homero, los gigantes de Hesiodo, los grifos y los arimaspos de Herodoto los genios y las hadas de Oriente se mezclan y se confunden. Virgilio y la *Leyenda áurea* inspiran simultáneamente al pueblo. Las tradiciones clásico-gentílicas aparecen o se divulgan a par de las vidas de santos, y las historias de la guerra troyana y de las conquistas de Alejandro el *Macedón*, al mismo tiempo que las de Carlomagno y sus doce pares. Todo esto pasa de la lengua latina, en que se escribe por los letrados, y para los letrados, a poemas eruditos en idioma vulgar, y, por último, de estos poemas a la memoria y a la poesía del vulgo[5].

De cuanto queda dicho se deduce que no hubo ese despertar misterioso, ese carácter de originalidad nativa y ese no aprendido canto, como el de las aves cuando nace el alba, que algunas personas creen hallar en la Edad Media. Así como en un metal en fusión es fácil poner liga de otros metales, formando del todo una sustancia si no homogénea uniforme, así en la Edad Media se formaron las civilizaciones nacientes, por amalgama de mil diversos elementos, y fueron menos nacionales y propias de lo que pueden ser ahora, porque si bien es cierto que entonces era menos frecuente que en el día la comunicación entre los pueblos, también lo es que esta comunicación era más íntima y profunda. El espíritu de las naciones era entonces como blanda cera que cede a la menor presión, recibiendo el sello que se le impone, y hoy es como el acero más duro, que antes se rompe y salta que recibir otra forma de la que tiene.

En balde tratan de disfrazar esta verdad los que, imbuídos en ciertas ideas políticas y filosóficorreligiosas, han concurrido a trazar en la imaginación de las gentes, en odio a la moderna filosofía, a las artes y a la literatura gentílicas del Renacimiento y a otras doctrinas más nuevas, un bello ideal político, artístico, poético y literario en la Edad Media, cuyo primitivo encanto encomian y levantan hasta los cielos. No comprenden los que así discurren que la civilización no nació en la Edad Media; lo que hizo fue divulgarse, injertarse en los nuevos idiomas y recordar lo olvidado. El pueblo no se movió a pensar ni a cantar, tanto por un impulso propio e instintivo cuanto por el recuerdo y la noticia de la ciencia y de la civilización pasadas, recuerdo y noticia que fueron los doctos despertando en él o transmitiéndole pausadamente. Por esto, Roscelin, San Anselmo, San Bernardo, Pedro Abelardo y otros muchos doctores profundos, angélicos, iluminados y sutiles, conocedores de

[5] En nuestra manera de explicar el origen de la poesía popular de la Edad media, creemos que convienen Milá y Fontanals, en su tratado *De la poesía popular* y en su obra más reciente, *De los trovadores en España*; Gervinus, en su *Geschichte der Deutschen Dichtung*; Ozanan, *Des sources poétiques de la Divine Comédie*, y otros muchos autores. (N. del A.)

los santos padres y de los poetas y filósofos de la antigüedad clásica, y expresándose en un idioma sabio, se adelantaron, especialmente en las naciones neolatinas, al siglo XIII y a todo poema escrito, si no por el pueblo, para el pueblo, en lengua vulgar y digna del nombre de poema. La prosa y la poesía cultas, y hasta la poesía por todo extremo artificiosa, se formaron también por reflexión y con estudio, antes de que el pueblo desanudara la lengua y rompiese en cantos que no fueran informes y bárbaros del todo. Y lo que en general digo de las naciones de Europa, puede también decirse de España. Entre nosotros no hubo poesía popular, digna del nombre de poesía, hasta fines del siglo XV o principios del XVI; a la poesía popular precedió entre nosotros la erudita, y a la perfección de la poesía, considerada en general, la perfección de la prosa. *Las Partidas*, *El conde Lucanor*, *Las Crónicas* y *La Celestina*, valen diez veces más que todos los poemas y canciones anteriores al siglo XVI. Los romances o no existen o valen poco antes de esta época. En buen hora pretendan los señores Wolf, Durán y Pidal ver en el poema del Cid un centón de romances primitivos; el poema del Cid parecerá siempre a los más de sus lectores un trabajo artificial y erudito, donde se nota el esfuerzo para expresarse en una lengua ruda y apenas formada, y donde se imita la versificación francesa de las *canciones de gesta*. Quizá la misma descomposición que hacen aquellos sabios críticos para hallar romances en las series *monorrimas* la hicieron para escribir romances los que en un principio los escribieron, ya que no tomasen aquel metro y hasta el artificio del asonante, de los himnos latinobárbaros, escritos los más en la medida del *Pervigilium Veneris*, de donde tal vez procede nuestro verso octosílabo. Ello es que del origen de los romances se puede afirmar muy poco con certidumbre. Dicen que los había en el *Cancionero* del infante don Juan Manuel, que se ha perdido, y Gayangos y Vedia citan, en la traducción de Ticknor, el más antiguo que, se conoce, pero es culto y no popular, tomado del *Cancionero* de Lope de Estúñiga, obra del siglo XV[6].

Todo esto prueba, a mi ver, que la poesía popular cuando ha tenido en España su verdadera eflorescencia ha sido en los siglos XVI y XVII, y que la revolución literaria de Boscán y Garcilaso y el influjo de la literatura italiana en la española no han ahogado la originalidad de ésta. La originalidad vino cuando el pueblo tuvo plena conciencia de sí, y se manifestó en el Romancero y en el teatro. Nuestra literatura de la Edad Media se puede demostrar que es menos original y hasta menos católica que la posterior al Renacimiento. Sólo se fundan en sueños vanos los que se lamentan de una fantástica originalidad perdida. Tan artificial fue Castillejos como Boscán, y menos castizos y más imitadores de la poesía extranjera fueron los autores de los *Cancioneros* que Garcilaso, Herrera y Rioja.

Las preocupaciones de historia literaria, que acabo de combatir, tienen grande influencia en el día, señalando una senda errada a la literatura de la edad presente y extraviando asimismo la crítica literaria.

La idea de que la poesía popular es superior a toda poesía y de que a la espontaneidad se lo debe, ha hecho que muchos poetas vean en la erudición y en el estudio los mayores contrarios de la inspiración, y que hasta procuren ser ignorantes y se jacten de serlo, con tal de parecer espontáneos y originales, tomando a veces por inaudito e imaginado por ellos lo que de los libros que no han querido leer ha pasado a la mente de todos, y de allí, por decir lo así, ha venido como a diluirse en el ambiente que se respira.

Otro de los errores ha sido el negar la importancia de la forma, teniendo por indigno del poeta inspirado este cuidadoso esmero, que tachan de académico y hasta de mecánico, «porque los que así piensan -como dice fray Luis de León- piensan que hablar en romance es hablar como habla el vulgo, y no conocen que el bien hablar no es común, sino negocio de particular juicio. Y negocio que de las palabras que todos hablan elige las que convienen, y

[6] Véanse las obras de Milá y Fontanals y la de Wolf *Studien zur Geschichte der Spanischen und Portugiestchen National literatur*.

mira el sonido de ellos, y aun cuenta a veces las letras, y las pesa, y las mide, y las compone, para que no solamente digan con claridad lo que se pretenda decir, sino también con armonía y dulzura».

Otro de los errores que se originan de la mala inteligencia de la poesía popular y de la afición desmedida a ella es el de no admitir y repugnar como pedantescos muchos vocablos elevados y peregrinos que son propios del dialecto poético lo cual es absurdo, porque en todos los tiempos y países ha habido un lenguaje para la poesía diferente del de la prosa. Si así no fuera, no sería ridículo decir en verso el *aceituno de la paz* en vez de la *oliva de la paz*, o *un señor de muchas campanillas* en vez de *un prócer*. Si así no fuera, no sería ridículo decir en prosa familiar *mi esposa* o *mi consorte* en lugar de *mi mujer; mi consorte* o *mi esposo* en lugar de *mi marido; me voy al lecho* o *al tálamo* en vez de *me voy a la cama; ríceme usted la cabellera* en lugar de *ríceme usted el pelo*[7].

Otro error es también el de querer ser muy español y muy castizo en el pensamiento. El pensamiento nunca es propio de ninguna casta; el pensamiento pertenece a la Humanidad entera. En lo que sí se puede y se debe ser castizo es en cierta manera de sentir y en la forma. Toda civilización es el producto de muchas civilizaciones, *informado* de cierta manera. En el acervo común de toda civilización entran caudales de ideas propias y peregrinas, cuyo origen diverso es a menudo difícil de deslindar para poner en claro lo que es extranjero y lo que es propio y castizo. Acaso el que crea que piensa muy españolamente esté pensando, sin saberlo, a la francesa, a la inglesa o a la turca.

Es otro de los errores una timorata y singular ortodoxia que desecha de los poemas la mitología gentílica, como si, porque no tengamos por dioses a los habitadores del Olimpo, hubieran muerto y se hubiera borrado de la imaginación humana aquellas divinas creaciones, aquellas figuras bellísimas, aquellas inteligencias secretas que animaban y movían el Universo y que derramaban su vida y su encanto en el azul del cielo, en las sombras de la noche en los mares, en las selvas, en las fuentes y en los ríos, mientras que la Naturaleza hablaba con los hombres sin levantarse el velo y les inspiraba ensueños celestiales. ¿No hay brujas, silfos, hadas, peris, gnomos, enanos y gigantes en las modernas leyendas y en los modernos versos? Pues ¿por qué, cuando venga a propósito, no han de intervenir también en ellos Venus, Apolo y las Musas? ¿Por dicha son las brujas más verosímiles que Júpiter? ¿Son más ortodoxas o tienen más analogía con el cristianismo las Hadas y las Sílfides que las Gracias? Ni se comprende que en ningún adelanto se proceda por exclusión. Una civilización nueva no borra ni destruye, sino absorbe y comprende los elementos y las ideas de las antiguas. Como ideas, y como ideas bellísimas, están, pues, aún los dioses del Olimpo en nuestra civilización, y viven, en nuestro mundo ideal, la vida de los inmortales. Ni Dante, ni

---

[7] Hay, además, otra razón en favor del dialecto poético. Cuando un poeta canta los héroes, arrebatado por el entusiasmo, sin estudio ni esfuerzo, emplea, naturalmente, palabras y frases peregrinas:

> *... Per audaces nova dithyrambos*
> *Verba devolvit.*

como dice Horacio, en alabanza de Píndaro. (N. del A.)

Aristo, ni Camoens, ni Calderón los arrojan de él, y no me parece que debemos arreglarlos nosotros[8].

Es otro error más trascendental aún, nacido del prurito de ser populares, el de rebajarse a la comprensión del vulgo más vulgo, y hasta muy por bajo, pues suelen los poetas hacer ofensa al vulgo suponiéndole más ignorante y simple de lo que es, quizá para excusa de serlo ellos. Pero aunque el vulgo lo fuese, no deberían los poetas humillarse para agradarle. Escriban buena poesía, y si no son populares, la culpa no será suya, sino del vulgo. Y si la escriben mala, aunque alcancen un favor efímero, no serán poetas populares, sino vulgo y copleros. Los grandes poetas populares que ha habido en el mundo no se han rebajado hasta el vulgo, sino que han elevado al pueblo hasta sí.

También proviene del modo vulgar de entender la poesía y del empeño de merecer una grande popularidad, la teórica y la práctica de hacer útil la poesía, de ponerla al servicio de algo, de no comprender que como cosa perfecta tiene ella en sí misma su fin, y de transformarla de noble en plebeya, de señora en criada. Vamos, dicen algunos poetas, a ser útiles; vamos a enseñar moral, religión, política, filosofía y hasta economía a nuestros conciudadanos; pero como un hombre puede ser razonable poeta sin saber nada de esto o sin saber más que lo que sabe el vulgo a quien se propone adoctrinar, acontece a menudo que personas con bellísimas disposiciones para la poesía lastimosamente se pierden, viniendo a ser perversos autores de triviales y desmayadas homilías o a caer en un gongorismo vulgar y de todo punto insufrible. Mientras que si buscasen la hermosura, que es el fin del arte, la hallarían tal vez, y al llegar a realizarla, se encontrarían con la bondad y con la verdad que en ella hay, y se acercarían al punto en que la ciencia y la virtud coinciden con la poesía y son con ella una misma cosa. Por manera que, en cierto sentido, serían, a par que poetas, virtuosos sin saberlo, y sin quererlo, sabios.

El último error de que voy a hablar, por ser el que los corona todos y en el que todos se cifran, es el que me parece justo llamar error de anacronismo, el de aquellos que pretenden que nuestro siglo es prosaico y buscan la poesía en los mal entendidos sentimientos de otras edades; el de aquellos que creen que cierta clase de la sociedad tiene el pensamiento de ahora, pero que el vulgo piensa aún como en el siglo XII o como en el siglo XVI, y para entenderse con él tratan de sentir y de pensar según imaginan que entonces se sentía y se pensaba. Nada más falso que este género; nada más lleno de artificio, de afectación y de mentira, y, sin embargo, es el que declaran algunos popular, castizo y espontáneo.

---

[8] Hablando de los poetas de la antigüedad, dice Leopardi:

> *á cui en natura*
> *Parlò senza svelarsi, onde i riposi*
> *Magnanimi allegrar de Atene e Roma.*

Este poeta, en su composición *Alla primavera* o *delle lavole antiche*, y Schiller, en su bellísima oda *Die Gölter Griechenlands*, han defendido aún el paganismo clásico en poesía, a pesar del abate Gaume y de los románticos todos; pero quien ha hecho de él más brillante y sublime defensa ha sido Monti en su discurso poético *Sulla mitologia*. (N. del A.)

Es falso que nuestro siglo sea un siglo de prosa, más allá de todo lo descubierto y averiguado por la ciencia halla la imaginación una inmensidad desconocida por donde explayarse y volar, y sobre los intereses mundanos están siempre las pasiones nobles, las aspiraciones sublimes, y, como digno objeto y término de ellas, una idea de lo infinito, un conocimiento de Dios, más altos y más acabados que nunca. Así, pues, ni por los pensamientos, ni por los sentimientos, hay razón para suponer que terminó la época de la poesía, que la poesía es propia de los siglos bárbaros y que en las edades científicas y cultas prevalece la prosa. La poesía tiene y tendrá siempre un altar en el corazón de los hombres, y los adelantos de la civilización y su marcha, cualquiera que sea el camino que tome, no llegarán a destruirlo.

Si, por desgracia, predominase el escepticismo entre los hombres, si acabase toda fe y si por medio de la ciencia llegasen a ser clasificadas prosaicamente las cosas todas y a perder en apariencia su misterioso encanto, siempre quedaría dentro de esas mismas cosas una sustancia ignorada, llena de oscuridad y de milagros, de la que sólo percibiríamos algunos accidentes por medio de los sentidos, y de cuyo ser sabríamos sólo lo que de aquellas percepciones pudiera deducir e idear el entendimiento, con arreglo a sus leyes: siempre quedaría, detrás de esas cosas, cuyo modo y cuya forma comprenderíamos, una esencia oculta, que habría de ser como el encubierto significado de un incomunicable jeroglífico, y siempre quedaría alrededor y en el fondo de esas mismas cosas, que serían limitadas y finitas por mucho que se sumasen o se multiplicasen, un infinito inexplorado y desconocido que habría de compenetrarlas y de circunscribirlas, y por el cual la imaginación tendería su vuelo, poblándose de hermosos fantasmas. En cuanto a los sentimientos, aun después de muertos todos los dioses guardaría el alma humanados que no pueden perecer en ella: *el de la libertad y el del amo*[9]. Por fortuna, no sólo pensando católicamente y confiando en las promesas del mismo Dios, sino también pensando como filósofos, debemos tener por imposible que llegue esa edad descreída; porque la religión es esencial a la naturaleza humana y no se puede borrar de ella. Por este lado, pues, no perecerá la poesía. Por el lado contrario, esto es, por un extremo de ciencia y de virtud que nos acercase inmediatamente a la belleza increada, sin necesidad de imágenes y de figuras, ojalá que la poesía llegase a su fin. ¿A qué manos podría morir mejor que a las del legítimo misticismo, que traería a la Tierra cierto perfume y sabor de la bienaventuranza celeste y haría de cada ser humano un verdadero *gnóstico*, según los padres griegos lo han concebido? Pero mientras no llegue esa edad dichosa, y acaso no llegue nunca hasta la consumación de los tiempos, la poesía será un medio de acercarse a lo eterno y a lo absoluto, por una de sus manifestaciones y por uno de sus resplandores: la hermosura. Y el pueblo amará siempre la poesía, y la poesía será siempre popular, sin necesidad de rebajarse ni de retroceder a los tiempos pasados, antes elevándose y encaminándose a lo por venir, con fatídica inspiración y no desmentido vaticinio.

Y resumiendo ahora, diré que el poeta, y en general al todo escritor, ha de ser castizo en la forma y ha de tener en sus sentimientos y en el modo de expresarlos cierto sello nacional y hasta individual que le distinga; pero ha de elevarse cuanto pueda, sin temor de dejar de ser popular por no ser comprendido, y no ha de aislarse por ser sólo de su nación y de su raza y

---

[9] Este pensamiento es de Lamartine, que, suponiendo que los dioses pasaron ya, añade:

*cherchez-les dans la cendre de Rome!...*
*Mais il reste à jamais au fond du coeur de l'homme*
*Deux sentiments divins, plus forts que le trépas:*
*L'Amour, la Liberté, dieux qui ne mourront pas!*

por representar sólo su espíritu, sino que ha de comunicar con el espíritu de la Humanidad toda, y no ha de quedarse atrás, embelesado y enamorado de las cosas que fueron, sino que ha de seguir, con rapto impetuoso, al espíritu, en busca de un futuro ignorado, no echando de menos lo que ya pasó, ni creyéndolo superior a lo presente, porque el sol nos alumbra hoy con luz tan brillante, y porque *todas las obras incomprensibles y sublimes del Hacedor Supremo están hoy tan perfectas y tan hermosas como en el primer día*[10].

Así, pues, conviene, como he dicho al empezar este discurso, contra los importadores de nuevas filosofías, guardar el carácter, el sentimiento y el lenguaje de la nación; pero el espíritu no debe aislarse, sino entrar en comunión con los demás espíritus y ser uno solo con ellos. «Porque -como dice el ya citado fray Luis de León- se ha de entender que la perfección de todas las cosas, y señaladamente de aquellas que son capaces de entendimiento, consiste en que cada una de ellas tenga en sí a todas las otras, y en que siendo una, sean todas, cuanto le fuere posible. Porque en esto se avecina a Dios, que en sí lo contiene todo. Y cuanto más en esto creciere tanto se allegará más a él, haciéndose semejante. La cual semejanza es, si conviene decirlo así, el pío general de todas las cosas y el fin y como el blanco a donde envían sus deseos todas las criaturas. Consiste, pues, la perfección de las cosas en que cada uno de nosotros sea un mundo perfecto, para que por esta manera, estando todos en mí y yo en todos los otros, y teniendo yo su ser de todos ellos, y todos y cada uno de ellos teniendo el ser mío, se abrace y eslabone toda aquesta máquina del Universo y se reduzca a unidad la muchedumbre de sus diferencias, y quedando no mezcladas, se mezclen, y permaneciendo muchas, no lo sean, y para que extendiéndose y desplegándose delante de los ojos la variedad y diversidad, venza y reine y ponga su silla la unidad sobre todo.»

He combatido en este discurso los dos errores más contrarios al deseo del profundo y elocuente escritor y del divino poeta cuyas bellísimas palabras acabo de citar ahora: errores que se oponen ambos a que haya unidad y variedad a la vez, porque la variedad está en la forma o en el lenguaje, cuya limpieza y hermosura debe preservar de toda mancha esta Real Academia, y no las preservaría si modificásemos el lenguaje, según pretenden algunos; y porque la unidad está en el pensamiento, y desaparecería también si nos aislásemos y apartásemos del trato intelectual con las otras naciones. La lengua, cuya custodia os está confiada, es como una copa esplendente y rica, donde caben, sin agrandarla ni modificarla, todos los raudales del saber y de la fantasía, por briosos y crecidos que vengan, y donde toman, al entrar, su forma y sus colores; pero esta copa no debe separarse tampoco, por miedo de que se rompa o quebrante, de esos vivos, inexhaustos, benéficos y salubres raudales, que brotan con abundancia perenne del espíritu del mundo. El licor contenido en ella no sería

---

[10] Ya se entiende que al decir estas palabras, que no son sino las que dicen en coro los tres arcángeles, delante del trono del Señor, en el *Prólogo en el cielo,* del *Fausto,*

*Die unbegreifich hohen Werke*
*Sind herrlich wie am erstem Tag,*

no nos hacemos cargo de la perturbación que hubo en el Universo con motivo de la primera culpa del hombre. Haciéndonos cargo de ella, podemos decir que el mundo ha ganado desde entonces, y que el hombre, condenado a trabajo, mejora y hermosea el mundo, como si aún durase el séptimo día de la creación.

entonces como el vino generoso, que es tanto mejor cuanto más rancio, sino como las aguas estancadas, que se alteran y al fin se vician.

He dicho, señores, lo que pienso y siento sobre uno de los asuntos de mayor importancia para esta Real Academia, y os doy las gracias por la atención indulgente con que me habéis oído. Sin lisonjearme de haber dicho nada nuevo, me lisonjeo de estar de acuerdo con vosotros en lo esencial de cuanto he dicho; por donde presumo que aprobaréis mi sentir, aunque echéis de menos la claridad, el orden y la elegancia que al expresarlo me han faltado.

# Sobre «El Quijote» y sobre las diferentes maneras de comentarlo y juzgarlo

Discurso leído por el autor ante la Real Academia Española en junta pública el 25 de septiembre de 1864

SEÑORES:

Designado yo, algunos meses ha, para leer en este año la disertación de costumbre en la junta pública con que esta Real Academia solemniza el aniversario de su fundación, elegí desde luego un asunto importante siempre, pero que en el día, más que nunca, llama a sí la atención de todos los españoles amantes de las letras. Por desgracia, no pequeños cuidados, disgustos y enfermedades han impedido que yo le consagre el diligente esmero que fuera menester para salir en él airoso, porque son muchas las dificultades que ofrece, y no es la menor la de evitar quien le elija la nota de presumido y temerario.

Elegí, señores, el *Quijote* para materia o argumento de mi discurso. Y como nadie podrá imaginar, por mala o menguada opinión que tenga de mis alcances literarios, que yo había de contentarme con ir a segar o espigar en mies ajena, y como desde el segundo tercio del siglo XVIII han sido tantos los que sobre Cervantes y sus obras han escrito, acaso dé yo a sospechar que, ya que no los copie, escriba para tildarlos de que se equivocaron, para hacer la censura de sus opiniones y para poner la mía por cima de la de todos. Entendido así mi propósito, habría algún derecho para creerlo nacido de altivez y petulancia, y me predispondría mal con quienes me escuchan y con otras personas discretas cuya benevolencia anhelo captarme.

Me veo, pues, en la precisión de pedir disculpa por haber elegido tan difícil asunto, llevado y enamorado de su atractivo poderoso y de explicar además en qué forma voy a hablar de él. Porque siendo, como lo es, discutible bien puedo decir, con los miramientos debidos, lo que se me alcanza, sin ofender ni velar en lo más mínimo a los que lo contrario pensaron y dijeron. Acaso sean de ellos y no mías la discreción y la crítica atinada. Mas, aunque así sea, todavía no se me ha de negar que podrá ser útil lo que yo dijere, porque presentaré las cosas bajo otro aspecto y las veré a otra luz, sirviendo todo para cuando una inteligencia más alta y más clara venga a dirimir la contienda y a determinar la significación y la importancia del libro extraordinario que coloca a Miguel de Cervantes Saavedra entre los ingenios de primer orden.

Ha habido y hay aún, en tierras extranjeras y dentro de España misma, críticos adustos y poco sensibles a la belleza poética, que no estiman a Cervantes en lo que vale y que más o

menos encubiertamente le censuran y rebajan. Poca fuerza tienen sus ataques, y mil veces han sido ya rechazados. Tarea inútil sería reproducirlos aquí del todo y rechazarlos de nuevo. Importa, no obstante, hablar de algunos, aunque sea en resumen, porque sirve para aclarar la idea que sobre Cervantes y su obra inmortal debe tenerse, y porque han nacido, por espíritu de contradicción, de las desatinadas alabanzas que a Cervantes se han prodigado.

Se ha de tener en cuenta que en el último siglo se cifraba todo el valor de una obra literaria en el atildamiento, en la corrección escrupulosa, en la regularidad y simetría de las partes y en el primor de la estructura, subordinando la poesía a un fin extraño, a un propósito subalterno, a una lección moral, a la demostración de una tesis. Todo poema, cualesquiera que fuesen sus dimensiones, sus formas y su género, tenía a quedar reducido a un apólogo o a una parábola. Considerado el *Quijote* de esta suerte, y de esta suerte elogiado, provocaba a la censura y se prestaba a ella. Pueriles y mezquinas eran, en verdad, las razones del detractor, pero no solían ser mucho más valederas y firmes las de quien encomiaba.

Por dicha, con la exagerada admiración y séquito del seudoclasicismo francés, no se cegaron nuestros literatos hasta negar todo valer a los autores españoles del siglo XVII; y si bien con Calderón, Lope, Moreto y casi todos los demás dramáticos fueron consecuentes, censurándolos y disimulando mal que los estimaban en poco, con Cervantes no lo fueron, por donde, sin advertir méritos que realmente tiene, le atribuyeron otros que nunca tuvo ni quiso ni soñó tener en la vida. El último extremo del delirio a que se llegó sobre este punto en el siglo pasado fue el de don Blas Nasarre, quien, para admirarse a su salvo de las comedias de Cervantes escritas contra todas las reglas, sin las cuales, según él y los de su escuela, no se puede escribir una comedia sufrible, supuso que Cervantes había escrito mal las suyas adrede para burlarse de las otras. Del mismo modo refieren de Hermosilla sus detractores que compuso varios romances bajos y vulgares a fin de probar que no cabe el estilo sublime en dicha forma de poesía.

Por este orden, aunque no sea tan patente lo absurdo, son no pocas de las razones en que se fundaban muchos críticos del siglo pasado, y aun de principios del presente, para encomiar a Cervantes conforme a los estrechos preceptos de la escuela que seguían.

Ensalzado Cervantes hasta las nubes en todas las naciones de Europa, y singularmente en Inglaterra y Francia, ya miradas entonces, y no sin motivo, como al frente de la civilización del mundo, se avivó el fervor de nuestros literatos, y no pudieron menos de reconocer en el autor del *Quijote* a uno de los pocos seres privilegiados que, valiéndonos de un neologismo expresivo y elegante, designamos hoy con el nombre de *genios*. La injusta crueldad con que las referidas naciones denigraban todo lo demás de España daba mayor precio y fuerza al panegírico de Cervantes, haciendo de él la excepción rarísima: el Píndaro de esta Beocia. Como se negaba que hubiésemos tenido filósofos, sabios y grandes humanistas, y al propio tiempo se afirmaba que Cervantes era un *genio*, muchos críticos españoles, que con harta humildad creían la primera afirmación, quisieron subsanarnos del daño deduciendo de la segunda que en Cervantes estaban compendiadas todas las ciencias, todas las humanidades y toda la filosofía. Por otra parte, la magia del *Quijote* concurría y conspiraba a que pasase su autor por un varón extraordinario, y yo creo que no hubo *clasicista* español de aquella época, y sea esto dicho para honra de todos, que, por mucho que se admirase de su Boileau, de su Corneille y de su Racine, no pusiese al manco de Lepanto por cima de estos tres escritores, sin hallarle igual, a no ser en Homero. Tasado tan alto Cervantes, por fuerza tuvieron los críticos que dar razón de la tasa, fundándola en algo que se midiese por las reglas de su escuela que cuadrase y se ajustase con toda exactitud al ideal de perfección que ellos del escritor habían formado. Hicieron, pues, de Cervantes un terrible erudito, un reverendo moralizador, un purista escrupuloso, un atildado hablista, un siervo de las reglas y un ídolo, adecuado a la

religión que ellos profesaban y a quien pudiesen rendir culto y hasta adoración sin abjurar de sus creencias ni pasar por apóstatas.

Contra este Cervantes desfigurado y disfrazado; contra este Cervantes, cuyo valer se ponía en aquello de que tal vez carece, se levantaron algunos críticos más consecuentes o más sinceros de la misma escuela. Contra algunos encomiadores harto hiperbólicos que llaman a Cervantes, como Mor de Fuentes, *el ilustrador del género humano*, por fuerza había de levantarse la reacción. Se comprende que Orfeo, Lino, Eumolpo, Homero, Hesiodo, Valmiki u otro gran poeta de la infancia de las sociedades y de la primera edad del mundo pueda ser llamado así. Toda la filosofía, toda la moral, toda la ciencia de entonces cabían en verso. El poeta era el hierofante de la Humanidad. Pero en el siglo XVII, en el siglo de Newton, de Copérnico, de Descartes y de Leibniz, después que los eruditos habían resucitado toda la ciencia antigua, acrecentándola y mejorándola los sabios; cuando en España habíamos tenido profundos teólogos, publicistas, filósofos y jurisconsultos y había llegado el pueblo a un grado eminente de civilización propia y de castiza cultura, llamar a Cervantes *el ilustrador del género humano* porque escribió un admirable libro de entretenimiento, es una hipérbole que raya en lo monstruoso. Esta hipérbole y la manía subsiguiente de ver en Cervantes un sutilísimo psicólogo un refinado político y hasta un médico consumado, excusa la prolijidad severa con que le censuran algunos, y Clemencín entre ellos. Odioso e impertinente me parecería el comentario de Clemencín a no ser por las consideraciones apuntadas.

Por cierto que el prolijo comentador, con su buen juicio, con su amor a la gloria de la patria y con su facultad crítica, perspicaz y sensible a la hermosura, no pudo menos de pasmarse y enamorarse de la del *Quijote*; pero le despedaza, como las Bacantes a Orfeo. Las incorrecciones y distracciones, las faltas de gramática, los barbarismos, las citas equivocadas, fruto de una lectura vaga y somera, todo esto, sacado despiadadamente a la vergüenza por Clemencín, forma la mayor parte del comentario.

Pero, prescindiendo de la manera que tuvieron los clasicistas de estimar el *Quijote*, y colocándose en un punto más elevado, se rechaza enseguida la crítica del erudito Clemencín por harto minuciosa. Es lo mismo que ponerse a considerar la Venus de Milo con un vidrio de aumento, deplorando las asperezas y sinuosidades del mármol, y prefiriendo el barniz, la lisura y el pulimento de una muñequita de porcelana.

Aun dentro del espíritu analítico y gramatical que presidía e inspiraba el comentario de Clemencín, y sin elevarse a más altas esferas, tienen contestación no pocas de sus censuras al *Quijote*.

El que Cervantes llamase laberinto de Perseo al laberinto de Teseo, y Bootes a uno de los caballos del sol, y el que citase por de Virgilio un verso de Horacio, o por de Horacio un verso de Virgilio, son errores que no importan de modo alguno en un libro donde no se trata de enseñar mitología ni literatura latina. Cervantes, además, dejaba correr libremente la pluma, escribía obras de imaginación y no disertaciones académicas, y no había su fantasía de abrir el vuelo, ni él había de pararse en lo mejor de su entusiasmo para consultar sus autores, si los tenía, y ver si la cita iba o no equivocada.

Sobre las faltas de gramática de Cervantes anda también Clemencín bastante sobrado en la censura e injusto a veces. Las concordancias, por ejemplo, del verbo en singular y el nominativo en plural, o al contrario, esto es, la falta de concordancia, no es defecto de Cervantes sólo, sino de todos nuestros autores, desde los orígenes de la lengua castellana hasta el día, como lo prueba Irisarri en sus *Cuestiones filológicas* con textos copiosos. No es ésta falta, por tanto, sino modo de ser, elegancia o libertad de nuestro idioma.

Clemencín exige a menudo a Cervantes una exactitud tal en los términos, una precisión tan rigurosa y una dialéctica tan severa, que nunca o rara vez fueron prendas de los poetas inspirados, sino de los filósofos de estilo frío y erizado de fórmulas y de los rectores y gramáticos más acompasados y secos. Por otra parte, la lengua castellana y su gramática no estaban entonces tan fijas y sujetas a preceptos como en el día. No negaré yo, sin embargo, que la censura de Clemencín es útil para aprender a escribir bien y para llegar a conocer y a evitar los defectos; pero en cuanto tira a rebajar el mérito de Cervantes, tiene escasísimo valor.

Aun dentro de la escuela clásicofrancesa, cuyas prescripciones se siguieron en España, aunque exageradas y torcidas, como en Francia misma se torcieron y se exageraron en el siglo XVIII, la corrección es una de las prendas de que menos cuenta se hace para evaluar los escritores. Los buenos críticos franceses del siglo de Luis XIV, y el príncipe de ellos sobre todo, el famoso Boileau, creían, como el ministro de la gran Zenobia, que las faltas son propias de los grandes ingenios, y los que no las tienen son los ingenios rastreros y vulgares, los cuales no se aventuran, ni se remontan, ni se distraen, y caminan siempre por camino trillado, llanísimo y seguro, atendiendo con suma precaución a menudencias de estilo, de que prescinde o de que se olvida un ingenio grande. Porque Homero -añade el maestro de Porfirio, traducido, comentado y aplaudido por Boileau- incurrió en muchos defectos, y Apolonio de Rodas no tiene ninguno, y Arquíloco carecía de orden y de concierto y Eratóstenes no, y Píndaro era incorrecto y Bacquílides no lo era, Ión de Chío componía tragedias infinitamente más conformes a las reglas y más limadas y primorosas que las de Sófocles. Pero, a pesar del atildamiento y pulcritud de Apolonio, de Ión, de Bacquílides y de Eratóstenes, y de que jamas cayeron ni tropezaron siquiera, y de que siempre escribían con suma elegancia y agrado, los otros autores que cité antes son mil veces mejores, con todos sus tropiezos, faltas, extravagancias y caídas. Y este juicio, que dio el ministro de la gran Zenobia, estaba ya, a pesar de los Zoilos, confirmado por siglos de adoración, y sigue aún firme, a pesar de Voltaire y de Perrault y de otros críticos, consecuentes a la doctrina del *bon sens* y de la pulcritud meticulosa.

Otra clase de censuras de Clemencín, poco atinadas a menudo, suele fundarse en que entiende el texto muy a la letra y no desentraña la ironía. Así es que, tomándolo seria y rectamente, toma también ocasión de censurar con una inocencia que viene a hacerse chistosa. Por ejemplo, se dice en el *Quijote* que los milagros de Mahoma son una patraña, y que *de haber tomado Sancho una honrada determinación saca el autor de la historia que debió de ser bien nacido y por lo menos cristiano viejo*: todo lo cual aflige y apura en extremo a Clemencín, y le da a entender que Cervantes incurre en una impropiedad imperdonable, ya que presupone que la historia de Don Quijote está escrita por un mahometano, el cual ni debía dudar de los milagros de su Profeta ni creer que se necesitase ser cristiano viejo para ser honrado. Esta observación crítica de Clemencín se parece, con perdón sea dicho, a la que hace Sancho Panza al oír al diablo-correo jurar *en Dios y en mi conciencia*. «Sin duda -dijo Sancho- que este demonio debe ser hombre de bien y buen cristiano, porque, a no serlo, no jurara *en Dios y en mi conciencia*. Ahora tengo para mí que aun en el mismo infierno debe de haber buena gente.»

La severidad de Clemencín en la exactitud le lleva también muy lejos. Así, verbigracia, cuando prueba que no fue Madásima, sino Grasinda, la que eligió al maestro Elisabat para confidente y consejero, y tuvo con él ciertos tratos y familiaridades que dieron ocasión al vulgo maldiciente para que dijera lo que dijo, casi ve el lector a Clemencín trabar, por amor a la erudición, una tan graciosa pendencia con Cardenio como la que sostuvo Don Quijote, a fuer de legítimo caballero andante, defensor de la honestidad y buen nombre de las reinas y damas principales.

Otra clase de comentarios que lleva Clemencín al extremo es la de ver a cada paso en el *Quijote* remedos, imitaciones o parodias de los libros de caballerías. Imitarlos y parodiarlos era, sin duda, el propósito de Cervantes; mas no tan asido y sujeto a ellos, que apenas hay, según Clemencín, no se diga ya aventura, pero ni vulgar incidente, por insignificante que nos parezca, que no caiga adrede en el *Quijote* a fin de remedar, parodiar o recordar otro caso o varios casos semejantes de uno o más libros de caballerías. En esto luce Clemencín su extraordinaria erudición en todo, y singularmente en dichos libros, y prueba su diligencia suma en compulsarlos; pero si a veces nos convence, más a menudo no nos convence de que haya habido imitación. Así, por ejemplo, Sancho comienza a llorar cuando la aventura de los batanes, temiendo perder a su señor y de miedo de quedarse solo. Para un profano, nada hay más natural que el lloro de Sancho. No hay para qué imaginar imitación; mas Clemencín cita enseguida, para hallarla y demostrarla, todos los escuderos, enanos, dueñas, doncellas y gigantes que comenzaron a llorar en caso parecido. Don Quijote ata su caballo a un árbol. Cualquiera cree que una acción tan común y tan sin malicia no ha menester comento. Clemencín, no obstante, lo pone, y nos descubre que Don Quijote imitó en esta ocasión a este, a aquel y a estotro caballero que ataron también sus caballos a sendos árboles, como si cuando cualquiera se apea no hiciese, por lo general, la misma cosa. Por el contrario, Don Quijote no ata su caballo a árbol alguno sino que lo deja libre pastando. Clemencín enseguida amontona citas de los infinitos caballeros que hicieron lo propio, como si fuera peculiar y privativo de los libros de caballerías y acción extraordinaria, digna de ser comentada, el dejar sueltos los caballos o las acémilas para que coman la hierba o estén a prado, como dicen y suelen hacer con ellas los arrieros.

En estos casos comunes y ordinarios de la vida no sé con qué fin se ha de buscar imitación ni siquiera coincidencia. Imito o coincido con todo el género humano cuando me acuesto para dormir, cuando como o cuando duermo, si bien en realidad a nadie imito ni con nadie coincido, sino que sigo mi natural condición, lo mismo que las demás criaturas.

No es esto afirmar que Cervantes no imite o no parodie en muchas ocasiones. Ya he dicho que no era otro su propósito. El *Quijote*, en el sentido más noble y más alto, es, sin duda, una parodia de los libros de caballerías; pero esta parodia no lo es sólo en el sentido más alto y más noble, sino que va hecha con amplia libertad y no ciñéndose ya a este lance, ya al otro de los libros parodiados, sino al espíritu superior que los anima todos. Si algún libro especial sigue Cervantes, más que otros, es el de *Amadís de Gaula*, por ser el mejor, *único en su arte* y como arquetipo de todos ellos.

Sigue también e imita a Ariosto en el *Orlando*, cuya inspiración, o, mejor dicho, cuya propensión es semejante a la suya, aunque en otro grado y por diverso estilo.

Por lo demás, Cervantes es tan sincero en todo, que cuando imita o remeda casi siempre lo declara, como en la discordia que hubo en la venta, la cual, según el mismo Don Quijote, era un perfecto trasunto de la del campo de Agramante, y como en la penitencia que hizo Don Quijote en Sierra Morena, imitada de la de Beltenebros en la Peña Pobre. Y al contrario, Cervantes se excusa a menudo chistosamente, y en realidad se alaba, de inventar lances, encantamientos y aventuras jamás imaginados o soñados en libro alguno de caballerías, suponiendo que, como Don Quijote era caballero novísimo, que resucitaba la antigua institución, no sólo hacía retoñar lo atañadero y perteneciente a ella, sino que inventaba nuevos modos de encantar y usos y costumbres peregrinos.

Me parece que a fin de entender en qué sentido sostengo que el *Quijote* es una parodia, conviene hacerse cargo de que la parodia no se hace, por lo común, sino de escritos o acciones que en cierto modo infunden al parodiador un amor y un entusiasmo espontáneos, vehementes, impremeditados y como instintivos, a los cuales, o bien la reflexión fría niega su

asentimiento, o bien la parte escéptica de nuestro ser se opone. El objeto de la parodia, si el parodiador es un verdadero poeta, y tal era Cervantes, aparece siempre a sus ojos cual un bello ideal que enamora el alma y arrebata el entendimiento, pero que no responde, o por anacrónico o por ilógico, a la realidad del mundo, ora en absoluto, ora sólo en un tiempo dado. El ingenio de los españoles no se inclina a la burla ligera, como el de los franceses, pero se inclina más a esta parodia profunda. La reacción del escepticismo y del frío y prosaico sentido vulgar es más violenta en nosotros, por lo mismo que es en nosotros más violento el amor, y la fe más viva y el entusiasmo más permanente y fervoroso. En ningún pueblo echó tan hondas raíces como en el español el espíritu caballeresco de la Edad Media; en ningún pecho más que en el de Cervantes se infundió y ardió el espíritu con más poderosa llama; nadie tampoco se burló de él más despiadadamente.

Cervantes parodió en su *Quijote* el espíritu caballeresco, pero confirmándolo antes que negandolo. No fue ésta su intención, pero fue su inspiración inconsciente, la esencia y el ser de su ingenio, de lo cual no se daba cuenta, por ser él poco crítico y por vivir en una edad y en una nación donde la crítica literaria y la reflexión sobre estos puntos, si existía, era superficial o extraviada. Época aquella de impremeditada inspiración, el único intento claro y determinado que Cervantes tuvo fue censurar los libros de caballerías. Melchor Cano, Luis Vives, Alejo de Venegas, fray Luis de León, Malón de Chaide y otros los habían ya censurado seriamente. Cervantes quiso acabar con ellos por medio de la burla, y vino a lograrlo. No llevaba Cervantes otro fin, y no se comprende cómo algunos admiradores suyos lo desconozcan, suponiendo propósitos contrarios en el *Quijote*. En mil pasajes de esta obra inmortal se declara sin la menor ironía, sino franca y abiertamente, que se trata de desterrar los libros de caballerías y de anatematizar su lectura. No debe, pues, dudarse de esto. Se dirá, sí, que yo pongo una contradicción radical entre el intento premeditado del poeta y su inspiración o instinto semidivino. A esto respondo que la contradicción es sólo aparente. Para hacerlo ver, explicaré por estilo conciso y como en cifra lo que entiendo por literatura caballeresca.

Es condición del alma humana no contentarse con lo presente, y, como la aspiración con dificultad finge una esperanza adecuada a ella, los hombres suelen siempre fingir en lo pasado, y no en lo por venir, lo sumo de la hermosura y de la perfección que conciben. Para levantar sobre cimientos sólidos el alcázar de nuestras ilusiones y la meta o término de nuestro deseo conviene, si ha de ser en lo por venir, apelar a lo sobrenatural, ir más allá de este mundo sensible en alas de la fe religiosa. En este mundo, con sólo la imaginación, y no sostenidos por la fe, jamás hemos llegado a fantasear, soñar o columbrar otra vida mejor en lo venidero, hasta una época muy reciente, de donde ha nacido una filosofía de la historia optimista y alegre: la doctrina del progreso. Pero antes, y aun hoy para muchos hombres, la edad de oro se pone en lo pasado, y si en lo por venir se esperó alguna vez, o se espera aún, es por milagro, y como una purificación, como una vuelta, como el renacimiento de un período histórico ya transcurrido. Las naciones o las razas que tienen una grande y gloriosa vida o por la acción o por el pensamiento, y que vienen a decaer, a perder la fuerza política que las unía, y a dejar de vivir de vida propia, son casi siempre las que crean un ideal en que luego el resto de la Humanidad se complace. Este ideal aparece, en lo pasado, en el período de mayor esplendor de aquella raza, o se columbra en lo por venir merced a una renovación milagrosa y divina del mismo período. El ideal de la Edad Media y toda su poesía de entonces se pueden representar en estas dos direcciones, si bien no convergen en el punto de partida. La religiosa y mística está fundada en el cristianismo; la mundana y caballeresca toma para manifestarse en su más alto grado de perfección la historia tradicional o legendaria de una de las razas poderosas y decaídas de que he hablado: la raza céltica. El ciclo del rey Arturo y los caballeros de la Tabla Redonda son la creación primordial y más pura del mundo caballeresco. Todas las excelencias que no existían, y cuyo logro se anhelaba, se pusieron allí. Los cantares de los antiguos bardos bretones fueron transfigurados por el cristianismo y magnificados con todo ensueño y con toda aspiración a mejor vida. Esta poesía popular pasó

de la lengua propia a la lengua latina, y, ya en esta lengua universal entre los letrados, recorrió toda la Europa y llegó a divulgarse. Lanzarote del Lago, Merlín, Ginebra, Bibiana, Don Tristán de Leonís y la reina Iseo, con sus amores, encantamientos, profecías y hazañas, fueron cantados en todas partes, y en Alemania, en Italia y en España se atrevieron a competir con los héroes nacionales y tal vez a eclipsarlos.

Al mismo tiempo, no se borraban de la memoria de los hombres los recuerdos vivos y la admiración entusiasta de la gran civilización helénica. La duración, aunque decaída, del imperio de Constantinopla, y el frecuente trato que conservaron los griegos, a pesar del cisma, con la Europa occidental, merced a las cruzadas y al comercio marítimo de venecianos, pisanos y genoveses, contribuyeron a conservar dichos recuerdos. En ellos puso también a Edad Media el ideal de la caballería, y la guerra troyana y las conquistas de Alejandro, se puede decir, a pesar del anacronismo, que formaron otro ciclo, el cual se extendió y divulgó no menos que las hazañas de los caballeros de la Tabla Redonda. Si Merlín fue el príncipe de la magia, Aristóteles fue el rey de la ciencia, y Héctor, Aquiles y Alejandro se convirtieron en maravillosos andantes. El libro del falso Calistenes, y tal vez algún otro poema o crónica griegas sobre las conquistas del macedón, dieron origen en todas las lenguas de Europa y en algunas de Asia a sendos poemas de Algandro, entre los cuales el que escribió en castellano Lorenzo de Segura fue de los últimos en el orden cronológico.

En fin: la grandeza de la antigua Roma, que había dado sus leyes, su civilización y su idioma a las naciones occidentales de nuestro continente, tampoco podía olvidarse. El sacro romano imperio era el espectro, la sombra de aquella muerta grandeza, y el poder del padre Santo una más alta manifestación de la providencial preponderancia de Roma, en lo antiguo por medio de las armas, entonces de un modo espiritual. Para injerir esta grandeza en los cantos épicos populares no se retrocedió con todo hasta Augusto o hasta Constantino. El extraordinario renovador del imperio, santificado por el cristianismo, y su reinado y época, fue y fueron el centro y el momento de otro cielo no menos admirable. Sin duda que a algunos personajes de la antigua Roma, y en particular a Virgilio, los transfiguró también la Edad Media y los pintó a su modo; pero el centro de la epopeya romanoimperial fue Carlomagno. Aquel cielo, más fecundo que los dos anteriores, más significativo, más rico, se llamó carolingio, y, como los dos anteriores, no fue sólo nacional, sino que tomó carta de naturaleza en todos los países de Europa.

Al lado de estos tres ciclos, por decirlo así, cosmopolitas, se levantaron las rudas epopeyas meramente nacionales.

La abundancia de lo fantástico, de lo sobrenatural y de lo misterioso con que los poemas caballerescos solían estar adornados, se componía de una infinidad de elementos diferentes, fundidos en uno por la maravillosa fuerza de cohesión de la fantasía popular en aquellos siglos, cuando la reflexión no cortaba el vuelo de la fantasía y cuando, por lo mismo que las nacionalidades no estaban tan marcadas y distintas como en el día, más fácilmente, se dejaban influir unas por otras. El cristianismo prestaba su espíritu y daba ser a muchas leyendas, como, por ejemplo, a la del Santo Grial; pero todas las religiones de los paganos, así del norte de Europa como de la antigüedad clásica, como de la India y de Persia, transmitidas por los árabes, concurrían con sus maravillosas visiones a realzar aquellas epopeyas espontáneas. Los sentimientos de pundonor, de lealtad y de amor fiel y rendido a una dama eran el eje sobre que giraba aquel mundo fantástico. Mas había algo que propendía a quebrantar este eje, disipando como vana sombra o haciendo que todo aquel mundo fantástico se perdiese en el vacío. Este defecto era la carencia de finalidad; lo mezquino o lo vacío del fin, comparado con lo colosal de los medios; consecuencia legítima del caos de las naciones en aquella edad y de su falta de intención práctica para la vida colectiva del género humano. Toda fuerza trascendental, toda aspiración *humanitaria*, estaba entonces en la religión, y se proponía un

fin ultramundano. Así es que no tenía la literatura profana un norte, un término y, no sólo por la rudeza de las lenguas que entonces se formaban, sino también por la anarquía del pensamiento reflejo de la anarquía social y política no pudo crearse un gran poema caballeresco. El gran poema de la Edad Media tuvo que ser religioso, y lo realizó Dante. No pudo haber un gran poema profano de interés nacional, porque las nacionalidades, o no se habían formado aún, o no se habían comprendido ni tenían conciencia de sí.

Hubo, sin embargo, un pueblo donde se manifiesta antes, y con toda su fuerza, la conciencia de la vida real colectiva; donde el continuo batallar contra infieles, disputándoles el terreno palmo a palmo, identifica el amor de la religión con el de la patria, la unidad de creencias con la unidad nacional; donde el sol brillante del Mediodía, junto con el afán de guardar la pureza de la fe, disipa todas las visiones heterodoxas de la fantasía popular de la Edad Media, hadas, encantadores y vestiglos, y donde la dureza de la vida, y la actividad guerrera no dan vagar ni reposo para fingir pensamientos quintaesenciados y metafísicas amatorias. Este pueblo es el español, y en las primeras, indígenas y originales manifestaciones de su espíritu poético, hay una sobriedad tan rara de lo sobrenatural y fantástico, tal solidez, tanta precisión y firmeza en las figuras y en los caracteres, tan poca exageración y ninguna extravagancia en los amores, y una rectitud tan sana en las demás pasiones y afectos, que forman del todo una poesía naciente, caballeresca también, pero que se opone a la fantástica, libertina y afectada poesía caballeresca de otros países. Sus héroes, sin dejar de ser extraordinarios e ideales, tienen por raíz exacta la verdad. Hay en ellos algo de macizo, de verdaderamente humano, de real, que no hay en los héroes de las leyendas del resto de Europa. Salvo la ventaja que daba a nuestros poemas primitivos el estar iluminados por la idea cristiana, y salvo la desventaja de estar escritos en una lengua rudísima, sus héroes se parecen a los de Homero por lo reales, por lo determinados y por lo individualizados que están. No se ven envueltos en aquel nimbo misterioso, en aquella vaguedad de los héroes de la Tabla Redonda: todos van a un fin, todos llevan un propósito fijo; no es vano el término de sus proezas, sino que es el triunfo de la civilización católica y de la patria.

Atendidas las observaciones que acabo de hacer, se comprende el entusiasmo de Southey por el poema del Cid al cual nada halla comparable en todas las literaturas del mundo más que la *Ilíada*. Hegel, que es más alta autoridad que Southey, conviene esencialmente en lo propio, si bien son los romances, y no el poema, los que compara a la *Ilíada*, y los que pone por cima del poema nacional de Alemania, los *Nibelungos*, y de todos los demás poemas de la Edad Media. Las razones que da Hegel son en sustancia las que ya se han dado: la mayor verdad del poema del Cid. El héroe y cuantos le rodean tienen más ser real, más verdad humana; se proponen un fin útil; obran con juicio y concierto; son como Héctor y Aquiles, no como Merlín o Lanzarote. El Cid legendario no es una figura arrancada de la historia y trastrocada por la fantasía: es una figura histórica que la fantasía popular ha ensalzado, sin borrar su individualidad y sin destruir sus proporciones y forma efectiva.

Poco importa que el metro y la estructura del poema del Cid estén imitados en las canciones de gestas. El espíritu es puro, original y castizo en toda la extensión de la palabra. Pero esta poesía pura, original y castiza hubo de ceder pronto el campo a la imitación de la literatura extranjera. Los trovadores provenzales infundieron en la poesía lírica de España sus discreteos, su metafísica de amor, su escolasticismo cortesano y su *sensiblería* ergotista. Y las historias del rey Arturo y de Carlomagno, y las hadas, y los gigantes, y toda aquella profusión de prodigios supersticiosos, y las doncellas belicosas, trashumantes y andariegas, y los magos y adivinos con sus profecías y encantamientos, todo vino a infiltrarse en nuestros cantos épicos populares.

En el género lírico fue harto perjudicial esta influencia, porque hizo nacer la poesía pedantesca, afectada y fría de los cancioneros. En el género épico no fue tan grave el daño en

un principio. Aquellas leyendas peregrinas tenían gran mérito y significación. Eran la historia mítica, el origen ideal de lo más hermoso y perfecto que en la Edad Media pudo soñarse. Pero el ingenio de los españoles no se contentó con reproducir bajo otra forma la belleza de aquellas fábulas, y, ya con atraso, respecto al movimiento general del mundo, se propuso superarlas. De aquí nacieron los libros de caballerías, género de literatura falso y anacrónico hasta lo sumo. Lanzarote, Don Tristán de Leonís y los Doce Pares, aunque no hubiesen tenido fundamento histórico, lo tenían tradicional; habían vívido durante siglos en la creencia del pueblo, si no habían sido creados por él. Pero en España, sin apoyarnos ni en la tradición ni en la historia, sino lanzándonos atrevidamente en la región de los sueños, extrajimos de nuestra propia fantasía una multitud de héroes disparatados y quiméricos, entre los cuales descuellan los Amadises y los Palmerines y forman dos familias dilatadísimas. El estilo afectado y conceptuoso de estos libros está conforme con lo absurdo de cuanto en ellos se refiere. Era una literatura falsa, sin razón de ser y fuera de sazón.

Ya las naciones de Europa habían llegado a su virilidad; ya era conocida su alta misión de civilizar el mundo. Para este fin, la Providencia, valiéndose de portugueses y españoles, había abierto los nuevos caminos del Extremo Oriente, y había dado paso, por las nunca surcadas olas del Atlántico, a nuevos mundos ingentes e inexplorados. Las verdaderas hazañas, las increíbles aventuras, las atrevidas empresas y las inauditas peregrinaciones de los modernos aventureros debían eclipsar todas las altas caballerías de los siglos pasados, cuya falta de finalidad no podían menos de hacerlas objeto de burla. Era menester que cesase todo aquel vano estruendo, aquella agitación inútil, aquel malgastado brío y aquella desperdiciada heroicidad.

*Cesse tudo o que a Musa antiga canta,*
*Que outro valor mais alto se alevanta.*

Casi un siglo antes de que en España se escribiera el *Quijote*, en Italia, país entonces a la cabeza de la civilización, floreció un poeta cuyo claro entendimiento y cuyos estudios y perspicacia crítica le dieron a conocer una verdad hoy evidente, a saber: que, como dice Juan Bautista Pigna, contemporáneo de dicho poeta y autor de una vida suya, *più vero epico esser non si possa*; esto es, que, en la edad reflexiva del mundo y en el seno de una civilización tan complicada, no es posible escribir con seriedad una verdadera y buena epopeya heroica. Las ciencias, las artes, la filosofía, las miras e intereses de los hombres y sus diversos afanes no se cifran ya y se resumen en un libro en verso, como en las edades primitivas. No es dable un poema que tenga la significación del *Ramayana*, del *Mahabharata*, de la *Ilíada* o siquiera de la *Eneida*. El mundo y el poeta, con una superior comprensión de las cosas divinas y humanas, encontraban ya pueriles y sin propósito las leyendas, los cantos y los romances en que la Edad Media se había complacido. Sin embargo, era lástima que aquellas fábulas quedasen sin una formal tan hermosa como merecían, y esparcidas en muchas composiciones aisladas y rudas, de carácter más o menos popular. Todas ellas, o la mayor parte, aunque no se prestaban a ser tratadas seriamente, podían formar un artificioso conjunto, un juego maravilloso del ingenio, donde, sin destruir sus bellezas, antes mejorándolas por la forma y por cierta unidad, estuviesen templadas y como suavizadas por una alegre y finísima ironía. Tal fue el intento de meser Ludovico Ariosto. Para realizarlo, no contento con seguir las huellas de Boyardo y estudiar las fábulas caballerescas que circulaban en Italia, dicen que se puso a aprender las lenguas francesa y española, en que muchas de estas ficciones muy

hábilmente se habían escrito, y tomando de aquí y de allí, por el arte con que las abejas hacen la cera y la miel, que no sólo son dulces y útiles, sino duraderas, compuso el *Orlando*, donde está en hermoso compendio *tutta la romanzeria*, como en el panal el jugo, el almíbar y el aroma de las más generosas flores. No quiso componer una epopeya; no quiso incurrir en este anacronismo. Menos aún quiso escribir un libro de caballerías. Lo que compuso fue el testamento de las leyendas de la Edad Media. Meser Ludovico Ariosto quiso cerrar y cerró dignamente el ciclo carolingio, agrupando en torno mil otras fábulas y tradiciones, en una obra de carácter singular, donde no acierta el lector a decidir si el poeta canta alguna vez a sus héroes o si se ríe de ellos siempre.

Después del *Orlando*, siguieron, con todo, componiéndose poemas y novelas caballerescos. Por el estilo irónico ha llegado esta afición hasta nuestros días, dándonos de ello una linda muestra Wieland en su *Oberón*. Con toda formalidad, en Portugal, en Italia y en España se escribieron cada vez más desatinados. Los linajes de Perión y de Primaleón no se extinguían, y nos daban los Polendos, Florendos, Lisuartes y Esferamundis. Dos o tres años antes de aparecer la primera parte del *Quijote* había aparecido *Don Policisne de Beocia*.

Pero la literatura caballeresca debía morir de tal suerte se había viciado y corrompido, que no bastaba la indulgente ironía de Ariosto. Fue menester la franca y descubierta sátira de Cervantes para acabar con ella, y abrir, como se abrió con el *Quijote*, el camino de la buena novela, que es la epopeya de la moderna civilización, el libro popular de nuestros días. Parándose a considerar en este punto el mérito del *Quijote*, pasma verdaderamente su grandeza. Se le ve colocado entre una literatura que muere y otra que nace, y es de ambas el más acabado y hermoso modelo. Como la última creación del mundo imaginario de la caballería, no tiene más rival que el *Orlando*; obras maestras ambas, dice Pictet, de un arte perfectísimo, que dan a ese mismo mundo imaginario que destruyen un puesto muy alto en la historia de la poesía humana. Como novela, aún no tiene rival el *Quijote*, según Federico Schlegel lo prueba con sabios argumentos. Manzoni y Walter Scott distan tanto de Cervantes, cuanto Virgilio, Lucano y todos los épicos heroicos de todas las literaturas del mundo distan del divino Homero.

Por cuanto queda expuesto se corrobora que más que de censurar Cervantes en el *Quijote* un género de literatura falso y anacrónico, no se sigue que tratase de censurar ni que censuró y puso en ridículo las ideas caballerosas, el honor, la lealtad, la fidelidad y la castidad en los amores, y otras virtudes que constituyen el ideal del caballero, y que siempre son y serán estimadas, reverenciadas y queridas de los nobles espíritus como el suyo. No hay, en mi sentir, acusación más injusta que la de aquellos que tal delito imputan a Cervantes. Don Quijote, burlado, apaleado, objeto de mofa para los duques y los ganapanes, atormentado en lo más sensible y puro de su alma por la desenvuelta Altisidora, y hasta pisoteado por animales inmundos, es una figura más bella y más simpática que todas las demás de su historia. Para el alma noble que la lea, Don Quijote, más que objeto de escarnio, lo es de amor y de compasión respetuosa. Su locura tiene más de sublime que de ridículo. No sólo cuando no le tocan en su monomanía es Don Quijote discreto, elevado en sus sentimientos y moralmente hermoso, sino que lo es aun en los arranques de su mayor locura. ¿Dónde hay palabras más sentidas, más propias de un héroe, más noblemente melancólicas que las que dice al Caballero de la Blanca Luna cuando éste le vence y quiere hacerle confesar que Dulcinea del Toboso no es la más hermosa mujer del mundo? «Don Quijote, molido y aturdido, sin alzarse la visera, como si hablara dentro de una tumba, con voz debilitada y enferma dijo: Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo, y yo el más desdichado caballero de la Tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad; aprieta, caballero, la lanza y quítame la vida, pues ni has quitado la honra.» Ni del caballero que estas palabras dice, ni de los sentimientos que estas palabras expresan, pudo en manera alguna burlarse Cervantes. Hay en estas palabras algo de más patético y sublime de cuanto se cita de

sublime y de patético en la poesía o en la Historia. El *qu'il mourut*; de Corneille, y el *tout est perdu hors l'honneur*[11] de Francisco I, parecen frases artificiosas, rebuscadas y frías, frases de parada, al lado de las frases sencillas y naturales de Don Quijote, que nacen de lo íntimo de su corazón y están en perfecta consonancia con la nobleza de su carácter, nunca desmentida desde el principio hasta el fin de la obra.

Yo no entiendo ni acepto muy a la letra la suposición de que Don Quijote simboliza lo ideal y Sancho lo real. Era Cervantes demasiado poeta para hacer de sus héroes figuras simbólicas o pálidas alegorías. No era como Molière, que hace en *El avaro* la personificación de la avaricia y en *El misántropo* la personificación de la misantropía. Era como Homero y como Shakespeare, y creaba figuras vivas, individuos humanos, determinados y reales, a pesar de su hermosura. Y es tal su virtud creadora, que Don Quijote y Sancho viven más en nuestra mente y en nuestro afecto que los más famosos personajes de la Historia. Ambos nos parecen moralmente hermosos, y los amamos y nos complacemos en la realidad de su ser como si fuesen honra de nuestra especie.

La sencilla credulidad de Sancho y su natural deseo de mejorar de fortuna constituyen el elemento cómico de su carácter. Pero un entendimiento claro y elevado no es la sola prenda por donde los hombres se hacen amar y respetar de sus semejantes. La bondad, el candor y la dulzura inspiran amor y le reclaman. En este sentido Sancho es amable. Con justicia le llama Don Quijote «Sancho bueno, Sancho discreto, Sancho cristiano y Sancho sincero». La rectitud de su juicio, la mansedumbre de su condición y su cándida buena fe engendran aquel tesoro de chistes de que tanto nos admiramos, su inocente malicia, la excelencia de sus fallos cuando era gobernador, y la naturalidad ingenua de sus máximas y acciones.

Si Sancho es tan bueno y tan amable, ¿cuánto más no lo es el hidalgo, su amo? ¿Qué corazón hay que de él no se enamore? ¿Quién no siente un íntimo deleite cuando sale bien de alguna peligrosa aventura? ¿Quién no comparte su satisfacción cuando vence los leones? ¿Quién no lamenta su vencimiento en la playa de Barcelona? ¿Quién, después, no se aflige de su melancolía? ¿Quién, por último, no llora su muerte como la de un ser muy amado?

Altisidora se burla de Don Quijote, y aún tiene la impiedad de añadir a la burla el insulto. Le llama «don bacallao, alma de almirez, cuesco de dátil, don vencido y don molido a palos»; pero este mismo insulto y atropello realza más al héroe y califica de frívola y sin entrañas a la burladora; porque ¿cómo no admirarse de la hermosura del alma de Don Quijote, que «campea y se muestra en el entendimiento, en la honestidad, en el buen proceder y en la buena crianza? Estas partes caben y pueden estar en un hombre feo; y cuando se pone la mira en esta hermosura y no en la del cuerpo, suele nacer el amor con ímpetu y vehemencia».

Lo inspirado del *Quijote* es lo que está por cima del intento de Cervantes al escribirlo, que es, como repetidas veces él mismo dice, *poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías*. Si se hubiera limitado a realizar este propósito, no sería su libro el mejor entre todos los de entretenimiento, no se diría con verdad del autor y de sus personajes: «¡Oh, autor celebérrimo! ¡Oh, Don Quijote dichoso! ¡Oh, Dulcinea famosa! ¡Oh, Sancho Panza gracioso! Todos juntos, y cada uno de por sí, viváis siglos infinitos para gusto y general pasatiempo de los vivientes.»

Reducido el *Quijote* a una mera sátira literaria, sería algo parecido a *La derrota de los pedantes*, de Moratín, o a *Les héros du roman*, de Boileau, y como es inmensamente más grande, se ha de suponer que la sátira literaria es sólo ocasión de la obra maravillosa del poeta. Va éste contra los libros de caballerías, pero está animado del espíritu caballeresco. Su alma es el alma de Don Quijote. Don Quijote es él, no porque material y menudamente

[11] [«*tou*» en el original (N. del E.)]

figuren las aventuras del hidalgo manchego sus propias desventuradas aventuras, sino porque pone en él la generosidad de su alma, y la pone por tal vigor de estilo, que se nos retrata y aparece.

Merced a la diligencia y buena crítica de los entendidos y laboriosos escritores Mayáns y Ciscar, Pellicer, Navarrete, Ríos, Hartzenbusch, Fernández Guerra, Barrera y otros, bien se puede afirmar que conocemos hoy la noble y trabajada vida del príncipe de nuestros ingenios; pero aunque nada se conociese de ella, quien leyese el *Quijote* comprendería y amaría la excelencia moral de su autor, que allí ha quedado impresa en signos claros, indelebles y hermosos.

Si se atiende a lo maltratado que fue Cervantes por la fortuna ciega, por ásperos enemigos y miserables émulos, y a que escribía el *Quijote* viejo, pobre y lleno de desengaños, pasma la falta de amargura y de misantropía que se nota en su sátira. Por el contrario, sus personajes, hasta los peores, tienen algo que honra a la naturaleza humana. La ingénita benevolencia de Cervantes y su cristiana caridad resplandecen en este respeto que muestra a toda criatura hecha a imagen y semejanza de Dios. Las mujeres especialmente, según la atinada observación del señor Hartzenbusch, «son casi todas en su libro a cuál más bella y discreta y merecedora de cariño; y a la que pinta, ya moral, ya físicamente fea, siempre le agrega un toque benévolo para que no repugne. Ríense dos mozas cuando Don Quijote las llama doncellas; pero le ayudan luego a quitarse las armas, le sirven la cena, y cuando les pregunta sus nombres no se atreven a mentir, sino que, bajando los ojos, declaran humildes los apodos que llevan de la *Tolosana* y la *Molinera*. La soez Maritornes misma, la caricatura del *Quijote* más lastimosa, cuando ve a Sancho bañado en sudor y con la congoja del manteamiento, le trae vino y se lo paga, y en otra ocasión ofrece oraciones para que consiga volver a la razón al hidalgo demente».

Aún nos deleita más, haciéndonos simpatizar con el autor, con sus personajes y con la alteza de nuestro ser, según él la concibe, el respeto que la inteligencia y la virtud de Don Quijote infunden en el ánimo de los hombres más rústicos y desalmados. Pastores, rameras, galeotes y bandoleros, todos se dejan fascinar por su ascendiente, todos le veneran, todos oyen con gusto y aun con admiración sus palabras, hasta que, rayando el ingenioso hidalgo en el último extremo de su locura, le tienen que moler a palos por una fatalidad de la locura misma en que se funda lo cómico de la historia. Mas la significación altamente consoladora y humana que tienen esta necesidad y este poder con que obliga al amor y al entusiasmo cuanto es bello y grande, aunque aparezca bajo una fea y *triste figura* y venga unido a la demencia, luce como en nada en el cándido y repetido pasmo del buen Sancho Panza, al oír los discretos, apacibles y muy a menudo elevados razonamientos de su señor.

Son naturales y chistosísimas la credulidad de Sancho y su esperanza de ser gobernador o conde; pero no es esto lo que principalmente le lleva a seguir a su amo. No pintó Cervantes en Sancho a un hombre interesado y egoísta. Si su baja condición y su pobreza le hacen codiciar, aun en esto entra por mucho el amor que tiene a su mujer y a sus hijos, a fin de que la codicia misma esté disculpada y toque por algún lado o se funde en sentimientos bellos. No: Sancho no sigue a Don Quijote sólo por la ínsula. Mil veces duda de la promesa del gobierno; mil veces se da a sospechar que en aquellas expediciones no granjeará más que manteamientos, coces y puñadas, y pasar malos días y peores noches; pero, lejos de desear, cuando está así desengañado, dejar el servicio de Don Quijote, llora y se compunge si su amo le despide; dice que su sino es seguirle, que ha comido su pan, que no es de alcurnia desagradecida, y que, sobre todo, es fiel y leal, y no es posible que pueda apartarle de su amo otro suceso que el de la pala y el azadón. Por último, dan mayor luz de sí la bondad y humildad de Sancho cuando, durante las grandezas del gobierno, echa de menos la compañía de su señor Don Quijote, y, sobre todo, cuando renuncia y abandona el gobierno mismo, repitiendo con tanta resignación

y mansedumbre las palabras de Job: «desnudo nací, desnudo me hallo», y mostrándose superior a sus indignos y empedernidos burladores, contra los cuales no exhala la menor queja ni guarda el rencor más mínimo. El abrazo y beso de paz que da entonces en la frente a su compañero y amigo, al conllevador de sus trabajos y miserias, arranca lágrimas, y con las lágrimas, risa, por ser un asno el objeto de aquella efusión de ternura.

Ni se diga que Cervantes pinta muy cobarde a Sancho, sino muy pacífico. Con harta bravura sabe pelear cuando es menester, como lo muestra con el cabrero y en otras ocasiones. Es, sí tímido de lo sobrenatural, por lo infantil de su inteligencia. Por lo común, Cervantes no halla cómica la cobardía, como ningún vicio enteramente despreciable u odioso. Es, además, tan grande su sentimiento de la humana dignidad, que movido por él, rechaza toda protección y amparo de los poderosos a los débiles, y de esto se burla más que de nada, como en la aventura del muchacho Andrés y en otras parecidas. No gusta Cervantes de imaginar caballeros valerosos y contraponerles lacayos y villanos asustadizos. Antes los iguala a todos, ya que no preste más bríos a la gente menuda. Aquellos pelaires y agujeros que mantearon a Sancho dejaron abierta la puerta de la enta, sin temer la cólera de Don Quijote, y lo mismo hicieran, aunque Don Quijote se hubiera trocado en Don Roldán o en uno de los nueve de la Fama. En fin: Juan Palomeque, el Zurdo, al desechar con desden la protección que Don Quijote le ofrece, se diría que responde en nombre de la plebe a todos los magnates y paladines: «Yo no tengo necesidad de que vuestra merced me vengue ningún agravio, porque yo sé tomar la venganza que me parece cuando se me hacen.» Y no se funda esto en arrogancia plebeya y en soberbia zafia y villana, sino, como ya he dicho, en el sentimiento de la dignidad del hombre. Cervantes le concilió siempre con aquella profunda gratitud a sus bienhechores, de que ya sacramentado y moribundo dio la muestra más tierna y sublime en su dedicatoria del *Persiles*.

La propiedad de los caracteres y su variedad y multitud son admirables en el *Quijote*. El cura, el barbero, el ama, la sobrina, los duques, el oidor, el cautivo, todos, en suma, hasta los que están en tercero y cuarto término, son personajes vivos, perfectamente caracterizados y diferenciados; pero, fuerza es decirlo, son una galería de imágenes, sin gran enlace entre sí. Confieso mi pecado, si lo es. No acierto a descubrir esa unidad de acción que ve don Vicente de los Ríos en el *Quijote*. Es más, apenas si hallo en el *Quijote* una verdadera acción en el sentido riguroso. Hay sí, una serie de aventuras, todas admirablemente ideadas y enlazadas por el interés vivísimo que inspiran los dos personajes que las van buscando. Pero el desarrollo, el progreso de una fábula bien urdida, en que no haya acontecimiento que no conspire, que no prepare, que no precipite el desenlace, eso no lo veo. La unidad del *Quijote* no está en la acción, está en el pensamiento, y el pensamiento es Don Quijote y Sancho unidos por la locura. Quítense lances, redúzcase el *Quijote* a la mitad o a un tercio, y la acción quedará lo mismo. Añádanse aventuras, imagínense otros cien capítulos más sobre los que ya tiene el *Quijote*, y tampoco se alterará lo sustancial de la fábula. Esta es una falta del *Quijote*, que no debo negar por un exagerado patriotismo; pero es una falta inevitable, dado el asunto. En balde procura Cervantes enmendarla en la segunda parte. Sólo en apariencia lo consigue. El bachiller Sansón Carrasco, vencido al principio por Don Quijote, se decide a sacarle la locura de los cascos, y le vence, por último, en las playas de Barcelona, obligándole a volverse a su casa. Lo mismo, con todo, importaba que le hubiese vencido antes o después. Su triunfo no es causa, sino ocasión, a lo más, de que la historia termine. Bien pudo escribirse otra tercera parte en que hiciese el ingenioso hidalgo la vida pastoril y volviese luego a sus caballerías. Si el sanar Don Quijote de su locura es un desenlace; si lo es su muerte, ¿cómo son ambas cosas independientes de la acción, del movimiento de la fábula, y no preparadas por ella? La locura de Don Quijote le aísla, además, y le coloca en un mundo fantástico. Nada de lo que pasa en torno suyo influye en él sino transfigurado por su fantasía. En nada suele él influir sino como mero espectador. Los amores de Dorotea y Luscinda, los de Grisóstomo, la historia del cautivo, las bodas de Camacho, todo es ajeno a Don Quijote. Igual sería ponerlo en el libro que no ponerlo, tratándose sólo de la unidad de acción. Bien hubiera podido

Cervantes cambiar los episodios, trocar las aventuras, alterar de mil maneras el orden en que están, barajarlas y revolverlas casi todas: siempre hubiera quedado, en su esencia, el mismo *Quijote*. Repito, con todo, que esto es culpa del asunto y no del poeta, y que, a pesar de esta culpa, es el *Quijote* uno de los libros más bellos que se han escrito, y la primera, con una inmensa superioridad, entre todas las novelas del mundo.

Cervantes era un gran observador y conocedor del corazón humano. Sin duda, cuanto había visto en su vida militar, en su cautiverio y en sus largas peregrinaciones, y las personas de toda laya con quienes había tratado le dieron ocasión y tipos para inventar y formar unos personajes tan verdaderos como los del *Quijote*; pero hay una enorme distancia de creer esto a creer que todo es alusión en dicho libro y a devanarse los sesos para averiguar a quién alude Cervantes en cada aventura y contra quién dispara los dardos de su sátira. Si él hubiera tenido la incesante comezón de injuriar a sujetos determinados, lo hubiera hecho de otra suerte, y no trocando una creación poética de subidísimo precio en un ridículo y perpetuo acertijo.

El arriero enamorado de Maritornes era de Arévalo, porque a Cervantes le había jugado alguna mala pasada un arriero de Arévalo. Cervantes llama a Cide Hamete autor arábigo y manchego, porque quiere zaherir a la gente de la Mancha de poco limpia de sangre. El licenciado Alonso Pérez de Alcobendas es Blanco de Paz en anagrama. Dulcinea es una pobre solterona, preciada de hidalga y natural del Toboso, llamada Ana Zarco de Morales. El propio Don Quijote, en quienes los mismos que hacen estas interpretaciones confiesan que puso Cervantes lo mejor de su alma, es un acierto don Alonso Quijada de Salazar, de quien Cervantes quiso burlarse porque se había opuesto a su boda con doña Catalina Palacios. Sancho Panza, en fin, es fray Luis de Aliaga, como si hubiera la menor conexión ni semejanza de caracteres entre ambos personales.

Las cavilaciones, la erudición prolija y mal empleada, y los argumentos de que se valen para convencer de todo esto, rara vez logran convencerme; y si alguna vez me convencen, no me hacen entender mejor ni estimar más el mérito del *Quijote*. Yo no estimaría en más ni entendería mejor la hermosura del *Pasmo de Sicilia* si alguien me probase que el Cristo y la Virgen y otras figuras no eran más que caballeros y damas amigos de Rafael, y los sayones, varios enemigos suyos.

Se ve, por otra parte, en esto de buscar alusiones, el afán de que pase Cervantes por un formidable y ponzoñoso satírico, contra lo que él dice:

> Nunca voló la humilde pluma mía
> por la región satírica, bajeza
> que a infames premios y desgracias guía.

Porque si para otro fin se buscasen alusiones, se buscarían en los personajes bellísimos, en que abunda el *Quijote*, y no en los ridículos o moralmente feos. A nadie, que yo sepa, se le a ocurrido, con todo, buscar la realidad del Caballero del Verde Gabán, señor tan excelente, que Sancho no puede menos de besarle los pies, diciendo que era el primer santo a la jineta que había visto en su vida. ¿A quién alude Cervantes en las figuras de Cardenio, de Luscinda, de Dorotea y de tantos otros nobles personajes? ¿De dónde saca, en fin, los inocentes,

delicados y purísimos amores de don Luis y doña Clara, a quien en pocos rasgos pinta tan hermosos como Julieta y Romeo, y Pablo y Virginia?

La interpretación y la cavilación han ido en pos de lo satírico, y han llegado hasta el punto de que personas dotadas de nada común inteligencia y de poderosa fantasía hayan consumido tiempo, registrado archivos, revuelto códices y compulsado documentos para averiguar quiénes eran los carneros que convierte Don Quijote en príncipes y capitanes. Por industria de algún comentador sabemos ya, casi a punto fijo, quienes eran Alifanfarón de la Trapobana, Brandabarbarán de Boliche, Micocolembo de Quirocia, Pierres Papín y Pentapolín el del arremangado brazo.

No por eso acierto yo a persuadirme de que estos héroes tuviesen existencia real en la corte de Felipe II. No veo el chiste que puede haber en darles tales nombres. Antes deseo decir al discreto y querido comentador, con quien me pesa no estar conforme, aquello que dijo Sancho a su amo: «Señor, encomiendo al diablo, si hombre, ni gigante, ni caballero, de cuantos vuestra merced dice parece por todo esto; a lo menos, yo no los veo: quizá todo debe ser encantamiento.» Quizá no hay más que las ovejas y la fantasía de Don Quijote, que les pone nombres graciosamente eufónicos sin intención alguna.

La razón más grave en contra de estos comentarios es la de que truecan el carácter de Cervantes, generoso, magnánimo y sufrido en las desgracias, por el de un maldiciente mordaz y solapado. Sus elogios, en mi sentir sinceros, aunque hiperbólicos, se convierten asimismo en baja adulación o cobarde palinodia. Pongamos por ejemplo el temido Micocolembo, en quien nos quieren hacer creer que está aludido don Bernardino de Velasco.

Demos esto por probado y se verá que Cervantes no tiene la menor disculpa en prodigar alabanzas a dicho personaje, por boca de Ricote, para que tengan más fuerza. Llámale grande, prudente, sagaz, justiciero y misericordioso, y declara heroica la resolución de Felipe III, a quien también llama grande, de expulsar a los moriscos, e inaudita su prudencia en confiar su expulsión al tal don Bernardino.

En todo esto es menester ser muy suspicaz o muy zahorí para notar la más ligera ironía. Cervantes mismo da en compendio las razones que hubo para la expulsión, y la aprueba por indispensable, y por atrevida y por heroica la celebra y magnífica.

Cervantes era un hombre de su nación y de su época, con todas las nobles calidades de nuestro gran ser; pero con todas las pasiones, preocupaciones y creencias de un español de entonces. Su afectuoso corazón pudo afligirse de que fuesen expulsados aquellos hombres, entre los cuales había algunos cristianos sinceros; mas a la par reconocía que el cuerpo de toda aquella nación estaba *contaminado y podrido*, y que era menester extirparlo, a fin de que no inficionase y corrompiese todas las partes sanas de la república. Cervantes, protegido y entusiasta encomiador del ilustrísimo de Toledo, don Bernardo de Sandoval y Rojas, no podía pensar de otra suerte que como aquel arzobispo, pensaba, esto es, que, por lo menos, importaba arrojar de España a los moriscos, como el pueblo de Dios exterminó a los cananeos o los arrojó de la tierra prometida.

Repito, pues, que con esa perenne lluvia de alusiones y de ocultas diatribas contra determinados sujetos de que ven algunos atiborrado el *Quijote*, no sólo se afea el carácter de Cervantes, haciéndole malévolo y vengativo hasta lo sumo, sino que también se le amengua y achica el entendimiento. Yo, al menos, con la franqueza que me es propia, tengo que declarar inepcias muchas de esas imaginadas sátiras. Otra cosa es que Cervantes tomase ocasión de algunos sucesos de su tiempo y aun de su propia vida para escribir ciertos lances o aventuras. Puede que la del cuerpo muerto esté tomada de la traslación de los restos de San Juan de la

Cruz. Tal vez la aventura del rebuzno tenga por origen las desavenencias que hubo entre los vecinos del Peral y Villanueva de la Jara por cuestión de límites. Lo cierto es que esta aventura, así como la batalla entre los barceloneses y los soldados de la flota, que describe el autor en *Las dos doncellas*, y otras muchas ocurrencias y pinturas por el estilo que se leen en todas sus obras, dan clara prueba de la feroz anarquía y espantoso desorden de aquellos buenos tiempos.

No negaré yo que algunas veces la rivalidad de Cervantes con Lope, con Aliaga, aunque indigno, y con otros poetas, le haga lanzar contra ellos dardos satíricos Por lo común, sin embargo, en la alabanza es en lo que se excede mostrando más la excelencia de su corazón que la de su juicio en puntos literarios. Y lo que es contra los grandes señores de la corte, no había rivalidad alguna que pudiese mover a Cervantes. Quien nunca pasó de simple soldado, y de alcabalero, no era posible que viese rivales en aquellos grandes señores, sino mecenas más o menos propicios. La ambición y la envidia no estaban entonces tan despiertas como ahora, pues si, el favor del soberano sacaba a veces del lodo a validos indignos y necios, éstos no eran tan instables y ni remotamente tan numerosos como los que hoy levantan los partidos; por donde no hay nadie, por ruin y para poco que sea, que no se juzgue en potencia propincua de escalar los primeros puestos y con el derecho de infamar a los que mal o bien los ocupan y estorban el logro de su deseo.

Por las razones expuestas, presumo yo que no ofendería Cervantes a las personas favorecidas por sus reyes. Mucho menos me doy a recelar, como hacen otros, que de los reyes mismos se burla. Absurdo me parece que sea el *Quijote* una sátira de Carlos V o de Felipe II. Quien llama grande a Felipe III, y le llama grande candorosamente por el sumo respeto que inspiraban entonces a los españoles sus reyes, no había de tener baja idea del invicto César y de su prudentísimo hijo. Si Quintana, con todo su filosofismo a la usanza francesa del siglo pasado, todavía hace de Carlos V un ser extraordinario y si, calificándole de déspota, le transforma en déspota arrepentido y demagogo de ultratumba, a fin de que le adoremos, e identifica su gloria con la de España, ¿cómo Cervantes, que nada tenía de filósofo, había de juzgar con severidad o había de poner en ridículo los hechos de aquel emperador amado y admirable? Es cierto que la grandeza de los medios que se ponían en juego y la inconsistencia o nulidad de lo que resultaba, fijan en el reinado de aquel emperador el principio de la decadencia de la monarquía española; pero Cervantes no podía sospecharlo.

Cervantes, además, no pecaba de lo que se llama *liberal* ahora. Al contrario, en el *Quijote* y en otras obras suyas da frecuentes señales de entender del modo más absoluto el poder del príncipe sobre la república. Pudiéranse citar mil ejemplos. Baste, con todo, que cite yo aquel arbitrio que halla para que no se publiquen malas comedias, a saber: que se nombre un censor, sin cuya aprobación, sello y firma, nadie se atreva a representar comedia alguna. De suerte que no sólo somete al Gobierno las ideas de los escritores en cuanto pueden tocar en algo a la moral, a la religión o a la política, sino que le hace árbitro supremo del bueno o mal gusto en literatura. El despotismo de Carlos V o de Felipe II no debía pues, escandalizar a Cervantes.

No se crea, sin embargo, que era servil. En él había un poderoso instinto de libertad y de altivez, y una independencia de carácter propia entonces y siempre de los españoles, y muy en particular de los que se precian de hidalgos y de caballeros, que son casi todos, hasta los que al mismo tiempo se precian de demócratas. Muéstranse esta altivez y esta independencia en aquellas palabras de Don Quijote, menos de burla y más sentidas de lo que se piensa, en que declara exentos de toda ley a los caballeros andantes: «sus fueros, sus bríos, sus pragmáticas, su voluntad». Muéstranse también en aquel desprecio y furor con que trata Don Quijote a los ministros de la Justicia, *ladrones en cuadrilla, que no cuadrilleros*, y con que se mueve a desafiar a la Santa Hermandad, y a extender el reto a los hermanos de las doce tribus de Israel, a Cástor y a Pólux, a los siete hermanos Macabeos y a todos los hermanos y hermandades que

ha habido en el mundo. Casi siempre que hay algo de valentía o de travesura en quien se burla de las leyes o desafía a la autoridad, Cervantes, sin poder remediarlo, se pone de su parte. A los galeotes los disculpa, y si bien la apología está en boca de Don Quijote, no deja de tener fuerza y de estar hecha con calor. «Porque si bien vais castigados por vuestras culpas -dice-, podría ser que el poco ánimo que aquél tuvo en el tormento, la falta de dineros de éste, el poco favor del otro y, finalmente, el torcido juicio del juez, hubiese sido causa de vuestra perdición y de no haber salido con la justicia que de vuestra parte teníades.» «Me parece duro caso -añade- hacer esclavos a los que Dios y Naturaleza hizo libres.» Pero donde más se declara esta propensión de Cervantes es en el entusiasmo que consagra al valiente Roque Guinart, al capitán de bandoleros, de quien se admira, a quien ensalza sobre un pedestal de gloria, y en quien presenta un dechado de magnanimidad, de discreción, de cortesía y de otras mil prendas hidalgas. Los principales caballeros y damas de Barcelona, los del bando de los Niarros al menos, eran de la misma opinión, y conservaban las relaciones más amistosas con aquel forajido. Faltas son éstas que serían bastantes a que fuese tachada de antisocial una novela de ahora; pero en aquella época y estado social eran indispensable. Todavía, hasta hace poco, han sido en España las historias más celebradas entre el vulgo las que refieren los altos hechos de bandidos, ladrones y guapos, como Francisco Esteban.

Asimismo pretenden algunos ver en Cervantes un descreído burlón. Nada, a mi ver, más contrario a la índole de su ingenio. Cervantes era profundamente religioso y aun participaba de la superstición y del fanatismo de su nación y de época. España había hecho la causa de la religión su propia causa; había identificado su destino con el triunfo de nuestra santa fe; había puesto por base no sólo a su Imperio, sino a sus pretensiones de preponderancia, y de primado, y de soberanía entre todos los pueblos de la Tierra a victoria del catolicismo sobre la incredulidad y la herejía. Ser, pues, incrédulo entre nosotros, a más de renegar de Cristo, era renegar del ser de español y de hidalgo y de fiel vasallo. Este modo de nacionalizar el catolicismo tenía algo de gentílico y más aún de judaico: fue un error que vino a convertir, en España más que en parte alguna, a la religión en instrumento de la política; pero fue un error sublime, que, si bien nos hizo singularmente aborrecedores y aborrecidos del extranjero y conspiró a nuestra decadencia, colocó a España, durante cerca de dos siglos, a la cabeza del mundo, dándole en el gran drama de la Historia un papel tan principal, que nada se entendería si nuestros grandes hechos, pensamientos y miras se sustrajesen por un instante de la escena.

Siendo esto así, como lo es, Cervantes, que en grado eminente representa el genio de España, tuvo que ser y fue eminentemente religioso. En todas sus obras se ven señales de la piedad más acendrada. Cuanto se conoce de su vida concurre a persuadirnos de esta calidad que adornaba su espíritu.

Lo que sí me inclino a creer es que Cervantes discurría poco sobre ciertas materias, como la mayor parte de los españoles que no eran sacerdotes y teólogos de profesión. El Santo Oficio ahogó todo discurso, todo pensamiento sobre lo divino que no fuese una repetición de lo *oficial* y consignado. La filosofía acabó por convertirse en ergotismo frívolo para las aulas, en fría indiferencia para los hombres de mundo, y para algunos políticos y eruditos culteranos en doctrina estoica, más que metafísica, moral, y más que moral, literaria, pues los que la seguían, antes que de la ciencia y altos preceptos de Crisipo, se apasionaban del estilo pomposo y declamatorio de Séneca.

Hay, sin embargo, quien dé por seguro que, sin elevarse a consideraciones trascendentales, Cervantes se burló encubierta y chistosamente no de la religión, pero sí de abusos y desórdenes introducidos so capa de religión, y de muchos vicios del clero. Llegan, por ejemplo, a imaginar que tiene más malicia de la que se le atribuye aquello de decir Don Quijote a los monjes benitos, aun después de afirmar ellos que lo eran: «Ya os conozco, fementida canalla»; palabras con que Ariosto, con intento franco y deliberado, califica

también a todos los frailes, así como profiere infinitas burlas impías, sin que por eso deje Cervantes de llamarle «cristiano poeta». Se añade que hay también sátira por el estilo en la aventura del cuerpo muerto, en la de los disciplinantes y en el carácter y condición del eclesiástico que vivía con los duques.

Sin duda, Cervantes, sin querer, censuraba los vicios del clero, singularmente sobre cierto punto. El lance que el mismo Don Quijote refiere de los presentados y teólogos que fueron desdeñados por amor del lego que para ciertos negocios y menesteres sabía más filosofía que Aristóteles, y aquellas palabras de una dueña en *La tía fingida*, dando a entender que nadie pagaba mejor que los canónigos algunos artículos de ilícito comercio, no dan la más brillante idea de la que Cervantes tenía sobre las buenas costumbres y virtud del clero. Sin embargo, Cervantes decía esto por ligereza y sin ánimo de ofender a aquella clase, que, en general, respetaba. Una de las sentencias del licenciado Vidriera, de las cuales parece que hace Cervantes el último extremo de la discreción, es que, «nadie se olvide de lo que dice el Espíritu Santo: *noli me tangere Christos meos*». Y esto lo dijo el licenciado muy subido en cólera y sólo porque un sujeto tildó de gordo a un fraile. ¿Cuánto más no se hubiera enojado Vidriera con el cuento del lego y los teólogos y con la alta fama de rumbosos que entre las Claudias y las Celestinas supone Cervantes que los canónigos gozaban?

Se ha de advertir que ahora la impiedad de muchos hombres y la extremada malicia con que interpretan los dichos de los autores hacen que vean como una sátira en lo que sólo es efecto de un candor extraordinario, y digámoslo así, de cierta franqueza o familiaridad con las cosas divinas que había en aquellos tiempos de fe sincera y profunda. Al lado de esta fe había también una relajación en las costumbres y una depravación en la moral que pasman, y que se avenían sin el menor escrúpulo con la devoción más fervorosa. La asociación de ladrones y de pícaros del señor Monipodio da dinero para misas y para otros fines piadosos. Rinconete pregunta a un pillo a quien ve por vez primera: «¿Es vuesa merced, por ventura, ladrón?» Y el interrogado responde: «Sí, para servir a Dios y a la buena gente.» Las obras de Cervantes abundan en estos rasgos. Como la mayor parte de los autores de su tiempo, no tenía dificultad ninguna en mezclar los misterios y los dogmas de nuestra religión con farsas indecentes y chistes groseros, y en valerse de ellas para fraguar esas farsas y esos chistes. En su comedia *Pedro de Urdemalas*, cuando éste se finge alma del Purgatorio para robar a una rica viuda, vieja y crédula, hay escenas que parecen expresamente inventadas por el mismo demonio para burlarse de las ánimas benditas. Allí se refieren a una junta general y consejo que tienen en el Purgatorio los parientes difuntos de la viuda, las penas que padecen y la determinación que toman de enviar a uno de ellos por diputado a la viuda para que los rescate, todo de una manera tan cómica y ridícula, que no puede ser más. Cuando trataba Cervantes por lo serio las cosas divinas, no solía ser más decoroso. Lo inmoral o sucio de los lances y lo extravagante y absurdo de los milagros lucen no menos en *El rufián dichoso* que en el *San Francisco de Siena*, de Moreto y en otras más desarregladas y monstruosas *comedias de santos*. Schack pretende que *El rufián dichoso* es una de las comedias más desatinadas que en este género se han escrito. El héroe es como el de casi todas: un desalmado, pendenciero y burlador de mujeres, que, después de hacer mil insolencias y crímenes, se arrepiente y hace milagros, es santo y se va al cielo.

En el *Quijote*, por dicha, hay otro gusto más delicado, y junto a la más espontánea inspiración está siempre el recto juicio que la templa y modera. No hay, pues, en el *Quijote* semejantes aberraciones; pero sí hay pasajes que, interpretados hoy, pueden dar lugar a sospechas de las ya mencionadas. Yo, con todo, los creo nacidos al volar le la pluma, sin la menor intención de ofender. Si el autor pudiese contestar a nuestras preguntas, exento de todo temor al Santo Oficio, creo que no confesaría la intención ofensiva, y aún quedaría absorto de que se la atribuyesen.

Bien persuadido estoy, pues no puede ser más claro, de que el capítulo LXIX de la segunda parte del *Quijote* contiene una parodia del modo de proceder de la Inquisición y de los autos de fe. Pero ni Cervantes cayo en que aquello podía pasar por burla ni la Inquisición tampoco. Cervantes, si por burla la hubiera tenido, no se hubiera atrevido a publicarla; y si la Inquisición la hubiera tenido por burla, no la hubiera dejado pasar. En las pocas palabras que suprimió en la dicha segunda parte, se ve el cuidado minucioso que ponía en expurgar los libros. Era tal el respeto y el miedo que entonces la Inquisición infundía, que era imposible imaginar que la ponían en ridículo. La burla es sólo contra Sancho y Don Quijote, a quienes, para un asunto de tan poco momento y tan de farsa como la resurrección de Altisidora, los rodean de un aparato imponente, propio de los asuntos más sublimes. La Inquisición no podía darse por ofendida por esto, como el rey no se daba por ofendido de que hubiese reyes en parodia; el rey que rabió, o el rey Perico.

Tal vez pensará alguien que el lado místico y ascético a que entonces propendía, singularmente en nuestra Península el catolicismo, y que en las cosas de gobierno y razón de Estado iba ya tomando gran inclinación teocrática, repugnaba por instinto, y sin que se diese buena cuenta de ello, a una naturaleza tan sana y tan práctica como la de Cervantes. Pero el ideal de mundana perfección que sin duda estaba en su mente, y la conciencia del gran movimiento intelectual de Europa y el destino de esta privilegiada parte del globo de difundir la civilización entre todas las gentes, eran nociones y sentimientos que se avenían y aun se apoyaban en el catolicismo, entendido y sentido por alta manera, y haciéndole nervio, espíritu y origen de esa misma civilización. Así es que, lejos de pensar Cervantes, como el impío Maquiavelo, que el cristianismo había enervado el mundo, y dádole como a saco a los tiranos protervos para que hiciesen de él a su talante, ponía en nuestra religión el manantial purísimo de la verdadera valentía, y dotaba al cielo de caballeros andantes, como se ve en el capítulo LVIII de la segunda parte del *Quijote*. Ni está dicho de burla, sino con profundo entusiasmo, al hablar de San Jorge, que era *un caballero de los mejores andantes que tuvo la milicia divina*, y al hablar de Santiago, patrón de España, a caballo, con la espada ensangrentada atropellando moros y pisando cabezas, que *fue de los más valientes santos y caballeros que tuvo el mundo y tiene ahora el cielo*.

Ni siquiera puedo creer que la fantasía de Don Quijote de convertir a San Pablo y a otros santos en caballeros andantes venga allí con propósito de ridiculizar los libros de caballerías a lo divino, como *El caballero Assisio, El caballero peregrino* y otros. Yo entiendo que este misticismo, mezclado a veces con el espíritu caballeresco mundano, y otras veces contrapuesto a ese espíritu, rebajándolo y humillándolo, estaba en el alma de nuestro gran poeta. La ambición y el amor de gloria le conmovían hondamente. A menudo reniega Cervantes de su pobreza, y de quien la llamó *dádiva santa desagradecida*. Pero también habían en su corazón cierto menosprecio del mundo y cierta ternura mística, fomentada por sus desengaños de las cosas de la Fierra y por los desdenes de la fortuna.

En el capítulo VIII de la segunda parte del *Quijote* se descubre a las claras este combate interno de su corazón. El dualismo de su ser, las dos opuestas propensiones se manifiestan en un curioso diálogo entre Don Quijote y Sancho, y sin duda la propensión mística queda triunfante. Don Quijote habla del deseo de gloria, de la ambición, del amor de la patria, como móviles de las grandes acciones. Todas las hazañas, todas las atrevidas empresas dimanan de estos sentimientos que Don Quijote magnífica. Pero Sancho le interrumpe en medio de su peroración, tratando de probar que cualquier fraile vale más que todos los héroes del mundo, los conquistadores y los andantes caballeros, ya que hay más frailes santos que héroes y príncipes, y vale más resucitar a un muerto, dar salud a un enfermo, o hacer otro milagro, por pequeño que sea, que desbaratar ejércitos, fracasar armadas, aterrar vestiglos, descabezar gigantes y avasallar y domeñar naciones enteras. Aquí tenemos a Cervantes humillando por medio de la religión la soberbia aristocrática de los grandes y poderosos.

Este pensamiento no era fugitivo en tu alma, sino permanente, y con frecuencia lo repite. El licenciado Vidriera hace también observar que, de muchos santos «que había canonizado la Iglesia, ninguno se llamaba el capitán don Fulano, ni el secretario don Tal de Tal, ni el conde, ni el marqués, ni el duque, sino fray Diego, fray Jacinto, etcétera, todos frailes y religiosos; porque las religiones son los Aranjueces del cielo, cuyos frutos de ordinario se ponen en la mesa de Dios».

Para humillar las vanidades mundanas, Cervantes se valía casi de las mismas razones que el gran Gregorio VII «¿Qué príncipe ha hecho milagros? ¿Qué rey, que emperador vale un San Martín, o un San Antonio?» Palabras dictadas por un espíritu nivelador, por un sentimiento católico profundamente democrático. Pero Cervantes amaba la gloria, la vida aventurera, las hazañas, estaba lleno de ardor guerrero, y, en lo que la patria y la religión se avenían y aun prescribían el vivir heroico, él lo amaba. Entonces no era el místico desengañado: entonces era el elocuentísimo encomiador de las armas sobre las letras, el héroe de Argel, el caballero andante, el soldado valeroso, *el que más bien parece muerto en la batalla que libre en la fuga*, el que prefiere su manquedad *a no haberse hallado en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros*.

Por cualquier faz que se examine el carácter de Cervantes se ve que dista infinito de rebajar el espíritu caballeresco y la verdadera gloria militar, a no ser en nombre de una más alta y más pura gloria. No es el *Quijote*, como pretende Montesquieu, el único libro bueno español que se burla de los otros, la reacción y la mofa contra nuestro espíritu nacional; antes es la síntesis de este espíritu, guerrero y religioso, lleno de un realismo sano, y no por eso menos entusiasta de todo lo bello y grande.

El *Quijote* se burla de los libros de caballerías, porque Cervantes los halla indignos del espíritu que los dictó. Hablando nuestro autor por boca del canónigo, deja ver su idea y nos da en cifra los preceptos del verdadero y excelente libro de caballerías que él soñaba; esto es, de la epopeya en prosa, o dígase de la novela heroica, donde se han de presentar como en dechado todas las virtudes del caballero perfecto: *cristiano, valiente y comedido*. Este ideal resplandece en la obra inmortal de Cervantes, llenándola, perfumándola e iluminándola toda.

He tratado hasta aquí de varias especies de comentarios que se han hecho o pueden hacerse del *Quijote*. El asunto es tan extenso que merece un libro. Temo haber callado muchísimo importante, y haber además fatigado a mis oyentes. Mas, a pesar de este último temor, diré aún, en brevísimas palabras, algo de otros comentarios que hay, y que llamaré filológicos y filosóficos. Los filológicos me parecen inútiles, si tratan de explicar giros y vocablos, oscuros por anticuados. El *Quijote* no está escrito en una lengua muerta. Con corto y poco sustancial desvío, la lengua de Cervantes es la que hoy se habla. Los grandes autores clásicos fijan la lengua en que escriben.

El comentario filológico puede ser, sin embargo, útil si se reduce a enmiendas y correcciones, por el orden de las que en los clásicos griegos y latinos pusieron los eruditos del Renacimiento; si bien conviene tener mucho pulso y prudencia en este negocio para no incurrir en los desmanes que tan graciosamente zahiere Saavedra Fajardo. Hablando de los críticos que corrigen o enmiendan, los compara a cirujanos o barberos «que hacen profesión de perfeccionar o remendar los cuerpos de los autores. A unos pegan narices; a otros ponen cabelleras; a otros dientes, ojos, brazos y piernas postizas; y lo peor es que a muchos las cortan los dedos o las manos, diciendo que no son aquéllas naturales, y les ponen otras con que todos salen desfigurados de las suyas. Este atrevimiento es tal que aun se adelantan a adivinar conceptos no imaginados, y, mudando las palabras, mudan los sentidos y taracean los libros.» Yo me inclino, en general, al dictamen de Saavedra Fajardo, si bien no menosprecio a estos críticos correctores, cuando hasta el mismo Aristóteles lo fue de Homero, haciendo

aquella edición que Alejandro guardaba en la cajita de Darío. El *Quijote*, además, así por descuido de Cervantes como por torpeza de los impresores, estaba plagado de erratas, por lo cual aplaudo sinceramente la edición corregida que con gran tino ha hecho un docto y entendido compañero nuestro. Las más de sus enmiendas me parecen acertadas, aunque no pocas son bastante atrevidas.

El otro género de comentario, el filosófico, es el que resueltamente no puedo aprobar, si por él se trata de persuadirnos de que un libro tan claro, en el que nada hay que dificultar y que hasta los niños entienden, encierra una doctrina *esotérica*, un logogrifo preñado de sabiduría. Verdad que Homero ha tenido mil comentadores de esta clase, desde Heráclides Póntico y Demócrito Abderita hasta hoy, y Dante cátedras, donde su ciencia se ha leído, y desentrañadores de ella, como Ozanán y el rey Juan de Sajonia; pero según dice un prologuista de *La Divina Comedia*, «la Minerva griega salió grande y armada del cerebro de Homero, y la Minerva italiana del de Dante», mientras que la Minerva española estaba ya nacida, crecida y muy granada cuando el *Quijote* apareció. ¿Qué idea, por otra parte, se formaría de esta Minerva quien no la conociese, y llegase a entender que era su cuna una sátira alegre, una obra festiva, un libro de entretenimiento, una novela, en fin? Una novela, y no más, es el *Quijote*, aunque sea la mejor de las novelas. Y los que en otro predicamento la ponen, no logran realzar el mérito del autor, y rebajan el de la civilización española. Antes de Cervantes, y después de Cervantes, hemos tenido filósofos, jurisconsultos, teólogos, naturalistas y sabios en otras muchas ciencias y disciplinas, que han concurrido al progreso científico, al desenvolvimiento de la inteligencia humana.

Cervantes no ha concurrido, no ha descubierto ninguna verdad. Cervantes era poeta, y ha creado la hermosura, que siempre, no menos que la verdad, levanta el espíritu humano, y ejerce un influjo benéfico en la vida de los pueblos y en los adelantos morales.

No hay que hacer un análisis detenido del *Quijote* para probar que carece de profundidades ocultas. Hay mil razones fundamentales que lo demuestran.

Es la primera que ningún crítico español ni extranjero, entre los cuales pongo a Gioberti, a Hegel y a Federico Schlegel, admiradores entusiastas del *Quijote*, ha descubierto ni rastro de esa doctrina *esotérica*; y sería de maravillar y caso único en los anales de la inteligencia humana, que durante más de dos siglos y medio hubiesen estado escondidos en un libro tesoros de sabiduría sin que nadie de ellos se percatase.

La segunda razón es que, dada esa sabiduría, el disimulo de Cervantes no tiene explicación, a no suponer que su espíritu era contrario a la moral, o a la fe, o la política de España en su tiempo, y creo haber probado que no lo eran.

Los antecedentes de Cervantes confirman más aún que no hay tales filosofías y sabidurías en el *Quijote*. Tirso, Lope, Calderón y otros muchos poetas de España, habían estudiado más, sabían más, eran más eruditos que Cervantes. Cervantes era (¿y por qué no decirlo?) un *ingenio* casi *lego*. La edad de la intuición súbita había ya pasado. Y en el período reflexivo de la vida de la Humanidad, aunque pueden escribirse poemas que presuman de contener en cifra una teoría completa de las rosas divinas y humanas, estos poemas no suelen estar escritos sino por autores de mal gusto, vanidosos e ignorantes, que no saben lo que es la ciencia y quieren abarcarla, o bien por autores que a más de poetas son filósofos, como Goethe, y muy versados en todo género de estudios. Cervantes no era ni lo uno ni lo otro: luego por este lado tampoco se concibe cómo pudo poner en el *Quijote* esa sabiduría.

Las advertencias que hace el ingenioso hidalgo a Sancho, cuando éste va a gobernar la ínsula; las doctrinas literarias del canónigo y otras máximas sobre política, moral y poesía, a

no ser por la elegancia, por el chiste o por la nobleza de los afectos con que se expresan, nunca traspasan los límites del vulgar, aunque recto juicio. El discurso sobre la edad de oro no es más que una declamación brillante y graciosa.

Nada más propio de la epopeya que encerrar dentro de su unidad la idea completa del universo mundo y de sus causas y leyes; pero esto es dable cuando la idea es sólo poética y aun no está limitada y contradicha por la sabiduría prosaica y metódica, y cuando la metafísica, la moral, la religión y las ciencias naturales se escriben en breves sentencias.

Las atribuidas a Pitágoras en los *versos de oro*, las de los siete sabios, las de otros poetas *gnómicos* y las de *Los trabajos y los días*, de Hesiodo, si bien no enlazadas a una acción heroica ni reducidas a unidad, son, como las máximas de Valmiki, de Viasa y de Homero, la legítima sabiduría épica. Pero estas sentencias, aunque se ponen en boca de los antiguos sabios, tienen un carácter eminentemente impersonal; son como la voz de todo un pueblo, y cuando viene la reflexión y nace el saber prosaico pierden su condición ilustre y grave, se hacen plebeyas, toman un aspecto algo jocoso y se convierten en *refranes*. Cervantes, comprendiendo instintivamente esta verdad, que hoy aclara la crítica, hizo de la antigua sabiduría épica, ya emplebeyecida y degradada, uno de los elementos más cómicos y risibles de su profunda parodia, que no lo es sólo de los libros de caballerías, sino de toda epopeya heroica. Épicas son también, como las referidas sentencias, la importancia que se daba y la circunstanciada descripción que se hacía de todo aquello que sirve a los héroes para adorno o defensa de la persona: un cetro, un bastón, una espada o un yelmo. Los mismos dioses en las epopeyas antiguas, y en las modernas los magos o las hadas, fabrican estas armas, alhajas o muebles, dotándolos de mil virtudes y excelencias. Cervantes se burla de esto, transformado en yelmo de Mambrino una bacía de barbero. Así como los héroes de los antiguos poemas se revisten de armas divinas cuando acometen la más peligrosa y seria aventura, y los dioses ponen en ellos algo de extraordinario, por ejemplo, una horrenda llama que les arde en las sienes, así Don Quijote, al acometer también su aventura más seria y peligrosa, se pone el casco lleno de requesones y se da a entender que se le ablandan y derriten los sesos.

Y, sin embargo, a pesar de esta burla de lo épico, Cervantes se muestra siempre enamorado de lo novelesco y lo trágico. Sin hablar del *Persiles*, en el mismo *Quijote* hay caracteres y casos que no vendrían mal en un libro de caballerías. A las mujeres, más que a los hombres, las poetiza a veces Cervantes del mismo modo exagerado y andantesco de que tanto se burla. Dorotea, Ana Félix y Claudia Jerónima son mujeres andantes, y la última de las de rompe y rasga. Las doce doncellas, en la novela de este título, no se limitan a andar de, ceca en meca, vestidas de hombres, sino que pelean y dan de cuchilladas, como Pentesilea, Bradamante y Clorinda. Cervantes amaba la *romanzería*, y la epopeya histórica y los libros de caballerías, aunque tuviese, por instinto, el sentimiento de que eran anacrónicos.

No era, ni podía ser Europa, como varias naciones del Asia, donde se prolongó por muchos siglos la edad de la epopeya, la edad divina. Durante este largo período, los dioses se humanaban, y compartían las penas, las pasiones y los cuidados de los hombres; la religión y la Historia, las creencias y la filosofía, los acontecimientos reales y los sueños, todo estaba mezclado y confundido. Así se explica que un poema fuese el libro por excelencia de toda una nación, en el cual iban escribiendo sus ideas las sucesivas generaciones. Así el *Mahabharata*, que tenía en un principio dos mil cuatrocientas *slokas* o dísticos, llega a contener al cabo sobre cien mil. En él aparece, desde la luz incierta y vaga que esparce la aurora de la civilización indiana, hasta la metafísica del *Bhagavad-Gita*.

En la Europa pagana sucedió lo contrario. Los dioses, como seres efectivos, desaparecieron pronto, quedando como ideas inmortales; pero dieron lugar a Homero para escribir, con un arte que los asiáticos desconocían, la epopeya perfecta y una.

En la Europa cristiana, la fijeza de los dogmas y la gran filosofía de los primeros cinco siglos infundieron una noción más sublime y científica de la divinidad, y no consintieron que ésta pudiese decorosamente servir de máquina para los poemas. A pesar del arte y de la ciencia de Milton y de Klopstock, hay en sus obras mil pasajes que no se pueden sufrir. Cuando con más fe y menos ciencia se ha hecho intervenir a la divinidad en nuestras epopeyas, dramas o novelas, se ha caído en lo indecoroso. Muchos gentiles pensaban así de sus poetas épicos y del empleo que en las fábulas daban a sus dioses. ¿Cuánto más debemos pensar esto los cristianos? La idea de Chateaubriand de que nuestra religión vale más que la mitología para máquina de un poema, ofende a nuestra religión, lejos de ensalzarla.

Pero, dígase lo que se diga de la idea de Chateaubriand, es lo cierto que, aparte *La Divina Comedia*, obra de un género enteramente diverso, no hubo epopeya perfecta en la Edad Media. Desde el Renacimiento hasta hoy, y aun en lo por venir, creo, con Ariosto, que *più vero epico esser non si possa*. Tasso, a fuerza de elegancia, de ternura y de religiosidad, nos ofusca, y casi contradice el fallo. Camoens, por ser hijo e una nación épica en grado elevadísimo, por cantar una empresa nacional y al mismo tiempo de interés común al género humano, pues que abre verdaderamente la historia moderna, y por un sinnúmero de otras circunstancias dichosas, a más de su ardiente inspiración y patriotismo, contradice también en apariencia el fallo que se ha dado. En realidad, y en el fondo, ni Tasso ni Camoens le contradicen. *La Jerusalen* y *Os Lusiadas*, aunque bellísimos, son igualmente dos poemas artificiales.

Todo esto, repito, que lo sentía Cervantes, aunque no se lo explicaba. Si alguna oculta sabiduría hay en su libro, me parece que es esta sola. Mas, como burlándose de la caballería es él un perfecto caballero, así burlándose de la epopeya escribe en prosa el libro más épico que en la Edad Moderna se ha escrito, salvo los romances del Cid; *aquel collar de perlas, aquella graciosa corona*, como los llama Hegel, que nos atrevemos a poner al lado de cuanto la antigüedad clásica creó de más hermoso.

Tal es, señores académicos, mi pobre opinión sobre el *Quijote* y sobre los comentarios y críticas que de él se han escrito.

# La libertad en el arte

Contestación al discurso de recepción de don Antonio Cánovas del Castillo en la Real Academia Española el 3 de noviembre de 1867

SEÑORES:

Pocos deberes en mi vida me han sido más gratos y más difíciles a la par que el que voy a cumplir ahora. Temo, por una parte, que la premura del tiempo y la cortedad de mi ingenio no consientan que yo conteste sino con pensamientos pobres y frases vulgares al elegante discurso, rico en erudición y en ideas propias, que acabáis de escuchar con muestras claras de aprobación y deleite; y me alegro, por otra, de ser yo el elegido para dar la bienvenida en nombre de nuestra Academia a un sujeto con quien me une, desde hace muchos años, lazo de amistad, anudado y reanudado siempre por aficiones idénticas y por modos de sentir y de

pensar muy semejantes en todo aquello que se refiere a las altas teorías del arte y de la ciencia, aunque a veces en los asuntos prácticos lo hayan desatado divergencias o desacuerdos lastimosos.

De esperar es que este lazo se estreche más en el seno de la ilustre Corporación donde vengo a recibir al señor Cánovas, y aunque llego muy tarde, y la fama no ha menester de mi voz, como, por hallarme ausente, no tuve el placer de concurrir a su elección, me desquito, si no le sirvo, complaciéndome en declarar las razones que hay para considerarla acertada.

Nunca, ni en los momentos en que la política me ha apartado más del señor Cánovas, he desconocido, he negado o he tratado al menos de amenguar la fuerza de estas razones. Nunca he escatimado al saber y al talento del señor Cánovas las alabanzas merecidas. Y siempre, aun cuando yo la mirase como al más acérrimo contrario en las cosas de la política, confiaba en él y le tenía por compañero, amigo y aliado en las literarias, no dudando de que, por amor a estas cosas, había de estimarme y había de pagar con benevolencia y predilección la justicia con que le apreciaba y le aprecio.

A este buen concepto mutuo contribuía el haber el mismo maestro, a quien el señor Cánovas alude, infundido en ambos la afición a ciertos estudios y el aliento para seguirlos. El señor Cánovas estaba ligado a él por parentesco muy cercano, y yo por amistad antigua y constante. Los dos mirábamos sus obras como tesoro y dechado donde daban gallarda muestra de sí el primor, la gracia y la riqueza de nuestra lengua nativa[12].

Criado el señor Cánovas en tan buena escuela, y cultivada con esmero por tan hábiles manos la planta fecunda y generosa de su ingenio, no es de extrañar que haya producido frutos en que lo espontáneo y temprano no daña a lo delicado y sabroso. Como de rico y perenne venero brota la palabra de sus labios o de su pluma, haciéndole apto en extremo para las lides del Parlamento y de la Prensa; pero no la enturbia el ímpetu con que corre, porque el saber le abrió de antemano un limpio y hondo cauce.

En su primera mocedad, cursando las aulas y estudiando con notable aplicación el Derecho, ya se adelantaba el señor Cánovas a los más hábiles periodistas. Poco después se distinguió como orador parlamentario, y tomando parte muy principal en nuestras contiendas políticas, vino a ocupar las más altas posiciones y a ser uno de los corifeos y jefes de más nota y séquito entre los muchos que se disputan la gobernación del Estado. No es del caso hablar aquí de sus opiniones sobre este punto, ni menos juzgar su conducta; baste decir lo que está en la conciencia de todos, a saber: que entre los rápidos encumbramientos de ahora, pocos habrá tan justificados como el suyo. Las pasiones y tareas de la política, que distraen y alejan del cultivo de las letras a tantos ingenios, jamás fueron bastantes a entibiar en el alma del señor Cánovas el ferviente amor al estudio, a las artes y a la poesía. Nacidas de este amor son sus varias, correctas e inspiradas composiciones en verso; una novela, *La campana de Huesca*, donde la pureza del lenguaje, la maestría precoz del estilo y la viva lozanía de la imaginación, guiada por un conocimiento nada común de la Historia, concurren a trazar un cuadro fiel y animado de nuestra Edad Media en el momento importantísimo en que Aragón y Cataluña se unen; y algunas obritas históricas que por la claridad, verdad y buena crítica con que en ellas se narran los sucesos, y por el tino con que están juzgados, abrieron, años ha, al señor Cánovas las puertas de otra Real Academia.

De la fecundidad del ingenio del señor Cánovas y de su aplicación, sin duda que aún pudiera esperarse mayor número de escritos, a pesar de lo agitada y afanosa que es la vida pública; pero la poca atención del vulgo de los españoles, y su falta de curiosidad y de interés

[12] Se alude al excelentísimo señor don Serafín Estébanez Calderón. (N. del A.)

aun para los escritores que mejor conoce y que más se inclina a reverenciar y a recibir con aplauso son rémora hasta de las voluntades decididas y de los propósitos firmes.

Este desvío del vulgo, sin embargo, si bien enfría el ardor de producir, no apaga ni aquieta la sed de saber, la cual ha perseverado siempre en el alma de nuestro compañero, moviéndole a buscar y a no desaprovechar las ocasiones de satisfacerla. La más propicia y mejor empleada ha sido su permanencia en Roma durante dos años. Allí, en aquella capital del orbe católico, a la vez que foco de la divina luz y de la sabiduría eterna que ilumina a los hombres en este mundo, centro del buen gusto, patria o refugio de las nobles artes, cuna de la ciencia profana y escuela jamás decadente de clásica erudición y de sana filosofía, el señor Cánovas ha ensanchado el horizonte de sus ideas, ha depurado su criterio estético, y estudiado los grandes modelos artísticos y literarios de la antigua civilización griega y latina, ha logrado adquirir la firmeza y rectitud de juicio que avaloran el discurso a que debo contestar y la copia de conocimientos que en él se cifra y resume.

En mi contestación no me incumbe impugnar nada, porque sustancialmente estoy de acuerdo con todo. Mi contestación va, pues, a ser un mero comentario del discurso; pero comentario incompletísimo, porque ni tengo vagar para más, ni el recelo de molestar demasiado vuestra atención consentirla que yo me extendiese, aun cuando lo tuviera.

La afirmación capital del señor Cánovas no puede ser más atrevida: proclama el arte ilegislable, le da libertad, y en cierto modo, tilda los preceptos de inútiles y hasta de nocivos. Los preceptos atajan el paso a la inspiración, y, abatiendo la fantasía, no consienten que vuele y se explaye por los inmensos espacios inexplorados. El señor Cánovas se atreve a formular seriamente sentencias que Moratín formulaba por ironía y sarcasmo. Salvo la diferencia en el tono y en la expresión, casi suenan las palabras del señor Cánovas como si dijeran, con el autor de *El sí de las niñas*, que por culpa de los preceptistas

> cobra la osada juventud espanto
> y se malogran furibundos vates;

esto es, que Tirso y Calderón, por ejemplo, se hubieran malogrado, no hubieran escrito jamás *El condenado por desconfiado*, *El burlador de Sevilla*, *La devoción de la Cruz* y *La vida es sueño*, si hubieran pensado sólo

> en Baquis, Menedemo y Antifila,

y hubieran empequeñecido sus creaciones, vaciándolas en la turquesa que dejó Terencio.

Entendido esto como debe entenderse, es tan exacto que no puede serlo más. Porque no se niega ni se negará nunca que la parte mecánica, por decirlo así, de cada arte; que lo que no

constituye propia y esencialmente el arte, esté sujeto a reglas: lo que se niega es que lo esté el arte mismo. Es evidente que el poeta no puede sustraerse a las reglas de la sintaxis, de la prosodia y de la metrificación, y mucho menos a las del sentido común, la moral, la lógica y la decadencia. A esto no puede sustraerse nadie, sea poeta o no lo sea. Esto es anterior a toda poesía y a toda prosa. Es evidente, además, que el pintor y el escultor se sujetan a los principios matemáticos de la perspectiva y a los datos empíricos de la anatomía externa; el arquitecto, a las leyes de la estática, y el músico, a las no menos irrevocables de la armonía. Pero todas estas leyes pesan sobre artes auxiliares, y en cierto modo serviles, sobre una práctica aplicación de la ciencia, mas no sobre el arte mismo, en toda su pureza, el cual está libre y exento de legislación.

En cuanto al arte tiene por objeto la creación de la belleza, el arte es libre. La belleza es divina e inexplicable. Los filósofos, hace muchos siglos, trabajan en vano por determinar la idea de la belleza. Ahora bien: sobre una idea vaga, confusa; sobre una idea que no se comprende, que se nos manifiesta como por revelación, ¿qué es lo que puede legislarse? Se filosofa, se discurre, se dicen sutilezas, discreciones y profundidades grandísimas acerca de esta idea, y con el intento de explicarla; pero no se dan leyes para producirla. La ciencia, o, mejor dicho, la filosofía segunda, que trata de la belleza, es lo que llaman *Estética*. Cuando trata de las facultades que hay en nuestra alma para crear o percibir lo bello, se relaciona con la psicología; con la teodicea o con la ontología, cuando trata de contemplar la belleza como objeto, como modo del ser, como atributo soberano de la Divinidad; pero siempre la belleza en sí es indefinible.

Hay otras ideas absolutas, que el hombre comprende bien dentro de los límites de su entendimiento; otras ideas absolutas que el hombre determina y define. No así la de lo bello. Y con todo, de la idea de la justicia no nace propiamente un arte, sino una ciencia: el Derecho; y de la idea de la bondad no nace propiamente un arte, sino una ciencia: la Moral. Cierto es, además, que hay leyes morales, y cierto que hay leyes justas; pero las ideas de lo bueno y de lo justo son tan claras, tan notorias y tan determinadas que toda alma humana comprende lo que las contradice y lo que las constituye en su esencia. De aquí los axiomas imperativos, claros como la luz meridiana, sobre los cuales se levanta con solidez inquebrantable el edificio de la moral y de las leyes. Pero ¿dónde está la idea clara de la belleza? ¿Dónde los axiomas imperativos que emanan de esa idea y que han de ser el fundamento de las reglas artísticas?

Desde Platón hasta Hegel se han afanado inútilmente los filósofos por determinar y definir esta idea. Platón, en el *Grande Hipias*, destruye todas las definiciones que un solista da de la belleza. Lo bello no es ni lo útil, ni lo agradable, ni lo conveniente, ni lo simétrico, ni lo proporcionado; pero ¿qué es? Sócrates se contenta con burlarse del sofista y con exclamar que lo *bello es difícil*. Tan poco se ha vencido esta dificultad desde Platón hasta ahora, que Gioberti define la belleza *un no sé qué de inmaterial y de objetivo, que se presenta al espíritu del hombre y le atrae y arrebata*. De esta definición, que no es definición, se deduce que la obra del artista es revestir dé una forma sensible esa idea inmaterial, ese *no sé qué*; objetivo y misterioso. ¿Quién podrá dar reglas al artista para que se apodere de ese *no sé qué*; y nos lo haga perceptible por los sentidos? Del artista se puede decir, por consiguiente: *sus fueros, sus bríos; sus pragmáticas, su voluntad*. Acaso en su voluntad, en el amor, que es *apetito de belleza*, reside el resorte, la fuerza, el principio del arte, que nos hace buscar lo bello en sí, lo bello ideal, realizándolo algo en las bellezas particulares.

El estudio, la observación y la comparación de estas bellezas particulares no pueden elevarnos sino ocasionalmente, excitando nuestro deseo, hasta la belleza ideal. Por el contrario, la comparación y la elección de las bellezas particulares presuponen una idea

anterior y como innata de lo bello en sí, la cual sirve de norma y pauta para elegir y para desechar, y aun para lijar y agrupar lo elegido en ajustadas proporciones.

Si Praxiteles, para esculpir su Venus, eligió lo más hermoso de muchas heteras griegas, y lo combinó y agrupó, reduciéndolo a cierta unidad armoniosa, así la ley de esta unidad, como la idea preconcebida de la hermosura, que dio fundamento a su elección y a su juicio, estaban en él de antemano. El juicio estético, que cuando va acompañado de la inspiración es el genio, y que se llama buen gusto, cuando no crea, sino que falla y decide sobre lo creado, tiene, pues, por base una noción *a priori* de la belleza. Hasta los que entienden del modo más grosero que el arte es imitación de lo natural tienen que convenir en esto. ¿Cómo copiar o distinguir la belleza si no se concibe previamente lo que es? Resulta, por tanto, que para todas las escuelas y sectas es innegable que, sin una noción previa de lo bello, el juicio estético no es posible.

Sin embargo, no bien se afirma esta tesis, la antítesis asalta nuestro espíritu y forma con ella la antinomia de Kant. El juicio estético se funda sobre una noción, porque, si no la hubiese, no habría derecho a declarar que tal cosa es fea o, es hermosa, que tal obra de arte es bella o no lo es; y el juicio estético no se funda sobre noción alguna, porque, si la hubiese, se podría determinar cuál es, y no se determina. Dicha noción es un *no sé qué*; una idea trascendental, *inexplicable*, un *substratum* oscuro, confuso, inasequible a nuestro débil entendimiento. Y con todo, sobre esta noción inasequible para el discurso y concebida por el sentimiento de un modo intuitivo, se fundan el juicio estético y la inspiración del artista.

Todas las definiciones de la belleza sólo sirven para demostrar que la belleza no se puede definir. En todas ya incluido el *no sé qué*; si bien no tan francamente como en la de Gioberti, Kant, por ejemplo, dice que la belleza es *la forma de la conveniencia final de un objeto, en cuanto está reconocida en él sin la noción de un fin*. Lo cual significa que lo bello no es lo útil, porque lo útil es lo conveniente a un fin que conocemos, como la enseñanza; ni es lo agradable, porque lo agradable es lo conveniente para agradar, fin también conocido y fuera del objeto bello, y fin relativo, porque lo que agrada a los unos puede no agradar a los otros. Luego hay otro fin, del cual no tenemos noción, y la conveniencia con este fin desconocido es lo bello.

Pictet asegura, y con razón sobrada, que es muy desagradable esta situación en que Kant nos deja; pero no veo que nos hayan sacado de ella sus sucesores, Schelling, Fichte, Hegel, Cousin, Krause, Solger, Vischer y otros mil tratan de despejar la incógnita, y no lo consigue ninguno. Cada cual discurre sobre la belleza en consonancia con su sistema de filosofía fundamental, y como no concuerdan en los fundamentos, no concuerdan tampoco en lo secundario. Con todo, filósofos y no filósofos, poetas críticos y aficionados a las artes, aun cuando sean legos, convienen en que hay belleza, y se forman criterio común para reconocerla y juzgarla, pues de otro modo no habría poema, ni pintura, ni estatua que fuesen universalmente declarados bellos, como sin duda los hay. Lo extraño es que este criterio común no se funda en principios comunes, sino en un sentimiento común de los hombres superiores, en el que asienten los demás, viniendo a corroborarse por la aprobación y el acuerdo de muchas generaciones a veces, y viniendo a sustentarse, más que en demostración, en fe o en creencia. Leopardi, en su admirable tratado titulado *Parini, o de la gloria*, que cita el señor Cánovas, prueba, aunque exagera, esta verdad, y sostiene, contrayendose a los escritos, que su belleza es gustada y comprendida de pocos hombres se diría que Leopardi glosa la célebre sentencia de Plotino, de que *sólo el que es hermoso entiende de hermosura*. La hermosura no se demuestra, se siente, y sólo el que la crea en sí la siente fuera de sí. Así es que Leopardi dice: «A menudo me maravillo, pongo por caso, de que Virgilio, ejemplo supremo de perfección para los escritores, haya alcanzado y se mantenga en tanta altura de gloria. Porque, si bien presumo poco de mí mismo, y creo no poder gozar jamás de cada parte de todo su mérito y de todo su magisterio, todavía doy por cierto que el mayor número de sus

lectores y encomiadores no descubre en sus poemas más de una belleza por cada día o veinte, que a mí, con el mucho leerle y meditarle, se me muestran al cabo. Por donde yo me llego a persuadir de que la elevada estimación y reverencia hacia los sumos escritores proviene, por lo general, en quien los lee y estudia, más de costumbre ciegamente abrazada que de juicio propio y de conocer su valer por ninguna manera. Me acuerdo del tiempo de mi juventud, cuando al leer los poemas de Virgilio con plena libertad de juicio, por una parte, y sin cuidarme de la autoridad de los otros, lo cual no es frecuente, y, por otra parte, con impericia propia de aquella edad mía, mas acaso no mayor de la que en muchos lectores es perpetua, me resistía yo a convenir con la sentencia universal, y no descubría en Virgilio mucha mayor hermosura que en los poetas medianos». Y luego añade: «En suma: yo me pasmo de que el juicio de pocos, aunque recto, haya podido vencer el de infinitos y producir en la generalidad de las gentes aquella costumbre de estimación no menos ciega que justa».

No seré yo quien niegue que la misantropía espantosa de Leopardi encarece demasiado y limita la facultad de juzgar y discernir la belleza artística; pero no dudo tampoco de que esta facultad es menos común de lo que se cree.

Lo cierto es que el criterio con el que se juzga de las obras de arte se funda en el sentimiento más que en los principios. Las reglas, los preceptos, sirven, sin duda, para las cosas que son de sentido común, que están por bajo del arte, mas no para el arte mismo. Cuando Moratín critica, por ejemplo, el *Hamlet*, yo le doy la razón en casi todos los defectos que pone; yo convengo con Moratín; yo no niego los extravíos, las rarezas, las incorrecciones, los errores y hasta los absurdos de Shakespeare. El reconocerlos y confesarlos no exige mucho más que un poco de sentido común; pero la crítica positiva de *Hamlet* no la hizo Moratín. Apenas entrevió una belleza de cada ciento en aquel poema dramático. Casi se puede afirmar, como afirmaba un autor inglés, que el *Hamlet* era para Moratín el *libro de los siete sellos*.

De lo expuesto se deduce que si las reglas no sirven para conocer la belleza sustancial, y mucho menos para crearla, sirven para precaver o condenar esos extravíos y lunares que empañan y turban la belleza; extravíos y lunares que, merced al ingénito y exquisito buen gusto de los griegos, no se advierten jamás en las obras del gran Siglo de Oro de su literatura, y sí se advierten, por desgracia, en los autores más ilustres de Inglaterra, de España y de otras naciones. Pero estas reglas se limitan sólo a las que dicta el mero sentido común. Cuando van más allá son arbitrarias y están basadas en un empirismo incompleto; quieren encerrar todas las creaciones posibles del ingenio humano en ciertas formas o moldes ya conocidos y declarados buenos, y todo lo que no sale vaciado de estos moldes, todo lo que no se ajusta a estas medidas, parece bárbaro y monstruoso. Ya se entiende que de estas reglas arbitrarias es de las que el señor Cánovas anhela libertar al arte. Con ellas, y ateniéndose a ellas, si la veneración de los siglos no lo vedase, hubiera condenado el seudoclasicismo de Francia aun muchas obras maestras de la musa helénica. Con ellas, y ateniéndose a ellas, condenó Voltaire, que no tenía reparo en sacudir el yugo de la autoridad, no sólo a Milton, sino al mismo Homero, de quien se burla como de un bárbaro groserísimo. Ateniéndose a las reglas, y siguiéndolas con lógica rigurosa, las tragedias de Esquilo son malísimas, peores que las de Montiano y Luyando, y la *Enriqueida*, de Voltaire, vale indisputablemente más que la *Ilíada*. Si esto no se ha declarado sin rebozo, es porque la autoridad de cien generaciones ha impedido que se deduzcan las consecuencias lógicas de las premisas que se habían sentado.

No se crea que la concepción del arte por el primero de los preceptistas, como una imitación de la Naturaleza, haya sido el principal fundamento de esta crítica estrecha, externa y negativa. Aristóteles, como el señor Cánovas conviene en ello, entendió de un modo más alto la imitación de la Naturaleza. La Naturaleza era para él no sólo todo lo existente, sino también todo lo posible; no sólo todo lo real, sino también lo ideal. El Universo poético de

Aristóteles se extendía mucho más allá del Universo visible; tenía por límites lo infinito; por leyes, las del entendimiento humano, que lo había creado. Ni se puede creer tampoco que, si se conservasen completos los libros de Aristóteles de la *Poética* y otros en que hubo de tratar de lo bello, no habría dejado este genio maravilloso rastros de una concepción más sublime y completa de tan oscura idea.

De todos modos, el arte, en la época llamada del Renacimiento, no se contentó, por fortuna, con lo que sabemos de la doctrina aristotélica, ni con la somera interpretación que se le dio después. A más de los altos pensamientos y sentimientos de la doctrina católica, que entonces ejercían sobre el arte benéfico y sobrehumano influjo, una clara y abundosa corriente de platónica filosofía lo penetró todo y lo alzó a más puras y sublimes esferas que lo que lo que de la mera imitación de la bella Naturaleza hubiera podido esperarse. Ya el Dante concibe una teoría del arte inmensamente superior a la de los preceptistas. La belleza es un elemento ideal, incorruptible, que resplandece en todas las cosas, en unas más, en otras menos, según la capacidad que tienen para guardar este sello divino, según son más o menos diáfanas para recibir en su seno y transmitir esta luz increada, la cual

*Per sua bontate il suo raggiare aduna*
*Quasi specchiato in nuove sussistenze,*
*Eternalmente rimanendosi una*.

Esta belleza una no puede, con todo, fijarse limpia y distintamente en las cosas naturales, porque carecen de la transparencia y tersura que para ello hubieran menester, y porque la pequeñez de ellas no da espacio a la imagen. Por eso el fin del artista en sus creaciones es hacerlas tan tersas y tan grandes espiritualmente que sean capaces de la imagen de lo bello y de reflejar su brillo, *quasi specchiato*, como en un espejo.

Casi todos los poetas y artistas del Renacimiento siguen más esta doctrina que la de Aristóteles, y ponen el conocimiento de la belleza universal, absoluta, como principio del arte. Miguel Ángel dice que al nacer le fue dada esta belleza, como faro que le guía. «Sólo esta belleza -añade- eleva mis ojos a aquella altura en que se clavan cuando me apercibo a pintar o a esculpir, y son necios y temerarios los que afirman que proviene de los sentidos la belleza que mueve y levanta hasta los cielos a un entendimiento sano.» Pero quien declaró con más elocuencia esta teoría fue el conde Baltasar Castiglione, amigo, consejero y oráculo de Rafael. «El cuerpo -dice- donde la belleza resplandece no es la fuente de que nace: al contrario, como la belleza es incorpórea, es un rayo divino, pierde mucho de su dignidad al unirse a un objeto corruptible, y es tanto más perfecta cuanto menos de él participa, y sólo es perfectísima cuando de él está separada del todo.» Y así sigue, en las últimas páginas de *El cortesano*, poniendo en boca de Bembo el más sublime razonamiento sobre la belleza y el amor. Se diría que el amor, *creatore d'ogni pensier buono*, es también fundamento del arte, y su primera y casi única regla, condición y norma. El magnífico Lorenzo de Médicis no se creyó verdadero y excelente poeta, como sin duda lo fue, hasta que se sintió enamorado, dándonos su enamoramiento como causa de su poesía.

Los poetas y artistas del Renacimiento otorgaban, además, mayor libertad al arte que los del siglo de Luis XIV, y no se ceñían tanto a la imitación de lo antiguo; porque, como dice el ya citado Castiglione, «sería gran miseria fijar un término y no pasar más allá de aquello que

hizo el primero que escribió, y desesperar de que tantos y tan nobles ingenios puedan hallar nunca nuevas formas de decir; pero en el día hay ciertos escrupulosos, los cuales, haciendo como una religión y unos misterios inefables de las letras, espantan a quien los oye, y muchos hombres nobles y letrados cobran tanto miedo que apenas osan abrir la boca».

Como decía Moratín,

cobra la osada juventud espanto...

En suma: yo veo en todo el libro primero de *El cortesano*, donde Castiglione trata del arte, una declarada tendencia a libertarle de la imitación y a abrirle nuevos senderos por medio de la libertad.

Lo que principalmente tiranizó las imaginaciones, sobre todo en el siglo XVIII, y lo que encerró la poesía y las otras artes en carriles trillados y angostos, fueron las reglas sobre lo esencial del arte mismo, fundadas, más que en principios, en una experiencia pobre, inadecuada y exclusiva de modelos determinados. Apenas se concebía entonces que hubiese habido nada bello, ni culto, ni digno de imitación y estudio, sino las producciones de cuatro épocas marca das en la Historia y de cuatro civilizaciones. Fuera de los siglos de Pericles, de Augusto, de León X y de Luis XIV, estaban las tinieblas palpables. La luz de estos cuatros siglos no se extendía mucho en el tiempo y mucho menos se extendía en el espacio. El exclusivismo llegaba a veces hasta el extremo de no admitir como estimables sino las obras literarias de griegos, latinos y franceses, en las edades mencionadas. Del famoso siglo de León X, esto es, de la Italia del Renacimiento, se ensalzaban mucho las artes, mas no la literatura. Boileau deja ver el desdén con que la mira:

*Evitons ces excès. Laissons à l'Italie*
*De tous ces faux brillants l'éclatante folie.*

Es verdad que añade enseguida:

*Tout doit tendre au bon sens,*

dando así el *bons sens* como fin y término de la poesía. El gran teatro español es designado por Boileau como un espectáculo grosero. De la Edad Media nada conoce. Sabe poco de la literatura inglesa y de la italiana.

Posteriormente, Voltaire, con un espíritu más comprensivo, a pesar de sus preocupaciones literarias y antirreligiosas, fue más justo e imparcial. Apreció y dio a conocer la literatura inglesa, dijo de nuestro teatro que era superior al de las otras naciones, y que cuando la tragedia apareció en Francia con algún brillo debió mucho a sus imitaciones de la escena española; y declaró que las novelas, las ficciones ingeniosas y la moral y la Historia se habían cultivado en España con un éxito grande.

No era éste, sin embargo, el modo de sentir general. Desde que empezó, en el reinado de Luis XIV, a predominar, el gusto francés y a ejercer la cultura francesa una presión tiránica sobre todos los demás pueblos de Europa, lo general era menospreciar la literatura castiza y propia como bárbara y grosera, tener por ruda toda poesía popular y no estimar sino los remedos eruditos y artificiosos de griegos y latinos. La famosa definición de que el arte es la imitación de la Naturaleza se vino a entender cada vez de un modo más sensualista, y, sin embargo, nada menos natural que aquella literatura, que imitaba la Naturaleza; nada más simétrico, más convencional y más afectado y amanerado. Aun dentro de la escuela sensualista, y entre los sectarios de la imitación de la Naturaleza, se levantó Diderot contra lo poco natural de esta imitación, y, en defensa de la Naturaleza verdadera, censuró la falsa y cubierta de colorete, que se suponía ser la hermosa. El influjo de Batteux, principal legislador del seudoclasicismo, fue, con todo, inmenso y durable en los pueblos europeos.

Este influjo está magistralmente pintado por el señor Milá en las siguientes palabras: «A pesar de no pocas y muy venerandas excepciones, el errado concepto que se formó de la naturaleza de la poesía, la preferencia que de ordinario se dio a mostrar artificio y agudeza sobre conmover y entusiasmar, y la extremada y falsa imitación de los antiguos griegos y romanos, han conducido al arte a un estado general de abandono y postración, hasta que casi en nuestros días se ha dado más valor al sentimiento de lo bello, se ha enriquecido la teoría de la poesía con el atinado estudio y profundo conocimiento de diversas literaturas antiguas y modernas, y se ha realzado, señalando su natural y primitiva alianza con la alta filosofía.»

Varias son las causas que han concurrido a acabar con esta tiranía, a hacer esta revolución que el señor Milá y el señor Cánovas aplauden, y a darnos la libertad, que proclaman y juzgan conveniente.

La primera de estas causas fue, sin duda, la aparición y desenvolvimiento de una nueva disciplina: la estética o filosofía de lo bello. Desde Plotino, Filostrato y el maestro de la gran Zenobia, en el siglo tercero de la Era cristiana, nadie, sino muy de paso, había filosofado sobre este punto; nadie, mucho menos, había pensado en dilucidarlo en un tratado especial. No había más que los preceptistas, que los estéticos rutinarios y prácticos. El fundador de la estética filosófica fue un discípulo de Leibniz, un espiritualista: Alejandro Baumgarten, Mendelssohn y el gran Lessing le siguieron; el gran Lessing, a quien no pocos de sus más jactanciosos compatriotas ponen al lado de Arminio y de Lutero, como uno de los tres libertadores de la raza germánica del predominio de la raza latina.

A par de los filósofos, vinieron también por aquel tiempo a reformar y levantar la crítica en Alemania algunos sabios conocedores de las bellas artes, artistas y poetas, como Herder, Mengs, Winkelmann, Goethe y Schiller.

Los últimos, así como Lessing, unieron el ejemplo a la teoría.

Este movimiento acabó en Alemania con el seudoclasicismo francés y levanté sobre la doctrina de la imitación la libertad de la fantasía, del genio, de la virtud creadora.

Mientras tanto, las guerras napoleónicas y el empeño del emperador francés de imponer su yugo a las grandes naciones de Europa despertaron en muchas de ellas el espíritu nacional y el amor a lo propio y castizo. Coincidió con esto que en parte, por efecto sin duda de haber presenciado los hombres tantas novedades, revoluciones y trastornos, se despertó la facultad de comprender mejor lo pasado y de concebirlo y representarlo mejor: algo como una segunda vista histórica. El saber de las cosas que fueron se hizo más general y más profundo, y se falló con más tino y mejor aviso y noticia sobre cada momento de la civilización, sobre las creaciones literarias y artísticas de todos los pueblos y de todas las edades. Confieso que a veces degeneró esta afición a lo nacional, espontáneo y castizo, hasta un extremo vicioso, como si debieran preferirse los aullidos de los caribes a las odas de Horacio, y el vito de los gitanos, la *timorodea* de las mozas de Otahiti y el tango de los negros, a la danza magistral graciosa y mesurada que compuso Dédalo para solaz recreo de la rubia Ariadna; pero por lo común fue muy útil y saludable este conocimiento y juicio sobre todas las literaturas este aprecio elevado de las artes de todas las naciones.

Los horrores de la Revolución francesa, los extravíos de la incredulidad religiosa, que había venido a fundar un paganismo nuevo, y la grosería del sensualismo y del materialismo, produjeron, además, una reacción que se extendió a la literatura. La Edad Media fue lo ideal de la poesía, y el catolicismo su más pura fuente. Los hermanos Schlegel hicieron, movidos de este espíritu, la apoteosis de Calderón, y Chateaubriand compuso, en *El genio del Cristianismo*, una como arte poética, donde trata de demostrar que hasta para máquina de un poema valen más los seres sobrenaturales de nuestra religión que los dioses y semidioses de la fábula. Esta doctrina llegó también a exagerarse, y en la práctica produjo composiciones en que lo asqueroso, lo repugnante y lo sepulcral daban grima, como, por ejemplo, la *Leonora* de Bürger.

Todas estas novedades sirvieron de elementos para la formación de una nueva escuela literaria y artística que se llamó el romanticismo, la cual, a vueltas de no pocas extravagancias y exageraciones, nacidas casi siempre del corto saber de algunos sectarios, trajo consigo dos grandes ventajas: un concepto más noble, más espiritualista y más trascendental del arte y de la belleza, y la abrogación de las reglas arbitrarias y convencionales.

No cabe duda que a este movimiento revolucionario debe España una época brillante y fecunda de actividad en letras y artes, época que, si bien muchos creen que terminó ya, me parece que dura todavía, dándole yo igualmente mayor extensión en su origen. No la hago yo nacer con el romanticismo propiamente dicho, sino con el sacudimiento que produjo en España la Revolución francesa y con el gran levantamiento nacional contra Napoleón. Quintana, el más inspirado y sublime de nuestros líricos después de fray Luis de León, abre este período, ensalzando la libertad, la patria y el progreso humano, y en este período brillan, entre otros menores poetas, dos tan eminentes como Espronceda y como el duque de Rivas.

Ya he dicho que el conocimiento y el estudio de todas las literaturas contribuyó mucho a la perfección de las teorías artísticas y a poner en claro que lo bello cabe en todas las formas y puede darse en todos los géneros y maneras. Los griegos y latinos no fueron sólo ya los imitados. Cada pueblo se volvió en busca de inspiración poética, así a las fuentes de su propia y popular literatura como a otras que antes se habían menospreciado y desconocido. Las leyendas bretonas, los romances, las canciones de gesta, los versos de los trovadores, las sagas escandinavas, la poesía cristiana de los primeros siglos y de los siglos medios, los poemas colosales de la India y de la Persia, los vigorosos raptos líricos de los hebreos y de los árabes, fueron objeto de admiración y de estudio. Hasta los mismos clásicos griegos y latinos, así como la civilización que retratan y de que nacen, se interpretaron y conocieron mejor que los conocieron e interpretaron quienes los tenían por casi exclusivos modelos de toda belleza. Guillermo Guizot, Maury y Patin entendieron mejor sus obras que Boileau, Barthelemy y

Dacier. En un principio, el cosmopolitismo y el *panfilismo* literarios indujeron a muchos a no apreciar como debían los clásicos griegos y latinos; pero ya se ha disipado este error y queda relegado entre los ignorantes y extravagantes. Todo hombre de buen gusto piensa, en el día, que, salvo las poesías de los libros santos, inspirados por Dios, no hay más perfectos modelos de belleza que los que la musa helénica ofrece, y los que, imitándolos, produjo en Roma el siglo de Augusto. Es más: en la patria del seudoclásicismo, en Francia, en el país desde donde se divulgó la doctrina del atildamiento nimio y del remedo servil de las obras de Grecia, y donde la reacción debió de ser y fue más fuerte, el vate que debe considerarse como el generador de la gran poesía lírica moderna de aquel pueblo, y hasta como el jefe de los románticos, es un imitador sabio y discreto de los griegos, y él mismo tenía sangre en sus venas de aquella raza privilegiada y había nacido en aquel suelo inspirador. Hablo de Andrés Chénier, del autor de *La joven cautiva* y de la oda *A Carlota Corday*. De él dice el más audaz, el más anárquico, el más despreciador de todo freno entre los poetas románticos franceses, que el Pegaso deforme que nos pinta, y que requiere siempre un palafrenero divino, lo tuvo primero en Orfeo, y en Andrés Chénier por último. De esta suerte paga Víctor Hugo espléndido tributo de admiración al imitador de Teócrito, de Catulo, de Tíbulo y de Virgilio, y pone bajo su custodia el monstruo indomable que ha roto los lazos,

*Qu'ont tâché de lui mettre aux ailes*
*Despréaux et Quintilien,*

y sobre el cual cabalga el genio y se lanza en los abismos ignorados.

Conforme en todo con el señor Cánovas en la creencia de que el arte y la poesía son inmortales, no debo extenderme aquí apoyando su aserto y repitiendo lo que yo mismo he dicho tantas veces en otros escritos. Sólo expondré, en resumen, que no hay nada más falso que el supuesto *positivismo* de nuestra edad, edad en que la cuestión religiosa agita hondamente las conciencias humanas, edad de prodigiosos metafísicos y de egregios poetas.

El arte no puede recelar que ha de morir a manos del saber. La ciencia ha metodizado y reducido a sistema todos los conocimientos; pero más allá queda siempre un infinito desconocido, por donde vuela y campea la imaginación, libre de todo yugo. Hay, por último, pasiones y ensueños y sentimientos que la ciencia no podrá nunca entibiar, ni borrar, ni secar; y aunque sean las facultades humanas que sirven para el arte otras de las que sirven para la ciencia, no están en oposición, y no menguan y decaen las unas al compás que las otras crecen y se encumbran, sino que sin detrimento se desarrollan todas con el progreso y desarrollo de la civilización y de toda virtud y energía del humano linaje.

Verdad es que la escultura de lo venidero no creará un tipo más ideal de hermosura varonil que el Apolo del Belvedere, ni una mujer más hermosa que la Venus de Milo; ni tal vez la arquitectura imaginará nada más bello que el Partenón, ni nada más sublime que una catedral gótica; ni tal vez invente la pintura un rostro más divino que el de las vírgenes de Rafael; pero en la música y en la poesía lírica, donde se cifran y compendian todas las celestes aspiraciones de la Humanidad, caben, sin duda, progreso y mejora, conforme nuestras almas se vayan levantando a superiores esferas y descubriendo más vastos horizontes por donde tender la mirada y por donde enderezar la voluntad, sedientas ambas de lo infinito.

Por esto la música y la poesía lírica florecen como nunca en la edad presente. Respecto a la música, es tan clara esta verdad, que no hay que demostrarla. Y de la excelencia de la poesía dan testimonio Byron, Moore, Shelley, Tennyson, Wordsworth y tantos otros, en Inglaterra; Chénier, Hugo, Lamartine, Musset y Béranger, en Francia; en Alemania, Schiller, Goethe y Heine, y en Italia, Parini, Monti, Foscolo, Leopardi y Manzoni, los cuales se adelantan, en la forma y en la idea, a la mayor parte de los poetas líricos que hubo, en los siglos pasados, en sus respectivos países.

El arte vive, pues, y no acabará nunca mientras la Humanidad no acabe. Lo que hace es romper las formas antiguas para revestir nuevas formas; lo que hace es recobrar su libertad para vivir soñando y adivinando, más allá de donde alcanza la ciencia, las futuras y recónditas verdades o las bellas y sublimes ilusiones que han de servir a los hombres de guía o de consuelo.

Y aquí, señores, será bien que yo ponga término a mi desaliñado discurso, sin distraer por más tiempo la atención del recuerdo agradable que el del señor Cánovas ha de haber dejado en vuestras almas, el cual discurso creo que bastaría solo, aunque no hubiese otros motivos, a que os felicitarais, como me felicito yo sinceramente, de tener a su autor por compañero.

# Sobre la ciencia del lenguaje

Contestación al discurso de recepción de don Francisco de Paula Canalejas en la Real Academia Española el 28 de noviembre de 1869

SEÑORES:

Aun cuando el señor Canalejas, mi amigo, a quien en ocasión tan solemne tengo el placer y la honra de contestar en nombre de la Academia, no hubiese dado a la estampa ninguna obra literaria, bastaría el discurso erudito y elegante que acabamos de oír a justificar plenamente y a calificar de acertadísima la determinación que habéis tomado de elegirle para que venga a sentarse entre vosotros. El asunto que ha escogido, el tino y discreción con que ha sabido tratarlo y la mucha copia de doctrina que el discurso ha atesorado y coordinado hacen augurar que será un miembro utilísimo en el seno de esta Corporación y que desde ahora contribuirá a su buen nombre y crédito, aumentando el brillo que ya tantos ilustres varones lograron comunicarle. Pero nadie ignora los anteriores merecimientos del señor Canalejas, la envidiable fama de que goza y el alto puesto que ha llegado a conquistar en la república de las letras. Como filósofo, como orador y como crítico, ha dado claras muestras de su aptitud en trabajos de suma trascendencia, ora explicando en una cátedra, ora publicando libros didácticos de gran valer, por la lucidez del estilo y del método, por la sana filosofía que contienen y por la profunda y pertinente erudición que los autoriza y adorna.

El *Curso de Literatura*, obra capital suya, de que ya van publicados dos gruesos volúmenes, es digna de los mayores elogios. No sólo hay en ella novedad en las teorías y mucha abundancia de noticias peregrinas, si la obra se considera con relación a otras del mismo género escritas en España, sino que todas esas calidades persisten comparamos la obra con las más recientes, escritas sobre análogo asunto en tierras extrañas, donde no ha de negarse que el movimiento ascendente de las inteligencias ha adelantado más que en nuestro país por todos los caminos. Me atrevo a decir esto, sin temor de que se me tilde de falta de patriotismo, porque conozco que este discreto y selecto auditorio no entiende, como el vulgo,

que para ser patriota es menester adular y engañar, ocultando nuestras faltas; antes es más patriota quien las descubre sin recelo, a fin de que se enmienden. Es indudable, sean las que se quieran las causas de nuestro atraso, que lo hay con respecto a varias de las naciones de Europa. Esto hace más áspera y difícil la senda del ingenio español, si pretende elevarse a cierta altura, dilucidando cualquier punto científico, porque le expone a incurrir en uno de estos dos escollos: o dar en lo extravagante por prurito de originalidad, o hacerse eco de lo que ya se ha inventado y discurrido en otros países. El señor Canalejas ha conseguido evitar el primero de estos escollos, y del segundo se aparta cuanto es posible. Digo cuanto es posible, porque la ciencia, como todo sin que me incumba decir aquí si esto es un bien o un mal se ha hecho democrática. Si conservase su antiguo aristocrático carácter, los sabios, como en los siglos XVI y XVII, podrían prescindir aún del relativo atraso del público de su nación y ponerse de un salto al nivel de los sabios de otras naciones para hablar directamente con ellos, tal vez en un idioma común a todos, aunque ignorado del vulgo. Hoy, por el contrario, el deber del escritor es entenderse antes que con nadie con sus compatriotas, adquirir fama entre ellos y llevar ya consigo la autoridad de su aprobación y de su aplauso antes de aspirar a una reputación general y europea. Esto impone la obligación de ser claro, de no omitir por sabido lo que ignoran los lectores y de repetir a menudo, al menos en resumen, lo que ya otros han dicho, para poder decir los propios pensamientos sin que sean ininteligibles o sin que aparezcan como fundados en el aire sin base ni cimiento. Hace más ardua la tarea el que, salvo pocas ciencias positivas, exactas o experimentales, en las demás no viene a realizarse el progreso sino en virtud de muy diversas y encontradas opiniones, de todas las cuales conviene estar informado, o bien para seguir las unas y desechar e impugnar las otras, o bien para formarse nueva opinión o nuevo sistema. Esto no obsta para que haya algo de perenne, de demostrado, de no sujeto a opinión en la mayor parte de los nuevos adelantamientos, ya porque en toda ciencia por especulativa que sea, entra algo de experimental, y en los datos de la experiencia están todos de acuerdo, ya porque del mucho discutir y del perpetuo choque de los opuestos pareceres han brotado puntos luminosos que sirven de guía a los pensadores, cualquiera que sea el bando a que pertenezcan, la causa que sustenten o la bandera bajo la cual militen. La incesante discordia en el campo de las ciencias no es de nuestros días; viene de muy antiguo. Por eso Minerva es diosa del saber y diosa de los combates.

Pero es menester confesar que, respetándose hoy mucho menos la autoridad, proclamándose más el libre examen y teniendo cada cual más apego al propio criterio y menos respeto al ajeno, por eminentes que sean las personas cuyas doctrinas se combaten, la discordia y la conclusión aparecen, si no son mayores. En cambio, entre otras ventajas, hay en el día la de que sea la guerra más cortés y suave. Casi nadie se atreve ya a presumir de infalible Hasta el verbo *disputar* ha venido a desusarse por harto duro, y nos valemos del verbo *discutir*, dándole significación más blanda.

Impregnado el señor Canalejas del espíritu moderno, siendo uno de los que con más fe lo representan y con más ardor lo difunden en nuestra patria, no puede menos de resplandecer y resplandece en él esta virtud de la tolerancia, la cual no implica carencia de entusiasmo, porque no nace de que se desconfíe o se dude de la propia opinión, sino de que se respete religiosamente la ajena. El señor Canalejas defiende siempre sus doctrinas con ahínco y condición profunda; mas no se enoja, no se cree injuriado de que le contradigan. De aquí, sin duda, que se haya conservado nuestra amistad, aunque no esté yo muy de acuerdo con él; por lo cual, en vez de convenir hoy en cuanto dice, voy a contradecirle en varios asertos, seguro de que, no sólo creerá que esto es más leal de mi parte, sino que tanto él como los señores académicos y el público lo juzgarán más ameno, o, si se quiere, menos cansado, que si yo me limitase a comentar lo que dice. Conviene advertir, no obstante, que son más y más trascendentales los puntos en que estoy de acuerdo con el señor Canalejas que aquellos en que disiento de sus doctrinas.

Desde luego, me admiro, como él, del extraordinario desenvolvimiento y fecundísima actividad del espíritu humano en este siglo en que vivimos. Muchas causas materiales conspiran a este fin, sin que por ellas tengan que envanecerse las modernas generaciones. Las facultades humanas no han mejorado desde hace tres mil años; pero los hombres de hoy han recogido la rica herencia científica de las generaciones pasadas, y por medio de la imprenta, y con la facilidad de viajar y de comunicarse, esta herencia, en su conjunto, se ha hecho asequible a todos, pudiendo hoy mejor que nunca conocerse las lenguas, estudiarse las literaturas y divulgarse y transmitirse de un pueblo a otro los descubrimientos y las teorías.

Los frecuentes cambios y trastornos políticos y las grandes novedades de que Europa ha sido teatro de un siglo acá han concurrido además a que se avive en los hombres, a costa sin duda de una dolorosa experiencia, el sentido, por decirlo así, de la segunda vista histórica, la facultad de comprender lo pasado; el cual sentido suele aquilatarse y templarse en una crítica severa, nacida de la misma contradicción de opiniones y de sistemas según los cuales ha querido explicarse la Historia.

Por otra parte, aunque no esté en mi ánimo persuadir a nadie de que haya habido adelanto en la filosofía misma, en los principios fundamentales de toda ciencia, y mucho menos de que los que hoy filosofan sean más agudos o más profundos que los que en otras edades filosofaron, no puedo menos de afirmar que si la filosofía propende a declarar el porqué y el cómo de las cosas, más garantías hay de que, en igualdad de circunstancias, filosofe, con superior tino que el inexperto, el que conoce mejor las cosas, hasta donde es posible que, inmediatamente por nuestros sentidos, o medianamente por la experiencia y testimonio de otros hombres, se adquiera de ellas alguna noticia o conocimiento.

Todo esto ha servido de vivo estímulo y de incentivo provocante a la curiosidad o al anhelo de conocer, que tan arraigado está en el alma humana, y ha hecho que el campo de lo conocido se extienda mucho y que más allá se descubran y columbren vastísimas e inexploradas regiones y horizontes nuevos. Es más: en cada ciencia particular se han dilatado los términos de lo cultivado y estudiado, por donde los linderos y señales que la separaban y hacían la demarcación han tenido que borrarse, o al menos se han hecho confusos. De aquí provienen las íntimas relaciones de unas ciencias con otras, el auxilio y apoyo que se prestan y la casi imposibilidad de consagrarse a una sola el que en su estudio no se limite a los pormenores empíricos y aspire a elevarse a superiores esferas. Proviene también de aquí que el conocimiento de las medianías, de aquellos hombres que no tienen un valer eminente, es hoy más extenso, más general, pero también más somero que en otras edades. Sea como sea, y prescindiendo del efecto que esto pueda producir en los entendimientos medianos; prescindiendo de las lamentaciones sobre la bajeza, la grosería y los extravíos del vulgo, que profana, vicia y hasta envenena el saber, es evidente que el saber en sí ha ganado y se ha elevado. Casi puede asegurarse que en nuestros días han aparecido ciencias nuevas completas, tanto en el ramo fecundo de las físicas y exactas como en el de las morales y políticas, y, al llenar estas ciencias los huecos o vacíos que separaban entre sí a otras ciencias anteriores y más comprensivas por el asunto, han venido a compenetrarse todas. De aquí que la literatura, o, si queremos reducirlo más, la filología, o, más reducido o circunscrito aún, la gramática, hasta suponiendo que la gramática sea el único estudio que por nuestro instituto nos corresponde, interviene hoy en la resolución de altísimos problemas de historia y de filosofía. No debe, pues tildarse de impertinencia el hablar de filosofía y de historia al hablar del lenguaje y de sus reglas; al hablar, en suma, de gramática.

Nuestro nuevo compañero, el señor Canalejas, con delicada sobriedad, y llevado del deseo de no afirmar como verdades las que tal vez no lo sean para algunos de los señores que en esta ocasión le escuchan, y de no exponer teorías que estén en contradicción con otras que aquí pudieran prevalecer, ha apartado de su discurso las hondas cuestiones a que el asunto se

presta, y que pertenecen a la filosofía de la Historia, y aun llegan a ser parte de la misma metafísica. El señor Canalejas se ciñe a exponer los resultados evidentes de la experiencia, y rara vez se atreve a deducir de ellos alguna consecuencia teórica. No puede ni debe, con todo, el señor Canalejas prescindir de su modo de ser y ser otro del que es, al hablar, no como individuo aislado, sino como miembro de una Corporación, donde, aunque en la disciplina propia de su instituto todos estén de acuerdo, no lo están, ni hay para que lo estén, en otros asuntos y facultades. El señor Canalejas, repito, no ha podido menos de manifestar el fondo de su espíritu, la base de sus pensamientos; pero esto lo ha hecho sin tratar de imponerlos a nadie, sin ofender las opiniones o creencias ajenas, y mucho menos (porque tal desliz no podía recelarse de su sano y recto juicio y de su bien merecida fama) sin incurrir en las exageraciones absurdas, donde incurren los aventureros cuando van en las avanzadas de la ciencia moderna y, a falta de otro mérito, anhelan distinguirse por lo raros y extravagantes.

La ciencia del lenguaje es una ciencia muy moderna, como ciencia experimental. La gramática no era antes más que arte, método particular de aprender un idioma determinado o bien una filosofía, una disciplina meramente especulativa, llamada gramática general. En el día de hoy la gramática general ha cedido su puesto a la gramática comparada, la cual es una ciencia de inducción, una doctrina experimental fundada en el examen detenido de los hechos. La gramática comparada es, pues, una ciencia tan positiva como la química o la física; pero todas estas ciencias, al elevarse a la investigación de las causas y al formar sistemas que las expliquen, suelen dar origen a las hipótesis más aventuradas.

En estas hipótesis nos puede hacer caer, más que nada, el prurito, la idea preconcebida de hacer triunfar un principio. Los primeros que trataron de filología iban todos movidos de una de estas preconcepciones o preocupaciones: todos querían derivar cuantos idiomas se hablan en el mundo de un solo lenguaje primitivo, del cual, según ellos, quedaron restos en los otros, después de la confusión de las lenguas y dispersión de las gentes, al pie de la torre de Babel, en las llanuras de Sennar.

Un impulso patriótico o un sentimiento religioso excitó entonces a los filólogos, y mientras unos, como Perron, abogaban por la lengua céltica; Welb, por el chino; Astarloa, Sorreguieta, Erro, Larramendi y el abate Iharce Bidassuet de Aróstegui, sostenían que el vascuence fue la lengua que se habló en el Paraíso, y de la que dimanan las otras; y Goropius Becanus aseguraba que la lengua primitiva era el holandés, la generalidad de los eruditos daba al hebreo la primacía y la paternidad de todas las lenguas. Justo Lipsio, Vossio y Escalígero tenían por evidente esta filiación. En suma: todos los autores, cristianos o judíos, no hallaban medio de conciliar la verdad revelada con este estudio, sino dando por supuesto que se habían forzosamente de hallar rastros de un solo idioma primitivo en los que hoy se hablan; mientras que los autores racionalistas juzgaban a su vez que, demostrando la irreductibilidad de las lenguas, la ausencia de esos rastros, se armaban de un argumento irrefutable contra la religión Aunque con un propósito errado por ambas partes, esto sirvió para estimular los estudios filológicos. El cardenal Wiseman compara dicho período histórico de la lingüística al período de la alquimia, que precedió al de la química o verdadera ciencia. El lenguaje primitivo era la piedra filosofal[13]. La lingüística, la gramática comparada, la etnografía filológica o la filología comparativa, que todos estos nombres se dan y pueden darse a la nueva ciencia, no entró en el verdadero período científico hasta que se desechó la citada preocupación, hasta que adversarios y defensores de la verdad revelada conocieron que no era arma ni en pro ni en contra de la religión el que persistiesen o no los rastros del idioma primitivo en las lenguas hoy conocidas. Bien pudo Dios modificar de repente el habla, sin trocarla del todo, como entiende este misterio de Babel la mayor parte de los comentadores, y producir así dialectos

[13] *Discours sur les rapports entre la science et la religion révélée*, prononcés à Rome par Nicolas Wiseman. (N. del A.)

bastante distintos en la pronunciación para que los hombres no se entendieran; pero es evidente que también pudo Dios cambiar radicalmente el habla.

Una vez disipada la susodicha preocupación, la ciencia hizo inmensos progresos. Es una ciencia nueva y además una ciencia cristiana. El influjo del cristianismo en su aparición y en su aumento viene demostrado por Max Müller[14] por dos razones: Primera, porque los pueblos antiguos, los que se pusieron a la cabeza de la civilización, los indios y los persas en Asia, y los griegos y romanos en Europa, apellidaban siempre bárbaros a los que no hablaban su lengua y desconocían o menospreciaban toda otra cultura que no fuese la propia, careciendo de la idea clara y distinta y del sentimiento vivo y profundo de la fraternidad humana que el cristianismo ha creado. La otra razón es que el afán de propagar nuestras creencias llevándolas hasta los últimos confines del mundo, ha movido a los varones apostólicos y a los heroicos y perseverantes misioneros a estudiar, aprender y divulgar por Europa el conocimiento de las lenguas más extrañas y bárbaras, escribiendo de ellas gramáticas y vocabularios y traduciendo en ellas oraciones y catecismos y hasta las mismas Sagradas Escrituras. La gloria de haberse adelantado en esto a todos los pueblos de Europa toca de derecho a los españoles y portugueses, como el propio Max Müller confiesa y una larga serie de trabajos y una gran copia de documentos atestiguan. Las lenguas americanas, las asiáticas, las africanas, las de las islas del mar Pacífico, empezaron a ser estudiadas y sabidas por españoles y portugueses. Mendoza[15] y Herrada, trayendo los primeros a Europa una colección de xilografías chinescas; Navarrete[16], exponiendo la doctrina de los letrados chinos y conociendo a fondo su idioma, el mismo San Francisco Javier y sus sucesores, evangelizando en la India y estudiando el habla de los brahmanes; Rodríguez, publicando el primero una gramática japonesa, y otros muchos, fueron allegando los inmensos materiales que se requerían para levantar el hermoso y soberbio edificio de la filología comparativa. El primer plan o proyecto de este edificio bien se puede afirmar que lo trazó con mano maestra uno de los genios más universales y creadores que han nacido en las edades modernas: el gran Leibniz. Él combatió la inveterada manía de buscar el lenguaje primitivo; excitó la curiosidad y llamó la atención hacia el estudio de los idiomas; recomendó el método inductivo; dio reglas para la comparación y la etimología, y, verdaderamente, obedeciendo a su genio y cediendo a su influjo, se echaron los cimientos de esta ciencia al escribirse las dos grandes obras que son como sus piedras angulares: el *Catálogo de las lenguas*, de nuestro compatriota Hervás, y el *Mitrídates*, de Adelung. Desde entonces ha sido rápido y fácil el progreso en la clasificación de las lenguas y en su historia, merced a los estudios de multitud de autores, entre quienes descuellan ambos Schlegel, ambos Humboldt, Wikins, Jones, Wilson, Colebrooke, Grimm, Bopp, Pictet, Pott, Kopitar, Steinthal, Burnouv, Renán y Weber.

Dejando a un lado los difíciles problemas de la ciencia en su conjunto, el nuevo académico sólo ha querido hablar y ha hablado de las lenguas indoeuropeas, mejor estudiadas y conocidas, teniéndose ya por verdad demostrada que son como dialectos o derivaciones de un solo idioma primitivo, raíz de cuantos se hablan por la raza jafética, desde Ceilán hasta Islandia, en el mundo antiguo, y de los que han llevado y esparcido con la civilización los pueblos de Europa por toda la extensión de ambas Américas. El mismo ilustrado Wiseman, que ya hemos citado, conviene con la evidencia de la demostración y en la certidumbre del descubrimiento, asegurando que confirma la verdad revelada. El sánscrito, el zend, el griego,

[14] *La science du langage*, par Max Müller. (N. del A.)

[15] Fray Juan González de Mendoza: *Historia de las cosas más notables del gran reino de la China*. Amberes, 1566. (N. del A.)

[16] Fray Domingo Fernández de Navarrete: *Tratados históricos, etc., de la Monarquía de China*. Madrid, 1676. (N. del A.)

el latín, el celta, el gótico y el eslavo, con todas las lenguas modernas que se derivan de ellos, provienen de un idioma que hablaba, antes de su dispersión, en la fértil y risueña falda del Paropamiso, la raza de los arios. El organismo de todas estas lenguas, su sintaxis, las leyes de sus derivaciones y flexiones, todo prueba su afinidad, su hermandad, su procedencia de ese tronco común.

Naturalmente, estos descubrimientos filológicos han incitado a los hombres a reconstruir la historia de las primeras edades y a fijar la época remotísima, anterior a las sucesivas inmigraciones de los arios, en el continente europeo, y la época tal vez más remota en que los brahmanes y los pueblos del Irán vivían unidos en la Bactriana y componían los primeros cantos sagrados de los *Vedas*. Lo incierto, vago y confuso de la cronología indiana, y lo singular de su historia, donde el período mitológico parece que se extiende ilimitadamente, no han permitido hasta ahora, a mi ver, que este problema se resuelva. Pero como el amor a lo maravilloso seduce tanto a los hombres, son más sin duda los que dan a la literatura y a la primigenia civilización védica una antigüedad remotísima que los que se la niegan. El afán de singularizarse, el anhelo de inventar novedades estupendas, ha hecho que se prolongue la historia de los primeros imperios, sin que las obras admirables de Weber, de Rawlinson y de otros sabios sirvan de desengaño provechoso. Los egiptólogos razonables no comienzan la historia de Egipto más que dos mil quinientos años antes de nuestra Era vulgar. Aun así, esta historia tiene una duración inverosímil. Desde Menes a Nectanebo, mil cuatrocientos años. No duró tanto Roma ni duraron tanto las monarquías del Asia. La obra magistral de Rawlinson[17] no deja ningún género de duda sobre la soñada antigüedad de dichas monarquías. Pero, aunque fuese este punto discutible, aunque se afirmase como verdad, no entiendo que pudiera ir en contra de la revelación. No es artículo de fe la cronología de los comentadores cristianos. Sin embargo, todas esas civilizaciones de centenares de siglos, y esos imperios, anteriores a la edad en que dichos comentadores fijan el Diluvio, se van desvaneciendo como niebla a la luz de la crítica. Así las ideas de Bailly y las de Salverte sobre los escitas primitivos, y así las de Dupuis en su *Origen de los cultos*[18]. Tal vez los apologistas cristianos de los tiempos venideros refuten del mismo modo, victoriosamente, a los que pretenden probar hoy que la especie humana tiene esa grandísima antigüedad, que suponen demostrada por la filología comparativa, y más aún por cálculos astronómicos y por recientes descubrimientos geológicos sobre la Edad de Piedra, las poblaciones lacustres y el hombre fósil.

Lo cierto es que no sólo el amor a lo maravilloso induce a los racionalistas a dar tan larga vida a la especie humana, sino asimismo el anhelo de justificar y corroborar, en todo su valer, la doctrina del progreso. Porque esta doctrina, aceptada por completo y como la entienden, no sólo afirma la mejoría y el desenvolvimiento colectivo de la especie humana, sino el de los individuos; por donde, so pena de contradicción, ha de suponerse una dilatada serie de siglos, a fin de que los hombres fuesen poco a poco inventando el lenguaje, la escritura y todas las primeras artes, y fundasen las sociedades, repúblicas, leyes, instituciones y ciencias; todo lo cual, si hubiera sido inventado rápidamente, o supondría, sin que de otro modo pudiera explicarse, una intervención divina inmediata, o bien un instinto, una como inspiración celestial en los primeros hombres: tal fuerza de inventiva y tal virtud creadora, que excederían con mucho a todo lo que hoy produce de más distinguido y sublime la especie humana. En suma: salvo la aglomeración de la herencia científica de los siglos pasados y lo poco que hemos sabido acrecentarla, se podría deducir que hemos degenerado en vez de mejorarnos y que ya no hay hombres de aquellos bríos intelectuales y de aquella pujanza inventora de los primeros tiempos. Así como sin suponer infinidad de años de siglos, o una fuerza plutónica inmensamente mayor, no se hubieran elevado por cima de las nubes las crestas gigantes del Dhavaladgiri y del Nevado de Sorata, así tampoco, sin suponer una intervención divina o una capacidad intelectual superior a la de ahora, no hubiera llegado el hombre en pocos siglos a

[17] G. Rawlinson: *The five great monarchies of the ancient eastern World*, etc. London, 1865. (N. del A.)
[18] Wiseman: *Discours*, etc. Du-Clot: *Vindicias de la Biblia*. (N. del A.)

aquel grado de civilización que requieren la fundación de grandes imperios como los de Egipto, Asiría y Persia y la invención de lenguajes tan perfectos como el zend, el sánscrito o el griego.

Los racionalistas, los que pretenden explicarlo todo de un modo natural, debían, pues, movidos por las antedichas consideraciones, y aun antes de que les prestase datos la experiencia, esforzarse en probar no sólo la antigüedad del globo que habitamos, sino también la de nuestra especie. Dentro de seis mil u ocho mil años no cabe la historia de la Humanidad sin prodigio. De aquí que se esforzasen los racionalistas en prolongar la Historia, a fin de explicar por un progreso lento y constante el desarrollo de la civilización. Llevaron además, este progreso a todo, y en vez de suponer al hombre creado de repente por un mandato divino, supusieron que provenía del desenvolvimiento de otras especies inferiores, las cuales, desde los grados más bajos de la vida, han ido llegando al grado superior. La teoría absurda de Lamarck encontró un hábil campeón en Darwin y fue seguida por muchos. Como los cuadrumanos antropomorfos, aun los más perfectos, el chimpancé o el gorila, distan tanto de nuestra especie, imaginaron una intermedia, que ya suponen extinguida, a la cual dieron el nombre de *antropiscos*. De ésta hicieron provenir la raza negra, asegurando que era la primogénita y dándole por lugar de su nacimiento y primera habitación el centro de África. Desde allí suponen que empezó a extenderse por toda la Tierra y adquiriendo luego otras cualidades superiores, se elevó a la dignidad de la raza amarilla, y por último, como término de la perfección en que vivimos, a la de raza blanca, semítica y jafética o indoeuropea. Afirman, además, los que estos delirios inventan, que los primeros negros, los *antropiscos*, convertidos ya en hombres, a semejanza de otros animales que viven también y emigran congregados, se dispersaron por manadas antes de haber descubierto o formado un idioma, valiéndose sólo de gritos o de interjecciones. De esta suerte, haciendo nacer más tarde los idiomas en diferentes puntos de la Tierra, dan razón de su radical diferencia, sin que les concedan nada de común sino lo que tienen de común las facultades humanas de que nacieron[19].

Según esta teoría, los egipcios, pueblo seminegro o casi negro, producen la primera civilización; la de los chinos o de la raza amarilla es la segunda: la semítica después, y la última y más perfecta de todas las civilizaciones es la indoeuropea. La fantasía de los eruditos se ha esforzado en demostrar, en entrever y en describir estas primeras edades, forjando curiosísimas novelas, que de tales pueden calificarse sus libros. Ninguno más singular, hasta por el título, que uno de Saisset. El título es *Dios y su tocayo*[20]. Trata de hacer ver en este libro que, estando ya muy avanzados en civilización los chinos y los egipcios, empezó a mostrarse en pequeño número la raza blanca. Adán es su capitán y caudillo, y viene a hacerse tributario del Celeste Imperio. El emperador de China o padre celeste se confunde con Dios en la mente de aquellos incautos. Del nombre propio de aquel emperador sacan el de Jehová. Una comarca del Tibet, donde Adán y su gente viven, es el Paraíso. El árbol de la ciencia del bien y del mal es un árbol, descubierto allí por Huc y otros viajeros, en cuyas hojas, por un raro capricho de la Naturaleza, están grabadas las letras tibetanas, por lo cual se apellida el árbol de las diez mil imágenes. Y, por último, alguna traición o mala obra que Adán hizo al emperador de China, y por la cual fue expulsado, es el pecado original.

No se entienda que el libro que citamos es un chiste o un donaire. Está escrito con toda formalidad. Menos faceto aún y más erudito e ingenioso es Rodier. Su historia de la India empieza en el año 19564 antes de la Era vulgar; pero la civilización de la India y la de los mismos arios es muy reciente comparada con la de los egipcios. La historia de éstos, aunque algo vaga y oscura, va ya aclarándose en el año 30778 antes de Jesucristo, en el reinado de Phta. En el de Osiris, muy posterior, la historia es mucho más clara y evidente. Sin embargo,

[19] Bergman: *Resumé d'études d'ontologíe générale et de linguistique générale. París, 1869*. (N. del A.)
[20] Saisset: *Dieu et son homonyme*. (N. del A.)

aún tiene Rodier algunos escrúpulos, y halla que el reinado de Osiris frisa un poco en la mitología. El reinado de Orus, que, salvo un defecto insignificante de precisión, coloca el autor en el año 18790 antes de Cristo, es ya para él una época incuestionablemente histórica. Según estos datos, las primeras emigraciones de los arios no pueden fijarse más tarde que unos veintiséis mil años ha[21].

No se crea, con todo, que los que siguen cierto sistema y dan tan larga vida en lo pasado a la especie humana la suponen ya decadente y agobiada por la vejez. No son como los pueblos antiguos, como los poetas y los historiadores clásicos, que, desde Homero hasta nuestra edad, lamentan la decadencia del hombre. Esta idea persistió después del cristianismo. Durante los siglos más tenebrosos de la Edad Media se estuvo anunciando el fin del mundo como muy cercano. La idea de la vejez del mundo se ha perturbado casi hasta ahora. Feijoo la combate en uno de sus eruditos discursos como error muy difundido. Hoy hemos dado en el extremo contrario. A fin de que la Humanidad cumpla sus altos destinos, no sólo se le concede una vida grandísima en lo pasado, sino que se le vaticina mayor en lo venidero. Un autor, cuyo nombre me pesa no recordar, encarece hasta tal punto este pensamiento, que asegura no ya que la Humanidad está aún en la infancia, sino que ni siquiera ha nacido. «La Humanidad -dice-, considerada en su vida colectiva, no ha nacido aún.» Según los cálculos del autor, la Humanidad tardará en nacer unos trece o catorce mil años. Lo que hay ahora es sólo un germen o embrión de Humanidad. Estamos en un período de incubación lenta de este germen, que dura ya cincuenta o cuarenta mil años los menos.

Fuerza es confesar, por amor a la imparcialidad, que estas locuras no han nacido sólo entre los racionalistas, sino también entre los creyentes. Toda ciencia o facultad ha tenido y tiene sus orates; pero una de las más peligrosas para los que poseen un cerebro poco firme y un juicio poco sólido y sentado es esta ciencia de la lingüística. Los racionalistas, a fin de hallar una explicación natural al origen del lenguaje y aun al del hombre mismo, han delirado mucho; pero, dado ya el lenguaje, ven en él un producto natural de la razón y del egoísmo humanos, y no deliran tanto. Los creyentes están en lo justo, porque se atienen a lo revelado, en punto al origen; pero después, si llegan a imaginar que descubrieron el lenguaje primitivo o algo que se le aproxime, se pierden sin remedio. Este lenguaje, obra y revelación de Dios mismo, encierra en cada palabra, en cada sílaba, en cada letra y hasta en cada tilde, tesoros de inexhausta sabiduría. La Naturaleza, las leyes de la moral y de la Historia, todas las ideas de la Humanidad están en este lenguaje, englobadas y cifradas, así como la Humanidad entera estaba en Adán. De aquí nace un arte cabalístico que lo comprende todo, una como virtud teúrgica, que para todo sirve. Los nombres en este lenguaje no son signos arbitrarios, no son un vano sonido, sino los verdaderos nombres que representan la sustancia y los accidentes de lo creado. Con este lenguaje, todas las cosas ininteligibles o difíciles de entender se aclaran. Así es que las etimologías pueden impulsar muy lejos a los eruditos de esta clase. De querer explicar por medio de un idioma todos los demás, a querer explicar también la política, las costumbres, el arte, la Historia y hasta los más hondos misterios de la fe, no hay más que un paso, fácil de dar, pero harto aventurado porque es, permítasenos la frase, salvar el Rubicón del sentido común y trasladarse de súbito al país de las quimeras.

Pocos autores han dado más lamentable y al mismo tiempo más entretenida y graciosa muestra de esto que nuestro compatriota el señor Irizar y Moya en un tratado en cinco tomos, donde procura aclararlo todo por medio de la lengua éuscara y algo de la hebrea, que son las dos que se acercan al lenguaje primitivo y divino, que son un *novum organum* superior al de Bacon que él ha descubierto. Las derivaciones atrevidísimas de que se vale recrean y asombran. Agamenón, por ejemplo, es la palabra de Dios, el designio divino que no es dable resistir. Por eso le respetan todos los reyes coligados. Por eso, Agamenón significa *amen* que viene de las tres letras hebraicas *a, m, n*, las cuales, leídas como suenan por separado, dicen

[21] Rodier:*Antiquité des races humaines*, etcétera. París, 1864. (N. del A.)

*agamen-nun*, de donde el nombre simbólico del personaje de Homero. Henoc, Elías y San Juan Bautista son el Cancerbero, como lo demuestra nuestro autor por medio de sus etimologías vascongadas. Y así, en suma, lo va demostrando todo[22].

Estas y otras hipótesis sólo pueden servir de pasatiempo y de burla a los espíritus recios e iniciar a nuevos Lucianos a que escriban en nuestros días libros escépticos y denigradores de la ciencia, como el del portugués Sánchez y el del famoso Cornelio Agripa. Pero las obras sobre lingüística, fundadas, sin preconcepciones ni hipótesis, en la paciente y serena observación de los hechos, mueven nuestra admiración y requieren imperiosamente nuestro convencimiento. De esto sólo, como se ha dicho, trata el señor Canalejas en su elegante discurso, concretándose a hablar de las lenguas indoeuropeas, que son las más estudiadas. Aun así, es harto extenso el asunto para la brevedad de un discurso académico, por donde creo que el señor Canalejas no se propuso otro fin, al escribirlo, que el de despertar la afición para que este género de estudios fuera extendiéndose en nuestro país y aplicándose al conocimiento de nuestro propio idioma. Menos todavía puedo yo lisonjearme ni prometerme profundidad alguna en esta disertación con que le contesto, en la cual he juzgado conveniente, ampliando más el asunto, dar alguna noticia de lo fantástico y peligroso de la ciencia para que sirva de aviso y señale los escollos y bajíos, a fin de que los eviten los que en ella se agolfen. Ahora voy a entrar de lleno en la parte firme y segura.

Cualquiera que sea la antigüedad de algunas naciones de África y de Asia, es lo cierto que en Europa no hay vestigio histórico de inmigración anterior a dos mil años antes de Cristo. Antes de dicha época, Europa es un yermo de cubierto de bosques impenetrables. Todos los pueblos que la Historia nombra y conoce vinieron posteriormente de Asia. Las más grandes inmigraciones parece que concurrieron durante un largo período de mil años, del 2000 al 1000 antes de nuestra Era. Jacobo Grimm[23], con su vasta erudición, no puede hallar mayor antigüedad. Venían estos pueblos por tierra, de Oriente a Occidente, siguiendo el camino del sol. Venían, sin duda, empujados unos por otros. Así extendieron hasta los extremos más occidentales de nuestro continente. Los hubo de la raza que designan los etnógrafos con el nombre de turianenses; los hubo tal vez de otras razas; pero la raza superior, la indoeuropea, prevaleció al cabo en Europa así como vino más tarde a ser la dominadora del mundo. Europa está poblada de naciones y tribus de esta raza desde el Ural a las montañas de Cintra y desde Arcángel hasta el extremo sur de la Morea. Los pueblos de otras razas más débiles fueron, sin duda rechazados por los indoeuropeos hacia el extremo boreal. Sólo quedan hoy en el riñón de Europa los finlandeses, los húngaros y los turcos, y en el Occidente los vascos, que no sean pueblos de dicha raza y que no hablen lenguas congeneradas del ario primitivo. Bopp ha levantado un monumento imperecedero[24] a esta fraternidad de las razas y de las lenguas de Europa. La sintaxis de estas lenguas es en el fondo la misma; la etimología de las palabras es la misma también. La variación consiste en las flexiones, en las derivaciones y en la pronunciación, que cambian las palabras, y las cambiaban aún más cuando las lenguas no eran escritas, sino habladas. Si el inglés no fuese una lengua escrita, tal ha venido a ser su pronunciación, que sería difícil hallar la etimología de uno de sus vocablos, con ser éstos de procedencia germánica, céltica o latina.

La diversidad de las lenguas dentro de su unidad proviene del cambio de las vocales y de las consonantes unas por otras. Las reglas de estos cambios, en mi sentir, no son claras ni

---

[22] *De l'eusquère el de ses ordres ou de la langue basque et dérivés*, por Irizar y Momeya. París, 1841. (N. del A.)

[23] Grimm: *Geschichte der deutschen Sprache*. C. VIII, Einwanderung. (N. del A.)

[24] Bopp: *Grammaire comparée des langues indoeuropéennes*, etc. París, 1866-68. (N. del A.)

fijas, ni se fundan en razón filosófica. Bopp examina las letras de todos los principales alfabetos; explica el *guna* y el *vriddhi*; pero no explica la razón de las mudanzas. Baste saber que las hay, y que dentro de un mismo idioma se realizan. Así es que ni la raíz de una palabra logra quedar invariable, y con todo, no se puede desconocer la raíz. Por ejemplo: en español *a* se trueca en *e* en *caber, quepo*; y en *u* en *cupo*; y en *i* en *hacer, hizo*. La *o* se trueca en *ue* en *poder, puede*; la *e* en *i* en *pedir, pido*; y así todas las vocales. Las consonantes, labiales, dentales y guturales, se cambian a cada paso de dulces en medias, de medias en aspiradas, y al contrario. Esto es, que las letras *d, t, z, y b, p, f; y e, k, g* y *j* se transmutan al pasar de un idioma a otro, y aun sin pasar, dentro de un idioma mismo. Aun otras letras consonantes se truecan también: la *d* se convierte en *l* y la *l* en *d*; consta que los latinos dijeron *dacrima* por *lacrima* y *dingua* por *lingua*; la *f* se cambia en *h* y en *g*; la *r* en *l*, como *arbor, árbol, marmor, mármol*; y la *t* en *s*, como en *remito, remiso, permito, permiso*. A veces se eliminan letras y sílabas enteras; a veces se añaden; a veces cambian de lugar, como *cocodrilo* por *crocodilo; preguntar por perguntar*. El digamma eólico, que fue una aspiración señalada regularmente en griego con el espíritu áspero sobre la vocal, viene a convertirse en latín en *f*, en *r* o en *h*, como *oikos, vicus*; *oinos, vinum*; o bien se pierde en griego y aparece en latín y en otras lenguas, como *bioo, vivo*; *boes, boves*; *oon, ovum*; *kao, cavo*.

Resulta de todo esto la variedad de las palabras dentro de la unidad. De cada voz de una de nuestras lenguas modernas podemos hallar la voz hermana en cualquiera otra, y, por último, su raíz zend o sánscrita.

Al que no está familiarizado con este linaje de estudio, parecerán arbitrarias las etimologías; mas para los que se internan en él son tan claras y evidentes como para cualquier persona medianamente ilustrada lo es que *hija* viene de *filia*, *hoja* de *folia*, *obispo* de *episcopos* y *reloj* de *horologion*; lo cual es innegable, aunque apenas si queda en ninguna de las palabras españolas antes citadas dos o tres letras comunes a las palabras griegas o latinas de que proceden. A veces el trastorno y cambio de la palabra primitiva es mayor y más arbitrario aún en la derivada; como, por ejemplo, de *cord, corazón,* y de *xeirougos, cirujano*.

Otra fuente de variedad y de riqueza en las lenguas es lo fecundo de las raíces, de las cuales brotan palabras nuevas por composición o derivación. Por mera derivación parece como que hay en la raíz una fuerza orgánica y vegetativa capaz de crear de sí misma un enjambre de voces para significar, pasando de un sentido recto a otro figurado y traslaticio, las cosas más discordes y las ideas menos análogas. Max Müller trae un curioso ejemplo de esto en la raíz sánscrita *spac* o *spec*: de aquí *spicere*, mirar, ver; *espejo, espectáculo, espectación, espía, espiar, espionaje, respetar, respetable, respeto, respecto, aspecto, especular, especulación, especulativo, inspección, inspector, especia, especificar, especias, especiero, auspicio, conspicuo,* etc., etc. Y, trocando por metátesis el *spec* latino en el *skep* griego, *escéptico, escepticismo, microscopio, obispo, telescopio, caleidoscopio, estereoscopio* y otras muchas voces usadas en castellano, sin contar las que provienen en las demás lenguas de Europa de la misma raíz *spac* o *spec*.

Esta fecundidad de las raíces hace la riqueza de las lenguas, aun siendo las raíces pocas. Todo el sánscrito y todas las lenguas de Europa, salvo raras palabras tomadas de idiomas semíticos o de otras familias de lenguas, provienen de mil setecientas veinte raíces que cuentan los gramáticos. Una persona bien educada y que hable de literatura, de artes, de política y ciencia, no empleará quizá más de tres mil o cuatro mil palabras en su conversación. Un orador elocuente y variado tal vez no llegue nunca a diez mil, Shakespeare, uno de los poetas más fecundos y ricos por el lenguaje, no emplea más de quince mil palabras en todos sus dramas. Milton no pasa de ocho mil. Todo el Antiguo Testamento está escrito con cinco

mil seiscientas cuarenta y dos palabras[25]. Pero esto no quita que en algunos diccionarios de lenguas modernas de Europa haya más de cien mil palabras incluidas.

Para formar todas estas palabras hay que contar no sólo con las raíces, sino con otros elementos de los que salen las terminaciones o desinencias, ora tengan estos elementos un valor y un significado propios, ora no le tengan sino en unión a las raíces. De creer es que, aun cuando no tengan en el día un significado, le tuvieron en un principio y fueron otras tantas palabras.

Las terminaciones de los casos en la declinación fueron en un principio preposiciones, adverbios o pronombres demostrativos, y las desinencias de los verbos fueron, sin duda, otros verbos auxiliares y pronombres personales. Juzgando, pues, que toda desinencia, por donde viene a modificarse el valor de una palabra y a convertirse en otra palabra derivada, tuvo un valor por sí en un principio, hay que convenir en que la mayor parte de las lenguas tuvieron en su origen el carácter elemental o monosilábico de la lengua china; en que después fueron aglutinantes, y en que, por último, vinieron a ser lenguas de flexión. No es esto afirmar que en el orden cronológico sucediese así regularmente en todas las lenguas, si no que éste es el orden dialéctico con que todas han procedido, aunque su desenvolvimiento haya sido instantáneo, como hijo de un instinto poderoso, de una virtud plasmante de la fantasía humana en las primeras edades del mundo. Ello es que las que llaman los gramáticos partes de la oración nacieron lógicamente de la indicada manera, ya surgiesen de súbito, por espontaneidad natural o por enseñanza y comunicación divina, ya con lentitud se fuesen formando y distinguiendo. Así es que todas las voces pueden reducirse a nombres. Lenguas hay que dan testimonio de esto careciendo aun de muchas partes de la oración. En unas no hay adjetivo; en otras no hay voz pasiva en los verbos; en muchas, el verbo ser no se da. La idea abstracta de ser parece haber acudido tarde. Las raíces *sta, as* y *bu* sánscritas, de donde los verbos *estar*, *ser*, *fue*, significaban en un principio cosas más materiales: *bu* o *fu*, que parece ser la raíz más antigua, equivale a soplar, alentar, vivir.

Pero explíquense como se quiera el origen de los idiomas y su primordial desenvolvimiento, yo me inclino a creer, y repito, que este modo de proceder es dialéctico y no cronológico; y si fue cronológico y natural, fue por ingenuidad y por inspiración de los primeros hombres y no por reflexión y discurso. Por reflexión y discurso, hubiera sido menester gran copia de ciencia y de filosofía para atinar con la formación del más imperfecto de los lenguajes; y antes parece lo contrario: que el divino artificio de ellos iluminó a los hombres y los condujo a distinguir las ideas, a ordenarlas y a clasificarlas, por donde pudieron pasar de lo particular a lo general, de lo concreto a lo abstracto y de lo sensible a lo inteligible. Esa misma fuerza del lenguaje hizo que se determinasen y diversificasen las ideas hasta en sus matices más varios y delicados.

Todavía el lenguaje no ha perdido, ni aun en las civilizaciones y razas más adelantadas, aquella virtud generadora de nuevas voces cuando la necesidad lo exige. Raíces nuevas son las que nacen rara vez. Aquellos vocablos cuya etimología no se halla, son casi siempre de una condición plebeya, formados por capricho y rayando en lo truhanesco y chabacano, verbigracia, en nuestra lengua, *cursi*, *filfa*, *guasa*, *camelo*. Pero si lo examinásemos con detención, hasta en estos vocablos descubriríamos el origen etimológico. Por el contrario, los neologismos nobles y cultos provienen todos claramente, por derivación o composición, de una raíz ya creada, no habiendo más reglas en esto de producir nuevas voces que el buen gusto, la razón etimológica, las leyes de la eufonía y la necesidad de producirlas. Mucha

[25] Max Müller: *La science du langage*. (N. del A.)

burla, por ejemplo, se ha hecho del verbo *presupuestar*, que viene de *presupuesto*, que viene de *presuponer*. Esto sólo prueba u olvido de las leyes y naturaleza del lenguaje, o falta de reflexión, pues al cabo no es una ciencia oculta ni un misterio recóndito el que hay en español centenares de verbos formados exactamente, como *presupuestar*, del participio pasivo irregular o del supino de otro verbo. Sirvan de muestra *cantar, decantar* y *encantar*; de *cano, cantum, cursar*, de *curro, cursum; pensar*, de *pendo, pensum; pulsar, impulsar, expulsar*, de *pello, pulsum; saltar, insultar, consultar, exultar*, de *salio, saltum*; y *depositar* y *despropositar*, de *pono, positum*. Decía en tono de burla un ilustre poeta, clamando contra este neologismo de *presupuestar*, que por qué no había de decirse *presupuestación*. En efecto, sólo el buen gusto y la no necesidad del vocablo pueden impedir que se diga. Por lo demás, tan legítimamente y por los mismos grados va derivándose *presupuestación* de *presupongo*, que *actuación*, por ejemplo, de *ago*, pasando por *actuando, actuar* y *actum*.

Cuando las palabras nuevas se forman con preposiciones o con esas desinencias que en un tiempo pudieron y debieron tener un significado, pero que ya no le tienen, las palabras son derivadas, y de esta derivación es muy capaz nuestro idioma. A lo que su índole no se presta sino con suma dificultad es a la composición de dos o más palabras, nombres o verbos, lo cual hacen ricas las lenguas alemana y griega, salvo que en griego hay cierto organismo y flexión en este género de composiciones, mientras que en alemán son siempre una aglutinación inorgánica. Algunas lenguas americanas llegan en esto a tal extremo, que encierran toda una frase en una sola palabra, por lo cual se llaman *holofrásticas* o *polisintéticas*. En español, no se crea esta clase de palabras sino en estilo familiar y casi siempre por burla o donaire, como *pinchauvas, papamoscas, cascarrabias, correveidile, carirredondo* y *cariacontecido*. Si hay otras palabras compuestas, se toman ya formadas del latín, y casi todas se emplean sólo en un estilo muy elevado y poético, como *armipotente, olivífero* y *altisonante*.

Otra causa de la diversidad de las lenguas hermanas y congeneradas del mismo tronco es adoptar una raíz diversa para significar el mismo objeto, lo cual no impide que de cada una de las raíces haya derivados en cada una de las lenguas. *Señor*, por ejemplo, viene en español de *senior*, comparativo de *senex*, *anciano*; y, sin embargo, *dominus*, que viene de *dam, dom, casa*, en sánscrito, latín o griego, tiene también sus derivados en español, en *dama, dueño, dueña, doña, don, domicilio, dominar, dominación, dominador, doméstico* y *domingo*. *Herr*, que equivale en alemán a señor, es como el latín *herus*, que viene de *hera, tierra*. En alemán *leche* es *milch*; mas ambas palabras, aunque tan distantes, tienen su analogía en el latín y en el griego. *Leche* en *lac-lactis, galacs, galactos*. La sílaba *ga* es, sin duda, el nombre sánscrito de la *vaca*. Y *milch* viene de *mulgeo* y *amelgo*, ordeñar.

No menos que por la homogeneidad del vocabulario se reconoce el parentesco de las lenguas indoeuropeas por la semejanza grande de la gramática, como lo demuestra Bopp en la suya. Las declinaciones y las conjugaciones se parecen mucho. Las irregularidades de los verbos y de los casos en algunos nombres dan asimismo testimonio de la semejanza.

Alguien hallará extraño que se sostenga este parentesco, que se declare evidente esta afinidad, cuando es tan grande la diferencia entre los idiomas hablados; pero más es de extrañar, y aun de maravillar, que las señales del parentesco persistan aún tan claras, después de tantos siglos transcurridos desde la separación de los arios y sus inmigraciones sucesivas en Europa y después de tantas mudanzas en su manera de ser, en su cultura y en sus creencias.

Esto se debe primero a que, como hemos dicho, no se inventan palabras radicalmente nuevas, sino que las nuevas palabras para expresar nuevas ideas se han ido sacando, o por composición, o por derivación, de las antiguas palabras y raíces, siendo en esto inagotable el tesoro del idioma. Y segundo, a la virtud extraordinaria que tienen los idiomas indoeuropeos de imponerse a otros y de no dejarse imponer. Son como la raza misma, que absorbe, vence y

domina, y no se deja absorber ni dominar por elementos extraños. El lenguaje de los arios ha tenido siempre la fuerza de expeler de las formas, los modismos y hasta las palabras de otros idiomas, conservando la pureza. Desde el albor de las civilizaciones, desde la primera monarquía de los caldeos, fundada por Nemrod en el centro de Mia, las razas cushita, tuaniense, semítica y aria se mezclan y se unen para formar aquel Estado. En las palabras que el erudito Rawlinson ha podido reunir de la lengua que se hablaba en aquella monarquía, la monarquía de las cuatro razas, hay palabras semíticas, cushitas, turianenses y arianas, y, sin embargo, la lengua de los arios salió pura de este consorcio para manifestarse en las monarquías de los medos y de los persas.

La historia de la lengua en España demuestra esta vitalidad y persistencia de la de los arios. Tal vez el primer pueblo que inmigró en España fue el vasco, pueblo turianense, hablando un idioma que no es indoeuropeo. Este pueblo no sólo se extendió por toda la Península, sino que estableció colonias en las grandes islas del Mediterráneo, Sicilia, Córcega y Cerdeña. Los nombres geográficos de montes, ríos, ciudades y villas lo atestiguan aún, según las etimologías que Guillermo Humoldt declara[26].

Los pueblos semíticos vinieron también a España desde los tiempos más remotos. Los fenicios fundan colonias se extienden por gran parte de la Bética; los cartagineses dominan casi todo el país y en él disputan el imperio a Roma; los hebreos se esparcen y se establecen en España desde la época de la cautividad babilónica. Y los árabes dominan, por último, durante siete siglos. Sin embargo, pocos rastros quedan en español, ni en el diccionario ni en la gramática, ni de turanismo ni de semitismo. Las palabras hebraicas y arábigas que en español se conservan la lengua misma las va lanzando de sí y sustituyéndolas con las correspondientes voces latinas, como *sastre* en vez de *alfayate; espliego*, en vez de *alhucema; ginesta*, en vez de *goyumba; barbero*, en vez de *alfageme; pistacho*, en vez de *alfoncigo*, y *azufre*, en vez de *acrebite*. Las palabras arábigas en uso llegarán a ser sólo las que tengan un valor histórico, al menos por la procedencia; las que denoten algo propio de los árabes y los nombres geográficos, como *almimbar, alminar, hurí, alfaqui, Almadén, Alcántara, Alcalá, Guadalquivir, zahorí, alcalde* y *jeque*. Con la lengua éuscara sucede lo mismo: apenas se encuentran ya palabras éuscaras sino en nombres propios de apellidos y lugares, como *Asturias*, de *asta* y *ura, peña* y *ura*; e *Iliberi*, de *ili* o *iri, ciudad, lugar*, y *beri, nuevo*.

Yo, sin embargo, me inclino a creer que la lengua éuscara, así como la raza que la habla, si bien hubo de extenderse en un principio por toda la Península y aun por otras regiones, se limitó, mucho antes de la conquista romana, al país donde hoy se habla. Entre los turdetanos y celtíberos debió prevalecer, más que el céltico, un idioma pelásgico, parecido al griego o al latín; y lo mismo en otras comarcas, por más que el idioma oficial fuese el semítico entre los bástulos y otros pueblos donde dominaron fenicios o cartagineses. No se comprendería de otro modo la rápida latinización de toda España bajo el dominio de Roma. Además, las medallas e inscripciones y los antiguos alfabetos, casi demuestran que antes de la conquista romana prevalecían tales idiomas y escrituras[27].

Los recientes descubrimientos del señor Góngora no invalidan la teoría, porque los caracteres e inscripciones extraños e ininteligibles que ha publicado son mucho más antiguos, sin duda, y acaso tuviesen su origen en la época primera en que los vascones dominaban toda la Península, aun antes de la venida de los celtas[28]. Quién sabe si un día podrán interpretarse estos letreros con el auxilio de la lengua que hoy se habla en Vizcaya, y podrá descubrirse

[26] Prüfung der Untersuchungen über die Urbewohner Hisponiens, vermittelst, der Vackischen Sprache: Gesammelte Werke. II Band. Berlín, 1841. (N. del A.)
[27] Velázquez: *Ensayo sobre los alfabetos*, etcétera. (N. del A.)
[28] Góngora: *Antigüedades prehistóricas*, etcétera. (N. del A.)

algo de la primitiva civilización, de las creencias, usos y costumbres de los españoles prehistóricos.

Entre tanto, es indudable que, así en la raza como en el idioma, a pesar de las invasiones semíticas y a pesar de los pueblos primitivos que eran turanienses, el elemento indoeuropeo ha prevalecido entre nosotros.

Tal vez algunos oídos escrupulosamente piadosos se escandalicen de la predisposición que muestra el señor Canalejas por los arios, y de la inmensa superioridad que sobre los semitas les concede. Sin duda que un pueblo semita fue elegido por Dios para depositario de los dogmas y de las creencias que habían de salvar y de rescatar a la Humanidad. Sin duda que este pueblo debía de tener egregias cualidades cuando Dios lo llamó a tan alto ministerio. La lengua en que habló Salomón, legisló Moisés y cantaron David, Isaías y los demás profetas, no debe ser menospreciada, pero el pueblo judío es un pueblo singular, y el señor Canalejas habla en general de los semitas; y, por otra parte, aun cuando los judíos y la lengua hebraica fuesen comprendidos en la sentencia del señor Canalejas, no se podría tachar esta sentencia de heterodoxa. Más severamente aún que el señor Canalejas, y más por bajo, al compararlas con las lenguas indoeuropeas, pone el cardenal Wiseman las semíticas. «Estas lenguas sin partículas y sin formas propias para expresar las relaciones de los objetos, endurecidas y yertas por una construcción inflexible, y confinadas por la dependencia de las palabras que vienen de raíces verbales a la idea de la acción exterior, no pueden conducir al espíritu a las ideas abstractas.» Hace después un cumplido encomio de las lenguas indoeuropeas, y por último añade: «Estas reflexiones nos llevan a considerar el orden observado por Dios en la manifestación de la verdad revelada. Mientras que sus revelaciones debieron ser, más bien que propagadas, conservadas; mientras que sus verdades se referían principalmente a la historia del hombre y a sus deberes más sencillos para con Dios; mientras que su ley consistía más bien en preceptos de observancia exterior que en restricciones interiores, etc.», la lengua sagrada fue el hebreo. «Pero no bien se realizó un importante cambio en los fundamentos de la revelación divina y en las facultades a que se dirige, cuando se verificó así mismo un cambio correspondiente en la familia a quien su administración y su principal dirección están confiadas. La religión, destinada hoy para la totalidad del mundo y para todo individuo de la raza humana, exigiendo, por tanto, testimonios más variados a fin de responder a las necesidades y satisfacer los ardientes deseos de cada tribu, de cada país y de cada siglo; la religión, digo, se puso en manos de otros obreros, cuya más vigorosa energía de pensamiento, cuyo más fogoso impulso de investigación pudiese con más facilidad descubrir y esclarecer sus inagotables bellezas, produciendo así nuevos motivos de convicción y nuevos asuntos de alabanza»[29].

Ya se entiende que ni el cardenal Wiseman, ni el señor Canalejas, ni quien esto escribe, queremos extremar el menosprecio hacia los judíos, pueblo a quien, aun estimadas las cosas por un modo racionalista, es innegable que debe mucho el género humano, y en cuya alta inteligencia no ha habido degradación ni mudanza hasta ahora. En su misma soberbia, que raya a veces en lo absurdo, hay algo de respetable. Así, por ejemplo, el glorioso poeta y agudo filósofo Jehuda Levita de Toledo, supone en los hombres de su raza prendas naturales tan superiores a las de otros seres humanos, que por ellas viene a explicar el don de profecía, la comunicación inmediata con Dios, lo que él denomina el *caso divino;* el cual *caso divino* se posó sobre toda la congregación de Israel por naturaleza y nacimiento, sin que apenas sean dignos, ni merecedores, ni capaces de tanto los hombres de otra casta[30]. Y en nuestros días, el judío francés Salvador, en uno de sus más interesantes trabajos, pretende demostrar que la Providencia, hallando aún poco ilustrados a los pueblos de la Tierra para que aceptasen el

[29] Wiseman: *Discours. Second discours sur l'étude comparative des langues. Seconde partie*. (N. del A.)
[30] Cuzari: *Libro de grande ciencia*, etcétera, traducido al español por el Hachan R. Jacob Abendaña. Amsterdan, 1423-1663. (N. del A.)

judaísmo, suscitó un Profeta, en uno de los lugares más humildes y despreciados de Judea, para predicar una doctrina que sirviese de pasto espiritual y de preparación a los pueblos indoeuropeos, hasta que se elevasen a la altura intelectual conveniente y pudieran recibir en toda su pureza las doctrinas judaicas[31]. Como ya hemos visto, las lenguas semíticas apenas tienen ni descubren parentesco, ni por el vocabulario ni por la gramática, con las lenguas indoeuropeas. El señor Canalejas no se para a demostrar este aserto; pero, dada la índole o condición de su obra, no puede pararse. Además, que lo que en todo caso habría que demostrar sería la semejanza, en lo cual se han forzado en balde, con más imaginación que juicio, no pocos autores. Hallan algunos la semejanza rastreando etimologías por medio de anagramas. Fúndanse para ello en las diversas maneras de escribir de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, y en las inscripciones, que denominan *boustrophedon*, porque en ellas van y vienen los renglones como el buey cuando ara. Así calculan que al pasar las palabras de una escritura a otra, se han leído al revés, y de aquí su diversidad. Algunas coincidencias vienen en apoyo de esta aventurada hipótesis si ingeniosa harto poco sólida. Verbigracia, *kid*, en arábigo, significa *regla*, y al revés, tenemos *dik*, que es justicia en griego; *sar* es en lengua pérsica la *cabeza*, y el mismo significado tiene en arábigo *ras* y *rosh* en hebreo[32]. Aún pudieran citarse muchas más de estas etimologías, que sólo prueban la paciencia y la imaginación de quien las busca, porque, siendo las letras y las sílabas los elementos de todo idioma, y los órganos de la garganta, del pecho y la boca los medios de pronunciar toda palabra, por fuerza han de parecerse muchas, por extraordinario que sea el número de combinaciones que pueda construirse con todos los signos del alfabeto y los signos articulados. Por otra parte, aun sin acudir al anagrama, leídas derechamente, hay y debe haber no pocas palabras hebraicas, caldeas samaritanas o arábigas, que hayan venido a naturalizarse en nuestras lenguas indoeuropeas, o que hayan pasado de nuestras lenguas a las semíticas. Así, por ejemplo, *tierra* y *diente*. Lo maravilloso sería no hallar jamás analogías de esta clase, habiendo estado en tan íntimo comercio y trato unos pueblos con otros desde el albor de la Historia.

Ya he dicho que el señor Canalejas, aunque aspira a dar en su discurso un breve resumen de los más recientes descubrimientos de la filología, y aunque acierta a presentar con notable concisión de estilo y poder de síntesis un cuadro sinóptico de la ciencia, tal como lo es en el día, más se atiene a lo experimental que a aquella parte fundada en especulación y como en atisbos y fuerza de raciocinio, que trata de fundar la filosofía de esta ciencia, desentrañando los orígenes del lenguaje y procurando explicar sin acudir a los asertos de ninguna religión positiva. Con todo, el señor Canalejas, en virtud de su creencia, o, mejor dicho, de su doctrina de progreso, decide, según ella, por lo menos algunas cuestiones secundarias.

No soy yo de los que niegan el progreso humano, así en el individuo como en las sociedades; pero no lo creo tan ordenado y simétrico, tan por igual en todo, que no admita excepciones y distingos en no pocos puntos y momentos. El mismo señor Canalejas acepta estas excepciones, y no puede menos de aceptarlas; pero las acepta con más dificultad, más a despecho suyo que yo, y de aquí nace nuestra divergencia en la cuestión que llena casi toda la segunda parte de su discurso: el paralelo entre las lenguas clásicas antiguas, el griego y el latín y los modernos idiomas. Si bien para el señor Canalejas hay ventajas y desventajas que se van compensando, al fin no queda en el fiel la balanza de su juicio, y se inclina a un fallo favorable a los modernos idiomas que llama analíticos. Los antiguos tienen más lozanía, tienen las gracias de la adolescencia; pero los modernos tienen el brío, la robustez, la energía de la edad viril. Los antiguos son mejores para que hable por ellos la imaginación; los

[31] Salvador: *Jesus-Christ et sa doctrine*, París, 1838. (N. del A.)

[32] Welsford: *Mithridates minor: or an Essay on Language*. London, 1848. (N. del A.)

modernos para que la razón hable por ellos. Unos eran más adecuados a la poesía; otros se prestan y adaptan mejor a la filosofía y a la ciencia.

Yo me pongo más resueltamente en favor de las lenguas clásicas y les concedo la primacía en todo. Cuanto depende del instinto, de la fantasía, de la inspiración, es más propio de las edades primeras que de estas en que vivimos, y más aún si se trata, no de instinto, de inspiración o de fantasía individual, sino de estas facultades obrando colectivamente agitando, por decirlo así, la mente y el corazón de las muchedumbres y haciéndoles producir obras semidivinas, inconcebibles hoy, como la creación del lenguaje.

En corroboración de mi parecer, diré que la poesía lírica, la cual tiene mucho de individual, es hoy, si no superior, igual a la poesía lírica de los mejores tiempos. El poeta aisladamente puede inspirarse, lo mismo ahora que en todos los tiempos, y aun encumbrarse en los presentes a mayor altura, porque ya el saber le ha hecho trepar paso a paso a una cima excelsa desde donde se descubren horizontes muy anchos y desde donde cuesta menos esfuerzo tender las alas del espíritu y alzar el vuelo a esferas superiores, cerniendose en puntos sublimes, a los cuales los antiguos poetas, alzándose desde más abajo, no pudieron nunca soñar que se elevarían; pero, aun en la poesía lírica de hoy, noto algo de menos cabal que en la antigua. La de hoy rara vez habla a las muchedumbres sino rebajándose y humillándose hasta ellas y halagando ruines instintos y groseras pasiones. Cuando la poesía lírica es más alta, suele ser meramente sugestiva y mirar al vulgo con soberbio desdén: suele ser un monólogo, no una arenga; no una enseñanza dirigida al pueblo, sino sólo a algunas almas escogidas. Apenas si alguien más que Schiller en el *Canto de la campana*, Leopardi en la oda a Italia, Quintana en sus versos patrióticos y Manzoni en sus himnos sagrados, se aparta de esta regla general, y habla, o mejor diré, canta para el pueblo y se dirige a la Humanidad, o al menos a la patria, con inspiración y con acento digno y elevado. Pero en nuestra edad no se da aquella gran poesía donde se requiere la inspiración colectiva: donde no se comprende al poeta aislado; donde el pueblo ha de ser, permítase la expresión, no sólo espectador o auditorio simpático, sino como colaborador del poeta; donde nace la poesía de un consorcio íntimo, de una comunión misteriosa, de una corriente magnética entre el espíritu de un singular poeta y el de todo un pueblo, a fin de que el canto del poeta resuma y cifre por un procedimiento inenarrable toda una civilización con todas sus fases, en la hora dichosa, en la estación vernal de su prístino florecimiento, para que sea fecundo el germen de los más ricos, ubérrimos y sazonados frutos ulteriores. Así es que la epopeya no puede ser ahora sino artificial y erudita. Nada parecido a la *Ilíada* puede haber habido en la historia literaria del mundo. Las circunstancias que concurrieron en la creación de aquel poema, ni se dieron antes, ni volvieron a darse después, ni se volverán a dar nunca. Aquel poema divino fue la rosada luz de la aurora, la primera flor que contenía en sí toda la semilla de la civilización helénica, y, por consiguiente, de la civilización europea en cuanto tiene de más bello y elevado.

Los poemas indios vienen después de libros de teología, de leyes, de filosofía y tal vez hasta de gramática. El Dante escribe su poema cuando el saber, la erudición y hasta el ergotismo y la pedantería de su edad no cabían en su poema; y lo escribe además en una lengua que no tiene la frescura primigenia ni la nitidez virginal del griego, y que es, con todo, más incorrecta, menos rica, menos completa que el griego. En el día no puede haber epopeya; lo que la sustituye es la novela, epopeya casera, sin ideal o con un ideal enfermizo y quintaesenciado, en que el poeta no habla a las muchedumbres, ni con brío y entonación profética, ni al aire libre,

donde no se apoca
el numen en el pecho

y aliento fatídico en la boca,

sino que habla desde su estancia, con inspiración en que la crítica reflexiva entra por mucho, y sólo se entiende uno a uno con los lectores que también aisladamente le leen.

En el teatro mismo, por más esfuerzas que se hagan para elevarle, no hay ni puede haber en el día esa enseñanza, esa escuela de moral, esa institución religiosa del teatro griego. El teatro no puede ser entre nosotros sino poco más que un mero pasatiempo, una diversión culta y honrada. A pesar de las excelencias de Shakespeare y Calderón, el culteranismo, las extravagancias y el mal gusto que afean las obras de ambos, el realismo escéptico del uno y el sentimiento religioso del otro, por demás intransigente y materialista no consienten que se muestre en ellos aquella virtud profética, aquella enseñanza trascendente de las tragedias de Sófocles y Esquilo. Shakespeare vive en su época y la describe y la comprende; Calderón es un arcaísmo, como la corte en que vivía; en Sófocles y Esquilo rebosa el presagio.

En suma: la virtud plasmante de la fantasía ha decaído en la colectividad, en la sociedad entera y en aquellas artes que viven más de la inspiración colectiva. El arquitecto de ahora, con más ciencia que el antiguo, podrá poner el panteón de Agripa sobre el Partenón; combinar el estilo gótico con el arábigo; remedar los templos egipcios e indianos; edificar un alcázar airoso, gentil y afiligranado, como la Alhambra y construir una catedral gótica, mayor y más perfecta en lo interior que la de Sevilla, y en lo exterior que la de Colonia o la de Burgos; pero no creará nada nuevo. El escultor se esmerará en balde y no se aproximará nunca en sus estatuas a la inmaculada hermosura del Apolo del Belvedere, de la Venus de Milo o del grupo de Laocoonte. Con el artificio, con el estudio, con el juicio, haremos algo más correcto, más ajustado y ceñido a las reglas, pero inferior por la inspiración y el significado. Esto sucede con más razón aún en el lenguaje.

Un ideólogo, un hábil gramático de nuestros días, podrá crear un lenguaje que presuma de universal, hecho a compás, vaciado en un molde de la dialéctica, sin irregularidades ni odiotismos, o podrá corregir y atildar el suyo y de sus conciudadanos, por tal arte que se preste a expresar con precisión las más vaporosas sutilezas y las más oscuras e inefables profundidades; pero no se hará aceptar por el pueblo, porque su lengua será una cristalización inanimada, y no un organismo fecundo y viviente.

Claro está que los modernos idiomas no se han formado por artificio, sino naturalmente; pero se han formado en época de menos virtud plasmante en el pueblo. En la historia de los mismos idiomas, en el orden que han seguido sus transformaciones y cambios, creo ver además otra razón en favor de los antiguos, sobre todo, del latín y del griego.

Hay un pueblo enérgico, poderoso, absorbente, conquistador, y se extiende por el mundo y difunde por dondequiera su lenguaje. Este lenguaje se altera, se corrompe, se muda al extenderse, o por derivaciones que nuevas ideas obligan a hacer, o por cambios de pronunciación, o por mezcla con idiomas bárbaros. De aquí nacen en cada región, donde el pueblo conquistador se ha establecido, no uno, sino muchos dialectos. Llega un grado de civilización más alto en aquel Estado o región, y lo mejor de todos los dialectos se amalgama y se funde en uno solo, bajo el influjo incontrastable de uno o más grandes poetas, oradores o legisladores, y surge por selección la lengua literaria, la lengua general de la nación toda. Es a su vez esta nación civilizadora y absorbente, y esta lengua literaria, al difundirse por el

mundo, vuelve a diversificarse y a desmenuzarse en multitud de dialectos, de los cuales salen luego nuevas lenguas literarias a la vez.

De este modo fue el lenguaje de los arios. Los primeros cantos de los Vedas acaso fueron escritos antes de la separación. Se esparcen los arios por el mundo, y llevan su lengua transformándola en sus diversas emigraciones y dando origen a multitud de dialectos. En Grecia, se juntan estos dialectos y nace o prevalece la lengua literaria general griega. En Italia contribuyen también diversos dialectos a la formación del latín. Conquistan los romanos diversos países, y el latín se difunde con ellos y se trueca en multitud de dialectos rústicos. Cada nueva nación, por último, aglomera lo más bello de estos dialectos, y forma su idioma literario respectivo. Así el español, el francés y el italiano.

Pero en estas evoluciones análogas y sucesivas, en estas construcciones y reconstrucciones alternadas, ¿sigue constante, inalterable, sin expresión, la ley del progreso? ¿Van siempre las lenguas de peor a mejor? En suma, y contrayéndonos a las lenguas indoeuropeas; ¿son las lenguas de la moderna Europa más ricas, más bellas, más enérgicas, más aptas para expresar lo más sutil y lo más profundo del pensamiento humano? Yo entiendo que no.

La ventaja, el progreso de la civilización, están en que hoy sean muchas más las lenguas literarias que simultáneamente florecen y se desenvuelven en ricas y sincrónicas literaturas y que concurren a la par a los descubrimientos científicos, a la creación de los sistemas filosóficos y a las teorías de que brotan el movimiento religioso y el movimiento político del mundo. En lo antiguo era rara esta simultaneidad. Uno o dos pueblos fueron los maestros de las gentes, los corifeos y guías de las naciones, los exploradores en la marcha de la Humanidad. Mas por esto mismo, el instrumento de que se valieron, el lenguaje, hubo de ser providencialmente más perfecto entre ellos. La ciencia, la literatura, las artes y las leyes de griegos y romanos, crearon un elemento nuevo y fecundo, muy superior a toda obra de los arios de Asia, lo cual fundó desde luego la primacía que aún dura, y tal vez dure siempre, de las razas europeas. De aquella única civilización grecolatina ha brotado la nuestra como del tronco las diversas ramas. Natural es, por consiguiente, que las lenguas griega y latina fuesen también únicas y muy superiores a las de ahora.

Si de estas consideraciones generales tuviéramos tiempo de descender a pormenores, su examen confirmaría nuestra opinión. La riqueza de formas, nacida del carácter del latín o del griego, es indudable que hace más variados, más concisos, más briosos aquellos idiomas. Tener más modos, voces y tiempos en los verbos; más números y casos en los nombres; un participio casi en cada tiempo, así en la voz activa como en la pasiva; multitud de desinencias en las declinaciones y conjugaciones, y una gran facilidad y flexibilidad para formar armónicamente y con organismo nuevas palabras por medio de las preposiciones y de la unión de nombres diversos, son, en mi sentir, indudables ventajas.

No se puede objetar que los idiomas modernos ganan en precisión y exactitud lo que pierden en abundancia y euritmia; porque, si bien se considera, ¿qué mayor claridad ha de nacer de que las palabras carezcan de un valor completo y fijo en ellas solas, y en que la posición que ocupan en el discurso tenga que determinar y circunscribir su significado? Entonces no habría lengua más precisa, exacta y clara que el chino, donde una misma palabra puede ser sustantivo, adjetivo, verbo, adverbio y preposición, según el lugar que ocupa. Proviene este error de confundir la expresión de un concepto, que es sucesiva en el lenguaje, con el concepto mismo, que aparece por completo de una vez en la mente. *Pedro hiere a Juan*, pongo por caso, en otros idiomas modernos, donde ni siquiera se distingue el acusativo con la preposición *a*, sólo puede decirse de un modo: primero, Pedro que hiere; luego, el verbo herir, y, por último, la persona herida. Pero ¿qué mayor lógica ni qué mayor claridad

hay en esto que en invertir de todos los modos imaginables los términos de la oración, cuando todos y cada uno de por sí tienen su significación concreta, sin que se le dé el lugar que ocupan, sino la desinencia que los determina? El procedimiento dialéctico no es contrario al hiperbático, porque la comprensión de un concepto es y debe ser simultánea, aunque sea sucesivo el modo de expresión. En el arte de la pintura, el modo de expresión es simultáneo: *Pedro hiriendo a Juan* se expresa de una vez, como en la realidad se ve y se comprende de una vez.

En el arte de la pintura, una obra se percibe de una vez con todas sus múltiples y variadas bellezas, en todos sub pormenores y en su rico conjunto. Una obra literaria se va comprendiendo y percibiendo a trozos, y así para abarcarla toda y hacerse cargo del conjunto es menester el auxilio de la memoria y de la imaginación, y guardar en el alma los trozos fugitivos y los diversos pasajes, y reconstruirlos luego por un trabajo interior, a fin de ver mentalmente el todo. Lo que se afirma de una obra extensa, de un poema, de un drama, de una novela, bien puede también afirmarse de un párrafo, de un período, de una oración la más sencilla.

Proviene de aquí la conveniencia de un orden, tanto en toda una obra cuanto en un solo período; pero este orden, fundado en razones mnemotécnicas, en caminado a herir con más viveza la imaginación con el punto más culminante, lejos de oponerse al hipérbaton, lo requiere y solicita, cuando se usa con acierto, colocando en el lugar más conspicuo el pensamiento o la palabra capital, en torno del cual o de la cual se agrupan las otras palabras o los otros pensamientos. Por el contrario, el orden tan celebrado de lógico no es más que un recurso, una convención arbitraria para remediar la pobreza de los idiomas que han menester que las palabras se pongan en un sitio determinado, a fin de que su significación vaga se aclare, concrete y fije.

El carácter analítico de las lenguas modernas no es, pues, más lógico: es una pobreza. Extremándole, pudiera irse hasta algo parecido al chino, hasta una lengua sin gramática. Por fortuna, observamos lo contrario: observamos que las lenguas, en vez de propender a más descomposición, vuelven a recomponerse. En inglés y en alemán se forman aún los futuros con verbos auxiliares; en nuestras lenguas neolatinas hemos vuelto a reconstruir estos tiempos, amalgamando los auxiliares con el verbo principal: verbigracia, *he de amar, hía* o *había de amar*, se han transformado en *amar-he* o *amaré, amar-hía* o *amaría*.

El griego moderno había perdido muchísimas formas que va ya recuperando. ¿Se dirá por esto que el griego del siglo pasado era más perfecto que el del siglo de Pericles y que ya va degenerando otra vez? Hasta el infinitivo se analizaba por haber caído en desuso. En vez de decir, por ejemplo: *Voy a vestirme para ir a comer con Fulano*, había que decir: *Voy a que yo me vista, para que yo vaya a que yo coma con Fulano*. ¿Es esto quizá más lógico y más primoroso?

Repito, pues, que indudablemente las lenguas modernas son inferiores a las lenguas clásicas, griega y latina, como quiera que este asunto se considere y estudie. El progreso no es universal y constante o sin excepción en todo, pueblos hay que degeneran, decaen y hasta se hunden; otros que se levantan, crecen y suben hasta el mayor auge. Lo que ocurre en las razas y pueblos, ocurre también en las aptitudes y facultades. Por donde, si en muchas cosas importa ser progresivos, sin olvidarse de la tradición y sin menospreciar lo pasado, en otros asuntos se encamina más hacia la perfección el que es conservador y hasta retrógrado, porque lo menos imperfecto, aunque no con frecuencia, suelen hallarse también en el atavismo. Esto último ocurre en la contextura de las lenguas, cuya mejora, cuya belleza y primor suele estar en lo arcaico, y cuya corrupción y ruina suele ser el neologismo de la frase. Pero si esto es así en la contextura da las lenguas, en su forma, en su gramática, lo contrario puede entenderse de

la parte léxica; esto es: de la materia, del caudal de voces, donde el neologismo, si está discretamente formado, si se acepta y emplea, no por ignorancia del vocablo propio, sino porque no le hay para expresar bien la idea nueva, no sólo es permitido, sino laudable, útil y conveniente.

Tengo una verdadera satisfacción y me complazco en creer que al decir esto soy fiel intérprete de los pensamientos de esta Academia, la cual considera que la lengua debe conservar su índole propia y castiza, y no desfigurarse con giros exóticos y ridículas novedades; antes recomienda a los escritores el estudio de nuestros admirables poetas y prosistas de los siglos XVI y XVII, en quienes no puede ver ni ve nada de anticuado. Por el contrario, la Academia aplaude el neologismo en las voces, cuando las voces son de procedencia y formación legítimas, y expresan, en efecto, una idea nueva, un nuevo matiz y una nueva faz de una idea antigua.

Los grandes trabajos que esta Academia prepara prueban su deseo de que los recientes progresos de la filología comparativa influyan como deben en el cultivo de la lengua patria. Uno de estos trabajos es un *Diccionario etimológico*, obra que ha tiempo acometió por sí solo un individuo de su seno, a quien la muerte impidió llevar a buen término tan arduo propósito, y obra de la que ya también otro ilustre académico nos ha trazado, por decirlo así, un excelente bosquejo[33]. Para esta empresa no se debe negar que doctísimos filólogos extranjeros nos han allanado el camino escribiendo Diccionarios etimológicos de otras lenguas hermanas, y lo han facilitado particularmente, Díez, con su *Diccionario* y su *Gramática de las lenguas románicas*, y Engelmann, con su *Glosario de palabras españolas y portuguesas que se derivan del árabe*. Asimismo piensa la Academia componer y publicar un *Diccionario de arcaísmos* y un *Diccionario de neologismos*. Para estas y otras semejantes tareas me atrevo a afirmar que hemos hallado un eficaz auxilio en la activa y despejada inteligencia, en el mucho saber y en el celo laborioso del nuevo académico, a quien he tenido la honra de contestar en este desaliñado discurso.

# Las Cantigas del Rey Sabio

Disertación leída el 12 de febrero de 1872, ante la Academia Española, en junta que honró con su presencia el emperador del Brasil, y publicada en 1878

## - I -

Encargado por la Real Academia de dar una breve noticia de los códices que llevan por título el de este escrito, empezaré por reconocer mi incompetencia para examinar y juzgar el valor artístico de la música y aun de las preciosas miniaturas y primores caligráficos que contienen. Queda esto al cuidado de hábiles y entendidos artistas, paleógrafos y anticuarios, los cuales sabrán poner en su punto, estimar y tasar todo el valor y el mérito de tan magníficos y curiosos documentos de la civilización española en el siglo XIII.

[33] Se alude a los señores don Rafael María Baralt y don Pedro Felipe Monláu. (N. del A.)

Aun limitándome yo a estudiar y hablar de la parte meramente poética, todavía es grande y prolija mi tarea por las muchas consideraciones y observaciones que sugiere el asunto. Trataré, pues, de exponerlas aquí en muy sucinto resumen, dejando para más adelante el ampliarlas, como conviene, a mi ver, a fin de no molestar ahora largo tiempo vuestra atención ni abusar de vuestra indulgencia.

A tres géneros de interesantes consideraciones se presta esta obra. Unas son filológicas sobre el idioma estilo y forma de las *Cantigas*; otras, estéticorreligiosas, sobre el asunto; y otras, por último, de historia general literaria sobre el enlace y relación de este mismo asunto, de las leyendas y narraciones devotas y del espíritu de que están animadas, con lo que se conoce por el estilo en las demás literaturas de Europa durante los siglos medios.

De todo esto me creo obligado a decir algo; pero he de procurar que sea con cierta concisión que no dañe mucho a la claridad y al orden.

La lengua gallega y la lengua portuguesa fueron indudablemente el mismo idioma, desde su origen hasta más de mediado el siglo XV. En cierto modo puede afirmarse que el portugués dimana del dialecto gallego, pues antes de que hubiera verdaderamente Portugal; esto es, antes del siglo XI, el dialecto gallego se hablaba.

El origen de este dialecto, así como el origen del habla castellana, se pierde en el seno oscuro de nuestra historia de la Edad Media, y es difícil, si no imposible, señalar el momento en que ambos idiomas aparecen. El despertar colectivo de una nacionalidad, que a esto equivale la creación de un nuevo lenguaje, es un fenómeno misterioso, un hecho que pasa sin que tenga conciencia de él, ni mucho menos lo observe, el mismo por quien pasa; así como no hay individuo que, por mucha atención y por grandes esfuerzos, que emplee, pueda ni siquiera percibir el momento singular, el tránsito tenebrosamente inexplorado del sueño a la vigilia o de la vigilia al sueño.

Lo posible, por tanto, y lo que conduce a nuestro propósito, es señalar un documento de alguna extensión y valor, donde, si bien rudamente, el idioma aparezca formado y contenido en germen todos sus futuros desenvolvimientos y excelencias. Este documento es, para el habla castellana, el *Poema del Cid*. En mi sentir, el libro de las *Cantigas* del rey don Alfonso el *Sabio* puede aspirar a la gloria de ser este documento con respecto a la lengua portuguesa. Veamos hasta qué punto es sostenible el aserto.

Si hemos de creer a los autores de una época anterior a la nuestra, cuando la crítica no era tan severa ni tan sutil como ahora, el gallego o portugués primitivo tiene una remotísima antigüedad: es más antiguo que el castellano. No hay documento alguno en nuestra lengua que se remonte a la época de no pocos documentos portugueses que se citan; pero su autenticidad se desvanece a la luz de la crítica moderna.

Es el primero de estos documentos un romance informe, en el cual aparece, como trovador y actor a la vez, un héroe contemporáneo del rey Mauregato, cuyo nombre es Guesto Ansures. Seis de las doncellas que dicho rey enviaba en feudo o tributo al emir Al-Mumenin iban conducidas por una escolta de moros para surtir el regio harén de Córdoba, y acertaron a descansar en una casa que había en un bosque, cerca del castillo de Guesto Ansures. Éste, por una casualidad dichosa, pasó por allí a la sazón, bien armado, a caballo y con algunos pajes y escuderos. Las doncellas estaban en una ventana, lamentando su mala ventura, oyó el héroe aquella lastimera vocería y aquel desconsolado llanto; acercose a ver e inquirir lo que era, y las doncellas le enteraron de todo. Guesto Ansures se enamoró, como por ensalmo, de una de ellas, cuya hermosura y discreción eran extremadas. Su repentino amor, la orden de caballería que había recibido, y, además, sus buenos sentimientos cristianos, le movieron entonces a

aventurar la vida por salvar a aquellas infelices. Llegaron en esto los moros, y, dicho y hecho, Guesto Ansures embrazó la adarga, se caló la celada, espoleó su bridón y, arremetiendo con su gente contra los moros, tantos de ellos hirió y mató que hubo de quebrársele la espada. En tal apuro, como era hombre recio y de pujanza descomunal, corrió a una higuera, desgajó una rama enorme, y blandiéndola y esgrimiéndola acabó de matar a todos los moros, machucándolos como cibera o esparto. Llevose luego a las doncellas a su castillo, donde las agasajó y regaló espléndidamente, casándose por último con aquella que le había enamorado. De allí adelante añadió a su nombre de Guesto Ansures la alcuña o apellido de Figueiredo, que significa bosque de higueras, dando origen a la ilustre familia de Portugal, en cuyo escudo de armas resplandecen seis hojas de higuera en memoria de tan noble hazaña y de las seis libertadas doncellas. El romance que lo relata todo tal vez sea antiguo; pero no debe suponerse anterior al siglo XIII. Lo más probable es que lo escribiera en el siglo XV, o en el XVI, algún curioso erudito, procurando remedar el habla antigua o fingir un habla antigua con palabras portuguesas y castellanas entreveradas. No creo que se cite este romance en documentos mucho más antiguos que la *Monarquía lusitana*, de fray Bernardo de Brito impresa en 1590. La rudeza del lenguaje más que de natural, da indicios de afectada, contraponiéndose a ella algunos juegos de palabras o equívocos por estilo culto, como, por ejemplo, cuando dice Guesto Ansures:

> Ca olhos de esa *cara*
> *caros* los comprarei.

Menos inverosimilitud de ser antiguos hay en los cantares de Gonzalo Hermingues y de Egas Monis, caballeros ambos de la Corte de don Alfonso Henríquez, y ambos tan enamorados y discretos poetas como valientes adalides. Prendose el primero de una mora llamada Fátima, la cual vivía en Alcázar do Sal. Una mañana de San Juan, y ya es sabido cuántas cosas novelescas ocurren la mañana de San Juan en todos los antiguos romances, Gonzalo Hermingues sorprendió a los moros de Alcázar, que habían salido al campo a solazarse; los puso en fuga, y les robó a su querida Fátima, con quien se casó, después de bautizada, tomando ella el nombre de Oriana. Los amores, el rapto y la temprana muerte de esta tocaya de la dama de Amadís fueron cantados por aquel Petrarca del siglo XI. Con todo, los versos que se le atribuyen son tan rudos y tan pocos, que más que invalidan, corroboran mi afirmación de que no hubo poesía portuguesa que no mereciera este nombre antes del siglo XIII.

Lo mismo puede asegurarse de los versos de Egas Monis. Una dama de la reina doña Mafalda, llamada doña Violante era señora de los pensamientos de aquel trovador guerrero; pero la ingrata le abandonó por un castellano, con quien se casó y se fue a Castilla. Loco de celos el amante abandonado, compuso cantares melancólicos, buscó en balde la muerte militando contra los moros, procuro consolarse y no pudo, y murió al cabo de mal de amores por aquella ingrata. No falta quien añada que arrepentida esta señora de su infidelidad, y llena de *saudades* del difunto, puso fin a su vida con veneno.

El ir unidos los nombres y las historias de Gonzalo Hermingues y de Egas Monis, quejándose uno, en verso, de la muerte, y el otro de la infidelidad de su amada, hace recelar que todo sea imaginario y supuesto, a modo de tema o asunto, semejante al de la primera égloga de Garcilaso.

Por otra parte, la leyenda poética de Egas Monis, trovador abandonado de su dama, la cual se va a extrañas tierras, parece estar fundada sobre los más reales posteriores sucesos de Bernardín Riveiro y de la infanta doña Beatriz, hija del rey don Manuel y mujer del duque de Saboya. En suma: Egas Monis, como trovador, tiene trazas de personaje fantástico, en quien han querido prefigurar a Bernardín Riveiro, y quizá también a nuestro Macías contado por los portugueses en el número de sus poetas.

Hay, por último, un fragmento de un poema épico sobre la Cava y pérdida de España que ha habido la pretensión de hacer contemporáneo del mismo suceso que relata. Faria y Sousa publicó dicho fragmento en su *Europa portuguesa*, y aunque hombre de ingenio y de erudición no común, era tal entonces la falta de crítica histórica, que sostuvo con seriedad que dicho poema era contemporáneo de aquella linda y malaventurada mujer, por cuyos pecados se perdió la cristiandad en nuestro suelo. El fragmento, sin embargo, está en coplas de arte mayor, por el estilo del *Laberinto*, de Juan de Mena, y bien puede creerse que no es más antiguo que dicho poeta cordobés. Creemos en la buena fe de Faria y Sousa; espero quizá alguien, menos escrupuloso, compuso el fragmento en su época.

Después de estas sospechosas antiguallas de que hemos hablado, nos parece que no hay rastro ni noticia en las historias literarias de Portugal de documento alguno de valer y extensión, en prosa o verso, hasta el famoso *Cancionero* del rey don Dionís, el cual debe de ser bastante posterior a las *Cantigas*[34]. Sin entrar aquí en prolijas investigaciones, basta para probar la superior antigüedad de las *Cantigas* con confrontar algunas fechas. El rey *Sabio* fundó en 1279 una Orden militar y religiosa en honor de la Virgen, en cuya alabanza es probable que hubiese ya compuesto muchos de sus versos, puesto que tanta admiración, amor y devoción le tenía. Una de las cantigas parece, además, estar escrita poco tiempo después de la conquista de Jerez, ocurrida en 1263, época, por tanto, a que debe remontarse por lo menos el principio de aquella gran colección de composiciones poéticas. En 1263 sólo tenía dos años de edad el rey don Dionís, y en 1279, cuando es probable que estuviesen ya escritas casi todas las cantigas, pues el rey don Alfonso murió cinco años después, en 1280, el rey don Dionís empezó a reinar de edad de dieciocho años. Cuando murió don Alfonso contaba don Dionís veintitrés años solamente, y su reinado y su vida se dilataron hasta el año de 1325.

Todas estas pruebas tienen menos valor aún que una que podemos dar aceptando la afirmación del señor Amador de los Ríos, quien juzga el códice de las *Cantigas* de la biblioteca toledana escrito en el año de 1255. Si esto es exacto, gran parte de las *Cantigas* del rey don Alfonso, y una colección de ellas de más de ciento, existían cinco o seis años antes de que el rey don Dionís naciera. Esto no obsta para que el rey don Alfonso, fervorosamente devoto de la Virgen, y su constante trovador durante toda su vida mortal, siguiera escribiendo nuevas cantigas, añadiéndolas a las antiguas y formando posteriormente códices con

---

[34] En *La Academia, Revista de la cultura hispanoportuguesa*, publiqué el año pasado, 1877, un artículo sobre este cancionero, con motivo de haberlo impreso por completo, por primera vez, en Halle, año de 1875, el señor Ernesto Monaci. Antes habían impreso y publicado los señores Moura y Varnaghen hasta doscientas composiciones de dicha colección. La edición completa del señor Monaci contiene más de mil.

Es esta edición nimiamente fiel y escrupulosa y casi fotográficamente exacta. Con posterioridad a la publicación de mi artículo, sé que el señor Teófilo Braga ha hecho en Portugal una hermosa edición crítica del citado cancionero, ilustrada con notas y comentarios, a lo que parece. Aunque yo no he tenido aún el gusto de leerlos, no creo que basten a invalidar mis afirmaciones sobre el gran valer histórico de dicho monumento literario y sobre su escasísimo valer estético. (N. del A.)

colecciones más completas, como el de El Escorial, que conservamos, y donde las cantigas pasan de cuatrocientas[35].

El códice de Toledo es probable que sea de 1255; pero el de El Escorial es, sin duda, posterior al 1281, ya que en una de las cantigas se refiere un milagro de la Virgen, ocurrido en dicho año. Reunidas las Cortes en Sevilla, el rey convidó a comer a los procuradores y magnates, apurando mucho a sus despenseros el ser día de vigilia y no tener pescado; pero el rey se encomendó a la Virgen, que le proporcionó una abundantísima y milagrosa pesca. La cantiga que cuenta y celebra este milagro es la CCCLXXXVI, una de las últimas. Por donde se puede afirmar que el códice que las contiene todas no es anterior al año 1281. Repetimos, sin embargo, que no es esto contradecir la existencia de otros códices muy anteriores y menos completos. Don Alfonso X no dejó, durante toda su vida, de cantar los milagros de la Virgen, y consta que siempre llevaba consigo el libro de estos cantares, atribuyendo al mismo libro una virtud prodigiosa para la salud del alma y para la del cuerpo. En la cantiga CCIX cuenta el rey que, estando mortalmente enfermo en Vitoria sanó completamente al sagrado con tacto del libro de las Cantigas, que le aplicaron al costado.

El *Cancionero* del rey don Dionís, que corre impreso, así como otro *Cancionero* del mismo rey, titulado de *Nuestra Señora*, sin duda en loor de la Virgen, y que se supone ha de existir aún perdido entre el polvo de alguna biblioteca, son posteriores a las *Cantigas*. Claro está que con más razón aún lo son los versos de don Pedro, conde de Barcellos, que deben atribuirse a los últimos años del primer tercio del siglo XIV o al segundo tercio del mismo siglo, ya que la dama, principal inspiradora del conde, fue su sobrina doña María, que casó en 1328 con Alfonso XI de Castilla, *el del Salado*.

Es, pues, evidente, que las *Cantigas* de don Alfonso el *Sabio* son anteriores a toda otra poesía portuguesa; son el primer monumento de la riquísima literatura y de la lengua de Camoens, fray Luis de Sousa, Barros, Garret y Herculano.

No es esto decir que don Alfonso X fuera único poeta portugués de su tiempo y que cantase en medio de un silencio o mutismo general. Esto es decir sólo que las *Cantigas* son el más antiguo monumento de poesía portuguesa; pero en las mismas *Cantigas* puede haber, y habrá, sin duda, versos de otros trovadores, siendo don Alfonso X autor a veces, y a veces colector, de todas aquellas composiciones.

Ello es que en la lengua portuguesa o gallega hubo un gran florecimiento en aquella época primera, florecimiento cuya duración puede extenderse por toda la segunda mitad del siglo XIII y por casi todo el siglo XIV. Así se explica aquel famoso pasaje del marqués de Santillana, tantas veces citado, donde afirma que «el ejercicio de estas ciencias -de la poesía- en los reinos de Galicia é Portugal más que en ningunas otras regiones ni provincias de la España, se acostumbró en tanto grado, que non há mucho tiempo cualesquier decidores o trovadores destas partes, agora fuesen castellanos, andaluces o de la Extremadura, todas sus obras componían en lengua gallega ó portuguesa». Testimonio de esta verdad viene a dar el *Cancionero* del rey don Dionís, ya citado, el cual no fue publicado por completo por López de Moura, sino sólo aquellos versos que son del rey don Dionís o se le atribuyen. El *Cancionero* contiene, además, otra multitud de composiciones de poetas, así portugueses como castellanos. El señor Wolf, en su *Disertación sobre la historia de la literatura portuguesa en*

[35] La Real Academia Española está haciendo, años ha, una hermosa edición de las *Cantigas*. El autor de este articulo se había lisonjeado con alcanzar la gloria de escribir la introducción, para lo cual le serviría como bosquejo o primera traza este ligero trabajo; pero sus muchas y varias ocupaciones, su poca aptitud y ninguna paciencia para las investigaciones bibliográficas, y la persuasión en que está de que el excelentísimo señor don Leopoldo Augusto de Cueto, marqués de Valmar, hará esto con todo el esmero, detención y estudio convenientes, le han hecho desistir de lograr su deseo. Transforma, pues, este germen de introducción en sencillo artículo, el cual puede servir como de batidor y nuncio al extenso trabajo del señor Cueto. (N. del A.)

*la Edad Media*, nos ha dado una lista de los nombres de los poetas de que hay alguna composición en el *Cancionero* del rey don Dionís. La lista consta de ciento veintisiete nombres, entre los cuales el de nuestro don Alfonso XI el *Sabio*, quien también compuso en gallego versos profanos; pero como así mismo entre los poetas del *Cancionero* del rey don Dionís aparece don Alfonso XI, «que venceu el rey de bela marin com o poder dalem mar apar de Tarifa», se ve a las claras otra prueba más de que dicho *Cancionero* no pudo ser coleccionado antes del año de 1340.

En el *Cancionero* del rey don Dionís hay otros nombres y composiciones de otros trovadores castellanos, además de los dos reyes mencionados: tales son Pero García, de Burgos; Alonso Anés, de Córdoba; Gómez García, abad de Valladolid; Juan, juglar de León, y Pedro Amigo, de Sevilla. En nuestro *Cancionero*, de Baena, no faltan tampoco poetas cuyas composiciones están en portugués. Y, todavía en el siglo XV, el mismo marqués de Santillana, aunque en una sola canción, y Macías, el enamorado, *trovaron* en lengua portuguesa-gallega. En vista de esto, no debe causarnos extrañeza, como parece sentirla Ticknor, que don Alfonso el *Sabio*, manejando tan hábilmente el habla castellana, eligiese para sus composiciones devotas la gallega, ni que dispusiese en su testamento que las *Cantigas* fuesen cantadas sobre su tumba, en Murcia, donde jamás pudo ser lenguaje vulgar el referido dialecto. Este dialecto hubo de estar en moda en el siglo XIII, y ser en la Corte de Castilla el habla elegante y de buen tono. Milá y Romey citan una antigua crónica castellana donde se ponen en boca de don Alfonso VI estas palabras: « ¡Ay meu filho! Alegría do meu corazon e lume dos meus olhos, solaz de minha valhez! ¡Ay meu espelho!» Lo que no demuestra que don Alfonso VI hablase en portugués, sino que en el siglo XIII, época en que se escribió la *Crónica*, nada parecía más natural que el hablar portugués un monarca de Castilla.

Sin duda que el grande influjo que ejercieron en España los trovadores provenzales, sobre todo en el siglo XIII, contribuyó indirecta, aunque poderosamente, a esta preferencia que se dio en Castilla al dialecto gallego-portugués para la poesía trovadoresca, cortesana, y, sobre todo, cantable. En Aragón hubo tantos trovadores españoles que escribieron en provenzal, que sólo Milá trae noticias y composiciones de treinta y dos en su eruditísimo libro. En Castilla tal vez no faltó tampoco quien escribiese en provenzal, aun suponiendo que no escribió el mismo don Alfonso X la célebre respuesta a Geraldo Riquier de Narbona sobre el nombre de juglar, sino que la dio oralmente y el poeta provenzal la tradujo en verso en su propio idioma; pero de ningún modo podía prevalecer en Castilla aquel dialecto extraño. Por el contrario, el gallego, que era propio de gran parte de estos reinos, y que era más adaptable que el castellano al gusto y estilo de la poesía provenzal que procuraban imitar los poetas, fue preferido naturalmente para la poesía lírica y cortesana. El más frecuente trato de los naturales de Galicia con los extranjeros que peregrinaban a Santiago, pulió y perfeccionó su lengua, y tal vez los mismos cantos que oyeron en boca de los romeros de allende el Pirineo fueron traducidos o imitados por ellos en el habla nativa. De este modo se comprende cómo habiendo sido Galicia y Portugal mucho menos visitados que Castilla por los trovadores provenzales, prevaleciese más el gusto provenzal en la poesía gallego portuguesa que en la castellana.

Para dar una idea general de esta poesía gallego-portuguesa nos valdremos aquí de las propias palabras del señor Milá, quien con gran acierto y juicio la define. «El empleo -dice- de versos de nueve y once sílabas, la construcción de las estrofas, la correspondencia de las rimas, el uso de la tornada o envío, y algunas palabras aplicadas en el mismo sentido que en las poesías de la lengua de oc, prueban cumplidamente la influencia provenzal en la escuela portuguesa. Por la época en que ésta empezó a florecer y por el tono que ella domina, por la ausencia de erudición escolástica, y aun por la jerarquía de la mayor parte de los que la cultivaron, es, entre las poesías líricas de España, la que con más exactitud puede denominarse escuela de trovadores; y si sus composiciones ofrecen especial analogía con las

de los provenzales que más se distinguen por la naturalidad y el carácter afectivo, la esfera de las ideas es en aquéllos todavía más limitada y el estilo más sencillo y menos ambicioso, lo que, al paso que gran monotonía, no deja de ofrecer cierto atractivo.»

A este género, tan bien definido por el señor Milá, pertenecen las *Cantigas*; pero así como están a la cabeza de él, son en cierto modo una excepción. La influencia provenzal no se nota en ellas tan decididamente, y en la forma imitan más a la poesía eclesiástica y a la popular.

## - II -

Muchos escritores han tratado ya de las *Cantigas*, y han publicado algunos trozos de ellas. Entre estos escritores citaremos a Castro, Bellerman, Wolf Ticknor, Morayta, Milá y Amador de los Ríos. Sin embargo, como la obra permanece inédita, es dable aún decir algo nuevo, a pesar de lo mucho y atinado que han dicho críticos tan discretos.

Dos clases de composiciones comprende la colección: los loores o cánticos propiamente, donde todo es poesía lírica, llena de devoción y entusiasmo, y los milagros o narraciones. Hablaré primero de estas últimas, no por mero capricho, sino porque en realidad la parte épica, legendaria o narrativa, precede a la lírica en el orden cronológico.

La Academia me ha de permitir que me extienda aquí un poco en algunas consideraciones que me parecen convenientes para fijar el concepto que tengo de nuestro papel e importancia literaria con respecto a las demás naciones europeas.

El siglo XII puede afirmarse que fue como la aurora de una nueva civilización y al mismo tiempo el punto culminante, el fin, término y total crecimiento de la civilización singular de la Edad Media. El siglo de los *Minnesinger* en Alemania, que llevan la lírica y la épica a una gran perfección; el siglo de Santo Tomás de Aquino, de San Buenaventura, de Rogerio Bacon y Alberto Magno; el siglo en que se construyeron las más hermosas catedrales góticas; el siglo en que se fundaron propiamente las universidades, poniendo en ellas cátedras de todas las ciencias; el siglo en que renació la pintura en Italia; el siglo en que perfeccionaron y hermosearon la lengua y la poesía italianas San Francisco de Asís y su escuela, haciéndolas dignas del Dante y el siglo en que éste nació al cabo para coronar toda la obra con su poema divino, fue una época decisiva y grande para la Humanidad. En el gran movimiento de aquel siglo no dejó de tomar, por cierto, activa y fecunda parte nuestra Península. Basta para prueba recordar los nombres de cinco reyes en quienes pueden cifrarse todas nuestras glorias de entonces: don Dionís de Portugal, San Fernando, don Alfonso el *Sabio*, don Jaime el *Conquistador* y don Pedro I, el *Grande*. Sin embargo, como los pueblos del Norte tenían algo parecido a una cultura propia, creencias, lengua e historia, al menos tradicional, se nos adelantaron en mucho antes del siglo XIII. Cuando apareció en España el *Poema del Cid*, ya había informes, epopeyas en casi todos los pueblos europeos. Los anglosajones, aun antes del florecimiento de su cultura en el reinado de Alfredo, tuvieron poemas, de los cuales es el más famoso el de Beowulfo; los bohemios tuvieron el canto de Zaboi; los escandinavos, sin contar los Eddas que contienen su mitología, tuvieron el canto de Ragnar, uno de los más terribles entre sus héroes piratas, que fueron a Rusia con Ruric, a Alemania con Hasting y con Rolf a Normandía; que colonizaron a Islandia con Ingolf, y con Leif Eric descubrieron el Norte de América. Trabajos modernos han hecho renacer el *Kalewala* de los finlandeses. Y aunque sea falso Ossian, no pueden negarse poemas y leyendas galesas de gran antigüedad, que se

difunden en los siglos XI y XII por toda Europa, abriendo un venero riquísimo de poesía épica con el cielo portentoso de Merlín y del rey Arturo. Los alemanes, o dígase los pueblos germánicos de diversas tribus y castas, tuvieron siempre cantos guerreros y rudas epopeyas en elogio de sus héroes, según testimonio de Tácito, Jornandes y Casiodoro. Desde el fragmento del poema de Hildebrando hasta la aparición de los *Nibelungos* la tradición épica no se rompe.

Cuando los pueblos de Europa, después de sus emigraciones y nuevos estados, vinieron a mezclarse, y la civilización romana, al difundirse entre los bárbaros, perdió mucho de su antiguo esplendor, adquiriendo nuevos elementos que habían de desenvolverse con los siglos y crear otra civilización superior y más completa y rica que la antigua, podemos entender que los pueblos donde la cultura propia e indígena se perdió mucho al fundirse con la latina fueron Alemania, Francia e Inglaterra. Allí los dos elementos se combinaron y trataron de elevarse, desde luego, a una civilización mixta. El momento de esta tentativa, que si por prematura no tuvo éxito feliz, no dejó de dar algunos excelentes resultados, fue en Francia y Alemania con Carlomagno, y con Alfredo el *Grande* en Inglaterra. Entre tanto, Italia y España, más penetradas de la civilización latina, no pudieron tener la misma originalidad al despertar como nuevas naciones. Su destino fue otro, más elevado, sin duda. Italia guardó, como ningún otro pueblo, el fuego sagrado de la antigua civilización, y conservando, además, la energía dominadora, siguió, por medio del pensamiento, siendo maestra y señora de las gentes. España iba en un principio en pos de Italia, ayudándola poderosa y gloriosamente en tan alto empleo. De ello dan prueba los Isidoros, Ildefonsos, Osios y Orosios. Ningún poeta, en aquella época de transición, rayó tan alto como el divino Aurelio Prudencio. Pero la invasión de los árabes y su dominio nos apartaron, como pueblos cristianos, de la corriente civilizadora europea. En cierto modo puede afirmarse que la civilización cristiana de España hasta el siglo XIII fue a remolque de la civilización cristiana de las otras naciones de Europa.

Nuestra gran misión, durante aquellos siglos (del VIII al XIII), fue traer a la civilización moderna europea el elemento oriental con más brío, eficacia e íntimo enlace que las Cruzadas; así porque éstas fueron relativamente momentáneos choques, si se comparan a la larga duración del dominio arábigo entre nosotros, como porque no sólo los árabes, sino también los judíos, refinaron y acrisolaron su civilización entre nuestros naturales, mezclándose con ellos y produciendo, en este suelo fecundo, sabios, filósofos y poetas, así muslimes como israelitas, tal vez superiores a los de Oriente, y que tuvieron inmenso influjo en el desenvolvimiento del espíritu humano en Europa. Tales fueron Jehuda-ben-Leví de Toledo, Maimónides, Ibn-Gebirol, los Aben-Ezrá, Averroes y muchos otros.

Y es de notar que de la cultura judaicoespañola e hispanoarábiga no tomamos aquellos elementos fantásticos que tomaron por medio de las Cruzadas los demás pueblos europeos, sino algo de más sólido, fundamental y científico, viniendo a ser por ello nuestras escuelas de Toledo y de otras ciudades focos de luz y de ciencia para los hombres del Norte.

El genio español cristiano renació depurado y exento de toda mezcla de ensueños y de mitos. Así es que si en el primer vagido de nuestra poesía seguimos por la forma el influjo francés, imitando acaso la rima, el metro y otros pormenores técnicos y hasta el lenguaje y estilo de las canciones de *gesta de los trouvères*, en el fondo hay una verdad, un brío de sentimientos, una tan serena representación de las cosas reales, y tan poco de lo fantástico y sofístico, que críticos como Southey en Inglaterra y el ilustre Hegel en Alemania convienen en que el *Poema del Cid* y el héroe mismo del poema no tienen semejantes en ninguna literatura, desde Homero y sus héroes, por la firmeza de los contornos y la viviente realidad de las pasiones, sentimientos y caracteres.

De este modo llegaron España y Portugal al siglo XIII: detrás, sin duda, como civilización cristiana de otros pueblos, pero con la gloria de haber tenido una civilización

superior oriental, y con un carácter propio, por más que en formas y accidentes nos pareciésemos y remedásemos a otras civilizaciones de Europa y, sobre todo, a la francesa.

La materia épica, o sea, los asuntos, los solíamos tomar de otras literaturas y casi siempre llegaban a España con retraso. Sirva de ejemplo el *Alejandro*, que ya se había escrito en casi todos los idiomas cuando se escribió en español. Lo mismo puede decirse de la parte épicodevota, de las leyendas de santos en general y de los loores y milagros de la Virgen singularmente. Aquellos cuentos devotos, aquellas piadosas tradiciones que se escribieron en latín por el clero, que no eran de interés local, sino de interés general, y que recorrieron todos los países donde se creía en Cristo, llegaron a España después de pasar por todas partes.

Ha dicho Ozanán que los españoles de la Edad Media fueron menos dados que otros pueblos europeos, no sólo a lo sobrenatural profano o heterodoxo, tomado de mitologías antiguas o de recientes ensueños del vulgo, sino también a los prodigios y leyendas de santos, a los viajes extáticos al otro mundo, a las apariciones y milagrerías. Los héroes de la reconquista andaban muy afanados en asuntos de importancia real, tenían demasiado que hacer con los vivos, y el continuo batallar con un fin y propósito marcados les dejaba poco vagar y reposo para irse por espacios imaginarios. No solían ir busca de los santos, sino que los santos los visitaban deprisa y casi siempre con un propósito útil: como Santiago, que peleaba contra los moros. En el plan de nuestros héroes había siempre algo de consistente y provechoso, hablando mundanamente; algo de positivista, como diríamos ahora. El Cid no sólo quiere que un Rodrigo gane a España, ya que otro Rodrigo la perdió, sino allegar mucha riqueza para formar buenos dotes y casar lucidamente a sus hijas. Esto vale mil veces más que la falta de finalidad y lo quimérico y extravagante de muchos héroes de otros poetas extranjeros. Así es que la poesía épicorreligiosa, con todos sus milagros, puede afirmarse que vino a España más tarde que a otros países.

Muchas leyendas de las *Cantigas* están antes en Gonzalo Berceo, y antes de Gonzalo Berceo están en otras literaturas populares. Bien puede decirse también que la mayor parte de estas leyendas, antes de pasar a la literatura popular, estuvo consignada en algún escrito latino, en verso o en prosa, de algún erudito o letrado, sacerdote por lo común. Ni podía ser de otra manera. El poeta no se hubiera atrevido a inventarla. Refiere al pueblo un milagro no imaginado, sino verdadero, y siempre se apoya en un escrito anterior como autoridad, como testimonio de que es cierto lo que relata. Así en las *Cantigas* tiene buen cuidado de decir *como ouví, como entendí, como leí o como está escrito.* Berceo hace lo mismo, y casi siempre cita al autor de la leyenda que narra para que no se tenga por mera invención.

Un monge la escripso omne bien verdadero
de San Miguel era de la Clusa claustero,

dice en una.

Dum clerigo otro nos diz la escriptura
que de Santa María amaba su figura,

dice al comenzar otra leyenda. Y a veces trae el testimonio o autoridad al terminar la leyenda, como en la XIV, donde pone:

> El precioso miraclo non cadio en oblido,
> fué luego bien dictado, en escripto metido,
> mientre el mundo sea, será él retraído.

Curiosísimo sería seguir la peregrinación de estos milagros y cómo fueron pasando por todas las lenguas y literaturas, y aun en el día, bajo otras formas y con otro espíritu, dan origen a maravillosos poemas.

El señor Amador de los Ríos da como fuente de no pocas cantigas un libro titulado *De miraculis Beatae Mariae Virginis*, y otro de fray Vicente de Beauvais titulado *Speculum historiale*, regalo de San Luis al rey de Castilla. Sin duda que sería así; pero siendo tantos y tantos los libros en loor de la Virgen, no hay para que fijar uno o dos sólo como origen. Las mismas *Cantigas* citan a veces libros diversos. La cantiga LXI, por ejemplo, habla de *un livro todo cheno de milagres*, existente en Soissons, del cual libro se toma el asunto o caso que allí se refiere. Claro está que el poeta no siempre ha leído el libro que cita, sino que ha oído referir el caso a otra persona que lo leyó. Es en el día y hubo de ser tan grande entonces el número de estos libros en loor de la Virgen que Augusto Nicolás dice que ha visto un catálogo, incompleto aún, en el cual se ponen más de cuarenta mil volúmenes, la mayor parte en folio y en cuarto. Ni mi poca erudición ni la necesidad que tengo de no dilatarme demasiado consienten que yo me engolfe por esta inmensa y fecunda literatura inspirada por la Madre del Verbo y busque la relación de unas leyendas con otras y su origen y difusión en varias épocas y por diversas naciones. Citaré, con todo, a la ligera algunos ejemplos.

La cantiga CIII refiere de un monje que, no alcanzando bien a comprender cómo serán los deleites del Paraíso, donde los siglos volarán como minutos, porque el arrobo de las potencias del alma no ha de consentir que se forme idea del tiempo, se internó por una selva hermosa, y a orillas de una clara fuente púsose a meditar, quedando absorbido en tan altas especulaciones. Entonces oyó cantar una *passarinha* con pasmosa dulzura; y, cuando la *passarinha* se fue, se volvió el monje a su monasterio. Todo estaba mudado: nadie le conoció. Había permanecido trescientos años oyendo cantar la *passarinha*. Este cuento lindísimo está en la *Leyenda áurea*, Arbiol lo refiere en los *Desengaños místicos*. Longfellow, poeta americano, ha hecho de él una preciosa leyenda en verso.

Las visiones en que se describen el infierno, el purgatorio y el cielo son muchas en la Edad Media. Ozanán hace de ellas una larga enumeración como antecedentes, como origen y fuente de inspiración del gram poema del Dante. Los viajes al Paraíso terrenal no fueron menos frecuentes, y siempre el peregrino encontraba al volver de su viaje que habían pasado muchos años y aun siglos, como en la historia de la *passarinha*. En cierta leyenda italiana del siglo XIV sobre el Paraíso terrenal, los monjes peregrinos creen haber pasado ocho días en aquella mansión de bienandanza y luego resulta que han pasado setecientos años. En la

leyenda española de Sant-Amaro, impresa en Burgos en 1552, el santo pasó en el Paraíso doscientos sesenta y seis años.

Esta fantasía poética sobre el tiempo fue tan popular, que Cervantes, con su escepticismo instintivo y su gracia inimitable, se burla de ella en la famosa aventura de la Cueva de Montesinos.

En otra cantiga se refiere la historia de Teófilo, que hizo pacto con el demonio para satisfacer su ambición. La Virgen arrancó al demonio el pergamino en que Teófilo había puesto su firma con sangre de sus venas, y Teófilo quedó libre. La *Leyenda áurea* trae esta historia tomada de Fulberto Carnotense, y dice que ocurrió en Sicilia el año 1371; Gonzalo Berceo la cuenta por extenso en el milagro XXIV. La historia de Teófilo corrió también escrita en griego. La monja Roswitha, a fines del siglo X, compuso sobre ella un poema. La leyenda de Fausto, y, por tanto, los dos célebres dramas de Goethe que llevan dicho título, tuvieron su fundamento en dicha historia, como tal vez el drama de Calderón titulado *El mágico prodigioso*[36].

Con más tiempo y paciencia sería fácil hallar los antecedentes de otras muchas historias que hay en las *Cantigas*. Citaremos sólo algunas que están también en Berceo y en la *Leyenda áurea*, donde Jacobo de Vorágine recopiló cuantos milagros, visiones e historias piadosamente maravillosas pudo hallar en su tiempo, las cuales iban por el mundo de boca en boca o estaban en los libros en prosa y verso de todas las literaturas.

Ahorcan a un ladrón devoto de la Virgen, y la Virgen le salva, levantándole con sus hermosas manos por las plantas de los pies.

Un clérigo no sabía decir más misa que la de Santa María, y el obispo le quita la licencia. La Virgen entonces se aparece al obispo, le reprende fuertemente y le amenaza de que morirá dentro de un mes si no deja decir misa a su capellán. El clérigo vuelve a decir misa con licencia del obispo, y aun con la promesa de éste de que

> si algo le menguase en vestir o en calzar,
> el gelo mandarie del suyo mesmo dar.

En otras cantigas hay ciertas variantes; pero el fondo de la historia es el mismo. Así, por ejemplo, la cantiga CXXII, que responde al milagro XV de Berceo y a la historia VI del capítulo CXXXI de la *Leyenda áurea*, trata en sustancia de un joven letrado, muy devoto de la Virgen, y que rezaba las horas con grande amor. Heredó este mozo, y sus parientes le persuadieron a que se casase. Entonces se le apareció la Virgen y le dijo: «*Oh stulte et infidelis, cur me amicam et sponsam tuam relinquis, et mihi feminam aliam anteponis?* En Berceo las quejas de la Virgen están expresadas con más candor y sencillez aún:

[36] Muchas de estas historias son de origen helénico. Así la de *Cipriano y Justina*, que es asunto, entre otros, de un poema de la emperatriz Eudoxia (Atenais), compuesto a mediados del siglo V. Gregorovius, en su vida de Atenais, ha publicado la traducción en verso alemán de un canto de este poema, cuyo asunto bien puede afirmarse que jamás sospechó Calderón que hubiese inspirado a una princesa bizantina, doce siglos antes de que él escribiese su drama. (N. del A.)

Don fol, malasdrugado, torpe e enloquido,
¿en qué roídos andas, en qué eres caído?
.....
Assaz eres varón bien casado conmigo,
yo mucho te quería como a buen amigo...

El joven entonces abandona a su amada terrenal y se retira a un monasterio, donde se consagra devotamente al amor místico de la Virgen.

No puede expresarse de un modo más candoroso y popular que en esta leyenda el más profundo y ascético de los sentimientos cristianos. Así como Cristo es el esposo de las que huyen del mundo, de las mujeres penitentes y de las mártires, la Virgen se presenta como esposa de los varones piadosos, de los solitarios y de los eremitas. A veces interviene un anillo en estos matrimonios místicos, como en el de Santa Catalina de Siena. Un joven sacerdote, que servía en la Iglesia de Santa Inés, según cuenta la *Leyenda áurea*, sintió el estímulo de la concupiscencia; pero, no queriendo ofender a Dios, pidió al Papa permiso para casarse. Considerando el Papa su sencillez y bondad, le dio un anillo de esmeraldas y le dijo que se lo pusiese en el dedo a la imagen de Santa Inés, que estaba en su iglesia. Hízolo así el joven sacerdote: la imagen recibió el anillo, y al punto desapareció del alma del joven sacerdote todo pensamiento liviano. Acaso sea esta historia el antecedente de otra no muy diversa que se refiere en una cantiga. Cierto mancebo, que jugaba con otros a la pelota, se quita, para más comodidad, un anillo que le había dado su enamorada y se lo pone en el dedo a una imagen de la Virgen. La imagen juntó los dedos y ya no fue posible extraer de allí el anillo. El mancebo abandona a su novia y se consagra al servicio de la Virgen María. El profano novelista Mérimée ha hecho de esto una novela fantástica, atribuyendo el prodigio a una estatua de Venus.

Tal vez se diga que Mérimée tenía razón: que este casamiento de la imagen de un dios o de una diosa, de un santo o de una santa con un hombre o una mujer, sea creación poética más pagana que cristiana. Hay, en verdad, mil leyendas del gentilismo equivalentes[37]. La consagración de la castidad, las horribles mutilaciones de los coribantes y hasta los mismos sacrificios humanos eran llamados por eufemismo un desposorio; pero en nuestra religión

[37] Aun en la Edad Media, Venus sigue figurando como diablo-hembra y casándose con los mortales. El mismo milagro del anillo que en la cantiga retiene la Virgen, oponiéndose luego a que el mancebo se casase con una mujer, está referido, atribuyéndoselo a Venus, en las *Disquisiciones mágicas* del célebre jesuita Martín del Río (lib. III, pars. I, quest. IV, sec. VIII, *De maleficio ligaminis*) El caso ocurrió en Roma, en tiempo del emperador Enrique III. El mozo que se iba a casar salió al campo a jugar a la pelota, y para que no le estorbase el anillo de su novia, se lo puso en el dedo a una estatua de bronce de Venus. Cuando volvió a tomar el anillo, *ecce videt digitum, statuae usque ad volam manus recurvatum, et quantumvis annulum recuperare, nec, digitum inflectere nec annulum valuii extrahere*. Casado ya el mancebo, *cum thorum genialem ingresus, sponsae se jungere vellet sensit impediri sese et quiddam nebulosum ac densum inter suum conjusgisque corpus volutari sentiebat id tactu, videre tamen*[37.1] *nequibat. Hoc obstaculo ab amplexu prohibebatur*. Oía también una voz que le decía: «Soy tuya y eres mío, ya que hoy te desposaste conmigo. Soy Venus, a quien diste el anillo y no te lo volveré.» En suma: el mancebo no pudo cumplir como debía, y acudió a un presbítero llamado Palumbo, que era gran nigromántico, el cual hizo de modo que unos cuantos demonios, de los que tenía a su servicio, arrancasen a Venus el anillo, no sin gran dificultad. Así desapareció el impedimento para el matrimonio; pero al presbítero nigromántico le costó muy caro el hecho pues Venus se vengó de él, dándole muerte de una manera horrible. Palumbo, antes de morir, confesó todas sus maldades y magias negras delante del pueblo romano. Varios historiadores graves, citados por Martín del Río, dan fe de esta historia. (N. del A.)

desecha este amor de los mortales hacia lo sobrenatural e inmortal todo carácter feroz y cruento, y adquiere una dulzura mística y una santidad y pureza inefables, lo cual resplandece hasta en las narraciones más rudas de la Edad Media. Si hay una cantiga donde un romero se mutila como Orígenes, el diablo es quien se lo aconseja y le engaña. La misma circunstancia del anillo aparece del modo más poético y delicado en la cantiga CCLXXXIII. Don Alfonso X ha erigido un sepulcro suntuoso en Sevilla a su padre San Fernando. Sobre el sepulcro está la estatua del santo y heroico monarca con un riquísimo anillo en el dedo; pero San Fernando se muestra a la vez en sueños al artífice maese Jorge y al tesorero y les manda que quiten el anillo a su estatua y lo pongan en el dedo de la imagen de María, como en efecto se hace.

En la cantiga LXXXIV resalta con dulzura y candor extraordinarios el amor de la Virgen María. Un caballero muy devoto suyo va orar ante su imagen todas las noches. La esposa del caballero nota su ausencia y se llena de celos. Un día pregunta a su marido si hay alguna dama a quien ame más que a ella, y el caballero, ajeno de todo recelo de cuán apasionada y celosa está su mujer, le dice que adora a una dama bellísima, muy superior a ella en todo. La mujer celosa se mata, y la Santa Virgen no sólo la resucita, sino que la satisface y desengaña y hace que viva feliz con su devoto y excelente marido.

Ciertos regalos y favores que hace la Virgen pueden ser tildados de harto materiales en nuestro siglo de poca fe, en el cual se propende a hacer del espíritu materia; pero entonces la materia purificada, o por la gracia o por la penitencia, solía elevarse hasta lo espiritual y hasta lo divino. La Virgen, en la cantiga LIV, vierte leche de sus pechos en la boca y cara de su santo monje y le cura las llagas de que estaba lleno. Así también vertió leche en los labios de San Bernardo, poniendo en ellos aquella suave y conmovedora elocuencia con que hace la paráfrasis de la Salve, y la otra elegantísima oración donde dice que la fuente de vida eterna brota del seno de la Virgen, y que no hay lengua entre las naciones que viven bajo el cielo que baste a explicar y a ensalzar por completo la grandeza y amplitud de su gloria.

No siempre se opone la Virgen en las *Cantigas* a los amores terrenales; antes bien los favorece cuando son virtuosos. La cantiga CXXXV cuenta un caso ocurrido en Bretaña, de un mancebo y una doncella que mucho se amaban, pero los padres de la doncella la casaron con un rico y desdeñaron al novio pobre. El rico,

> Despois que anoiteceu
> con ella seu gasallado
> quis aver, mas faleceu
> y, ca logo adormeceu
> ben ate no sol levado.

El rico se desespera de este importuno dormir, se descasa, y él mismo lleva a la doncella al verdadero y legítimo esposo, que no se duerme, ya que

> E pois ouveron iantado
> ó novio fez como faz
> novio á novia en solaz.

Esto, sin embargo, no invalida la moral ascética expresada en el estribillo de la ya citada cantiga CXXII:

Quen leixar Santa María
por outra fará folía;
quen leixa la gloriosa
por molher que seia nada,
macar seia muy fermosa,
é rica é abondada,
nen mansa, nen amorosa,
fara locura provada
que maior non podería
quen leixar Santa María.

En cada una de las cantigas hay un estribillo cuyos últimos versos contienen una sentencia que se repite al fin de cada estrofa, conforme se desenvuelve la narración. En una cantiga que lleva por sentencia:

Tan muit é con Jesu-Cristo
Santa María juntada,

no puede ser más bella ni más poética la historia que comprueba y patentiza materialmente esta verdad religiosa. Un villano, por consejo de una hechicera, se lleva la hostia consagrada en la boca y la pone en una de sus colmenas para que produzca mejor y más sabrosa miel. Cuando, pasado algún tiempo, va a abrir su colmena, se la encuentra convertida en una preciosa capilla con la imagen de la Virgen y del Niño Jesús. Confesó el villano su pecado, y refirió a todos el prodigio.

Logo foran alá todos
é viran en como estaba
na colmena á muy santa
Virgen é com abraçava
a seu filho Jesu-Cristo

é mui melhor odor dava
que lirios nen violetas
non dan, nen agua rosada:
tan muit é con Jesu-Cristo
Santa María juntada.

La milagrosa imagen fue llevada a la iglesia en muy devota procesión, y el villano hizo penitencia de su culpa.

Sin duda los magos y hechiceros creían entonces que con la hostia se podía hacer algún maleficio. En la cantiga CIV toma una mujer la hostia con este fin y se la pone debajo de la toca. La hostia vierte sangre, que cubre el rostro de la mujer, y hace patente su hurto sacrílego.

No pocos milagros más hay en las *Cantigas* relativos a la hostia consagrada, casi todos de origen extranjero. Así el de la cantiga CXLVIII sobre un preste alemán que duda de la presencia real de Cristo, tiene una visión y muere. Alguna vez degenera en extravagante lo milagroso, como, por ejemplo, en la cantiga CCXV, donde se cuenta que un sacerdote se traga, al consumir, una enorme araña; la araña le corre viva por el cuerpo entre cuero y carne; se encomienda a la Virgen para que le libre de aquella molestia, y la araña le sale por una uña. La machaca y hace polvo, se la vuelve a tragar así, cuando consume otra vez, y le sabe a un manjar delicioso.

En cambio, las historias de otras cantigas son de una delicadeza y de una profundidad admirables. Sirvan de muestra las siguientes:

CLV.- Un gran pecador de Alejandría va a confesarse, y el sacerdote le da un vaso y le dice que no bien lo llene de agua le serán perdonadas todas sus culpas. El pecador nada cree más fácil que llenar el vaso; pero cuando lo aproxima al agua, el agua huye y no logra llenarlo jamás. Entonces vierte dos lágrimas de contrición y arrepentimiento, y el vaso se llena. Sin duda que esta leyenda piadosa inspiró a Tomás Moore el pensamiento capital de su lindo poema titulado *El Paraíso y la Peri.*

CLXXXVIII.- Muere una doncella consumida de amor sobrenatural y divino. Sus padres creen que ha muerto envenenada; le abren el pecho y descubren grabada en su corazón la imagen de la Virgen.

CXCVI.- Un sacerdote gentil en Constantinopla echa bronce en un molde para fundir un ídolo, y saca del molde una imagen de la Virgen con el Niño Jesús.

CLIII.- Un tahúr, desesperado porque ha perdido en el juego, dispara contra el cielo una saeta, pretendiendo herir a la Virgen María. La saeta vuelve a caer sobre él ensangrentada.

El vicio del juego hubo de estar entonces tanto o más difundido que ahora. El famoso *ordenamiento en razón de las tafurerías* da testimonio de ello. Los tahures, cuando perdían, caían con frecuencia en blasfemos e impíos, y esto da origen a no pocas historias de milagros que las *Cantigas* refieren. La Virgen de Salas devuelve el habla, en la cantiga CLXII, a un jugador que la pierde por blasfemar, y en la cantiga LXXII mata el demonio a otro tahúr por denostador de la Virgen.

CXLI.- Un virtuosísimo monje, postrado ya por los años y las penitencias, no deja de orar fervorosamente puesto de hinojos ante el altar de María. En cierta ocasión es tal su debilidad y abatimiento, que no tiene fuerza para levantarse. La misma Virgen acude entonces, lo sostiene en sus hermosos brazos, a fin de que se levante, y le vuelve mozo como de veinte años.

En muchas cantigas la Santísima Virgen, tesoro inexhausto de pureza y fuente de castidad, aparece curando milagrosamente las pasiones amorosas desordenadas. Así son las cantigas CXXXVII, CLI, CLIII y otras, donde se pintan con tal viveza y desnudez los estragos del mencionado vicio, que en nuestro siglo, si no más moral, más refinado, no se sufre tal libertad, en asunto místico al menos.

Para pintar las malas pasiones de un clérigo lujurioso, aunque devoto de la Virgen, dice el poeta:

> Sempre con maas molleres
> é casadas é solteiras
> nen vírgenes non queria leixar
> nen monias nen freiras.

La sencillez y la fe viva con que muchas de estas cosas están escritas, para en que en nuestro siglo no acierta a penetrarse de ellas, aparecen como grosería. Así el milagro CCCXII, donde un caballero devoto de la Virgen no puede gozar del amor de su amiga en una estancia en que un hábil artífice había hecho por orden suya una imagen de Nuestra Señora.

La Virgen se muestra también en las *Cantigas* con mucha frecuencia como refugio de pecadores y consuelo de afligidos, haciendo milagros, en los cuales, merced a su intercesión, resplandece la infinita bondad divina, que templa el atributo de la justicia y da ocasión a los que han pecado para que se arrepientan y enmienden. En este género de cantigas hay una que tiene por asunto el que trata también Avellaneda en su *Quijote,* y en el día es muy popular, merced a la Margarita la tornera de los *Cantos del trovador*, de Zorrilla.

En la cantiga LV, el caso de la tornera es idéntico a como Avellaneda lo refiere. La monja vive en Lisboa con su querido, mientras la Virgen, tomando su figura, asiste por ella en el convento. En la cantiga LIX hay otro caso parecido; pero la monja no llega a fugarse con su amante. Aunque la Virgen llora, ella persiste en huir, y entonces Cristo crucificado desprende la diestra de la cruz en que está clavada y hiere a la monja en la mejilla, donde le deja impresa la señal del clavo.

La cantiga LXVII trae el caso de un caballero a quien sirve de paje o lacayo el diablo, como Mefistófeles a Fausto. Hay, además, en esta cantiga una circunstancia curiosa. El diablo no toma un cuerpo fantástico o formado por él, sino que se introduce en un cadáver que anima. Esta imaginación se ve renovada en Dante de un modo terrible. El poeta halla en el infierno el alma de Juan Doria, y, mostrando pasmo de verle allí cuando le juzgaba vivo, Doria le dice que, en efecto, murió, pero que no bien su alma se apartó de su cuerpo y bajó al infierno en castigo de sus pecados, un diablo perverso se introdujo en su cadáver para seguir atormentando a los hombres. En los cuentos orientales (como, por ejemplo, en uno *de los Mil*

*y un días*) hay genios a veces, y aun grandes magos y hechiceros, que introducen su espíritu en los cuerpos muertos y los animan.

La Virgen se presenta, además, para dar testimonio, como en la cantiga XXXVIII, milagro XXIII de Berceo, que ha inspirado sin duda a Zorrilla su leyenda *A buen juez, mejor testigo*. En otras ocasiones la Virgen sale por fiadora de un préstamo, como en otro milagro de Berceo y en la cantiga CCXXXVIII. Esto de poner a un Santo, a la Virgen o al mismo Cristo por fiador o por prenda de las deudas que se contraen, se repite a cada paso en las leyendas piadosas, y estaba en las costumbres de entonces. Todavía el beato Francisco del Niño Jesús, en tiempo de Felipe II, tomaba cuanto quería en las casas, diciendo que Jesús lo pagaría, y a una imagen del Niño Divino que tenía de talla la llamaba el *Empeñadico*.

Es muy singular, entre estas leyendas de préstamos, la de San Nicolás, que inspiró sin duda uno de los más chistosos juicios del gran gobernador Sancho Panza. Escrito el milagro en versos latinos antes del siglo XII, y publicado por Du Méril, refiere que un deudor de mala fe, para jurar haber pagado lo que debía,

*Aurum includit concavo quod debebat in baculo.*

El santo le castiga con gran severidad, haciendo que se quede dormido en medio de la vía pública, por donde pasa un carro, le mata, rompe el báculo y descubre las monedas y el engaño. Conón, narrador griego del siglo de Augusto, trae ya recopilada, como cuento milesio, esta misma aventura.

La cantiga CCLV trae el caso de la señora que hace matar a su yerno, tal como lo refieren también Gonzalo Berceo y la *Leyenda áurea*. La Virgen, más piadosa que San Nicolás, procura siempre el arrepentimiento y la salvación de las almas; y a menudo, si un desalmado o un tremendo criminal o pecador, devoto suyo, muere de muerte violenta, sin confesión e impenitente, cuando ya se lo llevan los diablos, la Virgen acude, ahuyenta a los espíritus infernales y resucita al pecador, el cual hace penitencia en su segunda vida y se salva al cabo. A veces llega a tal extremo el deseo de la Santísima Virgen por salvar a algún pecador devoto suyo, que casi se empeña en lo imposible. De un modo sencillo y popular resalta entonces, a los ojos del que procura leer estas *Cantigas* con la fe del siglo en que se escribieron, toda la magnificencia y sublimidad de la Madre del Verbo, de la Reina de los ángeles, de los profetas y de todos los santos, de la que es complemento de la Santísima Trinidad y está por cima de todos los seres creados, entre Dios mismo y cuanto hizo nacer su palabra fecunda y omnipotente, así en el mundo visible como en el invisible.

## - III -

Aunque, según hemos dicho y es fuerza confesar, los más bellos milagros de las *Cantigas* han peregrinado por todas las literaturas y son propios de toda la cristiandad, hay no pocos

exclusivamente españoles. El Rey Sabio ponía a contribución todos los libros y todas las tradiciones, así nacionales como extranjeras, para ensalzar a la Santísima Virgen, mística Señora de sus pensamientos. Ya refiere de un monasterio que la tierra se tragó en la Gran Bretaña, y donde vivieron los monjes, mejor aun que sobre la tierra, con sol y luna y árboles y frutos expresamente creados para ellos durante un año, al cabo del cual vuelven a salir a la superficie de nuestro globo; ya otros milagros acaecidos en Sicilia en una erupción del Etna; ya otros ocurridos en Constantinopla o más lejos, y ya, por último, no pocos prodigios obrados por la Virgen en favor de la nación o de la familia o de la propia persona del Rey poeta.

Las imágenes de María Santísima en los más famosos y frecuentados santuarios de España tienen en don Alfonso X su encomiador. De Nuestra Señora de Atocha cuenta dos milagros, y de las Vírgenes de Terena, Laredo, Salamanca, Salas, Castrojeriz, Montserrat, Villasirga, Toledo y Lugo, infinitos. Ya resucitan los muertos, ya andan los cojos y tullidos, ya ven los ciegos, ya sanan los enfermos, ya se halla lo que se pierde y ya llueve cuando hay sequía.

Un ricohombre impone tributo a los monjes de Montserrat por el agua que bebían: la Virgen hace brotar una fuente mejor y más abundante en el monasterio; las cabras monteses acuden, además, a la puerta para que los monjes tomen y beban su leche.

La Virgen de Salas, enojada una vez, da un grito y hace temblar la tierra.

El rey poeta tuvo, sin duda, en los últimos años de su vida, mayor devoción que a ninguna otra imagen a la Virgen del Puerto de Santa María, pues a ella dedica muchos cantares y de ella refiere los mayores portentos. Encomendándose a esta Virgen, sanó de una gravísima enfermedad. Al edificar su santuario se obraron estupendos prodigios. La imagen de la Virgen apareció pintada en los peñascos que se rompieron; las piedras talladas vinieron a colocarse en el edificio; las vigas que hacían falta para la fábrica bajaron, sin intervención humana, por el río. El puerto mismo, que se llamaba antes Alcanate, quiso la Virgen que se llamase de Santa María, a pesar de las reclamaciones de los moros, e hizo para ello no pocas cosas sobrenaturales.

En las guerras contra los moros también se muestra la Virgen gran valedora de don Alfonso y de sus súbditos: ya liberta cautivos, ya defiende ciudades, ya ahuyenta a los infieles, ya mata moros por medio de un fantasma que toma la forma de un caballero, mientras éste oye varias misas.

La misma imagen de la Virgen se salva a veces de los insultos por medios milagrosos. Cerca de Martos, según la cantiga CCXV, toman los moros una imagen de la Virgen. Procuran herirla, y se hieren ellos mismos; la apedrean, y se vuelven las piedras contra ellos; quieren quemarla, y no arde; la echan al río, y sobrenada. La imagen fue llevada entonces por los mismos moros al rey, quien la recibió en Segovia, donde está aún.

La Santa Virgen da la salud a los enfermos. Don Alfonso X declara que la Virgen lo curó varias veces en Vitoria, en Valladolid y en Sevilla. También la vida del rey San Fernando se salvó milagrosamente en Oña merced a la Virgen cuando San Fernando era niño aún, como cuenta la cantiga CCXXI.

El rey da las gracias a la Virgen por los grandes favores que le dispensa, siendo su amparo y consuelo en todas las cuitas y tribulaciones, hasta cuando los ricoshombres y magnates y su propio hijo

se juraron contra ele,
todos que non fosse rey
sendo os mais seus parentes.

Creemos que con lo dicho hasta aquí se formará una idea aproximada del gran valer del contenido épico en las *Cantigas*.

Al merecimiento de la parte lírica no se puede ni se debe dar imparcialmente tanta alabanza. Sin ponernos ahora a investigar las causas, es lo cierto que la lírica, al menos entre los pueblos indoeuropeos, florece de un modo más espontáneo, bello y hermoso en las épocas de gran refinamiento y cultura, siendo por contraposición más natural y sencilla entonces, mientras que en las edades semibárbaras, cuando en las costumbres no hay refinamiento, sino rudeza, el refinamiento suele refugiarse en la poesía lírica con tal empeño, abundancia e ímpetu, que la transforma en pedantesca y amanerada.

¿Por qué negarlo? La gran poesía lírica es propia de los más brillantes momentos de las civilizaciones: del siglo de Pericles, del de Augusto, y más aún de la edad en que vivimos. ¿Por qué no confesar, además, con franqueza que, prescindiendo del interés y de la curiosidad que nos inspiran los sentimientos, las ideas, las creencias y los nobles afectos, aunque ruda a par que alambicadamente expresados por nuestros mayores, apenas pueden sufrirse las poesías líricas de la Edad Media en el lenguaje vulgar? El anticuario, el filósofo, el filólogo, el historiador, hallan en ellas sin duda un tesoro inagotable de noticias y de revelaciones; pero al hombre de buen gusto, que no pretende desentrañar lo pasado, le cansan y le hastían. La misma rudeza del lenguaje, apenas formado, en combinación con cierto rebuscamiento artificioso, fatiga sobre manera.

Pocas, muy pocas poesías líricas antiguas castellanas donde no haya nada de narrativo pueden leerse con placer por quien busca sólo poesía en los versos, salvo las coplas de Jorge Manrique. El mayor elogio que debe hacerse y que hacemos de las cantigas meramente líricas, que no pasan de la décima parte en número, y que son casi todas mucho más cortas que las narraciones, es decir, que son sencillas y llenas de candor, como inspiradas por un verdadero sentimiento religioso, y que todavía se leen con más ardor que los discreteos prosaicos, aunque rimados, de los *Cancioneros* de Estúñiga, Baena, rey don Dionís y Resende; curiosísimos documentos, por otra parte, y abundantes tesoros para los que estudian el habla, las costumbres, las ideas y los afectos de las edades en que se escribieron.

En cambio, repetimos, es de amena, de apacible, de deleitosa lectura cuanto hay de épico en las *Cantigas*. La misma rudeza del idioma, las mismas dificultades de expresión con que lucha el poeta, la sencillez rápida y pintoresca con que todo lo refiere, y la viveza enérgica de colorido y de contornos con que lo pinta todo, como si lo viera y tocara, tal es la fuerza de su fe, dan a las *Cantigas* un encanto superior a cualquiera otra narración de casos sobrehumanos que reflexiva y siempre algo artificiosamente pueda escribir el más singular poeta de nuestros días; días tan diferentes de aquellos en que, cuando no la mayor virtud y pureza de costumbres, la mayor vitalidad de las creencias hacía que lo inmortal y lo divino viviesen familiar y constantemente mezclados con los indignos mortales en esta baja tierra, sirviendo, si no de freno eficaz a sus malas pasiones, de dulcísimo e irreemplazable consuelo para sus miserias e infortunios.

Si el poeta gentil, en un siglo de escepticismo, lamentaba la pérdida de aquella piedad por quien los dioses se hacían visibles a los hombres y vivían con ellos y no desdeñaban su trato, con harta más razón podemos nosotros en medio de las innegables ventajas de la civilización presente y de los milagros de la ciencia y de la industria, lamentar la pérdida de aquella fe profunda y poderosa que obraba mayores y más hermosos milagros y por quien los moradores del cielo se complacían en habitar entre nosotros y mostrarnos el soberano resplandor de su gloria, mientras que en el día

*... nec tales dignatur visere coelus*[38],
*Nec se contingi patiuntur lumine claro.*

# Del influjo de la Inquisición y del fanatismo religioso en la decadencia de la literatura española

Contestación al discurso de recepción de don Gaspar Núñez de Arce en la Real Academia Española el 21 de mayo de 1876

SEÑORES:

Tengo la satisfacción en contestar al señor Núñez de Arce, que, poniendo a un lado todos mis otros quehaceres y venciendo mi natural desidia, me he apresurado a cumplir, en el término más breve, con el encargo que esta Real Academia me ha confiado.

Correligionario en política del señor Núñez de Arce, y unido a él desde hace años por lazos de particular amistad, con sus triunfos estoy de enhorabuena. No creo, con todo, que el afecto me ciegue al juzgar los merecimientos del nuevo académico. Como autor dramático ha sabido conquistarse envidiable celebridad, y como prosista tiene prendas que todos encomian, resplandeciendo entre ellas la energía de su estilo y la claridad y tersura de dicción con que da mayor realce a lo firme de sus convicciones y a la fijeza y serenidad de sus ideas y propósitos.

Por cima de estas cualidades, expresadas aquí harto a la ligera, sobresale una que por sí sola le hace digno del puesto que viene a ocupar. El señor Núñez de Arce brilla y descuella entre los más notables poetas líricos españoles del siglo presente, durante el cual no sólo en España, sino en toda Europa, la poesía lírica ha florecido como nunca.

[38] [«*coetus*» en el original (N. del E.)]

A más de la elevada inspiración y del brío y nobleza de sentimientos que las poesías del señor Núñez de Arce atesoran, la Academia no puede menos de considerarlas y estimarlas cual precioso dechado de versificación y de lenguaje.

Aunque no pudiera presentar el que va a sentarse entre vosotros títulos tan legítimos y valederos, me parece que bastaría el discurso que acabáis de oír para hacerle merecedor de honra tan señalada.

Con abundancia de datos y razones, que en manera alguna destruyen la amenidad y agrado del escrito, el señor Núñez de Arce ha tratado de demostrar, y a mi ver ha demostrado, el influjo de la intolerancia religiosa y la constante y terrible compresión intelectual, de ella nacida, han ejercido en nuestra gran literatura.

No ya aquí, donde no estoy llamado a contradecirle, pero ni fuera de aquí, impugnaría yo, en lo sustancial, discurso tan bien meditado, y cuyos asertos me parecen evidentes.

Mi contestación debiera, pues, limitarse a un elogio de lo dicho y a algunos comentarios, deducciones y notas que bien se pueden añadir, porque, siendo el asunto tan vasto, no hay pluma, por concisa que sea, que acierte a agotarlo en una breve disertación; pero, sin que yo contradiga a mi nuevo compañero, no he de negar que su discurso suscita cuestiones y dudas difíciles de resolver, por lo cual, sin que aspire yo a resolverlas, nadie extrañará mi deseo de plantear y de exponer las más importantes.

Yo no trato de invalidar argumentos y deducciones. Yo creo también que el fanatismo ahogó y marchitó antes de tiempo en España la lozanía y el florecimiento de una gran cultura propia y castiza. Tanto fue así, que en los últimos años del siglo XVII y primeros años del XVIII dicha cultura pereció consunta, hechizada y casi sin dejar sucesión directa, a semejanza de la dinastía bajo cuyo cetro había florecido, a par de la grandeza y crédito de aquel imperio vastísimo, dentro de cuyos términos, estaba siempre el sol vertiendo su lumbre.

Después de la guerra de sucesión, con la nueva dinastía francesa, España se alivió, se restauró, despertó de su desmayo. Al restaurarse España, brotó en ella nueva cultura; pero, más bien que retoñar del antiguo tronco, arraigado en nuestro suelo, se diría que fue un injerto exótico lo que reverdeció con el jugo y la savia de lo castizo.

Nuestra admiración de lo extranjero nos hizo imitadores, harto serviles a veces, y llegamos por último, con humildad lastimosa, a menospreciar lo propio, exagerando nuestras faltas y olvidando o no reconociendo nuestros aciertos.

Sin duda que el levantamiento nacional contra los franceses durante las guerras napoleónicas nos devolvió la conciencia de nuestro gran ser como entidad política, y algo nos dejó columbrar de nuestro valor antiguo por el pensamiento y por la idea; pero este concepto de nuestra pasada civilización quedó confuso. Se fundaba más en la soberbia, en el sentimiento, en el amor propio patriótico que en razones claras. Todavía, aun después de la guerra de la Independencia, los que se jactaban de más ilustrados seguían con poco disimulo desdeñando nuestra literatura y tildándola de bárbara, tasando nuestras artes en mucho menos de su justo precio y negando toda importancia a nuestras ciencias y a nuestra filosofía.

La sumisión, el vasallaje, la obediencia de los españoles a Francia no tuvo, en lo intelectual, ni Bailén, ni Zaragoza, ni Gerona, ni Dos de Mayo en aquella época. Seguimos tan pacatos y tan humildes, que era menester, para que celebrásemos algo nuestro, sin pasar por presuntuosos y ridículamente vanos, que los extranjeros nos diesen el ejemplo, la venia y hasta la noticia.

Sin que decidamos aquí si es calidad buena o mala, es innegable que el vulgo en España, como en todas las demás naciones, tiene un orgullo instintivo con que siempre se admira a sí propio y se sobrepone al vulgo de otras tierras; pero en las naciones que decaen, la gente ilustrada, los que no son vulgo o procuran no confundirse con él, a fuerza de maravillarse de los adelantamientos extraños, y con el prurito de mostrarse a su altura y de aparecer como seres excepcionales entre la multitud ignorante que los rodea, acaban por no estudiar, ni saber, ni aplaudir cuanto en lo castizo hubo de bueno y de glorioso. Hasta cuando a fin de adular al vulgo, a quien desprecian, se oponen a ensalzar lo castizo, lo hacen por estilo ampuloso, donde se advierte la carencia de fe y la falta de crítica, y donde, más que la pasada gloria, suelen encomiarse los resabios de la perversión que dio al traste con ella.

Tal era nuestro estado hasta pocos años ha. Algo nos vamos aliviando de la dolencia, pero no estamos sanos todavía. Y, fuerza es confesarlo, en gran parte somos deudores del alivio a los alemanes. Los alemanes, más que nadie, ensalzando nuestras cosas como merecen, se puede afirmar que han contribuido muchísimo a que volvamos con amor los ojos hacia ellas. Basta citar los nombres de Lessing, Jacobo Grimm, Boehl de Faber, Huber Federico y Guillermo Schlegel, Rosenbranz, Schulze, Bouterwek, Clarus, Díez, Depping, Tiek, Schack, Fernando Wolf, Jorge Keil, Halm, Manuel Geibel, Pablo Heyse, Leopoldo Schmidt, Dohrn Hain, Schlüter, Storck, Geiger, Herder, Goethe, Hoffman, Regis, Fastenrath y el mismo Hegel para traer a la memoria de los amantes de las letras cuan poderosamente han contribuido a sacarnos de nuestro abatimiento las alabanzas críticas, las traducciones, las bellas ediciones y hasta los comentarios de nuestros clásicos hechos por estos autores.

Nuestro descuido, nuestra postración y nuestra falta de gusto habían sido tan grandes, que hasta el año 1829 no vimos en castellano una mediana historia de nuestra literatura. Antes, salvo el ensayo de Velázquez, sólo hubo estudios parciales como los de Sarmiento y Sánchez, la indigesta mole de los padres Mohedanos, la apología algo pedantesca de Lampillas, las notas de Martínez de la Rosa al *Arte poética* y los juicios de Mendivil, Silvela y Quintana. La historia de nuestra literatura apareció al fin; pero fue traducción de otra, escrita en alemán veinticinco años antes. Boutelwek la había publicado en su lengua y patria en 1804.

Cuando los señores don José Gómez de la Cortina y don Nicolás Hugalde y Mollinedo publicaron en 1829 dicha traducción, declararon que lo hacían *deseosos de suplir con ella la obra original de que carecíamos*, por el descuido de tal útil estudio, debido a las guerras y trastornos y a *la falta general de buena educación*; ruda franqueza que denota a las claras cuál sería el estado de un pueblo donde dos modestos traductores se atrevían a decir tal improperio, como quien dice lo más natural, sabido y confesado.

Desde entonces hasta ahora no han sido menores los trastornos y guerras que hemos tenido, y, sin embargo, ya no se notan ese desdén y ese abandono de nuestras glorias literarias, entre cuyos críticos ilustrados resplandecen Duran, el marqués de Pidal, Milá y otros varios que no nombro porque pueden hallarse presentes y no quiero ofender su modestia. Queda, no obstante, en pie todavía este aserto de Duran: «Alemanes son los que mejor han publicado historia de nuestra literatura y teatro.» A lo cual bien puede añadirse que lo que es la historia de nuestro teatro escrita por un alemán por Schack, si bien ha hallado hábil traductor[39], no ha hallado público que la lea, y se ha quedado a medio traducir, por desgracia[40].

[39] Don Eduardo Mier. (N. del A.)

[40] Años después de escrito y publicado este discurso, la excelente traducción del señor Mier se ha completado y dado a la estampa en cinco tomos de la Colección de Escritores Castellanos. (N. del A.)

A pesar de todo, aunque muchos de nuestros autores siguen siendo más celebrados que leídos, en el día se conocen ya mejor y se estiman con más recto criterio. Nada ha influido tanto en esto como la Biblioteca de Autores Españoles, publicada por don Manuel Rivadeneyra, cuya gloria y merecimientos comparte uno de nuestros compañeros por haber logrado de las Cortes que el Gobierno le concediese su indispensable protección[41]. Dicha Biblioteca, a más de texto bien enmendado y corregido de los autores, contiene un tesoro de noticias biográficas y bibliográficas y no pocos discursos preliminares y brillantes introducciones, que bien pueden formar unidos la historia de nuestra literatura, o, al menos, una abundante y rica colección de materiales para escribirla. De esto se ha encargado un autor infatigable y diligente, lleno del espíritu crítico más sano y elevado; pero su trabajo no está terminado aún, faltando en él la época en que se presenta el fenómeno cuyas causas quisiéramos explicar aquí[42].

Lo que nadie niega, lo que no puede ser asunto de discusión es que la edad más floreciente de nuestra vida nacional, así en preponderancia política y en poder militar como en ciencias, letras y artes, es la edad del mayor fervor católico, de la mayor intolerancia religiosa: los siglos XVI y XVII. Pero si queremos circunscribirnos más y señalar el siglo de mayor auge, fecundidad y excelencia de las letras y del idioma patrios, marcar su Siglo de Oro, me parece que sin que me tilden de arbitrario, por más que se me dispute sobre diez años antes o después, bien puedo poner este siglo entre los años 1580 y 1680.

¿Por qué causas se pervirtió, se marchitó y se hundió rápidamente aquel gran florecimiento? A nadie se le oculta que esa cuestión literaria está enlazada con otra cuestión política. ¿Por qué la grandeza, crédito y poder de la monarquía española cayeron también rápidamente, precediendo a su caída la de las letras?

No es fácil contestar a todo esto, y menos aún en breves palabras. Para filosofar es menester tener un exacto y cumplido conocimiento de aquello sobre que se filosofa, y debemos declarar aquí que hasta la misma historia política de la época a que nos referimos dista mucho aún de estar satisfactoriamente escrita, a pesar de algunos ensayos, tentativas y compendios muy recomendables, entre los cuales se cuenta uno de un ilustre compañero nuestro que merece grande alabanza. Las cosas, sin embargo, de aquel período histórico se saben, por lo general, muy a bulto; y, por otra parte, el espíritu de partido que ha tomado dicho período por campo de batalla para discutir sobre cuestiones que, valiéndonos de un término muy en moda en el día, son las más *palpitantes*, nos puede cegar con su pasión y extraviarnos a todos, llevándonos, por extremos opuestos, a mucha distancia de la verdad.

Recientemente, por ejemplo, ha aparecido toda una escuela, que, en contraposición de aquel abatimiento que nos hacía desdeñar nuestro pasado, lo estima en lo que vale y aun quizá exagera algo su valor en lo literario y científico; pero sobre esta afirmación evidente o al menos plausible, levanta un cúmulo de aspiraciones y propósitos, a mi ver, poco razonables. Creo que para que renazca aquel florecimiento literario, aquel movimiento intelectual, aquella primacía de España, convendría que volviese la nación al mismo estado político, social y religioso. Es como si los griegos, mirando su postración y su relativa inferioridad en el día presente con respecto a otras naciones de Europa, recordando que eran el primer pueblo del mundo en tiempo de Pericles, y subordinando los altos intereses trascendentales de la religión

---

[41] Don Cándido Nocedal. (N. del A.)

[42] Don José Amador de los Ríos. (N. del A.)

a consideraciones estrechas de interés nacional, volvieran a adorar a Júpiter y a Minerva y renovasen los misterios eleusinos.

No pocos sabios italianos de la época del Renacimiento, resplandeciendo entre ellos el impío Maquiavelo, incurrieron en tan extraña manía. Al ver humillada a Italia, hollada y ensangrentada por los extranjeros, y al presentarse vivas en la memoria de ellos las grandezas de Roma, llegaron a aborrecer el cristianismo y a soñar con la religión de Jano bifronte y con las instituciones litúrgicas de Numa y de Tarquino Prisco. Esto, por un lado, es infinitamente mayor disparate que el soñar, siendo español, en que volvamos a la edad de Felipe II, por ejemplo, porque, al fin, de lo que somos ahora a lo que entonces éramos no hay tanta diferencia, ni ha habido cambio en el ser de la civilización general del mundo, ni menos aún en el principio sublime y en la doctrina salvadora que la informan con su espíritu; pero, por otro lado, los españoles que piensan hoy como hemos dicho, tienen menos disculpa que los italianos de entonces, porque entonces se concebía la Historia como un eterno volver al mismo punto, y se creía que para restaurar los estados y las civilizaciones convenía retroceder hacia su origen, mientras que ahora apenas hay quien se atreva a negar y quien no sienta y vea la marcha indeclinable de las cosas humanas en su conjunto hacia un término de perfección, sin duda inasequible en esta vida terrena, pero que las atrae por ley providencial, y, no limitando el libre albedrío en aquello de que debe responder cada individuo, las lleva por nuevas fases y evoluciones, sin dejarlas nunca volver al punto de que partieron. Así, pues, nos parece menos razonable, bajo este concepto, el que un español de ahora sueñe en que se regeneraría su patria volviéndola a lo que fue en pensamientos y creencias en tiempo de los tres Felipes, que el que Maquiavelo soñase en que renacería la antigua preponderancia romana con volver al estado y manera de ser de la edad de Tito Livio.

Por otra parte, aunque diésemos por indiscutible la singular grandeza de nuestro país en los siglos XVI y XVII y la conveniencia de volver a las instituciones, ideas y costumbres de entonces, suponiendo que lo que entonces pudo producir aquella grandeza debe también producirla ahora, aún nos quedaría por demostrar si aquellas instituciones, aquellas ideas y aquellas costumbres fueron la causa de la grandeza, o si, por el contrario, la grandeza nació de otras causas, y dichas instituciones, ideas y costumbres lo que trajeron consigo fue la corrupción y la rápida decadencia. Este es verdaderamente el punto controvertible. La distinción que hacemos es muy clara. Se comprende que alguien, enemigo en el día de la intolerancia religiosa y del absolutismo monárquico, o sostenga que entonces aquello fue bueno y útil en España, o afirme que al menos no puede ni debe presentarse como causa de nuestra caída política social y literaria, ya que hubo intolerancia religiosa y absolutismo monárquico en otros países durante el mismo período, y dichos países se levantaron, mientras que España cayó como en profunda sima.

Fijada así la cuestión, y limitándonos solamente a la literatura, vamos a hacer algunas ligeras observaciones, procurando mostrar la mayor imparcialidad en todo. Para ello conviene, sin duda, no dejarse arrastrar de la vanidad patriótica; pero conviene también no dejarse seducir por tantos y tantos autores extranjeros, protestantes o racionalistas los más, que, por odio a la religión católica y hasta por envidia póstuma de nuestro poderío de entonces, procuran denigrarlo todo, ponderando nuestros yerros, imputándonos mil maldades y encubriendo no pocas excelencias y glorias. Larga es la lista de los autores que no hablan de España sino para decir injurias crueles. Limitémonos a citar como modelos en este género al americano Draper y al inglés Buckle.

Hasta en los benévolos y aficionados a nuestras cosas se descubre a veces el estrecho espíritu de protestantismo y el aborrecimiento a la civilización católica que perturban su juicio, y los llevan ora a no comprender bien mucho de lo que tuvimos de bueno o de hermoso, ora a encarecer lo feo y lo horrible.

A pesar del respeto y gratitud que debemos al americano Jorge Ticknor, autor de la historia literaria de España más completa que se ha escrito hasta ahora, no se ha de negar que peca bastante en el mencionado sentido. Pongamos como muestra de que no comprendió bien lo bueno y hermoso, el frío, el pobre y somero juicio que forma y emite acerca de *Los nombres de Cristo*, de fray Luis de León. En una parte, no acierta a ver en este libro más que una serie de *largos discursos declamatorios*; en otra parte, juzgándolo algo más detenidamente, pone dicho libro como *singular testimonio de la devoción, elocuencia y ciencia teológica de los españoles de aquella época*, con lo cual no se compromete mucho ni en pro ni en contra; añade que hay en dicho libro un sermón (¿y por qué no muchos sermones?) que no cede en mérito a ningún otro en cualquiera lengua, y acaba por considerar el libro como una colección de declamaciones. Infiérese de todo ello que Jorge Ticknor no ha leído el libro, lo ha ojeado sólo y no lo ha entendido bien, concretándose a estimar no el fondo, sino la forma, esto es, la prosa rica, castiza y pura, por la cual coloca a fray Luis entre los grandes maestros de la elocuencia española.

Para nuestros dramas sagrados y autos, más son las censuras acerbas que las alabanzas de Ticknor. De Tirso ni mienta siquiera *El condenado por desconfiado* (salvo en nota y al hablar de *La devoción de la Cruz*, de Calderón), concretándose a afirmar que sus dramas a lo divino *compiten en extravagancia con los de los demás autores, aunque no los aventajan, porque difícil llegar a más*. Con *El burlador de Sevilla* no se muestra Ticknor más piadoso, por más que el genio de Mozart haya ido *familiarizando a la sociedad culta y elegante*, esto es, a la gente que no vive en España, *con sus sombríos y chocantes horrores*. En suma: Tirso, cuya *Venganza de Tamar*, cuya *Prudencia en la mujer*, así como otros dramas trágicos y heroicos, o no conoce o no recuerda Ticknor, no es más, para este crítico, harto desprovisto del sentido de la poesía, que un poeta cómico, fácil, chistoso, buen versificador y buen hablista; pero indecente, inmoral, chocarrero, deshonesto y extravagante.

Por los ejemplos citados se puede calcular lo poco que levanta el vuelo el entusiasmo de Ticknor para encomiar a nuestros autores. Traduzcamos y compendiemos, para que la frialdad o el desdén de Ticknor resalte más, algo de lo que dice Schack, de Tirso, en las cincuenta y siete páginas, casi todas de alabanzas, que le dedica: «Si bien tenemos que lamentar la pérdida de muchas obras del fecundo maestro, aún nos quedan bastantes para que con ellas se conciba agotada la más débil fuerza productiva de muchos famosos poetas y para que nos llene de pasmo la inexhausta inventiva de quien las compuso. La abundancia y variedad de estas obras es tan grande, que es empresa dificilísima el caracterizarlas y clasificarlas. Tirso es un encantador que sabe tomar las más diversas figuras. Apenas creemos que nos apoderamos de su fisonomía, cuando toma otra. El brillo de su poesía forma mil iris y cambiantes, y burla nuestro empeño por reflejarle en el espejo de la crítica. Las mismas faltas del autor, que, no pueden negarse, están circundadas y como vestidas de tan deslumbradores destellos poéticos, que es fuerza apoyarse en toda circunspección para no entregarse a una admiración sin límites por sus dramas. El teatro de Tirso se parece a aquel país de las hadas, que nos pintan los poetas románticos, donde cautivan los sentidos y el corazón del peregrino sones misteriosos y embriagadores perfumes; donde serpentean mil sendas que ya lo llevan o lozanos vergeles, ya por amenos valles, desde abismos que causan vértigo hasta montañas que tocan el cielo, y donde se oye en las grutas la voz burlona de los gnomos y de los duendes, y los silfos se mecen en el aire, y el sol de la poesía, hasta sobre los caminos extraviados, hasta sobre los derrumbaderos y precipicios, vierte su lumbre encantadora. Por cierto que debe de ser muy frío el crítico que no sienta deseo de abandonarse sin reparo a poesía tan hermosa, y muy poco capaz de sentirla y comprenderla el que no conozca que hasta aquello que pasa por defecto, según reglas rutinarias, es belleza relativa, considerado como parte necesaria de un gran organismo y como emanado de un alto espíritu poético, genial y espontáneo.»

Schack, como Ticknor, ve en Tirso un poeta cómico, pero no grosero ni chabacano, sino todo lo contrario. «¡Cuán distinto -dice- es el chiste siempre poético de Tirso, de las secas frialdades que suelen llamarse chistes entre nosotros! Como abeja entre rosales vaga volando el genio del poeta en el jardín florido de la fértil poesía. Es verdad que, como la abeja, tiene aguijón, pero también tiene miel. Tirso no perdona a los poderes del cielo ni a los de la tierra; pero con el dulce bálsamo de la poesía sana al punto que hiere. El atrevimiento de sus arranques satíricos contra los grandes de la tierra, contra la Corte y los cortesanos, contra los frailes y los clérigos es singular en la literatura española, y causa maravilla la libertad de la escena, donde resonaban públicamente tales sátiras en un tiempo en que el poder de la Inquisición había llegado a su apogeo.»

Si no nos llevase esto muy lejos de nuestro propósito, aún traduciríamos o extractaríamos más del encomio que Schack hace de Tirso.

No podemos resistir, con todo, a la tentación de poner aquí tres o cuatro párrafos aislados: «También para el idilio puro, sin mezcla de sátira, posee Tirso un incomparable talento, y aprovecha con predilección todas las ocasiones que se presentan para lucirlo; pero sus creaciones de esta clase no se parecen en nada a aquel linaje afectado de poesía pastoral que gustó tanto en toda Europa, sino que son la existencia real y las pasiones mismas de los campesinos españoles, realzadas y presentadas poéticamente con hechicera candidez y con frescura y vivacidad inimitables.» Como poeta trágico, dice Schack de Tirso al hacer el análisis de *La venganza de Tamar*: «Sólo pocos poetas españoles han levantado a tanta altura la poesía como Tirso en esta obra maestra.» Como poeta heróico-dramático, le ensalza aún más al hablar de *La prudencia en la mujer*. Como poeta psicológico que penetra con escrutadora mirada en lo más profundo del corazón, le encomia sobre todo en *Escarmientos para el culpado*; y, por último, como poeta dramático a lo divino, casi le pone Schack por cima de todos los demás poetas al examinar su *Condenado por desconfiado*, obra que «en rasgos de fuego lleva impresa la huella del espíritu religioso de entonces; extraño espíritu, apenas comprensible para los hombres de ahora». «Aunque Tirso -dice Schack al terminar el análisis- no hubiera escrito más que este drama maravilloso y hondamente conmovedor, nadie podría negarle el título de gran poeta.»

Con lo dicho se ve la contraposición. Para Ticknor, Tirso no pasa de ser un fraile ingenioso, deslenguado y verde, sainetista chocarrero y satírico; para Schack es un gran poeta por todos estilos. Dudamos de que en elogio de Shakespeare pudiera decir mucho más que lo que en elogio de Tirso dice. La divergencia que se advierte en este caso particular se pudiera advertir y señalar en otros muchos; por lo cual, si aun conocidos los hechos, cada uno los juzga a su modo, ¿qué esperanzas hay de que se convenga en las causas?

En algo, sin embargo, es menester convenir. Pongamos, pues, como fuera de duda que las dos más bellas manifestaciones del ingenio español en los siglos XVI y XVII son la poesía épicopopular y la poesía dramática: los romances y el teatro. Añadamos a esto la novela en prosa, pues aunque no tuviésemos más que el *Quijote*, eclipsaríamos aún todas las otras literaturas. No se puede negar, además, que en poesía épica artificial y erudita tenemos una copia asombrosa de obras estimables; en la lírica no somos inferiores a ninguna otra nación durante el mismo período; nuestros historiadores de entonces tal vez venzan a los de los demás pueblos en calidad y en número y poseemos, por último, notables jurisconsultos y escritores políticos y un rico tesoro de místicos y de ascéticos.

Importa declarar, no obstante, que de todo esto más se ha estudiado, hasta ahora, la forma que el fondo. Ya tenemos historia de la amena literatura de las obras de entretenimiento; pero la sustancia de la cultura española y el desenvolvimiento intelectual de nuestro espíritu están poco estudiados.

¿Por qué negarlo? Casi nadie lee en el día nuestros libros de devoción. Si los hojea algún aficionado a las letras, suele prescindir de las ideas, y sólo se para en lo sonoro de las frases, en lo castizo de los giros y en la riqueza y primor de la lengua. Y sin embargo, ¿qué análisis psicológico más sutil y atinado qué metafísica más profunda, qué admirables intuiciones de lo infinito en su relación con lo finito no suele haber en ellos? El señor Rousselot, un francés, ha sido el primero que críticamente ha desentrañado y expuesto algo de aquellos doctrinas, y, aunque su obra deje mucho que desear, debemos inclinarnos agradecidos, pues nadie en España lo había hecho mejor, ni acaso de ningún modo, antes de que él lo hiciera.

Rousselot, como casi todos los franceses cuando tratan de nuestras cosas, no puede prescindir de hacernos un disfavor al lado de un favor. Es cierto que da conocer a nuestros místicos y expone su filosofía; pero afirma que jamás hemos tenido más filosofía que la de ellos. Sentencia es ésta de la que podemos apelar; pero de la que no podemos quejarnos, porque nuestros sabios modernos van más allá aún en el desdén. El importador de la filosofía Krausista en España y uno de sus más aventajados discípulos, en artículos recientes, por otra parte merecedores de alabanza, afirma que la imaginación estética ha sido bien cultivada en España y ha dado sazonado fruto, pero que la razón, no; que hemos tenido buenas comedias, novelas y otras obras de pasatiempo; pero que en ciencias y en filosofía hemos valido poquísimo, sin duda porque la compresión intelectual y el fanatismo religioso han tenido como embotada y atrofiada, en nuestra alma, una de sus más nobles facultades.

Ya se entiende que tan cruel afirmación se refiere a los últimos siglos, y no a la Edad Media ni a las antiguas edades. En la Edad Media convienen todos en que hemos tenido notabilísimos sabios, filósofos y pensadores, aunque más que ortodoxos, mahometanos y judíos. Eruditos y críticos extranjeros lo ponen fuera de duda[43]; Renán, estudiando a Averroes y su prodigiosa influencia en la filosofía escolástica y del Renacimiento, y Munck, Franck, Sachs, Geiger y David Cassel, traduciendo las obras o encomiando y celebrando las doctrinas de Ibn Gebirol, de los Ben-Ezrá, de Maimónides, de Jehuda de Toledo y de otros compatriotas nuestros y gloria de España, por más que no fuesen católicos.

Pero el amor patrio nos ha hecho clamar contra el desprecio por nuestra ciencia, y sobre todo por nuestra filosofía, desde el Renacimiento hasta ahora: y han surgido celosos defensores de que hubo filósofos en España y hasta verdadera filosofía española, entre los

---

[43] Menester es no olvidar aquí como muy honrosa excepción, los Estudios sobre el famoso Raimundo Lulio, publicados, pocos años ha, por nuestro compañero don Francisco de Pau Canalejas. El filósofo mallorquín está, en dichos Estudios, juzgado con profundidad, si bien quizá más encomiado de lo justo; pero algo se ha de conceder a la reacción, que no puede menos de dejarse sentir en esto, como en todas las cosas.

Lulio había sido harto maltratado por muchos autores, entre los cuales no pocos españoles. El padre Feijoo le desprecia en sus *Cartas eruditas*; y en aquella graciosísima sátira literaria de *El café*, donde no sabe uno de qué admirarse más, si del ingenio, sal ática y rico tesoro de chistes del autor, o de su mezquina crítica, y donde queda en duda si Pedro es más pedante y más insufrible don Hermógenes, Moratín se burla del pobre Raimundo Lulio con un epigrama indeleble.

Colocan muchos entre los lulianos a Raimundo Sabunde, filósofo del siglo XV, que tuvo gran celebridad también en tierras extrañas. Montaigne le tradujo al francés, pero yo entiendo que no porque Montaigne se entusiasmase con Sabunde, sino por cumplir un mandato de su padre. En la *Apología de Sabunde*, que es el más extenso de los *Ensayos*, le elogia mucho, no obstante; le llama *très suffisant homme et ayant plusieurs belles parties*, y asegura que «el propósito de Sabunde es atrevido y valeroso, ya que acomete la empresa de establecer y probar con razones humanas y naturales, contra los ateístas, todos los artículos de nuestra religión; en lo cual, a decir verdad, le hallo tan firme y dichoso, que no creo posible hacerlo mejor en este negocio, y me parece que nadie se le ha igualado». (N. del A.)

cuales merecen citarse nuestros compañeros correspondientes don Gumersindo Laverde y don Adolfo de Castro, el joven señor Menéndez y Pelayo, y los señores Ríos Portilla y don Luis Vidart, el cual hasta ha formado y publicado un tomo de apuntes para la historia de nuestra filosofía.

Fácil nos sería citar aquí multitud de nombres de peripatéticos, platónicos, estoicos y eclécticos, entre todos los cuales se levantan, a lo que parece, Vives y Foxo Morcillo. Pero francamente, se citan estos nombres, se supone que valieron mucho los sabios que los llevaron, y apenas sabemos lo que dicen, porque casi nadie los ha leído. Las pocas obras filosóficas que, como tales, ha publicado la biblioteca de Rivadeneyra, nos compungen y descorazonan. Quedan, pues, hasta el día, como único tesoro filosófico español de los siglos XVI y XII, algo conocido y explorado por la crítica moderna, los místicos y quizá un poco de los teólogos dogmáticos. Y debemos perdonar a los eruditos y aficionados del día, porque es pedir heroicidades pedir que alguien se ponga con paciencia a estudiar y a extractar volúmenes en folio, en latín casi todos, a fin de resumir, exponer en castellano y juzgar doctrinas que a pocos españoles interesan y que nadie se tomaría el trabajo de leer con atención para entenderlas, achacando lo de que no las entendía a lo enmarañado del lenguaje.

Sea, pues, por lo que sea, no se puede negar que queda algo en duda si hemos tenido o no, en la época a que nos referimos, verdaderos y grandes filósofos. Pero demos por supuesto que los hubo, como presentimos y creemos y deseamos, aunque no lo sepamos de fijo. Demos también por supuesto que tuvimos entonces médicos, matemáticos, naturalistas y filólogos insignes. Afirmemos que no quedó ramo de actividad del espíritu en que no floreciésemos; que nuestros publicistas abrieron a Grocio el camino; que nuestros teólogos prevalecieron en Trento; que Melchor Cano inventó una ciencia nueva; que en las artes del dibujo vencimos a todos los pueblos menos a Italia; que tuvimos arquitectos gloriosos, hábiles escultores en piedra, bronce, madera y barro; plateros y joyeros rivales de Bellini, y hasta herreros admirablemente artísticos; y que nuestra música, que duerme olvidada entre el polvo de los archivos de las catedrales, compite con la italiana y puede presentar nombres, que debieran ser ilustres, como los de Salinas, Monteverde, Pérez y Gómez. Júntense a todo ello nuestras riquezas poéticas y literarias, ya que la amena literatura de entonces no es bien conocida, y tendremos un florecimiento intelectual asombroso y adecuado a nuestra grandeza política como nación.

Pero lo dicho, en vez de resolver la duda, la complica y la hace más difícil. ¿Qué causa hubo para que tanta fecundidad, tanta exuberancia, tanta virtud especulativa, tanta vida del alma se secase de súbito, y hasta se olvidase, aun entre nosotros, que la habíamos tenido, viniendo a caer España en un marasmo mental, en una sequedad y esterilidad miserable de pensamiento, o en extravíos bajos y ridículos, de todo lo cual no salimos sino para seguir humildemente a los extranjeros, como satélites sin espontaneidad, como admiradores ciegos y como imitadores casi serviles? ¿Qué causa hubo para tal abatimiento, del que no hemos salido del todo? La perversión vino primero y la degradación después. Desde las obras de ambos Luises, de San Juan de la Cruz y Santa Teresa, descendimos a las del padre Boneta y a las de otros más deplorables, que sirvieron de modelo a fray Gerundio; de las comedias de Calderón, pasando por Cañizares y Zamora, llegamos a Comella, Luis Monsín y Fermín del Rey, arquetipos de don Eleuterio; desde Garcilaso, Rioja y los Argensolas, bajamos a Montoro, a Benegasí y al cura de Fruime, y desde el romancero del Cid, que Hegel pone por lo más noble, bello, real e ideal a la vez que ha inspirado la musa épica después de los poemas de Homero, fuimos humillándonos hasta no producir sino romances de guapezas y desafueros de bandidos, como el de Francisco Esteban; de chocarrerías y desvergüenzas, como el del *fraile fingido*; de falsos y absurdos milagros, y hasta de fenómenos raros y monstruosos, como el de la mujer que parió trescientos hijos de un parto. Así justificamos toda la burla de los seudoclásicos a la francesa.

¿Fue causa de la humillación el despotismo de los reyes austríacos? No se niega que los reyes austríacos fueron despóticos; pero este mal no fue exclusivo de España. El movimiento general en toda Europa era entonces hacia la concentración del Poder en manos de los monarcas, y nunca llegó a tanto en España como llegó en Inglaterra bajo los Tudores, y en Francia bajo el que llamaron Luis el *Grande* y dio nombre a su siglo. Inglaterra y Francia se levantaron con todo bajo aquellos despotismos, mientras España descendía.

¿Fue la atroz crueldad de la Inquisición la que atajó el vuelo de nuestro espíritu ahogando en sangre nuestra cultura? Miradas imparcialmente las cosas, parece que no. Pues qué, ¿en los demás países no se atenazaba, no se quemaba viva a la gente, no se daban tormentos horribles, no se condenaba a espantosos suplicios a los que pensaban de otro modo que la mayoría? La Inquisición de España casi era benigna y filantrópica comparada con lo que en aquella edad durísima hacían tribunales y gobiernos y pueblos en otras regiones, donde, lejos de decaer, se han levantado. Todos los moros, judíos y herejes castigados o quemados en España por la Inquisición durante trescientos años, no igualan en número, por confesión de Schack, a sólo las infelices brujas quemadas vivas en Alemania nada más que en el siglo XVII. En Francia, sin contar los horrores de las guerras civiles, sólo en la espantosa noche de San Bartolomé hubo más víctimas del fanatismo religioso que las que hizo el Santo Oficio desde su fundación hasta su caída. De Inglaterra no hay que hablar: pueblo entonces más bárbaro y feroz que el Centro y el Mediodía del continente europeo, derramaba la sangre a torrentes.

Nosotros tuvimos cinco años en la cárcel a fray Luis de León; pero no padeció tormento, y al cabo se declaró su inocencia. En la cárcel pudo escribir el libro divino de *Los nombres de Cristo* y otras obras inmortales. En otra nación, y con los mismos émulos que aquí tuvo, quizá no hubiera salido tan bien. No hay que olvidar que a Vanini le arrancaron la lengua con unas tenazas en Francia; que a Bruno le quemaron vivo en Roma; que en Inglaterra ajusticiaron a Tomás Moro, y que a nuestro compatriota Miguel Servet le hizo matar Calvino en Ginebra.

Por más que hayan querido los protestantes engalanarse con el lauro de que la libertad religiosa vino por ellos, la Historia les niega ese lauro. Guizot, protestante, tiene la franqueza de confesarlo. Toda secta disidente ha sido tan fanática y tan intolerante o más que los católicos durante la lucha. Sólo los progresos de la razón, con la imposibilidad de exterminarse unos a otros, trajeron la tolerancia, y la libertad en pos de ella, la cual no ha nacido del seno de ninguna Iglesia, sino de la conciencia humana en general, iluminada al cabo por el verdadero espíritu de Cristo y comprendiéndolo con rectitud.

¿Se originó la perversión y corrupción de nuestra ciencia y literatura de la ignorancia de los inquisidores? Nos parece que tampoco. En aquellos siglos el clero español sabía más que los legos, y los inquisidores eran de las personas más ilustradas del clero español.

¿Provino nuestra caída de la alianza entre la teocracia y el poder real para oprimir al pueblo? Pero ¿dónde ha habido mayor alianza entre ambas potestades que en Inglaterra, donde el jefe de la Iglesia y el del Estado se confundieron en uno?

¿Atribuiremos, por último, los males que aquí se lamentan a la duración, regularidad y constante vigilancia de la Inquisición? La duración de las persecuciones, ya en un sentido, ya en otro, fue la misma en todas partes. Y en cuanto a la regularidad, no se explica qué ventaja lleve lo desordenado a lo ordenado. Antes bien, los parciales de la Inquisición pueden decir, miradas así las cosas, que aquel terrible tribunal contribuyó a que gozásemos de una paz relativa, mientras otras naciones ardían en guerras espantosas que, como en Alemania, duraban treinta años.

La tiranía, pues, de los reyes de la Casa de Austria, su mal gobierno y las crueldades del Santo Oficio no fueron causa de nuestra decadencia: fueron meros síntomas de una enfermedad espantosa que devoraba el cuerpo social entero. La enfermedad estaba más honda. Fue una epidemia que infeccionó a la mayoría de la nación o a la parte más briosa y fuerte. Fue una fiebre de orgullo, un delirio de soberbia que la prosperidad hizo brotar en los ánimos al triunfar después de ocho siglos en la lucha contra los infieles. Nos llenamos de desdén y de fanatismo a lo judaico. De aquí nuestro divorcio y aislamiento del resto de Europa. La parte más ilustrada del clero, los mismos inquisidores, los mismos reyes, más bien que impeler, tuvieron que refrenar la corriente de la intolerancia. Felipe II tuvo que luchar contra la opinión pública para no expulsar a los moriscos y dejar esta triste gloria a su hijo. Nos creímos el nuevo pueblo de Dios; confundimos la religión con el egoísmo patriótico; nos propusimos el dominio universal, sirviéndonos la cruz de enseña o de lábaro para alcanzar el imperio. El gran movimiento de que ha nacido la ciencia y la civilización moderna, y al cual dio España el primer impulso, pasó sin que lo notásemos, merced al desdén ignorante y el engreimiento fanático; y cuando en el siglo XVIII despertamos de nuestros ensueños de ambición, nos encontramos muy atrás de la Europa culta, sin poder alcanzarla, y obligados a seguirla como a remolque.

Pero ¿cómo desconocer nuestros inmensos servicios, nuestra cooperación poderosa en esa misma cultura, por la que Europa hoy a su vez nos desdeña y se muestra tan ufana?

Antes de que la mente del hombre se volviese con más brío al estudio de sí misma, y por último se elevase a Dios como causa primera y fundamento de todo, importaba conocer el universo.

El primer capítulo, pues, de la historia de la ciencia y de la filosofía modernas lo llenan los españoles. Antes que vinieran Copérnico, Galileo, Keplero y Newton a magnificar teóricamente el concepto de la creación, era menester ensanchar y completar la idea del globo que habitamos. Esta misión heroica tocó a los españoles y portugueses. Sin su fe y su energía, Colón no hubiera descubierto la América; Gama no hubiera ido a la India, venciendo a Adamastor; Pizarro no hubiera explorado el Perú, ni Cortés el Anahuac, ni Orellana hubiera bajado por ríos desconocidos, con sólo diez compañeros, desde Quito hasta el Amazonas, y por el Amazonas hasta salir al Atlántico; Balboa no hubiera descubierto el Pacífico, salvando las montañas del istmo que le separa del otro Océano, y Magallanes, por último, cruzando el estrecho, que pone en comunicación ambos mares, casi en el extremo de la América meridional, no hubiera llegado por Occidente a las islas del remoto Oriente. Tres meses y veinte días, sin ver más que agua y cielo, fue Magallanes, con sus compañeros valerosos, por el vasto y desierto mar que la imaginación fingía infinito: el agua, se corrompió, y hubo que beber agua podrida; faltaron los víveres, y hubo que alimentarse hasta de cueros remojados; los hombres morían diariamente de hambre, de miseria y de escorbuto: muchos dudaban de que aquel mar tuviese término; pero Magallanes no quiso volver atrás, confiado en que la Tierra era esférica por la sombra que proyecta en la luna cuando la luna se eclipsa. «Nunca -dice un historiador angloamericano, denigrador y aborrecedor de los españoles-, nunca, en toda la historia de las empresas humanas, hubo nada que excediese a la de Magallanes. Aquel hombre tenía forrado el corazón de triple lámina de bronce. Nunca se ha dado mayor muestra de sobrehumano valor, de perseverancia asombrosa, de resolución que no ceja ante ningún temor ni ningún padecimiento, y de inflexibilidad que va derecha a su fin, rompiendo todos los obstáculos. Magallanes murió cerca de las Molucas; pero su nombre inmortal quedó para siempre grabado en la Tierra y en el Cielo: en la Tierra, en el estrecho que enlaza ambos océanos; en el Cielo, en la nube de estrellas que vio el audaz marino en la bóveda azul del hemisferio antártico.»

Sebastián Elcano, segundo de Magallanes, volvió a España, y puso en su escudo el globo terráqueo con este lema: *Primus circundedisti me*.

Si la ciencia moderna, si la moderna filosofía, si todo aquello de que se envanece el siglo presente, hubiera de marcar el día de su origen, y desde entonces se empezasen a contar los años de la nueva era, que llaman los positivistas edad de la razón, contraponiéndola a la edad de la fe, esta nueva era no empezaría el día en que Bacon publicó su *Novum organum*, ni el día en que salió a luz el *Método* de Descartes, sino el 7 de septiembre de 1522, día en que Sebastián Elcano llego a Sanlúcar de Barrameda en la nave Santa Victoria.

Aunque no hubiéramos, pues, tenido grandes matemáticos, químicos, físicos y filósofos, bastaría para nuestra gloria el haber dado origen a todo ello; el haber dado impulso al movimiento del espíritu humano que supo crearlo.

Además, en esto de la historia de la filosofía, hay que aplicar con frecuencia la moraleja de la fábula titulada *El león vencido por el hombre*. En ninguna historia de otro género puede decirse a cada paso con más justicia: «Y no fue león el pintor.» Cada cual según su nacionalidad, escuela o secta, reparte, como mejor le cuadra, los papeles, la gloria y la importancia de los personajes. Pongamos por caso a Bacon. Unos le dan tanto mérito, o más aún, que a Descartes, asegurando que de él dimanan todos los progresos de las ciencias experimentales, y le contraponen a Descartes, fundador de la filosofía espiritualista y psicológica. Entre ambos reparten toda la gloria: éste, es padre de la ciencia del *no yo*; aquél, de la del *yo*. Pero novísimamente Bacon cae en descrédito, y no ya los espiritualistas, sino los mismos positivistas y empíricos, le tratan con la mayor dureza. Le tildan de ignorante, de preocupado y charlatán presuntuoso. El ídolo de Bacon cae por tierra. En su *Novum organum* ya no hay nada fecundo. Todos los descubrimientos se han hecho a su pesar. Bacon estaba lleno de miras estrechas; no sabía palabra de matemáticas ni de ciencias naturales, y murió sin llegar a convencerse y negando siempre que la Tierra se movía. Draper exclama en su furor contra él: «Tiempo es ya de que el sagrado nombre de filosofía se purifique de su larga conexión con el de ese impostor de ciencia, político acomodaticio, leguleyo, insidioso, juez corrompido, amigo traidor y mal hombre.»

A Descartes, a quien ponen unos como padre de la filosofía moderna, le niegan otros tal paternidad y tal gloria. ¿Por qué Spinoza ha de proceder de Descartes y no de sus compatricios, por españoles y por judíos, Ibn Gebirol y Maimónides? ¿Por qué Newton ha de constar como cartesiano? ¿Es sólo vanidad francesa, o hay razón para afirmarlo así? Leibniz, aunque la filosofía de Descartes sea como antecedente de la suya, ¿no tiene otros elementos extraños que dan más valor a su sistema? Si Descartes tomó no poco de Vives y de Gómez Pereira, ¿parte de su gloria no redunda en pro de aquellos españoles? Pero todo esto está en el aire, cuando sobra quien niegue a Descartes todo merecimiento. Los neotomistas, renovadores de la escolástica, le desdeñan. Gioberti le juzga un mezquino y lastimoso metafísico.

Ha venido después la gran escuela alemana con sus cuatro soles y multitud de satélites; y Hegel se ensoberbece y declara que, desde Grecia hasta que filosofaron en Alemania, no ha habido verdadera filosofía. El fuego sagrado de la inspiración y el aliento fatídico que pronuncia los oráculos de la ciencia una y toda, están custodiados por los alemanes, nuevos Eumolpides que tienen las llaves de este otro santuario de Eleusis y que sólo saben sus misterios.

En virtud de dicha sentencia, todos quedamos iguales, salvo los alemanes y los griegos. Al lado del zapatero Jacob Boehm, Descartes se convierte en pigmeo.

Vienen, por último, los escépticos de todas clases, los positivistas y materialistas: consideran la filosofía como aspiración imposible, delirio de la vanidad humana, o como tentativa pueril de los hombres, cuando carecen aún de ciencia. Los filósofos alemanes y griegos se hunden entonces como los demás mortales, y sólo imperan los matemáticos, los químicos, los médicos y los geólogos.

Decimos todo esto, no para invalidar la filosofía ni su historia, de lo cual distamos mucho, sino para que se vea cuánto pueden y valen el capricho, la moda, el orgullo nacional y el interés de secta o partido en añadir o quitar gloria, en hacer o deshacer reputaciones, según mejor conviene, al formar el cuadro sinóptico de la historia de la civilización de estos últimos siglos.

Para introducir estos cambios y variantes no basta querer: es menester poder. Adquiera España nueva prosperidad; pónganse los treses a cincuenta; brillen entre nosotros la poesía, las artes, el comercio y la industria; figuremos de nuevo en el concierto de las naciones europeas como potencia de primer orden, y entonces, si se nos antoja, tal vez hagamos creer que Vives fue superior a Descartes; que Foxo Morcillo, conciliando a Platón con Aristóteles, fue el precursor del racionalismo armónico, y hasta que el padre Fuente de la Peña, en su *Ente dilucidado*, allanó el camino a Darwin y a Haeckel.

A fin de llegar a tan buen término son indispensables dos condiciones: no divorciarnos de nuestro propio espíritu: no renegar de él como en el siglo XVIII, y no aislarle tampoco como en el siglo XVII, sino ponerle sin temor en medio del raudal de las ideas de nuestro siglo, para que se nutra y robustezca con ellas, sin perder su esencia inmortal y su propio carácter.

Bien podremos entonces estar seguros de que si imitamos a los filósofos modernos alemanes, pondremos al cabo en sus filosofías un sello tan castizo, que las haremos propias, al modo que nuestros grandes místicos, imitando y citando también a los místicos alemanes como Suso, Tauler y Ruysbroeck, fueron originalísimos[44]; y bien podremos estar seguros de

---

[44] Esta imitación de los místicos alemanes por los místicos españoles prueba que la grande originalidad no proviene de aislarse, sino de conocer lo que los otros dijeron y añadir algo del caudal propio. Rousselot niega que los místicos alemanes hayan ejercido la menor influencia en los españoles, ya porque escribieron en alemán, ya porque sus obras, menos las de Ruysbroeck, fueron condenadas por panteísticas. «No se encuentra -dice Rousselot- vestigio alguno en los escritos de los españoles, por donde se pueda suponer que se han inspirado en los alemanes» Pero Rousselot, a mi ver, afirmó esto muy de ligero. Yo, a la verdad, no recuerdo haber hallado jamás citado al maestro Eckart, Hegel y Schelling, a la vez de aquella escuela, en ningún místico español; pero las doctrinas de Eckart debieron de ser medianamente conocidas, merced a Dionisio Cartujano, que las reproduce. Y en cuanto a los otros místicos alemanes, que son como discípulos de Eckart y predecesores de Hegel, no sólo han sido leídos por nuestros místicos, sino citados a cada paso con extraordinarios elogios. El iluminado y extático padre fray Miguel de la Fuente da testimonio de lo dicho en sus *Tres vidas del hombre*. Suso, Tauler, Ruysbroeck, Harp y otros alemanes, vienen citados por él con frecuencia. Y en prueba de que confesaba el influjo de los alemanes, no ya sólo en él, sino en otros místicos españoles de más fama diremos lo que pone al hablar de la suspensión del hombre íntimo: «Todo esto que hemos dicho, lo dijo altísimamente Rusbrochio, varón gravísimo y muy ilustrado de Dios, en un libro que intituló *De los grados del amor*. Nuestra Santa Madre Teresa de Jesús, en su *Vida*, lo comentó divinamente.» El mismo iluminado y extático fray Miguel describe lo que es el centro del alma, con palabras tomadas de Ruysbroeck y de Suso: «Lo sustancial del alma -dice- es la parte más excelente que hay en ella, la cual pende del mismo Dios: es inmóvil; más alta sin comparación que el Cielo más supremo, más profunda que el abismo del mar, más ancha y más extendida que el mundo todo, porque la naturaleza espiritual excede incomparablemente a todo lo corpóreo; y esta esencia o sustancia del alma es el reino natural de Dios, término y fin de las operaciones del alma, y no hay criatura de las espirituales y celestiales que pueda llenar su capacidad, según es inmensa, sino sólo Dios, que es la esencia de su esencia y la vida de su vida.»

Con lo expuesto sobra para probar que se equivoca Rousselot al afirmar que no hay vestigio en nuestros místicos de que imitasen a los alemanes. Y con lo expuesto, y con mil citas más que pudiéramos hacer, se

que, más hoy que en el siglo XVII, todo español dejado en plena libertad entre Lutero y San Ignacio, preferirá a San Ignacio y dejará a Lutero. Y en efecto hasta para cualquier español descreído y racionalista vale más que el fraile fanático y medio loco, envidioso de las artes y esplendores de los pueblos neolatinos, y en pendencias y dimes y diretes groseros con el mismo demonio, aquel hidalgo convertido de repente, herido por Dios como Israel, y suscitado por Dios contra el heresiarca, el cual, para combatirle y para cumplir al mismo tiempo la obra de misericordia de *enseñar al que no sabe*, buscó compañeros como el Apóstol de Oriente, y con sólo su palabra, sin ejércitos y sin favor y auxilios de soberanos, fundó el imperio más extraño del mundo, imperio que dura aún, y que a la muerte de su fundador se extendía por Alemania, Francia, Italia, España, Portugal, el Brasil y la India, contando más de cien casas o colegios que amenazaban avasallar el resto de la Tierra.

Pero así como éstas y otras grandezas españolas no se pueden atribuir a los gobiernos, sino a la espontaneidad y al entusiasmo de toda la nación, así tampoco debemos, si hemos de ser imparciales, culpar sólo a los inquisidores feroces y a los reyes tiranos de la perversión y miseria en que caímos. ¿Qué tiranía había de ejercer el imbécil y débil Carlos II? Además, cuando vemos hoy la animación, bullicio y alegría de la calle de Alcalá en una tarde de toros, no se nos ocurre pensar que el Gobierno tiraniza al pueblo y lo hace ir a los toros por fuerza. Pues con más gusto, trabajaron los madrileños en levantar el tablado, animándose con devotas exhortaciones; con mejor voluntad acudieron la corte y ochenta y cinco grandes de España, y con más deleite presenció todo el pueblo el auto de fe de 1680, en que fueron condenadas ciento veinte personas, y de ellas veintiuna quemadas vivas.

# Elogio de Santa Teresa

Contestación al discurso de recepción del excelentísimo señor conde de Casa Valencia en la Real Academia Española el 30 de marzo de 1879

SEÑORES:

Nada podría lisonjearme y agradarme más que el encargo que me habéis dado de contestar al bello discurso que acabamos de oír. Su autor, recibido hoy en el seno de esta Corporación, está unido a mí por lazos de parentesco, y, lo que es más estimable y grato, por amistad de mucho tiempo, jamás interrumpida hasta ahora y que promete no serlo nunca.

Si la disposición de ánimo, que de estu afecto nace, no tuerce mi juicio, inclinándome a la benevolencia, me atrevo a afirmar que la obra literaria que el nuevo académico nos ha leído corrobora las razones que para elegirle tuvisteis, siendo dichosa muestra de sobriedad, tersura y sencilla elegancia de estilo y cumplido dechado de crítica juiciosa.

Pero, por mucho que valga su discurso, el conde de Casa-Valencia había exhibido antes otros títulos de más valer para aspirar a tomar asiento entre vosotros.

---

probaría que ni la Inquisición ni nadie era entonces en España tan asustadizo como ahora de que nos inficionasen los alemanes con su panteísmo o panenteísmo.

El padre fray Miguel de la Fuente nació en 1573 y murió en 1625. Vivió y escribió, por tanto, en el siglo de Oro de nuestra literatura. (N. del A.)

No pocas veces he discutido yo con él acerca de un punto importantísimo en la historia de toda literatura, y singularmente de la española, en nuestros días. Fundábase nuestra controversia en este aserto, que dábamos por sentado: en nuestra España apenas tiene el escritor el incentivo del lucro, o es tan ruin el incentivo que no debe suponerse que sea él y no el amor de la gloria quien a escribir estimule.

La controversia era, pues, sobre si tal carencia, ineficacia o escasez de incentivo, era un bien o un mal para las letras.

Como yo no vengo aquí a hacer pública confesión de mis culpas, no diré si por carácter vacilo; pero sí confesaré que, salvo en ciertas cuestiones de primer orden, en que sostengo siempre la misma opinión, rayando en tenacidad mi consecuencia, suelo en muchas otras, que considero secundarias, vacilar con demasía y no acabar nunca de decidirme, fluctuando entre los más encontrados pareceres. Percibo o imagino que percibo cuantos argumentos hay en pro y en contra, y ya me siento solicitado por unos, ya atraído por otros, en direcciones opuestas.

En este asunto de las letras mal remuneradas, me ocurre, mil veces más que en otros, tan lastimosa fluctuación.

Prescindo del interés que como escritor me induce a desear que los libros se vendan a fin de hallar en componerlos medio honrado de ganar la vida. Y libre mi criterio de esta seducción, diré en breves frases lo que en pro de ambos pareceres se presenta a mi espíritu.

Cuando yo era mozo, me encantaba la lectura de un tratado del célebre Alfieri, cuyo título es *Del príncipe y de las letras*. Nada me parecía más razonable que lo que allí se afirma. Todavía, en tiempo del autor, los poetas, los filósofos, los que componían historias, todos los escritores, en suma, contaban poco con el vulgo, y esperaban o gozaban remuneración por sus trabajos de algún magnate, monarca, tirano o señor espléndido, que los protegía. Contra esto se enfurece Alfieri, declama con severa elocuencia y se desata en invectivas y en raudales de indignación. Para complacer al príncipe, magnate o tirano, a quien se sirve y de quien todo se espera o teme, importa adular, encubrir a menudo las verdades más provechosas al género humano y emplear un estilo sin nervio. El escritor, pues, que se respete y que estime su misión en lo que vale, es menester que se sustraiga y emancipe de la protección y tutela del tirano, que aprenda y ejerza oficio manual para vivir independiente, y que, de esta manera, escribiendo sólo por amor a la gloria y por filantropía, esto es, por deseo santísimo y purísimo de adoctrinar a los hombres y de hacerlos más virtuosos, componga obras merecedoras de pasar a la posteridad, para bien de las generaciones futuras, a quienes sirve de guía y norte.

Todos estos razonamientos repito que me encantaban. Y yo daba gracias fervientes al cielo porque me había hecho nacer en una edad en que las cosas habían cambiado de tal suerte, que el escritor, contando con el público, para nada necesitaba de tirano a quien adular, ni a fin de no incurrir en su enojo se veía obligado a callar las más útiles y hermosas teorías.

Después vinieron la contradicción y la duda. Esto que hoy se llama público y que en lo antiguo con vocablo menos respetuoso se llamaba vulgo, ¿no es tirano también? ¿No es menester adularle si queremos ganar su voluntad? ¿No conviene decirle cosas que le deleiten, para tenerle propicio? ¿No se necesita callar las verdades más sanas para que no se enfade?

Si el público fuera en realidad equivalente al vulgo, si el público y el pueblo fuesen la misma entidad, aún se podría sostener; que posee, si no reflexivo acierto para apreciar la bondad, la verdad o la belleza, instinto semidivino y casi infalible que le lleva a fallar sobre todo ello con justicia. Pero entre las muchedumbres que gozarán, a no dudarlo, de tan noble instinto, y el escritor que a ellas se dirige, siempre o casi siempre se interpone cierta capa

social, aunque leve y sutil, muy tupida, donde la voz se embota y apaga o el escrito se detiene, sin llegar ante los ojos o sin penetrar en los oídos de ese vulgo o de ese pueblo, que exento de prejuicios y con certera candidez sabría decidir lo justo, si la voz o el escrito se pusiera a su alcance. Detenidos éstos en la mencionada capa social, sólo de ella pueden los escritores esperar hoy el galardón que apetecen. Lo malo es que las gentes que forman esta capa social son, a mi ver, poco a propósito para el fallo. Egoístas en grado sumo, se dejan arrastrar de la pasión o del interés del momento. Hasta lo más excelso y transcendental se subordina a la moda: ora por moda son creyentes, ora por moda son impíos. A la adulación se hallan tan propensos como el más engreído tirano. Y suelen carecer del buen gusto de que algunos tiranos, protectores de las letras, han dado pruebas brillantísimas. Bien puede ponerse en duda que haya habido jamás clase media bastante ilustrada para competir en tino, al proteger la poesía y las demás letras humanas, con Pericles, Augusto Mecenas, Bembo, León X, Lorenzo el Magnífico, Luis XIV de Francia y el duque de Weimar. Ni sé yo, si se ahonda y escudriña bien este negocio, qué cosas tan útiles al linaje humano se hubieron de callar los protegidos por no incurrir en el desagrado de sus egregios protectores. ¿Qué prohibiría decir, por ejemplo, el duque de Weimar a Herder, Wieland, Lessing, Goethe y Schiller? Yo me doy a entender que ellos dijeron todo lo que quisieron, y que, sin miedo de perder el favor del amable soberano que los hospedaba, y regalaba con generosa magnificencia, permítaseme lo familiar de la frase, se despacharon a su gusto.

No se opone esto a que Alfieri en general tuviese razón; pero es menester hacer extensivo su argumento, no sólo al escritor que se somete a un príncipe sino al escritor que al público se somete. Por donde vendrá a inferirse que la verdadera independencia y nobleza de quien escribe está en el propio ser de su alma y no en la circunstancia exterior de que viva asalariado por un príncipe o por un mercader de libros que le paga con lo que del público cobra.

Sea como sea, en el día, este segundo modo de ganar algo con las letras es el único posible. Los príncipes no son señores de vidas y haciendas; apenas se halla tirano, amable o no amable, que pueda disponer de la fortuna pública para proteger a los poetas y literatos; y lo más natural es que éstos se hagan pagar por el público su tra bajo, porque no se ha de confundir por ningún estilo el antiguo patrocinio de los príncipes con lo que hoy se llama protección oficial. Esto, por muchas garantías que se den y por más exquisitas precauciones que se tomen, tiene todos los inconvenientes de los otros dos modos de protección. En lo tocante a servilismo baja hasta lo ínfimo, pues no se trata ya de adular a los Médicis o al distinguido y simpático duque de Weimar, sino al ministro, tal vez zafio y oscuro; al director, tal vez lego, y acaso, al triste oficial del Negociado. Las elegancias cortesanas, los primores del estilo, la atildada compostura, que para ganar la protección de la Corte se requerían, están aquí de sobra. Por todo lo cual entiendo que de esta protección oficial, concedida en virtud de prosaicos expedientes, sólo nace una literatura enfermiza y enteca, como planta criada en invernáculo; libros de pacotilla, sin elevación ni libertad de espíritu en quien los escribe y desprovistos además de aquella distinción y de aquella pulcritud aristocráticas, que siempre son un mérito, no existiendo otros de más sustancia.

Así, pues, yo propendo a creer que es inútil, si no por todo extremo nociva, la protección oficial a la literatura, y en particular a la amena, y sólo comprendo que proteja y subvencione el Estado ciertas producciones tan hondas, sutiles y tenebrosas, que se pueda presumir razonablemente que no cuentan en una nación, medio culta siquiera, con un público que pase de cien personas, como, por ejemplo, un libro de matemáticas sublimes, erizado de fórmulas, signos y figuras, y atiborrado de cifras, misteriosas para el profano. Lo demás, o dígase novelas, versos, historia, política y hasta filosofía, el público debe pagarlo, y si no lo paga, mejor es que no se escriba o que se escriba de balde.

Casi se puede afirmar que tal es el caso de España.

Aquí renace la cuestión. ¿Esto es un mal o es un bien? Yo, a pesar de mis vacilaciones, y a pesar del interés personal que me lleva a creer lo contrario, creo que es un bien.

Todo el que tiene o imagina tener algo peregrino, bello y nuevo que decir, de seguro que no se lo calla; lo dice, aunque no se lo paguen. Por decirlo es muy capaz de pagarlo, si tiene dineros. ¿Hay mayor hechizo que el de que nos escuchen o nos lean? Fiado en este hechizo, trazó Leopardi el gracioso y lucrativo proyecto de una compañía o sociedad de oyentes, que se haría pagar por oír a los autores. El filósofo que inventa un sistema, el vidente que percibe al numen agitando su alma, y el poeta a quien el estro hiere y aguija con invencible brío, escribirán sus filosofías, sus poesías y sus visiones, aunque nada les valgan. El escribir entonces será de veras sacerdocio: algo de devotísimo y sagrado que se tomará por oficio. Se escribirán pocos libros medianos. Sólo se escribirán algunos buenos.

Y se escribirán muchos pésimos, por los alucinados de la gloria; pero esto no obsta, porque el río del olvido los arrastrará en su corriente, a poco de haber salido a luz y sin dejar huella ninguna.

De que los libros no valgan dinero resultará que todos aquellos hombres de entendimiento, que sirven para algo, harán mil cosas útiles y no escribirán. Sólo escribirán los verdaderamente inspirados, los amantes de la gloria, los punzados o impelidos por el estro, los que tienen algo grande y nuevo que decir, o el que absolutamente no sirve para nada, y, como ha seguido carrera literaria, se hace escritor, desesperado de no poder hacer otra cosa y para consolación en su desventura.

Infiero yo de aquí que no reflexionan derechamente los que, llenos de terror de que haya tanto letrado en España, dicen que deben dificultarse las carreras a fin de que muchos tomen oficio o se empleen en más humildes menesteres, porque nuestras aficiones hidalgas o señoriles no lo consentirán nunca: y, si el que estudia algo, aunque sea poco, se convierte hoy en autor, cuando no estudie nada, y no espere regalo y favor de las musas, como ya hacen muchos que no han cursado en las Universidades, se convertirán en hacendistas, y las cosas empeoraran. Un poeta, por perverso que sea, es al cabo menos dañino que cualquier aspirante a ministro de Hacienda, o a banquero, o a director del Tesoro.

El argumento no vale, sin embargo, sino para probar que no son dañinos los muchos autores, y no para excitar a que se paguen sus obras.

Donde éstas se pagan bien, por lo rico y más próspero del pueblo para quien se escriben, hay que lamentar hoy cierta plétora. Así en Inglaterra, Tauchnitz, editor de Leipzig, hace una edición de autores ingleses, contemporáneos los más. Es de presumir que sólo publica lo mejor. Su biblioteca o colección, no obstante, consta ya de mucho más de dos mil volúmenes. Convengamos en que esto pone grima. ¿Es posible que el espíritu humano, por fértil que sea, tenga suficientes primores, novedades y lindezas que decir, para llenar tantos volúmenes, o habrá harto de repeticiones y de palabrería? Lo confieso: al ver esta viciosa lozanía, esta intrincada selva o matorral de libros, que nacen donde se pagan, casi me avengo a que no se paguen aquí o se paguen mal, a fin de que sólo escriban los que por ilusión sandia se creen *genios*, o los que tienen algo de *genios* y no pueden menos de escribir. Los libros de aquéllos pasarán y los pocos de éstos quedarán, como conviene que queden, sin confundirse en el fárrago insulso de tanto como por oficio se escribe.

Por otra parte, donde no valen dinero las obras literarias, los autores no suelen ser tan prolijos en escribir, y esto es gran ventaja. Aunque yo disto infinito de ser profundo, venero la

profundidad, si bien me guardo de confundir lo profundo con lo difuso. Y cierto que hoy se peca gravemente en esto, donde los libros valen. Hay, verbigracia, una historia de Inglaterra que, se toma por modelo. No empieza la narración sino doscientos años ha. El autor murió dejando escritos, en uno ocho tomos de la citada edición del Tauchnitz, ocho años sobre poco más o menos de dicha historia. Para escribirla toda hasta hoy, hubiera sido menester en el autor la facilidad del Tostado y la vida de Matusalén, a fin de escribir doscientos tomos. Y hasta para leer toda la historia, uno que no leyese muy deprisa tendría que consumir lo mejor de su vida.

Si estas razones tengo para no sentir que el oficio de escribir sea bien retribuido, no faltan razones desinteresadas para desear que lo sean. Y es una de gran peso el considerar que no se logra escribir bien y sacar a luz obras inmortales con larga meditación y estudio, sino que las mejores obras suelen brotar de repente, y el autor las produce como por milagro y caso divino, escribiendo veinte cosas malas o medianas antes de atinar con una buena.

En los terrenos feraces, si se siembra trigo y se cultiva bien, el trigo nace en abundancia; pero no dejan de nacer cizaña y otras hierbas perniciosas, y, sin embargo, no es razón que, a fin de evitar que la cizaña nazca, se quede por cultivar el terreno y no se eche en él buena simiente. Ya vendrá en su día y sazón quien escarde el haza o sembrado y arranque lo que allí ha nacido de más, a fin de que el trigo crezca, medre y cunda sin ahogo.

Esto, en las letras, lo hace la crítica. Porque yo me figuro, pongo por caso, que había de haber un sinnúmero de cantos y narraciones populares sobre la guerra de Troya, y que sin duda algún sabio discreto desechó lo más y escogió lo menos y más hermoso, y enlazándolo entre sí con artificio y orden, compuso los maravillosos poemas de la *Ilíada* y de la *Odisea*. Y del gran moralista antiquísimo de los chinos, no ya por presunción se colige, sino que a ciencia cierta se sabe, que de fatigosa cantidad de sentencias, eliminando muchas, ya por vanas y frívolas, ya por repetidas, reunió lo mejor y más sustancioso, y esto le dio la fama, el crédito y la autoridad semidivina de que él goza entre los de su nación y casta, con provecho y bienandanza de todos.

Por este lado, pues, yo me inclino a desear que se escriba mucho, aunque se nos antoje que no es de mérito, porque sin tanta rapsodia no hubiera salido la *Ilíada*, y sin tanta sentencia no hubiera podido extraer las suyas el sabio Confucio. En España, dejando en suspenso el decir si es bien o mal, ya que en mi entender para todo hay razones, se escribe poco en proporción de lo que en otros países se escribe. Y aun de eso poco que se escribe en España, no suele ser lo peor lo que, por incuria o falta de estímulo, queda inédito o pasa ignorado.

Notable prueba de lo que digo pudieran dar bastantes varones ilustres que ocuparon las sillas de esta Academia, cuyas obras, de gran importancia unas y otras de sabrosísima lectura, andan perdidas en los periódicos o existen manuscritas y expuestas a perecer, sin que nadie las imprima y publique en colección; así, por ejemplo, los escritos de don Agustín Durán, de don Antonio Alcalá Galiano, de don José Joaquín de Mora y de otros.

Los españoles son más aficionados al tumulto del espectáculo público que a la soledad y al retiro, y más se avienen con emplear los oídos en escuchar que los ojos en leer las creaciones del ingenio, por donde éste suele mostrarse, mejor que en el libro, en el teatro y en la tribuna. De aquí que nuestra Academia elija gran parte de sus individuos entre los autores dramáticos y los oradores.

De los últimos hay varios que apenas han dejado escritos, por faltarles tiempo y aliciente para escribir, si bien por lo poco que dejaron es fácil rastrear y columbrar cuánto hubieran acertado al hacerlo, si con afán hubiesen dedicado a tales tareas las altas prendas de escritores

que los adornaban. Valga como muestra la bellísima cita, hecha por el conde de Casa-Valencia en el discurso a que contesto, de un artículo del señor Ríos Rosas, *La mujer de Canarias*, única producción en prosa que, a más del discurso de recepción aquí, confieso conocer, como trabajo meramente literario, de tan eminente repúblico y tribuno.

El nuevo académico, a quien tengo la honra de contestar, se cuenta entre aquellos que vienen principalmente aquí a título de oradores, como Pacheco, Olázaga, González Bravo y el citado Ríos Rosas.

Su elocuencia parlamentaria y didáctica es harto digna de este premio. Fácil y discreto en cuanto dice, une el conde a la elegancia de la frase, la nitidez, la corrección y el método, que valen tanto para hacerse comprender; la amenidad y la gracia, que atraen al auditorio y ganan las voluntades; la firmeza, que infunde el convencimiento, y la circunspección, la mesura y el sereno reposo, que cuadran y se ajustan tan bien con la índole del hombre de Estado.

Pero el nuevo académico no ha lucido sólo en las asambleas políticas las dotes que como orador le distinguen, sino que, durante tres años, ante numeroso y complacido concurso, ha dado en el Ateneo interesantes lecciones sobre *La libertad política en Inglaterra*, las cuales, con aplauso general y no escaso fruto de los que estudian seriamente la política, corren impresas en tres volúmenes. En ellos, a más de campear las excelencias que ya he encomiado, se atesoran no pocas noticias históricas, para la generalidad de nuestros compatriotas desconocidas, y muchas advertencias y máximas, sacadas con tino y agudeza de los mismos hechos que se refieren.

Entre otros trabajos del conde, es muy de alabar además uno, bastante extenso, publicado en la *Revista de España*, con el título de «La embajada de don Jorge Juan en Marruecos», en el cual no sólo se descubren excelentes condiciones del estilo propio para la narración histórica, sino la aptitud didáctica, sesuda y reflexiva de que el autor da tantas señales en las precitadas lecciones.

De su discurso de recepción sería petulancia en mí hacer aquí el panegírico, ¿Cuál mejor que vuestro aplauso? ¿Qué prueba más clara de su mérito que el deleite e interés incesante con que le habéis oído?

Grande es mi deseo de contestar dignamente a dicho discurso; pero ni la premura del tiempo, ni las dolencias y graves disgustos que en estos días me han aquejado, ni mi falta de serenidad y de paz interior habrían de consentirlo, aunque la pobreza de mi erudición y la cortedad de mi entendimiento no lo estorbasen.

El tema sobre que versa el discurso no puede serme más simpático; pero esto no basta.

Con ocasión de que las mujeres se complacen ahora en asistir a estas reuniones, encarece mi amigo y compañero la capacidad que hay en ellas para el cultivo de las letras, y cuán útil y conveniente es que las cultiven. En todo esto mi mente se halla en perfecta consonancia con la suya. Nada diría yo, aunque supiera decirlo, para invalidar sus razones. Lo poco que yo añada será para esforzarlas.

El ser espiritual de la mujer no me parece, con todo, igual al del hombre, sino radicalmente distinto. Lo que el espíritu de ellas concibe sería, a mi ver, monstruoso, si no diese señales de que es de mujer. Mas esta desigualdad no implica diferencia de valer, ni presupone inferioridad mucho menos. La diferencia está en las condiciones y calidades, en algo que se siente de un modo confuso y que es difícil de determinar y de expresar.

Pero la diferencia existe, y, aunque no sea más que por esta diferencia, deben escribir las mujeres. Si sólo escriben los hombres, la manifestación del espíritu humano se dará a medias: sólo se conocerá bien la mitad del pensar y del sentir de nuestro linaje.

En los pueblos donde la mujer vive envilecida en la servidumbre y no se la deja educarse y saber, la civilización no llega jamás a completo florecimiento: antes de llegar se corrompe o se marchita. Es como si al alma colectiva de la nación o casta donde esto ocurre se le cortase una de las alas. Es como ser vivo que tiene la mitad de su organismo atrofiado o inerte por la parálisis.

Si el alma de la mujer es diferente de la nuestra, hasta en la operación más inmaterial debe notarse. Y yo creo justo y consolador sostener esta diferencia. Si yo cayese en la tentación de hacerme espiritista y de dar fe a la *palingenesia*, metempsícosis, o como quiera llamarse, imaginando que renacemos en otros astros y mundos de los que pueblan el éter insondable, entendería que la mujer siempre quedaba mujer, pues tendría yo una desazón grandísima si me volviese a hallar, en Urano o en Júpiter, con la linda señora a quien hubiese amado en nuestro planeta, aunque fuese de un amor más platónico que el de Petrarca por Laura, convertida en caballero o en algo equivalente, según los usos de por allá.

No puede ser mero accidente orgánico el ser de un sexo o de otro, sino calidad esencial del espíritu que informa el cuerpo.

Repito, no obstante, que no implica esto que se dé inferioridad en las mujeres, ni en el alma ni en los órganos que la sirven. Los españoles nos hemos inclinado siempre a creerlas superiores en todo. El sublime concepto que de ellas tenemos se cifra en cierta sentencia que Calderón, no una, sino arias veces, pone en boca de sus galanes:

> Que si el hombre es breve mundo
> la mujer es breve cielo.

Recuerdo que Juan de Espinosa, en cierto *diálogo* que escribió *en laude de las mujeres*, titulado *Ginaecepaenos*, se extrema en ponderar lo superiores que son en todo las mujeres, valiéndose para ello de las doctrinas escolásticas, de la Historia, de la teología y de los argumentos más raros y sutiles. Dice, por ejemplo, con darvinismo profético y piadoso, que Dios sacó de lo menos acabado y perfecto lo más perfecto y acabado. Del hombre sacó a la mujer no sin menoscabo y detrimento, pues que le sacó una costilla; y de la mujer, sin detrimento ni menoscabo alguno, sacó un perfectísimo varón, en quien quiso humanarse. Otra observación no menos curiosa del *Ginaecepaenos* es que el hombre fue creado por Dios en cualquier parte, mientras que la mujer la creó Dios en el Paraíso.

Dejando a un lado estas cuestiones, sobrado profundas, digo que la mujer, aun cuando no escriba, influye benéficamente inspirando lo mejor de cuanto se escribe. ¿Qué poesía, qué drama, qué leyenda, qué novela, no tiene por asunto principal el amor de la mujer? Inspirado por su amor y deseoso de conquistar su amor, canta casi siempre el poeta. Mas no contentas las mujeres con tanta gloria, no satisfechas de inspirar sólo, han querido y debido escribir también, a fin de que una de las fases de nuestro espíritu, colectivamente considerado, no quede en la sombra, sin dejar rastro y sin dar razón permanente de sí.

El nuevo académico, concretándose a nuestra patria, ha hablado con elogio merecido y ha hecho el recuento de las mejores escritoras que enriquecen el idioma castellano con sus producciones.

Es evidente que, en un discurso que por fuerza no ha de extenderse demasiado, no puede esto hacerse por completo. España ha sido tierra fecundísima en escritoras, y el conde de Casa-Valencia ha tenido que hablar poco de las que ha hablado y que dejar de hablar de muchas.

Con más reposo y tiempo que los que tengo ahora, no me sería difícil, ya que no completar, añadir algo, citando otras autoras de la época cristiana, y hasta hablando de las poetisas muslímicas, que las hubo en gran número y muy notables.

Un compañero nuestro, el académico correspondiente don Gumersindo Laverde, pronto, por dicha, llenará este vacío. Sé que reúne noticias con diligencia, y que escribe sobre el asunto. Yo espero que Dios mejore su quebrantada salud, así por lo mucho que estimo y quiero a tan laborioso, entendido y modesto amigo, como para que el público goce del libro que acerca de las escritoras españolas está componiendo, y que será de seguro bueno y provechoso, como toda obra suya.

Quisiera yo, no obstante, añadir aquí algo sobre lo que ha dicho el señor conde en alabanza de nuestra gran poetisa doña Gertrudis Gómez de Avellaneda; pero temo repetir lo que ya en algunos escritos míos, a que me remito, dije de sus obras líricas y de alguna dramática.

La premura del tiempo me incita además a no hablar de la gran poetisa, para consagrarme todo, en lo que puedo decir aún sin fatigar vuestra atención, a otra mujer, a otra poetisa harto más asombrosa, hija de nuestra España y una de sus glorias mayores y más puras, la cual, aun considerándolo todo profanamente, me atrevo a decir, sin pecar de hiperbólico, que vale más que cuantas mujeres escribieron en el mundo.

Mi pluma tal vez la ofenda por torpe e inhábil; pero mi intento es sano y de vivo entusiasmo nacido. Mi admiración y mi devoción son tales, que si respondiese mi capacidad a mi afecto, diría yo algo digno y grande en su elogio.

Bien pueden nuestras mujeres de España jactarse de esta compatriota y llamarla sin par. Porque, a la altura de Cervantes, por mucho que yo le admire he de poner a Shakespeare, a Dante y, quizá, al Ariosto y a Camoens; Fénelon y Bossuet compiten con ambos Luises, cuando no se adelantan a ellos; pero toda mujer, que en las naciones de Europa, desde que son cultas y cristianas, ha escrito, cede la palma y aun queda inmensamente por bajo, comparada a Santa Teresa.

Y no la ensalzo yo como un creyente de su siglo, como un fervoroso católico, como los santos, los doctores y los prelados sus contemporáneos la ensalzaban. No voy a hablar de ella impulsado por la fe poderosa que alentaba a San Pedro Alcántara, a San Francisco de Borja, a San Juan de la Cruz, al venerable Juan de Ávila, a Bañés, a fray Luis de León, al padre Gracián y a tantas otras lumbreras de la Iglesia y de la sociedad española, en la Edad de Oro de nuestra monarquía; ni con el candor con que la amaban y veneraban todos aquellos sencillos corazones que ella arrobó con su palabra y con su trato para dárselo a su Esposo Cristo; sino desde el punto de vista de un hombre de nuestro tiempo, incrédulo tal vez, con otros pensamientos, con otras aspiraciones, y, como ahora se dice, con otros ideales.

En verdad que no es éste el punto de vista mejor para hablar de la Santa; pero yo apenas puedo tomar otro. No hay método además que no tenga sus ventajas.

Para las personas piadosas es inútil que yo me esfuerce. Por razones más altas que las mías, comparten mi admiración. Y en dicho sentido, nada acertaría a escribir yo que ya no hubiesen escrito tantos teólogos y doctores católicos de España, Alemania, Francia, Italia y otras naciones, devotos todos de la admirable monja de Ávila, y que, en diversas lenguas y en épocas distintas elogiaron sus virtudes, contaron su vida y difundieron su inspirada enseñanza.

Aunque este escrito mío no fuese improvisado, aunque me diesen años y no horas para escribirlo, nada nuevo podría añadir yo de noticias biográficas, bibliográficas y críticas, después de la edición completa de las obras de la Santa, hecha por don Vicente de la Fuente con envidiable amor, con afanoso esmero y con saber profundo.

Véome, pues, reducido a tener que hablar de la Santa sólo como profano en todos sentidos.

Mis palabras no serán más que una excitación para que alguien, con la ciencia y el reposo de que carezco, no en breve disertación, sino en libro, exponga por el método que hoy priva aquella doctrina suya, que fray Luis de León llamaba *la más alta y más generosa filosofía que jamás los hombres imaginaron*.

Algo de esto ha hecho, para vergüenza nuestra, un escritor francés, Pablo Rousselot, en libro que titula *Los místicos españoles*, donde si deja mucho que desear, aún nos da más que agradecer, ya que ha sido el primero en tratar el asunto como filósofo, moviendo a algunos españoles, a par que a impugnarle y completarle, a imitarle y a seguir sus huellas. Tales son un distinguido compañero nuestro, que no nombro, porque está presente y ofendería su modestia, y el filósofo espiritualista de Béjar, don Nicomedes Martín Mateos, a quien me complazco en mentar aquí y con cuya buena amistad me honro.

La dificultad de decir algo nuevo y atinado de Santa Teresa, crece al considerar lo fecundo y vario de su ingenio y la multitud de sus escritos; y más aún si tenemos en cuenta que su filosofía, *la más alta y más generosa*, no es mera especulación, sino que se transforma en hechos y toda se ejecuta. No es misticismo inerte, egoísta y solitario el suyo, sino que desde el centro del alma, la cual no se pierde y aniquila abrazada con lo infinito, sino que cobra mayor aliento y poder en aquel abrazo; desde el éxtasis y el arrobo; desde la cámara del vino, donde ha estado ella regalándose con el Esposo, sale, porque Él le *ordena la caridad*, y es Marta y María juntamente; y embriagada con el vino suavísimo del amor de Dios, arde en amor del prójimo y se afana por su bien, y ya no *muere porque no muere*, sino que anhela vivir para serle útil, y padecer por él, y consagrarle toda la actividad de su briosa y rica existencia.

Pero aun prescindiendo aquí de la vida activa de la Santa y hasta de los preceptos y máximas y exhortaciones con que se prepara a esta vida y prepara a los que la siguen, lo cual constituye una admirable suma de moral y una sublime doctrina ascética, ¡cuánto no hay que admirar en los escritos de Santa Teresa!

Divertida y embelesada la atención en tanta riqueza y hermosura como contienen, no sabe el pensamiento dónde fijarse, ni por dónde empezar, ni acierta a poner orden en las palabras.

A fin de decir, sin emplear muchas, algo digno de esta mujer, sería necesario, aunque fuese en grado ínfimo, poseer una sombra siquiera de aquella inspiración que la agitaba y que

movía a escribir su mente y su mano; un asomo de aquel astro celestial de que las sencillas hermanas, sus compañeras, daban testimonio, diciendo que la veían con grande y hermoso resplandor en la cara, conforme estaba escribiendo y que la mano la llevaba tan ligera que parecía imposible que naturalmente pudiera escribir con tanta velocidad, y que estaba tan embebida en ello que aun cuando hiciesen ruido por allí nunca por eso lo dejaba ni decía la estorbasen.

No trajo aquí esta cita como prueba de milagro, sino como prueba candorosa de la facilidad, del tino, del inexplicable don del Cielo con que aquella mujer, que no sabía gramática ni retórica, que ignoraba los términos de la escuela, que nada había estudiado, en suma, adivinaba la palabra más propia, formaba la frase más conveniente, hallaba la comparación más idónea para expresar los conceptos más hondos y sutiles, las ideas más abstrusas y los misterios más recónditos de nuestro íntimo ser.

Su estilo, su lenguaje, sin necesidad del testimonio de las hermanas, a los ojos desapasionados de la crítica más fría, es un milagro perpetuo y ascendente. Es un milagro que crece y llega a su colmo en su último libro, en la más perfecta nota de sus obras: en *El castillo interior o las moradas*.

La misma santa lo dice: *El platero que ha fabricado esta joya sabe ahora más de su arte*. ¡En el oro fino y aquilatado de su pensamiento, cuán diestramente engarza los diamantes y las perlas de las revelaciones divinas! Y este diestro artífice era entonces, como dice el señor La Fuente, «una anciana de setenta y dos años, maltratada por las penitencias, agobiada por enfermedades crónicas, medio paralítica, con un brazo roto, perseguida y atribulada, retraída y confinada en un convento harto pobre, después de diez años de una vida asendereada y colmada de sinsabores y disgustos».

Así escribió su libro celestial. Así, con infalible acierto, empleó las palabras de nuestro hermoso idioma, sin adorno, sin artificio, conforme las había oído en boca del vulgo, en explicar lo más delicado y oscuro de la mente; en mostrarnos con poderosa magia el mundo interior, el cielo empíreo, lo infinito y lo eterno, que están en el abismo del alma humana, donde el mismo Dios vive.

Su confesor, el padre Gracián y otros teólogos, con sana intención, sin duda, tacharon frases y palabras de la Santa, y pusieron glosas y otras palabras; pero el gran maestro en teología, en poesía y en habla castellana, fray Luis de León, vino a tiempo para decir que se podrían excusar las glosas y las enmiendas, y para avisar a quien leyere *El castillo interior* «que lea como escribió la Santa Madre, que lo entendía y decía mejor, y deje todo lo añadido; y lo borrado de la letra de la santa délo por no borrado, sino fuere cuando estuviese enmendado o borrado de su misma mano, que es pocas veces». Y en otro lugar dice el mismo fray Luis, en loor de la escritora, y censurando a los que la corrigieron: «Que hacer mudanza en las cosas que escribió un pecho en quien Dios vivía, y que se presume le movía a escribirlas, fue atrevimiento grandísimo, y error muy feo querer enmendar las palabras, porque, si se entendiera bien castellano, vieran que el de la madre es la misma elegancia. Que, aunque en algunas partes de lo que escribe, antes que acabe la razón que comienza, la mezcla con otras razones, y rompe el hilo comenzado muchas veces con cosas que injiere, más injiérelas tan diestramente y hace con tan buena gracia la mezcla, que ese mismo vicio le acarrea hermosura.»

Entiendo yo, señores, por todo lo expuesto, y por la atenta lectura de los libros de la Santa, y singularmente de *El castillo interior*, que el hechizo de su estilo es pasmoso, y que sus obras, aun miradas sólo como dechado y modelo de lengua castellana, de naturalidad y

gracia en el decir, debieran andar en manos de todos y ser más leídas de lo que son en nuestros tiempos.

Tuve yo un amigo, educado a principios de este siglo y con todos los resabios del enciclopedismo francés del siglo pasado, que leía con entusiasmo a Santa Teresa y a ambos Luises, y me decía que era por el deleite que le causaba la dicción de estos autores; pero que él prescindía del sentido, que le importaba poquísimo. El razonamiento de mi amigo me parecía absurdo. Yo no comprendo que puedan gustar frases ni períodos, por sonoros, dulces o enérgicos que sean, si no tienen sentido o si del sentido se prescinde por anacrónico, enojoso o pueril. Y sin callarme esta opinión mía, y mostrándome entonces tan poco creyente como mi amigo, afirmaba yo que así en las obras de ambos Luises como en las de Santa Teresa, aun renegando de toda religión positiva, aun no creyendo en lo sobrenatural, hay todavía mucho que aprender y no poco de qué maravillarse, y que, si no fuese por esto, el lenguaje y el estilo no valdrían nada, pues no se conciben sin pensamientos elevados y contenido sustancial, y sin sentir conforme al nuestro; esto es, humano y propio y vivo siempre en todas las edades y en todas las civilizaciones, mientras nuestro ser y condición natural duren y persistan.

Pasando de lo general de esta sentencia a su aplicación de las obras de la santa, ¿qué duda tiene que hay en todas ellas, en la *Vida*, en *El camino de perfección*, en los *Conceptos de amor divino* y en las *Cartas* y en *Las moradas*, un interés inmortal, un valer imperecedero, y verdades que no se negarán nunca, y bellezas de fondo que las bellezas de la forma no mejoran, sino hacen patentes y visibles?

La teología mística, en lo esencial, y dentro de la más severa ortodoxia católica, tenía que ser la misma en todos los autores; pero ¿cuánta originalidad y cuánta novedad no hay en los métodos de explicación de la ciencia? ¿Qué riqueza de pensamientos no cabe y no se descubre en los caminos por donde la santa llega a la ciencia, la comprende y la enseña y la declara? Para Santa Teresa es todo ello una ciencia de observación, que descubre o inventa, digámoslo así, y lee en sí misma, en el seno más hondo de su espíritu, hasta donde llega, atravesando la oscuridad, iluminándolo todo con luz clara y estudiando y reconociendo su ser interior, sus facultades y potencias, con tan aguda perspicacia, que no hay psicólogo escocés que la venza y supere.

Rousselot concede a nuestros místicos, y sobre todo a Santa Teresa, este gran valor psicológico; la compara con Descartes; dice que Leibniz la admiraba; pero Rousselot niega casi la trascendencia, la virtud, la inspiración metafísica de la santa.

Puntos son éstos tan difíciles, que ni son para tratados de ligero, ni por pluma tan mal cortada e inteligencia tan baja como la mía.

Me limitaré sólo a decir, no que sé y demuestro, sino que creo y columbro en *Las moradas* la más penetrante intuición de la ciencia fundamental y trascendente, y que la santa, por el camino del conocimiento propio ha llegado a la cumbre de la metafísica y tiene la visión intelectual y pura de lo absoluto. No es el estilo, no es la fantasía, no es la virtud de la palabra lo que nos persuade, sino la sincera e irresistible aparición de la verdad en la palabra misma.

El alma de la santa es un alma hermosísima, que ella nos muestra con sencillo candor: ésta es su psicología; pero, hundiéndose luego la santa en los abismos de esa alma, nos arrebata en pos de sí, y ya no es su alma lo que vemos, sin dejar de ver su alma, sino algo más inmenso que el éter infinito, y más rico que el Universo, y más luminoso que un mar de soles. La mente se pierde y se confunde con lo divino; mas no queda allí aniquilada e inerte: allí

entiende, aunque es pasiva; pero luego resurge y vuelve al mundo pequeño y grosero en que vive con el cuerpo, corroborada por aquél baño celestial y capacitada y pronta para la acción, para el bien y para las luchas y victorias que debe empeñar y ganar en esta existencia terrena.

Lo que la santa escribe como quien cuenta una peregrinación misteriosa, no que refiere como el viajero lo que ha visto, cuando vuelve de su viaje, no ganaría, a mi ver, reducido a un orden dialéctico: antes perdería, pero sería, sin duda, provechoso que persona hábil acertase a hacer este estudio para probar que hay una filosofía de Santa Teresa.

Yo, señores académicos, deseoso de responder pronto y lo menos mal que pudiera a mi pariente y amigo, me comprometí para hacerlo hoy, sin contar con los males y desazones que en estos días han caído sobre mí. He tenido poco tiempo de que disponer: tres días no más; por esto he sido más desordenado e incoherente que de costumbre. Vosotros, con vuestra indulgencia acostumbrada, me lo perdonaréis. Así me lo perdone también este escogido auditorio, y el público luego.

La misma prisa me ha hecho ser más extenso de lo que pensaba. Para decir algo sin escribir o hablar mucho, se requiere o tiempo y meditación o gran brío de la mente, y todo me ha faltado.

Por dicha, el conde de Casa-Valencia, con el discurso que leyó antes, recompensó, con paga adelantada y no viciosa, la paciencia que gastasteis en oírme; y no dudo que seguirá pagando este favor, auxiliándonos en nuestras tareas con la discreción y laboriosidad que le son propias y pon la erudición y el ingenio de que nos ha dado hoy gallarda muestra.

# Del misticismo en la poesía española

Contestación al discurso de recepción de don Marcelino Menéndez y Pelayo en la Real Academia Española el 6 de marzo de 1881

SEÑORES:

Fácil era de prever, señores académicos, y bien había yo previsto, la gran satisfacción que íbamos a tener en este día, al quedar completamente confirmado, por el bello discurso que acabamos de oír, el acierto con que procedimos en la elección del señor Menéndez y Pelayo para ocupar un puesto en esta Real Academia.

No era menester, ni para vosotros ni para cierto círculo grande ya en España por fortuna, de personas aficionadas a los estudios serios, que el joven que hoy se sienta entre nosotros diese de nuevo tan brillante prueba de su aptitud. La prueba convenía, no obstante, para que la convicción que nos ha movido a elegirle, a pesar de sus pocos años, penetrase en otro círculo más extenso, donde se discurre, se vota y se sentencia sobre méritos literarios; donde la discreción y el recto juicio abundan, sin duda; pero donde las ardientes contiendas de la política y el perpetuo afán de la industria y de los intereses materiales no dejan vagar ni reposo para examinar con detención el valer de las obras de ingenio, sobre todo si éstas requieren, por su índole, examen más profundo que somero.

La gente que pertenece a dicho círculo forma a veces equivocados juicios, porque falla algo a ciegas, salvo quizá sobre una clase de escritos cuya lectura se hace con rapidez y sin esfuerzo de atención, o sobre otra clase de escritos que no es necesario leer, porque se oyen y sirven de espectáculo: la novela y el drama.

Proviene de aquí que todo el que no es autor dramático o novelista tarde más en llegar con su nombre y con su gloria a ese círculo más extenso. Cuando lo consigue, suele ser en virtud de los continuados encomios y razones de aquellos sujetos de buen gusto que viven en el círculo más pequeño y que, apartados de la política y de otros negocios útiles, que distraen de estudios y lecturas, se paran a considerar y a pesar las excelencias de los trabajos de quien por primera vez sale a la palestra literaria.

Algo de esto ha ocurrido con el señor Menéndez y Pelayo, el cual goza ya de bastante popularidad, habiendo sido, al menos en parte, reconocido su mérito; pero no pocas personas tiran a rebajarle, fundándose en vulgarísimos errores, que será bueno desvanecer.

Con dificultad se concede el entendimiento. El entendimiento se escatima. ¿Quién no es avaro para darlo? Se diría que lo que da cada uno es como si a sí mismo se lo quitara. La memoria, en cambio, se prodiga sin pena, como si no hiciese falta, o como si no importase alta superioridad el poseerla. Hasta los mayores enemigos otorgan buena memoria a quien desean denigrar con sátira encubierta o implícita en la alabanza. Presumen que la cantidad de memoria que conceden la sustraen del entendimiento del alabado, cuyos triunfos se explican de manera menos honrosa, negándole originalidad y fantasía.

En lo expuesto me fundo para no admitir, sin reparos y restricciones, los desmedidos elogios que oigo hacer por ahí de la portentosa memoria de nuestro nuevo compañero.

Imposible es que alguien sea erudito, literato o sabio sin buena memoria. Calidad es ésta que se requiere para cualquiera de dichos oficios o profesiones; pero también se requiere buena voz para ser orador, y no sabemos que Estentor perorase más gallardamente que Ulises. Sin duda que el señor Menéndez y Pelayo tiene buena memoria; pero con su buena memoria se hubiera quedado si no poseyese otras facultades más altas, por cuya virtud su buena memoria le vale. El pintor necesita buena vista, y el músico buen oído; pero hay hombres que tienen vista de lince, y no pintan, o pintan mal, lo que es peor; otros que tienen oídos de tísico, y no cantan ni componen óperas ni sinfonías; y de la propia suerte he conocido y conozco gran número de personas que tienen muchísima más memoria que el señor Menéndez y Pelayo, y que ni llaman la atención, ni escriben hermosos libros y mejores discursos. La memoria de éstos es como la urraca, que roba de aquí y de acullá multitud de cosas inútiles, y las amontona en desorden, y para nada le sirven; y la memoria del señor Menéndez y Pelayo es como la abeja, que también toma, pero toma con discernimiento y buen tino, la más pura sustancia del cáliz de las flores; y ordenando luego lo que ha tomado, y prestándole no poco de su generosa y natural condición, lo convierte en miel, con la cual endulza y deleita el paladar de los hombres, y en cera, con cuyo resplandor los ilumina, y hace patente la misteriosa belleza del santuario y los altares.

Entendida así la memoria, ¿cómo negar que es nobilísima y utilísima facultad del alma? Tal memoria no es dable sin la energía de carácter, sin la constancia, sin la laboriosidad y sin otras virtudes. Y aun así, no bastaría todo ello para explicar cómo el señor Menéndez ha aprendido, ha escrito y ha enseñado tanto, siendo tan mozo, si no le concediésemos igualmente singular rapidez para comprender las cosas, y caro y ágil entendimiento para clasificarlas y ordenarlas, pues sólo lo bien comprendido, clasificado y ordenado se conserva allí, no se borra ni se confunde, y acude con prontitud cuando se necesita.

A fin de ser excelente escritor, se requiere además, sobre la memoria que conserva y el entendimiento que ordena otra facultad que crea la expresión y la imagen de que el pensamiento se reviste, y que concierta y enlaza las palabras, por arte no aprendido, para que tejan el discurso con nitidez, elegancia y fuerza.

Este don de la facundia lo posee en grado eminente el señor Menéndez y Pelayo. Todos sus escritos dan de ello irrecusable testimonio. Casi me atrevo a decir que pecan por lo fáciles. Tal vez si el señor Menéndez y Pelayo fuese premioso sería más sobrio, más enérgico, más original en su estilo.

Los escritores que tienen estilo propio no suelen ser los más disertos. En lo que se hace con extremada facilidad no se pone tanta parte del alma, no va tanto de lo hondo y esencial de nuestro ser, como en lo que cuesta trabajo y en lo que tenemos que emplear todo nuestro empuje y ahínco.

Por su facilidad, así como el grave cúmulo de sus conocimientos, el señor Menéndez ha puesto hasta hoy menos de lo que debiera de su ser en las obras que ha escrito. Yo tengo por seguro que, si bien las más son de erudición y de crítica, habría en ellas otra novedad de pensamiento, miras más singulares y teorías más propias, si el señor Menéndez no escribiese tan sin esfuerzo. Las ideas salen a buscarle en tropel, y la palabra adecuada para expresarlas acude ligera y solícita a su labio o a su pluma. Esto le impide buscar o hallar en su alma, o el manantial de donde brotan ideas nuevas, o el tesoro donde las más peregrinas y sublimes yacen escondidas y olvidadas.

Sin embargo, el señor Menéndez, a pesar de este abandono o descuido que de su misma facilidad dimana, da ya muestras de ser lo que llaman ahora un *pensador*. A través del conjunto de sus escritos, se distingue y señala su persona en la república de las letras con fisonomía propia y hasta con misión determinada, por donde acaso en la historia de nuestro desenvolvimiento intelectual llegue a marcar período.

En España, así como en Italia y en Francia, al nacer las respectivas lenguas romances, surgió una literatura propia y castiza, a mi ver, ni con mucho tan original como la de aquellos pueblos cuya cultura fue primordial y no derivada. La civilización del Lacio no se extinguió jamás por completo, ni aun en el más apartado rincón del que fue Imperio de occidente, dando origen a completa barbarie. Los siglos más tenebrosos de la Edad Media más parecen crepúsculos que noche. De aquí que toda literatura de los pueblos neolatinos, hasta en su más inicial desarrollo, asemeje renuevo, brote y reverdecimiento en el antiguo tronco, y no planta nacida de raíz, merced al espontáneo vigor de la Tierra: sea un reaparecer, un retoñar de la cultura antigua, nunca muerta del todo. Los más viejos cantares, los más populares romances y las más locales leyendas distan mucho de tener la nativa sencillez, el virginal hechizo y la vernal frescura de los himnos del *Rig-Veda* o de las rapsodias de la guerra troyana. Lo que se designa con el nombre de Renacimiento no es, pues, sino la prolongación de la antigua cultura, restaurada desde que empezó a escribirse algo en las lenguas vulgares neolatinas. Nuestras literaturas, lo mismo que nuestros idiomas, son vástagos de la literatura e idioma del Lacio.

Con el pleno Renacimiento se estudió, se comprendió y se imitó mejor lo antiguo. De aquí la distinción, más aparente que real, entre la poesía popular y la erudita; pero poco a poco pasó a lo popular todo lo bueno y hermoso que en lo erudito se había introducido, floreciendo allí y dando fruto cual bien logrado injerto. Hay quien sostiene que esta imitación de lo clásico, del siglo XVI en adelante, quitó originalidad al ingenio de los españoles. Yo entiendo lo contrario, y la historia literaria viene en mi apoyo. Nuestro teatro, nuestros mejores romances, nuestra más elevada poesía lírica y nuestra más bella prosa son posteriores al pleno

Renacimiento. Posteriores son también ambos Luises, Cervantes, Tirso, Calderón y Lope. La imitación no les quitó las fuerzas y el ser propio. Es más: la imitación ya existía. Lo que puso en ella el pleno Renacimiento fue la habilidad que antes no se empleaba. La imitación no fue mayor, sino más juiciosa y feliz, por ser ya los modelos mejor estudiados. Este estudio, por último, y esta afición a lo antiguo, sirvieron de incentivo y aguijonearon la inspiración moderna.

De todos modos, nuestra literatura, aunque rica de elementos propios, está fundada y arraigada en el clasicismo latino. Tiene, además, de común con la de muchas naciones otro elemento esencial venido de fuera: la religión cristiana. El genio peculiar de cada pueblo ha prestado después rasgos diversos a es tos elementos importados, y ha creado cosas distintas; pero lo fundamental de la importación es idéntico siempre, sobre todo en los pueblos neolatinos. El mayor o menor valer de la cultura de cada uno dependerá, en primer lugar, del mayor o menor valer de su genio nacional, que algo añade de su condición y naturaleza, combina los elementos y organiza el conjunto. De esta cuestión de primacía no me incumbe disertar aquí. Supongamos que los genios de los tres pueblos son igualmente activos y creadores. En tal hipótesis, no se me negará que la mayor abundancia de elementos extraños que han concurrido a formar el habla, la literatura y la civilización en general de cualquiera de los tres pueblos ha de haber hecho esta civilización y, sobre todo, esta habla y esta literatura más ricas.

Miradas así las cosas, y comparando nuestra cultura con la de Italia y la de Francia, salta enseguida a los ojos una gran ventaja en la nuestra. En el habla y en la literatura de España entra un elemento que falta casi en los demás países del occidente de Europa: el elemento semíticooriental, traído por los judíos y por los árabes, y tal vez por los fenicios y cartagineses, en más remotas edades. Pero este elemento, si en la parte léxica es algo apreciable, pues acaso cuente con mil o mil quinientos vocablos, en la sintaxis y en el organismo gramatical apenas lo es, digase lo que se quiera. Nuestro idioma es ario, es latino, y propende a arrojar, y arroja de sí, no sólo formas, giros y frases sino palabras semíticas. La mayor parte de las que tienen esta procedencia van cayendo en desuso o anticuándose, y los que las miramos como primor, elegancia y riqueza del idioma, a quien prestan a la vez algo de peregrino y distinto de los otros romances, pugnamos en balde, o por traerlas a frecuente empleo, o por conservarlas en el habla del día. La ciencia rabínica o mahometana no pudo ejercer en la nuestra influjo superior sino en los siglos medios, durante los cuales nos hizo representar importante papel. Y en cuanto al influjo arábigo y judaico en nuestra bella literatura, bien puede afirmarse que, hasta por confesión de los más entusiastas arabistas y hebraístas de ahora, fue y es menor de lo que en otro tiempo se ha imaginado. No obstante, y aunque le quitemos importancia, es innegable que el elemento semítico, a más de que ha de formar parte de la sangre que corre por nuestras venas, ha entrado en nuestra lengua y en nuestra poesía por mucho más, que en las de Italia, y que en las de Francia. En cambio, Francia e Italia, cuentan con un elemento más rico, más fecundo y más afín, con el cual apenas hasta hoy contamos nosotros. Este elemento es asimismo más esencial y fundamental.

La lengua latina, de donde la francesa, la italiana y la española proceden, es tan antigua en su raíz o más que la helénica. El origen inmediato de nuestros idiomas está en el latín, y no hay para qué ir hasta el griego. Yendo hasta el griego, pasaríamos de una rama a otra en vez de acercarnos al tronco. Pero lo que acontece con el idioma no acontece con la literatura. En lo profano, en todo aquello que antes se designaba y comprendía bajo el título de Humanidades, esto es, en todo saber, arte y disciplina que no tienen algo de revelado y sobrenatural, Grecia es fecunda y casi única madre de la civilización europea. El mismo Lacio agreste recibió de ella todo saber, vencido y cautivo por las letras cuando la venció y cautivó por las armas. Salvo pocos gérmenes informes de indígena cultura, y salvo algo propio que pudo añadir el genio de los antiguos pueblos de Italia, griegos de origen muchos de ellos, todo

fue allí imitación elegante y erudita, pero imitación al cabo del saber helénico: epopeya, teatro, lírica, filosofía, historia y hasta leyes.

Los helenistas españoles, sobre ser pocos, o no tuvieron disposición para ello, o no nacieron en ocasión propicia. Lo cierto es que su influjo y su gloria como tales helenistas se han encerrado dentro de límites harto mezquinos. Los más célebres lo son por otras aptitudes y trabajos. Así, Arias Montano, el *Brocense*, Gonzalo Pérez, el padre Scio de San Miguel, Castillo y Ayensa y Conde. El espíritu de Grecia jamás ha sido estudiado y comprendido bien en España sino a través de sus imitadores latinos. Las huellas del helenismo son, en toda edad, más hondas en Italia y en Francia que en España. Nuestro clasicismo español rara vez ha pasado del latín. Con frecuencia se ha contentado con estudiar a los italianos y a los franceses. Esto nos ha perjudicado mucho. No bebe agua limpia, quien la toma de la derivada corriente a la que se han mezclado el caudal de otros arroyos y tal vez la tierra removida de los bordes, sino aquel que aplica los labios al mismo manantial de donde brota la abundante vena con pureza no turbada. Por esto acaso, si bien nuestras letras brillan por la pompa, la lozanía y la gala de color y de adorno, carecen a menudo de aquella corrección y sobriedad y de aquella mesura llena de buen gusto y armonía que en raras ocasiones obtiene el propio instinto como gratuito don del cielo y que suelen adquirir y poner en sus obras los que estudian, contemplan y comprenden, con amor y entendimiento de hermosura, los inmortales y casi acabados modelos de la Grecia antigua.

Este estudio, lejos de destruir la originalidad o de menoscabarla, la ha aumentado y corroborado en Francia y en Italia, sobre todo desde principios de este siglo o fines del pasado, dando extraordinario impulso a la lírica, gracias a la inspiración de Andrés Chénier, de Hugo Foscolo y de Leopardi.

Lo mismo anhela hacer en España Menéndez y Pelayo. Para ello no basta, ni él posee sólo, la erudición. Nuestro nuevo compañero posee igualmente el sentido profundo de la belleza, la capacidad instintiva de percibirla y hacerla suya y el amor que infunde. Para ser amado de las Musas es menester amarlas con amor entrañable, y él las ama. Para que ellas inicien en sus santos y dulces misterios, y muestren los recónditos tesoros que ocultan al profano vulgo, es menester vencerlas con el afecto y con la devoción. Es menester que las Musas juzguen al mortal digno de su favor y confianza, y capaz de trasplantar al suelo patrio, con esmero y sin ajarlas, las delicadas y mágicas flores que ellas cultivan.

Lo único que para esto tal vez falta al señor Menéndez y Pelayo no es falta, sino sobra. Su prontitud de comprensión y de producción le perjudica. Comprende y expresa pronto, y de aquí algún desaliño. No hay en él aún aquella escrupulosidad respetuosa, aquel detenido afán que debiera. Su Pegaso pide, más que espuela, freno.

A pesar de estos lunares, los versos del señor Menéndez tienen notorio valor: hay en ellos carácter propio, y, sin dejar de ser españoles y castizos, traen a nuestra poesía nacional extrañas y primorosas joyas, con que nunca o rara vez antes se engalanaba.

Si como poeta no es popular aún el señor Menéndez, me atrevo a pronosticar que lo será con el tiempo. ¿Fueron por dicha, populares desde el principio, Boscán y Garcilaso? Así, Menéndez, que viene a aportar un nuevo elemento a nuestra patria, tiene que ser, al principio, tan poco popular como ellos. Andrés Chénier goza hoy de más fama que en vida y que poco después de su muerte, a pesar de que su intervención en la política, su oda contra Marat y su fin trágico debieron realzar su mérito literario y acrecentar su brillo.

Y no se diga que quien en cierto modo reproduce lo antiguo ni piensa ni siente como en el día y que su poesía es anacrónica. La belleza de la forma es inmortal, no pasa de moda

nunca y por ella las antiguas imágenes, fábulas y alegorías renacen y cobran juvenil frescura y adquieren significación más alta cuando una fantasía valiente se hunde en el seno de las edades remotas y de allí las trae a la vida actual y a la luz del sol que hoy nos alumbra. No de otra suerte robó Fausto del seno de las madres a la hija de Leda, la cual apareció tan hermosa y deseable como en el momento en que desde los muros de Ilión enamoraba a cuantos la veían al ir a presenciar la lucha por su amor entre Paris y Menelao. El que tiene mente y corazón y mira el espectáculo del mundo, de la Historia en su largo proceso y de la vida humana con sus sentimientos y pasiones, se pone en medio del raudal de los siglos y del movimiento incesante de las inteligencias, y cuanto dice es tan nuevo como puede y debe ser, aunque se revista de forma antigua, si hemos de llamar forma antigua a la forma bella.

Para mí, pues, más que por erudito, más que por gramático, más que por humanista, aunque estas condiciones le hacían idóneo para ser académico, lo cual no sólo es premio y distinción honorífica, sino función o empleo, el señor Menéndez está aquí por poeta. Mientras que el vulgo le reconoce y proclama como tal, en lo que si tarda es por lo insólito o inaudito de su canto, justo es que le reconozca y proclame, no la Academia Española, que no debe imponer su autoridad ni comprometerla, sino un individuo de su seno, que espera no ser desmentido ni por el juicio de la posteridad ni por la opinión pública ilustrada de la edad presente. Yo no le califico declarándole superior a este o al otro compatricio y contemporáneo suyo. Digo sólo que, si escribe con más cuidado, será más, influirá más y valdrá más en España que en Francia Chénier y que Foscolo en Italia. Por lo pronto, de lo que menos carece es de inspiración. Su virtud poética, que no desmerece de la de aquellos dos ilustres extranjeros que he citado, campea y da clara razón de sí en traducciones, y también en obras propias, como la *Epístola a Horacio*, la *Epístola a sus amigos de Santander*, la *Galerna* y, sobre todo, los versos amorosos a Lidia. Si esta dama no es fantástica, y no creo que lo sea, porque no hay dama fantástica que infunda tan verdadera pasión, bien puede andar orgullosa de haber sido cantada con ternura, elegancia, sencillez y primor que rara vez se emplean.

Del género de estudios y gustos del señor Menéndez y Pelayo han salido ciertas opiniones que forman sistema, algo como embrión de una filosofía de la Historia. Para cifrar este sistema en una palabra, me atrevo a inventarla, aunque sea larguísima, y lo llamo el *pangrecolatinismo*. La soberbia de ingleses, franceses y alemanes; el desdén con que miran en el día a los pueblos del sur de Europa, considerándolos irremisiblemente decaídos, cuando no radicalmente inferiores, y conformidad ruin con este desdén de muchos sujetos descastados, que desprecian la tierra y la casta de que son por seguir la corriente y mostrarse como rarísima excepción de la regla, han contribuido también por espíritu de protesta, a que el señor Menéndez se haga *pangrecolatino*. El abatimiento, el desprecio de nosotros mismos, ha cundido de un modo pasmoso; y aunque en los individuos y en algunas materias es laudable virtud cristiana que predispone a resignarse y a someterse a la voluntad de Dios, en la colectividad es vicio que postra, incapacita y anula cada vez más al pueblo que lo adquiere.

Por reacción contra este vicio ha nacido en el alma del señor Menéndez cierto injusto y airado desdén hacia los pueblos del Norte y, sobre todo, hacia los alemanes, cuyos sabios, dicho sea de paso, son los que mejor nos tratan los que mejor nos estiman y hasta los que más a fondo conocen ya al señor Menéndez, y le celebran, y llegan a reírle como gracia paradójica e ingeniosa, y como sátira aguda, la crueldad con que suele tratarlos. Ha nacido también en el señor Menéndez la creencia de que los pueblos del mediodía de Europa son los hierofantes de la Humanidad, la raza civilizadora por excelencia; siendo extraño que coincida hasta cierto punto en tal creencia con un alemán y con un impío. Haeckel supone que las gentes *alalas*, *antropiscas* y negras como la tizne, que salieron en manadas de la Lemuria y del centro de África, no se hicieron parlantes, discretos y progresivas hasta que pisaron las orillas de este sagrado mar Mediterráneo, cuyo litoral y cuyas islas han creado las nobles castas que han traído la cultura, la libertad y el progreso; las cuales castas, antes de poner la hermosura en el

mármol inerte y frío, la han puesto en sus mismos individuos, blanqueándoles la piel, afilándoles la nariz y haciéndoles *euplocamos*; esto es, quitándoles las pasas o los cabellos lacios y rizándoles natural y lindamente el pelo. Lo cierto es que las regiones de Europa que el Mediterráneo baña con sus ondas, y particularmente las tres penínsulas que avanzar en su seno, la tierra de Pelops y ambas Hesperias, son para el señor Menéndez la patria de la inteligencia, el foco de donde toda la civilización sana, fecunda y alta ha irradiado y se ha difundido por el mundo.

Todo otro foco de civilización, o vive de reflejo y de empréstito del legítimo foco, o, si tiene y vierte la luz propia, es bastarda y deletérea.

Nace de aquí el amor; nace de aquí la devoción fervorosa que consagra el señor Menéndez al gentilismo helénico y nace también de aquí su intolerante catolicismo desde que empieza la Edad Moderna. Desde entonces, el señor Menéndez pone sobre todo el ser católico. Nada bueno hay que no informe y funde esta religión. La Reforma luterana es un retroceso: algo, en lo espiritual, como lo que la invasión de los bárbaros y la caída del Imperio romano fueron, en lo temporal, siglos antes. El predominio de la filosofía alemana, en época más reciente, fue otra invasión, no menos funesta, contra el imperio filosófico de los pueblos latinos.

Con la independencia de su sistema, y por cima de él, quizá estará en el alma del señor Menéndez la fe religiosa. No me incumbe tratar aquí de ella ni examinar sus quilates. Baste la afirmación para mi propósito de bosquejar un retrato literario de que el ardiente catolicismo del señor Menéndez cuadra y se ajusta con su sistema.

Asimismo se ajusta con él la constante preocupación del señor Menéndez de incluir en libros y discursos, como parte de España, todo lo que a Portugal pertenece. Para el señor Menéndez, el genio de Portugal es el mismo que el de España. La ciencia y la literatura españolas no se comprenden por completo sin contar con la de Portugal. Por esto, en el libro del señor Menéndez sobre la ciencia en nuestro país, en *su Historia de los heterodoxos*, y en la obra titulada *Horacio en España*, que, bajo tan modesto epígrafe, es una excelente historia crítica de nuestra poesía lírica, entran sabios, heterodoxos y poetas portugueses.

En el concepto de Historia universal de nuestro joven compañero, Grecia se adelanta y funda el saber de Europa, en cuanto tiene de humano. Italia une luego a las naciones, les da lenguaje y leyes, las prepara para recibir el cristianismo, y después, en nombre del cristianismo, sigue civilizándolas y gobernándolas durante los siglos medios. El papel de España, esto es, de Aragón, Castilla y Portugal, no es, por último, menos brillante.

Hecha ya por Grecia e Italia la educación de Europa, españoles y portugueses, como si la Providencia hallase estrechos los límites de nuestro Continente para encerrar tan gran civilización, y a fin de ensancharlos o borrarlos los suscitase, abren caminos a distantes, inmensos e ignorados países, descubren otro mundo en que difundirla y la acreditan a la vez, poniendo la base de toda ciencia ulterior en el concepto del planeta que habitamos, magnificado y completo por el arrojo e inteligencia de nuestros gloriosos navegantes. Estos, al descubrir América, nos dan asimismo idea experimental de las sociedades primitivas, y al visitar Asia nos ponen en contacto con las antiquísimas civilizaciones y sociedades del Extremo Oriente, preparando la mente humana para que, así como ha agrandado en el espacio el mundo conocido, haga retroceder el término de lo no explorado en el tiempo. Nuestros misioneros, además son los primeros importadores de idiomas, poesía y saber de los pueblos asiáticos y americanos, y, sobre todo, los chinos, japoneses y arios de la India oriental, por donde ensanchan el horizonte de los conocimientos europeos, siembran la semilla de no pocas

ciencias nuevas, como la etnografía y la lingüística, y enriquecen con exóticos elementos nuestra imaginación y nuestras artes.

La parte de España en empresa tan noble casi es superior a la de Grecia y a la de Italia, si sólo se atiende al primer impulso; pero el predominio de España es efímero. Su poder y su virtud pasan a otros pueblos. Lo que España empieza, Francia, Inglaterra y Alemania lo prosiguen y lo llevan hasta el punto que alcanza hoy. Ellas realizan la ciencia experimental que nosotros inauguramos; del conocimiento de este planeta pasan ellas al más completo conocimiento del sistema solar y el Universo todo; y ellas esclarecen y divulgan con método, precisión y copia de datos, el habla, las artes, la religión y la filosofía de los iranios, brahmanes y demás pueblos de Asia que nosotros visitamos antes. El imperio material pasa a sus manos también. La raza inglesa prevalece en América sobre la española y se enseñorea de la india. Por el centro de Asia se abren paso y llevan la civilización los rusos.

Nuestra primacía fue corta. En todo nos sucedieron; de casi todo nos despojaron los pueblos del Norte.

Si fuésemos a investigar aquí las causas de esta rápida decadencia, el señor Menéndez y yo estaríamos muy discordes. Para mí, la causa fue el fanatismo unánime (la unidad de fanatismo) que en hora mala se apoderó de nosotros. Los otros pueblos no eran quizá menos fanáticos; pero como el fanatismo tomó entre ellos diversas y opuestas direcciones, los hombres de distintas sectas se combatieron unos a otros y, no pudiendo destruirse, se allanaron a vivir en paz: primero, a tolerarse, y después, a tener la libertad, fuente y condición de todo progreso. En España en los siglos XVI y XVII, merced a lo casi unánime de las creencias, no hubo guerras civiles religiosas ni tanta sangre derramada; pero hubo una compresión larga y continua, que acabó por marchitarlo y matarlo todo. Si personificásemos a las naciones, yo me fingiría a Francia, Inglaterra y Alemania, en medio de sus furores religiosos, como a tres matronas que caen enfermas con fiebre agudísima, acompañada de violento delirio y de todo linaje de perversas erupciones, pero que al fin sanan, convalecen y desechan el mal humor y se ponen más robustas que nunca; y España me la representaría como otra matrona que no tiene más que una calenturilla lenta y suave (no puede hacerse más benigna apología del régimen inquisitorial); pero esta calenturilla persiste tan tenaz y tan sin tregua, que estraga la salud de la matrona y la enflaquece y desmedra, hasta que acaba por parecer un esqueleto. Así España al terminar la vida y el reinado de Carlos II. Verdad es que florecieron, en medio de aquel fanatismo, las letras y las artes; pero a la manera del tronco de un árbol, si se cubre de enredaderas, hiedra y otras plantas parásitas, parece más verde, lozano y vistoso, hasta que, oprimido por aquello mismo que tanto lo adorna, se seca y se consume. En aquella virtud que nos animaba y engrandecía iba el germen corruptor que había de perdernos. El señor Menéndez y Pelayo, con todo su ingenio y erudición, no nos demostrará que, en medio del resplandor de nuestras artes y amena literatura, no acabásemos por ser inertes para toda alta cooperación científica, y ciegos y sordos para ver y oír el movimiento de las ideas y el extraordinario progreso de aquellos siglos.

Si de esto se tratara, nuestros discursos serían una controversia. El mío sería, o procuraría ser, la más completa refutación del de nuestro joven compañero.

Por fortuna, el señor Menéndez ha elegido asunto dentro del cual estamos en *perfecto acuerdo*. No me toca más que ampliar y comentar ligeramente lo que él dice, corroborando sus afirmaciones.

En medio de aquella tiranía mental de los siglos XVI y XVII, cuando la razón de Estado y el fanatismo unánime, fiero sufragio universal, se aunaron para obligar a todos los españoles, a las vencidas minorías, a que creyesen, pensasen y sintiesen lo mismo, haciendo

embusteros o hipócritas, o matando toda iniciativa de pensamiento, algo que está por encima de toda ley se eximió de la tiranía, y allí fue el hombre plenamente libre y dueño de sí: *sus fueros, sus bríos, sus pragmáticas, su voluntad*. En la práctica, este templo, este asilo, donde custodiaba el hombre lo que ahora llamaríamos sus derechos individuales e ilegislables, era la honra. El rey era señor de vidas y haciendas. Podía matar y podía confiscar. En lo temporal, la majestad humana era omnipotente, como en lo eterno la majestad divina; pero la honra se sustraía a su pleno poder. Como dice el poeta español espejo de su siglo, el poeta español por excelencia entonces, la honra

> es patrimonio del alma,
> y el alma sólo es de Dios.

De la misma suerte, en lo especulativo, en la esfera del pensamiento, por cima del discurso, del raciocinio y de otras facultades, hay una potencia sublime, intuitiva, la inteligencia simple, que, movida por el entusiasmo y alzándose en alas del amor, busca en el alma misma, donde hay lampos sin término en que explayarse, lugar sacratísimo en que ser libre y soberana. Allí en el centro del alma, adecuado y único trono de esa elevadísima potencia suya asiste Dios, y allí el alma le halla, y, por inefable misterio, se transforma en Dios, sin dejar de ser el alma individual humana. Los espíritus libres de los españoles de aquella edad, huyendo de la compresión, tal vez sin darse cuenta, buscaban este refugio. Tal vez la misma compresión en que gemían les prestaba más fuerza, más alcance y más certera dirección para penetrar y ahondar en los abismos de la mente, como la bala que, mientras más forzada está dentro del tubo de hierro que la oprime, sale más rectamente disparada y va más lejos, no bien la pólvora se inflama, dilata el aire y la empuja. Por esto, la primera calidad que distingue al misticismo español es la de ser más intenso y penetrante que los otros. Vuela y ahonda más y se extravía menos. Se diría que toda la serena claridad del espíritu se guarda para él. Como hábiles acróbatas que fuesen por cuerda sutil, extendida sobre precipicios espantosos, así van nuestros místicos, llenos de confianza y denuedo, a buscar a Dios, a unirse con Él, a poseerle y a ponerle en todo lo creado, sin caer en el panteísmo *egoteista* o subjetivo, y sin quitar a Dios la personalidad, endiosando la Naturaleza. La realidad del Universo, la responsabilidad de nuestros actos, nuestro ser individual, nuestro libre albedrío, todo queda a salvo, hasta en los momentos de más intima unión del Creador y de la criatura. Nuestros grandes místicos jamás tienen el egoísmo negativo e inerte de los de otros países, en quienes el alma se aniquila, se pierde en la infinita esencia, y, absorbida en el Ser, en el Ser se reposa y aquieta como en la Nada. En nuestros grandes místicos, sólo en un instante inapreciable puede haber aparente aniquilamiento, completa efusión de lo finito en lo infinito. El metal en la fragua parece fuego, y no metal; pero sale de allí mejor templado y con propiedades de instrumento idóneo para mil operaciones útiles. Así también el alma de nuestros místicos sale de su unión con Dios más hábil e idónea para la vida activa. Y no se enfría como la herramienta cuando sale de la fragua, sino que guarda en sí aquel fuego de amor divino, y en todo lo pone. Dios no la abandona. El alma sigue llena toda de Dios, después que una vez le ha poseído, y le lleva y le siente en su centro, y le siente, además, en todos los seres, así semejantes suyos como no semejantes, animados e inanimados. Y este fuego, que saca el alma y que no pierde, es fuego de caridad, es el amor por amor de Dios, que vence en violencia y en útil actividad a todo otro amor de fundamento profano. Sin creer el alma que todo es Dios, cree que todo está en Dios, y que Dios está en todo, y lo respeta y lo ama todo, y aun en cierta manera lo adora como divino. Nada hay feo, ni deforme, ni

inmundo. El sentimiento de la presencia divina hermosea la fealdad y limpia la material impureza, prestándoles aquella expresión que Murillo y Zurbarán sabían dar a sus frailes más rotos, sucios y demacrados.

En lo práctico de la vida se refleja este misticismo generoso y produce maravillosas obras. Así, nuestros misioneros y fundadores, entre los que descuellan Juan de Dios, Antonio de Padua, José de Calasanz, Íñigo de Loyola y Francisco Javier, apóstol de oriente. Estos hombres, que la Iglesia pone en el número de los santos y la más descreída filosofía no puede menos de contar entre los más ilustres bienhechores del humano linaje, no van sólo a difundir por el mundo la fe cristiana y a enseñar la religión a las gentes, sino a enseñarles también todas las artes, toda la superior civilización de los pueblos de Europa. Y en tan gigantesco propósito, que tanto ha influido en el progreso de la Humanidad, divulgando nuestro saber entre los pueblos bárbaros y salvajes, y trayendo de ellos a Europa cumplida noticia de sus lenguas, ideas, costumbres, usos y leyes, nadie se ha señalado más que la Compañía de Jesús, creación del genio español y una de sus mayores glorias. Los que yo juzgo extravíos de la Compañía, su guerra declarada al espíritu del siglo y su lastimosa alianza con los hombres del régimen absoluto, que tan tiránico y feroz fue contra ella en el siglo pasado, no han de impedirnos que en su empezar la ensalcemos. Para ponderar sus pacíficas y civilizadoras conquistas, que aun en vida de su fundador llegan a los últimos términos de la Tierra, no hay en la historia real encarecimiento que satisfaga, y tenemos que apelar, a fin de hallarlo, a la fábula vetustísima de la expedición triunfante y benéfica de Osiris.

Fundamento de todo ello fue el misticismo español, tan penetrante y tan hondo, y del cual sale el alma muy inflamada de caridad y muy apta y alerta para las luchas de la vida. Y no se entienda que sólo al llegar el alma a la perfección que anhela pasa de la contemplación a la actividad y es útil al prójimo. Antes al contrario, durante toda su peregrinación, la actividad exterior es necesaria, en esto se distingue la mística ortodoxa de otros misticismos que requieren o recomiendan la inercia. Es cierto que entre la vida activa y la contemplativa, Cristo prefirió la contemplativa, diciendo que «María escogió la mejor parte»; pero al decir *la mejor parte*, dio a entender que la vida consta de pensamiento y de acción, y así, la vida mixta, que abraza lo más perfecto que hay en la acción y en la contemplación, es la que nuestros autores ponen por encima de las otras, sosteniendo que la contemplación no llegará nunca a ser perfecta si el amor de Dios que en ella se emplea y ejercita no se difunde también en utilidad de nuestros semejantes. De aquí que, para distinguir la contemplación de buen espíritu de la falsa o de espíritu malo, haya una regla general infalible, dada por el divino Maestro: «Por los frutos se conocen los árboles donde nacen.» La piedra de toque, pues, que sirve de contraste y aquilata la bondad de la vida contemplativa está en las obras. Y no ya en la mera contemplación, pero ni en los grados más altos de este ascenso del alma hacia el Ser divino, la actividad y las obras se perdonan; antes, mientras más señalados son los dones del Cielo, hasta cuando se descorre el velo de la fe y viene a haber como un rompimiento de los muros de esta cárcel en que vivimos, y el alma ve cara a cara al bien infinito y se une a él con abrazo indisoluble, no es para que se aquiete y descanse en tanto regalo, sino para que tome fuerzas y prodigue en bien del prójimo todas las virtudes, sin lo cual el alma, a pesar de los favores recibidos, quedará desmedrada y con corto merecimiento, y por lo mismo que ya ha recibido favores, sería, con justicia tildada de ingrata.

Por otra parte, la contemplación, la visión intelectual infusa, el punto más sublime a que puede llegar el alma durante nuestra vida mortal por esta senda mística, no puede durar más que un pequeño momento como si de repente se abriera la secretísima puerta del abismo del alma y su luz la inundase e iluminase y viese ella las cosas todas con tal claridad como si en la propia esencia divina las viera. Y esta visión, aunque pasa, queda esculpida en la memoria y deja tan ilustrada al alma y con tales deseos de merecer nuevos favores, que la guía y la induce a hacer obras para merecerlos de nuevo y agradecer los ya recibidos.

Otra excelencia avalora también nuestro misticismo. El esfuerzo poderoso de la voluntad para buscar a Dios en lo más íntimo, en el ápice de la mente, lleva al alma a observar y penetrar sus ocultos senos, como los psicólogos más pacientes y sutiles tal vez no lo hacen; por donde se halla con frecuencia, por propedéutica de la mística, una aguda psicología, un estudio claro del *yo*, con todos sus afectos, facultades y propensiones.

El misticismo, sin embargo, tiene siempre inconvenientes y peligros gravísimos, y en España los tuvo mayores, porque fue mayor que en otros países, viniendo a degenerar y a corromperse pronto, como toda nuestra cultura. Los medios de llegar por él a la perfección son la voluntad y la inteligencia; pero la inteligencia no va lentamente analizando, deduciendo y raciocinando, sino que arrebatada por el amor, se remonta a la intuición de un vuelo y alcanza, o cree alcanzar, la verdad en el éxtasis y en el rapto. De aquí que cualquier persona, por simple e ignorante que fuere, podrá aspirar a la unión con Dios, guiada sólo por el afecto fervoroso.

De aquí el abandono de la observación paciente de los fenómenos, la inacción del natural discurso en la tarea de averiguar las cosas, la calificación del pensar de *funesta manía* y el abuso y la perversión de aquella sentencia, tan hermosa si se interpreta y se aplica bien, de que los que no son simples por naturaleza, deben serlo por desgracia.

Otros grandes escollos del misticismo hicieron zozobrar también la nave del ingenio español.

El alma que busca a Dios en su centro debe apartarse y aislarse de los sentidos, borrar las impresiones que por ellos recibe, desnudar la memoria y hasta despojar de imágenes la interior fantasía, para que la inteligencia pura, en toda su admirable simplicidad, vea a Dios y como que se compenetre y confunda con Él. Larga y fatigosa es la vía que tiene que hacer el alma para llegar a este término, si término puede llamarse lo que en realidad no le tiene para nuestros místicos ortodoxos, que jamás caen en el panteísmo, no es posible que el alma se transmute en la divina Naturaleza, aunque participe de ella, por donde a los que tan alto grado suben los llaman deiformes o transformados en Dios. Y en esto, por la intensidad, por la duración y por la mayor o menor plenitud de la gracia, de la caridad y demás dones con que la participación se hace, hay grados y excelencias hasta lo infinito, que los místicos, en sutilísima y profunda ciencia, declaran y clasifican como pueden. De todos modos, para llegar al ínfimo de estos grados, aun para llegar, valiéndonos de las expresiones figuradas de que los místicos se valen, a besar, como la Magdalena, los pies de su Redentor divino, el alma tiene que hacer muy larga peregrinación, durante la cual el amor la conduce; pero el amor puede extraviarla, y aun antes de extravíarla, causarle una enfermedad o dolencia, si muy sublime, muy peligrosa también, porque el alma, atacada de mal de amores, se ve como pendiente entre la Tierra y el Cielo; desdeña ya las cosas terrenales, que le dan fastidio, y no logra todavía comprender ni gozar las divinas. Tal situación es de mucho peligro, porque en ella el alma puede fijarse en algún ser creado y consagrarle toda la adoración que para Dios lleva consigo. Tal vez así se explique el amor refinado y metafísico por la mujer, la idolatría del caballero por su dama y la del poeta por la beldad que inspira sus cantares; lo cual, aunque nos hechice y aunque lisonjee a las mujeres, no es sino aberración y herejía del misticismo legítimo y ortodoxo. Es más: como entre los pueblos antiguos, aunque en todos hubo misticismo, apenas se halla rastro de este amor idólatra a las mujeres, ni tampoco se halla en los primeros siglos de la Era cristiana, yo me inclino a pensar que en la creación de este misticismo galante entró por mucho la veneración supersticiosa de celtas y de germanos hacia las mujeres, influida y hermoseada luego por doctrinas católicas. Tal vez el elemento céltico tenga más parte que el germánico en la creación de esta bella y singular herejía, donde la mujer amada es como diosa para el caballero o poeta que la sirve, a quien se encomienda de todo corazón, por quien hace penitencia, a quien cree o cree deber la valentía de su ánimo, el esfuerzo de su brazo y las

altas inspiraciones de su ingenio; a quien consagra su vida y rinde culto; por quien tiene devoción y verdadera religión, y de quien dice, no por encarecimiento poético, sino con todas veras y con toda la trascendencia de la frase, lo que Calixto de Melibea cuando le pregunta Sempronio si es cristiano: «Yo melíbico soy, e a Melibea adoro, en Melibea creo y a Melibea amo.» Esta mística adoración de la mujer tiene por un lado extraordinarias bellezas, no sólo poéticas, sino morales. Ella inspiró, sin duda,

> al dulce vate de Calíope labio,
> el que al amor desnudo en Grecia y Roma,
> de un velo candidísimo adornado,
> volvió al regazo de la Urania Venus;

pero, por otra parte, no está bien que de la exaltación apasionada por un ser finito y perecedero se haga fundamento de toda hazaña y de toda obra buena. Así, la mujer amada viene a ser como símbolo, alegoría o personificación visible de la misma Divinidad o de algunos de sus atributos. La mujer amada es la fuente de la gracia, la dispensadora de la bienaventuranza, la creadora de toda virtud. «Sus ojos -dice Dante de Beatriz- llueven llamitas de fuego animadas por un espíritu tan gentil, que crea todo buen pensamiento.» Naturalmente, de esta elevación de la pasión humana amorosa, hasta una potencia y un valor divinos, nacen mil ricas ideas; pero también suelen nacer otras altamente perturbadoras e inmorales. La relación entre dos que de tal suerte se aman está por cima, ora disimulen unos, ora otros lo dejen entrever, ora otros lo declaren con franqueza, de todo lazo social y religioso. Se diría que un sacramento más alto invalida o anula el vínculo que la ley civil ha formado y que la religión positiva ha santificado. El amor místico a la mujer no respeta nada. Los prototipos de este amor en la Edad Media, celebrados por todos los trovadores y cantados en todas las lenguas de Europa, fueron Lanzarote y Ginebra y Tristán e Iseo, llegando, en la última historia amorosa, a ponerse el Cielo en contra del marido agraviado y en favor de los malogrados amantes, sobre cuyos unidos sepulcros nace un maravilloso rosal, siempre cubierto de blancas rosas. Y no se diga que en la mayor parte de los casos este amor es tan sin malicia y tan del espíritu, que no ofende ni mancha. Ciertamente, el conde Baltasar Castiglione, en su Cortesano, describe este amor con suma elocuencia y filosofía, llamándolo amor virtuoso, para distinguirlo del amor vicioso: pero, en gracia de la misma virtud del amor, da anchuras a sus límites, en mi sentir extremadas, llegando a consentir cosas al virtuoso, que al vicioso en manera alguna concede, pues afirma que la dama, «por contentar a su servidor en este amor bueno, no solamente puede y debe estar con él muy familia, riendo y burlando, y tratar con el seso cosas sustanciales, diciéndole sus secretos y sus entrañas, y siendo con él tan conversable que le tome la mano y se la tenga; más aún puede llegar, sin caer en culpa, por este camino de la razón: hasta besalle». Y para cohonestar tan amplio y grato permiso, trae una singular teoría del beso, suponiéndole de todo punto espiritual en los que ardan divinamente enamorados. El razonamiento de Castiglione no me convence, a pesar de aquel testimonio de Platón con que lo ilustra y trata de probar que el beso es unión de almas, ya que a Platón se le vino la suya a los dientes una vez que besó a su amiga; pero, aun cuando el razonamiento me convenciera, todavía la adoración galante y sacrílega entre dos seres humanos, aunque tenga más brillante poesía, no la tendrá tan sólida y sana como el afecto natural de la esposa a su esposo, el santo cariño del hombre a la madre de sus hijos, y el respeto que inspira la honrada y virtuosa matrona. Por otra parte, esta idolatría alambicada de la mujer casi siempre se opone a la conveniente y recta estimación que es justo que de ella se

tenga. Donde el misticismo la endiosa en sus fugaces arrobos, las almas, que no todas suelen arrobarse, o que no están arrobadas de continuo, la menosprecian y denigran. No hay el justo término medio ni el puesto digno que debe ocupar la noble compañera de nuestra vida, quien no es divinidad, pero no es vil esclava; quien no es *breve cielo*, pero tampoco es *lodo inmundo*. Cornelia, Octavia y Porcia jamás fueron amadas místicamente por sus maridos. El Cid y García del Castañar tampoco aman místicamente a sus mujeres. Por eso son ellas más respetables y simpáticas que la mayor parte de las damas de Calderón, en las que se advierte que el amor que inspiran, cuando no es feroz y salvaje, como en *No hay cosa como callar*, es tan pasado por alambique que se evapora la verdadera pasión, y sólo queda en el fondo de la retorta ergotismo escolástico, discreteos y sutilezas.

Otras varias corrupciones ha habido también en el misticismo de España. Tal místico no ha sabido libertarse de la baja sensualidad, y la ha puesto en sus altos amores; tal otro, a fin de tener libre el alma de esta sensualidad la ha satisfecho como quien se aligera de un peso incómodo para su peregrinación en busca del bien infinito, y tal otro, en vez de amarlo todo por amor de Dios, lo ha aborrecido todo; de donde el menosprecio de cuanto hace grata la vida, apacible y amena la sociedad y más hermosa o, si se quiere, menos fea, nuestra forma temporal en este globo que habitamos. Fuerza es confesarlo: el desaliño, la zafia rustiqueza y el más asqueroso desaseo han sido a menudo prendas de los místicos. Esto ha trascendido al desenvolvimiento total de España, la cual ha descuidado sus intereses, su industria y las artes de lujo y deleite, y ha caído o ha vivido siempre en pobreza con relación a la material prosperidad de otras naciones.

En el amor de Dios no hay el exclusivismo de donde nace la rivalidad. El místico ama a Dios mientras más señales ve en las criaturas de que por Dios son amadas. Lejos de tener celos, lo que sea es que todas las criaturas le amen y le adoren y alcancen su gracia; pero, a veces, de estas finezas del amor a objeto tan soberano proviene en los místicos, y singularmente en los españoles, una pasión deplorable: los celos, en nombre de Dios y por Dios, de toda infidelidad que sus adoradores puedan hacerle; el afán de vengar esta ofensa y de castigar este adulterio que el alma humana, extraviada e infiel, hace a su Esposo y Redentor divino. De esta suerte, y por espantosa contradicción, en las puras llamas de la caridad suele encenderse el furor de la más cruel intolerancia y aun llegar a prenderse fuego en las hogueras, en que, renovando el culto de Moloc, hemos quemado vivos a nuestros hermanos.

Por esta levadura de corrupción vino en España a degenerar, en la práctica, el misticismo, hasta parar, a fines del siglo pasado, en el lascivo desenfreno de la beata Dolores, y en el siglo presente, con los ridículos y falsos milagros de alguna monja vulgar y trapacera.

El influjo del misticismo en nuestra poesía ha sido grande, si bien no ha dado el misticismo exclusivo asunto a otro género que no sea el lírico. El señor Menéndez ha deslindado la diferencia que hay entre la poesía devota, religiosa y ascética, que es abundante en nuestro país, y la puramente mística, que es poca.

Esta ha florecido, en los siglos medios, entre los judíos de España, sin librarse casi nunca de la nota de panteísmo, pero elevándose a la mayor sublimidad, como en Ibn Gebirol, por ejemplo.

Extraño es que entre los mahometanos españoles no se hayan encontrado aún rasgos de misticismo en verso, siendo, como son tan místicos Ibn Tofail y algunos otros filósofos y prosistas.

En cuanto a nuestra poesía mística cristiana, ya el señor Menéndez ha hecho de ella interesante historia en su bello discurso. ¿Qué podré yo añadir?

Casi todos nuestros poetas, y muy especialmente en los siglos XVI y XVII, edad de oro de nuestra literatura, han escrito rimas sacras, romances a lo divino, canciones, glosas, letrillas, villancicos y otras clases de versos devotos. Los cancioneros y romanceros espirituales contienen preciosas joyas; pero en ellas no hay, por lo general, misticismo. Sin embargo, el influjo del misticismo se revela allí con frecuencia en cierta santa familiaridad y en cierta intimidad entrañable con las cosas divinas, como de personas que las aman, que de continuo las tratan y que las llevan muy arraigadas en el corazón. De aquí que a veces, no en los versos pulidos y artificiosos, no en los escritos por el estilo más elevado, sino en las letrillas más villanescas y en los romancillos pastoriles, entre el candor y la sencillez de la frase, y a través de la rústica y casi infantil naturalidad de imágenes y pensamientos, se note dulce sabor como de bienaventuranza, crea respirar el alma y hasta inundarse en ambiente del cielo, y columbre súbitas iluminaciones de algo a modo de ciencia infusa, con arranques maravillosos que la transportan a lo más encumbrado del pensar y a lo más hondo del sentir. Tales efectos no pueden menos de producirse hasta en la mente de sujetos descreídos, si estos sujetos entienden y saben penetrar la poesía, al leer el romancillo de Lope, que empieza:

Estábase el alma
al pie de la sierra
del humano engaño
perdida y contenta;

la canción que tiene por estribillo

Cantad, ruiseñores,
a la alborada,
porque viene el Esposo
de ver al alma;

y muchas composiciones más que pudiéramos citar de Damián de Vegas, de fray Ambrosio Montesino, de Valdivielso, de Gregorio Silvestre, de Luis de Ribera y de otros.

Tampoco fray Luis de León, aunque siempre religioso, es poeta místico sino por momentos. Su inteligencia se extendía sobre todos los seres, y su lira tenía todos los tonos. El sentimiento de la Naturaleza era en él muy vivo. Su hermosura le enamoraba, y en ella buscaba a Dios como sí ella fuera el espejo en que Dios se mira y el inmenso jeroglífico donde se revelan los misterios de su bondad y de su poder para el que sabe leer. Así es que fray Luis busca a Dios por efusión del alma en lo creado; rara vez le busca por introversión, hundiéndose en su centro. La más propia inspiración de fray Luis se cifra en el título de una

de sus odas, que dice: *En loor y honra de Dios Nuestro Señor, tomando ocasión de las criaturas*:

¡Ay orbes celestiales,
cuán bien me da a entender vuestra figura
los rayos divinales,
la gloria y hermosura
que tiene el gran pintor de esta pintura!

En fray Luis hay mucho de objetivo para ser místico; más bien es teósofo. Es asimismo un vate asceta y penitente; pero en su penitencia, en su mortificación, halla una paz santa y sublime, una tranquilidad digna sólo del sabio, y un noble y fecundo reposo, que hacen el principal hechizo de sus versos:

No busca los favores,
que al ambicioso traen desvelado,
en casa de señores;
mas antes retirado,
goza su suerte y su feliz estado.

No tiene desconsuelo,
ni puede entristecerle cosa alguna,
porque es Dios su consuelo;
ni la varia fortuna
con su mudable rueda le importuna.

La casa y celda estrecha,
alcázar le parece torreado;
la túnica deshecha,
vestido recamado,
y el duro suelo, lecho delicado.

El cilicio, tejido
de punzadoras cerdas de animales,
que al cuerpo trae ceñido,
aparta de él los males
que causa el ciego amor a los mortales.

La disciplina dura

de retorcido alambre le da gusto,
pues cura la locura
del estragado gusto,
que huye a rienda suelta de lo justo.

Por lo demás, mezclada siempre con el ascetismo cristiano, y con el vivo sentimiento amoroso por la Naturaleza, reluce en fray Luis la plácida serenidad del sabio antiguo, algo de la soberbia independencia del estoicismo gentílico, si bien templado por la mansedumbre cristiana:

Dichoso el que jamás ni ley, ni fuero,
ni el alto tribunal ni las ciudades
ni conoció del mundo el trato fiero;

que por las inocentes soledades
recoge el pobre cuerpo en vil cabaña,
y el ánimo enriquece con verdades.

Cuando la luz el aire y tierras baña,
levanta al puro sol las manos puras,
sin que se las aplomen odio y saña.

Sus noches son sabrosas y seguras;
la mesa le bastece alegremente
el campo, que no rompe rejas duras.

Lo justo le acompaña y la luciente
verdad, la sencillez en sus pechos de oro,
la fe no colorada falsamente.

De ricas esperanzas almo coro
y paz con su descuido le rodean,
y el gozo cuyos ojos huye el lloro.

En muchas ocasiones tal vez se trasluce algo del misticismo, pero ya mezclado con la moderación en los deseos propios del sabio antiguo, ya con el orgullo noble del filósofo; por

manera que no se acierta a distinguir bien cuáles han sido las verdaderas fuentes de su inspiración, o si todas ellas han mezclado sus raudales y han entrado con ímpetu y de consumo en el corazón del poeta para dar ser a sus mejores estrofas. Así, por ejemplo, cuando dice al tirano que le amenaza con hierro y fuego, tal vez a la Inquisición, que le perseguía:

¿Qué estás? ¿No ves el pecho
desnudo, flaco, abierto? No te cabe
en puño tan estrecho
el corazón que sabe
cerrar cielos y tierra con su llave.

Y como ejemplo de moderación:

Quien de dos claros ojos
y de un cabello de oro se enamora,
compra con mil enojos
una menguada hora,
un gozo breve, que sin fin se llora.

Dichoso el que se mide, Felipe,
y de la vida el gozo bueno
a sí solo se pide,
y mira como ajeno
aquello que no está dentro en su seno.

Sin embargo, si hemos de creer al padre fray Juan Bautista Lisaca, una composición en redondillas, titulada *Estímulo del divino amor*, es obra de fray Luis y, en este caso, fray Luis ha escrito algo completamente místico. El crítico que en 1782 publicó la segunda edición de los *Grados de amor de Dios*, del citado Lisaca, donde el *Estímulo* va incluido, halla en esta composición algunas puerilidades, y, aunque sólida doctrina, un modo de verterla zonzo, frío y cansado; pero, a mi ver, se deja arrastrar de las preocupaciones literarias de su época al formar tan duro juicio. El *Estímulo* tiene mérito, sea o no de fray Luis, y quizá en los defectos que el crítico nota estriben sus mayores bellezas, porque lo natural y espontáneo del estilo hacen resaltar la grandeza del asunto. No puede negarse, por eso que el prosaísmo y la sequedad deslucen hartos aciertos y primores, y afean en parte el *Estímulo*, así como afean los muchísimos versos con que el padre Lisaca adorna sus *Grados del amor de Dios*, lo cual consiste, en mi sentir, en que aquellos poetas iban ceñidos a la ciencia por el miedo de extraviarse, definiendo y explicando con rigor dialéctico, encadenada y medrosa la

imaginación, abatido el vuelo del entusiasmo, y sus alas oprimidas por la pesadumbre de doctrinas minuciosamente determinadas ya, y de que no era lícito apartarse. ¿Qué atrevimientos dichosos no hubieran tenido, a qué esferas no se hubieran elevado nuestros místicos, exentos de este temor? Aun así, no pocos sobre todo en el siglo XVI, tuvieron dichosos atrevimientos y alcanzaron peregrina originalidad en verso y prosa. Entre todos, y concretándonos al verso, descuella el amigo de la admirable doctora Santa Teresa, su predilecto hijo espiritual, San Juan de la Cruz, dechado de perfección en este género. Toda la mística teológica está cifrada en los versos de este divino poeta; y aunque el señor Menéndez haya dicho bastante de él, puede añadirse muchísimo más y algo añadiré yo, seguro de que asunto tan extenso, tan grave y tan alto no se agota, ni puede cansar, como no sea por la impericia pecadora del que en esta ocasión lo trata y expone.

Si hubiéramos de juzgar sólo los versos de San Juan de la Cruz por su sentido literal y por la belleza de la forma, pronto estaría acabada nuestra tarea. Los versos son bellísimos hasta por su sencillez, y los mejores, a modo de idilio o égloga, donde el Esposo y la Esposa, enamorados ambos, entienden y hablan dulcemente de sus amores; pero bajo la corteza de esta linda alegoría, donde pone el poeta todas las galas de la poesía oriental, y hermosos cuadros y pinturas de la vida campestre, hay un profundísimo sentido, que el santo desentraña y explica con elocuencia inimitable en los tres divinos comentarios, que llevan por título *Noche oscura del alma, Declaración del cántico espiritual* y *Llama de amor viva*.

A fin de entenderlo bien, es menester haberlo sentido y experimentado, porque es psicología experimental, si bien tan alta, que se eleva y trasciende a la metafísica o ciencia primera más sublime y tenebrosa, porque ciega y crea tinieblas la opulencia de su luz, cuyas verdades, aunque logre el alma percibirlas, no hay lengua humana, por elocuente que sea, que atine a expresarlas con la debida claridad.

Toda la ciencia y todo el arte de la mística se resumen y contienen, como dice el doctor seráfico San Buenaventura, en estos tres puntos: ¿Quién soy yo? ¿Quién es Dios? ¿Cómo Dios y yo seremos una misma cosa? Implica lo primero el conocimiento de sí mismo; lo segundo, un estudio teológico del Ser Supremo, a quien no conocemos bien por la razón y debernos verle en la oscuridad de la fe, y lo tercero se logra sólo después de la contemplación sobreesencial, alzándose el alma, abstraída de toda imagen y de toda idea que no sea de Dios mismo, por cima de su propia esencia creada, y subiendo hasta el ser increado del alma, que es su centro. *El centro del alma Dios es*, dice el santo. Sólo la mente introversa, la inteligencia desnuda y reconcentrada en lo más hondo, en el abismo, en las entrañas del espíritu, puede llegar hasta Dios y sentir allí como su respiración. Siente el alma la respiración de Dios, y por eso dice la canción *en tu aspirar sabroso*; punto en el cual el santo abandona ya el comento, exclamando con el bello candor de su estilo: «Veo claro que no lo tengo de saber decir, y parecería menos si lo dijese.»

Antes de subir a esta contemplación extática, hay, según hemos indicado varias veces, una prolija y penosa peregrinación que hacer, cuyo itinerario y trámites traza el santo en su precioso libro, titulado *Subida del monte Carmelo*; lo cual es llegar a un término en que la voluntad está entera con Dios, y prescinda hasta de la devoción sensible, y se halle en recogimiento interior y en desnudez espiritual completa. Se da entonces una abismal nesciencia, que llama el poeta *noche oscura*. En ella quedan vacías del todo

las profundas cavernas del sentido;

esto es, del sentido íntimo del espíritu, lo cual significa que en el entendimiento no queda ciencia, sino fe; ni en la memoria, recuerdo, sino esperanza; ni en la voluntad, afecto alguno humano, sino caridad pura. De aquí un vacío inmenso, unas cavernas profundas, que *no se llenan menos que con lo infinito*. De este modo, en esta *noche oscura*,

estando ya la casa sosegada,

o sea domada la sensualidad y las pasiones y apetitos mortificados, sale el alma en busca de su amor; esto es, se alza por cima de su propia esencia para buscar la fuente de que procede. De esta fuente ha hecho el poeta una canción especial, que comienza:

¡Que bien sé yo la fuente que mana y corre,
aunque es de noche!

Esta fuente es la esencia divina, de donde emana el Verbo increado por generación eterna; Verbo en quien resplandece y se manifiesta cuanto hay oculto en el Padre, y en quien el Padre se complace eternamente, y donde están, como arquetipos perfectos, y eternamente también, y por el arte ideal, los seres todos y el alma.

Bien se ve que cada frase de las canciones de San Juan de la Cruz encierra misterios difíciles de explicar, y que él explica en sus elocuentes comentarios.

El alma está en Dios, y Dios está en el centro del alma, porque *el centro del alma Dios es*. Ahora bien: ¿cómo no es fácil llegar a Dios cuando le tenemos en el centro del alma? ¿Cómo no encontrarle allí si le buscamos? Porque hay impedimentos que el alma ha ido allanando ya, si bien aún queda algo que se interpone entre Dios y el alma. Por esto dice la canción:

Rompe la tela de este dulce encuentro;

y la llama *tela* porque está ya muy espiritualizada, ilustrada y adelgazada, y la Divinidad se trasluce por ella cuando a tanta altura sube el alma. Al alma, no obstante, aunque la trasluzca, la ve y la comprende de un modo confuso, por donde aspira, al menos, a verla y comprenderla por fe, y de aquí lo que dice la canción, figurando la fe bajo la apariencia de otra fuente distinta:

¡Oh cristalina fuente,
si en esos tus semblantes plateados
formases de repente
los ojos deseados,
que tengo en mis entrañas dibujados!

Rota, por último, la tela y llegada la unión, apenas hay palabra que baste a expresar sus inefables misterios. Porque el alma «es Dios por participación, y aunque no tan perfecta como en la otra vida, es, como dijimos, como en sombra Dios. Y a este talle, siendo ella por medio de esta transformación sombra de Dios, hace ella en Dios por Dios lo que él hace en ella por sí mismo, porque la voluntad de los dos es una».

Apenas va aquí un átomo de la sabiduría mística que las *Canciones* de San Juan de la Cruz y sus *Comentarios* enseñan. Juzgar las doctrinas de este santo, el más sublime, original y sutil de nuestros místicos, no cabe en breve discurso, sino que requiere extenso libro; no es materia para tratada de repente, sino después de larga meditación y prolijo estudio. Algo, no obstante, teníamos que decir del místico al considerarle como poeta. ¿Habíamos de parar mientes sólo en la forma? ¿Quién mira la fábrica exterior de cofrecillo primoroso de oro y esmalte, y guarnecido de cándidas y relucientes perlas, sin que procure, al menos, internar por un instante la mirada en los arcanos e inestimables tesoros que custodia? ¿Quién tiene el pomo en la mano y no aspira el aroma embriagador que guarda, y que el fuego del amor divino ha destilado de lozanas flores del cielo?

El asunto de la mística es tan delgado asunto, que es casi inefable, explicado en sentido recto. Así, los prosistas que de la misma tratan usan términos y frases de la escuela, y acuden además a símiles y figuras. Los poetas a quienes la terminología, cuando la emplean, hace caer en el prosaísmo, se valen de lo alegórico, y para ello toman con predilección por modelo el *Cantar de los Cantares*. Este libro tiene tres significaciones: una, directa, de amores entre el rey Salomón y la sulamita; otra, profética y religiosa, que es el lazo entre Cristo y su Iglesia, y otra, mística y hondamente psicológica que es la unión de Dios y del alma. Como el *Cantar de los Cantares* es bellísimo, de cualquier modo que se le considere, ha sido parafraseado o imitado no pocas veces en nuestro idioma; pero no siempre dándole todo su valer, sino concretándose a lo profético y religioso, o no traspasando en ocasiones los límites de lo literal, como ha hecho Ventura de la Vega en su, por otra parte, preciosa imitación, que es joya de nítida elegancia.

Las imitaciones de San Juan de la Cruz encierran también, si no miramos más que a la letra, la gala y la vehemencia de una égloga amatoria; pero en el conjunto, y a través de cada frase, se percibe el fondo lleno de prodigios, cuya contemplación hace olvidar todo afecto terreno, todo deleite caduco y toda pasión de esta existencia mortal. No parece sino que piñas de flores, ventalles de cedro, escuderos de oro, alcázares y pompas orientales, ínsulas

extrañas, ríos sonorosos, valles floridos, lechos de púrpura y cuantas magnificencias posee el rey Salomón, sólo sirven para velar el centro del alma, donde en realidad pasan las escenas que el santo describe. Allí no puede llegar ni agitación del mundo, ni rumor ni movimiento de seres corporales, ni sugestión del demonio, ni voz de ángeles, los cuales no atinan ya a dar ni a explicar al alma lo que desea:

Que no saben decirme lo que quiero.

Allí, oscuro silencio y sosiego maravilloso. Aquel punto, si punto puede llamarse lo que está fuera del espacio y del tiempo, es, según Ruysbrochio y Suso, citados por el iluminado y extático fray Miguel de la Fuente, más alto que el último cielo, más profundo que el mar, más ancho que el universo todo, y no hay criatura de las espirituales y celestiales que pueda llenar su capacidad, según es inmensa, sino sólo Dios, que es la esencia, de su esencia y la vida de su vida. Lo cual viene confirmado por Blosio al añadir que este centro del alma va a parar a cierto abismo que se llama cielo del espíritu, donde está el reino de Dios, que es el mismo Dios con todas sus riquezas, dones y gracias. De suerte que este centro desnudo está levantado sobre las potencias racionales, y en eternidad inmóvil, y unido con su principio, que es Dios, por vínculo de unión perpetuo.

En conceptos tan atrevidos tocan ya nuestros místicos ortodoxos al borde de la sima del panteísmo; pero, por dicha, allí se detienen sin caer. Los salva, a más de su humilde sumisión a la Iglesia, el vivo sentimiento del ser individual; el psicologismo empírico, que no consiente que el *yo* ni por un instante se diluya en lo infinito como gota de agua en el océano, y el amor a la acción, con la que tienen siempre despierta la conciencia de la personalidad humana. Bastan estas condiciones para dar al misticismo español carácter propio. Por lo demás, como el señor Menéndez, en su *Historia de los heterodoxos*, lo prueba, contra lo que afirma Rousselot, la influencia de los grandes místicos alemanes fue importantísima en la mística española.

El maestro Eckart, jefe de la secta, no influyó por cierto directamente. Sólo en corto número sus sermones están impresos desde principios del siglo XVI. Sus demás obras, si se conservan, aún deben de estar inéditas; pero sus discípulos Tauler, Suso y otros, que florecieron en el siglo XIV, fueron muy conocidos en España por traducciones latinas, y algunos por traducciones castellanas, tal vez desde el siglo XV. Los místicos de los estados de Flandes, Ruysbroeck y Suso, que son con evidencia de la misma escuela, están igualmente traducidos en español y citados siempre por nuestros autores con los elogios más extraordinarios. Las obras, de Blosio, sobre todo, fueron la lectura devota favorita de tres reyes españoles sucesivos: del emperador Carlos V, de Felipe II y de Felipe III. No es pues, de extrañar que los místicos alemanes fuesen imitados por los nuestros. Se parecen hasta en el propósito de escribir cosas tan altas y difíciles en la lengua vulgar, y no en la lengua latina, con lo cual pulieron y perfeccionaron sus respectivos idiomas, haciéndolos flexibles y aptos para expresar los más hondos y sutiles pensamientos, si bien en ocasiones con oscuridad y frase enrevesada, de lo que se burlarían los profanos de aquella edad en nuestro país, aunque no tanto, ni con tanto motivo y frecuencia, como ahora se burlan de los traductores o imitadores de Krause. También los místicos alemanes se parecen a los nuestros en ser poetas. Tauler componía canciones como San Juan de la Cruz.

Este fue y es el misticismo puro, que puede ponerse fuera o independiente de toda religión positiva, con tal de que acepte un Dios personal, pero no al modo que lo entienden algunos fríos y superficiales deístas, creando el mundo, dándole leyes y apartándose de él, sino presente en todo y vivificándolo y compenetrándolo siempre. Si Dios está en todas las cosas creadas, de donde la teosofía, que le busca en ellas, Dios está en el alma humana, hecha a su imagen, por manera eminente, por lo que dice el Evangelista San Lucas que el reino de Dios está dentro de nosotros mismos, y de aquí la mística.

La mística, no obstante, si bien, según hemos expuesto al hablar de San Juan de la Cruz, busca a Dios en el centro del alma, esto es, en el hombre espiritual e íntimo, todavía entiende que el hombre racional y hasta el hombre corporal pueden tener visiones, revelaciones y enlaces con los seres sobrenaturales, lo cual en cierto modo es parte de la mística, aunque viene a fundirse con lo ascético y lo devoto, por donde apenas hemos dicho nada de ello. Esto ha sido, si no más rica, más abundante fuente de inspiración poética en todas las literaturas cristianas, no concretándose sólo a lo lírico, sino extendiéndose por lo dramático y por lo épico o narrativo. En nuestra poesía empieza semejante misticismo casi al empezar la poesía. La imitación del *Cantar de los Cantares* tiene otro sentido en ella: no es ya la unión del alma, en su centro desnudo, con la pura divinidad, sino su unión con el Verbo humanado, la aparición a los ojos del cuerpo, y los favores y regalos de la humanidad de Cristo a las almas devotas y penitentes que le imitan y aman en esta vida mortal. De aquí los desposorios místicos de algunas santas con Jesús, ya por medio de anillo, ya por flecha de amor, ya por signos o estigmas. En este linaje de misticismo, que ha durado hasta nuestros días, están inspirados los versos de varias monjas devotas y de noble talento, como sor María del Cielo y sor Gregoria de Santa Teresa. Nada en estos versos que pueda llevar al panteísmo. La individualidad humana de Cristo determina al Dios que estas santas mujeres adoran, al amante celestial a quien sus suspiros se dirigen:

Jesús amoroso,
Amante divino,
objeto del alma;
no desprecies, Señor, mis suspiros.
Pastor soberano,
mi dueño, rey mío,
Esposo suave,
no desprecies, Señor, mis suspiros.
Vuélveme tu rostro
lleno de cariño,
que vivo muriendo;
no desprecies, Señor, mis suspiros.

Y este misticismo es tan propio de las almas soñadoras de las mujeres y de sus tiernos corazones, que, a pesar de la incredulidad de nuestro siglo, se ha perpetuado y ha dado muestras de sí en las mejores poetisas contemporáneas: en *El amor de los amores*, de Carolina Coronado, y en bastantes composiciones de los últimos años de doña Gertrudis Gómez de Avellaneda.

Análogo al afecto devoto de las mujeres por Cristo es el de no pocos monjes, sacerdotes, penitentes y hasta seglares piadosos por la Virgen María, la cual ha sido manantial fecundo de inspiración cristiana en todas las lenguas y naciones de Europa. La poesía lírica y épica en loor de la Virgen, en España sólo, es tan rica y notable, que el hablar de ella crítica e históricamente pudiera dar asunto a un libro interesante y voluminoso. Los dos idiomas literarios y nacionales de nuestra Península, el castellano y el portugués, se puede decir que nacen a la poesía celebrando los milagros de la Virgen, sus apariciones y los favores que hace a sus devotos, en Gonzalo de Berceo y en el Rey Sabio, que se llamaba su trovador.

Volviendo ahora nosotros al misticismo del hombre íntimo, diremos que casi la única bella muestra poética que de él puede darse en España en el siglo pasado está en los versos que el señor Menéndez cita de don Gabriel Álvarez de Toledo, uno de los fundadores de esta Academia.

Varias causas externas concurrieron a acabar por entonces con el misticismo íntimo, a más de la corrupción y extravíos en que había llegado a caer. Fue la primera causa, en el orden cronológico, el sensualismo divulgado y puesto en moda por Condillac. Cuando se negaba hasta el *yo*, ¿cómo había de buscarse lo absoluto puesto en el *yo*? Fervorosos católicos se hicieron sensualistas, y de aquí el tradicionalismo, de todo contrario al misticismo íntimo. ¿Cómo para Bonald o para Donoso Cortes, que niegan que hay en el alma verdad alguna que no venga de revelación material y penetre allí por los sentidos, ha de estar en el alma Dios mismo, origen de todas las verdades?

Otra causa destructora del misticismo íntimo, aun dentro del corazón de los más sinceros creyentes, es el carácter social y político que ha tomado, en el siglo presente, la cuestión religiosa. El pensador cristiano de nuestros días no medita tanto en la verdad metafísica ni en la relación o unificación del alma con su principio como en la vida total del humano linaje, en sus destinos y en su fin colectivo. La teología se aplica, más que a la metafísica pura, a las ciencias políticas y sociales; más que a la psicología, a la historia; y busca a Dios, más que en el apartamiento solitario de la mente, en el tumulto y marcha ordenada de la Humanidad a través de las edades. De aquí que los escritores religiosos de ahora, ya son liberales, ya no son liberales, pero todos son políticos; la política y las ciencias que con ella están en relación los preocupan sobre todo. Así Bonald, De Maistre, Buchez, Bordas Demoulin, Gratry, el padre Ventura, Balmes y el marqués de Valdegamas.

La poesía religiosa toma también este carácter social y político, y produce obras bellas, como, por ejemplo, los coros e himnos de Manzoni y *La campana*, de Schiller. La musa religiosa española se ha hecho política de la misma suerte, y bien se pudieran dar aquí por estimables muestras de sus creaciones.

Entre tanto, el misticismo íntimo hubo de refugiarse en Alemania, donde desde la Edad Media con tanto fruto se había cultivado. Allí aparece de nuevo, en medio del sensualismo del siglo XVIII, en un maravilloso poeta, en Novalis; y sin duda, apartándose de las vías cristianas, influye no poco en la creación de una filosofía panteísta, pero profunda, la cual, partiendo de la despiadada y severa crítica de Kant, identifica el ser y el conocer, el objeto y el sujeto, y Dios y el alma.

Algo de este misticismo heterodoxo ha penetrado en España con las doctrinas de Schelling, Hegel y Krause, y fácil nos sería hacer patentes sus huellas en nuestros poetas contemporáneos, si no temiésemos, o bien ofender su modestia, o bien enojarlos, porque creyesen que los acusamos de heterodoxia cuando tal vez alguno de ellos esté presente.

Por otra parte, estos apuntes, que no me atrevo a calificar de discurso, y que apenas pueden tocar de ligero tan vasto y difícil asunto, son ya harto extensos, y deben terminar, y terminan aquí, a fin de que la fatigada atención del benévolo auditorio vuelva con placer a deleitarse en el recuerdo de la brillantísima disertación de nuestro nuevo compañero.

# Sobre el Diccionario de la Real Academia Española

Contestación al discurso de recepción de don Francisco Commelerán en la Real Academia Española el 25 de mayo de 1890

SEÑORES:

Mi buena voluntad me inspira a menudo infundada confianza en las propias fuerzas, por donde yo, de puro bondadoso (y perdonad que en algo me alabe), suelo no cumplir, o cumplo tarde y mal, compromisos libremente contraídos.

Digo esto para atenuar, ya que no disculpe, la falta en que he incurrido tardando en contestar al discurso que acabáis de oír, tardanza que detuvo hasta hoy al señor Commelerán a las puertas de esta Academia, la cual espera muchos de sus conocimientos filológicos para el mejor éxito de las tareas a que se consagra.

Al aceptar yo el encargo de contestar al nuevo académico, me movió cierta consideración que hace mi trabajo más difícil, porque necesito exponerla y carezco de la rara habilidad que para ello, en mi sentir, se requiere.

De ordinario, en el seno de esta Corporación reina la más perfecta armonía, a pesar de lo dividido que está nuestro país en parcialidades, y a pesar de que apenas las hay sin representante entre nosotros; pero cuantas opiniones políticas fuera de aquí nos separan, desaparecen o pierden su dañino vigor dentro de este recinto.

Sólo en la elección del señor Commelerán hubo, según dicen, de aparecer entre nosotros la discordia; pero fue tan de paso y con tal disimulo, que los más no hubiéramos advertido nada, sin las hablillas, comentarios y exageraciones que nacieron y cundieron fuera de aquí.

Saludable aviso fue éste, que nos estimuló a buscar, e hizo que encontrásemos el modo de que nunca se renovase el pretexto que para que nos supusieron divididos tal vez habíamos dado. Y como yo fui uno de los que más se opusieron a la elección del señor Commelerán, me complací en que nuestro digno director me designase para saludar en nombre de la Academia al que ésta había elegido, imaginando yo que así ponía el sello en el público testimonio de nuestra fraternal avenencia.

Conste, pues, que nadie entre nosotros se opuso a la elección del nuevo académico sino por el empeño de que entrase antes que él otro candidato, también ya electo, y contra el cual jamás hubo tampoco oposición, sino momentánea.

La Academia, mirando por su crédito, suele elegir para ocupar las sillas vacantes a aquellos hombres que de mayor nombradía gozan entre el pueblo por su valer como escritores; pero, suponiendo que la Academia se decidiese en favor de alguien que no fuese popular y conocido la Academia estaría en su derecho, nadie tendría menos autoridad que yo para censurarla. Mi pobre reputación de escritor, después de mi elección ha sido adquirida. Lo declaro sin falsa modestia: en mi elección hubo favor, y muy señalado. No me incumbe decidir si en algún otro caso excepcional también lo hubo; pero sí repito que la Academia llama generalmente a su seno a los que vienen a aumentar su lustre con los propios merecimientos, ya reconocidos y patentes.

En prueba de esta verdad, basta que recuerde yo aquí con dolor, al par que con orgullo, los nombres de algunos de los que fueron compañeros míos y que han muerto desde que yo tengo la honra de sentarme entre vosotros. Hombres de Estado, de los que más han influido en el desenvolvimiento político y en la radical transformación de la moderna España, dirigiendo sus destinos y cautivando con su elocuencia a las muchedumbres, como Olózaga, Gallano, Aparisi, Nocedal, Martínez de la Rosa, Benavides, Pacheco, Pastor Díaz, González Bravo, Ríos Rosas, Molins y Patricio de la Escosura. Autores dramáticos que deleitaron al pueblo y recogieron en el teatro cien coronas de inmarcesible hiedra como el duque de Rivas, García Gutiérrez, Hartzenbusch, Ventura de la Vega, Ayala y Bretón de los Herreros. Poetas errantes y peregrinos famosos, que, a semejanza de los antiguos sabios y filósofos de Grecia, llevaron, como Mora, las letras, la cultura y el pensamiento de España a las más remotas regiones del otro lado del Atlántico y de los Andes, y dieron leyes y constitución a nuevas repúblicas, hoy engrandecidas y florecientes. Médicos insignes, somo Seoane, el cual concurre en Londres a la fundación de la nueva Universidad y a la creación de una importante revista, *The Atheneum*, que aún subsiste con gloria. Críticos como Durán, a quien tanto deben nuestro clásico teatro y nuestro incomparable Romancero, a quien Wolf proclama rey de los críticos españoles, y en quien el amor y la antigua musa épica popular y su íntimo trato con ella despiertan la inspiración de los pasados siglos y dan ser a las candorosas leyendas de *La infantina* y de *Don Flores*. Pensadores egregios como Núñez Arenas y Canalejas, que levantaron y reavivaron entre nosotros la casi apagada lámpara filosófica para iluminar con su esplendor los juicios literarios y las obras de arte. Ingenios desenfadados e infatigables polígrafos, que han regocijado o ilustrado a la juventud, como Oliván, Monláu, Ochoa, Selgas, Segovia y Mesonero Romanos. Y, por último, pues no quiero ni debo olvidarlos, ya que suscito estos recuerdos, el discutidor brioso y profundo político, historiador elocuente de las alteraciones de Aragón en tiempo de Felipe II, a quien debemos además la divulgación por medio de la estampa del más antiguo de nuestros cancioneros, ilustrado por él con erudición copiosa, la cual pone de realce la cultura de Castilla antes del Renacimiento[45]; el laborioso y diligente escritor que nos legó las historias de don Pedro el *Cruel*, de las Comunidades y del benéfico Carlos III[46], y el modesto y discretísimo encomiador de Alarcón y de Moreto, cuyas vidas narra con tanta amenidad y abundancia de datos, y cuyas obras juzga y aprecia con tan exquisito buen gusto y elevado criterio[47].

Desde que yo pertenezco a la Academia, ha perdido ésta todos los claros individuos que acabo de indicar. Cuando entré en la Academia, aún era reciente la pérdida de aquellos dos grandes líricos. Quintana y Gallego, Tirteos de la guerra de la Independencia; del vate elegantísimo y fecundo maestro don Alberto Lista; del extraño, entusiasta, fascinador y paradójico poeta en prosa que se llamó Donoso Cortés, y del más notable metafísico que

[45] Don Pedro Pidal, primer marqués de Pidal. (N. del A.)

[46] Don Antonio Ferrer del Río. (N. del A.)

[47] Don Luis Fernández Guerra. (N. del A.)

hemos tenido en el siglo presente: de Balmes, cuya fama salvó el Pirineo, cantando y pregonando por toda Europa sus alabanzas.

La brillantez y la elevación de los nombres que cito subsanan, a mi ver, ampliamente, el error o la flaqueza de la Academia en elegirme a mí, y acaso a algún otro como yo, si es que le hay, que carezca de suficiente altura.

No tenemos en España, sino por importación francesa, la costumbre de llamar a los académicos enfáticamente inmortales; pero si la tuviéramos, justificada estaría por los personajes recordados. Inmortales son todos ellos, y algunos, no con inmortalidad recóndita, que sólo ven los eruditos y bibliófilos, sino clara, paladina y evidentísima a los ojos del vulgo, así entre los propios como entre los extraños.

Por lo demás, me parece que debemos combatir como equivocada, aunque difundidísima, la creencia de que esta Academia ha de ser a modo de Panteón o Elíseo literario, donde sólo sea lícito entrar a los eminentes y donde la entrada tenga traza de triunfo o de gentílica apoteosis.

La Academia es meramente una modesta reunión de hombres de letras, bastante autonómica para que sea ella misma quien elija los individuos que la componen y para que no se someta a caprichos inestables de la multitud ni a decretos de otros poderes. No es su propósito conceder títulos de gloria, ni repartir diplomas de inmortalidad, que no están en su mano, sino que el tiempo autoriza y custodia, después que los doctos los conceden, en virtud de reiteradas sentencias, que el pueblo sanciona y revalida con su asentimiento. El propósito de la Academia es cultivar la lengua y la literatura patrias, y para esto busca a los que considera más aptos, aunque no alcancen extraordinaria celebridad. Cuando, por dicha, la celebridad y la aptitud coinciden en el mismo sujeto, la Academia está de enhorabuena.

La obra más importante en que se emplea de continuo es, sin duda, el Diccionario. En él han trabajado todos los oradores, poetas y prosistas cuyos nombres ya cité, lo cual es una garantía de que no debe de ser muy malo el Diccionario. Si Olózaga, Duran y Quintana ignoraban el valor y significado de las palabras con que pronunciaba el uno sus conmovedoras arengas, con que reproducía maravillosamente el otro la poesía narrativa de los siglos medios y con que celebraba el tercero el progreso humano y la libertad y excitaba a la guerra, entusiasmado por el heroico levantamiento del pueblo contra toda tiranía, es cosa de desesperar de que nadie sepa nada, y es cosa de convenir en que hablamos y escribimos por casualidad y por instinto, sin conciencia y sin arte.

Acaso, me digo yo, no se puede conocer a fondo el idioma propio si no se conocen otros idiomas, con los cuales se le compara para aquilatar su mayor pulcritud y pureza, o en los cuales se investiga el origen y se desentraña la raíz de sus vocablos; pero al punto veo que este requisito está cumplido cuando recuerdo, por ejemplo, que Galiano escribía y hablaba en francés como en español, y que tuvo cátedra y explicó en inglés en Londres; que Severo Catalina fue maestro de hebreo; que Hermosilla, Ranz Romanillos y Castillo y Ayensa se cuentan entre los mejores helenistas de que podemos jactarnos; que don Manuel Valbuena sabía bastante latín y ocupó aquí un asiento, y que en lo tocante a lengua arábiga, hemos tenido a Conde, y aún tenemos entre nuestros premiados y laureados a Simonet, y entre nuestros correspondientes y colaboradores a don Leopoldo Eguílaz.

Y si para entender y estimar en lo justo la lengua de Castilla se exigiese saber las otras dos principales lenguas literarias de la Península Ibérica, la Academia habría satisfecho igualmente esta exigencia, eligiendo para la lengua portuguesa correspondientes como

Oliveira Martins y Latino Coelho, y para la lengua catalana correspondientes como Rubió y Ors, Vidal y Valenciano, Quadrado y Teodoro Llorente.

Harto se entiende que yo no menciono sino a los que están ausentes y a los que ya murieron. Su mención sola, autoriza a la Academia, después de haberlos elegido, a usar de benignidad indulgente, eligiendo a alguien que no llegue a la marca, si es que hay marca para esto como para las quintas. Y, además, yo entiendo que se dan casos, en que la contraposición es útil y grata, porque presta realce y claroscuro al todo. Dígalo, si no, aquel pasaje del profeta Ezequiel, que acude ahora a mi memoria, donde describe el ejército de Tiro, cuyos guerreros eran punto menos que gigantes, y, sin embargo, también había en él pigmeos, para complemento y colmo de hermosura.

No es menester en el día de hoy, en justificación de la Academia, apelar a lo expuesto y echar mano del elogio que hizo Ezequiel de los pigmeos de Tiro. Si éstos eran hábiles en el manejo del arco y de las flechas, con las cuales herían a los asirios que asediaban la ciudad y pugnaban por destruirla, no es menos certero y hábil el nuevo académico, y ha mostrado también su talento de escritor y su notable conocimiento de la lengua y de la literatura españolas, defendiendo nuestro Diccionario de muy rudos ataques.

El libro que, coleccionando los artículos escritos con este propósito, ha formado el señor Commelerán es muy instructivo y ameno, y él solo bastaría para hacerle merecedor de colaborar, en adelante, en la obra que tan bien defiende y de sentarse entre nosotros; pero el libro en defensa del Diccionario dista mucho de ser su único o principal merecimiento.

Por otra parte, aunque el señor Commelerán sea acreedor por su intento a nuestra gratitud, su citada obra vale y sirve para ilustración general más que para apología de la Academia.

Si el Diccionario es malo, será por lo difícil que es hacerlo bueno, o será porque la casta o raza española, salvo algún singularísimo individuo, es torpe para esta clase de trabajos.

Es verdad que la Academia ha hecho el Diccionario, y puede suponerse que, al hacerlo, hizo una abominación; pero esto equivaldría a decir que los autores de ella fueron todos los ya mencionados personajes y bastante otros que, antes de que viniese a descubrirse su incapacidad, eran célebres por su conocimiento de nuestro idioma, como Luzán, Vargas Ponce, Arriaza, García de la Huerta, Burgos y Gil y Zárate.

Es de notar asimismo que desde hace algunos años, gracias al desarrollo del comercio y de la industria, a la facilidad de comunicaciones, a los descubrimientos científicos y a su frecuente aplicación a oficios y menesteres de la vida de todos, y gracias a la difusión del saber y a la ascensión del pueblo a regiones y esferas donde quizá antes no ascendía, el lenguaje vulgar se ha enriquecido en extremo.

En él ha habido, en muchos países, y, sobre todo, en los más adelantados, una tumultuosa irrupción de voces técnicas o científicas. Indispensable ha sido, por consiguiente, como se ha hecho en Inglaterra, Francia y Alemania, incluir en nuestro Diccionario multitud de voces que antes sólo en las enciclopedias se consignaban y definían. Y ha sido indispensable también definir con mayor exactitud y precisión no pocas de las voces ya incluidas, ajustándose a nomenclaturas y clasificaciones que la ciencia ha inventado[48]. Y todo ello procurando evitar

[48] Es de advertir que tales nomenclaturas y clasificaciones sirven para lo material, que está ya clasificado por la ciencia; pero no sucede lo mismo con las facultades y operaciones del alma y con los conceptos metafísicos, que son harto difíciles de definir. En los vocablos de esta clase suelen los más hábiles autores de

lo demasiado técnico o científico, a fin de que el Diccionario no traspase los límites, harto confusos, de lo que debe ser un Diccionario del lenguaje vulgar, y se convierta en enciclopédico, en resumen.

En esto, que es lo más nuevo y arduo y lo que más caracteriza la última edición del Diccionario, si la empresa ha salido mal, esta Academia no resulta sola culpada del delito, sino también otras corporaciones que se tenían por sabias y no pocos sujetos, acreditadísimos en nuestro país por su pericia en diversas facultades: astrónomos, matemáticos, doctores en Derecho, marinos, filósofos y militares, los cuales fueron consultados y respondieron a la consulta con grande abundancia de papeletas.

Si todas estas papeletas son tontas o disparatadas, resignémonos y digamos: Sea todo por Dios. ¿Qué otro recurso nos queda, y más si observamos que nuestro delito acusa todavía mayor número de cómplices?

El gran pueblo español no tiene semejanza, por su noble destino, sino con el griego y el romano, en las edades gentílicas, y en la edad moderna, sólo con el inglés, hasta hoy. Designio providencial hubo de confiarle la misión de difundir por toda la Tierra la cultura de Europa, descubriendo y ocupando islas y continentes antes ignorados, adonde llevar su sangre, su espíritu y su palabra.

En las repúblicas independientes que del tronco español han brotado en América, hay algo que las enlaza entre sí y con la metrópoli, que nadie debe ni quiere romper, y por cuya virtud persiste indeleble el testimonio de nuestra fraternidad e idéntica estirpe. Este vínculo o lazo es el habla, o por el habla se manifiesta.

La corriente de la emigración llevará a aquellas repúblicas numerosos enjambres de trabajadores activos de otras lenguas y castas, a fin de que coadyuven a convertir la ingente

---

diccionarios (verbigracia, Littré y Webster), eludir la dificultad no definiendo y apelando a la sinonimia. Este es defecto grave, porque los sinónimos son rara vez perfectos o equivalentes, siendo, por otro lado, más útiles que convincentes las distinciones que hacen a menudo entre vocablos sinónimos los más discretos autores que sobre esto han escrito.

Pongamos por caso ver o saber lo futuro y revelarlo a otras personas. Entre el verbo que implica la acción de comunicar lo que se sabe y el verbo que no la implica, es clara la diferencia; pero no es llano deslindarla entre multitud de verbos cuando se pueden tomar en casi la misma acepción. Así, por ejemplo, en inglés, *predict, prognosticate, prophesy, vaticinale, forebode, soothsay, foretell, presage, augur, augurate, announce, advise, ominate, forecast, foresee, forewarn* y *divine*.

En la lengua inglesa, con escasísima dosis de gramática y con una pronunciación muy propia y característica, que lo *anglifica* todo hay gran libertad para adoptar palabras de otros idiomas. Se diría que, para formar la lengua inglesa, sobre un montón de palabras germánicas y célticas se ha volcado todo el Diccionario latino, De aquí que el lexicógrafo no atine acaso a distinguir bien unas palabras de otras; cuándo se debe usar la latina y cuándo la germánica; qué diverso matiz de la idea capital quiere el uso o la etimología que exprese cada una, o si son del todo equivalentes, ya siempre, ya en ocasiones, y el emplearlas queda al arbitrio del consumidor o sólo depende del buen gusto y de la eufonía. Así los verbos *wish, desire; hope, expect; trust, confide; show, exhibit; strengthen, fortify; mean, signify, guess, conjeture; wonder, admire; worship, adore; threat, menace*; y así los nombres *liveliness, vivacity; lovelines, amability; holiness, sanctity; depht; profundity.*

No es menor dificultad que esta de la abundancia, o sea, la de que haya varias palabras para una idea, la de que a veces una misma palabra signifique las dos cosas o calidades más opuestas. Sirva de ejemplo, en castellano, el adjetivo *civil*. Dice el Diccionario que *civil* es *sociable, urbano* y *atento*, y, además, *ruin, mezquino, vil* y *grosero*. Parece disparate y, con todo, el Diccionario tiene razón. Sólo no la tiene en poder a *civil*, en la segunda acepción, la nota de anticuado. No es anticuado lo que está en Calderón, Tirso y demás dramáticos del siglo XVII, y aun en documentos oficiales del siglo XVIII. (N. del A.)

soledad de la pampa en apiñado conjunto de alquerías, viñedos y ricos sembrados; a recamar la extensión uniforme de los yermos en variados jardines y plantíos fructíferos; a edificar y poblar industriosas ciudades, y a coronar y hermosear las márgenes del Amazonas, del Paraná, del Orinoco y del Magdalena, con quintas, alcázares y monumentos más gloriosos que los que el Rin, el Elba, el Mosa y el Danubio reflejan en sus ondas. Pero es de esperar que la savia poderosa transmitida por los primitivos colonos a sus descendientes conserve toda la energía plástica que se necesita para que las masas que entren en fusión caigan en el molde del españolismo, y se adapten a él de suerte que las repúblicas no se desnaturalicen y sigan siendo como son, sin perder el ser que tienen.

A impulso de tan alto interés de casta o de raza, y por el amor a la común procedencia, se han cultivado en estos últimos tiempos por toda la América española el arte y la ciencia de nuestro lenguaje. Frutos sazonados de este cultivo han sido las obras gramaticales y léxicas, dignas las más de grandísimo encomio, de don Andrés Bello, Irisarri, Amunátegui, Baralt, Juan de Arona, Rivodoo, Zorobabel Rodríguez, Daniel Granada y, por último, Rufino José Cuervo, uno de los más sabios filólogos que han tratado de nuestro idioma, y cuyas obras son un verdadero prodigio de crítica y de atinada diligencia. Y no se ha hecho esto aisladamente, sino que los doctos del otro lado del Atlántico han querido confederarse y aunar sus esfuerzos para el cultivo y la conservación del idioma común y para la mayor prosperidad de las letras ampliamente españolas, y se han formado academias correspondientes de esta Academia en Colombia, en el Perú, en Méjico, en Chile, en el Ecuador, en Venezuela y en otras repúblicas, siendo de esperar que pronto las haya en todas. Muchos de los individuos de estas academias, colaboradores nuestros, tienen, a pesar de la distancia que de ellos nos separa, envidiable fama entre nosotros. Así, por ejemplo, Miguel Antonio Caro, Rafael Pombo, Icazbalceta, Roa Bárcena, Juan León Mera, Ricardo Palma, Batres y otros mas, pues sólo nombro a los que acuden pronto y atropelladamente a mi memoria.

Yo confieso, no obstante, que, a pesar, o más bien, a causa de esta colaboración difusa de tantas personas en nuestro Diccionario, éste no puede menos de resentirse de faltas en el plan y en la armonía del conjunto. Acaso un autor único, ora por sí solo si tuviese brío y perseverancia para tamaña empresa, ira con el auxilio de otros hombres capaces, obedientes a su mandato y sujetos en todo a su dirección, lograría hacer un Diccionario menos imperfecto que el de la Academia. Littré pudo jactarse en Francia de esta victoria. Entre nosotros, si Cuervo terminase su trabajo, y si éste abarcase más y no se limitase casi a los verbos con relación al régimen, Cuervo podría gloriarse de lo mismo; pero, aun así, ningún Diccionario de un singular autor, por bueno que fuese, alcanzaría la autoridad que tiene el de la Academia, justamente por eso que le daña: porque es la obra colectiva de gran número de escritores en prosa, oradores, poetas y filólogos que durante cerca de dos siglos, y en ambos hemisferios, han cultivado el habla de Cervantes.

La defensa, pues, del Diccionario hecha por el señor Commelerán no era indispensable, aunque ha sido agradecida[49]. Y en lo tocante a su utilidad, yo la hallo en aquello en que está la de la impugnación y de la censura, por descompuestas e insultantes que sean. Tales asuntos vienen a interesar, merced a las ruidosas polémicas periodísticas, a un círculo extensísimo de gentes que tal vez ignoraban antes que hubiese filólogos y lexicógrafos y que sólo tenían idea vaga e incompleta de lo que un Diccionario pudiera ser. Y no es esto injuriar a nadie. Un periódico de gran circulación, que vende setenta mil ejemplares, llegará a tener trescientos mil lectores, si se calcula, y no es demasiado, que cada ejemplar es leído por cuatro o cinco personas.

[49] Además del señor Commelerán, han escrito, defendiendo el Diccionario de la Academia, don Manuel Silvela, con el seudónimo de *Juan Fernández*, en *El Imparcial*; don Agustín de la Paz Bueso, firmándose *El Anticrítico*, seis artículos en *El Globo*, y don Rafael Álvarez Sereix, en *El Día*. (N. del A.)

Concedamos que de los trescientos mil, hay cien mil que saben, cuál más, cuál menos, de lingüística, gramática y lexicología. Siempre habrá que conceder, en el estado actual de nuestra general ilustración, que para los otros doscientos mil, todo o casi todo aquello es inaudito. Una serie de artículos sobre el Diccionario debe de abrirles extraños horizontes y debe de propinarles pasto espiritual, sobrado suculento y difícil de digerir si no va condimentado con mucha sal y pimienta y hasta con guindillas. De aquí, en el caso presente, que, si bien disgusta el ser injuriado, haya de estimarse la injuria como artificio ingenioso para que la multitud se entere sin aburrimiento de que hay diccionarios y de que pudiera haberlos mejores. Los diccionarios, aunque sean malos, han ganado mucho con esta vulgarización de las cuestiones filológicas. Tal vez, gracias a ellas, el Diccionario de la Academia se vende ahora más que nunca. En estos últimos cinco años se han vendido cerca de quince mil ejemplares.

Pero dejo de hablar de nuestro Diccionario y de la defensa que hizo de él el nuevo académico. Éste era ya conocido y estimado de nosotros por otras obras. Entre ellas figura un atinado y entusiasta estudio biográfico crítico sobre don Pedro Calderón y algunos libros para enseñanza de la juventud, muy recomendables todos por el excelente método y por la concisa claridad didáctica.

Censuran algunos que el señor Commelerán, en la *Crestomatía latina*, que ha dispuesto y anotado, inserte mucho de los autores cristianos y dé menos cabida que otros a los clásicos gentiles. Yo, no obstante, me inclino a creer que el señor Commelerán no va tan desencaminado. Sin pensar en refutar aquí sus asertos, diré que no me conformo con que los poetas latinos cristianos sean iguales, ya que no superiores en la forma, a los poetas gentiles, y que, por el fondo, valgan mucho más; pero me parece que, para conocer bien una lengua, no basta leer los autores de la edad o siglo llamado de oro desdeñando lo demás con notoria injusticia. Conviene seguir la marcha de los cambios y transformaciones hasta en la decadencia, y más cuando en esta decadencia brillan aún tan admirables autores como los poetas Juvenco y Aurelio Prudencio Clemente, ambos gloria de España, su patria. Por otra parte, y sin recrudecer aquí la disputa a que *El gusano roedor*, del abate Gaume, dio tanto pábulo, yo confieso que Horacio, Catulo, Suetonio y hasta el dulce y pulcro Virgilio en algún momento de extravío, no siempre están de acuerdo con la moralidad y con la decencia; que Lucrecio no es un dechado de fe religiosa, y que no es razonable pasar por cuanto dicen y hasta aplaudirlo, *propter elegantiam sermonis*, sobre todo en libros destinados a la educación de niños o de jovencitos incautos. Tiempo queda para leer tales obras en la edad granada, cuando no hay recelo de pervertirse, o porque nos hemos afirmado en la virtud, o porque ya nos hemos pervertido, o porque hemos leído producciones de esto que se titula naturalismo, en cuya comparación los más desvergonzados desafueros de Lucio de Patras y de Petronio son conceptos pudorosos y angelicales.

Voy a hablar, por último, de otros escritos del señor Commelerán, que tienen, hasta donde yo soy apto para juzgarlo, muy notable mérito y le hacen digno de toda la fama que, dada la índole de dichos escritos, es posible adquirir. Porque, a la verdad, no ya en España, sino en cualquier otra nación donde se lea más y se estudien mejor las humanidades y las lenguas sabias, sería pretensión absurda (verbigracia, en Francia) que Emilio Egger, Alfredo Maury, Eugenio Burnouf y Adolfo Régnier fuesen tan populares y generalmente conocidos como Alejandro Dumas, Octavio Feuillet, Alfonso Daudet y Emilio Zola.

En España, hace algunos años, eran pasmosos nuestro desdén y nuestra ignorancia de todo lo que no era política militante y amena literatura. Recuerdo que en 1857, hallándome yo en Moscú, tuve allí un amigo, poeta y erudito ruso llamado Sergio Sobolesvski. Me preguntó por don Manuel Milá y Fontanals, a quien quería y estimaba sobre manera, y tuve que contestar que jamás había oído yo ni su nombre. Sobolevski me dio a leer libros del ilustre

profesor de la Universidad de Barcelona, y me puse en correspondencia con él. Cuando volví a Madrid y hablé del que había conocido en tan distante región oriental de Europa, vi que eran rarísimos los sujetos, aun en los círculos literarios, que aquí entonces le conocían. Ya ha cundido la afición al estudio. Ahora no se ignora tanto; pero todavía se suele cohonestar la negligencia o la flojera con el desprecio.

Dos obras importantísimas está escribiendo el señor Commelerán, y las tiene ya publicadas en parte. Es la primera una *Gramática comparada de las lenguas castellana y latina*. Ha salido a luz la *Analogía*.

Mis escasos conocimientos y el corto espacio que debo disponer, si no he de cansaros, me impiden hacer aquí detenido examen de esta *Gramática* para afirmar lo que hay en ella de nuevo y para deslindar lo que es original y propio del autor de lo que está tomado de otros autores, o sin arreglo ni adaptación, o adaptándolo a nuestro idioma, lo cual, lo último, valdría ya mucho e implicaría bastante ciencia y trabajo.

Es evidente que sin los escritos de ambos Schlegel, de Jacobo Grimm, de Federico Díez, de muchos otros y, sobre todo, de Francisco Bopp, la *Gramática* del señor Commelerán no sería, o sería un portento; pero, aun suponiendo que en dicha *Gramática* sólo se transmitiesen o sólo se aplicasen al idioma castellano los adelantos científicos hechos por otros autores, merecería, a mí ver, gran alabanza el señor Commelerán, que los sabe, que los expone y que los aplica con claridad, orden y método. Ambas lenguas, latina y castellana, están allí hábilmente estudiadas y comprendidas, y el lector piensa que asiste a la formación de la primera y a su transformación en la segunda, y que ve nacer de las raíces las palabras, y trocarse éstas en otras por virtud de ineludibles leyes fonéticas, o bien tomar, aun dentro de cada lengua, varias formas cada palabra para expresar accidentes o ideas secundarias, conservando siempre la idea fundamental en la raíz, la cual persiste a pesar de flexiones, reduplicaciones, sufijos simple y compuestos, que en edades remotas tuvieron aisladamente un significado, y prefijos que, ya son partículas inseparables, ya preposiciones, con significado propio, en la lengua madre, cuando no en la derivada.

La otra obra del señor Commelerán es mucho más importante; es un *Diccionario latinoespañol etimológico*, incomparablemente mejor y más rico que el de don Raimundo de Miguel y el marqués de Morante.

Van ya impresas y entregadas al público cerca de ochocientas páginas de compacta impresión, gran tamaño y letra menuda, por las cuales bien puede estimar hasta el menos versado en la materia que el trabajo es de mucho valer, aunque para facilitarle hayan contribuido, como es natural, los de Forcellini, Freund y De Vit, a quien nuestro autor confiesa lo que debe. No busca y halla un hombre solo adecuadas y diversas autoridades para cada vocablo y para cada acepción, en más de quinientos escritores, desde Enio a Justiniano, ni descubre y extrae la raíz de cada palabra, ya del griego, ya del hebreo, ya del sánscrito, ya de las lenguas céticas, ya de otras. Se aprovecha, y debe aprovecharse, de las investigaciones y estudios de anteriores lexicógrafos, y no por eso desmerece, si lo hace con discernimiento y propia doctrina.

Como quiera que sea, no puede negarse que el *Diccionario* del señor Commelerán será hermoso y útil monumento, levantado a los estudios clásicos en la patria de Vives, de Nebrija, de Ginés Sepúlveda y de Mariana. Asimismo, si se atiende al abandono en que tales estudios están hoy entre nosotros y al corto premio, en reputación o en dinero, que por ellos se alcanza no se paran mientes en el invencible amor que lleva a la ciencia y subido deleite que la ciencia infunde el alma, ¿quién no se inclina a poner más alto que el momentáneo acto heroico de los

Decios, cuando se votaron a los dioses infernales, la asidua devoción y la heroicidad vitalicia de quien se vota a la ímproba e ingrata tarea de levantar el monumento susodicho?

La breve noticia que he dado de las obras del nuevo académico demuestra su valer y su completa idoneidad para los fines de nuestro instituto pero, aunque dichas obras no existieran, bastaría el discurso de hoy para acreditar al señor Commelerán de notable filólogo.

Así como en la *Gramática comparada* nos explica de qué suerte, en el latín y en el castellano, no penetrando en la raíz e injertándose en ella, como en los idiomas semíticos, sino anteponiéndose y posponiéndose a la raíz, que permanece casi invariable, hay partículas que determinan los casos, los modos, los tiempos, los números y los géneros, de nombres y verbos, en su discurso de hoy nos hace patente el procedimiento evolutivo por donde las palabras latinas han venido a convertirse en castellanas, no caprichosamente, sino con sujeción a reglas de eufonía, que, prescritas por la Naturaleza y peculiares a cada pueblo, han hecho nacer del latín el provenzal, el francés, el italiano, el rumano, el catalán, el portugués, el habla de Castilla y otros varios idiomas, los cuáles se denominan neolatinos[50]. Del mismo modo el latín, el griego, el sánscrito y los antiguos idiomas célticos, eslavos, teutónicos e iranios nacieron del, habla primogénita de un pueblo apellidado *ario*, noble cuando, en edades prehistóricas, desde el centro de Asia, donde habitaba, se difundió en sucesivas emigraciones, enseñoreandose de la Tierra, por el Sur hasta Ceilán, y por el Norte y el Occidente hasta Noruega e Islandia.

Si la fertilidad de las raíces dentro de un mismo idioma se comprende en la *Gramática comparada*, al ver que una sola raíz verbal basta a producir, como en griego, cerca de trescientas formas, en la conjugación, por el discurso del señor Commelerán, se explica de qué manera, gracias a los cambios fonéticos, nacen en la familia ariana, de un lenguaje primitivo, cuyas raíces acaso puedan reducirse a seiscientas, centenares de lenguas y dialectos, en algunos de los cuales se expresan con facilidad y variedad los más sutiles pensamientos, los más distintos matices de las ideas y cuanto comprende la inteligencia humana, para lo cual los diccionarios vulgares llegan a contener más de sesenta mil palabras, sin incluir no pocas de fácil formación y las variaciones que tienen las que se declinan o conjugan.

En fin, y para no fatigar por más tiempo vuestra atención benévola, voy a concluir declarando que, después de la muestra brillante que ha dado el señor Commelerán de su suficiencia, todos debemos felicitarnos de tenerle por compañero. Su ya reconocida maestría en la ciencia de Max Müller hace muy a propósito su auxilio para conservar y fijar el habla en que se atesora una de las más fecundas y hermosas literaturas del mundo, habla que sirve de medio para comunicar sus sentimientos e ideas a un pueblo compuesto de varias naciones hermanas de gran porvenir y glorioso pasado, que viven en esta Península y extienden su imperio desde el Atlántico al Pacífico, desde California a la Tierra del Fuego, y en varias islas grandes y fértiles del mar que surcó Magallanes por vez primera.

Y si prescindimos de la utilidad con que el saber del señor Commelerán habrá de prestarle al cultivo de la lengua española, todavía me parece justo y conveniente recompensar y honrar hasta donde esté a nuestro alcance, y popularizar y fomentar el estudio de la filología

[50] Es de suponer que en España y en otros países donde se hablan hoy idiomas neolatinos, las lenguas primitivas fueran más semejantes al latín que a ninguna otra lengua, al menos en aquella parte de la población más numerosa y civilizable. No de otra suerte se explica que en poco tiempo España se latinizara, y que más tarde, ni los pueblos de origen teutónico, ni los árabes, ni los africanos, que la invadieron y la dominaron más largo tiempo, pudiese naturalizar entre nosotros sus lenguas respectivas. El habla de los españoles persistió casi toda latina en lexicología, morfología y sintaxis, salvo corta cantidad de vocablos que van quedando anticuados o caen en desuso, como si la lengua quisiese expelerlos de su organismo por extraños a él. (N. del A.)

comparativa o lingüística, tan desatendida hasta hoy en la patria de San Isidoro, de Arias Montano y de Hervás y Panduro.

# El periodismo en la literatura

Contestación al discurso de recepción de don Isidoro Fernández Flórez en la Real Academia Española el 13 de noviembre de 1898

SEÑORES:

Con verdadero satisfacción acepté yo el encargo, que cumplo hoy, de contestar al discurso que mi querido amigo don Isidoro Fernández Flórez había de leer en su entrada en esta Real Academia. Como asiduo y hábil cultivador de las letras españolas, fue elegido por nosotros. Sus cuentos, sus estudios críticos y otra multitud de composiciones breves, donde como refinada quinta esencia aparece el ingenio, bastan a explicar su elección, acreditándola de acertada. Pero todavía la justifica más el éxito dichoso y extraordinario que han tenido los trabajos de nuestro nuevo compañero. Lograr, sin el apoyo y sin la protección de los gobiernos o de los jefes de los partidos que se suceden en el Poder, el favor decidido y constante de un público numeroso, y lograrlo en dos sucesivas publicaciones periódicas, sin apelar en ninguna de ellas a violencias de lenguaje, a apasionadas y vehementes censuras y a otros medios conducentes a atraer la atención y a ganar la voluntad del vulgo por medio del escándalo, es prueba clarísima del mérito indiscutible de la persona que consigue tal triunfo. Y no puede negarse que el señor don Isidoro Fernández Flórez, si no lo consiguió por sí solo, fue principalísima parte en conseguirlo, primero en *El Imparcial*, y en *El Liberal* después. Sin duda, para fundar y sostener un periódico que agrade o interese a la gente y que adquiera gran número de lectores y suscriptores, es menester habilidad, hasta cierto punto extraña a toda literatura; habilidad que esta Real Academia no toma en cuenta; pero por muy habilidoso que sea quien dirija la publicación de un periódico en las artes de administrarlo, de confeccionarlo materialmente para que agrade y de facilitar por dondequiera su difusión y su adquisición, todavía nada de lo dicho vale, a la larga, para el crédito del periódico y para conservar y acrecentar la estimación y autoridad que se le conceden, si esta autoridad y esta estimación no se conceden primero a las personas que en dicho periódico escriben. Y esto es más innegable cuando el periódico es independiente, o sea, cuando no se escribe y se publica para defender y aupar a determinado personaje político o a una bandería organizada y regimentada que se vale del periódico como de ariete para derribar al Gobierno que existe, y como de escala o andamio para encaramarse hasta aquella codiciada altura.

Un periódico de la mencionada clase podrá ser considerado como Empresa industrial; pero siempre lo más sustancioso que para llevarla a buen término se fabrique o se produzca tendrá que ser literario, y la realidad de su mérito se acrisolará mejor cuando el aplauso y el favor del público no se expliquen por el interés extraño a las letras de conseguir inmediatamente la victoria para una bandería.

En el caso de que hablamos, un periódico ya es eco de la opinión, ya es fuerza que la empuja y ya es faro que la dirige, y en cualquiera de estos tres casos tiene mucho valor literario, así porque expresa sentimientos y aspiraciones de una gran colectividad como por el

tino y buena traza con que acierta a expresarlos, a fin de que dicho colectividad los siga, los adopte o los reconozca por suyos.

Conforme con los antecedentes precitados y con la índole y natural condición de su talento, es el discurso que el señor Fernández Flórez acaba de leer, oído con atención y gusto por cuantos están aquí presentes y aplaudido también por todos. No impide la sobriedad del estilo la rica profusión de imágenes con que el discurso se engalana; la variedad de los puntos que toca no es causa de incoherencia, porque dichos puntos, diestramente enlazados, se encaminan todos al mismo fin; y no hay en el discurso digresiones caprichosas, porque todas concurren a dilucidar mejor la materia de que se trata. Cuanto el señor Fernández Flórez ha dicho lo celebro yo por ameno y por ingenioso; no poco de lo que ha dicho lo acepto y afirmo sin la menor discrepancia, como si yo mismo lo hubiera pensado y afirmado; y no faltan tampoco en su discurso sentencias y conceptos más recomendables, en mi sentir, por lo agudos y sutiles que porque se ajusten con la verdad exacta.

Como el asunto es extenso y se presta mucho a discurrir sobre él, ya corroborando unas afirmaciones, ya invalidando o debilitando el vigor o limitando la amplitud y trascendencia de otras, no ha de parecer mal que yo conteste de esta manera al señor Fernández Flórez, aunque sólo sea para que, al tratar de lo mismo, no coincida con él de tal suerte que repita lo dicho por él como si yo fuese su eco. Ser periodista es, sin duda, profesión u oficio, como ser ingeniero, abogado o médico. Es evidente asimismo que el periodista debe ser literato: un literato de cierta y elevada clase. Pero ¿se infiere de aquí que hay un género de literatura, distinto de los otros, que pueda y deba llamarse género periodístico? Sobre esto es sobre lo que yo no estoy muy seguro, aunque, si me inclino a algo, es a negar que haya tal género. Lo que distingue al periodista de otro cualquier escritor, poco o nada tiene que ver con la literatura. La distinción que le da carácter propio es independiente de ella. Se llama periodista el literato que escribe con frecuencia o de diario, o casi de diario, en un pliego o gran hoja volante, que se estampa periódicamente y se difunde entre el público, a veces por centenares de miles de ejemplares. Cuando se logra que estos centenares de miles de ejemplares sean comprados y leídos, el periodista que dispone de ellos y escribe, dicta o inspira su contenido, no puede negarse que posee un instrumento poderosísimo para influir en la opinión, para modificarla o dirigirla, ya en buen sentido, ya en malo. Nunca el autor de un libro, por extraordinario y dichoso éxito que el libro tenga, influirá inmediatamente en el ánimo de los hombres con la rapidez, extensión y eficacia que el que en un periódico escribe. Tal vez en Francia, en Inglaterra y en los Estados Unidos, que son, a mi ver, los países en que más libros se leen y se compran, llegará algún libro de autor eminente o muy afortunado a contar por centenares de miles los ejemplares vendidos. Lo que es en España, bien se puede afirmar que, salvo en casos rarísimos y muy excepcionales, nunca pasan de seis mil o de ocho mil ejemplares de un libro los que llegan a venderse, y esto no de súbito, sino a la larga y después de haber sido el libro anunciado, ensalzado y glorificado por la crítica del periodismo. En cambio, un artículo de periódico se lee, se comenta, se aplaude, y puede influir en los sucesos políticos y sociales de una nación con prontitud pasmosa. La vida del artículo podrá ser efímera, su autor no alcanzará gloria ni nombradía, acaso no la pretenda ni la busque y conserve el ánimo; pero es innegable el poder avasallador de que es capaz un artículo de periódico, y no cabe comparación entre las conquistas que lentamente puede ir haciendo un libro y las que puede hacer un artículo de periódico en las veinticuatro horas que persiste y circula el número que ha salido estampado.

Esta y otras muy importantes diferencias se dan entre el libro y el periódico diario; mas no por eso tienen las diferencias nada que ver con la literatura: son extrañas a ella. El libro es un medio de publicidad, y el periódico es otro. De ambos medios se vale o puede valerse el escritor; pero no hay, en realidad, diferencia literaria entre ambos medios. De una serie de

artículos se forma a menudo un libro, y de fragmentos o pedazos de un libro se hacen a menudo también no pocos artículos de periódicos.

Tan cierto es lo dicho, que no hay arte de escribir y de hablar donde, entre los diversos géneros de discursos escritos o hablados, se califique el periódico como género aparte. Hay poesía y prosa. La poesía es y puede ser lírica, épica y dramática, con no pocas subdivisiones o especies híbridas, como elegías, sátiras, epístolas y fábulas. La prosa puede ser didáctica o no didáctica, dirigirse a enseñar, a deleitar o a la vez a ambos fines; puede ser narración verdadera o fingida y llamarse historia, novela o cuento. En suma, y para no fatigar a nadie: ¿quién desconoce o ignora los diferentes géneros en que pueden dividirse los escritos, ya por los asuntos de que tratan, ya por la manera con que son tratados los asuntos? ¿Hay entre estos géneros modo de calificar, distinguir y separar de los otros y determinar un género especial que llamemos periódico? Yo creo que no lo hay. Al contrario, cuantos son los tonos, géneros y manera de escribir caben en el periodismo. Y nada hay que o pueda insertarse con éxito en los periódicos, cuando la inserción es oportuna y atinada. La cuestión está en que venga a cuento o a pelo lo que se inserta, presuponiendo que no es malo o tonto, sino que es ameno e instructivo. Y no se me arguya con que la brevedad, el laconismo, el arte de decir mucho en pocas palabras, es especial condición del estilo periodístico. Obras maestras, dechado de estilo conciso, son por ejemplo, no pocos diálogos y otras obrillas de Leopardi, y yo no sé que al escribirlas pensase él que iba a insertarlas en un periódico. En tiempo de Luciano no consta que los hubiese, y Luciano, no obstante, compuso multitud de obrillas tan cortas y ligeras, que muchas no llenan más de una página.

La condición de mi espíritu, tan contraria a la clasificación y distinción de géneros, no creo yo que perjudique ni que amengüe el concepto que del periodismo y de los periodistas tengo formado; antes bien, los coloca en un razonable justo medio, no menos distante de la pomposa exageración con que alguien los ensalza que del feroz aborrecimiento y del fingido menosprecio con que alguien los deprime. La hipérbole encomiástica me ha repugnado siempre, y cuando algo del encomio me ha podido tocar por contarme en la colectividad encomiada, he solido rechazarlo con pudorosa modestia. Durante más de cinco años he sido periodista, o sea redactor constante de un periódico diario que gozó de alguna celebridad en su tiempo. Mas, a pesar de esto, jamás he empleado yo, ni he aprobado en otros, el empleo de frases como las siguientes: *el cuarto poder, el magisterio o el sacerdocio de la Prensa, su martirologio y su apostolado*. En cambio, siempre me ha sorprendido como absurda extravagancia, y he oído o leído, ya con enojo, ya con risa burlona, los dicterios y anatemas que contra la Prensa fulminan no pocos sujetos, sobre todo si presumen de aristócratas, de conservadores o de morigerados y juiciosos. Me atreveré a recordar aquí, a este proposito, que la vez primera que tuve la honra de representar al Gobierno español en los países extranjeros fue en Francfort, cerca de la Dieta germánica. Era presidente de la Dieta un nobilísimo conde austríaco, fino, amable, inteligente y dechado, en suma, del buen diplomático chapado a la antigua. Según costumbre, el conde me obsequió con un banquete para celebrar mi venida. Y entre las muchas cosas de que allí se habló, el conde, con verdadero entusiasmo, tuvo a bien poner por las nubes a uno de los que me habían precedido como ministro acreditado cerca de él. Y no fue sólo el conde, sino su mujer también, linda y elegante señora, perteneciente a una antigua e histórica familia francesa, y casi todos los demás convidados, los que le acompañaron e hicieron coro, preconizando al mencionado predecesor mío como raro modelo de discreción, elegancia, afabilidad, cortesía, don de gentes, tino para los negocios, conocimiento de los hombres y de las cosas y buena maña para ganarse la voluntad y el afecto de cuantos le trataban. Lo maravilloso, lo estupendo, lo inaudito para el conde, y así lo expresó, después de hacer tantas alabanzas, y casi todos los allí presentes convinieron con él, era que mi tan encomiado predecesor había sido periodista: había saltado, salto casi inconcebible para aquellos señores, desde la Prensa a la diplomacia. Ya se comprende que yo, no sólo por compatriota, sino por amigo que era entonces de mi predecesor encomiado, aprobé y aplaudí los elogios, que, además, me parecían justísimos y merecidos. En lo tocante

a la inverosímil anomalía de que el elogiado hubiera sido periodista, no sé si hice mal o hice bien; pero consideré lo más oportuno no salir allí a la defensa del periodismo, convirtiendo en aula académica de controversia la sala del banquete.

A través del odio reconcentrado y del desprecio más o menos aparente que en cierta sociedad escogida de esto que se llama el *high-life* suele manifestarse contra el periodismo, tal vez por moda, tal vez por manía, se entrevé casi siempre la involuntaria estimación que inspira el talento del buen periodista a los mismos que tan acerbamente le censuran. Así, recuerdo yo que allá en mi primera mocedad, en cierta reunión de sujetos muy distinguidos, se pronunciaron contra periódicos y periodistas los más apasionados discursos, tratándolos como a casta de gente abominable y dañina, cuya es la culpa de cuantos males sobrevienen: de las mudanzas, trastornos y revoluciones y de la perversión moral y política que aflige a los estados. Uno de los asistentes a la reunión, reconocido por algo simple, con severidad o con injusticia, a lo que yo entiendo, se creyó en el deber de defender a los periodistas, y hasta se dio por ofendido y por injuriado, asegurando que él había sido periodista también.

Entonces todos cuantos habían hablado contra los periodistas se deshicieron en excusas y satisfacciones al que con tanto calor los defendía, rogándole que no se enojase, que se aquietase y que no se diese por aludido, porque él nunca había sido periodista en realidad, sino que sólo lo había soñado. De esta suerte, con delicada e involuntaria socarronería, vinieron a declarar implícitamente los detractores del periodismo que para ejercerlo se requieren prendas y facultades de entendimiento y de voluntad, que no son muy comunes, y sin las cuales se tiene por increíble que alguien escriba en los periódicos, por más que pueda hacer en las tertulias papel no muy desairado.

No hay efecto sin causa. El odio que inspira el periodismo en algunas clases o agrupaciones de gente no hemos de negar que tiene algún fundamento, que tal vez nace de ciertos deplorables abusos. El insulto procaz, la calumnia, la injuria, la difamación de la vida privada, penetrando a veces en el seno de las familias para sacar a relucir ante el público con escándalo y vergüenza debilidades, torpezas y pecados, ya imaginarios, ya reales, parecen suficiente motivo para que sea odiosa la Prensa periódica. Pero de nada de esto tiene la Prensa la culpa: la culpa es de la sociedad que aprueba o aplaude tales desafueros y que excita y solivianta al periodista para que los cometa. Sólo tal vez el calumniado o el injuriado y sus más íntimos y leales amigos hallan mal la diatriba o la serie de improperios que contra alguien se dirige. El público los celebra con risa, si aparecen en forma de chistes, o los mira como censura moralizadora y elocuente, si aparecen en estilo elevado y serio. Si el público no provocase al escritor para cometer tales faltas, y si reprobase su conducta cuando las comete, en vez de aplaudirlas, la Prensa periódica sería más moderada y circunspecta. De todos modos, no creo yo que convenga celebrar al periodista como algo a modo de Catón Censorino, que vela en pro de la virtud y de las buenas costumbres y que delata y fustiga los vicios, ni que convenga tampoco abominar de él como de maldicente difamador que arroja cieno e inmundicia hasta sobre los rostros más limpios y venerables. Antes que hubiera periódicos, ora estas delaciones y censuras se miren como útiles, ora se miren como escandalosas y perjudiciales, bien podemos afirmar que se ejercía con no menos eficacia y vehemencia que en nuestros tiempos. No han sido menester periódicos para que queden en la memoria de los hombres, ya sean verdades severas, ya sean mentiras calumniosas, los robos, las tiranías, las dilapidaciones, las torpezas lascivas, el asesinato por medio del puñal o del veneno, la doblez y el engaño infame, la refinada y espantosa crueldad y otros crímenes que pudieran cometerse con el mayor sigilo, y que, con verdad exacta o con exageración, fueron delatados, o bien con falsedad fueron atribuidos a príncipes, a reinas, a grandes señores y hasta a emperadores y pontífices.

El concepto exagerado o falso que suele formarse de lo que debiera ser la Prensa periódica motiva multitud de acusaciones, cuando la realidad no responde, como humanamente es natural que no responda, al concepto previo que se ha formado. De aquí que cuando no exigimos de la Prensa periódica sino lo que razonablemente puede exigirse, el fundamento de las acusaciones desaparece. Pongamos algunos casos. Los que se figuran que el periódico ha venido a reemplazar al libro, apoyados en esta base, claman contra el periódico de mil maneras, todas, en mi sentir, injustas. No es cierto, como afirman, que el periódico satisface la curiosidad y el deseo de saber de no pocas personas y consume todo el tiempo que dedican a la lectura, resultando de aquí que quite al libro lectores y compradores. Lo contrario es lo que sucede. El que no lee más que periódicos, si no hubiera periódicos, no leería nada. Y tal vez no pocos sujetos, al leer los periódicos, se sienten estimulados y deseosas de conocer mejor los asuntos que ligeramente se tocan en ellos. En la mente de estos lectores se despierta o se aviva el apetito de leer, y por haber leído periódicos, acaban por buscar libros y por leerlos. Para estas personas, los periódicos vienen a ser, y permitaseme la comparación gastronómica, algo semejante a lo que llaman *sakuska* en los banquetes rusos. En antesala o sala que precede al comedor hay en una mesa multitud de entremeses picantes, como anchoas, caviar, salchichón y encurtidos, y hay, además, varios excelentes licores, entre los que descuella el famoso *kummel* de Riga. Los convidados, en pie, comen de aquellos manjares y beben una, dos y hasta tres copas, con lo cual, en vez de satisfacer o matar el apetito, lo espolean y lo aguzan. Así apercibidos y dispuestos, entran en el comedor, se sientan a la mesa, y ya con las fuerzas digestivas en plena actividad y con la calma y el reposo convenientes, toman la sopa y los exquisitos sólidos y suculentos manjares que allí les sirven. Pues bien: *mutatis mutandis*, el que tiene salud y bríos mentales lee excelentes libros y digiere bien su contenido, ya que los periódicos han sido para su espíritu algo a modo de *sakuska*.

Acusación no menos infundada que la anterior es la de quien lamenta la enorme cantidad de ideas erróneas que los lectores adquieren sobre muchos puntos en los periódicos superficial o ligeramente tratados. Se parecen estas acusaciones a las de aquellos que condenan, por ejemplo, las novelas de Dumas porque infunden en muchos cerebros una historia de Francia un tanto cuanto fantástica y tal vez algo disparatada, o condenan las novelas de Julio Verne porque los incautos aprenden en ellas atrevida geología y poco exacta cosmografía. Pero ni Dumas ni Verne tienen la menor culpa de esto. La culpa es sólo de quien se empeña en aprender en las novelas cosmografía, geología e historia. Y aun así, me atrevo yo a sostener que hasta quien no sabe más historia, ni más cosmografía, ni más geología que las que enseñan los libros de entretenimiento, en vez de perder, sale ganando y se pule y se ilustra. ¿Qué daño ni qué mal recibe o causa el que averigua, pongo por caso, un poco de las cosas ocurridas en Babilonia al oír las óperas de *Semíramis* o de *Nabuco*, o de las de Egipto al oír *Aida*, o de las guerras civiles de Francia al oír *Los hugonotes*? ¿Quién sabe? Quizá la audición de las mencionadas óperas le inspire el deseo de leer a Lenormand, a Ebers, a Duncker, a Rawlinson, a Mapero, a Layard, a Varillas y a Enrico Caterino Davila.

No falta quien imagine y crea que esto de escribir con estilo conciso y ligero es invención novísima, y que los antiguos, como gozaban de más vagar y reposo y no tenían en su vivir la agitación de la época presente, pecaban de difusos y hasta de pesados. Yo, sin embargo, no veo a las claras cuándo empezó a caer en desuso el escribir largo y tendido y a ponerse de moda la decantada ligereza de hoy, ligereza de que se nos presenta como cumplido dechado el estilo francés. Confieso que sobre todos estos puntos estoy muy dudoso, pero propendo a afirmar que en el día de hoy nos extendemos más al escribir que en cualquiera de las edades pasadas. Aun suponiendo que hoy es la vida más activa que antes o que se vive sin reposo y deprisa, lejos de probar esto que los escritos son más breves, esto probaría, en mi sentir, que los escritos no pueden menos de ser más largos, porque quien escribe a escape, a no ser en raro momento de inspiración feliz, peca siempre de verboso, ya que para encerrar con claridad y orden muchos conceptos en pocas frases se requieren mayor tiempo y trabajo que para escribir difusamente. No lo recuerdo bien; pero creo que es de Talleyrand de quien se cuenta

que compuso un despacho muy largo, y como alguien le advirtiese y le censurase de que lo era Talleyrand dio por excusa que no había tenido tiempo para componerlo más corto.

Se dirá que en el día es menester profundizarlo todo, que nada se quede por decir y que todo se sepa. No discuto sólo la causa. Sólo sostengo que el efecto es la extensión o difusión grandísima de los escritos modernos en comparación de los antiguos. La historia de seis duques de Borgoña, escrita por Barante tiene más lectura acaso que el conjunto de cuantos historiadores griegos y latinos se conservan aún, por quienes sabemos casi todo lo que se sabe de Grecia, de Roma, de Egipto, de Fenicia y de los demás imperios y naciones de Europa y del centro y occidente de Asia durante dos mil o tres mil años. Mayor extensión, proporcionalmente, tiene la *Historia de Inglaterra*, de Macaulav. Si prescindimos de la introducción, dicha *Historia* es sólo de diez a doce años, por donde es lícito conjeturar que, si al historiador no le hubiera sorprendido la muerte, su *Historia* hubiera sido tan extensa que, para leerla sin saltar paginas, hubiera sido menester que un hombre se consagrase a dicha lectura no pocos años de su vida. Y si las historias verdaderas son hoy tan difusas, no se quedan muy a la zaga las historias fingidas. Indiscutible es el mérito de Walter Scott; pero ¿quién se atreverá a afirmar que Walter Scott brilla por lo breve y rápido de sus narraciones? Pues ¿qué diremos de Zola, de quien hoy el público europeo anda tan prendado? Cualquiera de sus más célebres novelas tiene tanta lectura como las ciento del *Decamerón*, de Boccaccio.

La verdad es que no es tan nuevo, ni tan propio de los periódicos, ni tan laudable por su brevedad lo que en los periódicos se escribe. Sea o no sea un escrito para los periódicos, siempre es difícil, cuando no imposible, expresar muchas ideas en breves frases, a no escribir en aquel idioma sintético en que habló el fingido príncipe turco al señor Jourdain de Molière, diciéndole: *Belmen*, que, según la traducción, significa: «Vaya usted deprisa a prepararse para la ceremonia, a fin de ver enseguida a la hija de usted y concertar el casamiento.»

Acusación muy frecuente también es la de aquellos que, para rechazar la censura del periodista, lo recusan por su ignorancia. Lo mismo en periódicos que en cualquier otro papel impreso pueden escribir y censurar los ignorantes y los instruidos. La censura o la desaprobación en los periódicos es, además, de dos modos, ambos legítimos, a lo que yo entiendo: uno técnico o científico, donde el censor debe ser persona perita y muy versada en la ciencia, arte o facultad a que pertenece el negocio, acto o caso que censura. Pero hay también otro modo de censurar, que apenas se exige saber, que más que disertación es desahogo, lamento o queja de la vulgar opinión, cuya legitimidad no se bastardea aunque poco o nada se razone. Tremendos y tiránicos serían la prohibición de quejarse de no pocos males y daños y el deber de callar y sufrirlo todo en silencio, a no ser omniscios los que se quejan. En virtud de semejante dialéctica, no sabiendo nada de zapatería, nada podríamos decir contra el zapatero que nos estropea los pies con un mal calzado; sin haber estudiado bien a Carême y a Gouffé, no podríamos tronar contra la cocinera malvada que nos envenena y nos sisa; sin saber de coro a Vitrubio, no podríamos negarnos con razones a alquilar o a comprar una casa, y hasta tendríamos que ponernos sin chistar un frac o una levita que nos hiciese jorobados y deformes, si teóricamente al menos no supiésemos de sastrería.

Perfecto derecho tienen, pues, los periodistas, como lo tienen los que no son periodistas, y los periodistas tienen además el deber, de quejarse de los malos servicios públicos. Si de ellos se quejan con razonada competencia, la queja será más eficaz; pero, aunque la razonada competencia les falte, todavía podrá ser la queja útil, justa y conveniente con tal que no traspase los límites del comedimiento y la mesura y con tal que no se transforme en insulto procaz o en desvergüenza descarada. Y este derecho de queja, que en el periodista, órgano de la opinión general, es un deber, se hace tanto más imperioso cuanto el oficio, institución o función sobre que recae importa más por lo que cuesta y por los males y los bienes que puede acarrear a la república. De aquí que yo, sin poder sustraerme a la dialéctica que tal convicción

me impone, crea más sujeto a la censura lo que en el día clama más contra ella y la rechaza, y menos que nada sujeto a la censura lo que más en el día la aguanta y la sufre por acerba y sin fundamento que sea. No es menester haber cursado balística, táctica y estrategia para que nos atrevamos a hablar de aquello que cuesta a la nación enormes sacrificios pecuniarios, de aquello que puede ser causa de la salvación o de la pérdida de millares de hombres en su juventud más briosa y florida, y de aquello en que debe fundarse en lo interior el orden y el sosiego, y en lo exterior, la grandeza de los estados. No por esto gusto yo de la severidad y de la dureza. Severos y duros fueron en Cartago, y al fin fueron vencidos, mientras que el Senado de Roma, triunfante al fin, daba después de Cannas las gracias a Varrón por no haber desesperado de la salud de la patria.

En suma: sobreponiéndome yo a todo interés o espíritu de clase, hallo laudable o inevitable que todo ciudadano, periodista o no, diserte sobre cosas de guerra, aunque sea apasionadamente. En cambio, considero, ya ridículo, ya odioso, el furor con que suele ejercerse la crítica literaria, salvo contra las publicaciones que el Estado subvenciona o costea o contra los libros de texto que compra por fuerza el pobre estudiante. Pero ¿qué daño hace a nadie el autor de un libro tonto si no tiene más mecenas que el público? Con no comprarlo o con no leerlo, está todo remediado. Y ni el autor mismo se perjudica, sino que tal vez se mejora, o porque a fuerza de escribir mal acaba por escribir bien, o porque, si no logra esto, logra dar a su tiempo un empleo inofensivo, en vez de entregarse a deportes pecaminosos.

El mismo periodista, ora sea bueno, ora sea malo, entra en este predicamento de la generalidad de los críticos, por donde me parece que deben ser benévolos e indulgentes con él sus conciudadanos, porque sus candorosas simplezas no hacen daño, y harto castigo tiene con el desdén de quien las lee, y porque sus insolencias, y sus audacias y los errores en que incurre y que después propala, más que propios de él, pertenecen a la colectividad de quien es órgano e instrumento en la Prensa. De todos modos, como el escritor, periodista o no periodista, puede hacer mucho mal o mucho bien, extraviando a la muchedumbre o señalándole el buen camino, no es de extrañar, aunque no lo sintamos, el ardor con que le defienden unos y le atacan otros.

En cuanto a esta Real Academia, apartada de las luchas políticas y capaz de imparcial rectitud por colocarse en la región serena del arte puro, entiendo yo que recibe con agrado en su seno al buen escritor, sea o no periodista, considerando el periódico como medio de publicación de toda obra literaria y no como género especial de literatura. Lo que examina y juzga la Academia es el valer del escrito, prescindiendo de su extensión y de la manera con que está publicado, ya en hojas sueltas, ya desde luego en un libro, ya primero en las hojas sueltas y en el libro más tarde. En el caso presente, reconoce la Real Academia en un periodista lo que otras ocasiones ha reconocido en el poeta lírico, en el autor dramático en el orador político, en el novelista o en alguien dedicado al estudio de esta o de aquella ciencia: el esmero, el tino, el buen gusto, la inspiración y el arte con que se maneja nuestro hermoso idioma, en la conservación de cuya pureza castiza se emplea esta Real Academia, sin oponerse, sino legitimando el aumento del antiguo heredado caudal con cuanto de lo recientemente adquirido no lo afea ni lo vicia.

# El renacimiento de la poesía lírica española

Discurso leído ante los reyes e infantes, en junta pública celebrada por la Real Academia Española el 13 de mayo de 1900, con motivo de la traslación de las cenizas de Goya, Meléndez Valdés, Fernández de Moratín y marqués de Valdegamas

SEÑORES:

Su majestad el rey honra y visita hoy esta casa, y en la aurora de la vida presta a nuestra junta pública el esplendor que la alegra, y en cuyos destellos tempranos se columbra ya, para bien de la nación, el pronto cumplimiento de consoladoras esperanzas. Su augusta madre, la reina regente, viene acompañándole. Ambas majestades van a realzar, por su intervención, la concertada y conmovedora ceremonia de premiar la virtud modesta con solemne reconocimiento, duradero testimonio y galardón merecido.

Mucho me lisonjea la confianza con que se me distingue encomendándome la redacción de un discurso para tan solemne ocasión; pero temo mostrarme harto inhábil, ya que sobre mi corta aptitud vienen a ponerse, con grave pesadumbre, mi ancianidad y mis dolencias. De todos modos, al pedir la venía para usar de la palabra, y al impetrarla de las augustas personas aquí presentes, les pido también la indulgencia de que, sin duda, habrán menester mis faltas; indulgencia que espero alcanzar en el ánimo de la egregia señora que nos preside, porque su amor inteligente a nuestra literatura la induce y mueve a mitigar la severidad de su juicio. Y, sin duda, en sus majestades vive este amor y se consagra con singular preferencia a las letras españolas, no ya sólo en el día, en que nuestra patria es la suya, sino desde antes que abandonase su tierra natal y el seno de su familia, cuyos ascendientes reinaron en España durante dos siglos de elevada fecundidad de pensamiento. Ya en aquella Corte, que dejó para reinar en la nuestra, aprendió su majestad a estimar nuestra poesía tan admirada e imitada por Francisco Grillparzer, popular poeta; por Fernando Wolf, sabio y entusiasta historiador de sus glorias, y por Adolfo Mussafia, tan profundo conocedor de los orígenes y del ser del rico y sonoro idioma en que dicha poesía está escrita. Con la protección y amparo de aquella Corte descolló el compositor excelente a quien inspiró sus más dulces y melodiosos cantos y sus más aterradoras armonías el héroe tradicional o fantástico levantado por vez primera en la escena por el ingenio de aquel dramaturgo español, que vencería a todos si el que apellidamos Fénix no hubiera existido. Y en los teatros imperiales y regios de aquella Corte, nuestra reina hubo de ver representadas con mayor frecuencia, con aplauso vivo y con más pompa y aparato escénico que en España, las obras inmortales de Lope, de Calderón y de Moreto.

Disipado un poco mi temor por las razones y motivos expuestos, y alentado mi espíritu por la benevolencia soberana, me atrevo a emprender y llevar a cabo mi tarea.

Con ocasión de la venida a España y a esta villa de Madrid de los restos mortales de cuatro españoles famosos en artes y letras, y que han de reposar ahora en sepulcral monumento que la nación les dedica, nos hemos reunido para honrar la memoria de dichos claros varones y para recordar con gratitud y amor el valor de sus obras, apreciándolas, no obstante, sin hipérbole y con justicia.

Sobre uno de los cuatro personajes sería para mí más difícil disertar que sobre los otros tres, si tuviera que atenerme a mi propio juicio, porque carezco de los conocimientos técnicos que pudieran servirme de guía, y en todo fallo dado por mí faltaría la autoridad conveniente.

Por fortuna, el mérito del personaje a que aludo ha sido ya tan acrisolado por la crítica y tan reconocido y ensalzado en toda Europa, y se halla tan por cima de controversias y de dudas, que me bastará afirmar sin aducir pruebas, conformándome con la general opinión para cumplir mi encargo, otorgándole justa alabanza, y para que todos cuantos me escuchan convengan con mis asertos.

Acerca de los grados de elevación de los tres personajes que se distinguieron por sus letras, entiendo yo que puede discutirse no poco; pero, en vista del universal y concorde asentimiento, es indiscutible el alto valer del personaje que floreció como artista; medida está con exactitud su grandeza y están pesados los quilates de su gloria.

De don Francisco de Goya y Lucientes puede afirmarse, sin recelo de que nadie lo contradiga, que fue un gran pintor; pero de don Juan Meléndez Valdés y de don Leandro Fernández de Moratín no nos atrevemos, sin previa y detenida demostración, a decir, por mucho que los estimemos que fueron dos grandes poetas.

No es menester aducir pruebas y razones, que nadie desconoce ni impugna, para colocar a Goya al nivel de los más egregios pintores que florecieron en España en la dichosa edad de nuestra preponderancia política y de nuestra expansión civilizadora por el mundo. Al lado de Velázquez, Murillo y Ribera, se levanta el pintor aragonés, y venido en época de postración grandísima, cuando parecía que el genio de las artes nos había abandonado, prueba que el genio de las artes vive aún entre nosotros, despierta de largo y profundo sueño y abre nuevos caminos por donde él y los que siguen sus huellas han de ir a alcanzar lauros inmarcesibles y vencedoras palmas.

Estuvo Goya dotado de originalidad tan castiza como la de los otros tres grandes pintores. No pudo eclipsarla ningún extraño influjo, ora procedente de la clásica antigüedad y de la admiración que infunde, ora importado de Italia, de Francia o de otros países. Y esta originalidad, por otra parte, no hace de él un mero continuador o renovador de antiguas escuelas, porque el exclusivo y propio sello de la originalidad del individuo le separa y distingue de Velázquez, de Murillo y de Ribera, y le da el aspecto y el carácter de la diferente edad en que vivía, con otras ideas y sentimientos, y con nueva manera de ver, de comprender y de representar cosas. Goya, pues, aparece en la historia del arte español como espléndido faro que alumbra su renacimiento y proyecta luz inextinguible sobre la senda que van siguiendo y siguen cuantos dan testimonio de que el arte no ha muerto en España y mantienen viva la esperanza de que ha de florecer todavía con inagotable y nativa riqueza.

Por lo demás, no ya mi desautorizada palabra, sino la más elocuente disertación sería inadecuada y tendría poca fuerza persuasiva, ahora que están reunidos y expuestos al público cuantos cuadros de Goya hay en Madrid para justificar el elogio que aquí les damos.

Con mayor detenimiento me importa tratar de los dos poetas ya mencionados, que vivieron en la misma época de pintor tan célebre, y a quienes con la franqueza que me es propia (y que temo que alguien califique de inoportuna y desabrida) no me he atrevido a llamar grandes; pero yo diré, en mi abono, que toda alabanza que no esté previamente justificada perjudica tanto como la más acerba censura a las personas sobre quienes recae.

Debe entenderse asimismo que para tasar en su valer los merecimientos de escritores y de poetas se requiere el estudio de la edad en que florecieron; porque los escritores y los poetas, aun sin llegar a ser grandes, sin ser preconizados como *genios,* vocablo de moda que hoy tanto se usa y del que hoy tanto se abusa, pueden bien ser ensalzados como felices sustentadores de la cultura patria, cuya antorcha avivan con resplandor nuevo al transmitirla a otras generaciones.

Sin investigar por mí mismo las causas, y sin aceptar tampoco el resultado de ajenas investigaciones, muchas y muy opuestas y que nada me satisfacen, es lo cierto que la original cultura de España, tan predominante y estimada en el mundo, a par de nuestra política y de nuestras armas, durante un período casi de dos siglos, se había torcido y viciado y había caído en postración al terminar el siglo XVII de nuestra Era.

No nos incumbe aquí hablar de los fundamentos de aquella civilización tan floreciente primero y después con tanta rapidez decaída. Tal vez las doctrinas de los filósofos, teólogos y jurisconsultos que la informaron con su espíritu y los actos de los políticos que la sostuvieron en España, en las extensas regiones sujetas a su imperio y en el resto del mundo, no estén aún debidamente juzgados. De nuestra literatura, con todo, aunque tengamos que prescindir de sus fundamentos, puede afirmarse no poco tan ajustado a la verdad que no haya recelo de promover contradicciones.

La sencilla y espontánea poesía épica de nuestros romances y la pasmosa fecundidad de nuestro teatro, el más rico del mundo, tienen el ser, la vida y la marca indeleble, el carácter propio de la nación en quien y para quien fueron creados.

Aunque ignoramos las causas, el efecto es innegable. El espíritu español se había pervertido y abatido; pero no había muerto. Su vida es inmortal y debía reaparecer y reapareció con nuevos modos de pensar y de sentir, de acuerdo con los tiempos nuevos y con las mudadas condiciones del mundo. Mas no por eso se puso en desacuerdo con el ser sustancial que tuvo y tiene, ni tomó tan extraordinario aspecto que dejase de mostrar su íntima conexión y su fraternidad con lo antiguo.

Yo creo que al volver a su patria los restos mortales de don Juan Meléndez Valdés y de don Leandro Fernández de Moratín, la primera satisfacción que debemos dar a sus almas, a fin de honrarlas honrándonos, es que fueron tan españolas como quieren serlo nuestras almas. Sin enmudecer y sin ser anacrónicas, conservaron su condición castiza, y no fue menester que adoptasen ideas y sentimientos de otros países, reproduciéndolos servilmente en sus obras.

Nadie ignora la hegemonía intelectual de Francia ni el magisterio que durante el siglo XVIII ejerció en toda Europa; pero el sentir y el pensar que dieron ser a las doctrinas que ese magisterio divulgaba no fueron exclusivas de Francia. Malos o buenos, procedían de toda la civilización europea y habían nacido y llegado a completa madurez en el momento prescrito, como el fruto sazonado aparece en el árbol. Pero si bien a Francia tocó en suerte cosechar mejor este fruto, repartido y darlo a gustar, y si bien Francia formuló con mayor brillantez el pensamiento de aquella época, todavía su influjo distó mucho de ser tan grande como se ha supuesto. Ni en Inglaterra, ni en Italia, ni en España, desnaturalizó el espíritu nacional, ni produjo solución de continuidad en su histórico desenvolvimiento.

En España, donde tal vez nuestro engreimiento nos había aislado y nos había cegado para no ver ni aceptar ciertos progresos, y donde el ímpetu y la abundancia de la inspiración propia habían roto todo freno y traspasado toda medida, fue un bien que aceptásemos los preceptos y las reglas de una crítica venida de fuera, no para reprimir un torrente que ya se había secado, sino para abrir a la inspiración nuevo cauce.

En nada mejor que en la poesía lírica se advierte que el renacimiento brotó de las propias raíces de nuestra cultura, salvo el esmero con que se podó la planta limpiándola de su agreste y vicioso ramaje.

Nuestros líricos del siglo XVIII no imitaron ni tomaron por modelo la poesía francesa de entonces, tan diferente siempre de la nuestra y que aún no había subido a la altura que hoy tiene va que el primero en encumbrarla fue Andrés Chénier, apenas conocido por sus obras hasta muchos años después de su temprana y trágica muerte.

Nuestros líricos del siglo XVIII siguen las huellas de nuestros líricos del siglo XVI, y si algún influjo extranjero se nota en ellos es el influjo de Italia, que en el siglo XVI fue mayor todavía. ¿Qué hubo en el amable y dulcísimo fray Diego González que no naciese de su

propio ingenio, encendido en el entusiasmo que le inspiraban fray Luis de León, su maestro; Garcilaso y otros egregios poetas de nuestro Siglo de Oro? ¿A quién imitó el alegre y risueño Iglesias que no fuese español? El heroico y bondadoso Cadalso, aunque criado y educado en París, ¿no se parece más que a cualquier vate exótico a don Esteban de Villegas? ¿En qué autor francés pudo inspirarse o se inspiró Jovellanos al componer sus enérgicas y hermosas sátiras, donde, si por el asunto coincide con Parini, es tan otro por el estilo, primoroso y afiligranado en el vate de Italia, y nerviosamente conciso en el de España?

Tales fueron los amigos, maestros y protectores de don Juan Meléndez Valdés, personificación completa de la renacida poesía española y maestro dichoso de otros líricos, entre los cuales hay alguno que se le adelanta con más firme y atrevido vuelo.

Para disipar los prejuicios y erróneos conceptos con que se ha juzgado hasta hoy la literatura española del siglo XVIII, conviene notar que no nació ni creció como planta cultivada en invernáculo, merced al cuidado de príncipe poderoso que trajo su semilla de suelo distante y la sembró y la cuidó con esmero en artificiales jardines para su regalo y adorno. Carlos III fue por cierto el más paternal y bienintencionado de aquellos monarcas de entonces que se preciaban de filántropos, que amaban el progreso y que se afanaban por lograr la mayor cultura y por realizar reformas y adelantos en los estados que gobernaban.

Sin duda el buen intento del rey importó mucho en el florecimiento que hubo en su reinado; pero de poco hubiera valido si la nación no hubiera estado dispuesta y hasta, ansiosa de despertar a nueva vida.

Más bien que en la capital, y no bajo el amparo áulico y cortesano, sino en ciudades distantes, en los campos y en las aldeas, empezó a florecer de nuevo nuestra cultura, demostrando así que era espontánea y no importada ni debida a regio ni oficial auxilio.

En el antiguo foco de las ciencias y de las letras españolas, decaído ya y hasta menospreciado, en Salamanca, puede decirse que amaneció el nuevo día. En la soledad del claustro, y no en los palacios de Madrid, y en el mismo apartado huerto donde tuvo o imaginó tener sus admirables diálogos el autor de *Los nombres de Cristo*, se inspiró Delio, celebró la hermosura de los campos y cantó sus inocentes amores.

Favorecido y animado por *Delio*, por *Jovino* y por *Dalmiro*, porque entonces tomaban los vates nombres pastoriles fingiendo una Arcadia ideal, templó y pulsó Meléndez su lira y entonó sus bellas canciones, que no enamoraron sólo a las ninfas del Tormes y del Zurguén, sino que, difundiéndose en ráfagas sonoras, llegaron a las orillas del Betis y despertaron a las musas de Andalucía, moviéndolas y alentándolas con amor y con emulación fecunda y dichosa.

No fue, con todo, de esta única suerte el renacimiento. No apareció sólo en un punto, sino en varios, conservando su índole tradicional y castiza, aunque pugnase siempre por corregir extravíos y errores pasados.

Este fue el propósito que al mal llamado seudoclasicismo le tocó realizar. En este sentido, don Leandro Fernández de Moratín representa el primer papel y descuella entre los escritores y poetas de su época, si se prescinde de Quintana, de Nicasio Gallego y de algún otro, los cuales, aunque fueron contemporáneos de Moratín, en el orden dialéctico pueden considerarse y estimarse por sucesores suyos.

Dentro de la apacible y sosegada evolución del ingenio español, y hasta para poner mesura y concierto en los impetuosos arranques que las conmociones políticas trajeron más

tarde, valieron de mucho al reposado sereno juicio las reglas y los preceptos y el buen gusto de que fue Moratín hábil defensor y adalid valeroso.

Y no es esto decir que antes de Meléndez y de la escuela sevillana se hubiesen perdido del todo o enturbiado las abundosas fuentes de que nuestra literatura había brotado en los dos anteriores siglos. Nadie da tan claro testimonio de la persistencia de esas fuentes y de que su caudal copioso manaba aún con limpieza y frescura como el ilustre padre del ingenioso escritor y poeta que ahora celebramos. Con resplandor evidente lo demuestran sus populares quintillas de la *Fiesta de toros en Madrid*, sus romances moriscos, como el de *Abdelcadir* y *Galiana*, en nada inferiores a lo más inspirado de nuestro antiguo Romancero; el magnífico romance histórico de la empresa de micer Jacques Borgoñón; el canto épico de las naves de Cortés, y hasta la elegante y graciosa oda pindárica *A Pedro Romero, torero insigne*.

Otra fue la misión -permítaseme el empleo de tan enfático vocablo- que tuvo que cumplir don Leandro Fernández de Moratín, y que dejó discretamente cumplida. Acérrimo impugnador del olvido de las reglas, se diría que barrió el camino que siguieron luego nuestros buenos escritores, apartando de él las malezas que estorbaban el paso para llegar a la meta y alcanzar el triunfo.

Las varias aptitudes de Moratín le hicieron digno, de no corto aprecio. Fue erudito investigador de nuestra historia literaria en sus *Orígenes del teatro*; crítico y ameno prosista en la *Derrota de los pedantes*, cuyo estilo y cuyo lenguaje son un modelo de corrección y de gracia; agudo observador, fiel y atinado en la pintura de caracteres y pasiones, sobrio, cuando no profundo, y rico en chistes urbanos en *El café*; y en *El sí de las niñas*; y fue poeta satírico de nada comunes alientos y sal ática en su *Lección poética* y en sus versos *El filosofastro*.

Cierta delicada sensibilidad que en sus comedias se nota, todavía da más pura muestra de sí en algunas de sus poesías líricas, como en la *Elegía a las Musas*, y más aún, porque no se combina con la menor sospecha de egoísmo ni de orgullo, en aquella breve composición de endecasílabos libres que escribió a modo de epitafio, en alabanza del modesto y candoroso don Francisco Gregorio de Salas.

Todas las obras de Moratín están animadas de generosos afectos que las hacen simpáticas hasta para aquellos que no aceptan las doctrinas que dichas obras sostienen.

A mi ver, el vicio de escribir es el menos perjudicial de todos los vicios. Cuando no se emplea en denigrar por envidia o venganza, o en infundir susto para alcanzar posición o dinero, no hay vicio más falto de picardía. Poco mal hace quien escribe mal en verso o en prosa. Con no leerle, queda de sobra castigado. De aquí que a primera vista acaso desaprobemos en *El café*; la cruel intolerancia de don Pedro, sólo mitigada porque Moratín, con la riqueza de su imaginación y sin real sacrificio pecuniario, nos representa a don Pedro muy rico y muy dadivoso. Aun así, no tienen bastante disculpa la profunda humillación y el duro desengaño del infeliz don Eleuterio. Lo único que no sólo disculpa, sino que realza a Moratín, es su amor grandísimo al arte, la fe que tiene en su importancia y su deseo de que viva independiente.

Inspirado por sentimientos análogos, compuso Alfieri su libro *Del príncipe y de las letras*, amonestando a los escritores para que no fiasen su bienestar y sustento a la protección y a los favores de un encumbrado magnate, y para que tomasen oficio, si era menester humilde y mecánico, a fin de ganarse la vida, quedando así en plena libertad de emitir sus ideas, sin adular a un mecenas y sin ocultar por interesados respetos lo mejor y lo más alto de lo que pensaban y sentían. Nada más incómodo y triste que tener que adular y que depender de alguien.

Bien lo declara el altísimo poeta cuando dice:

*Come sa di sale*
*lopane altrui e come è duro calle*
*lo scendere e il salir per l'altrui scale.*

Pero a pesar de esto, y atreviéndome yo a contradecir el parecer del aristocrático y severo dramaturgo italiano, tengo por cierto que jamás hubo poeta ni filósofo de alguna cuenta que, por consideración al tirano, al rey o al prócer que le albergaba y mantenía, se dejase en el tintero y no comunicase a los hombres las verdades provechosas por él descubiertas o las bellezas y primores por él imaginados. Más expuesto se halla a pecar de esta suerte el poeta o el filósofo que tira a ganar popularidad lisonjeando los instintos y pasiones del vulgo y acomodándose al gusto predominante aunque sea perverso.

Fuerte es contra esto la repulsión de Moratín, que aspira a una noble y elevada libertad en quien escribe. Por lo demás, la verdadera garantía de esa noble y elevada libertad no estriba en que el escritor dependa o no del favor de los magnates o del favor del pueblo, sino en la independencia y rectitud de su carácter.

Lo que sí no puede menos de concederse, es que el escritor, y singularmente el poeta que toma el escribir como medio de ganarse la vida, está más expuesto que el que tiene otro oficio a forzar la máquina de su ingenio y a escribir a destajo y con fecundidad artificiosa y violenta.

En todos los géneros esto es muy de temer, pero más que nada en la poesía lírica. Quintana, pongo por caso, debe su inmortalidad y su mayor gloria a media docena de composiciones, en las cuales, por mucho que las puliese y corrigiese, no pudo gastar más de ochenta días, por donde holgó y prescindió de la profesión de poeta durante más de ochenta años que duró su vida. Lo propio puede afirmarse de no pocos otros grandes poetas líricos que ha habido en el mundo.

Este elevado concepto de la poesía y de su dignidad y nobleza preside la crítica de Moratín y justifica la severidad de sus fallos.

En los grandes dramáticos que florecieron en España bajo la dinastía de los Austrias, así como en el inglés Shakespeare, reconoce Moratín y aplaude casi todos los aciertos y bellezas. Apenas hay una que lo encubran sus preocupaciones de escuela. Lo que en ellos condena es la precipitación irreflexiva, la forzada abundancia y el escribir sólo por la necesidad o conveniencia de escribir, a despecho del numen y en ausencia y sin auxilio de las musas.

Lícito es, cuando no se prescinde de la justa proporción, comparar personas y cosas cuya distinta grandeza no impide la semejanza. Así como Cervantes, censurando los libros de caballerías y reprobando sus delirios, nos revela a cada paso que admira sus bellezas, que se siente penetrado del espíritu poético que en ellos vive, y que al parodiarlos los imita con amor, especialmente el *Amadís* y el *Orlando,* así Moratín, al censurar en la *Lección poética* el drama y la epopeya de los dos anteriores siglos, pinta con tal vivacidad, aunque en cifra, los lances y aventuras del héroe de un imaginado poema épico, que el lector presume que la pintura es bosquejo y no parodia. Tan bella es en todo la *Lección poética*, que tal vez produce

hoy un efecto contrario al que su autor se proponía. Yo, al menos, lamento a menudo que Moratín no hubiera aceptado alguna vez por guía lo que irónicamente enseña en dicha *Lección*. Entonces tengo por cierto que con su talento, con su arte exquisito y con su acendrado buen gusto, hubiera sacado, del plan que pone en cifra para ridiculizarlo, un poema muy entretenido y ameno. De la misma manera, encerrando los preceptos con cien llaves, hubiera podido componer divertidas comedias de magia y dramas de enredos, bizarrías y lances de amor con más corrección, cuando no con vena tan rica como nuestros antiguos autores.

Fue de otro modo. Moratín permaneció fiel a sus preceptos, los siguió en la práctica y con el ejemplo los sostuvo. No hizo así ningún mal, sino mucho bien, a la literatura española. No encadenó el ingenio de los que verdaderamente lo tenían; antes bien, despejó las nieblas la senda que habían de seguir para lograr el premio que buscaban. No estorbó su *Lección poética* la fecundidad de don Ramón de la Cruz, ni hizo enmudecer su fama póstuma ni cesar el alto aplauso por él merecido y obtenido, y que en estos días la posteridad confirma, solemniza y sanciona. No impidió tampoco que floreciese más tarde, con original vigor, la inspiración cómica de Bretón de los Herreros, y que, por último, en virtud de una revolución literaria, cuyo primer impulso vino de fuera, si bien tuvo no poco de restauración de lo antiguo, nuestro teatro se levantase de nuevo, con el duque de Rivas, García Gutiérrez y Hartzenbusch, hasta la elevación que tuvo en su edad de oro.

El florecimiento de la cultura española en el reinado de Carlos III no se debió, pues, a impulso venido de fuera ni al favor regio, aunque fue poderoso y benéfico. España renació entonces con fuerzas nuevas; su cultura fue como planta cuyas raíces vivas y firmemente asidas al suelo retoñan y florecen. Un acto despótico del Gobierno, sacando del mal el bien, hizo patente en Italia que en España no había muerto la vida del espíritu, la cual dio brillante razón de sí en las obras de los expulsados jesuitas, que en letras humanas, y bien se puede sostener que creando nuevas ciencias, recordaron hasta cierto punto la ida a Italia, siglos antes de los sabios fugitivos de Constantinopla.

Más mesurado que vigoroso fue el numen poético de España al principio de aquel periodo; pero no mucho después las conmociones políticas, las ideas de libertad y de progreso y el sentimiento de nacionalidad, sobreexcitado por la lucha contra la invasión napoleónica, prestaron a nuestra poesía lírica una elevación, una majestad y un brío superiores a todo lo antiguo, salvo lo inspirado por la fervorosa devoción cristiana y por el misticismo.

En verdad, y no como figura retórica, el cantor de la libertad y de la patria desenterró la lira de Tirteo, y a la radiante luz del sol, más alto que Simónides en el collado de Antela, la hizo resonar en la cumbre

del riscoso y pinífero Fuenfría,

con resonancia inaudita desde la edad clásica de Atenas y Lacedemonia.

Absueltos quedan ya los que en aquellos días de lucha se sometieron mansamente a los invasores o siguieron con gusto la fortuna del César francés, creyéndolo más ventajoso para su patria. El desdén y la crueldad con que los poderes internos y externos, vencedores del Imperio, pagaron a los patriotas liberales, si no justifica, absuelve a los afrancesados.

Aunque el desarrollo en toda Europa y en las colonias y vastísimas regiones del mundo dominadas o habitadas por europeos se hizo sentir y produjo patentes progresos y mejoras en

España y en sus dominios coloniales, y aunque es innegable que España, al mediar el siglo que está ahora próximo a su fin, había aumentado su riqueza, su bienestar material y el número de sus habitantes, fuerza es convenir también en que estos aumentos y mejoras fueron harto pequeños en comparación de los que se hacían en otras más felices regiones, por donde nuestro desnivel con ellas se hizo evidente.

La discordia perpetua entre los partidarios de un antiguo régimen que tal vez no tuvo nunca existencia real y de los partidarios de doctrinas nuevas, políticas y económicas, tildadas de subversivas de todo orden, anticristianas e impías, fue rémora de todo progreso e hizo recelar con frecuencia mayores infortunios para la patria. Entonces perdimos nuestro inmenso Imperio colonial en América, desde Tejas y California hasta el estrecho de Magallanes. Hubo guerras civiles que duraron años, que consumieron nuestra actividad y nos empobrecieron; mudanzas frecuentes, conmociones sin fruto y un pronunciamiento cada año, y motines militares o civiles cada semana. Rara vitalidad mostró España con no caer más hondo, agitada en opuestos sentidos por tan inútiles convulsiones.

El ingenio español no se delimitó, sin embargo. Su cultivo perdió tal vez en solidez y en método, pero algo ganó en extensión. Se estudió a escape y someramente, pero fue más variado y completo el objeto del estudio. Se descuidó no poco la firme base de una educación clásica, pero crecieron la curiosidad general, el anhelo de investigación y el deseo de alcanzar en su marcha progresiva a otros pueblos más adelantados. La Prensa periódica abrió ancha palestra en que la juventud luciese sus facultades mentales. Y, por último, un arte, si no ignorado, poco reconocido y aplaudido antes, la oratoria de la tribuna, apareció entre nosotros con brillantez extraordinaria. La rara facundia de los españoles se ejercitó expresando ideas y pasiones en el más sonoro y majestuoso idioma de la Edad Moderna.

Contra el torrente invasor de la cultura extraña; contra la admiración, a menudo sobrado humilde y sin crítica, que solía inspirarnos, y contra el afán de remedarla servilmente, se manifestó una reacción provechosa. Se popularizaron en nuevas ediciones las antiguas joyas del ingenio español que estaban arrumbadas y como olvidadas, por donde era su conocimiento algo a modo de ciencia oculta y de tesoro escondido, del que hombres como Gallardo, Gayangos y Serafín Estébanez Calderón fueron al principio codiciosos acaparadores, luego custodios celosos e iniciadores y divulgadores al cabo.

Tal era el estado de España cuando, apareció y resplandeció entre nosotros el último, cronológicamente, de los cuatro varones ilustres cuya repatriación y honrosa inhumación en nuestro suelo celebramos hoy.

Las comparaciones son tan difíciles como odiosas, y yo he de esquivar el hacerlas. Valor subidísimo tiene el poeta de las tradiciones, el épico popular don José Zorrilla. No vale menos el egregio Espronceda, en quien los espíritus de Byron y de Goethe, que a veces penetran en el suyo, no invalidan la propia fuerza y natural virtud que le ponen con frecuencia por cima de sus modelos.

Con nadie en aquel período, que fue fecundísimo en España de hombres de ingenio, período en que hasta la olvidada o descuidada filosofía revivió, con no escaso valer, en don Jaime Balmes, quiero yo comparar ni comparo al marqués de Valdegamas. Sólo digo que el marqués de Valdegamas personifica mejor que nadie la agitación de los espíritus y el estado mental y algo febril de España a mediados del presente siglo.

El lirismo en prosa, la exuberancia de flores en el estilo y la propensión a encerrar sintéticamente en las cláusulas o períodos de un discurso todo lo humano y todo lo divino, componiendo así estupendos y refulgentes cuadros sinópticos, que embelesaban, hechizaban y

tal vez deslumbraban a los oyentes o a los lectores, se había puesto muy de moda en París, y, como todas las modas, había pasado a España. Chateaubriand, Lamartine, Lerminier, Edgardo Quinet, Lamennais, Eugenio Pelletan y otros escritores no menos floridos y pomposos excitaron nuestra admiración y emulación y nos sirvieron de modelo. A la verdad que con tal método, o más bien con la falta de método que este modo de escribir implica, era punto menos que imposible llevar dialécticamente la convicción al espíritu de nadie; pero el fervor y la grandilocuencia de quien hablaba o escribía transfiguraban al orador o al escritor en algo a modo de profeta. Así, sus palabras podían hacer más prosélitos y convencidos que lo expuesto con dialéctica, pausa y reposo.

En España se presentaba, además, un singular fenómeno. El bajo nivel en que nos veíamos con respecto a naciones más adelantadas, las tristezas de lo presente y la corta esperanza en el futuro encendían en nuestras almas cólera y odio contra lo que estaba vigente, y amor vehementísimo, y a menudo poco razonable, a lo que ya había pasado, aunque no hubiera sido nunca como imaginábamos nosotros. De aquí que muchos autores, hasta cuando eran en la vida práctica y diaria revolucionarios, librepensadores y progresistas, no bien se encumbraban sobre el trípode y se sentían inspirados, peroraban, escribían o cantaban como si fuesen pecadores arrepentidos y penitentes, y se convertían en reaccionarios. Haciendo pública confesión de sus extravíos, los achacaban a castigo del Cielo, porque habían caído en la *funesta manía de pensar* y habían investigado con soberbia confianza en sus fuerzas los inescrutables arcanos de la metafísica, pugnando por averiguar algo de las cosas divinas. Entonces se desataban en diatribas y en insultos ditirámbicos contra la filosofía y contra la ciencia; se mostraban atormentados por la duda, como Prometeo por el buitre que devoraba sus entrañas. Y, por último, al notar con dolor el lastimoso desquiciamiento de nuestro país, no desenterraban ya la lira de Tirteo, como había hecho el gran Quintana, sino el arpa del cantor de los trenos, y exclamaban de esta suerte:

> ¡Ay! Solitario, entre cenizas frías,
> mudas ruinas, aras profanadas
> y antiguos derruidos monumentos,
> me sentaré, cual nuevo Jeremías,
> mis mejillas en lágrimas bañadas,
> y romperé en estériles lamentos.

Arrastrados los espíritus por esta pendiente, nadie se dejó llevar por ella con mayor ímpetu que don Juan Donoso Cortés. Hubo un temeroso, aunque breve período histórico, en que las revoluciones y trastornos fueron violentísimos, sangrientos y generales, no ya en España, donde por rara contraposición se mantuvo todo en sosiego, refrenado por la mano durísima de un caudillo algo despótico, sino en el centro y en el occidente de Europa: en Italia, en Austria, en Hungría, en Alemania y en Francia. Sobre las contiendas de razas y de pueblos que reivindicaban su autonomía, y sobre el desbordamiento y el triunfo de la democracia política, apareció la ínfima plebe ansiosa de revelarlo todo, empeñada en que fuese para ella el provecho de la victoria y amedrentando a la entronizada burguesía, no pocos de cuyos adalides, conductores y maestros, creyeron llegados los tiempos apocalípticos. El eco más resonante que tuvo este sentir y este pensar, y el monumento a mi ver más duradero y dentro de su condición magnífico y hermoso, fue el libro capital del varón ilustre que

recordamos y celebramos ahora: el *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo*.

No hallar *nada más vil y despreciable que el género, humano fuera de las vías católicas*, se aviene mal con aquella exclamación de San Agustín cuando sin distinguir cristianos de gentiles, dice: «Gran cosa es el hombre, hecho a imagen y semejanza de Dios.» La corrupción y la caída de nuestra naturaleza fueron grandes, sin duda, después de pecar nuestros primeros padres; pero tal vez las exagera Donoso cuando declara imbécil la razón humana y asegura que son invencibles su afinidad con el error y su repugnancia a toda verdad, aunque sea evidente. Si nos hundimos en tan negra sima, ¿qué significa ni qué vale *la luz que*, según el Evangelista, *ilumina a todo hombre que viene a este mundo*? ¿Para qué el raciocinio sino para extraviarnos y matarnos, si la *discusión es la muerte que viaja de incógnito*? ¿Cómo suponer que el hombre está tan decaído y degradado, cuando su divino Maestro le aconseja y le alienta para que sea perfecto como su Padre que está en el Cielo?

Las reminiscencias del conde José de Maistre perjudican también algo la ortodoxia de Donoso. Es duro creer en la virtud purificante de la sangre derramada; terrible, aunque se tome como mera figura retórica, es la frase de que *el mundo suda sangre bajo la presión divina*, y muy cruel y muy en desacuerdo con el concepto que de la divinidad deben tener los pueblos cultos es la afirmación de la conveniencia o de la necesidad providencial de las guerras y la apología de la pena de muerte y del oficio de verdugo.

No se declara Donoso francamente tradicionalista; pero a veces se nota en lo que afirma el influjo de Bonald y del ya citado José de Maistre. Si el alma humana, o por naturaleza o a consecuencia del pecado, es o resulta incapaz de percibir y de aceptar la verdad trascendente, el grosero sensualismo de Condillac sirve de base a la creencia. Menester es entonces que por medio de la palabra material, que agita el aire y suena en nuestros oídos, o del signo escrito que hiere nuestros ojos, sepamos del bien y del mal, lo que nos pierde y lo que nos salva, y entremos en comunicación con quien nos ha creado. ¿Cuánto no repugna esto a los, admiradores arrobados de nuestros místicos, en cuya alma penetra quien lo llena y lo penetra todo, y penetra con mayor intimidad que en los demás seres, y penetra inmediatamente, sin pasar por los sentidos, sino abstrayéndose de ellos el alma *con muerte que se trueca en vida* y con encuentro *y toque que a la vida eterna sabe* y que el amor divino alcanza aún durante nuestra vida mortal, si nos recogemos y nos hundimos en los abismos de nuestra propia mente?

Cuanto aquí va dicho no obsta para que admiremos y celebremos el sin igual talento de Donoso Cortés. Aunque su libro enseña menos que el más compendioso manual de Teología, es a modo de un auto sacramental en prosa, escrito por estilo novísimo; algo como novela, donde los personajes, en vez de ser hombres y mujeres, damas y caballeros particulares, permítasenos tan familiar llaneza en la expresión, son la ciencia, la fe, la gracia, el libre albedrío, la Humanidad, los ángeles y Dios mismo. Todo ello está aplicado a la política y vale para confundir y anatematizar a los socialistas y para criticar con aceradas y punzantes burlas al señor Guizot y a los doctrinarios. Contra éstos emplea Donoso un tesoro de agudezas y arroja un torrente, un mar de sublimes invectivas. Son una secta que nunca afirma ni niega, que siempre dice distingo, y se aburre y hace perder la paciencia al pueblo, a quien, por lo visto, no le sobra. Así es que, «apremiado por todos sus instintos, llega un día en que se derrama por las plazas y las calles pidiendo a Barrabás o pidiendo a Jesús resueltamente y volcando en el polvo las cátedras de los sofistas».

Después del triunfo del pueblo, después que ha logrado que le suelten a Barrabás los conservadores, que hacen el papel de Pilatos, Donoso describe la abominación de la desolación y vaticina el castigo severísimo e inminente de las muchedumbres entregadas al

sangriento retozo de sus detestables orgías. En veinte o treinta renglones, merced a la capacidad sintética y a la concisión de su estilo, traza Donoso un epítome de Historia Universal para que veamos de qué suerte castiga Dios al pueblo engreído cada vez qué se subleva, incurriendo en paganismo e idolatría. Primero le hace caer y ser pisoteado por los tiranos babilónicos; luego, engañado por los sofistas; después, sujeto a Calígula y a otros varios y sucesivos tiranos, todos, por supuesto menos infames y malvados que el pueblo mismo. Y Donoso anuncia, por último que el novísimo se despeña en más hondo y oscuro precipicio y que «tal vez se remueva ya en el cieno de las cloacas sociales el que ha de ajustar a su cerviz el yugo de sus impúdicas y feroces insolencias».

Claro está que a mí, que no soy de definidor ni censor, eclesiástico y sé poco o nada de teología, no me incumbe decir aquí, ni está bien que lo diga, si cuanto dice Donoso está o no está en desacuerdo con la doctrina ortodoxa. Yo quiero suponer que lo está y que si a veces parece no estarlo, es por cierta intrepidez arrogante de las sentencias y por la pomposa, vehemente y enfática exageración de las cláusulas y períodos. Por lo demás, en esta Academia que no es de ciencias, sino de literatura y de lenguaje, debemos limitarnos a estudiar y apreciar el mérito filológico de un libro, considerándolo sólo como obra de arte, como primoroso dechado que la palabra teje y borda, como poema en prosa y casi como obra de mero entretenimiento.

Puesta tan prudente limitación, bien podemos sin escrúpulo de conciencia y sin el menor recelo de encomiar algo que tenga visos y vislumbres de herejía elevar como elevamos hasta más allá de las nubes el valer y la importancia del libro de Donoso: elocuentísima manifestación del espanto de las clases media y privilegiada, no sólo de España, sino en toda Europa, durante la tremenda revolución, en cierto modo cosmopolita, de mediados del presente siglo. Y más pueden crecer y crecen nuestra admiración y nuestra alabanza al notar el arte con que el libro está hecho y la magistral trabazón de todas sus partes en armonioso conjunto. Proudhon, que inspira a Donoso y le estimula con el deseo de contradecirle, si bien no es menos diserto, queda por bajo en la nerviosa concisión del estilo y en el metódico encadenamiento con que Donoso lo enlaza y ordena todo al fin que se propone.

La Teología es la ciencia de las ciencias, la que se aplica a todo y de la que dependen la prosperidad o la desventura de las sociedades, según que la Teología, que les sirve de base, sea verdadera o falsa, divina o diabólica. Poco importa que Donoso, impulsado por su amor a la paradoja, llegue a debilitar su argumentación con ejemplos contraproducentes. Su argumentación es en lo sustancial atinada. Nos mueve un tanto a risa, y nos sorprende la curiosa noticia de que el ladino y travieso Alberoni, en el supuesto de que fue eminente político y hombre de Estado, lo debió todo a la mucha teología que estudió y supo, lo cual sólo se concedería si con irrespetuoso desenfado aplicásemos a cierta teología el mismo epíteto que aplicamos en broma a la Gramática, llamándola *parda*. Pero nada invalida ni oscurece lo dicho la verdad de que, siendo el catolicismo la definitiva religión del humano linaje, contiene y enseña, por medio de su Iglesia, con magisterio perpetuo e infalible, la más elevada metafísica y la moral más pura, fundamento sólido de todas las buenas artes con que los estados se gobiernan.

En este punto, Donoso es admirable, ya cuando ensalza a la Iglesia en elocuentísimo y sentido panegírico, ya cuando, en los últimos capítulos de su libro, donde por la fe ardiente y por la profunda sinceridad de sus convicciones no disuena el arrebato lírico en prosa, nos habla de los encumbrados e inefables recuerdos de la Encarnación y de la Redención, y de cómo el Amor divino llamó a sí y rehabilitó al ser humano, restaurando el esplendor y la limpieza de las cosas todas decaídas y deslustradas por la primera culpa.

Las alabanzas que acabamos de dar a los varones ilustres cuyo mérito recordamos hoy, alabanzas que el entusiasmo no ha encarecido, sino que tal, vez peque, porque la crítica las escatima, demuestran a las claras la no interrumpida persistencia del ingenio español y de su cultura hasta la edad presente. No ha menguado, por cierto, ni ha envejecido, ni ha perdido su fuerza, ni su virtud creadora, el gran ser de nuestra raza.

La decadencia política ha ido, no obstante, siendo mayor y más sensible cada día. No recordaría yo aquí nuestros últimos y grandes infortunios, si no fuese por la influencia que han ejercido y ejercen en el movimiento intelectual, por el abatimiento pesimista que nos infunden, y por las manías malsanas con que perturban no pocos espíritus.

Nuestro orgullo, que se extendía sobre toda la raza, en toda la prolongación de su historia y por cuantas regiones nuestra raza ocupó y dominó llevando a ellas su civilización, sus creencias y su lenguaje, se ha reconcentrado hoy en pequeños espacios. Menospreciando cuanto es español en la actualidad, o por procedencia y origen, hemos amontonado en una sola región, y en las gentes que la habitan, las excelencias y perfecciones que pudieran atribuirse a todas. De aquí que los que ya en cada región imaginamos ser los únicos excelentes, estimemos desventura el haber estado unidos y el seguir unidos a los que valen mucho menos, y cuya estupidez o perversidad es causa de nuestro retraso, rémora de nuestro progreso y cadena que nos ata, que reprime nuestro vuelo y que no consiste que subamos a las luminosas alturas de saber, de poderío y de riqueza, adonde se han encumbrado otros pueblos más felices, otras razas en su totalidad superiores a la nuestra. Esta enfermedad mental que se llama *regionalismo*, tira más o menos desembozadamente a ser separatista.

Es innegable que las colonias se emancipan y no pueden menos de emanciparse cuando llega el prescrito y determinado momento; pero en la prematura emancipación de las nuestras han entrado por mucho, a mi ver, la exagerada estimación propia y exclusiva y el justo desprecio de todo el resto de la nación o de la taza a que pertenecemos.

Hoy, no ya en tierras remotas que nuestros misioneros, soldados y políticos civilizaron, edificando en ellas hermosas ciudades, cultivando sus campos y convirtiéndolo todo a vida ordenada y política, sino dentro de la Península misma empieza a dar muestras de sí la enfermedad que deploro.

No debe ser motivo de envidia, enemistad o ruptura, sino prenda de mayor afecto o estimación hacia aquellos con quienes estamos unidos, que se aumente el tesoro de la literatura patria con novelas como las de Narciso Oller y con dramas como los de Ángel Guimerá. Toda España debe jactarse de mosén Jacinto Verdaguer, como de Mistral Francia, y como Italia de Meli. El esmerado cultivo de idiomas gloriosamente literarios en otra edad y descuidados más tarde, merece alto aplauso si sólo es signo de exuberante vigor mental y lujo de expresión y de pensamiento; pero este esmerado cultivo adquiere aspecto ominoso si lo inspiran el exclusivo amor y la exagerada estimación de la patria chica y el menosprecio de la grande. El recuerdo de las glorias y de las grandezas que por separado alcanzamos no debe menoscabar el concepto de las glorias y de las grandezas que alcanzamos unidos, y que, si no llegamos a separarnos, podremos y deberemos alcanzar todavía.

A quien no está muy lucido le conviene ser prudente, resignado y hasta humilde; pero la humildad no debe tocar en extremo vicioso, y el afán de regeneración que hoy nos abruma va convirtiéndose ya en pesadilla insufrible y harto humillante. No se habló de regeneración en Zaragoza, cuando sus heroicos hijos la defendían contra los franceses. Nadie en el Transvaal habla de regeneración en el día. Quien aspira a regenerarse empieza por creerse degenerado, y esto a nada bueno conduce. No hay que creerlo, aunque desde Londres nos lo digan.

Ni menos hay que acusarnos de que para poco o para nada hemos valido nunca: de que no hemos sido, por ejemplo, hábiles colonizadores, cuando hemos civilizado, colonizado y dominado, durante cerca de cuatrocientos años, casi todo el mundo que se extiende entre el Atlántico y el Pacífico. Del fecundo seno de España han salido las repúblicas independientes que allí existen ahora y donde hay, acaso, hasta cuarenta millones de hombres que no han renegado de la casta a que pertenecen por adopción o natural origen y que hablan la lengua castellana. No hemos de temer que alguien se los trague por voraz y fuerte que sea. Ni hemos de temer tampoco que la madre que les dio el ser muera de consunción o hecha pedazos. Cállense, pues, los curanderos que la suponen moribunda y que pretenden sanarla.

Yo, entre tanto, como ignoro la Teología, que sirve, según Donoso, para gobernar los estados, y como ignoro también la partida doble y la aritmética mercantil de los que se empeñan hoy en regenerarnos, pienso a mis solas que lo mejor es callarse y no alborotar para que la patria se restablezca y recobre sus bríos con sólo vivir tranquila, sin incesantes trastornos y disparatadas mudanzas.

# La novela en España

Contestación al discurso de recepción de don Jacinto Octavio Picón en la Real Academia Española el 24 de junio de 1900

SEÑORES:

El elegante y discreto discurso que acabamos de oír basta a probar el buen tino con que fue elegido don Jacinto Octavio Picón para tomar asiento en esta Real Academia.

El nuevo académico, al escribir dicho discurso, se ha apartado de la general costumbre, aunque no creo que le falten precedentes para ello, no disertando sobre determinada tesis ni tratando de dilucidar teorías o casos de nuestra antigua historia literaria, sino limitándose a escribir el elogio del personaje ilustre, cuyo asiento viene a ocupar, llamado por nuestros votos.

Sin duda, es lícito limitarse en estos discursos de recepción a hacer el elogio del sujeto a quien se reemplaza; pero, a más de ser lícito, es, en mi sentir, conveniente y muy oportuno.

Ya por abatimiento de los ánimos, ya por estar el público harto preocupado y distraído con dificultades y contiendas del momento, lo cierto es que en pocas épocas y en pocos países, como en la España de hoy, el desdén o el olvido siguen tan de cerca a la muerte.

Nunca, ni durante la vida ni en los períodos de su actividad más fecunda, el sabio y paciente investigador o el crítico erudito y profundo puede jactarse de gran popularidad entre nosotros. Rara vez su fama, aunque la envidia no ahogue su voz con murmullos, se extiende más allá del estrecho círculo de sujetos de la misma profesión y de algunos devotos aficionados. La muerte no hace olvidar entonces, porque lo que no se aprende no se olvida.

No ocurre lo mismo con los que escriben obras de índole más popular, ya que al menos, mientras las escriben y logran ponerse de moda, excitan la curiosidad y el interés de alguna parte del gran público, y puede decirse que son famosos hasta donde en España puede aspirar alguien y lograr la celebridad por la literatura.

Esta celebridad, no obstante, suele ser harto efímera. Ocasiones hay en que muere mucho antes de la muerte de quien la ha adquirido. Tal vez si su ancianidad o sus dolencias no consienten que continúe escribiendo, la gente le sepulta en el más hondo olvido antes de que él muera y le entierren. Muerto ya, pocos vuelven a acordarse de su fama, de su mérito y de sus obras. Fácil me sería citar nombres en apoyo de mi aserto. Para demostración de su triste verdad sobra con el reconocimiento de lo poco o nada que se leen o se compran las obras literarias de los que recientemente murieron, y que todos hemos visto en vida aplaudidos y ensalzados como admirables poetas, ingeniosos novelistas o críticos e historiadores sabios. De muchos no llegan a coleccionarse por completo, ni siquiera por selección, los trabajos que dieron a la Prensa y que permanecen esparcidos y hundidos en el enorme cúmulo de revistas y de periódicos diarios. Y si por acaso la mano piadosa de algún amigo reúne y da a la estampa los escritos del que ya murió, bien puede afirmarse que él, o quienquiera que costee la edición, hace un mal negocio, porque la edición no se vende. No digo yo que carezca de excepción esta regla lastimosa, pero la excepción es muy rara. En suma: la honra y el provecho que por las letras pudieran y debieran adquirirse suelen ser mezquinos y para muy pocos escritores en vida. Cuando ésta acaba, no ya cuanto pensaron y dijeron, sino hasta sus nombres, suelen borrarse de la memoria de la generalidad del público, olvidadizo, desdeñoso o distraído por cuidados de material interés o por harto menos espirituales placeres.

No quiero yo lamentarme, ni me lamento, de la indiferencia o de la corta estimación con que las letras son miradas, así en España como en los demás países donde se sigue hablando la lengua de Castilla. Me limito a consignar un hecho. Si llegan a cincuenta o sesenta millones de seres humanos los que tienen nuestro idioma por idioma nativo, harto poco lisonjero es, o para el público o para los autores, que apenas haya libro de cuantos se han escrito en español, desde principios de este siglo hasta hoy, en que casi termina, del que pueda asegurarse que se han vendido más de veinte o de treinta mil ejemplares. Algunos casos podrán citarse de mayores éxitos de librería; pero, en cambio, pueden citarse miles de éxitos harto inferiores, y no ya de obras de escritores oscuros, sino de aquellos que han obtenido y merecido entre nosotros la más alta estimación y los más entusiastas aplausos.

A diversas causas puede atribuirse entre nosotros el desmedrado fruto que el cultivo de las letras produce. La afición a leer está poco difundida. El comercio de libros se hace tan mal, que apenas hay libro español que no cueste en América tres o cuatro veces más que en España, aunque pudiera y debiera venderse casi al mismo precio. Dentro de España, y hasta en ciudades de provincias de más de treinta mil almas, suele no haber una librería, y cuando alguien tiene el antojo de adquirir un libro, aun de los más conocidos y populares, necesita escribir a Madrid para que se lo envíen.

Considerada la literatura como objeto de industria y comercio, es, pues, entre nosotros harto menos importante de lo que debiera, por lo cual también medran poco otros oficios y menesteres, como los del fabricante de papel, del impresor y del librero, que en parte o en todo de la literatura dependen. Pequeño mal es éste, no obstante, si se compara con otros muy grandes que provienen de la corta estimación que damos a nuestros libros: el menosprecio del propio pensamiento nacional, la admiración exagerada y sin crítica del pensamiento extranjero y el afán de remedar sus obras, tomándolas por guía y adaptándolas, casi siempre con violencia, a nuestro peculiar carácter. Toda corriente literaria que venga de Francia penetra aquí con mayor ímpetu que en otros países, sin que la atajen y sirvan de dique los Pirineos. Así han venido, sucesivamente, el neoclasicismo, el romanticismo, el naturalismo, el

modernismo, el decadentismo, el simbolismo y otros amaneramientos literarios, como el de estos que llaman ahora los *estetas*, que no acierto yo a explicarme en qué consisten, a no ser con vagas y algo confusas nociones.

Lejos de mí la idea de que nos aislemos o incomuniquemos; de que para evitar el íntimo trato intelectual pongamos aduanas o levantemos muros por el estilo de los de China. Las corrientes del pensamiento humano riegan y fecundan la tierra. En vez de represarlas, conviene abrirles ancho cauce; pero siempre es muy de lamentar que los manantiales de dichas corrientes broten fuera de España, y que tal vez lleguen entre nosotros ya tarde y turbios y menguados. En literatura, como en todo, hay modas de París que, cuando en otros países se adoptan, es cuando en París empiezan a perder crédito entre la gente más refinada, y dan lugar a modas nuevas.

Prolijo sería mentar aquí no pocos otros inconvenientes que el desdén del pensamiento propio y de las letras patrias suele traer consigo. Citaré, con todo, como más conducentes a mi propósito, el afán con que muchas personas que por su educación y por sus prendas naturales aspiran con algún fundamento a la notoriedad, a la fama y hasta a la gloria, al notar que como literatos, como eruditos, como filósofos o como sabios es difícil y casi imposible vencer la desdeñosa indiferencia del público, toman el camino de la política como el más corto para lograr su deseo. Figurémonos un templo o alcázar donde la Fama reparte laureles, donde acaso la Fortuna da a sus favoritos consideración, poder y otros bienes espléndidos. Varios caminos hay que convergen y concurren todos en el referido centro; pero como la mayor parte de estos caminos están mal cuidados, llenos de tropiezos y de estorbos con que la glacial indiferencia del público suele atajar al que va peregrinando por ellos, resulta entre nosotros un mal muy grave, en mi sentir, que todo el que vale y sirve para algo se vaya por el camino de la política y deje los demás caminos abandonados y desiertos. Infiero yo de aquí una afirmación enteramente contraria a otra que prevalece en el día y que verdaderamente me pasma. No provienen nuestras desventuras de que valgan poco nuestros políticos, sino de que se dediquen a ser políticos todos los que valen algo. Así, yendo todos por el mismo camino, hacen dificultoso el tránsito por él, y si por dicha llegan a su término, realizan muy poco que sea de general utilidad, preocupados e inquietos, con la zozobra y el empeño de defenderse contra la gran multitud que viene detrás y que anhela atropellarlos y derribarlos para pasar sobre ellos, adelantarse y llegar a la meta.

El remedio de este mal no está, por consiguiente, en que los filósofos, los mercaderes y los industriales tomen por el camino de la política para enmendar las faltas de los muchos que van por él. Lo mejor y lo más juicioso sería, no la nueva irrupción de gente por dicho camino, sino que lo abandonasen y que siguiesen otros caminos, por lo menos, las cuatro quintas partes de los que van ahora por el de la política. Las ciencias, las artes, la literatura, la industria y el comercio nada pueden ganar con que acaben de abandonarlos los sujetos que valen y, con el pretexto de que los políticos son torpes, se conviertan también en políticos. En cambio, si el número de los políticos de profesión se redujese siquiera a la quinta parte de los que hay ahora, por poco que valiesen los expulsados o los voluntariamente retraídos de aspirar al gobierno o de poseerlo, los otros oficios y menesteres ganarían bastante. ¿Quién puede calcular cuánto produciría el gasto de talento, de vigilias y de afanes empleado en componer discursos parlamentarios, en hallar fórmulas y en redactar programas, manifiestos, planes y proposiciones de ley, de reglamentos y de decretos, si todo se emplease en ingeniosas invenciones industriales y en desarrollar nuestro comercio y en obtener la prosperidad de nuestra agricultura? Y, por el contrario, ¿qué mayor infortunio para nosotros, suponiendo y aun dando por seguro que todavía hay mercaderes, industriales y hasta sabios que han permanecido puros e incontaminados de todo toque o roce con la política y muy discretamente ocupados en sus negocios, si los abandonan o descuidan y se lanzan a ser políticos también? El comercio, la industria y la agricultura, todo padecería con este

abandono, y el camino de la política se llenaría de confusión de tumulto y de alboroto, y el país obtendría menos que nunca de los que por él fuesen en constante lucha con numerosos rivales.

No debe extrañarse que se me ocurran las anteriores consideraciones al oír el justo elogio que de don Emilio Castelar hace el nuevo académico. Sin duda, contribuyó a la extraordinaria fama que Castelar obtuvo el que su elocuencia, su imaginación, su entusiasmo y su entendimiento clarísimo a la política se consagrasen. Si en otras circunstancias, en otro medio ambiente o en época distinta Castelar hubiera aparecido, ¿quién sabe los triunfos que hubiera alcanzado, tal vez como apologista de la civilización y de los dogmas cristianos, tal vez inventando, con larga meditación y reposo, un nuevo sistema metafísico con aplicaciones a la filosofía de la Historia o a la del arte, y tal vez escribiendo lindas novelas o amenísimos poemas, cuando no en verso en prosa florida? Pero Castelar apareció en un país agitado por constantes disturbios, dividido en opuestos bandos y presa de tumultos y guerras civiles, y tuvo que lanzarse en la arena política para hacerse oír y notar en medio de la confusión y para que su voz resonase sobrepujando el estruendo que nos traía aturdidos. De esta suerte, lo sólo adquirió rápidamente envidiable notoriedad, sino también aplausos, influjo, poder y gloria. Debe, con todo tenerse en cuenta que si estos triunfos se pueden aminorar en algo como debidos a la pasión política, a la pasión política y hasta al aborrecimiento de las doctrinas que Castelar sostuvo, también deben atribuirse las crueles censuras, el afectado desdén y el fingido menosprecio con que no poca gente le ha perseguido durante su vida y con que, aun después de su muerte, pugna por oscurecer o amenguar su fama.

No trataré yo ahora de justificarla, aplicando mi crítica a depurar los altos merecimientos en que dicha fama se funda. Bien ha cumplido ya el señor Picón esta tarea. Yo me limitaré sólo a hacer una reflexión tan sencilla, que no hay nadie de quien no esté al alcance, pero de la que se prescinde muy a menudo.

Pongámonos en lo peor. Seamos por un momento pesimistas y decidamos que hay en el público lamentable ignorancia y que el gusto está depravado. Y todavía será fuerza conceder que, entre los millares y millares de seres humanos que tienen mal gusto y poco saber, descuella y se levanta el que los entusiasma y hechiza y adquiere entre ellos nombradía, preponderancia, crédito, autoridad y gloria. Aun calificando la veneración de absurda idolatría considero más absurdo y ridículamente presuntuoso el empeño de derribar un ídolo cuando tuvo y tiene aún tantos adoradores y tantos creyentes en sus perfecciones, excelencias y hasta milagros. No creo yo, ni pretendo hacer creer a nadie, que en todo caso y a cada instante es voz de Dios la voz del pueblo. Falible, caprichosa, apasionada será acaso esta voz en muchas ocasiones; pero si prescindimos de lo sobrenatural y si nos atenemos sólo a los asuntos profanos y de este bajo mundo, ¿qué criterio hay más alto que el de la pública opinión, que el de las muchedumbres, que el de las grandes mayorías? De temeridad monstruosa, de soberbia desmedida, ha de calificarse el empeño de los que, considerándose excepcionalmente iluminados, reprueban lo que el vulgo aplaude y quieren que el voto de ellos valga por más que miles y miles de votos vulgares. Esta pretendida superioridad del parecer o del fallo de algunos sabios descontentadizos y difíciles sobre el fallo de la muchedumbre a quien se supone ignorante o ilusa destruye, a mi ver, el fundamento en que estriba el respeto que se debe a cuantas personas por algún motivo se elevan, ya que dando al traste con el criterio en que se fundó la elevación, único criterio posible en lo humano, lo nivela todo y lo iguala, cubriéndolo con idéntico menosprecio. Prueba la exactitud de mi afirmación cierta manía que prevalece y cunde hoy por todas partes, y que consiste en asegurar el escaso o ningún valer de los hombres políticos y la conveniencia de que otros hombres de mayor valer, que hasta hoy no han sido políticos, vengan a serlo y nos salven y nos regeneren. Increíble parece que tal idea haya podido entrar en la mente de personas de juicio en un país que durante todo el siglo presente ha sido gobernado, sin distinción de clases ni de procedencias, ya por próceres y

magnates de ilustre nacimiento, ya por varones criados en muy humilde cuna, ya por absolutistas, ya por conservadores, ya por progresistas, ya por republicanos; en un país donde no hay región ni provincia que no haya tenido la satisfacción de ver en el Poder a muchos hijos suyos, y en un país, por último, donde, hace medio siglo por lo menos, jamás se ha atrevido el Poder moderador a prestar su confianza a quien el pueblo no ha ensalzado y designado antes para que dicha confianza se le otorgue, señalándole, al ocurrir cada inevitable mudanza, como el único hábil para dirigir y gobernar el Estado.

Si nadie, desde hace muchos años, ha sido muy dichoso en esta tarea ni se ha lucido desempeñándola, no lo atribuyamos a su ineptitud. Otras causas debe de haber más hondas. No hay que culpar a las doctrinas, porque se ha gobernado en nombre de todas. No hay que culpar a esta o aquella provincia, porque de todas han venido los gobernantes; ni a las clases, porque ninguna tiene entre nosotros el privilegio de gobernar; ni a un Poder superior, porque este Poder se limitó siempre a elegir a quien designó el pueblo, o una gran parte del pueblo, como cabeza o principal adalid de parcialidad determinada.

Si fuese ciencia exacta la filosofía de la Historia, los sujetos doctos y muy versados en dicha ciencia explicarían las causas del encumbramiento, de la postración y de la caída de los imperios, y hasta llegarían a pronosticar tales sucesos, como los astrónomos pronostican los eclipses, la aparición de los cometas y otros fenómenos y aspectos del cielo. Pero todavía desde el saber teórico hasta el arte práctico va no poca distancia. Y bien pudiera acontecer que, así como el astrónomo predice el eclipse y no sabe ni puede evitarlo, así el sabio filósofo político, anunciando con exactitud la decadencia de una nación y hasta si se quiere las causas de la decadencia, ignore el remedio, si lo hay, y no sepa ni pueda aplicarlo, por muy perito y diestro que sea.

De todos modos, siempre hay en todo mal algunas causas tan visibles y superficiales, que el más indocto las adivina. Entre estas causas deben contarse, para explicar el malestar de una nación, la inestabilidad de sus gobiernos y la perpetua lucha en que están con impacientes y violentas oposiciones, que no dejan vagar ni reposo para madurar proyectos y que hacen que toda la inteligencia y toda la energía se consuman y se pierdan en la defensa propia. Por esto, si algún remedio se ve claro, no es el de que acudan más hombres a la política, sino el de que muchos se separen de ella y despejen el campo. No acierto a ponderar cuanto ganaría con esto el país y los que de la política se apartasen.

Sin duda, la carrera de Castelar fue brillantísima. Su admirable oratoria pasmó y cautivó a las muchedumbres, así en España como en toda América y en no pocos países de Europa. Su abnegación y el noble desinterés que le hizo sacrificar la popularidad en aras del patriotismo, abjurando de sus opiniones federales, restableciendo el orden y allanando el camino a la Restauración, ponen sello indeleble a su mérito y deben hacerle simpático a cuantas personas no se dejen llevar por un mezquino espíritu de partido. Pero si Castelar, en vez de ser tribuno y de llegar a jefe del Estado, hubiera sido sólo profesor en la Universidad Central, sabio elocuente en su cátedra y en la del Ateneo y escritor reposado y reflexivo, tal vez su gloria, menos estruendosa y extensa durante su vida, crecería al presente, dilatándose sin contradicción en el futuro por todo el mundo. Para alcanzar la gloria política, menester es que el pueblo o el Ejército nos aúpe. Para alcanzar la gloria literaria o científica, apenas es menester auxilio a no estimarse por auxilio el asentimiento y la admiración de las sucesivas generaciones. Ellas dan a quien lo merece imperio más vasto y permanente que el del Poder público. A pesar de sus prodigiosas conquistas, al morir Alejandro se desbarató su Imperio; pero el Imperio de su maestro el Estagirita prevaleció entero y pujante sobre las ruinas del Imperio del macedón y del de Roma. A pesar de la caída de unas religiones y del nacimiento y propagación de otras, entró como elemento en la más alta sabiduría de cristianos y de muslimes y llegó triunfante de todas las oposiciones al principio de la Edad Moderna. Hasta

para la plebe indocta suele ser más resonante y vividora la nombradía que se adquiere paras las ciencias, letras y artes, que la que por las armas y la política se adquiere. ¿Quién gobernaba los diversos estados de Grecia y de Italia cuando Píndaro compuso sus odas? ¿Qué reyes o qué tiranos imperaban en Europa cuando Tomás de Aquino escribió la *Summa*? ¿Quién era el soberano de Polonia cuando construyó Copérnico su sistema? ¿Y quién recuerda los nombres de aquellos próceres y ministros que dirigían los asuntos públicos en la Gran Bretaña cuando descubrió Newton la gravitación universal?

Tales reflexiones y otras mil que omito, aunque acuden en tropel a mi mente, me llevarían a preferir, si empezase ahora mi vida y no estuviese ya cerca de su término, el apacible cultivo de las ciencias o de las letras a la agitación y a la zozobra de la vida política. Y aunque muchos hombres se dejasen llevar por esta inclinación mía, no sería de temer que la plétora de hombres de Estado que hoy padecemos se convirtiese en plétora de sabios, de prosistas y de poetas, ni sería de temer tampoco que una desmesurada producción literaria inundase el mercado. Por el contrario, más atento y más aficionado el público cada día a la literatura, y más acendrado su gusto, leería y compraría los buenos libros, de suerte que el escritor no tendría necesidad de escribir a destajo para conseguir una razonable ganancia, sino que escribiría mejor y menos. Y el que no consiguiese agradar al público, imitando el ejemplo de los que, dejando la profesión política, hubiesen tomado la profesión literaria, ahorcarían los hábitos o la toga de doctores y se harían labriegos, industriales o mercaderes. Yo de mí sé decir que, pensando y cavilando a menudo sobre esto, me doy a imaginar que tal vez para mí, para mi familia, y para la generalidad de mis conciudadanos, hubiera sido mejor que yo hubiese cultivado en mi lugar los campos paternos, *ut prisca gens mortalium*, trayendo al acervo común de la riqueza nacional, no unas cuantas obrillas de mero entretenimiento que a pocos divierten y que de seguro no enseñan nada, sino aceite claro, vino generoso, exquisitas frutas y tal vez seda excelente criada en mi propia casa, merced a las frondosas moreras de mi huerto.

De cuanto va dicho no quiero yo que se deduzca que debamos ser descontentadizos y difíciles para los que escriben. Por mucha indulgencia que necesite yo y pida para mí, mayor es la que estoy dispuesto a conceder a los demás escritores. Mil veces lo he sostenido. El escribir, aunque se haga mal y aunque se considere como vicio, es el más inocente y el menos costoso de todos. La impericia del militar o del político puede causar muertes, estragos y hasta caídas de repúblicas y de reinos. Un arquitecto inhábil gasta acaso millones y construye edificios que afean las ciudades y que hasta se hunden. Pero el escritor, como no falte a la moral y a la decencia, y aunque escriba a despecho de los númenes y de las musas, y aunque nada gane escribiendo, puede a muy poca costa satisfacer su pasión y hartarse de escribir. Con tres pesetas tiene para mil cuartillas, y no las emborronará en un mes, por mucho que emborrone.

No entiendo yo tampoco que, para ser escritor, sea indispensable proponerse componer sólo obras atildadísimas y perfectas, que, a más de agradar al público del día, lleven la marca y el sello de la inmortalidad y nos sobrevivan y conserven en las edades venideras el nativo encanto y la inmarcesible y fresca lozanía que se supuso benévolamente que al nacer tuvieron. Basta, en mi sentir, para que un escritor quede justificado y para que sea encomiado, el que sus libros proporcionen durante algún tiempo, aunque sea breve, recreo apacible a una parte del público contemporáneo suyo.

De dos maneras principales puede entenderse la labor literaria. No todos nos atrevemos a decir, como el lírico latino: *Non omnis moriar, nomenque erit indelebile nostrum, exegi monumentum aere perennius*. Para erigir monumento tan persistente, a más de poseer soberanas facultades, tal vez se requiere detenido esmero, a fin de pulir, corregir y perfeccionar la obra que a la inmortalidad se destina.

Con más modesto propósito podemos dedicarnos algunos a ser escritores, con el propósito de dar abasto a la curiosidad de los que leen y de traer a sus amigos grata diversión o esparcimiento inocente, aunque nadie logre con dicha lectura mejorarse o ilustrarse. Y no es de presumir que porque se escriban deprisa esta clase de libros y porque no tenga quien los escribe la pretensión de que sean inmortales no lleguen a veces a serlo. No siempre dependen el valer y la persistencia de una obra de arte del largo tiempo y del asiduo trabajo que en escribirla se emplean. Si vale traer a cuento lo poco importante, yo de no sé decir que lo que menos ha disgustado al público de cuanto he escrito es lo que al escribirlo me costó menos tiempo y menos trabajo. Y pasando de lo oscuro a lo luminoso, y de lo pequeño a lo grande, lícito es afirmar que el *Quijote* brotó de la pluma de Miguel de Cervantes con mayor brevedad y con mucho menos esfuerzo que la *Galatea* o el *Persiles*.

Las novelas y los cuentos son el género de literatura menos sujeto a reglas, con menos pretensiones también y con más capacidad para tomar por asunto o aceptar como adorno, así los sucesos memorables de la Historia como los casos y lances de la vida privada: todo el caudal de observación acumulado por quien escribe, y cuanto éste averigua y aprende en lo escrito por otros. Como quien compone cuentos o novelas rara vez presume demasiado, la crítica debe ser más indulgente con él que con otros autores. Un poeta épico o lírico, por ejemplo, tiene, o ha de tener, aspiraciones más elevadas, y la censura que en sus obras se ejerza ha de ser más severa. La poesía, en su más alto sentido, es como la santidad, la heroicidad o la virtud sublime. No hay premio humano con que se pague. De aquí que repugne considerar la poesía como profesión u oficio o como medio de lucro. No hay poetas de profesión, como no hay profesión de héroes, santos ni virtuosos.

El novelista o el autor de cuento, sin duda que es poeta también. Yo no sé en qué predicamento he de ponerle, si en el de los poetas no le pongo. Pero como es poeta, modestísimo llano y vulgar, cuyo principal propósito es divertir o interesar agradablemente a sus contemporáneos con narraciones fingidas, claro espejo de la realidad pasada o presente, aunque yo considero absurda y disparatada la profesión de poeta por todo lo alto, todavía hallo lícita y aun provechosa y grata para el público y para quien la ejerce la profesión del novelista o del autor de cuentos, salvo que es muy raro el buen éxito en tal profesión si no está dotado quien a ejerce de laboriosidad fecundísima y dichosa y si no cunde mucho el gusto por la lectura.

Como quiera que ello sea; y aunque en la novela y en el cuento tenga mayor imperio la moda que en otros géneros literarios, por donde la popularidad del cuento y de la novela debiera ser más efímera todavía si pudiésemos prescindir del rico y espléndido teatro español, las más preciadas joyas de nuestra literatura serían novelas y cuentos.

Sin soberbia jactancia, y aunque no pongamos en la cuenta al *Ingenioso hidalgo*, por incomparable y único, bien podemos afirmar que España, en las edades pasadas, si no ha creado nuevos y diversos géneros de novelas, ha producido los mejores modelos de muchos de esos géneros que han sido después celebrados traducidos o imitados en otras naciones y lenguas. Así el *Amadís*, como novela fantástica y caballeresca; *El abencerraje*, como novela histórica; *Las guerras civiles de Granada*, como novela tradicional y legendaria; *La Diana*, como novela pastoril; el *Lazarillo de Tormes*, como novela picaresca y naturalista, y *La Celestina*, si vale contarla por novela, como primoroso dechado en dicho género y germen fecundo de inspiración cómica y trágica. Nuestro teatro, en no interrumpida serie de obras de mérito, ha persistido siempre, sin solución de continuidad, desde sus orígenes hasta el día. Nunca decayó ni se oscureció por completo. No ha tenido igual suerte la novela. El genio que la inspira, el genio que concedió sus prendas y favores más singulares a Miguel de Cervantes, se diría que casi nos abandonó durante un siglo y se fue a colmar de regalos a los autores de otros países, y sobre todo a los de Francia e Inglaterra.

Este genio, por dicha, me lisonjeo yo de que ha vuelto a visitarnos con amor, a consolarnos y cautivarnos con su trato y a obsequiar, con ricas preseas a algunos compatriotas nuestros, que toma por ahijados y por amigos.

Entre ellos, y no de los que gozan de menor intimidad y valimiento con dicho genio, debemos contar a la persona cuya recepción en esta Real Academia celebramos hoy.

Muy de estimar es el mérito de don Jacinto Octavio Picón como crítico de teatros y como investigador, historiador y crítico de las artes de dibujo. Su historia de la caricatura y su libro sobre Velázquez dan brillante testimonio de ello; pero su mérito principal, en mi sentir, es el que tiene como autor de novelas y de cuentos.

La interrupción del cultivo de la novela o, si se quiere, la poca fertilidad que este género ha tenido en España por no corto tiempo, junto todo a la abundancia y al valer de los modernos novelistas franceses e ingleses, dan como resultado inevitable, sin mengua de los novelistas españoles, el que se note en todos ellos, hasta en los más castizos, el influjo extranjero. Por más que se procure reanudar o enlazar la inspiración del día con la antigua y genuina inspiración, siempre, para llegar hasta ella, tenemos que pasar por cima de lo que en este género se ha escrito en Francia, en Inglaterra y en otras naciones, lo cual no puede menos de contar en el desenvolvimiento progresivo de un arte o en sus evoluciones y mudanzas, inevitables aunque el progreso se niegue.

Inevitable es, pues, en la moderna novela española algo que recuerda, cuando lo leemos, ya a Walter Scott, ya a Alejandro Dumas, ya a Eugenio Sue, ya a Balzac, ya a Zola y a otros escritores novísimos. Una perfecta originalidad en todo, ora individual, ora nacional, es punto menos que irrealizable. Quien va por un camino por donde han pasado antes muchos otros viajeros, emplea, o para mayor comodidad o forzosamente, iguales medios de locomoción e idénticas artes para allanar tropiezos y evitar peligros, y para ganarse la voluntad y lisonjear el gusto de las personas que halla a su paso. En suma, y desechando rodeos y símiles: es evidente que hasta en la más castiza de las novelas españolas del día se ve, y no puede menos de verse, el precedente extranjero; pero esto no es defecto ni mengua, sino condición inevitable. No hay nación alguna cuyo florecimiento literario no se deba en parte a semillas extrañas o a lo injerto y trasplantado de distinta región o de distinto clima. La habilidad consiste en transformar lo exótico, en asimilarlo con nuestra propia sustancia y en fundirlo y combinarlo tan estrechamente con lo que es todo nuestro, que salga de la combinación un producto nuevo del todo.

Sólo en este sentido son *afrancesadas* las novelas de Picón; pero ¿de cuál otra de nuestras modernas novelas no puede afirmarse lo mismo? En este sentido, *afrancesadas* son, pongamos por caso, las excelentes comedias de Moratín, y si no *afrancesada*, muy *italianizada* es nuestra mejor poesía lírica del siglo XVI y del brillantísimo período que empieza a mediados del siglo XVIII y termina en el primer tercio del siglo presente, si en cierto modo no dura todavía el influjo italiano, merced a Foscolo, a Manzoni y a Leopardi.

Lo que más importa para ser original es que los caracteres, las pasiones, los afectos, los usos y las costumbres, los lances y sucesos de la vida, no se estudien por libros escritos en otros países, sino que inmediata y directamente se estudien en la Naturaleza, en la tierra y en el mismo seno de la sociedad en que vivimos, revistiendo luego el acumulado tesoro de la observación propia, al ordenarlo, para que el público se deleite y lo admire, con los colores y galas de nuestra fantasía y con la marca singular y privativa de nuestro estilo.

Así, no vacilo yo en calificar de original toda la obra de nuestro nuevo compañero. La sinceridad y la espontánea franqueza con que escribe hacen que dicha originalidad aparezca

sin velo. En libros de la índole de los que él compone no gusto yo de que haya tesis, de que se propenda a demostrar algo; pero es tal la libertad y la amplitud de tales libros, que caben y penetran en ellos al correr de la pluma las opiniones, las dudas, la amistad y el aborrecimiento, y, en una palabra, toda la creencia y toda la ciencia, poca o mucha, del que dice lo que siente y piensa, sin disimulo ni sigilo.

Bien podemos no estar de acuerdo con los sentimientos y con las ideas de quien escribe de dicha suerte; pero a quien ama el arte por el arte siempre le serán simpáticos tan franco modo de escribir y quien lo emplea en lo que escribe, poniendo en ello toda su alma.

Sobre cualidad tan estimable, ¿quién negará el talento y las nada comunes condiciones de novelista que en las obras de Picón se descubren? Su estilo sencillo, sin carecer de elegancia, corre afluente y rico, sin la menor sospecha de violencia o fatiga.

Sus descripciones acaso pequen de harto minuciosas. No hay traje, ni mueble, ni joya, ni objeto de arte, ni producto de la Naturaleza o de la industria que él no nos pinte con accidentes y pormenores; pero tal es la moda del día. Además de la moda, la inclinación de nuestro autor le induce a ello. Y por cierto la inclinación es fecundísima, porque en dichas descripciones nuestro autor se luce. A mí, si bien no gusto de ellas demasiado, me maravillan la exactitud, la claridad y la distinción con que él lo ve y lo copia todo de lo real y lo conoce y lo designa con los nombres adecuados y marcando los atributos, defectos o perfecciones de cada cosa.

No menos perspicaz que para observar lo exterior es nuestro novelista cuando retrata lo íntimo de las almas, penetra en el centro de ellas y analiza los afectos y las ideas que las mueven.

En la antigüedad clásica, la descripción, así de lo psicológico y latente como de lo visible y tangible, entraba por poco en la narración de los sucesos fingidos, donde todo era acción o, por lo menos, palabra de los héroes, y en la palabra y en la acción iban generalmente inclusas las descripciones. No describe Homero el escudo de Aquiles, sino que a nuestra vista enciende las fraguas, derrite el oro, el bronce y los demás metales, pone el martillo en la diestra y las tenazas en la mano izquierda del dios y hace que fabrique el escudo y que al compás que lo va fabricando lo vayamos viendo. Pero en fin: las cosas son hoy de otra manera, y, para mi gusto, son también agradables y atinadas. Y aunque no lo fuesen, siempre tendríamos que conformarnos y no censurar ya que el arte refinado de hoy no puede ser como el arte primitivo o de épocas remotas.

En los caracteres de las novelas de Picón hay a menudo mucha verdad. Aunque propende a ser *realista*, ya que no *naturalista*, Picón se levanta a veces, arrebatado por el entusiasmo poético, y hermosea y magnífica con rasgos y proporciones ideales a los seres humanos que de la misma realidad cree haber copiado fielmente.

En lo mejor de su vida aún, Picón, al venir entre nosotros, trae consigo muy abundante y sazonado fruto de su fértil ingenio. Testimonio de su mucha inventiva y de la discreción con que forja y ordena asuntos y planes, dan *Lázaro*, *Juan Vulgar*, *La hijastra del amor*, *La honrada*, *El enemigo*, *Dulce y sabrosa* y multitud de novelas cortas y de cuentos amenos.

Entre cuantos personajes figuran en tan diversos cuadros y acciones, ninguno, a mi ver, está retratado con más verdad, descollando al mismo tiempo por su grandeza, que el que no pocas personas apasionadas miran con horror como criatura o calumniosa imagen. Picón es, por cierto, vehemente parcial del liberalismo moderno y acérrimo contrario de la teocracia. No debemos exigirle que reniegue de sus opiniones y que no sea quien es, sino otro. Y siendo

él quien es, y siéndolo con entusiasmo, no ha de aplaudir doctrinas opuestas en todo a las que él sigue y ama. A éstas casi sin querer las impugna. Tal vez las denigra más de lo justo. Pero el personaje que tiene profunda fe en ellas, que con desinterés y devoción se pone a su servicio y que está dispuesto a arrostrar todo el peligro y a sacrificarse por su triunfo, sin que la vanidad, la ambición y la codicia le estimulen, aunque sea tremendo, funestísimo y rudo personaje, posee, como Picón le concibe y le pinta, nobleza, elevación moral y dignidad trágica y sublime. Así es el clérigo don Tirso, protagonista de la novela *El enemigo*. ¿Qué más hubiera podido desear el Pretendiente que tener en sus filas a muchos clérigos tan valerosos, tan entusiastas y tan desinteresados y austeros como el que Picón nos retrata? No hay en la misma novela, ni en las demás del autor, más importante y mejor trazada figura de hombre. El seductor de *Dulce y sabrosa* es un ser insignificante, a pesar de su perversidad, harto común, por desgracia. Más perverso aún es el mal marido de *La honrada*. Pero las dos figuras de hombres más vivas, más reales y mejor trazadas en todas las obras de Picón, después de la del clérigo don Tirso, son Juan Vulgar y don Manuel, en la novelita titulada *El peor consejero*. El egoísmo, la vanidad y la presunción de don Manuel están descritos magistralmente en el progreso de la acción, que termina con el merecido castigo del vanidoso y egoísta. Y Juan Vulgar, egoísta y presumido también, aunque más candoroso e inocente, da ocasión a lances y recibe desengaños, fina y delicadamente cómicos, sin chocarrerías ni bufonadas.

En general, puede afirmarse que Picón, en los retratos de hombres, es, como Velázquez, poco idealista y muy realista. Diríase que todo su idealismo lo emplea en sus retratos de mujeres. Picón es tan *ginecoepaenos*[51] como don Juan de Espinosa y como todos los que antes y después han disertado en laude de las mujeres. Sin duda, para ser buen novelista, así como para ser poeta y caballero andante, es indispensable condición la de enamorado, ya de actualidad, ya de recuerdo, ya platónico y continente, ya de otra clase. Ello es que el amor, o dígase la unión afectuosa de la mujer y del hombre, es el principal y perpetuo asunto de toda narración deleitable; es fuente que jamás se agota y de donde cada cual saca algo diverso en sabor, colorido y perfume, según la amplitud y la forma del vaso en que recoge la bebida inspiradora.

Picón se complace y esmera en la pintura de sus mujeres, atenúa y disculpa sus faltas y, cuando no absuelve, explica sus extravíos o los declara punto menos que ineludibles, echando la culpa de ellos a los hombres. La constancia y la paciencia de Cristeta son, ejemplares, pasmosas y dignas de mejor empleo que el que les da ella para atraer a su Don Juan ordinario y desalmado, Plácida es mártir de su brutal marido, y sigue siendo casi santa hasta que sucumbe, y peca por razones y motivos que la indultan, si no la absuelven. Clara, la hijastra del amor, es tan apasionada, es tan inocente, es tan tierna, y la suerte es tan injusta y tan sin piedad en su daño, que se hace simpática hasta para el lector más severo, y todo se lo perdona, menos la inverosímil distracción y la ceguedad con que no advierte los burdos engaños de su miserable galán. La mujer de Juan Vulgar es un modelo de perfectas casadas. Para conservar y acrecentar el amor de su marido llega al extremo de leer la tragedia que él estaba componiendo, o más bien de empezar a leerla, ya que, fatigada por aquella faena, se duerme sin poder remediarlo.

En suma, y sin entrar en un detenido examen, que fatigaría a mi ilustrado y benévolo auditorio, yo me atrevo a sostener que las novelas y cuentos de Picón, sin ofender a Dios ni perjudicar al prójimo, deleitan o interesan con su lectura y son y deben ser grato pasatiempo y solaz para todo sujeto culto. Los hay que a las novelas prefieren los cuentos, ingeniosos y ligeros todos, desenfadados y alegres algunos de ellos, aunque siempre velada su desenvoltura

---

[51] [«*ginaecepaenos*» en el original (N. del E.)]

en las pleguerías del más recatado aticismo. Lo que es yo, reparto por igual el lauro entre cuentos y novelas, sin acertar a decidir dónde brillan más la inventiva del autor y el primor y la facilidad de su estilo. Por tales dotes, aplicadas a producir la amenidad y la belleza, sin que se rebajen o deslustren por ponerse al servicio de doctrinas que con razón pueda condenar nadie, el escritor que va a tomar ahora asiento entre nosotros tendrá, a mi ver, muy distinguido lugar en la historia literaria de España durante el siglo XIX. Y como el señor Picón es joven todavía y el vigor y la actividad de su espíritu ganan. Y se perfeccionan por la madurez y la experiencia que traen los años, de suponer es, y aun de esperar razonablemente, que sus nuevas obras figuren aún con mayor brillantez entre las del siglo que va a empezar pronto, y en el cual, aleccionada España por los infortunios que su interna agitación le ha causado, aunará, sin duda, sus energías en paz y en atinado concierto, saldrá de su postración y volverá a florecer y a resplandecer en todo como en su edad más gloriosa.

# La labor literaria de don José Ortega y Munilla

Contestación al discurso de recepción del mismo en la Real Academia Española el 30 de marzo de 1902

SEÑORES:

Al considerar y estimar el mérito del interesante y ameno discurso que acabáis de oír, me arrepentí yo hace días y me arrepiento ahora, de haber aceptado el tan honroso como difícil encargo de darle una contestación que sea digna. A persona menos abrumada por los años y achaques, y de espíritu más activo y despierto, debiera haberse encomendado esta tarea. Pero, no sé si por desgracia o por fortuna, la afición a escribir es la más tenaz y persistente de todas las aficiones. Cada día me persuado más de que dicha afición no se pierde con la vejez ni se disminuye siquiera, sino que se aumenta con todas las energías que empleaba la voluntad en otras aficiones y en otros ejercicios de los que, con los años, nos apartamos, y hasta pudiera decirse que nos jubilamos.

Quien llega a cierta edad y no se enriquece, se resigna a vivir en su pobreza o en su modesta medianía, desecha las aspiraciones, no siente el estímulo de la codicia y se aquieta en un suave desengaño que la conformidad endulza. Con los sueños de la ambición suele ocurrir algo parecido. El viejo juicioso se aviene con su suerte, reconoce que Dios no tuvo a bien concederle facultades para gobernar y dominar a los otros seres humanos, y confiado en que no ha de faltar quien los gobierne y domine, y hasta quien el día menos pensado atine a regenerarlos, dado que estén algo decaídos se retira a buen vivir y desiste de mezclarse en los negocios públicos. Del mismo modo, con tal de que posea la indispensable dosis de filosofía práctica, desiste el viejo de no pocas otras pretensiones que acaso tuvo o pudo tener en su mocedad ya remota. Con su voz cascada y trémula no puede ni quiere ser orador; sus piernas, que flaquean, y sus pies, que se arrastran, impiden el menor conato que pueda tener de lucirse en la danza, en la esgrima y en otras habilidades que requieren ligereza y soltura; las arrugas de su cara, lo encorvalo de sus espaldas y la perdida de sus cabellos o su transformación en canas, matan en él hasta el más leve deseo de figurar en los salones por gentileza y elegancia. El reuma, la pérdida de la vista y lo quebrantado de su salud, le inhabilitan para la caza y le quitan el gusto que ofrece la vida campestre. Aún podrá componer o fantasear en su mente

novelas, idilios y dramas, pero nunca, como actor representar airoso y bonito papel de galán en ellos.

Resulta, pues, que la única afición que queda al que fue escritor es la de seguir escribiendo. Y como las demás aficiones, impelidas por el desengaño, se retiran penetran y se esconden en el centro del espíritu, cobra mayor fuerza la antigua afición de escribir y viene a convertirse en verdadera manía. Más fortuna, aunque de la manía nazcan obras de poco o de ningún valer, la manía es inocente y no costosa, sino barata, y bien puede el que la tiene conformarse y hasta dar gracias a Dios de tenerla, y bien pueden también perdonársela los demás seres humanos, calificándola de mansa e inofensiva.

Yo, por otra parte, lejos de aborrecer, amo esta manía, así en mí como en otros viejos que también la tienen, figurandome que es prueba clara de que el alma no envejece ni muere, sino que florece acaso con mayor lozanía cuando se marchita todo en nosotros, y cobra más vigor y actividad cuando en nosotros todo se abate y se postra, y está o cree estar iluminada por resplandeciente luz interior cuando ya el Universo visible y cuantos objetos hay en él se anublan y se oscurecen para los ojos mortales.

No recuerdo bien en qué diálogo del divino Platón he leído y admirado yo la profunda sentencia de que la religiosidad crece en el alma de los viejos, y no porque la razón de ellos se debilite, sino porque se aparta de lo efímero y caduco y se acerca a lo eterno. El apartamiento de todo tumulto exterior y el amortiguado reposo de los sentidos nos persuaden, además, muy agradablemente, de que nuestro espíritu se sumerge sin esfuerzo en el abismo de su propio ser, y así como el buzo pesca perlas en los remotos mares de Oriente, puede él sacar de aquellos más hondos abismos, ya inauditas verdades, ya bellezas espléndidas que nunca antes se mostraron al mundo revestidas de materiales apariencias. Tal esperanza, harto ilusoria por lo común, nos estimula a escribir, nos recrea y hasta nos beatifica, sin apartarse de nosotros sino con la muerte.

Basta y aun sobra lo dicho, contando como cuento con vuestra indulgencia, para disculpa de que persista yo en cansaros frecuentemente con mis escritos. En esta ocasión tengo también otra disculpa: el amistoso afecto que me une a la persona que viene hoy a sentarse entre nosotros y la iniciativa que tuve en su elección, firmando la propuesta donde se os rogaba que lo eligieseis.

Desde hace ya más de un cuarto de siglo trato yo al señor don José Ortega y Munilla, le estimo en lo mucho que merece y le profeso constante amistad, a la que me lisonjeo de que él corresponde. Periodista desde muy mozo, le conocí en la Redacción de *Los Debates*, donde yo colaboraba, después de haber escrito más asiduamente, en *El Contemporáneo*, en *El Campo* y en la *Revista de España*, periódicos todos nacidos, dirigidos y sostenidos por la emprendedora actividad de mi inolvidable amigo don José Luis Albareda.

Desde sus Redacciones, no sin fundamento, se jactaba él de haber lanzado a la vida pública y de haber movido a hacer las primeras armas a no pocos sujetos, que se señalaron y descollaron después en la política y en las bellas letras, como don Gustavo Adolfo Bécquer, don Antonio María Fabié, don Ramón Rodríguez Correa, don Fernando León y Castillo, don Benito Pérez Galdós, don Ángel Urzáiz, don José Ferreras y algunos otros.

Nunca he comprendido yo bien la animadversión que sienten y el melindroso desdén con que ciertos aristócratas de la inteligencia o de la fortuna por derecho hereditario o de conquista: o meramente por presumido ensueño, miran el periodismo y a las personas que en los periódicos escriben. En España, más que en ningún otro país, tal animadversión y tal desdén carecen de fundamento. De las Redacciones de nuestros periódicos salen, desde hace

sesenta o setenta años, nuestros más elegantes poetas, nuestros más ingeniosos novelistas, nuestros más elocuentes oradores y hombres de Estado, entre los cuales han subido no pocos a las dignidades más altas, han alcanzado popularidad y nombradía, y hasta se han encumbrado a veces, en el concepto público, a merecer gloria imperecedera.

Lo único que, si no justifica, puede explicar algo la ojeriza que contra la Prensa periódica suele manifestarse es la pomposidad, no de muy buen gusto, con que no falta nunca quien la celebre, calificándola de magisterio y de sacerdocio, y llamando apóstoles y mártires a los periodistas, y martirologio a toda persecución, multa o recogida de ejemplares que se les impone.

La verdad es que la Prensa dista mucho de ser un vivero o almáciga de mártires y de apóstoles y una inefable escuela de todo linaje de enseñanza; pero es el mejor medio de divulgación, órgano de la opinión pública y palenque abierto a las luchas de la inteligencia y del ingenio, sobre cuyo valer decide el vulgo como jurado, concediendo a quien lo merece, o cree que lo merece, la palma de la victoria.

En este concepto, más tiene de aserción razonable que de jactancia absurda el afirmar que la Prensa es el *cuarto poder* del Estado. ¿Cómo negar este poder, sobre todo en el día, y cómo no reconocerlo, singularmente en aquellos periódicos que no se limitan a defender y servir los intereses de un partido, sino que, sobreponiéndose a todos, ora formulan vagos pensamientos y aspiraciones del vulgo, ora infunden o, por lo menos, dan dirección en el espíritu del vulgo a esos vagos pensamientos y a esas aspiraciones?

Cuando en un país como España donde todavía se leen pocos libros, un periódico de la mencionada clase llega a expender más de cien mil ejemplares de cada uno de sus números, lo cual supone, por un cálculo no muy exagerado, más de trescientos mil lectores bien puede asegurarse que en dicho periódico reside un poder grandísimo, y que las doctrinas que sostiene, las soluciones que pide para los más difíciles problemas, el juicio que forma de las cosas y la estimación y fama que a las personas concede, se apoyan en cierta complicidad con gran parte del vulgo y cuentan con el voto de la muchedumbre, de la mayoría acaso de los que leen y de los que piensan. El hombre pues, que llega a dirigir un periódico de esta condición ejerce no pequeño influjo en su patria, puede crear o destruir reputaciones, y así como en política eleva a veces a sus favoritos hasta los más importantes empleos, así en literatura, ciencias y artes concurre a preconizar como sabios, poetas y artistas a los sujetos que logran sus aplausos. Aunque imaginemos que depende un poco del acaso, o de lo que llamamos ciega fortuna el adquirir la dirección de un poder tan grande, no hemos de negar que la capacidad y el mérito propio de quien lo adquiere son indispensables requisitos para conservarlo luego y para acrecentarlo más todavía.

Digno de elogio es asimismo quien, gozando de este poder, no abusa de él en su provecho, no vitupera por odio ni ensalza sobradamente sin motivo y, prodigando tal vez alabanzas y concediendo triunfos y laureles a personas extrañas, se olvida desinteresadamente de sí mismo, oculta a menudo su nombre y apenas cultiva su fama.

Mucho de lo que queda expuesto puede aplicarse al nuevo académico electo que viene hoy a tomar asiento entre nosotros. Harto inferior a la labor que ha realizado es, a mi ver, su nombradía. Procurando que otros la adquieran, ha cuidado poco de adquirirla para sí. En el ingente cúmulo de escritos que *El Imparcial* y otros periódicos insertan en sus columnas se hubieran escondido y sepultado las obras del señor Ortega y Munilla, veladas no pocas por el anónimo, si algunas de ellas no hubiesen aparecido más tarde en libros que en todas partes, y más aún en nuestro país, circulan muchísimo menos que los papeles diarios.

Prescindiendo ahora del valer del señor Ortega y Munilla como periodista, diré algo aquí de lo que, tomado de los periódicos, ha publicado más tarde en libros y con su nombre, lo cual basta a acreditarle de escritor castizo y discreto, de crítico juicioso y benévolo y de hábil novelista, rico de imaginación y sentimiento.

Si fuésemos a creer que los buenos escritos sólo son aquellos que difunden verdades provechosas y nuevas que valen para el progreso del humano linaje, ciertamente pocos escritos habría que no mereciesen nuestro desdén o nuestro olvido. Yo también soy escritor, y cuando hago severo examen de conciencia y releo y estudio las obras todas que he dado al público por medio de la estampa, reconozco con humildad que no he enseñado nada que ya no se supiese. Lo que me consuela, después de sufrir este desencanto, es el pensar que tal vez los hombres que han enseñado más importantes verdades, que más han contribuido al progreso, que han sembrado gérmenes más fecundos en frutos espirituales y que mejor han estimulado y dirigido la marcha de la Humanidad, o no escribieron jamás una sola página o se perdieron las que escribieron. Valgan para ejemplo Sakiamuni, el fundador de la religión que acaso tiene más sectarios, y Sócrates, el que dio impulso inicial y firme dirección a toda la ulterior filosofía de los pueblos de Europa.

Convengamos, pues, en que alguien quede ser escritor celebrado, por la amenidad y gracia de su estilo, porque sirve lo que escribe para honesto recreo, porque nos representa, con primor y por medio de la palabra, la hermosura del Universo que todos hemos visto y los casos y lances de la vida humana que todos hemos presenciado, y porque pone en sus cuadros el color, el sello y el carácter del espíritu propio, con lo cual les presta novedad deleitosa y original hechizo. A este género pertenece la mayoría de los buenos escritores, y en este género me atrevo yo a poner al señor Ortega y Munilla.

Las crónicas que durante años ha escrito y publicado de los sucesos no políticos ocurridos en Madrid son una hermosa muestra de lo que en este género puede hacerse y de la amenidad y del ingenio que puede lucir quien lo hace.

El recto y benigno criterio y el más acendrado buen gusto en literatura y bellas artes se manifiestan igualmente, así en las crónicas que el señor Ortega y Munilla ha escrito, reunido y publicado luego, como en sus artículos sobre obras dramáticas, poesías líricas, novelas y otros libros nuevos que han ido sucesivamente apareciendo.

Enemigo como soy de todo disimulo, no he de ocultar yo aquí que quien ya desde hoy es nuestro compañero, en momentos de mal humor o dejándose arrastrar por cierto prurito que suele haber en la gente moza contra todo lo que parece tener autoridad, aunque no pretenda tenerla ni presuma de ello, ha dirigido a veces contra esta misma Academia que hoy le recibe algunas censuras algo crueles; pero si se atiende a los entusiastas elogios que ha dado reiteradamente a gran número de sus individuos, la crueldad y hasta la injusticia en la censura del conjunto quedan encubiertas y abrumadas por la copia de flores y de lauros derramada por él a manos llenas sobre las personas que han compuesto o componen el mencionado conjunto. Nadie con mayor entusiasmo que el señor Ortega y Munilla ha dado cuenta encomiástica en sus artículos de las obras de los señores Hartzenbusch, Tamayo, Zorrilla, Alarcón, Cañete, Echegaray, Castelar, Selgas, Galdós, Sellés, Núñez de Arce, Pereda, Menéndez y Pelayo y no pocos otros que fueron o que son aún de esta Academia, y cuyos nombres no acuden a mi memoria en este mismo instante. Y a lo que yo entiendo, imaginando que lo reconozco en el estilo franco y sincero, tan generosos elogios están llenos de buena fe, sin ningún propósito de adulación interesada, sino solamente promovidos por el amor de la patria y de la literatura nacional, cuyo fecundo cultivo contribuye tanto a su gloria.

Quizá un juez severo podría tildar al señor Ortega y Munilla de sobrado indulgente y hasta de encomiador excesivo; pero yo prefiero este extremo, dado que el señor Ortega y Munilla le toque, al de no pocos críticos descontentadizos y duros que en el día pululan, y para quienes no hay obra literaria, salvo la propia o la de algunos amigos íntimos, que no sea insulsa y que no esté llena de defectos. Y es de notar, además, que el señor Ortega y Munilla no prodiga sus alabanzas sin fundarlas, por virtud de detenido análisis, en muy atinadas razones. En su crítica prevalece, sin duda, la benevolencia; pero sin divorciarse de la justicia ni someterse a capricho. De esta suerte ha ensalzado también a no pocos otros ilustres escritores que no llegaron a obtener la honra de sentarse entre nosotros, pero cuyo valer es innegable. Así, por ejemplo, Ventura Ruiz de Aguilera, Ferrán, Bécquer, Velarde, Correa y muchos más.

En resolución: con la lectura de los artículos críticos del señor Ortega y Munilla puede formarse un concepto conforme a la realidad, y muy ventajoso, del florecimiento literario de España durante la segunda mitad del pasado siglo. Y bien puede quien se proponga escribir su historia mirar dichos artículos como abundante venero de información y como claro espejo donde todo se retrata sin pasión que lo perturbe y con la serenidad y brillantez que conviene.

En otra especie de escritos se ha distinguido también el señor Ortega y Munilla, desplegando ricas galas de estilo y dejando ver un raro talento de observación en consorcio no menos raro con la riqueza de la fantasía. Me refiero a sus impresiones de viaje, a la amena y fácil narración de sucesos notables que ha presenciado y a la descripción de grandes poblaciones, países diversos y campos por donde ha discurrido. Sus obras descriptivas de esta clase podrán leerse siempre con agrado. Tales son, por ejemplo, *Viajes de un cronista*, *Viñetas del Sardinero* y *Mares y montañas*. Las pinturas que hace de París, Berlín, Roma, Panticosa y no pocos lugares de las Provincias Vascongadas son dignas, a mi ver, de no corta alabanza. Muy singularmente me creo yo obligado, como cordobés que soy, a darla aquí a la linda descripción de la feria de Córdoba, de su animación y bullicio, de la alegría y buena traza de los campesinos que a la feria acuden y de la gracia y del donaire de las mujeres que la hermosean.

El señor Ortega y Munilla es, por último, muy recomendable como autor de cuentos y de novelas. En sus narraciones fingidas aparece el mismo talento de observación que como escritor de viajes le distingue, unido a una dichosa fertilidad en la fantasía para crear caracteres, imaginar acciones o argumentos interesantes, y presentarlo todo en estilo natural y fácil, aunque menos sobrio que abundante y florido.

Sus cuentos y novelas son muy *realistas*, casi *naturalistas* a veces; pero más se advierte en ellos reminiscencias y dejos de nuestros novelistas del siglo XVII que la imitación de Zola y los de su escuela. Acaso en las novelas del señor Ortega y Munilla, sin que pierdan por eso su condición castiza y radicalmente española y sin que sus personajes dejen de ser parecidos a los hombres vivos de carne y hueso que en nuestra tierra se usan, se note el influjo de Balzac, y más aún el de Dickens, de Thackeray y de otros novelistas ingleses.

No soy yo muy aficionado a cierto ultrasentimentalismo que en nuestra antigua literatura ha dejado poquísimas huellas, que no me parece muy conforme con nuestra índole nacional y que tiene trazas de importación extranjera; pero me limito a disculpar en el señor Ortega y Munilla la abundante dosis que pone en algunas de sus narraciones (verbigracia, en *La viva y la muerta*) de este que yo llamo ultrasentimentalismo, porque, en vez de emplearlo en magnificar y santificar lazos, relaciones y amores viciosos, lo emplea en anudar y estrechar más los vínculos de familia, fundamento de la moral sostenido por la religión y las leyes.

Severa y justa lección moral contiene su novela *La cigarra*, sin que deje por eso de ser divertida e interesante.

En no pocos otros de sus cuentos y novelas no he de negar yo que advierto la propensión de exagerar la nota pesimista. Es impulso punto menos que irresistible que la moda, o más bien cierta melancolía que va haciéndose endémica y está en el aire que respiramos, imprime en el día a los ingenios. Se diría que nos complacemos más en pintar lo horrible que lo agradable, lo enfermo que lo sano, lo feo que lo hermoso y lo descompuesto y sombrío más que lo esplendente y bien ordenado.

Cierto es que en todas las épocas, desde que apareció la poesía en el mundo, se advierte propensión semejante; pero nunca con tamaña intensidad y persistencia como ahora.

En la representación de los tormentos, de la aflicción y de los dolores, como se conocen mejor, cabe que pongan cuantos escriben mayor variedad que en la representación de la bienaventuranza y de todo contento. La mayor parte de cuantos leen *La Divina Comedia* se deleitan en el Infierno y se aburren, bostezan o se duermen en el Paraíso. La tragedia nos hechiza siempre, y no hay tragedia sin catástrofe y sin que el terror y la compasión nos conmuevan. ¿No tiene algo de extraño y aun de muy difícil de explicar este prurito de hacer de la compasión y del terror medio seguro y camino recto para llegar al deleite estético? El sabio de Estagira quiso explicarlo suponiendo que el fin de la poesía era la purificación de las mencionadas pasiones: lograr que lo que en realidad nos apesadumbra, muertes, estragos, martirios, crímenes y otros horrores, representado poéticamente, sea manantial o causa de placer y de hechizo. Para lograr este fin, sin duda, importa la supresión de pormenores que en las novelas de hoy no se suprimen, supresión que en lo antiguo dejaba más despejado el cuadro para que apareciese en él, sin que las impurezas de lo real lo anublasen, lo sublime dinámico, que era lo que nos encantaba: la fuerza de voluntad en el mártir para sufrir las más tremendas penas y la constancia y el brío con que lucha el héroe contra todos los poderes del cielo y del infierno, conjurados en daño suyo, alcanzando a veces la victoria. Prometeo, por ejemplo, nos encanta y nos admira de tal suerte con su entereza, con la virtud soberbia que aún resiste después de vencida, con su abnegación y con su amor a los hombres, que no nos contrista demasiado contemplar su suplicio, encadenado en el Cáucaso y despedazadas y devoradas sus entrañas. Nos consuela, además, la promesa de redención. Más allá de la catástrofe presente brilla la esperanza. El hijo del Cielo ha de venir a libertar al titán filántropo, a romper sus cadenas, a triunfar del tirano y a derogar los inocuos decretos del inexorable Destino.

Con frecuencia, en lo trágico clásico y antiguo hay, más allá del mal representado, en amplio círculo que se extiende por el mundo de las ideas y cuyos radios se prolongan en el tiempo, un desenlace alto y dichoso.

De todo esto suele carecer la literatura moderna, por donde es más acerbo su pesimismo y a menudo es desesperado. La pintura minuciosa de angustias, miserias, flaquezas y enfermedades le hacen más aflictivo. Cuando todo ello se atribuye a viciosa organización de la sociedad humana, brotan del alma aspiraciones y sentimientos antisociales, y cuando se atribuye a flaqueza o a maldad invencible, o a hereditaria perversión de cada ser humano y de la suma de todos ellos, o sea a determinismo o fatalidad de la propia naturaleza, el entendimiento propende a la desesperación, y tal vez, ya que no la niegue, acusa con blasfema impiedad a la Providencia.

No me atrevo yo a censurar, ni censuro singularmente, al señor Ortega y Munilla porque se deje caer o resbale en ocasiones por esta pendiente pesimista donde nos hallamos todos en el día. Yo mismo, en mis narraciones de sucesos imaginarios, aunque empecé con una muy de

color de rosa, donde todo sale lo mejor que pudieran desear mis héroes, me dejé ir más tarde por el susodicho declive, y he puesto en otras narraciones media docena de suicidios y muchas muertes violentas: unas, por hierro y fuego, y otras por desesperada y honda tristeza que rompe los corazones. Mi censura, pues, es para todos, y yo me incluyo en ella. Casi no es censura; apenas es amonestación; es la mera manifestación del deseo de que mostremos más serenidad, más alegría, más confianza en el plan divino, y consoladoras y grandes esperanzas en el supremo desenlace y término de todos los casos.

*Magnus ab integro saeculorum, nascitur ordo.*

Áspero y penoso es el camino que llevamos, pero no depende de la voluntad del hombre el seguir más llano camino, y es, además, peligroso atrevimiento echar por cualquier atajo. Sigamos, pues, por donde hemos ido siempre, sin murmurar en demasía de las fatigas y trabajos de la peregrinación, y esperando que, aun sin salir de nuestra morada terrestre, hemos de hallar al cabo toda la bienandanza compatible con nuestra condición limitada.

De todos modos, y sin encumbrarnos a tan altas filosofías, yo lamento que el señor Ortega y Munilla haya gastado los colores de su paleta, su atinada perspicacia de observación y su raro talento descriptivo, en pintarnos, en *panza al trote*, no una regocijada fiesta campestre, sino una horrible *danza macabra*: la pintura tristísima de los vicios, de las miserias y de cuantos males morales y físicos afligen al hombre que vive en el fondo cenagoso de la sociedad, tal como está hoy constituida. Es cierto que, en medio de aquel lodazal, crece, brilla y exhala su aroma una flor espiritual, bella y pura: el alma de Clara. Pero ¿cuánto no nos desazona el que la pobre Clara, poseedora de tan preciosa alma, sea tuerta y fea y enfermiza y ande tan zarrapastrosa siempre? Y ¿cuánto más no nos apesadumbra ver que su abnegación, su amor delicado y purísimo, y otros tesoros de bondad que guarda ella en su seno, se empleen o se malgasten en obsequio y favor de tan ingrato pelafustán y de tan desalmado tunante como es, sin duda, Alonso Ponzano?

En la novela, por otro lado interesantísima, cuyo título es Cleopatra Pérez, la vida, costumbres y carácter de las cortesanas de ahora están magistralmente retratados y cifrados en la protagonista Cleopatra y en su amiga Virginia, y hay otros personajes con no menos verdad y tino tomados del natural, como, verbigracia, Leticia, la tía avarienta, celestina flamante y amplificación hábil de aquella otra tía que no le muestra en cifra Quevedo, llamándola

águila imperial
que asida de los escudos
en todas partes está.

Pero en Cleopatra Pérez la perversidad de algunos personajes traspasa los límites de lo cómico, aflige siempre, y casi nunca mueve a risa. En esta novela hay, a no dudarlo, una

severa lección moral, como Moratín y otros críticos y preceptistas quieren que haya en los dramas y en los demás libros de pasatiempo. Ni Virginia ni Cleopatra aparecen amables ni dignas de piedad de simpatía, de respeto y hasta de admiración como *La Dama de las Camelias*, pongamos por caso. En la novela de que voy hablando, el autor va, a mi ver, más allá de lo justo y de lo conveniente en pintar a Cleopatra perversa. Mal se justifica que envíe a la Inclusa a su hijo, pudiendo tener la razonable esperanza de que el duque lo reconozca por suyo. Apenas, con todo, puede tildarse esto de inverosímil. Las mujeres de cierta clase, y aun toda clase de mujeres, son a veces poco razonables y muy caprichosas.

Lo que yo no apruebo en *Cleopatra Pérez* es que su lectura, en vez de ensanchar el corazón, lo deprima. El personaje principal de la novela no es Cleopatra, sino Valentín, su hijo. Y éste, bueno en el fondo, educado cristiana y honradamente, cae, arrastrado por impulso irresistible, que nos parece fatal, en tal cúmulo de pecados y de vergonzosas acciones, que, lleno de horror y de odio contra su propia vida, acaba por darse la muerte.

Mitiga siempre la dureza y negrura de los cuadros que en sus novelas nos presenta el señor Ortega y Munilla la fervorosa caridad de su alma que involuntariamente y sin declaración aparece en todo, y el vivo deseo con que busca remedio a los males y defectos de la sociedad humana, y sueña y procura la solución de los temerosos problemas planteados por el pensamiento filantrópico.

En sus cuentos, breves narraciones o novelitas cortas, suele mostrar nuestro autor muy fértil inventiva, más alegre y desenfadado humor que en las novelas largas, y la misma propensión caritativa, moral y reformadora. *El yegüerizo*, por ejemplo, le da ocasión para discurrir discretamente y con piadoso afecto sobre el descuido con que mira la sociedad la triste condición de los niños pobres, víctimas a menudo del abandono, de la miseria o de la codicia de sus padres. En *Fifina*, por el contrario, condena con gracia la perversa educación que en el seno de la opulencia suele darse a las niñas, despojándolas de corazón y de entendimiento, y convirtiéndolas en maniquí para ostentar galas y colgar dijes. Y, por último, en *El espejuelo de la gloria* nos pinta con ingenio, agudeza de observación y notable arte para ser conciso y claro, las funestas consecuencias que puede tener la alucinación de prestar extraordinarias aptitudes artísticas o literarias a niños o a jóvenes que de ellas carecen, y a quienes engañan, extravían y pierden el ciego cariño de los padres y próximos deudos, y la cortesía o la adulación de los extraños.

De la venta abundantísima que tiene nuestro nuevo académico para dichas breves narraciones, han salido otras muchas, de las que me sería difícil dar cuenta aquí sin exponerme a fatigaros.

Terminaré, pues, citando sólo otros cuentos que el amor de la patria, muy ardiente en el alma del señor Ortega y Munilla, inspira, anima y hermosea. En estos cuentos, además, noto yo una combinación dichosa de dos afectos, en cierto modo contrarios, que procuran ponerse en armonía, aumentando así la belleza del cuadro y poniendo en él más pura significación moral y más alto sentido. Sobre el furor y el odio contra la dominación extranjera y contra los franceses invasores, que aparecen con rasgos tan enérgicos en *El intruso de caza* y, sobre todo, en *El padre Siset*, donde contemplamos los horrores del sitio de Gerona, se ponen, suavizando el conjunto la piedad humana, los sentimientos de fraternidad, y el amor a nuestro linaje, sin exclusiva distinción de tribus, lenguas y razas.

Lástima es, en suma, que el señor Ortega y Munilla, harto afanado ahora con tareas políticas, no cultive con mayor asiduidad el cuento y la novela, para los que posee tan raras y felices dotes.

Su capacidad para la crítica literaria, que ya he celebrado, se muestra más aún en el discreto y bien razonado discurso que acabáis de oír, donde el regio poeta don Ramón de Campoamor, que fue nuestro excelente compañero, es alabado y estimado con tanto tino y habilidad como justicia. ¿Qué podré yo añadir aquí para complemento y corona de tan bien concertadas alabanzas?

No se puede negar que hay en los versos de Campoamor un singular y pasmoso atractivo, por cuya virtud es el más popular de nuestros poetas desde hace más de cincuenta años, del que se guardan en la memoria más composiciones, y del que recitan con entusiasmo largos trozos las mujeres de toda clase,

> desde la princesa altiva
> a la que pesca en ruin barca.

El señor Ortega y Munilla ha explicado bien esta inmensa popularidad, esta predilección de que goza el poeta sobre todos los otros poetas sus contemporáneos; pero lo ha explicado, permítaseme que me atreva a decirlo, con una muy hábil crítica de lo esotérico, y sin penetrar en cierto misterioso esoterismo que debe de haber en las composiciones poéticas del vate asturiano, informándolas y dotándolas de invencible hechizo. El señor Ortega y Munilla apenas toca este punto, sobrado oscuro y hondo para que se llegue hasta él sin preparación y sin intrincados estudios que ni en cifra caben en un breve discurso, requiriendo un grueso volumen para poder exponerlos, dados la capacidad conveniente y el vagar y el reposo que exigen.

No seré yo tampoco quien trate aquí de esto, completando lo que en el discurso del nuevo académico apenas se indica, ya que no se eche de menos.

Cuenta el bueno de Plutarco que Aristóteles puso en ciertos libros suyos, quizá en los de metafísica, algo de aquellas enseñanzas que llamaban *acromáticas* o *epópticas*, y de las que sólo debían enterarse los iniciados. Y añade que cuando lo supo Alejandro, que había ya volcado en el polvo el trono de Darío, vengado a los griegos muertos en las Termopilas, en Maratón y en Salamina, y conquistado el más grande Imperio del mundo, se enojó muchísimo y escribió a su maestro, no sabemos si desde Babilonia o desde Persépolis, una carta reprendiéndole por su imprudente carencia de sigilo, pues, no está bien que el vulgo entienda de cosas que traen mucho peligro, sin la madurez de juicio que para entenderlas se requiere. Dice, además, Plutarco que el maestro, a fin de disculparse, contestó al hijo de Filipo que nada había revelado, porque aludía siempre a la doctrina misteriosa, sin llegar a exponerla con toda claridad para el vulgo, aunque clarísimamente para los ya iluminados y apercibidos.

Suficientes razones son las antedichas para justificar que yo también me retraiga y me inhiba de tratar aquí de la metafísica de Campoamor. No faltaría Alejandro, proporcionado a mi pequeñez, que me reprendiese con aspereza si hiciera yo lo contrario. La extensión, además, que tendría que tomar este discurso sería tan enorme, que aburriría ferozmente a mi auditorio, lo que Dios no permita. Limitémonos, pues, a declarar aquí, sin exponerla y juzgarla metódicamente, que Campoamor tiene una metafísica, una filosofía fundamental y primera, encerrada en libros cuyos títulos son *Lo absoluto, El personalismo* y *El ideísmo*; y esta filosofía no sólo sirve de base a su moral, a sus ideas políticas, a su estética y a su arte

poética, sino que penetra en sus poemas grandes y pequeños, en sus doloras y en sus humoradas, e infunde en todo ello inmortal y poderoso espíritu de vida.

¿Cuánto no me holgaría yo si acertase a desentrañar y a mostrar bien al público lo que se esconde, verbigracia, en *El drama universal* o en *El licenciado Torralba*? Jactaríame yo entonces de seguir y de ser capaz de seguir los consejos y amonestaciones de Dante, cuando dice a los que tienen sanos entendimientos, *gli intelletti sani*, que busquen, estudien y mediten la doctrina oculta.

*Sotto il velame degli versi strani.*

Desdichadamente, recelo yo que me ocurra con los mencionados poemas, así como con los libros filosóficos escritos en prosa por Campoamor, percance parecido al de la mona con la nuez verde. Y digo parecido y no idéntico, porque para gustar la interior sustancia nutritiva no hay cáscara amarga que morder primero, sino tupido envoltorio de chistes, agudezas, paradojas sutiles y desdeñosos desenfados, que marean y aturden a par que deleitan, y que nos mueven a exclamar que, aun suponiendo que Campoamor no sea un muy profundo filósofo, es fuerza reconocer que es el más divertido, amable, bondadoso y original de todos los humoristas.

Pero ¿por qué no ha de ser también un gran filósofo? ¿Por qué con la debida seriedad, método y tino, no hemos de dar cuenta de su sistema, juzgándolo y ponderándolo todo? La incredulidad y el desdén están, en esta ocasión, poco fundados, lo cual se nota mejor cuando pensamos en la admiración idólatra que nos inspiran multitud de filósofos extranjeros. ¿Por qué han de ser más atinadas y sublimes filosofías que las de Campoamor las de Schopenhauer o Nietzsche, pongamos por caso? A mi ver, no hay otro motivo para esto que el que hay para que una figurilla diminuta, pintada en el vidrio, o un gusarapo o un microbio, se nos muestren, gracias a la linterna mágica o a otro instrumento parecido, mayores que descomunal gigante o colosal megalosauro, cuando los vemos en el círculo luminoso que se proyecta en el distante muro. Yo presumo, y aun tengo por evidente, el asombro de no pocos juiciosos alemanes cuando les devolvemos, magníficados por nuestra fantasía, los nombres de algunos de sus compatriotas, en cuya glorificación emplea la fama la susodicha linterna con mejor éxito que la trompa.

Desde luego es lícito afirmar que sin imitación, sino por venturosa coincidencia, colabora Campoamor con el sabio italiano Vicente Gioberti en el descrédito y en la demolición del orgulloso monumento de la novísima filosofía, cuyo cimiento echó Descartes, cuyo piso bajo acabó de construir Condillac y en cuya más empinada acrotera brilla la estatua de Hegel. Así contribuyó a despejar y allanar el terreno donde había de resurgir la antigua escolástica del gran Doctor de Aquino, ampliada y adaptada a lo que requiere y exige nuestro siglo.

Pero veo que voy faltando a mi propósito y empezando a tratar de la filosofía de Campoamor. Me arrepiento de ello y me arredro. Baste indicar aquí que Campoamor desdeña, como Gioberti, el método psicológico y construye atrevidamente su ontología, fundándola sobre verdades y principios evidentes, en su sentir, e inconcusos. De ellos deriva luego, con severa dialéctica y por encadenada serie de teoremas, que él compara a la de los geómetras, todo lo que se sabe y merece llamarse ciencia, siendo lo demás, si se prescinde de esta

metafísica suya, un miserable y ruin centón de hechos, avisos y recetas. Porque hay una Idea que comprende las ideas todas, y una maravillosa Unidad, de donde proceden y por quien son y por quien traen y guardan el orden y concierto que les incumbe, cuantas cosas materiales y espirituales llenan y hermosean el Universo. De aquí que sólo cuando alcanza a percibir dicha Idea y a ver en cierto modo dicha Unidad, y como si dijéramos, a tocarla, puede la mente de un privilegiado mortal aprender y enseñar la metafísica verdadera y saber el porqué y el cómo de lo existente y de lo posible y la trabazón armoniosa con que se enlazan cuanto es y cuanto puede ser, creando espléndida variedad en el seno de esa Unidad misma.

Lo que va expuesto, sin embargo, no se logra por inducción o por análisis. Así lo cree Campoamor, y desechando el método analítico se atiene al sintético y deductivo. Pero acaso, y aquí entran mis dudas, ¿llega alguien con la inteligencia a esa idea, a esa unidad primordial, desde cuya altura se descubre, se otea y se comprende todo? ¿No es más propio de nuestra naturaleza finita, más capaz de encumbrarse por la fe, por el deseo y por la voluntad, que por la razón, el alcanzar tanta ventura, dado que se alcance, por un prodigioso y valiente rapto de amor? Si así es, harto menoscabada queda la metafísica, ya que no será transmisible, y apenas será inteligible sino para quien ame.

Discretamente, dijo el gran dramaturgo:

> A ciencias de voluntad
> les hace el estudio agravio,
> pues Amor para ser sabio
> no va a la Universidad.

Encomendémonos, pues, al amor, si anhelamos sabiduría. Por él conseguiremos la iniciación en los misterios hasta subir al tercer grado. Desde las tinieblas profundas en que vivimos, dirijámosle aquella hermosa plegaria de otro egregio poeta:

> Aclara, rompe el tenebroso arcano;
> danos tu luz por guía;
> vierte en la noche el fúlgido Océano
> de tu perpetuo día.

Indudablemente, el amor, más que la fría reflexión dialéctica, fue el maestro de nuestro vate. Él le enseñó, no sólo su metafísica, de la que ya dije, y repito, que no debo tratar aquí, sino también el secreto hechizo que derrama en sus versos, y con el que los sazona y consigue que agraden tanto a las mujeres.

Campoamor es optimista, alegre y risueño, de puro enamorado. Es cierto que no hace caso omiso en sus composiciones, ni del mal, ni del padecimiento, ni de la culpa; pero lo

dulcifica todo por ministerio y obra del amor, el cual vence al dolor y lo somete y lo afemina, convirtiéndolo en *dolora* y haciendo así más deseable que temible a esta su vencida consorte.

Aunque parezca símil innoble, por estar tomado del arte de confitería, diré que lo agrio, lo amargo y lo punzante suele volverse dulce y sabroso en sus versos de Campoamor, como la menta en las pastillas o bombones que llaman *diabolines*, o como el picante jengibre, con el que en Inglaterra se condimentan confites tan estomacales.

Verdad es que muchos versos y sentencias de Campoamor, sobre todo en lo escrito por él en sus mocedades, como en *Ternezas y flores* y *Ayes del alma*, la nota pesimista tiene, o parece tener, gran resonancia y brío; pero esto consiste, a lo que yo presumo en que, siendo aquélla la época del romanticismo, lo tétrico y quejumbroso e consideraba indispensable para estar de moda. Campoamor, además, muy joven entonces, ni concebía ni sentía la pasión amorosa por estilo tan etéreo y sin mácula, como más tarde, cuando ya viejo. De aquí que, como persona piadosísima, se arrepintiese de sus extravíos y pecados, hablase del Juicio final y de la cólera divina y exagerase los dejos amargos con que acibaran y envenenan el corazón ciertos deleites y triunfos.

La verdad es, sin embargo, que cuando el poeta se jacta o recuerda la victoria o la dicha, lograda por él o por algún héroe de su invención, es, en mi sentir, mil y mil veces más elocuente y fervoroso que cuando deplora sus faltas y se inclina a la penitencia. Hay, en todo ello una muy brava contienda entre el alma y el cuerpo, el espíritu y la carne, que no deja de ser conmovedora.

Lo antedicho se nota más, sin duda, antes de que los años refrenasen violencias y mitigasen ardores; antes de que pasase la moda del romanticismo, y antes de que el poeta inventase su oculta y preciosa metafísica, primero sedativa, y beatificante después. Hallada la tal metafísica, dominada la rebelión y apaciguado el tumulto de los sentidos, la melancolía del poeta se pone muy suave y almibarada, y sus tristezas apenas son tristezas. Aun en los tiempos en que la interna guerra ardía más, los versos amorosos de Campoamor tienen cierto parecido con el rosal que había junto al sepulcro de Tristán y de Iseo. Los prestes lo exorcizaban y lo quemaban; pero el rosal retoñaba con mayor lozanía, volviendo a cubrirse de verde follaje y de purpúreas y odorantes rosas.

¿Qué florecimiento más hermoso y más grato a las mujeres de gusto puro y delicado no habría después en este rosal, cuando Campoamor, cultivándolo siempre con esmero, lo podó las ramas viciosas y lo hizo digno de que se complaciese y deleitase en él la propia Venus Urania?

Yo no puedo tocar aquí sino muy ligeramente este asunto, que exige un grueso volumen para ser bien tratado. Si fuera lícito comparar lo grande con lo pequeño, y lo sagrado con lo profano, me atrevería yo a sostener que, así como San Juan de la Cruz, comentando sus *Canciones*, compuso una maravillosa Teología mística, un hombre de alto y de agudo ingenio, comentando hoy los versos amorosos de Campoamor, podría componer la *Erotosofía* más refinada del mundo y añadir no poco a lo expuesto ya por Platón en el *Banquete*, por León Hebreo, en los *Diálogos*, por Baltasar Castiglione en *El Cortesano* y por Cristóbal Fonseca en aquel famoso libro que, según dice Cervantes, hincha las medidas, y en *el que se cifra todo lo que* (hasta entonces) *el más ingenioso acertare a desear en tal materia*.

En mi fundada modestia, no sintiéndome yo capaz de empresa tan ardua, y receloso también de fatigaros, doy aquí término a este desaliñado discurso, afirmando, para su conclusión, que Campoamor, fuese o no fuese notable filósofo, fue grande, fecundo, original y muy delicioso poeta, y que demostró con evidencia, al serlo, la verdad de aquélla sentencia

de Estrabón, reproducida y aplicada luego al orador por Quintiliano: «No es posible ser buen poeta sin ser antes varón bueno.» Amabilísimo, bondadoso y excelente por todos estilos fue Campoamor, y a estas prendas morales, sin rebajar por eso las de su inteligencia y las de su imaginación, que eran muy ricas, debe el ilustre vate la popularidad de que goza y el persistente aplauso que damos a sus escritos.

# Elogio de don Gaspar Núñez de Arce

Leído en la Real Academia Española, en junta pública celebrada el 15 de noviembre de 1903

SEÑORES:

En la penúltima o última junta que antes de vacaciones celebró esta Real Academia, me honrasteis con el encargo de escribir el elogio de don Gaspar Núñez de Arce, cuya muerte lamentamos todos. Había de leerse lo que yo escribiera pública y solemnemente, a fin de dar nosotros claro testimonio del valer y del mérito del ilustre compañero que hemos perdido, mostrando por ello nuestro pesar y el alto aprecio y la admiración que el ingenio, la inteligencia y las demás elevadas prendas de aquel glorioso poeta nos inspiraban de acuerdo en todo, no sólo con los entendidos y aficionados a las bellas letras, sino también con la generalidad de los españoles.

Gustoso y lisonjeado acepté yo la tarea que me encomendábais, aunque no sin desconocer lo difícil que me sería salir de ella airoso, así porque la vejez y las enfermedades han nublado acaso la lucidez de mi juicio y han debilitado la escasa fuerza de mi estilo, como porque el asunto que debía yo tratar había sido ya magistralmente tratado por alguien que entre nosotros se sienta, y a quien considero imposible superar al menos igualar diciendo algo nuevo.

El asunto, además, me parece muy vasto para encerrado en un discurso que por fuerza ha de ser breve. Se tratan en el día con tal aptitud asuntos semejantes, que se expone quien desea ser conciso a ser calificado de ligero o de oscuro: a no decir sino vagas generalidades, a no fundar y probar sus asertos con razones discretas, y hasta a ser tildado de no conocer bien la labor literaria que aspira a juzgar y de no haberla estudiado y analizado con detención y reposo, penetrando hasta lo más hondo de su sentido y haciendo patente el espíritu que la informa.

Para no disertar someramente sobre todo, tendré que pasar con rapidez sobre dichos puntos, a fin de fijarme y detenerme en uno, el más capital, el que mayor atención requiere y el que debe ser tratado con mayor esmero.

Don Gaspar Núñez de Arce ha mostrado la enérgica actividad de su alma en muy distintas esferas, alcanzando en todas aplausos y triunfos. Escritor político, se hizo estimar en las Redacciones de varios periódicos; en la guerra de África, que terminó con la toma de Tetuán, siguió, como Alarcón, a nuestro Ejército y supo celebrar dignamente los hechos militares de aquella empresa. Como hombre de Estado, llegó a ser ministro y desempeñó otros importantes empleos, manifestando su aptitud, su probidad y la leal consecuencia,

subordinación y disciplina con que siguió siempre las banderas del partido liberal, en que militaba. Fue diputado y senador, interviniendo en las discusiones parlamentarias en algunos importantes momentos y haciendo ver que poseía la envidiable facilidad de palabra y la serenidad que conviene para hablar bien en público, en esta tierra de España tan fértil en oradores de nota.

Fue, por último, Núñez de Arce, autor dramático aplaudido. En colaboración con don Antonio Hurtado, escribió varios dramas, y por sí solo compuso otros, entre los que sobresale *El haz de leña*.

De cuanto acabo de indicar quiero y debo prescindir aquí, si he de limitarme a escribir un discurso y no un libro, y si he de tratar con amplitud y reposo de las más egregias cualidades que resplandecían en nuestro compañero, considerándole sólo como poeta lírico, aunque dando a su lirismo más significado de lo que severa y estrictamente debiera tener. En realidad, no voy a considerar a Núñez de Arce como poeta lírico sólo, sino también como poeta épico, si por tal ha de tenerse el que cuenta o narra una acción, y por poeta satírico, gnómico o sentencioso, y ya que no didáctico, concionante.

Varias son las condiciones que han de concurrir en un ser humano y que han de adornarle y habilitarle para ser buen poeta. Veamos cómo y hasta qué grado concurrieron en el que ahora tratamos de estudiar, empezando por las menos raras y preciosas, aunque más indispensables que otras más preciosas y más raras.

La primera de todas las condiciones es la de poseer y manejar con destreza el medio, el instrumento y, en cierto modo, hasta la primera materia de que el artista ha de valerse para revestir de forma sensible sus conceptos. La primera condición, pues, que ha de tener el poeta es la de poseer y manejar diestramente la lengua en que poetiza. Así esta condición como todas las otras de que hablaré luego tienen más de ingénitas que de adquiridas. No se adquieren por educación. Las concede el Cielo. Son carismas o dones gratuitos que la bondad de Dios pone al nacer en el espíritu de los que elige y ama. La educación, con todo, perfecciona, aquilata y fortifica luego estas prendas naturales. De aquí que el poeta, lo mismo que el eminente hombre de Estado, el capitán hábil y victorioso y todo el que por el pensamiento o la acción merece ser llamado genio, lo es por la gracia de Dios, como de los soberanos legítimos se dice; pero tal gracia no vale si con amoroso desvelo no la cultiva y la aumenta el favorecido, sino que la malgasta o deja que se consuma en la inacción con ingrato descuido. Lejos de incurrir en esta falta, Núñez de Arce se esmeró en cuidar sus naturales facultades.

Nacido en el riñón de Castilla, desde su niñez y desde su temprana mocedad, en Valladolid, en Toledo y en esta villa y corte por último, aprendió de la misma boca del pueblo la más castiza y pura lengua española; atesoró en la mente el caudal de sus vocablos y la flexibilidad y riqueza de sus frases y giros; estimó que en esta lengua caben con holgura y claridad, sin violentarla y sin tener que pedir nada prestado a otras lenguas, todos los pensamientos y los sentimientos todos, por sutiles, alambicados, profundos, amenos e inauditos que sean; y se ejercitó en expresar los suyos con afán laudable y dichoso así en prosa como en verso.

Sin duda, el hablar y el escribir se facilitan con el ejercicio. La disposición innata se corrobora con la práctica. Así nuestro poeta adquirió, escribiendo en prosa casi de diario, la nitidez, la limpieza, la sobriedad y la exactitud que aparecen en sus versos y les prestan carácter.

Alguien ha dicho que Núñez de Arce pertenece a la escuela salmantina y procede de Meléndez y de Quintana; pero yo me inclino a creer que, desde que Quintana y Meléndez escribieron, hasta que empezaron a aparecer las poesías de Núñez de Arce, sobrevinieron tantos sucesos y mudanzas, que las escuelas poéticas regionales sólo quedaron para la Historia, por donde Núñez de Arce no fue ni pudo ser de la escuela de Salamanca, ni menos imitador de Quintana y de Meléndez. Es sucesor de ellos porque los hombres todos se suceden aunque no se parezcan. Entre los mencionados poetas y nuestro compañero se ponen y los separan nueva y larga serie de cambios políticos, opiniones y doctrinas ignoradas o apenas conocidas antes, la revolución literaria del romanticismo y la estética reciente con preceptos y reglas harto diversos de los que se seguían y se observaban antes. Sin caer en prosaísmo, Núñez de Arce, es más llano, más natural y, en realidad o en apariencia si se quiere, más fácil y espontáneo que sus imaginados modelos. Con gusto más depurado, sin resabios del conceptismo y culteranismo del siglo XVII, no sólo Núñez de Arce, sino también otros buenos poetas del siglo XIX han desplegado y lucido no menor habilidad y destreza para versificar en todos los metros, estrofas y combinaciones de rimas. En Quintana y en no pocos otros líricos de la escuela clásica a la francesa se nota demasiado el esfuerzo para versificar. No fluye el verso con la abundante facilidad que muestran nuestros poetas líricos y narrativos desde la aparición del romanticismo hasta ahora. Se diría que el arte de la versificación se aprende y se ejercita hoy con menor trabajo que en el último tercio del siglo XVIII y en el primero del XIX. Quintana, con ser un gran poeta, aparece premioso versificando. Y si nadie en este punto se adelanta a Gallego, su maestría es de diversa índole. La poderosa virtud de su métrica no produce versos fáciles y corrientes, sino algo, en los mejores momentos de inspiración, como exquisita labor de ataujía, como bien ajustado mosaico cuyas teselas son piedras preciosas, unidas con sólida firmeza y engastadas en cerco de oro por vigoroso empuje para que nunca se desprendan y den persistente duración a tan espléndido artificio.

Fuerza es convenir en que la fácil versificación acarrea el peligro de caer en lo vulgar y en lo rastrero, de producir ruines y desmayadas coplas en vez de nobles o sublimes cantos; pero Núñez de Arce acertó a libertarse de este peligro. La elevación de su sentir y de su pensar le sostuvo siempre cuando se dejaba arrebatar por el raudal de la versificación fácil y no consintió que zozobrara o se detuviera un solo instante en el prosaico escollo de los copleros.

Otra novedad, más que real, pretendida, ha traído la moda a las novísimas obras poéticas: el minucioso detenimiento en las descripciones. Se afirma que los antiguos apenas describían: que, embelesados en la contemplación de la criatura humana y de sus actos, poseían menos que nosotros el sentimiento de la Naturaleza y no se paraban ni fijaban mucho la atención en los objetos que nos rodean. Contaban nuestras pasiones o acciones; pero poco o nada decían del medio ambiente que tanto influye en crearlas y desenvolverlas.

No decidiré yo hasta qué punto es moderno este afán por lo descriptivo, pero no aplaudiré la exuberancia con que lo descriptivo se emplea en el día entreverando toda acción o más bien empedrando el camino de su desenlace con prolijos tropiezos.

Núñez de Arce acepta y sigue esta moda, pero por fortuna no la exagera. En sus versos abundan las descripciones, pero son bellas y no cansan. Por reflexión o por instinto, nuestro poeta comprende muy bien que cuando se refiere un suceso, lo que más importa es el suceso mismo y no el lugar de la escena. La poesía, más que descripción, es acción. Tan lo entendían así los antiguos, que solían irreflexivamente encerrar en la acción lo descriptivo. En vez de describir la *Ilíada* cómo van armados sus héroes, nos lleva a presenciar cómo se arman cuando salen a la pelea. No nos pinta cómo va vestida la diosa Juno, pero nos introduce en su cámara y hace que asistamos y veamos allí cómo se peina y adorna el cabello, cómo se lava el hermoso cuerpo y lo pule y suaviza con linimentos aromáticos, y cómo se engalana luego con

maravillosa vestidura, completando el hechizo de su traje y tocado al ajustar a su gallardo talle el encantado ceñidor que Venus le presta. Así sube la diosa hasta la cima del Gárgaro, donde se halla Júpiter, que arde en amor apenas la ve desde lejos. Brotan luego de la fecunda tierra lindas flores y mullido césped y una nube dorada y luminosa encubre a la gentil pareja hasta a las penetrantes miradas del sol mismo. Y no describe tampoco el padre de la poesía el estupendo escudo de Aquiles, sino que nos conduce a la fragua en que Vulcano lo fabrica y vemos allí cómo se convierten el oro, la plata y el bronce, entre las manos del asombroso artista, en la divinada prefiguración de los nunca superados prodigios de Fidias y de Praxiteles.

Núñez de Arce, repito, si bien sigue la moda, es sobrio en sus descripciones, las cuales no son estorbo de la acción, sino que la explican y la aclaran. El carácter principal de Núñez de Arce como poeta no es, con todo, el de ser narrador o descriptivo, sino el puramente lírico: demostrar con ardorosa vehemencia las ideas y los sentimientos propios y procurar infundirlos en el ánimo de sus oyentes y lectores. Este es su principal propósito hasta cuando escribe historias o leyendas. De todo aspira a sacar alguna lección moral, política, filosófica o religiosa.

Partidario yo del arte por el arte, por reiterada confesión propia, debería ser recusado como parcial y prevenido para ser juez de la poesía docente si no invalidara la recusación explicando mi doctrina.

La poesía es arte liberal y no servil, lo cual significa que sus creaciones no son de necesidad, sino de lujo; que no son útiles en el sentido vulgar de la palabra, que no se subordina a ningún extraño propósito; que su fin es la poesía misma: la manifestación sensible de la belleza. Pero lo bello eleva el alma a esfera muy alta donde se junta con la verdad y con el bien en unidad perfecta, siendo allí lo bello el resplandor de la verdad y surgiendo de la verdad todo bien como de inexhausto venero. De esta suerte el poeta, si no enseña, habilita y presta alas a los espíritus capaces de comprenderle, cuando no para subir hasta ese centro divino, para columbrarlo, para bañarse en su luz y para tomarlo por guía. En la ascensión hacia ese centro, acaso atraviesa el poeta por entre oscuras y tempestuosas nubes, acaso va o nos parece que va extraviado, pero sube más, logra llegar a región más serena y clara, y al fin toma el recto camino arrebatándonos en su vuelo. Y no es menester para tanto tratar solamente de ciertos encumbrados asuntos, como asegura nuestro compañero, en su prologo a los *Gritos del combate*.

A mi ver, no hay asunto, por insignificante y mezquino que parezca, que poéticamente tratado no adquiera por la poesía poder bastante para elevar el alma hacia la luminosa región de la ideal belleza.

Y no se me acuse de sobrado sutil al exponer mi doctrina. Inevitable es tal sutileza, si hemos de conciliar una contradicción que en todo juicio sobre poesías con frecuencia ocurre. Opuestas creencias y opiniones son defendidas y ensalzadas por poetas distintos. Alguno de ellos acaso sostendrá y ensalzará la verdad; pero es indudable que los que sostienen y ensalzan lo diametralmente opuesto sostienen y ensalzan la falsedad y la mentira. Y, sin embargo, con tal que dichos poetas sean sinceros, con tal que no finjan, sino que sientan hondamente lo que dicen, su error no nos repugna, sino que nos deleita y hasta nos entusiasma. ¿Cómo atribuir esta indiferencia por lo verdadero que nos deja gozar de lo que dice quien en nuestro sentir de lo verdadero se aparta? Pues qué, ¿prescinde el crítico del fondo de una composición poética para apreciarla sólo y gustar de ella por la forma? Yo no puedo creer que sea así. La bella forma, además, no se concibe, no es sino vano artificio, sin algo sustancial, sin idea o sin sentimiento, que por medio de ella se revele. Luego es evidente que, más allá del punto en que los distintos poetas discrepan hay otro punto luminoso y

sublime, hasta donde todos suben si son en realidad poetas egregios, y donde coinciden todos, desapareciendo las contradicciones en que, en el rapto de su ascensión, habían incurrido.

Para ejemplo de lo que pretendo significar tomemos a tres poetas italianos de nuestros días, dos de ellos preconizados ya como grandes y el tercero notabilísimo y muy celebrado. Es uno fervoroso católico; otro es horrible y desesperadamente impío, y es no menos antirreligioso el tercero, aunque muy lleno de confianza en que no es un mal, sino un bien, la pérdida de la fe en una religión positiva. Ahora bien: yo declaro que los tres poetas me encantan y que indistintamente los aplaudo. Luego no los aplaudo por lo que enseñan. En primera instancia gana, pues, el pleito, el arte por el arte y la poesía docente sale condenada. ¿Cómo poner de acuerdo la hermosa plegaria al Espíritu Santo en la *Pentecostés*, de Manzoni, aquello de llamar a Dios el «feo y oculto poder que impera para nuestro común daño» y otras no menos espantosas blasfemias de Leopardi, y, por último, la letanía lauretana a Satanás con que Josué Carducel llenó de estupor a los nacidos?

A fin de lograr la concordancia de los tres poetas, es menester prescindir del camino que van siguiendo y de las peligrosas y poco recomendables paradas que hacen dos de ellos en dicho camino. Es menester subir hasta una resplandeciente altura en que la luz de la verdad envuelve a los tres y en que los tres se abrazan. Con poderoso impulso los ha encumbrado hasta allí el amor de la Humanidad y de la patria, el deseo de verdad y de bien para todos los seres, la aspiración a lo perfecto y la sed de la inteligencia para comprender lo infinito y de la voluntad enamorada por unirse a él y aquietarse en su seno.

En esta más detenida contemplación de la poesía, yo no sé si debo o no llamarla docente, pero es digna de muy noble calificación; es incentivo, es estímulo o estro de las mejores prendas del ser humano; es lo único que, después del amor y de la fe viva que del amor nace, puede prestar y presta al alma alas para subir al Cielo.

De esta suerte la poesía, sin salir fuera de ella para buscar su fin, lo tiene utilísimo, aunque de utilidad peregrina más alcanzada por los espíritus selectos que por el vulgo.

Para que la poesía se remonte a tamaña altura no se requiere, según hemos visto, ni la exacta averiguación de la verdad, ni evitar extravíos y errores, ni emplear sólo el ingenio en tratar de cosas trascendentales y metafísicas.

Presupuestos ya nobles sentimientos e ideas, anhelo del alma hacia el bien, lozana y rica fantasía, para revestirlo todo de imágenes y para expresarlo con primor y concisa elegancia, lo que se requiere es sinceridad: que el poeta, aunque invente fábulas y finja historias que nunca ocurrieron, no finja que siente lo que no existe o que sabe o cree lo que descree o ignora. Esta sinceridad, esta buena fe franca y desnuda de disimulo, no abandona jamás a Núñez de Arce, y contribuye a que sea excelente poeta. Con nada nos engaña. Sólo hay un punto en el que yo recelo a veces, no ya que nos engañe, sino que se engañe a sí mismo o que exagere al menos: me refiero a su duda y al tormento y a la desesperación que la causa. Ese tormento, esa desesperación, provienen del conflicto entre una mística y soberana aspiración y una negación monstruosa. Reconcentrada el alma y penetrando en el abismo de su ser, busca allí la verdad y ansía unirse con el bien supremo; pero se hunde en el vacío y no halla verdad ni bien supremo columbra. Así, Leopardi, obcecado y pervertido por la filosofía grosera y materialista del siglo XVIII, todo lo niega con la fría razón, y con el amor vehemente de su alma busca y en balde desea unirse a lo mismo que niega, a lo que sólo concibe como ideal sin sustancia, como fantasma bellísimo y perfecto que nosotros mismos creamos y del que proceden la virtud, la santidad, el heroísmo, la filantropía y todo aquello que más honra y más enaltece al linaje humano.

Ahora bien: yo estoy persuadido de que Núñez de Arce jamás puso en duda ciertas afirmaciones supremas. Jamás negó la existencia de un Dios único, todopoderoso, lleno de bondad y de inteligencia; ni el alma inmortal, ni el libre albedrío, ni la consiguiente responsabilidad de nuestros actos, ni la ley moral que manda o veda que se cumplan. No dudando, pues, de nada de esto, ni menos negándolo, la carencia de fe o la duda de Núñez de Arce no podía ser muy atormentadora, sobre todo cuando su alma tendía el vuelo hacia lo alto y se apartaba de la muchedumbre del pueblo, sobre la cual muchedumbre solía difundirse en discursos animados por la pasión política en vez de reconcentrarse en la conversación interior para aclarar misterios y descifrar enigmas.

Las dudas de nuestro poeta eran, pues, en mi sentir, más sobre lo temporal que sobre lo eterno. Prestaba acaso, como nos inclinamos todos a prestar, mayor importancia de la justa a los sucesos que presenciamos y, sobre todo, a los sucesos en que tomamos parte.

Así, cuando dudaba de la eficacia para el bien de tales sucesos cuando temía verse extraviado en el camino; cuando perdía la esperanza en el futuro de su patria; cuando veía o imaginaba ver a sus compatriotas corrompidos o degradados, entonces el estro satírico punzaba su alma, y ésa y no otra era la duda que le atormentaba tanto y de la que tanto solía quejarse.

Con lo poco que yo sé de ciencias naturales, me parece que la transformación de las especies es aventuradísima hipótesis. Pruebas de su certidumbre distan mucho de haberse hallado; pero, como quiera que sea, aun dando por fundada la hipótesis, sin deducir de ella consecuencias impías, sólo se contradice la interpretación estrictamente literal de un texto sagrado; pero ni se niega el poder y la sabiduría del Creador, que pone en los seres el invencible conato de ir hacia lo perfecto, ni se rebaja la dignidad del hombre haciéndole salir del barro, no inmediatamente, sino por una larga serie de evoluciones. De esta suerte, ya que no defiendan la doctrina de Darwin, escritores católicos hay que no la condenan por impía, ni la acusan de rebajar al ser humano, si se tiene por cierto que Dios, puso o hizo aparecer el alma inmortal hecha a imagen y semejanza suya, en el cuerpo humano una vez formado y transformado con la conveniente aptitud para recibirla. Nuestro poeta, con todo, no cede ni se resigna con esto. Le enoja que en su árbol genealógico se atreva alguien a colocar el mono. De aquí que de desate en diatribas contra la doctrina darviniana; pero, arrebatado sin duda por su espíritu satírico, los dardos que lanza contra Darwin traspasan el blanco y tienen mayor y más terrible alcance. La pintura que hace de aquellos cuadrúmanos, nuestros supuestos primeros padres, es de una belleza pasmosa; pero resulta que el mono y la mona, de los que procedemos, según la abominada hipótesis, son candorosos, inocentes y felices; carecen de ambición y de codicia, son fieles en sus amores y la duda no los atormenta ni desespera. En resolución: los monos que el poeta nos retrata, en vez de darnos asco, nos dan envidia. El asco se queda todo para la Humanidad contemporánea, tal como el poeta la ve o la imagina. En los millares de años que lla vivido ya la Humanidad, pugnando, por subir al alto grado de civilización en que hoy vive, sólo ha conseguido ser tan ruin y tan desventurada, que, el mono primitivo es más feliz que ella y más digno de serlo. Y aún no es esto lo peor. Lo peor es que el poeta nos quita hasta la más leve esperanza de retroceder a la felicidad y a la inocencia selvática de los antiguos días prehistóricos. La civilización nos ha corrompido hasta tal extremo, que nos inhabilita para ser animales mansos. Si el hombre recuerda o supone que su antepasado el antropisco no tenía en la selva

> ... ni Dios, ni ley, ni patria, ni heredades!,
> entonces la revuelta muchedumbre,
> quizá, Europa, alumbre

con el voraz incendio tus ciudades.

El poeta casi profetiza, por último el advenimiento triunfal de sangrientos tiranos, único remedio de mal tan grande, ya que sólo el rudo castigo

la hambrienta rabia de tus fieras doma,

y el hombre que no tiene

ni Dios, ni ley, ni patria, ni heredades,

se convierte en fiera, mientras que, cuando es racional, la razón le subyuga y basta para domarle. La razón, sin embargo, no sale muy bien parada de sátira tal cruel, ni puede inspirarnos mucha confianza, ya que al cabo de millares de años de aplicarla al estudio nos ha dejado caer en tan nefandos extravíos.

Sin embargo, el tétrico pesimismo de nuestro poeta dista mucho de llegar a su colmo en su composición a Darwin. Aún es mayor y más tétrico en *La selva oscura*. En la composición a Darwin, la perversión y la degradación del hombre, que hacen indispensable y hasta deseable la tiranía como solo freno que baste a domar la feroz y sublevada muchedumbre, presuponen que esta muchedumbre ha perdido la razón o la ha empleado por muy torcida y vitanda manera, renegando de Dios y de todas las leyes y preceptos morales y sociales. Justo y consolador es que confiemos en la Providencia, la cual no consentirá que doctrinas tan inicuas cundan y se propaguen entre el vulgo. Así podremos desechar e invalidar los ominosos vaticinios y las amenazas del poeta. Pero contra *La selva oscura*, si atinamos con la interpretación de lo simbólico, no hay protesta que valga.

El poeta vaga perdido por una selva oscura en cuya enmarañado laberinto no hay marcada senda, donde todo es horror; donde las hojas secas caídas de los árboles y arrebatadas por el viento se diría que se llevan consigo toda esperanza; donde los pies desnudos se ensangrientan pisando espinas y las ramas torcidas que estorban el paso lastiman y hieren las manos y el rostro. Tremendas visiones acrecientan la angustia y el susto. Profunda melancolía, recuerdos tristes y remordimientos amargos se apoderan allí del alma y la torturan.

Los admirables tercetos en que se describe todo esto, así como los demás de la composición, están hechos con tan enérgica y concisa firmeza y con tan fácil maestría, que el lector o el oyente casi se atreve a imaginar que Dante no los haría mejor si reapareciese entre los vivos y versificase de nuevo.

Pero ¿qué es, qué significa esta selva? El poeta la llama la selva del desengaño. Ha penetrado en ella en el otoño de su vida. El desengaño ha de provenir, por consiguiente, de la pérdida de las ilusiones juveniles; ilusiones, sin duda, harto pecaminosas, como malignas flores que engañan con su aparente hermosura y cuando se marchitan y pasan con la primavera traen desabridos y ponzoñosos frutos. Hasta aquí las cosas no van muy mal. Quizá nos convenga ir vagando por la selva oscura como si, vivos aún, estuviésemos en algo a modo de purgatorio para hacer penitencia de nuestros pecados, acabar de desengañarnos y no forjarnos en adelante seductoras ilusiones. Dante, que se aparece al poeta en el centro tenebroso de la selva y se ofrece a servirle de guía, al modo con que Virgilio le sirvió a él, confirma al lector en la interpretación que hasta aquí vamos dando al simbolismo. Y todavía le confirma más en ello cuando oye hablar a Dante en hermosísimos tercetos, en los que refiere sus espirituales y castos amores con Beatriz, limpio y puro dechado de belleza angelical en cuerpo y en alma. Después de la muerte de Beatriz, lejos de terminar sus amores, suben a más alto punto de santidad y de eficacia beatificante. La enamorada doncella desciende del cielo, se muestra en espíritu al terrible gibelino, le consuela y conforta, le separa del camino de perdición, y en premio del amor que él le profesa, y por el mismo amor que ella le tiene, logra al fin encumbrarle hasta el cielo.

Nada sería más satisfactorio que este desenlace. ¿Qué más venturosa salida pudiera hallar el poeta para dejar detrás de sí la selva oscura en que se había extraviado?

Por desgracia, Dante mismo, en virtud de fatídicas palabras que pronuncia, quita toda esperanza, cierra la salida de la selva y nos deja en ella errando para siempre, a no ser que nos devore la pantera cuya aguda zarpa nos ha destrozado el pecho.

Cuantas alabanzas demos a lo que Beatriz dice a Dante cuando baja del cielo y se le aparece para consolarle son a mi ver, pequeño encarecimiento para ensalzar la santidad y la hermosura de lo que Beatriz dice. ¿Por qué, pues, al ir ya a terminar el poema, trata Dante de arrancar del corazón y de la mente del poeta, y del corazón y de la mente de cuantos le leen o le oyen, la fe, la esperanza y los trascendentales consuelos que antes le habían infundido? ¿Por qué llama Dante *santa ilusión* a cuanto Beatriz le ha dicho? A veces imagino yo que Dante lo llama santa ilusión por ironía. Y si es así, estamos salvados. La pureza inmaculada de Beatriz; sus místicos amores; su vida ultramundana y eterna en el cielo; su aparición en espíritu para consolar, purificar y guiar a quien la ama, todo esto debe ser realidad, no debe ser ilusión, ya que la ilusión, por santa que se la suponga, es concepto sin verdadera realidad, sugerido por la imaginación o causado por engaño de los sentidos. ¿Y cómo ha de poder tan engañoso concepto ser único fundamento de la dignidad del hombre, de su virtud y entereza y de su posible bienaventuranza? Una vez desvanecida la ilusión, porque no podrá menos de desvanecerse al cabo, cuanto en ella se funde se desvanecerá y fenecerá con ella.

Lejos de exclamar, con Dante:

> ... Bendita seas,
> santa ilusión, que nuestra pobre vida
> dignificas, levantas y hermoseas,

tendremos que exclamar con otro poeta no menos desesperado que en esta ocasión Núñez de Arce:

Encontré mi ilusión desvanecida
y eterno e insaciable mi deseo;
palpé la realidad, odié la vida;
sólo en la paz de los sepulcros creo.

Lo que conviene creer, por tanto, es que Dante emplea la palabra ilusión en sentido irónico para expresar la más real, evidente y sublime de las realidades. Y si no quisiésemos o no nos atreviésemos a prestar dicho tono de ironía a lo que Dante dice y a lo que repite después Núñez de Arce exclamando:

Sin el vivo calor, sin el fecundo
rayo de la ilusión consoladora,
¿qué fuera de la vida y qué del mundo?

todavía tendríamos un recurso para explicarlo todo. Lo que verdaderamente es ilusión y no realidad es el contenido del poema titulado *La selva oscura*: ensueño horrible, pesadilla tremenda, de la que logra libertarse el poeta cuando despierta y dice:

¡Lejos de mí las sombras que a deshora
llenan de espanto la conciencia humana!
Y al decir esto, penetró la aurora
en torrentes de luz por mi ventana.

Hay que considerar, además, que el estilo de la poesía es el de la pasión y sus raptos, y se concierta mal con la dialéctica mesurada y fría llena de distingos y salvedades. También me inclino yo a recelar que otra causa de que propendan no pocos poetas, y entre ellos Núñez de Arce, a caer en un abatimiento pesimista, es cierta preocupación que suele mostrarse en ellos,

no ya desde que apareció la secta quejumbrosa de los románticos, sino desde veinticinco siglos antes cuando menos. Aristóteles nota esta preocupación, se burla de ella y la censura en su *Metafísica*. Consiste la preocupación en imaginar que Dios no quiere que el hombre trate de conocerle por el mero empleo de la razón que le ha dado, y que Dios, por consiguiente, castiga al alma osada

> que aspira loca, en su delirio insano,
> de la verdad para el mortal velada
> a descubrir el insondable arcano.

La cual sentencia, de otro egregio poeta de nuestros días, es casi equivalente a la frase la *funesta manía de pensar*, que tan mal suele parecernos en prosa y en los labios o en la pluma de los retrógrados y absolutistas.

No me toca dilucidar aquí si tal preocupación tiene o no algún fundamento, pero me parece que no debe tenerlo, y que Dios, que es tan bueno, no ha de complacerse en trastornar los pensamientos de quien aspire a conocerle y en humillar su soberbia, haciendo que piense y diga mil blasfemias y disparates. Si yerra el que filosofa, es porque su razón es limitada y aspira en balde a comprender lo infinito; pero Dios, lejos de castigarle por ello, es de esperar que le perdone, diciendo, como le hace decir Goethe en el prólogo de *Fausto*: «El hombre yerra mientras aspira.»

En cuanto al sapientísimo maestro de Alejandro, veamos cómo se expresa al hablar de la filosofía: «Según Simónides, Dios sólo la posee, y el hombre ni de aspirar a ella es digno. Dicen los poetas que Dios es celoso, sobre todo en este punto, por lo cual castiga a los audaces que se atreven a filosofar; pero los poetas son embusteros si no engaña el refrán. Dios ni nos envidia ni nos castiga. No hay ciencia más honrada que la filosofía. Es divinísima, ya porque es Dios quien la entiende, ya porque es de Dios de quien ella entiende; la entiende sólo Dios por completo; y entiende ella, o trata principalmente de Dios, porque Dios es causa y principio de todo, y ella dé causas y de principios trata. Por eso son más útiles todas las otras ciencias, pero ninguna es más sublime.»

Retrayendo a la memoria o teniendo presente párrafo tan juicioso, y bien podemos llamarlo igualmente tan sedativo, debiera calmarse o mitigarse al menos la furiosa desesperación de los poetas porque no descubren la verdad toda. ¿Por qué hemos de asegurar con Leopardi que *todo es arcano*, salvo nuestro dolor? En ese todo arcano puede aún, como en las primeras edades del mundo, la fe religiosa sostener a existencia real y no ilusoria de los seres inmortales que por revelación conoce y puede la imaginación crear allí como rico suplemento de la creencia dogmática, en quien por desgracia no sea muy firme, cuantos genios, ninfas, ondinas, sílfides y salamandras le convenga crear para su consuelo y espiritual deleite.

De las consideraciones que dejo expuestas infiero yo que no hay motivo bastante para la espantosa desesperación que muestran los poetas en nuestros días y para lamentarse tan desoladamente porque dudan. La duda no es más que limitación naturalísima de nuestra facultad de conocer. Más allá de los límites de lo conocido está, y estará siempre, ese *todo*

*arcano*, cuya inmensidad es tal que no la achican, sino que la hacen aparecer más grande, cuantos son los peregrinos descubrimientos y progresos de las ciencias experimentales.

Nuestro inspirado compañero habla o canta en sus mejores momentos con la doctrina que acabo de exponer aquí. Cierto es que en la bellísima *Última lamentación de lord Byron* pone en boca del autor del *Manfredo* las mismas dudas que a él suelen atormentarle; hasta llega a dudar de si el genio no es más que locura, sobreexcitación o desequilibrio de nuestras facultades mentales. Al cabo, no obstante, vuelve a más sano modo de pensar, hace brillante apología de la razón humana y la declara libre para investigar toda verdad y para penetrar, si es posible, en todo misterio. Por tal empeño no se enoja Dios ni le castiga. Dirigiéndose a Dios mismo, le dice el poeta:

Si la insaciable sed de lo infinito
que aguija mi corazón es un pecado;
si únicamente para el mal existe,
responsable no soy, ¡Tú me la diste!

Después confiesa que ha dudado mucho y que duda aún; pero declara que de la existencia de Dios no ha dudado nunca. Su convicción deísta es tan honda, que le mueve a escribir la siguiente octava:

Si chocaran, haciéndose pedazos
los astros con horrible desconcierto;
si rotos, ¡ay!, de la atracción los lazos,
se desquiciara el Universo muerto;
si quedara al impulso de tus brazos
el espacio sin fin, mudo y desierto,
y el tiempo con sus noches y sus días
dejara de existir, Tú existirías.

Aún va más allá el poeta en sus afirmaciones de creyente, condenando al que reniega de Jesús e invocando el dulce nombre de María. ¿Por qué, pues, y vuelvo a mi tema, tanta desesperación y tanta duda? Al dudar, ¿no tira el poeta a desautorizarse a sí mismo para el oficio o menester de concionante al que por naturaleza se inclina? La verdad es que tales alternativas de fe y de duda, de desaliento y de confianza, son rasgos tan propios y tan inevitables en el carácter de la poesía lírica, que, si bien yo no los aplaudo, tampoco los censuro. Me limito a exponerlos aquí. Lo que sí debe aplaudirse, y lo que aplaudo yo sin restricción alguna, es el amor de la libertad, del progreso, del arte y de la misma poesía, que inflama con su fuego todas las magníficas octavas de *La última lamentación de lord Byron*, poema realzado, además, por los entusiastas elogios de las antiguas glorias de Grecia y por la

patética narración de las crueldades de Alí bajá y de la trágica rueda y heroica muerte de las mujeres suliotas.

Así en ésta como en otras interesantes narraciones, despliega Núñez de Arce poderosa y lozana fantasía, raro talento descriptivo y aptitud pasmosa para versificar con natural y sencilla afluencia, que no menoscaba, sino que presta mayor brio y lustre a la elegancia de la dicción poética. Las décimas de *El vértigo* son un dechado de perfección en este género. En mi sentir, superan en mérito a los tercetos de *Raimundo Lulio*, piadosa leyenda en que el poeta nos refiere la juventud y los vehementes amores de aquel extraño sabio mallorquín, mártir entusiasta después de la fe cristiana. Lástima es que tan poética leyenda vaya precedida de una dedicatoria donde se empeña Núñez de Arce en prestar a los sucesos que refiere una significación simbólica que no queremos aceptar. La casta y hermosa doncella que enamora a Lulio y que púdica y honestamente también está de él enamorada, no puede ni debe ser el símbolo de la ciencia profana y orgullosa que aparta al hombre de su Dios, antes debe ser, hasta por el mismo mal que le destroza el pecho y le quita la vida, aparición terrenal del alma inmaculada y dolorosa que presta con su sacrificio la luz del desengaño a su amante y le muestra la buena senda. Fuera de esto, y como caso singular y único en nuestro poeta, me atrevo yo a notar algo de prosaísmo en la mencionada dedicatoria. Echemos la culpa a los distingos dialécticos, que en poesía no caben. Abomina el poeta de la incredulidad, del depravado espíritu de análisis que nos quita la fe y nos induce a negar; pero recuerda enseguida que es liberal en prosa y que es fiel a su partido y proclama la libertad de conciencia y la tolerancia religiosa de que siempre fue partidario.

Cuando en felices momentos Núñez de Arce no estuvo o estuvo menos atribulado por sus dudas, mostró que su lira era capaz de todos los tonos y compuso lindísimos versos, ora inspirado por dulces y melancólicos recuerdos, como en el tan popular y celebrado *Idilio*, ora estimulado por halagüeñas y patrióticas esperanzas, como en la elegía a la muerte de Alejandro Herculano. Elocuente y sentido es el elogio que hace de aquel erudito y profundo historiador de Portugal, lírico de notable mérito, ingenioso novelista, y por la noble rectitud e independencia de carácter, gloria de su patria; pero avalora más aquella elegía la expansión generosa con que su autor dilata su patriotismo por todo el reino vecino y proclama la fraternidad y anhela la unión íntima de portugueses y castellanos.

Nuestro poeta ha lucido también su ingenio en cierta clase de composiciones de alguna novedad en nuestros días, y de la que son modelos, aplaudidísimos en todas las naciones cultas, *Hermán y Dorotea*, de Goethe, y *Evangelina*, de Longfellow. En estos poemas breves, o más bien novelitas en verso, cuyos personajes son por lo común, del estado llano y a veces de la ínfima plebe, se refieren sucesos de la vida privada, dando al referirlos ocasión de describir campos, jardines, mares y otros objetos, ya naturales, ya artísticos, así como las faenas y ejercicios más comunes y ordinarios, en todo lo cual no deja de haber mucha y excelente poesía que resplandece ante los ojos del poeta y que el público ve y siente cuando el poeta sabe mostrarla. Ningún ser sobrenatural suele intervenir en estos poemas. La pintura de las pasiones y actos humanos, del teatro del mundo, de la sociedad contemporánea y del medio ambiente en que aparecen, basta a realzarlas y a hacerlas interesantes.

En la mencionada clase de poesía, Núñez de Arce ha dado al público producciones muy hermosas. Una de ellas, cuyo título es *Maruja*, agrada en extremo por la descripción de la quinta y huerto donde viven en dichoso retiro el conde de Viloria y su enamorada consorte, y por la gentil manera con que nos retrata y presenta a ambos esposos y con que nos cuenta las dulzuras y la felicidad de sus conyugales amores. Acaso haya en Maruja algo que, contado en prosa, nos parecería precipitado y hasta inverosímil; pero la poesía tiene alas con que nos arrebata y con que nos precipita los casos, llevándonos a prescindir de la medida del tiempo. Embelesados por los bonitos versos del poema, no extrañamos que la andrajosa Maruja, a

quien el guarda trae asida de una oreja porque ha entrado a merodear en el cercado ajeno, hechice y conmueva tanto a la condesa deseosa de tener una hija, que de repente la adopta por tal, con las más apasionadas muestras de ternura y con el beneplácito de su marido.

En otro cuento o poema por el mismo estilo, *La pesca*, no hay precipitación o inverosimilitud semejante. El lugar de la escena está ricamente pintado, sin prolijidad minuciosa, y los personajes que figuran en la acción aparecen vivos y reales. Miguel y Rosa son hermosos de alma y de cuerpo; y la madre de Rosa, el virtuoso cura de la aldea y hasta el viejo marinero, que lamenta la muerte de su hija, se nos hacen muy simpáticos por la bondad y nobleza de los caracteres, sin incurrir nunca, ni en dichos ni en hechos, en alambicado y falso sentimentalismo, impropio de la sencillez campesina. *La pesca* sólo hay, a mi ver, un personaje que huelga o está de sobra, perturbando un poco la armonía del conjunto. Es este personaje el amigo de Miguel, el cual, prendado de Rosa, la codicia y se siente envidioso de su amigo. Despistado el lector, recela que la tragedia va a surgir de esta pasión oculta y pecaminosa, pero la tragedia sobreviene sin que la motive ni ocasione la voluntad del hombre. En una terrible galerna naufraga la barca en que Miguel ha salido a pescar, y Miguel muere. El cuadro de la tempestad, los esfuerzos de los marineros por salvarse, la angustia y desolación de Rosa, la caridad y el valor del padre cura y sus generosos esfuerzos para evitar el naufragio, y por último, el terror y la piedad de los habitantes de la aldea, todo está tan bien trazado, que despierta y sostiene vivo interés en los lectores y les causa emoción profunda.

En otras composiciones cortas de Núñez de Arce, como, por ejemplo, en el *Crepúsculo vespertino* y en *La esfinge*, se admiran el vigor del estilo para describir sobriamente y la habilidad y el dominio con que manejado el lenguaje se ajusta sin violencia a lo que exigen el metro y la rima en la más artificiosa de sus combinaciones, cuales son los sonetos.

Maestro en el arte de rimar y tan pronto para hallar los consonantes que se diría que acuden a su llamada con el significado más propio que a su idea conviene, todavía se distingue Núñez de Arce en los endecasílabos libres, tan desmayados y flojos casi siempre en España hasta que Moratín enseñó a escribirlos primorosísimos y sonoros, tomando por modelo los que en Italia se escribían. No afirmé yo, porque las comparaciones son odiosas, que Núñez de Arce supere en esto a Moratín, ni que siquiera se le iguale; pero sí me atreveré a sostener que en los endecasílabos libres en que comenta el encomiadísimo monólogo de Hamlet, y no pocos de *La visión de fray Martín*, son de los más elegantes y briosos que en castellano se han escrito.

En toda *La visión de fray Martín* hay un poderoso esfuerzo de fantasía. Por este concepto es, sin restricción, mi alabanza. Lo que no me siento con fuerzas para comprender es la interpretación o la explicación de todo aquel a modo de ensueño que, según el poeta, hubo de tener Lutero. Sólo tengo por cierto que no pudo nacer la Reforma de las dudas de aquel audaz heresiarca. De las dudas que atormentan y desesperan no nace la actividad, sino el abatimiento. La rebeldía de Lutero, tan importante en la historia de la Iglesia y en la historia de la civilización de Europa, no fue porque Lutero dudase, sino porque se convenció y persuadió, aunque fueran causa de su persuasión y convencimiento, el demonio de la ambición, el anhelo de notoriedad, la emulación del germano contra el latino y el sentimiento de escándalo, a par que de envidia, al contemplar las grandezas, elegancias y profanos esplendores de la Corte romana, donde en ciencias, letras y artes renacía la gentilidad clásica, amenazando eclipsar la luz del Evangelio. No negaré yo que Lutero dudase. ¿Quién no duda antes de creer, de saber o de convencerse? Lo que yo afirmo es que Lutero nada hizo mientras dudó. Lo que hizo fue afirmando y negando intrépidamente.

En mi sentir, hay un linaje de duda juiciosa y benéfica, que no puede desesperar a nadie que esté en su cabal juicio. Viene a ser tal duda el humilde reconocimiento de la insuficiencia

de nuestra razón para descubrirlo y penetrarlo todo y de la escasez de nuestras fuerzas y medios para lograr cualquier fin o propósito sin el divino auxilio. Es tan buena tal duda, que va implícita en el temor de Dios y por él y con él es principio de sabiduría. Tal duda entra también en toda bendición, en el saludo cordial y en el parabién afectuoso, siempre acompañado de la plegaria. Por eso decimos: «Dios te guarde, Dios te ampare, Dios te dé su gracia y Dios te bendiga.» Tal duda precede a la ciencia, porque sin dudar de la verdad de un sistema, de una hipótesis o de una teoría, ni habría progreso ni llegaríamos a la certidumbre. Y tal duda es, por último, fuente de poesía, ya que lo inexplorado, lo incógnito o lo dudoso es inmensidad por donde la imaginación se explaya y en donde muestra su virtud creadora.

Cuando dice Petrarca, hablando del sol en su ocaso, que va a iluminar a gente que allá muy lejos quizá le espera, el adverbio *quizá*, expresión de su duda, es lo que presta poesía al dicho de Petrarca. Dos siglos después, tal *quizá*; o tal duda es imposible, así como la poesía que de esta duda nace. Pero la duda sobre objetos más trascendentales persistirá siempre. Nada más falso que lo que, impugnando otras sentencias suyas, asegura Leopardi, de que está descubierto *el indigno misterio de las cosas*. El misterio no está descubierto, pero nos consta que no es indigno, sino incomprensiblemente maravilloso. Salir de duda sobre cuanto de él se ignora sería pretensión más absurda que la de dejar el mar en seco sacando agua con una escudilla.

Estimo yo, por consiguiente, que ni la duda desesperada que nos abate y enerva, ni esta otra excelente duda de que he hablado, agitaron el alma de Lutero y causaron la Reforma, en la cual hubo, a mi ver, más retroceso que progreso, porque rompió la unidad primordial de la civilización europea, sembró el odio o el desprecio entre las naciones y exacerbó la intolerancia y el fanatismo en vez de mitigarlos.

Cuando sobrevino la revolución más radical que ha conmovido a España en el pasado siglo, revolución que acarreó más desventuras que ventajas y que tuvo tan lastimoso y poco lucido remate, las dudas y la aflicción de nuestro poeta se acrecentaron y llegaron a su colmo. Entonces publicó los *Gritos del combate*, que le han conquistado tan envidiable y merecida fama.

Núñez de Arce compuso casi todas aquellas poesías bajo el influjo de una tremenda obsesión que perturba a multitud de pensadores de la edad presente.

Todos concuerdan, y la concordancia parece razonable, en que las muchedumbres, las gentes, la plebe, el vulgo, o como queramos llamarlo, cuando pierde la fe religiosa, fundamento de la ley moral y freno de los malos instintos, sólo a la fuerza se somete, ya que no emplee y se valga de la fuerza para trastornar el orden social, minando y destruyendo las bases seculares en que se asienta y reposa. A fin de remediar tanto daño, los pensadores han cavilado mucho y en mi humilde opinión han desatinado más, si bien nuestro poeta, dicho sea en honra suya, no ha aceptado los que yo juzgo desatinos. ¿Por qué dividir la Historia en períodos arbitrarios y suponer que hubo la edad de la fe y que ahora estamos en la edad de la razón, con la fe irremisiblemente perdida? ¿Por qué lamentar esta pérdida dándola por cierta, como hace, por ejemplo, Renán, y procurar, no obstante, con sus escritos que sea cierta la pérdida, aunque en realidad no lo sea? La Humanidad sin fe no se concibe. Sin fe se detendría en su marcha, porque la fe es el estímulo que la mueve y el luminoso faro que la guía. En nuestro poeta tal vez la pasión eclipsa por momentos la luz de esa fe, pero nunca la apaga. Injusto contra sí mismo hasta con el título *Gritos del combate*, se despoja de autoridad en su despecho. Tales gritos presuponen denuedo, indignación elocuente y varoniles arrebatos de cólera; todo menos la serenidad y el despejo que la enseñanza y el pronóstico requieren. A la poesía docente se oponen los gritos apasionados y belicosos.

Para poner término a este prolijo análisis y dictar mi fallo, aunque nada autorizado, franco y leal, me atreveré a citar algunos párrafos de lo que en otra ocasión dije sobre este asunto, ya que reconozco que lo que entonces dije vale mucho más que cuanto yo acertaría a expresar ahora, ciego y fatigado por el peso de los años.

La duda y el temor que asaltan a menudo al poeta acaban por disiparse, o más bien se convierten en afirmación y en esperanza. En ninguna de sus obras brilla más esta esperanza y aparece esta afirmación más segura e inquebrantable, que en los últimos versos que ha dado a la estampa con el título de *Sursum corda*. En ellos exclama el poeta:

> ¡Lejos de mí la torpe incertidumbre!;

brinda a su patria, abatida y triste, bálsamo de esperanza y consuelo, y prorrumpe en un himno eucarístico a la providencia de Dios, combinado con alegres vaticinios y con sonoras alabanzas a la civilización europea.

Antes de alcanzar y de cantar victoria, el poeta, sin embargo, ha vacilado y combatido mucho. Las quejas, las diatribas, las sátiras y los anatemas contra la incredulidad, los vicios y los pecados de la edad presente han precedido al hermoso epinicio en que casi sin restricción la glorifica, profetizando venturas y triunfos mayores. Incondicionalmente, con tal que se crea y se espere en Dios, el poeta confía en la constante ascensión del humano linaje, aunque en su marcha progresiva salte por cima de antiguas y venerandas doctrinas e instituciones.

Podrán caer las religiones todas, podrán arrasarse todos los templos; pero ningún cataclismo, por tremendo que sea,

> ... hará temblar la inconmovible base
> de la admirable catedral inmensa,
> como el espacio transparente y clara,
> que tiene por sostén el hondo anhelo
> de las conciencias, la piedad por ara
> y por nave la bóveda del cielo.

La plena y omnímoda confianza en los altos destinos del hombre no puede manifestarse con mayor claridad y arrogancia ni más independientemente de todo: hasta de las religiones tradicionales y positivas.

Para que se comprenda que al aplaudir a Núñez de Arce no afirmo ni niego yo las doctrinas que alternativamente sostiene, añado aquí lo que también dije en el ya citado escrito.

Cuantos son los problemas religiosos, filosóficos, sociales y políticos que interesan hoy a la Humanidad, agitan y enardecen su alma; y él, con lealtad y franqueza que le salvan de la inconsecuencia, ya que no los resuelva, los presenta a nuestra consideración en resplandecientes y atrevidas imágenes.

Esto basta para la gloria del poeta, si penetramos en el mundo encantado que supo crear, deponiendo las armas de rastrera dialéctica y no provistos de mezquinas objeciones, sino con el áureo y frondoso ramo de que Eneas se apoderó por mandato de la Sibila: con algo del poder taumatúrgico que nos abre la morada misteriosa y esquiva de las visiones sobrehumanas. Esto basta, en suma, para que sin jactancia contemos al que fue nuestro compañero y amigo entre los más inspirados, briosos y elegantes poetas que en el siglo XIX, tan fecundo en poesía lírica, han florecido en España.

# Elogio de don Antonio Cánovas del Castillo

Discurso de recepción del autor en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas el 18 de diciembre de 1904

SEÑORES:

Con indulgencia y bondad tan grandes que nunca sabrá ni podrá pagar cumplidamente mi gratitud, fui elegido por segunda vez, hace ya tiempo, individuo de número de esta Real Academia. Convidado generosamente a tomar en ella asiento, estuve ya otra vez. Abandono o desidia, que carecería de disculpa si la modestia no se la diese, me impidió entrar aquí entonces. Ahora es menester que a esa modestia mía y a esa desconfianza de mis propias fuerzas se sobreponga un deber ineludible, a fin de que yo, saltando por cima de las dificultades que me atajan el paso, o dando un rodeo para esquivarlas, escriba mi discurso de recepción y haga lo que de mí se exige para tener al cabo la honra de sentarme entre vosotros.

Hoy es para mí más arduo que la primera vez el empeño en que me hallo. Y esto por dos razones: la primera, por lo quebrantado de mi salud, por lo avanzado de mi edad y por la pérdida de mi vista, que para escribir y para leer me dejan inhábil, y la segunda, por el valor de la persona a quien vengo a reemplazar en esta corporación, gracias a vuestros votos.

La persona de Cánovas del Castillo tiene tal significación y tal importancia que no podría yo limitarme a hacer de ella un rápido elogio, por encarecido y entusiasta que fuese, y a pasar luego a otro asunto, extraño por completo al señor Cánovas, tomando dicho asunto por tema de la disertación que estoy obligado a hacer. Mi disertación no puede ser así, aunque yo lo desee. Se diría que el inmortal espíritu de mi antecesor se halla presente entre nosotros; que invisible a los ojos del cuerpo, pero visible a los de mi alma, ocupa aún el asiento donde yo he de sentarme, y que todo mi previo discurso ha de tratar de él y ha de dirigirse a él antes de que yo a tanto me atreva.

Su historia bien puede afirmarse que es toda la historia de nuestra nación durante la segunda mitad del siglo pasado, ya que en las revoluciones, restauraciones y cambios que hubo durante tan largo período, hizo siempre don Antonio Cánovas del Castillo muy principal papel hasta el día de su trágica muerte.

Para escribir sobre todo esto con el detenimiento y la amplitud que hoy se estilan, no bastaría un discurso, por extenso que fuese: sería menester escribir una obra compuesta de varios volúmenes. Me decido pues, a estudiar a mi predecesor bajo uno solo de los muchos aspectos en los que a nuestra vista se presenta y vive en nuestra memoria.

No hubo ambición, no hubo deseo de gloria por el que Cánovas no se sintiese estimulado. Su poderoso ingenio, su claro y elevado entendimiento, la influencia y el brío de su palabra y, más que nada, el ímpetu, la arrogancia y la persistente firmeza de su voluntad, le abrieron y le allanaron los diversos caminos por donde subió él desde su humilde y oscuro lugar a la posición más elevada, alcanzando triunfos como hombre de acción, logrando y conservando largos años la jefatura de un gran partido político, dirigiendo desde la cumbre del Poder los destinos de su patria, y conquistando al mismo tiempo la palma de grande orador y la reputación envidiable de hombre amenísimo en su trato, de tremendo por sus chistosos y agudos epigramas, de escritor castizo y fácil de historiador erudito y profundo, de novelista, de atinado crítico de literatura y de bellas artes, y hasta de poeta lírico, aunque este último triunfo fuese harto más discutido y problemático que los otros.

Todavía no satisfecho Cánovas con su buen éxito en tan variadas empresas, aspiró a señalarse en otra más encumbrada, procurando hallar la razón superior de todo, la regla constante y segura para toda acción y la luz y la medida para ver y estimar los sucesos humanos, para calcular su trascendencia y hasta para pronosticar las contingencias futuras, remediando o evitando el mal y señalando el camino recto.

No sé cómo llamar a esta facultad que Cánovas creía poseer o que poseía. Llamar a Cánovas metafísico tal vez sería impropio. Distraído su espíritu por diversas y opuestas sendas y engolfado en el revuelto mar de la vida activa, hubiera sido milagro estupendo que se diesen en él la serenidad y el conveniente desinteresado reposo para la sublime contemplación en que se funda la ciencia primera.

No me atrevo a llamar a Cánovas metafísico, porque lo agitado de su vida se prestaba poco a la especulación persistente que la metafísica exige, y no quiero llamarle sociólogo, porque el vocablo *sociología* me repugna por híbrido y presuntuoso. Le llamo, pues, político teórico, además de político práctico, y mejor aún pensador, palabra muy de moda en el día y que, por su vaguedad, compromete poco.

De lo remoto y de lo pasado, Cánovas sabía bastante, porque la viveza y la perspicacia de su comprensión permitían que con una rápida lectura se enterase de los sucesos, apreciase los sistemas y percibiese las evoluciones, las distintas corrientes y el sesgo curso de los pensamientos humanos. Y de lo cercano y presente, Cánovas sabía mucho más, así por inmediata visión y contacto como por experiencia adquirida y acrecentada sin tregua en la vida activa. Como pensador quisiera yo representar a Cánovas y juzgarle hasta donde alcance para tanto mi entendimiento. Mi propósito es harto difícil por cualquiera de los dos medios que yo emplee para cumplirlo. De uno de ellos, que es el mejor, sin duda, desisto yo, por considerarlo por cima de mis débiles fuerzas, y expuesto, además, a incurrir en falsedad involuntaria, atribuyendo a Cánovas una filosofía fundamental, un desenvolvimiento dialéctico de ideas y un conjunto de doctrinas que acaso no llegó a concebir jamás. Por eso me inclino yo a discurrir sobre las ideas de Cánovas según él las concebía y las presentaba en determinados casos, bajo el influjo de las circunstancias de tal o cual momento y dominado por la honda impresión que producían en su ánimo los grandes acontecimientos que iban realizándose y que él consideraba mayores, por lo mismo que se realzaban en su presencia y durante su vida.

No diré yo que Cánovas se contradijese ni que pensase ni disertase tal día de un modo y tal día de otro. Al contrario: yo entiendo que sus ideas y pensamientos se conciertan y se eslabonan lógicamente, y que, si es aventurado construir de todo una filosofía política y de la Historia, completa y de Cánovas toda, la figura intelectual de Cánovas se muestra y resplandece con claridad y sin contradicción confusa, cuando se agrupan con tino y en buen orden las ideas que tuvo y los pensamientos que acertó a expresar, ya explicando con ellos los acontecimientos que él presenciaba, ya sirviéndose de ellos como norma y guía de su conducta, en cuantos acontecimientos él intervenía con mayor o menor eficacia.

Lo más arduo para mí es seguir en su vuelo y en sus giros volubles la mente impetuosa de Cánovas, que no hay extremo a donde no llegue, ni punto que no toque, ni cuestión que no trate de dilucidar o que no dilucide, ni futuro contingente que no se empeñe en pronosticar, convirtiéndolo en necesario e ineludible, por virtud de leyes que su voluntad imperativa y arrogante tal vez prescribe y promulga.

Retratar a Cánovas de nuevo ofrece grandísimas dificultades que me han arredrado y me han hecho retardar la composición de este discurso por el temor de no hacerlo como conviene y como yo quisiera. De personaje tan querido y admirado se ha escrito ya mucho. Sobrado presumir sería el mío si imaginase que yo iba a decir algo en alabanza de Cánovas, más juicioso, más elocuente y más sentido que lo dicho y leído en esta misma Academia por don Fernando Cos-Gayón, y lo que no sólo en España, sino también en tierras extranjeras y remotas se ha dicho en su alabanza.

Cánovas, sin embargo, puede ser considerado desde tan diferentes aspectos, que si yo prescindo de lo que otros pensaron y dijeron de él y le juzgo con mi propio criterio, sin duda me expondré a errar, a representar su figura falta de parecido, mal trazada y delineada, pero con sello distinto y propio, copia del natural, no copia de otra copia, sino tomado todo de mis recuerdos, de la impresión que hicieron en mí sus prendas personales y del examen imparcial y sereno que puedo hacer aún y que aún hago de sus escritos.

Ya he dicho que debo limitarme a tratar de Cánovas como pensador político y teórico. A fin de juzgarle bajo este solo aspecto, sin prolongar demasiado este discurso, prescindo aquí de la vida activa política de Cánovas y de cuanto escribió o dijo sobre bellas artes, historia y literatura; prescindo de su novela y de sus poesías, desestimadas, no con justicia, sino por odio a su persona, y voy a limitarme a tratar de la serie de discursos, leídos o pronunciados los más de ellos en el Ateneo, y publicados en tres volúmenes bajo el común epígrafe de *Problemas contemporáneos*.

Toda la filosofía de Cánovas, toda su doctrina teórica y fundamental sobre cuestiones sociales se halla cifrada y encerrada en dichos discursos, de cuyo contenido casi es imposible dar cuenta y hacer extracto, porque su extremada concisión apenas los consiente y porque la variedad de puntos que Cánovas toca y procura dilucidar o dilucida no consiente que, ni para convenir en todo se repita lo que Cánovas dice, y mucho menos consiente que se contradiga y se impugne lo que dice Cánovas, a lo cual puede cualquiera sentirse inclinado, y yo me siento inclinado también, aunque celebrando y admirando como el que más el saber de Cánovas, la sutileza y profundidad de su ingenio y la elocuencia y el vigor de su estilo. Pero la ciencia principal de que Cánovas hace gala, y que, por no llamarla sociología, me inclino a llamar filosofía de la Historia, es, a mi ver, una ciencia más deseada que lograda. Si la lográsemos, no ya sobrenatural, sino naturalmente, adquiriríamos el don de profecía. La previsión humana, por muy prudente y perspicaz que sea, harto falible y siempre insegura, se convertiría en presciencia semidivina. Desde la altura de esa ciencia o presciencia maravillosa, descubriríamos el curso de los acontecimientos humanos, la dirección que llevan y el término hasta donde tienen que llegar por virtud de leyes providenciales, tan sabiamente ordenadas

que dentro de ellas, y no contrariando, sino coadyuvando al fin que se proponen, se mueve con holgura toda voluntad humana y no se menoscaban en lo mínimo la responsabilidad y el libre albedrío de cada individuo y de cada pueblo.

Repito que soy admirador del talento de Cánovas, de la lucidez con que lo veía todo y de la serena imparcialidad con que lo juzgaba; pero ni Cánovas ni nadie, en el día de hoy, y tal vez nunca, podrá decir lo que el más elegante y sublime de los poetas latinos hace decir al rey de sus dioses:

*Longius et volvens fatorum arcana movebo.*

Los empeños de Cánovas como hombre de acción, su amor propio comprometido en determinadas empresas, y hasta la manera, a pesar suyo involuntaria y tal vez inconscientemente interesada, con que veía o podía ver acontecimientos que favorecían o contrariaban sus planes, son condiciones o circunstancias que se oponen a que él prevea con claridad, pronostique con acierto y tal vez juzgue con exactitud el valor y la trascendencia de hechos ya cumplidos. En su primer discurso como presidente del Ateneo, bajo la impresión de dos acontecimientos importantísimos, Cánovas decide y hasta profetiza; pero bien podemos admirarnos de sus pronósticos y decisiones, sin aceptar por inevitables los pronósticos ni las decisiones por seguras y bien fundadas. De que el Padre Santo haya perdido su poder temporal y de que los prusianos vencieran en Sedán a los franceses, no puede ni debe inferirse todo lo que Cánovas infiere y anuncia. Para todo católico creyente, la Iglesia de Cristo está fundada sobre inconmovible cimiento, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Ahora bien: ¿cómo creer que la persistencia de tan sólida congregación y del centro soberano que le presta unidad y armonía pueda depender de condición proporcionalmente tan mezquina como es la de que el Padre Santo sea soberano temporal de una pequeña porción de Italia, la obediencia de cuyos habitantes convino conservar a menudo por medio de la intervención y ocupación de un ejército extranjero? ¿Qué garantía de independencia puede dar esto al Padre común de los fieles? La misma Historia enseña lo contrario, y tal vez los papas que han alcanzado mayor poder espiritual en el mundo son los que menos poder temporal han tenido. Gregorio VII murió en Salerno, desterrado de Roma.

La preponderancia o hegemonía de los pueblos germánicos, así como la decadencia de los neolatinos, no pueden ni deben inferirse de las victorias de Alemania sobre Francia al terminar el reinado de Napoleón III. Pues qué, ¿desciende tan de súbito una nación y se eleva tan repentinamente otra por la insegura suerte de las armas, en que la fortuna entra a menudo por tanto o por más que el valor y la ciencia o que la fuerza y la maña? Muchísimo valen la maña y la fuerza para defenderse y ofender, para adquirir y mantener el imperio; pero no es ésta la única medida de la importancia de las naciones. No por perder una vez en lucha armada debe considerarse todo lo demás irremisiblemente perdido. Todavía Francia es riquísima, a pesar de la tremenda franquía de riqueza que le hicieron los prusianos vencedores. Todavía, sin que parezca absurda y vanidosa jactancia, puede decirse que París es el corazón y el cerebro del mundo. Toda flamante doctrina, sana o perversa, disparatada o juiciosa, aunque allí no se invente, desde allí se difunde por todas partes. París sigue siendo el centro en que se expiden los títulos y diplomas de celebridad y de gloria: la nueva Síbaris, que impone las elegancias y las modas; la ciudad santa, donde acuden en peregrinación los que se precian de *intelectuales* en no pocos países, del mismo modo que los mahometanos van a la

Meca. Los poetas y novelistas franceses son más leídos, celebrados e imitados por dondequiera que los de ninguna otra nación.

¿Cómo he de negar yo, ni ha de negar nadie, la independencia intelectual y el vigor fecundo de la docta y especulativa Alemania, y de Inglaterra, y de los Estados Unidos, donde lo que tanto se admira como práctico, industrial y conducente a la prosperidad material, a la riqueza y al poderío, se concierta tan bien con la poesía más sentimental y soñadora, en apariencia al menos? Mas no por eso Francia deja de prevalecer y de descollar sobre todo. Las filosofías y las más hondas especulaciones germánicas, y los más extravagantes sistemas económicos, políticos y antropológicos, inventados en Inglaterra, no corren por el mundo ni se presentan ni figuran en todas partes hasta que en París se les dan el pasaporte y la carta de recomendación casi indispensables.

Pero no sólo por el pensamiento, sino también por la acción y por el poder militar y político, carece de fundamento la afirmación de la decadencia de Francia. La elevación de un pueblo y su decadencia y ruina no se verifican con tanta rapidez como se cambia una decoración de teatro. La misma Francia, vencida en Sedán y multada y desmembrada luego, había vencido pocos años antes, bajo el mismo régimen y reinando el mismo emperador, a los rusos en Crimea y a los austríacos en Italia; y hasta había fundado del otro lado del Atlántico un Imperio, de cuya efímera duración y desastroso remate no le cabe toda la culpa. Y la misma Francia, en el mismo siglo en que fue vencida por los prusianos, había triunfado de ellos y de toda Alemania y de Rusia bajo el primer Napoleón, y aun después de la caída de éste había intervenido en España, había contribuido a dar libertad a Grecia, había conquistado y colonizado Argel, Orán y gran parte del norte de África, y había extendido sus dominios por vastas regiones del Extremo Oriente.

Menos aún que la decadencia de Francia puede afirmarse la de Italia, cuya independencia y cuya unidad, por largos siglos deseadas y apenas conseguidas bajo el cetro del rey bárbaro Teodorico, se logra al cabo por Cavour y por Garibaldi. Y no se logra de repente, sino después de maravillosa preparación; después del más rico, fértil y espléndido florecimiento del pensar italiano, convergente todo él al mismo propósito, aunque por diversos caminos. ¿Cómo declarar decadente a una nación en el mismo siglo en que han vivido y brillado en su fecundo seno filósofos como Mamiami, Rosmini, Galupi y Gioberti; historiadores como Tosti y Micali, y literatos y poetas como Parini, Alfieri, Foscolo, Monti, Manzoni, Leopardi, Nicolini, Giusti y Rosetti?

¿Será quizá que sólo España resulte o parezca decadente entre todos los pueblos latinos? Bien examinado este negocio, sólo parece cierto, sean las que sean las causas, que el colmo, o, mejor dicho, la mayor hondura de nuestro abatimiento y decadencia fue en los últimos años del siglo XVII. Desde entonces, en realidad, no ha decaído España, porque si desde entonces no perdió sus colonias, fue por no haber en ellas vida y fuerza bastante para separarse de nosotros y por no haber crecido aún para quitárnoslas o el poder y la ambición de otras naciones o las naciones mismas. Desde entonces, repito, desde fines del siglo XVII, España, lejos de decaer, ha hecho y hace a menudo generosos y grandes esfuerzos, muchas veces, pero no siempre, infructuosos, para salir de su postración y de su atraso, para renacer a nueva y gloriosa vida, como, por ejemplo, en el reinado de Carlos III y en el heroico levantamiento y guerra de la Independencia, y, por último, hasta en época más reciente, a pesar de tan prolongadas guerras civiles, luchas de partido y mezquinas revoluciones y pronunciamientos.

En suma: yo no acierto a ver tal decadencia de la raza latina. Es más: yo no creo en que haya tal raza latina en contraposición de la germánica, ni creo mucho tampoco en que sean germánicos los ingleses, aunque los llamemos anglosajones, con la misma razón o con poco más de razón que pudiéramos llamar germánicos a los franceses, porque fueron conquistados

por los francos, o llamar ostrogodos o germanos a los habitantes de Italia, o llamarnos nosotros visigodos o germanos, también o, si se quiere, árabes y berberiscos. La división, en cierto modo caprichosa, de las naciones europeas en latinas, germánicas y eslavas sólo vale, en mi sentir, para crear nuevos odios y rivalidades, con fundamento falso y sofístico, sin estrechar por eso la amistad de unos pueblos con otros ni lograr que fraternicen. La amistad y el aprecio entre franceses y españoles y entre polacos y rusos han dejado con frecuencia y dejan todavía no poco que desear, sin que acertemos a ver que la idea de que nosotros somos latinos y de que los polacos y los rusos son eslavos valga o haya valido hasta el día de hoy para la satisfacción de tan buen deseo. Por el contrario, la idea del latinismo, creando, en mi sentir, sin razón, un predicamento muy amplio, hace en ocasiones que nos desunamos en vez de unirnos y que, en realidad, nos descastemos. Por eso no puedo menos de confesar yo que me suena mal y me molesta que, desde Méjico hasta Chile y la Argentina, la inmensa extensión del Nuevo Mundo, donde hay muchos estados y millones de hombres que hablan todavía la lengua castellana, y donde acaso uno a lo más de cada dos o tres mil pronunciará o hablará más latín que el *Gloria Patri*, se llame toda América latina, sin duda a fin de no llamarse América española, tal vez por infundado desdén hacia la antigua metrópoli o por inveterado, injusto y persistente enojo.

Como quiera que ello sea, y aunque nos pese el confesarlo, fuerza es convenir con Cánovas, cuando no en el *latinismo* y en la decadencia latina, en la peculiar y deplorable decadencia de nuestra patria.

Difíciles de explicar son las causas de este fenómeno histórico, de este hecho tan indudable. Al terminar el siglo XV y durante todo el siglo XVI, bien puede afirmarse que fue España la primera nación del mundo. ¿Cómo decayó y se postró tan rápidamente? Acaso el estudio teórico en que con mayor persistencia se ha empleado Cánovas es investigar las causas de la extraordinaria elevación de España, de su poco persistente preponderancia y de su abatimiento lastimoso. Echar la culpa a los reyes y a sus validos, condenar sólo la tiranía y el fanatismo de los gobiernos, podrá ser simpático y popular, pero es injusto y falso. Cánovas buscó causas más hondas a nuestra caída, y en sus *Estudios sobre el reinado de Felipe IV* llegó a hacer la apología de este rey y hasta una razonable defensa del exageradamente censurado conde-duque de Olivares. La decadencia de España obedecía a leyes providenciales, dimanaba de la naturaleza misma de las cosas, y ni Felipe IV, ni Olivares, ni otros monarcas y ministros de mayores arrestos y habilidades hubiera podido evitarla.

Se diría que Cánovas preveía las censuras que contra él pudieran dirigir sus enemigos políticos, que estaba preocupado de que a él también pudieran acusarle de ineficaz por no lograr lo imposible; y en suma: que se curaba en salud, como vulgarmente se dice, cubriéndose con el escudo y poniéndose en guardia de antemano para parar golpes previstos y que no dejarían de asestarle. Tal previa defensa acaso estaba de sobra. Por la inestabilidad de los gobiernos, por los cambios incesantes y por la falta de verdaderos partidos políticos, o sea de grandes agrupaciones de hombres unidos por los mismos intereses, ideas y propósitos, la perseverancia de determinada política, dirigiendo la mira a un punto fijo, sin desistir ni cambiar hasta tocar en él, fue en España obra punto menos que imposible durante el siglo pasado. Cánovas no tenía, pues, necesidad de defender a Olivares ni a nadie, para defenderse en prefiguración de un mal éxito o de un escaso buen éxito inevitable.

En cambio, muchas personas pudieran acusar a Cánovas, y no pocas le acusaron, del pobre concepto que de su nación se suponía que formaba. La acusación, con todo, fue injusta. Amor no quita conocimiento. Conocer y hasta declarar las faltas del objeto amado, no implica que el amor se trueque en indiferencia o en menosprecio. A veces, el patriotismo, por su mismo ardor y vehemencia, nos mueve a lanzar contra la patria generosas injurias, a fin de aguijonearla con punzante estímulo, levantarla de su postración y traerla a nueva y gloriosa

vida. Por mucho malo que Cánovas pensase y hasta dijese de su patria, jamás hubiera ido hasta donde fueron en sus durísimas reprensiones y en sus sátiras y castigos no pocos insignes y apasionados italianos, como Parini, Leopardi y Rosetti.

En mi sentir, la más clara demostración de la decadencia de España es la carencia, por olvido o por desengaño; de la fe y de la esperanza en nuestros propios destinos, la falta de pensamiento nacional, de una idea y de un propósito, en la que coincidan y al que aspiren los espíritus más enérgicos, blanco al que todos dirijan la mira, y donde vean o crean ver el título verdadero aún de nuestro persistente papel y de nuestra no terminada misión providencial en el mundo. Inglaterra, Francia, Alemania, Rusia y la propia renacida Italia tienen la fe viva y fecunda de que nosotros carecemos. En cada una de estas naciones subsiste un ideal superior que vivifica y alienta el alma colectiva. En España es tal la humildad y tal la discrepancia de ideales, que es como si no tuviéramos ninguno. De aquí el abandono, la esterilidad o la ineficacia de lo castizo. Y de aquí la constante atención con que miramos y admiramos lo extranjero, y el prurito de remedarlo a menudo con no menor inoportunidad que torpeza.

El gran hombre de Estado es, en otras más dichosas naciones, el apoderado de la mayoría del pueblo, o, por lo menos, del partido más brioso y predominante; es el ejecutor de los proyectos y planes de ese partido, el que tiene el deber de dirigir los asuntos públicos, según leyes y principios cuya persistencia en la Historia, cuya condición tradicional infunde respeto y presta vigor para oponerse a novedades extrañas, sin cejar ni pararse por eso.

Este gran hombre de Estado, en país extranjero, como tendrá previa doctrina y marcado y firme propósito y un sistema completo y fundamental, concebido o aceptado por cuantos le confían el poder, sistema que ha de ser norma y pauta de su conducta, podrá filosofar por lujo; si es elocuente y muy sabidor, pondrá cátedra para lucirse; pero no se le ocurrirá, como a Cánovas no sin razón se le ocurre, crear todo el sistema al que se ajuste su conducta y la explique, rechazar o admitir extrañas novedades y producir una teoría política o superconstituyente.

Cánovas no aparece sólo como mero aunque poderosísimo jefe de su partido, sino también como su apóstol, profeta y creador de su credo. Sin credo en que todos o en que los más convengan no hay orientación posible: se ignora el punto donde estamos y el término de nuestro camino. Nada hay estable para que florezca y fructifique. Todo se desarraiga para sembrar o plantar algo nuevo. Así, en España, en el siglo que terminó poco ha, el período constituyente no se cierra nunca; las leyes fundamentales y orgánicas se cambian a cada paso: las constituciones nacen y mueren apenas nacidas; las reformas no cesan, y las leyes, cuya efímera duración se prevé, no infunden reverencia ni corroboran, sino que debilitan en la conciencia humana la obligación de cumplirlas. Se olvida aquel precepto o consejo del libro más popular y discreto que en España se ha escrito: «No hagas muchas pragmáticas, y si las hicieres, procura que sean buenas, y, sobre todo, que se guarden y cumplan, que las pragmáticas que no se guardan, lo mismo es que si no lo fuesen.»

El incesante prurito de reformar y de legislar vale para disculpa de todo aquel que busca y halla o presume hallar razones filosóficas para todas sus reformas y sus leyes. Así se expone al peligro de que se prescinda de la oportunidad, de la posibilidad, del elemento histórico, que debe entrar por mucho en la legislación, y sólo se atienda a lo puramente racional y especulativo, con lo cual se forjan sistemas falsos y odiosos.

Nadie, a no estar obcecado, afirmará que la soberanía del pueblo puede y debe ejercerse a cada instante subvirtiendo el orden establecido, sin respetar la tradición y la voluntad de las generaciones que fueron. Nadie desconocerá las dificultades que ofrece, el ejercicio del sufragio universal y la demarcación de sus límites, o sea hasta qué punto el sexo, la menor

edad o la carencia de responsabilidad y aptitud, por ignorancia o por miseria, se oponen al goce y ejercicio de tal derecho. Y nadie, a no estar loco, entenderá nunca por igualdad democrática o ante la ley el que sean iguales todos los hombres en saber, en propiedad y en inteligencia. Pero si, prescindiendo de tales consideraciones, que no pueden menos de tenerse muy en cuenta en la práctica, forjamos una teoría con visos de filosófica, contraria a la soberanía del pueblo, a la radical y legítima igualdad de los hombres y al derecho que tienen a que nadie los gobierne sino quien ellos quieran, nos exponemos a que dicha teoría resulte aborrecible, un poco o un mucho depresiva de la dignidad humana, y tan infundada, que un niño de la doctrina puede desbaratarla con las cortas luces de su sentido común, avivadas y dirigidas por el Catecismo.

No fue del caballero o del burgués más o menos rico, sino de todo ser humano accidentalmente libre o esclavo, griego, latino o bárbaro, de quien dijo San Agustín: *Magna res est homo, factus ad imaginem et similitudinem Deo*. No fue sólo a los doctores y a los próceres a quienes dijo Cristo: «Sed perfectos como vuestro Padre que está en el Cielo.»

La fraternidad y la igualdad de cuantos seres componen el linaje humano no han sido reconocidas y proclamadas recientemente, sino desde muy antiguo, en todas las regiones y en todos los pueblos. Sin duda la apoteosis del humano linaje, con que soñó Augusto Comte y sueñan aún otros fanáticos positivistas, es superstición en extremo absurda. Pero el concepto de *humanidad* y la significación de este vocablo, no ya sólo como calidad o virtud de ser bondadoso y dulce, sino como algo sustantivo, son ideas antiquísimas, que no deben ni pueden tenerse por novedad peligrosa. Ya lo dijo Séneca: *Homines quidem, pereunt; ipsa humanitas ad quam homo effingitur permanet*. (El ser inmortal de la Humanidad permanece, aunque los hombres perezcan.)

No hay ni debe haber *superhumanidad* ni *superhombres*. Quien pretenda ponerse sobre la Humanidad es antihumano. No conviene que haya naciones y razas superiores y preponderantes a expensas, por inmolación o esclavitud, de otras naciones atrasadas o decaídas; ni conviene que haya, ni en realidad hay, clases pensadoras, directoras y gobernadoras y otras que deban dejar que las gobiernen y que piensen por ellas, limitándose a obedecer y a callarse. La *plutocracia* es a menudo un hecho, pero no es de derecho nunca. La riqueza no es medida exacta del saber y de la inteligencia. La moralidad y el sano juicio no se estiman ni se gradúan por la mayor o menor renta que cada uno tiene. Ricos puede haber harto más necios y más viciosos que los pobres. Aunque sea más racional y más progresista creer que la riqueza educa, y que por consiguiente mejora, y que en el rico hay más motivos que en el pobre para ser generoso y bueno, y menos incentivos que puedan hacerle caer en error y en pecado, no veo sobrado fundamento, en nombre de la justicia; para declarar al pobre imbécil e incapaz de gobernarse y para sujetarle a la tutela de una supuesta clase superior y gobernadora. Y digo supuesta clase porque, en realidad, tal clase no existe. La burguesía, la clase media, o como queramos llamarla, no es tal clase, sino el conjunto así de todos aquellos que despojados ya de antiguos privilegios aristocráticos entran en el estado llano, como de todos aquellos que por su inteligencia, por su actividad y por sus virtudes de orden y de economía entran también en ese estado llano, y tal vez descuellan en él, surgiendo del más oscuro fondo de las capas sociales.

El Estado que debe realizar la justicia no ha de ser para favorecer a los ricos y hacer que ellos gobiernen y dirijan a los pobres, ni ha de ser también para que los pobres vivan a expensas de los ricos, sino para que todos vivan y puedan prosperar, medrar y gozar sin infringir la ley. Y no puede decirse que los ricos deben gobernar y no deben gobernar los pobres porque éstos no tienen qué perder, lo cual es completamente falso. Las dos pesetas de salario del más cuitado de entre ellos tienen para él igual o mayor importancia que la enorme suma de libras esterlinas o de dólares para el dichoso capitalista que las posee y goza. Y en

cuanto a la vida, así del cuerpo como del alma, no vale ni importa menos la de un miserable obrero que la de un fúcar. Tal vez parezca más razonable afirmar el extremo contrario, porque si un fúcar muere o enferma, no ha de faltarle otro fúcar, su heredero, que maneje como él o mejor que él sus capitales; pero la producción del obrero, la obra de sus manos, el fruto de su sudor, ¿quién los suplirá si él falta o decae?

Ni veo yo tampoco la razón en que se funda Cánovas para recelar que la igualdad política, el sufragio universal, la ilimitada democracia, ha de traer la revolución social como inevitable consecuencia. Al revés lo entiendo yo: entiendo que esa ilimitada democracia acaba con la única razón en que la revolución social pudiera fundarse. El que se queda pobre, el que desde una humilde posición no sube hasta la cumbre del poder y de las dignidades, el que no acierta a surgir de la oscuridad para bañarse y brillar en el luminoso ambiente de la gloria, no podrá tener derecho para quejarse de la sociedad que le deja francas todas las puertas y abiertos todos los caminos. No diré yo que sean agradables la pobreza y la insignificancia; pero lo que no sólo es desagradable, sino que además parece insufrible, es que por ser pobre se condene a un ser humano a perpetua infancia, a incapacidad declarada por la ley y a inevitable tutela. Lo cristiano, lo católico, es que la soberanía reside en el pueblo, sin distinción de clases, y en quien el pueblo la delega. De Dios procede la potestad, *non est potestas nisi a Deo*; pero, como dice Domingo de Soto, la muchedumbre crea la potestad inspirada por Dios: *divinitus erudita*. Dios no exige rentas ni otras condiciones y garantías para otorgar en dicha creación voz y voto.

Acaso el ingente poderío, la soberbia triunfante de algunas naciones del norte de Europa, deslumbraron algo a Cánovas y le movieron, ya que no a aceptar resueltamente, a resignarse y a conformarse con ciertas doctrinas, inventadas las más en Inglaterra, y que, en mi sentir, no sólo ofenden al linaje humano, sino que también propenden a que dudemos de la bondadosa Providencia divina, a no ser que para justificar a esta Providencia traigamos a cuento la compensación que en una vida ultramundana han de tener los perjudicados. Es terrible y cruel considerar esta vida que ahora vivimos como lucha sin tregua para conservarla y gozarla a costa de la vida de los otros: *struggle for life*. Es triste imaginar que el progreso es la selección, y que para que una nación, tribu o raza prospere y florezca, conviene que otras se sometan, se humillen o desaparezcan cuando son inferiores por degradación o por atraso; que no haya compasión ni afecto, ni propósito de aupar a los hundidos ni de promover el adelantamiento de los rezagados. Y aún es peor y más desconsoladora la suposición de Malthus de que la gente aumenta mucho más que los medios de subsistencia y de que son muy útiles la guerra, la peste y el hambre, para que nuestro planeta no se pueble demasiado y no se vean sus habitantes en la dura necesidad de comerse unos a otros.

Ha descubierto Cánovas un precursor de Malthus en el autor anónimo de una obra titulada *Arcanos de la dominación*, obra escrita por un español en la segunda mitad del siglo XVII. Los asertos de este primitivo maltusiano coinciden en lo sustancial con los del sofista inglés. Cánovas da la razón a ambos y cree en la exactitud del lamentable y desigual crecimiento de la población y de los medios de subsistencia. Cánovas llega a decir para ilustrar este punto que «no bien se cuece una hogaza más de pan, no tan sólo nace el hombre que ha de consumirla, sino otro además que llega con la esperanza, frecuentemente frustrada, de que le toque en ella alguna parte. Tal esperanza origina el pauperismo».

Tremenda afirmación es ésta, que hasta la esperanza de comer pan quiere quitar a muchos de los que nacen. Por dicha, si bien Cánovas ve el peligro constante, aunque parcial, de que nazca mucha gente, todavía nos consuela empujando hacia un porvenir muy lejano el más espantoso peligro de que lleguemos a no caber de pies en nuestro planeta y a que no haya comida para todos. Yo, por mi parte, sin atreverme a poner en duda la exactitud de lo observado por Malthus y por nuestro anónimo, me limitaré a decir que cuando éste compuso

sus *Arcanos de la dominación*, la población de España no pasaría de seguro de seis millones, y que en el día de hoy, en que debe de ser de más de dieciocho, hay mucha menos miseria, se come y se viste y se calza mejor, y la gente está también mejor alojada. En Bélgica, pongamos por caso, habrá hoy seis millones de habitantes, muchísima más gente que cuando los *Arcanos de la dominación* se compusieron. En proporción de su territorio, que viene a ser la decimosexta parte del de nuestra nación, en España debiera haber noventa y seis millones; mas no por eso en Bélgica hay más hambrientos y menesterosos que en España. Tranquilicémonos, pues, ya que el peligro, si lo hay, está muy remoto. ¡Quién sabe lo que puede ocurrir en lo futuro! En lo futuro todo cabe, no sólo un funestísimo aumento de población. El carbón de piedra puede consumirse, las fuentes secarse y dejar de correr los ríos, enfriarse la Tierra, apagarse el Sol, o, con el perpetuo rodar de nuestro planeta, irse aplastando cada vez más los polos y ensanchándose el Ecuador hasta agujerearse la esferoide y convertirse en un anillo, el cual, dilatándose cada vez más en lo hueco y adelgazándose en el arco, acabe por descomponerse en pedazos informes y sin vida. Pero aunque preveamos todas estas cosas o algunas de ellas, ¿no sería ridículo exceso de precaución y fatuidad imperdonable querer prevenirlas o evitarlas reemplazando a la Providencia?

En vez de remedar a Calcas y ser adivino de males, y en vez de arrogarnos la facultad de prevenirlos, ¿no sería más racional recordar y seguir el consejo o precepto de Cristo en el Sermón de la Montaña, desechar toda cautela, confiar en Dios y decir con imprevisión piadosa: «Busquemos el reino de Dios y su justicia», y lo demás se nos dará por añadidura?

Cánovas deja ver en algunos pasajes de sus escritos que se inclina a esta opinión, considerando que los gobiernos que tratan de resolver la cuestión social y se afanan en inventar y promulgar reformas pecan de entremetidos y se extralimitan en sus atribuciones. Cánovas, sin embargo, reprueba el optimismo de Bastiat y duda de que la omnímoda libertad individual y la no intervención y la inercia de los que mandan hayan de producir indefectiblemente las armonías económicas más deseables.

No por eso nuestro teórico gran hombre de Estado aprecia en poco la economía política, si bien la cree insuficiente para resolver cuestión alguna sin el auxilio de la moral fundada en la fe religiosa. Nadie más opuesto que Cánovas a todas las nuevas ciencias o disciplinas sociales que se fundan o se apoyan en el positivismo, en el materialismo o en el panteísmo.

En Inglaterra es donde se ha llegado en esta materia a los más delirantes extremos. Buckle, por ejemplo, llega a afirmar que ni Platón, ni Aristóteles, ni los santos padres griegos y latinos, ni todos los doctores angélicos, seráficos y sutiles, ni los propios Evangelios, han tenido más benéfico influjo en el progreso de la Humanidad que el escocés Adán Smith con su *Riqueza de las naciones*. Bien es verdad que Buckle, después de abrumarnos más que Draper a fuerza de vituperios, asegura que nuestra inferioridad en todo procede del sobrado temor de Dios, infundido en las almas de los españoles por los frecuentes terremotos y por las largas sequías, entreveradas de lluvias torrenciales y desaforadas tormentas, que menudean en nuestra tierra y nos hacen medrosos, intolerantes y crueles.

Es indudable que, ora sea optimista, ora pesimista, el pensador político que niega o desconoce a Dios, la inmortalidad del alma y el libre albedrío, forja una moral independiente, ineficaz para levantar sobre ella el idilio social y el reino de la justicia que debemos buscar todos. En vez de la justicia, deja que impere la fuerza, ya sea para que las muchedumbres tumultuosa y fieramente se impongan y predominen, o ya para que pueblos, castas superiores u oligarquías sabias, astutas y audaces avasallen al menesteroso e indocto vulgo, le despojen de la posesión y goce de la tierra y hasta le mermen y, si fuere menester, le destruyan. Se diría que tan disparatada locura no puede con seriedad sostenerse, pero tales son la doctrina y el profético anuncio del Superhombre.

Ernesto Renán, en uno de sus más curiosos escritos, llega a explicarnos un sistema tan singular que nos hace dudar de si lo explica creyendo en él o sólo como pesada chanza y como muestra de su mucha inventiva y del primor de su estilo. A semejanza de cierto rey de un cuento persa, víctima de compromiso contraído, que tiene que degollar a todos los pretendientes de su hija que no resuelvan ni aclaren los enigmas y problemas que su hija plantea o propone, y que deplora y solemniza con un mar de lágrimas tan ineludible degollación, Ernesto Renán deplora la degollación que se ve obligado a ejecutar, para no ser infiel a su hija la ciencia, de cuantas son las ideas y sentimientos religiosos. Pero ¿qué remedio puede haber para mal tan inevitable? Las personas finas e ilustradas cuentan con la filosofía para preservarse del egoísmo, no contraer vicios y no caer en pecado; pero el vulgo, que no filosofa, se rebela y se desenfrena cuando pierde las creencias. El remedio que para tanto mal haga Renán es ingenioso a maravilla. La física y la química progresan espantosamente. Bien podemos exclamar con un discreto autor de zarzuelas:

Hoy las ciencias adelantan
que es una barbaridad.

El proyecto de Renán es que en lo sucesivo no se divulguen los portentosos adelantos e invenciones que han de realizarse de seguro; que todo quede sigilosamente reservado en el seno de las congregaciones o colegios de los sabios; que todo sea lo que llamaron en la clásica antigüedad doctrina *acroamática*; y que, armados los sabios de tal doctrina y del arte taumatúrgico que de ella emana, tengan a raya a la insolente muchedumbre y la amenacen o la castiguen, ya con cataclismos, ya con erupciones volcánicas, ya con tempestades, ya con epidemias.

Al contradecir el gratuito aserto de que ha pasado la edad de la fe y de que la llamada edad de la razón es la que viven hoy los pueblos civilizados en invencible incredulidad religiosa, negando lo sobrenatural y trascendente, ni Cánovas ni nadie es menos liberal ni menos democrático que los impíos o irreligiosos. Antes bien, puede y debe afirmarse y sostenerse que la sana democracia y el verdadero liberalismo tienen por base la religión, raíz y fundamento de la dignidad del hombre y motivo principal del respeto y del amor que al prójimo debemos. La justicia y la misericordia, el derecho de reprimir y de castigar al delincuente, y el deber de amparar al desvalido, apenas se conciben sin creer en un legislador supremo, en el libre albedrío del hombre y en su responsabilidad consiguiente.

Defendiendo Cánovas, en medio de los azares y tumultos de una revolución desalentada, y demostrando y proclamando en la cátedra del Ateneo tan altos y salvadores principios, mereció bien de su patria y contribuyó a que se consiguiese la paz y a que no se menoscabase o pervirtiese la cultura del humano linaje. Justísimas son las alabanzas que le da por esto el padre Ceferino González en su *Historia de la Filosofía*. «Sus escritos y peroraciones -dice- se distinguen por la precisión del lenguaje y la exactitud de las ideas.» Y más adelante añade que Cánovas «ha contribuido no poco a extender y consolidar el movimiento filosóficocristiano, no ya sólo por medio de sus estudios y trabajos históricos, sino principalmente por razón de algunos de sus discursos pronunciados en el Ateneo, los cuales reflejan el talento profundo y la ciencia seria y comprensiva de su autor».

No sé yo hasta qué punto puedan considerarse exactas una discretísima observación de Cánovas y cierta distinción que infiere de ella entre germanos y latinos. Entiende él que en Alemania la teoría y la práctica van cada una por su lado y que allí el atrevimiento o el disparate teórico es harto menos peligroso que entre nosotros, donde no bien inventamos o importamos el atrevimiento o el disparate, nos empeñamos en traducirlo en la práctica con irreflexiva premura.

Alguna verdad hay en esto, ya que a los sabios y filósofos alemanes suelen hacerles menos caso en su tierra que en las extrañas. La figura intelectual de ellos se asemeja con frecuencia a las imágenes pintadas en los vidrios de la linterna mágica, que si bien aparecen diminutas en el vidrio, se agigantan y adquieren proporciones enormes cuando se proyectan en lienzo o pared muy distantes. Así, por ejemplo, Krause, Schopenhauer, Nietzsche y otros.

No participo yo, con todo, del entusiasmo de Cánovas por Kant cuando aprueba y aplaude que, si bien con la razón pura cree destruir toda prueba de la existencia de Dios, con la razón práctica luego nos tranquiliza, nos consuela y nos devuelve al Dios que nos había quitado. No fue bufonada de Enrique Heine, sino censura juiciosa, a mi ver, lo que dijo de que Kant, para satisfacción y consuelo de su criado, tuvo a bien devolverle el Dios de que le había despojado primero. Porque si nuestras ideas son sensaciones transformadas que penetran en la mente, donde se ajustan dentro de ciertas formas que en nuestra mente hay, sin que podamos afirmar la identidad ni la semejanza siquiera de tales imágenes con los objetos exteriores que las producen, el *subjetivismo* es completo. Si cuanto sabemos está en el yo y es creación del yo, fuera del cual no hay para nosotros sino un motor incógnito que nos impulsa y habilita para crear nuestro fantástico Universo, las leyes que lo gobiernan no podrán tener, por consiguiente, realidad objetiva. ¿Por qué, pues, han de tenerla el imperativo categórico, la responsabilidad y el libre albedrío de nuestra alma, que reconoce y acata la ley moral, y la innegable existencia del Supremo Legislador, que la promulga?

Harto menos alambicadas especulaciones inducen por dicha a Cánovas a ser creyente, como Donoso Cortés, a quien admira, sostiene Cánovas que toda buena política se funda en una buena teología; mas no por eso sigue a Donoso hasta el extremo de creer convenientísimo ser buen teólogo para ser buen gobernante. Cisneros y Richelieu, citados para ejemplo por Donoso, presumo yo que debieron de ser teólogos menos que medianos; que tuvieron harto olvidadas, si es que las estudiaron alguna vez, la *Summa*, de Santo Tomás, y las *Sentencias*, de Pedro Lombardo. El propio Cánovas, con perdón sea dicho, no hubo de ser tampoco muy versado en teología. Ni necesitaba serlo para poseer la prudencia mundana, la habilidad, la entereza y otras nobles prendas, por las que ya se cuenta entre los varones ilustres, honra de su nación, hábil para gobernarla y devotísimo, aunque algo desesperanzado, patriota. Si pudiéramos evocarle y traerle a nueva vida, le diríamos como Fausto dice: «Desecha lúgubres cavilaciones y baña tu pecho terrenal en el rosicler de la aurora.»

Aunque sólo fuera para no fatigaros con más prolijo razonamiento, las desecharía yo también. Ceso, pues, en mi propósito de ir en pos de Cánovas por el intrincado y confuso laberinto de los enigmas que pretende aclarar y de los problemas pavorosos por cuya resolución se afana con más talento que ventura.

En la acción, a no dudarlo, la hubiera tenido grandísima si sus altos propósitos hubieran estado al alcance del valor humano. Pero la condición de las naciones es hoy muy otra de como fue en las pasadas edades. Casi estéril sacrificio es hoy la heroicidad sin la riqueza que da la fuerza. Con un puñado de pobres aventureros no pueden hoy desbaratarse imperios y descubrirse y conquistarse mundos. Se requieren enormes riquezas, acorazados y torpederos, pólvora y dinamita, multitud de cañones, centenares de miles de soldados y tesoros sin cuento para mantener tanto bélico pertrecho y para adiestrar a los hombres en el arte y en el tino con

que han de emplearse. Nunca mejor que ahora pudo decirse *Si vis pacem para bellum*. El poder político estriba en el industrialismo, en la buena administración de la Hacienda y en el ahorro. La carencia de tales virtudes nuestra escasa laboriosidad y nuestro despilfarro y desorden administrativo, nos tienen apocados y nos tienen además descontentos unos de otros, echándonos mutuamente la culpa de recientes malandanzas y desastres, tal vez sintiendo en el pecho veleidades suicidas de separarnos en vez de unirnos y formando entre los labios la sacrílega negación de la grandeza y virtud de nuestros antepasados.

Esta negación deletérea es ya el último grado de postración y amilanamiento. Ningún Mesías político puede suscitarse a sí, sino para ser en balde ofendido y crucificado. Las grandes acciones requieren la fe vivísima en quien ha de ejecutarlas y el apoyo y el concurso del pueblo en cuyo favor las ejecute. Por un cúmulo de circunstancias deplorables, esto faltó a Cánovas y faltó también a no pocos otros hombres que recientemente hemos tenido, y que en mi sentir no valen menos de los que figuran hoy y han figurado en el último pasado siglo en las naciones más prósperas y poderosas.

No lamentemos nuestra supuesta degeneración. La preponderancia de otros pueblos no es tan incontrastable como su engreimiento supone, ni debe de ser tan sin remedio nuestra caída como quizá imaginamos en nuestro desaliento. ¿Por qué perder toda esperanza de algo a modo de resurrección dichosa de que sobrevengan aún días felices el que hijos de España y sirviendo a España merezcan la admiración y el asombro de sus contemporáneos, como lo merecieron todos los españoles que celebró Maquiavelo en *El príncipe*, Castiglione en *El Cortesano* y Campanella en la *Monarquía*, que quiso hacer universal para que fuese nuestra?

Todavía, al presente, después de tanta desventura como ha venido a abrumarnos, no puede ser mayor ni más pomposo y elocuente el elogio que hace de nuestro pasado valer el insigne historiador y ensayista lord Macaulay:

«El predominio que España ejercía entonces en Europa era, en cierto modo, bien merecido. Habíalo alcanzado por su indiscutible superioridad en todas las artes políticas y guerreras. En el siglo XVI, así como Italia era sin duda alguna la tierra por excelencia de las bellas artes, y Alemania la de las atrevidas especulaciones teológicas, España era la tierra de los políticos y soldados. El carácter que Virgilio atribuye a sus compatriotas pudiera haber sido reclamado como suyo por los graves y altivos jefes que rodeaban el trono de Fernando *el Católico* y de sus inmediatos sucesores. El arte mayestático, el *regere imperio populos*, nunca fue mejor entendido por los romanos en los más gloriosos días de su república que por Gonzalo y Jiménez, Cortés y Alba. La pericia de los diplomáticos españoles era celebrada en toda Europa. Aún se recuerda en Inglaterra el nombre de Gondomar. La nación soberana no tenía rival en el arte de la guerra regular, ni en el de la irregular. Tanto la impetuosa Caballería de Francia como las apretadas falanges suizas eran deficientes en sus arrestos, puestas cara a cara con la Infantería española. Y en las guerras del Nuevo Mundo, donde era menester en el general algo distinto de la estrategia corriente y en el soldado algo distinto de la ordinaria disciplina, y donde a menudo se hacía preciso oponer algún nuevo expediente a las variadas tácticas de bárbaros enemigos, los aventureros españoles, surgidos del vulgo, mostraban una fertilidad de recursos y un talento para negociar y mandar, que apenas encuentran parangón en la Historia.

El castellano de aquellos tiempos era al italiano lo que el romano era al griego en los días de la grandeza de Roma. El conquistador tenía menos ingenuidad, menos gusto, menos delicadeza de percepción que el conquistado; pero tenía mucho más orgullo, firmeza y valor, más solemne apostura y más alto sentido de su honra. El pueblo dominado era más sutil en la especulación; el dominante, en la acción, más enérgico. Los vicios del primero eran los del

abatido y vencido; del tirano, los del segundo. Puede añadirse que el español, como el romano, no desdeñaba el estudio de las artes y el idioma de aquellos a quienes oprimía.

En la literatura de España ocurrió revolución no desemejante a la que, según nos cuenta Horacio, tuvo lugar en la poesía latina: *Capta ferum victorem cepit*.»

No me parecía bien aceptar con el sabio lord la supremacía en atrevidas especulaciones teológicas que concede a Alemania sobre España de aquellos tiempos. No valen menos que los teólogos alemanes Melchor Cano, el eximio Suárez, ambos Luises y los maravillosos místicos, que sin extraviarse compiten, y si no vencen, igualan a Eckart y a Tauler, penetrando en los oscuros senos del alma para estudiarlos con analítica perspicacia, y arrebatados luego y guiados por la inteligencia y por el amor, buscar a Dios, tratar de conocerle y unirse a Él en aquel abismo.

Pondera luego lord Macaulay el influjo dichoso que ejercieron en nuestra rica y original literatura el estudio y la imitación de la de Italia; enumera y celebra, con brillantes frases a nuestros más valientes guerreros y políticos por lo bien que cultivaron las letras, sin descuidar las artes del Imperio y sin dejar el ejercicio de las armas; cita y ensalza a Boscán, a Garcilaso, a Hurtado de Mendoza, a Lope, a Cervantes y a otros, y añade por último:

«Es curioso considerar con qué temeroso respeto miraban a un español nuestros antepasados de aquella época. Era este español, en concepto de ellos, una especie de demonio, horriblemente malévolo, pero también en extremo sagaz y poderoso. «Son muy sabios y políticos -decía cierto honrado inglés en un memorial dirigido a la reina María-, y pueden, por medio de su saber, reformar y enfrenar su propia naturaleza, conformando su condición al modo de ser de aquellos hombres con quienes alternan alegre y amistosamente. Estas dañinas y engañosas maneras no las comprenderá hombre alguno en tanto que no caiga bajo la sujeción de ellos; pero cuando caiga, las comprenderá y sentirá del todo; cosa de la que ruego a Dios que preserve a Inglaterra, porque en disimulación hasta que alcanzan sus propósitos, y en opresión y tiranía cuando los han logrado, exceden a cuantas son las naciones de la Tierra.» Este es el lenguaje de que se hubiera valido Arminio para hablar de Roma o que pudiera usar un estadista de la India, en los tiempos actuales, al hablar de los ingleses. Es el lenguaje de un hombre ardiendo en odio, pero acobardado por aquellos a quienes odia y reconociendo con pesadumbre que le son superiores no sólo por el poder, sino también por la inteligencia».

Ahora bien: yo tengo por cierto que si las almas de los *graves y altivos jefes que rodeaban el trono de Fernando el Católico y de sus inmediatos sucesores* cuando, según la ficción poética de Virgilio, moraban en el Elíseo, aguardando su nueva encarnación y aparición sobre la Tierra, hubiesen encontrado las almas de otros jefes españoles de nuestros días, acaso en vez de desdeñarlas por inferiores las hubieran respetado por iguales, diciendo con amor a alguna de ellas:

> ... Si qua falta aspera rumpas
> Tu Marcellus erit. Manibus date lilia plenis.

En mi sentir, no podemos quejarnos porque carezcamos de varones egregios capaces de restaurar a España en su antigua y perdida grandeza. Áspero e invencible tejido de circunstancias lo impide sólo. El más hábil y brioso, y el mejor intencionado de los gobernantes, poco o nada logra sin el auxilio, crédito y plena confianza de su pueblo, al que no sabrá ni podrá guiar si su pueblo mismo no expresa con firme y poco discrepante decisión adónde quiere ir y por dónde.

No hay mayor estorbo para elevarse que la extremada variedad de opiniones y la desconfianza en las propias fuerzas. Nadie consigue sino humillarse si él mismo, exagerando la modestia con abyecta humildad, se desestima; si se echa en el surco, como vulgarmente se dice; si desecha todo pensamiento propio y admira y copia, sin discernirlo bien, los pensamientos ajenos.

Pensemos, pues, y propongamos algo por nosotros mismos. No seamos federales por haber traducido a Proudhon, maravillándonos locamente de su raro talento de sofista. No seamos tradicionalistas o clericales a lo Donoso para copiar a Bonald y al conde José de Maistre, que nos embelesan. No seamos tampoco intolerantes librepensadores y furibundos anticlericales para ajustarnos a la ultima moda de París. Seamos algo por nosotros y tengamos en nosotros la fe y el mutuo aprecio de que procede la concordia. El regionalismo, y hasta los insanos deseos de separación, no proceden sólo de medieval atavismo, sino de presumir que en tal cual lugar o región de España nos hemos adelantado y puesto al nivel de los más nobles pueblos y razas, mientras que el resto de los desventurados españoles se hunde cada vez más o se queda a la zaga.

De estas epidémicas dolencias, de estos y de otros semejantes extravíos, es menester que nos curemos. Y no para aspirar de nuevo al predominio, sino para permanecer en el concierto de las naciones cultas y civilizadoras, y para que no nos expulsen, poniéndonos entre las naciones decaídas, por desestimar nuestro derecho y por declarar caducados o no valederos y falsos desde su origen los títulos en que se funda.

Jamás acertaré yo a describir, ni menos me atreveré a declarar, las causas principales de la decadencia de España. Indicaré sólo algo que apunta el ya citado Campanella en el mismo libro en que traza el plan que podía darnos, en su opinión, la hegemonía o el imperio del mundo, porque *inventa tipografia et tormenta belica, rerum summa redit ad hispanos, homines sane impigros fortes et astutos*.

Lo que más se oponía, según dicho escritor, al logro de tamaña empresa era nuestra escasa habilidad para producir riqueza, y nuestra falta de circunspección, parsimonia y tino en gastarla. Lo mejor, lo más próspero e industrioso del mundo, era nuestro cuando Campanella decía: *Est admiratione dignum, quomodo consumatur tanta divitiarum vis sine ullo emolumento: cum videamus Regem fere perpetua inopia laborare, atque etiam ab aliis mutuo accipere*.

Más inclinado yo a ser idólatra que iconoclasta, ensalzo a Cánovas y apruebo y aplaudo los lauros que se le otorgan y los monumentos y estatuas que se le erigen. Y esto, no ya sólo por hombre de acción, sino también por su talento de pensador y por su fácil, avasalladora y brillante palabra, condición esta última casi punto menos que indispensable en el régimen parlamentario.

No creo, con todo, que para gobernar sea indispensable también mucha teología, mucha metafísica o atesorar noticia completa de cuántas son las cosas divinas y humanas. Bastan el buen propósito y la firme voluntad de que se consiga, y nadie niega a Cánovas tales dotes. Las acendra, por último, y las magnífica, dando más valer a su nobilísima vida, el violento y

prematuro fin que esta vida tuvo; el crimen que al quitársela pudo inducir a negar a los más optimistas que el progreso moral vaya por el mismo camino que el indudable progreso del bienestar y de la riqueza. No son menesterosos y desvalidos los que cometen tales crímenes, sino hombres extraviados por corto saber y doctrinas absurdas, por vanidad sin fundamento, ponzoñosa envidia y nefando prurito de mostrarse de pronto al mundo con sangriento resplandor y con infame nombradía.

De la lectura de los hermosos discursos de Cánovas y de las ideas que acuden a mi mente al meditar en ellos, mi criterio ordinario y precientífico se atreve a inferir varias reglas del arte de gobernar, entre las cuales quiero humildemente poner aquí las que siguen:

Procurar el restablecimiento de la subordinación y del respeto a la autoridad, hoy algo perdidos.

Cuidar fiel y hábilmente de la Hacienda pública y pagar las antiguas deudas, sin contraer otras nuevas.

Hacer el Gobierno cuanto esté a su alcance para no dejar el mando, o por temor del peligro, o por cansancio del trabajo. Un Gobierno efímero para poco o nada vale, por excelente que sea, y algo vale siempre, aunque sea mediano, con tal que dure.

No promover cuestiones que traigan la discordia en vez de la unión entre los ciudadanos.

Ser parco en reformas, sobre todo de las que llaman sociales.

Confiar en Dios, encomendándole la resolución de ciertos pavorosos problemas, a fin de no ser como el inexperto aprendiz y presumido mozo que rompe la máquina por el afán de arreglarla.

Legislar lo menos que se pueda.

No fabricar ni comerciar sino en lo que sea de la ineludible incumbencia del Estado, a fin de no competir con la iniciativa individual, arredrándola, incapacitándola y tal vez destruyéndola con las armas y medios que da el dinero de que por los tributos se la despoja.

Adquirir gran dosis de paciencia, serenidad y calma para esquivar o para disimular, hasta donde sea compatible con el decoro, desdenes y agravios, que no puede ni repeler ni castigar por ahora nuestra flaqueza.

Y, por último, esmerarse en conservar las más cordiales relaciones con los pueblos y gobiernos extranjeros, pero no contraer singulares alianzas. Nada debe aventurarse sin contar con suficientes medios y ocasión propicia. No deben seducirnos el desesperado arrojo del vencido Piamonte y su portentoso buen éxito en liga, primero, con Francia, y con Prusia más tarde. El genio de Cavour y su audaz y bien concertada diplomacia, de nada hubieran valido sin la vencedora corriente de opinión sostenida y agitada durante siglos por sacrificio y pertinaz denuedo de príncipes y caudillos ambiciosos y por larga serie de tribunos, estadistas, filósofos y poetas, amantes de su patria, Italia, y ansiosos de verla libre y una.

Según se ve, en nuestra situación actual, que, Dios mediante, es de esperar que mejore, ha de buscarse, a mi ver, la suspirada mejoría en el sosiego y en la paz, y no en cambios y revoluciones, ya sean desde arriba, ya sean desde abajo.

Sólo en un punto no me parecen las reformas inoportunas, sino útiles y deseables, con tal que se lleven a cabo suave y pausadamente, para no dar motivo ni a trastornos ni a quejas.

Yo soy tan individualista como el que más. Y durante mi larga vida he sido siempre, valiéndome de una expresión familiar y muy usada, más liberal que Riego; pero creo que una atribución de la que no puede desprenderse el Estado es la de ser docente. Para que el alma colectiva tenga pensamiento propio; para que la voluntad nacional no se marchite o desmaye por falta de norte que la guíe y de objeto que la traiga, es indispensable una educación oficial homogénea: que el Estado, y por su medio los que el Estado nombra y paga, no abusen de la confianza que el Estado pone en ellos, ni enseñen doctrinas contrarias a las que sin atreverse a negarlo profesa la mayoría de los ciudadanos, ni socaven las bases seculares en que el Estado se sostiene.

Harto comprendo yo la grave dificultad que esto ofrece, la antinomia de algunos de mis asertos. No basta, a fin de armonizarlos, la libertad omnímoda de enseñar cada uno, con tal que sea por su cuenta, la doctrina que estime verdadera y sana, sin más restricciones que las impuestas por la moral universal o por el fundado temor de inminente subversión del orden establecido. Todavía se puede objetar que no debe destruirse ni mermarse la libertad de la ciencia en los establecimientos de enseñanza que costea el Estado: que no hay ministro ni centro oficial con saber y competencia bastantes para decidir y decretar si se opone y concuerda lo que alguien enseña con las tradicionales, creencias de la mayoría y con los venerandos principios en que el Estado se funda. En nuestra época, por ejemplo, se valen no pocos de hipótesis plausibles que los inquisidores más rígidos hubieran aprobado, cuando no aplaudido en España. ¿Por qué el mismo Cánovas, por temor de incurrir en heterodoxia, no quiere desechar el concepto antropocéntrico de lo creado, y da por cierto que la innumerable multitud de astros que brillan en la amplitud del éter y toda la inmensidad del Universo tiene por principal fin y propósito de utilidad la contemplación y el recreo del hombre que habita en nuestro mezquino planeta? ¿Por qué negar que haya fuera de él, en otros mundos, seres corpóreos, racionales y libres?

Yo doy por cierto que el propio Felipe Il gustaba del sistema que Copérnico inventó y dedicó al Papa Paulo III. A los que condenan hipótesis o niegan verdades inventadas o descubiertas por facultad racional y meramente humana, apoyándose para la negación de otras mal entendidas verdades de orden religioso, bien se les puede aplicar lo que dijo el sabio Villalobos cuando había Inquisición en España: que son como los criminales que se acogen a sagrado y buscan asilo en la Iglesia para que sus delitos queden impunes. Hasta para los disparates y extravagancias había entonces indulgencia, aprobación y tal vez aplauso, mirándolos con independencia de la revelación y no queriendo reconocer en ellos intento ni poder para hacer vacilar o para destruir los dogmas que por revelación aceptamos.

Sin duda, no imaginó ningún ministro o familiar del Santo Oficio lo que imaginan algunos en nuestra edad: que habló Dios a Moisés en la cumbre fulgurante del Sinaí para enseñarle física, química y cosmogonía.

Tales son las dificultades gravísimas que la enseñanza oficial presenta, y que sólo con el recto juicio y con la prudencia más exquisita pueden salvar los que gobiernan.

Pero ya es tiempo de que yo ponga término a esta prolija disertación, receloso como estoy de fatigaros por demás al prestarle oído. Termino, pues, confiando en vuestra benevolencia y rogándoos que perdonéis los muchos errores en que sin duda he de haber incurrido. Acaso penséis, porque en horas no sé si de acerba y depresora melancolía o de saludable y austero desengaño lo pienso yo también, que al impugnar por pesimistas algunas sentencias de Cánovas yerro yo y él acierta. Acaso mi sobrado apego a las cosas terrenales me

mueven a creerlas menos irremediablemente perversas. Acaso confío yo más de lo justo en el progreso indefinido y en los bienes que ha de traer por obra de la humana condición radicalmente viciada por el pecado. Y acaso mi espíritu, algo gentílico y más jovial que saturnino, se resista a aceptar que este mundo sea sólo y deba ser cárcel baja y oscura, valle de lágrimas y molestísimo lugar de tránsito, de expiación y de prueba.

Perdonadme, no obstante, como os lo he rogado, y justificad vuestro perdón por el convencimiento que habéis de tener de la buena intención que me inspira todo cuanto aquí he dicho.

# Consideraciones sobre el «Quijote»

Discurso escrito por encargo de la Real Academia Española para conmemorar el tercer centenario de la publicación de «El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha», leído por don Alejandro Pidal y Mon en la sesión celebrada el 8 de mayo de 1905, presidida por su majestad el rey

## Preámbulo

SEÑOR:

*La Real Academia Española, deseosa de dar a su voz en la presente solemnidad todo el alcance y la significación que le consienten sus gloriosos y dilatados anales, encargó, por unánime acuerdo de todos sus miembros, al insigne literato, eminente crítico y laborioso académico, dechado de prosistas españoles, don Juan Valera y Alcalá Galiano, la expresión de los hondos y vivos sentimientos que palpitan en su corazón al celebrar, juntamente con todo lo que encierra de grande y noble la patria, el aniversario tres veces secular de la aparición del* Quijote *en el materno solar de las hidalgas letras castellanas*.

*Pocos, o casi ninguno en realidad, encerraba en su fecundo seno la Academia con más títulos y mayor significación literaria para exponer, en acto tan solemne, el amor que anega todo pecho español y el entusiasmo en que se desborda al solo nombre de aquel libro en que aparece como cifrado todo, el sublime contenido de la gloriosa civilización española, ostentado al aire libre y a la luz en la más amena, risueña y graciosa narración que ha alegrado jamás los oídos del linaje humano en las tristezas de su peregrinación sobre la Tierra y que más que en frágil y deleznable papel, parece que trazó en mármoles y en bronces imperecederos la esforzada diestra del soldado y del poeta español para que no cesase de sonar en los siglos la carcajada universal, tan espontánea como imperiosa, con que comenta la Humanidad la lectura de sus páginas inmortales*.

*Era, como es a todos notorio, don Juan Valera un espíritu libre y original, adiestrado en toda clásica disciplina, identificado con el genio literario español en sus formas más acendradas y castizas, abierto a todo viento de inspiración, tanto nacional como extranjera, y dotado de aquella difícil facilidad en la expresión serena y llana de las más trascendentales doctrinas, que se iluminaban, al pasar por los bien cortados puntos de su pluma, con la clara y apacible luz meridional, que limpia sin esfuerzo y como sin querer el ambiente de todo vago y malsano linaje de brumas y de nieblas, sin que falte por eso en la oportuna sazón, al lado de la luminosa transparencia castellana, el cambiante que esmalta y colorea con uno y otro*

*matiz los vergeles pintorescos del Norte, ni el toque de vivísima lumbre con que dora y como que incendia el africano sol las feraces campiñas andaluzas.*

*Su saber y su erudición atesorados en su prodigiosa memoria; su vasta cultura universal acrecida en viajes y lecturas de toda; las literaturas humanas; su talento crítico, sagaz, profundo y observador; su carácter modesto, pero independiente, y un patriotismo tan ajeno a jactancias irreflexivas como a abdicaciones injustificadas, le hacían apto como quien más para trabajos como el presente, como lo pregona a gritos más que a voces con su reconocido valer el estudio con que enriqueció; los fastos de esta Academia en su celebrado discurso sobre el Quijote.*

*Hay sucesos, señor, misteriosamente casuales en la existencia, que impresionan vivamente la distraída atención, llamándola a meditaciones profundas. Valera, amantísimo de la Real Academia Española, acogió su ruego con humildad y con dolor. La humildad le llevó a obedecer ciegamente. El dolor acrisoló su obediencia, porque temía en su sincera modestia que los achaques y la edad no le permitieran alzarse a toda la altura de su empeño. Temor infundado, como veréis, porque el Homero de nuestra crítica, si no pudo abrir sus ojos corporales, cerrados ya para siempre al trabajo y la luz, abrió los ojos de su espíritu, y como fluyen aguas cristalinas de los ocultos veneros en las montañas, fluyeron de su alma y de su corazón torrentes de prosa abrillantada y castiza, arrastrando en su generoso raudal sartas de corales y perlas, que recogía con trabajo sobre el papel la diestra acelerada y tardía de su asombrado secretario.*

*El discurso estaba ya para terminar. Apenas faltaba nada para darle punto, cuando la muerte le puso el sello de la inmortalidad, ahogando en la propia garganta del cisne los últimos ecos de su canto, sin duda para que quedase sin concluir, como casi todo lo grande sobre la Tierra.*

*Si la voz de Valera vivo, en la presente ocasión, hubiera sido el himno triunfal del* Quijote *entonado por el único casi superviviente de aquella generación de literatos insignes que inmortalizaron los anales literarios del reinado de doña Isabel II, condensando la admiración tradicional de las edades pasadas al Don Quijote, la voz de Valera muerto es el testamento literario del representante por estudio y por tradición de la España antigua, y por origen, independencia y emancipación de la España moderna, que en los umbrales mismos de la eternidad, y reclinado ya sobre los bordes de su tumba, transmite a la España del futuro el secreto de la belleza literaria y artística, enseñándole el misterioso conjuro con que las Gracias de la antigüedad, evocadas por el genio del Renacimiento, descendieron risueñas sobre la Mancha, para vestir su escultórica desnudez con las armas tomadas de orín de los bisabuelos de Don Quijote, con el sayo y las alforjas de Sancho, con el dengue asturiano de Maritornes y hasta con la prosaica bacía del barbero, convertida, al prodigioso toque de su festivo, talismán, en el propio yelmo de Mambrino.*

*Escuchemos, pues, atentos y respetuosos, su voz, que resuena ya como bajada de lo alto, sobre lo que constituye hoy por hoy el más preciado blasón de nuestro abolengo literario, forjado por la diestra del héroe y del genio español a quien llamamos el* Manco de Lepanto, *por haber sacrificado una mano en los altares de la patria en la más alta ocasión que vieron y que verán los siglos, y donde la otra se preservo incólume por un prodigio de la Providencia, sin duda para que nos señalase con ambas las dos sendas de la inmortalidad que conducen al templo de la gloria, donde tan alto dejó escrito con su propia sangre y su luz el inmarcesible nombre de España.*

## Discurso del señor Valera

Esta Real Academia, en su junta ordinaria del día 12 de enero del presente año, acordó celebrar una sesión pública y solemne para conmemorar el tercer centenario de la publicación del *Quijote*, honrándome con el encargo de escribir el discurso que en alabanza del mencionado libro en dicha sesión debe leerse.

Lisonjeado yo con tal encargo, y lleno de gratitud por la confianza que en mí pusísteis entonces, no quise ni supe excusarme de cumplirlo, aunque reconozco harto bien cuán difícil es salir airoso del empeño y cuán débiles son mis fuerzas, abatidas y menguadas por la vejez, para dar cima a tanta empresa con algo que satisfaga vuestra aspiración y que no sea indigno del alto asunto de que ha de tratarse.

Declaro, sin afectada modestia, que dudo mucho de mi aptitud, y creo que la de cualquier otro, si sólo se atendiese al saber y al entendimiento, valdría mucho más que la mía. En lo único que no cedo a nadie, y yo mismo me pongo atrevidamente entre los primeros, es en el entusiasmo que la obra de Miguel de Cervantes me inspira y en mi arraigado convencimiento de la importancia y valer de dicha obra, por la que merece con justicia su autor el general aplauso de los entendidos y el título indiscutible y persistente de Príncipe de los Ingenios españoles.

No he de tratar aquí de probar la validez de este título. Quien lo otorga no es el engreimiento patriótico, ni es el amor propio nacional, ni la moda, ni el pasajero favor del público en un momento dado. El *Quijote*, desde el día en que se publicó, obtuvo la aprobación y el aplauso de las gentes, deleitó y encantó a sus lectores, y no sólo agradó en España y en la hermosa lengua en que fue escrito, sino también en las demás naciones y en las diversas lenguas en que fue traducido. Lejos de decaer su buena fama; lejos de marchitarse con el andar del tiempo el laurel que mereció su autor, bien puede asegurarse que reverdece más cada día y se muestra más frondoso, florido y lozano, dilatándose por dondequiera.

No es sólo en España donde coronamos a Cervantes. No somos nosotros solos, sino también las personas ilustradas de los demás pueblos, los que le colocaron al nivel de los más grandes poetas que ha habido en el mundo, entendido el vocablo poeta en su sentido más amplio. En Italia le colocan al nivel de Dante, al nivel de Shakespeare en Inglaterra y al nivel de Goethe en Alemania.

Nosotros, aunque se nos tilde de sobrada soberbia, cuando no por el talento reflexivo, nos aventuramos a colocarle más alto por su inspiración espontánea e ingenua. Tal es el concepto, espontáneo e ingenuo también, que del Quijote y de su autor formamos en el día sus compatriotas. Clara manifestación de este concepto es la fiesta unánime y el jubiloso triunfo con que recordamos la aparición de la inmortal novela.

Ni por un instante, a pesar de mi frialdad crítica y de mi propensión al escepticismo, he vacilado yo en tener por fundada la razón suficiente del homenaje, por grande que sea, que a Miguel de Cervantes tributamos hoy. No lo creo nacido de arrogante jactancia nacional, sino de convencimiento claro y seguro. Esto no se opone, con todo, no a que nos empeñemos en probar lo que creemos por fe invencible y sin necesidad de prueba, sino a que investiguemos, hasta donde podamos penetrar razonando, el fundamento de nuestra admiración incontrastable y preconcebida. ¿Por qué un libro de mero pasatiempo, una sátira literaria, una parodia, una obra de burlas, ha de descollar sobre toda la labor intelectual, así de la nación española como de otras inteligentes y cultas naciones europeas, no en época determinada, sino durante siglos?

Como quiera que se explique, y sean mayores o menores el influjo y la importancia de la cultura de España, sobre todo desde fines del siglo XV hasta fines del siglo XVII, es lo cierto que a fines del siglo XVII decayó esta cultura, así como también la fuerza expansiva, el poder político y el vigor imperioso del pueblo que la había difundido por el mundo. Tal vez el odio a nuestro predominio pasado y la vanidad de otros pueblos que en el predominio nos sucedían, concurrieron entonces a desconocer nuestro merecimiento, a rebajar nuestra gloria, a menoscabar y hasta negar las facultades civilizadoras de nuestra raza. Se calificó nuestro pensamiento de estéril, de inútil o nocivo al progreso, de estorbo de la Humanidad en su marcha ascendente hacia más luminosas regiones de libertad y de ventura; y, singularmente en ciencias y en letras, se nos motejó de extraviados y de faltos de crítica, de orden y de buen gusto. Llegó a sostenerse que sólo habíamos tenido un libro bueno: el que se burlaba de los demás. Este libro fue el *Quijote*. Tan abrumados llegaron a estar los españoles bajo el peso de tanto vituperio, que no pocos aceptaron con humildad y casi sin protesta, y tomaron por justa la cruel declaración de nuestra inferioridad mental, contra la cual sólo prevalecía el *Quijote*, y esto porque venía a ratificar y a corroborar la sentencia.

Pero ¿por qué se salva el *Quijote* del general hundimiento? Creerlo merecido y renegar de nuestra casta no son cualidades positivas que basten a salvar un libro del acerbo desprecio que sobre los demás se fulmina.

A fin de justificar la benévola excepción hecha por los extranjeros del *Quijote*, y por nosotros aceptada, surgieron críticos y comentadores que se desvelaron para hacer ver que la verbosidad, la carencia de medida y de juicio y la infracción de todas las reglas no se advertían en el *Quijote*, cuyo autor, en dicho libro al menos, seguía las reglas y las observaba escrupulosamente, después de haberlas estudiado con muy laudable aplicación, como las estudió, por ejemplo, Homero, el cual, según sostiene Hermosilla, asistió a la cátedra de Retórica y Poética de un colegio o Universidad que en su tiempo había en Esmirna, cátedra que el mismo Homero hubo de ocupar más tarde.

El análisis crítico del *Quijote*, hecho por los preceptistas neoclásicos del siglo XVIII, no dio, con todo, el más brillante resultado; no logró justificar, por la estricta observancia de las reglas de Aristóteles, Horacio, Vida y Boileau, que la obra de Miguel de Cervantes era digna del más alto lugar entre las creaciones del ingenio humano. Aquellas mismas reglas que habían de servir y que sirvieron para tasar el mérito del *Quijote* y para medir sus grados de excelencia, sólo podían aplicarse por analogía, imaginando que el *Quijote* era una epopeya o algo a la epopeya muy parecido, y no otro diverso género de composición para el cual dichas reglas no habían sido dictadas.

Por otra parte, ni los autores de las ya mencionadas artes poéticas, ni sus más severos comentadores e intérpretes, pusieron nunca el valer extraordinario y positivo de una fábula o narración poética en su conformidad completa con la Gramática, con la Retórica y con todas las artes de la palabra escrita o hablada. Tal conformidad podrá valer, y vale sin duda, para calificar un libro de muy correcto, culto y elegante, para que se le considere limpio de faltas y para que su autor sea estimado como raro modelo de maestría; pero desde esta calificación, aunque en extremo honrosa, hasta la de que hoy abusamos con frecuencia, prodigándola y llamando *genio* a quien entendemos o imaginamos que la merece, hay una enorme distancia que nadie atraviesa con seguridad y sin extravío, aunque se sepa de memoria a Hugo Blair y Batteux, y aunque estudie después y vaya armado de todas las estéticas que recientemente se han escrito.

Calcular la elevación de un poeta por su mayor o menor sujeción a los preceptos, declararle por ello vencedor y concederle el triunfo, es como si de los tres príncipes hermanos en cierto cuento oriental se hubiese concedido el premio y la mano del corazón de la bella

infanta al que disparó y envió sus flechas más lejos. No la hubiera obtenido el que más la merecía. Las flechas de dos de ellos pudieron hallarse en el punto donde llegaron a caer pero no se halló la del que tuvo más brío para disparar la suya, porque fue más allá de toda previsión razonable. Movida por atractivo más poderoso que el de la infanta, mostró y abrió al príncipe el camino de los mágicos jardines y del reluciente palacio donde el hada Parabanú, o sea la emperatriz de los genios, la verdadera y más sublime musa, enamorada de él, le estaba aguardando.

Algo hay, sin duda, en el arte que va más allá, mucho más allá de las reglas, en lo cual reside y se funda el encanto misterioso que presta superior valer a la obra del artista o del poeta.

¿Cómo acertaré yo a discurrir sobre este encanto misterioso y a demostrar, apoyándola con razones, mi firme creencia de que en el *Quijote* reside?

En mi sentir, es indisputable, no ya que hubiese un determinado personaje que se llamase Homero, ni que fuese muy versado en literatura, hábil expositor y catedrático y fiel observador de sus leyes, como Hermosilla supone, sino que la *Ilíada*, o dígase el principal poema que a Homero se atribuye, está por cima de toda comparación. Aparece, al despuntar la cultura europea, como fecunda y clara luz de su aurora. Sean los que sean los diversos elementos que venidos de Fenicia, de Frigia, de Egipto, del centro de Asia y hasta del remoto Oriente, concurren a formar esta cultura, todos ellos se fundieron en uno, y adquirieron al fundirse carácter original y propio, manifestándose en el rico y hermoso idioma de un pueblo predestinado y conteniendo en germen toda la fuerza creadora y predominante que hizo primero a Grecia, a Italia y a España luego, y a otras naciones europeas más tarde, maestras soberanas y civilizadoras del mundo. Por intuición semidivina y no por raciocinio y dialéctica, como si fuese inspirado por un numen y no premeditado, hubo de formarse el armonioso conjunto de tradiciones extrañas e indígenas, de leyendas, símbolos y creencias de diversas tribus, de sentencias de antiquísimos sabios y de conceptos imaginarios de la oculta naturaleza de las cosas, visto todo al través de un velo mágico, que, sin descubrir el íntimo ser, enriquecía lo aparente de seductora belleza. Más adivinada que estudiada y pensada, más impersonal que personal, como si fuese la creación de todo un pueblo y no de un solo hombre, surgió así la verdadera epopeya primitiva, conteniendo en germen las leyes y las artes, y hasta los principios religiosos y morales que habían de ir desenvolviéndose y fructificando en el alma de las futuras generaciones.

Por esto hallo incomparable la *Ilíada*. Es la epopeya más completa de Europa. A toda epopeya ulterior falta algo. Lo épico popular difuso no desaparece, sin duda; pero la ciencia, la reflexión, las nociones adquiridas por especulación o por experiencia, vienen a adelantarse al vaticinio, a la virtud adivinatoria que presta a la primitiva epopeya la trascendencia de un libro sagrado, donde lo que toda una casta de hombres piensa, siente, ve o sueña de un modo confuso, adquiere luminosa forma por virtud de palabras que dicta la deidad a una predilecta criatura humana.

Las epopeyas modernas son más artificiosas que inspiradas. La reflexión y la crítica no van en pos del numen inspirador, sino que lo preceden y lo guían. El vaticinio, el espíritu profético, cede el primer lugar a la previsión razonada. El poder sobrehumano que interviene en la acción épica y la virtud reveladora del poeta que la canta no nacen en el alma del poeta mismo ni en la de su pueblo, para difundirse y adoctrinar luego a muchos otros pueblos y castas, sino que nacen, en gran parte, de ciencia y de experiencia adquiridas y de extrañas revelaciones.

Lo épico persiste porque no hay facultad humana que desaparezca ni que mengüe porque otras crezcan y se magnifiquen; pero lo que se sabe o lo que se cree viene a limitarse por la contradicción y la duda, pierde no poco de la firmeza y autoridad que antes tenía, vacila y no se impone.

No es ya un dios, sino mera alegoría, bajo la cual se oculta la razón o el natural discurso, la que dicta los oráculos, pronostica los arcanos destinos y se atreve a enseñar los caminos de la vida.

Sólo un poema, aunque artificioso también, y más debido a un singular poeta que al alma colectiva de un pueblo, ha aparecido, a mi ver, en el seno de una civilización muy adelantada, que contenía en sí algo de la universalidad y de la enseñanza trascendente de la primitiva epopeya, lo cual, contando con el valer extraordinario del hombre que compuso el poema, se debe a un cúmulo de circunstancias dichosas, que difícilmente pueden aparecer y coincidir de nuevo. Para que apareciese y cantase Virgilio, fue menester que hubiese una gran ciudad que extendiese su dominio sobre muchas y diversas naciones y por mucha parte del mundo conocido entonces; que enseñase a hablar y que hablase una lengua majestuosa, elegante y rica; que imaginase haber creado un Imperio sin fin. Imperio que iba a dar la paz al mundo, y que se presintiese que iba a aparecer un Redentor y Salvador, llegada ya o próxima a llegar la plenitud de los tiempos, y cumpliéndose así profecías y pronósticos de antiguos videntes y sabios.

La decadencia de Roma; la caída en Occidente de su gran Imperio; la invasión de los pueblos del Norte, en la barbarie aún casi todos ellos; la corrupción del latín, dando origen a nuevos idiomas, rudos e informes al principio, y la aparición de distintas y aun opuestas nacionalidades, tal vez convenían para el ulterior progreso del linaje humano; pero por lo pronto hicieron retroceder la cultura, y si trajeron y acumularon nuevos elementos que habían de valer en lo futuro para sublimarla, los trajeron y acumularon en gran confusión y desorden. Cuanto podía poner orden y verter luz en aquel caos oscuro, más bien que concebido en él, procedía de la pasada civilización, más eclipsada y aletargada que muerta. Lo más sano de la antigua filosofía, considerado acaso como preparación evangélica, el Cristianismo, que, prescindiendo de su valer y de su fundamento sobrehumanos, era importado y no nacido entre los modernos pueblos de Europa, y la afirmación y el sistemático concierto de los dogmas religiosos y morales, dilucidados y discutidos, por los padres de la Iglesia y promulgados en los concilios, todo precedía, todo era exterior y anterior a la nueva Era; todo era ciencia ya adquirida que trocaba la facultad creadora en reminiscencia, y los nuevos conceptos en comentarios o explicaciones de los antiguos, y que propendía, no a la aparición original y sin antecedentes de una civilización más alta, sino al renacimiento de la civilización antigua, aunque depurada, amplia y completa.

No sé hasta qué punto pueda calificarse de epopeya el admirable libro de Dante Alighieri; pero no nace en él un saber nuevo, sino renace el saber antiguo, se extiende y se divulga merced a un idioma vernáculo ya formado, y propende y logra en parte hacerse popular saliendo del santuario y de las escuelas. Virgilio sirve a Dante de guía, y le preceden e iluminan su espíritu, no sólo las Sagradas Escrituras, sino Platón, Aristóteles y muchos otros sabios, griegos, judíos, muslimes y cristianos, hasta Averroes, que hizo el *Gran comento*, y Tomás de Aquino, que compuso la *Summa*.

El más frecuente y general asunto de la narración heroica durante la Edad Media siguen siendo las guerras, conquistas y hazañas de griegos y romanos, aunque sin duda en combinación con el vehemente anhelo, sentido por nuevas razas y sociedades de hombres, de renovar glorias y grandezas pasadas, prestando a los héroes que les dieron cima carácter y condiciones que los desfiguraban y los hacían muy otros de los que en su tiempo y sazón

habían sido. La guerra de Troya y los altos hechos de Alejandro de Macedonia constituyeron un ciclo épico. El poderío romano fue fundamento de otro ciclo, prolongado y ampliado hasta Carlomagno, sucesor y heredero de los antiguos césares del Imperio de Roma.

Las ideas, tradiciones, fábulas, doctrinas religiosas y principios políticos y morales que los pueblos del Norte trajeron consigo al invadir y desbaratar el Imperio de Roma, formando estados y naciones nuevas, carecieron de la briosa y suficiente originalidad para eclipsar la luz de la antigua poesía o para transfigurarla al combinarse con ella, creando algo que la igualase, cuando no la superase. Bien pudo lo sobrenatural cristiano convertir en alegorías, en sombras vanas y sin consistencia, el Olimpo, el Parnaso, el Citerón y todos sus dioses, musas, ninfas y demás deidades inspiradoras; pero nada o poco importó para esto el Walhalla.

Cuanto trajeron más tarde los mahometanos conquistadores o los europeos importaron de Asia en Europa, después del gran movimiento de las Cruzadas, nada logró fundirse con el persistente recuerdo de lo clásico y con el más elevado sentir y pensar cristiano y católico para crear en los siglos medios una poesía, universal y trascendente como la antigua, que mirase a lo por venir, que tuviese finalidad y que abriese claros y dilatados horizontes en el camino del linaje humano. La ciencia, y no la poesía, fue la iniciadora en la Edad Media. Durante siglos, el latín, muerto para el vulgo, y aunque viciado, persistente entre los eruditos y doctores, fue el medio más poderoso del progreso.

Acaso el elemento poético más original que hubo en Europa durante la Edad Media, con carácter general y no nacional o regional sólo, se debe a una raza creyente y noble, aunque vencida y oprimida. Libres por algún tiempo los antiguos britanos e independientes del poder de Roma, hubieron de tener religión, cultura, leyes y príncipes propios. Una gentil y delicada flor de poesía hubo de nacer y ser cultivada entre ellos. Tribus germánicas, y principalmente los anglosajones, acabaron con la independencia de aquellos isleños celtas y los sometieron a su dominio o los movieron a refugiarse en la Armórica, a la que dieron su nombre, llamándola Bretaña. La antigua poesía céltica, purificada en el infortunio por ideas y sentimientos cristianos, se conservó, y sin duda se transfiguró ocultamente, tal vez hasta el instante en que, conquistando los normandos a Inglaterra, resurgió triunfante al considerarse vengada de los antiguos conquistadores. Los druidas y los bardos volvieron entonces de la misteriosa Avalón convertidos en príncipes y reyes católicos, en andantes y enamorados caballeros y en muy discretas y hermosas damas y soberanas señoras, con brillante séquito de hadas y de encantadores activos y fecundos en estupendas maravillas, aunque sin muy razonable objeto y sin propósito claro.

El ciclo de la Tabla Redonda se extendió pronto por Europa toda, compitió con las historias y fábulas griegas, latinas y orientales, y vino a ser como la persistente tela donde los *trouvères* del norte de Francia, los refinados trovadores de Provenza y los inspirados *Minnesinger* de Alemania, con Wolfram de Eschenbach al frente de ellos, bordaron vagas, y primorosas leyendas, fundaron reinos que no están en el mapa y crearon palacios encantados e intrincadas selvas por donde atrevidos paladines iban en demanda del Santo Grial, o a dar cima a fantásticas empresas y enmarañadas aventuras.

Por cierto que al asegurar Montesquieu, si él fue quien lo aseguró, que el *Quijote* es libro español que se burla de los demás libros españoles, mostró no estar muy enterado de todo lo dicho. Cuanto hay de sobrenatural y sofístico, de soñado y nebuloso, en nuestros libros de caballerías tiene origen extranjero; por moda fue importado en España, aunque recamado y adornado luego por la vigorosa imaginación y fácil estilo de nuestros escritores, entre quienes descuella, fuese quien fuese, el autor del *Amadís*, «libro único en su arte y el mejor de todos los que en este género se han compuesto», como el mismo Miguel de Cervantes preconiza.

No condenó Cervantes los buenos libros de caballerías. No sólo ensalza el *Amadís*, sino más ensalza aún, si cabe, a *Tirante el Blanco* y a *Palmerín de Inglaterra*. Lo que Cervantes condena, lo que es blanco de burlas, es la exageración, el amaneramiento, las extravagancias viciosas; casi siempre lo exótico y nunca lo castizo.

Más dignos de elogio que de censura son en verdad el refinado sentir caballeresco, la admiración y devoción respetuosa, y la púdica, continente y platónica ternura con que paladines y trovadores sirven o se supone que sirven a sus damas. Dante y Petrarca hicieron brotar de este sentir un limpio y abundante venero de pura poesía. Bien merece cualquiera de ellos que le celebremos llamándole:

> El que al Amor desnudo en Grecia y Roma,
> de un velo candidísimo adornado,
> volvió al regazo de la Urania Venus.

Pero este mismo sentir se exageró y vició y acabó por amanerarse. Tal vez no fue *candidísimo velo*, sino pesada y tupida vestidura la que se puso al Amor contrahecho, para encubrir sus fealdades con postizos y falsos adornos. Tal vez el menosprecio y poca estimación que a la generalidad de las mujeres se les concedía se quiso compensar con la adoración sacrílega y mentirosa de alguna singular princesa, de alguna alta y soberana señora.

Corrompido el casto amor cristiano, vino a convertirse con frecuencia en bastardo culto de hiperdulía, el cual, merced a su vehemencia y a sus ímpetus, solía romper todo freno de moralidad y de leyes. Con razón declara, pues, el satírico maldiciente, hablando de las damas así adoradas y servidas, que no gustaba de ellas y que las que él quería que hubiese o imaginaba que en lo antiguo hubo en su patria eran

> todas matronas y ninguna dama;
> que este nombre de halago cortesano
> no admitió lo severo de su fama.

Y aunque el alambicado amor de los trovadores y de los caballeros a sus damas no traspasase los límites de lo lícito ni tomase trágicas proporciones, siempre solía ser propenso y harto ocasionado a degenerar en cómico y risible. Así lo comprendió Cervantes, y por eso imaginó y creó a Dulcinea.

Habían sobrevenido en el mundo extraordinarios cambios y novedades inauditas, por donde el humano linaje se abrió nuevos caminos y tomó nueva dirección en su marcha. La invención de la pólvora y la de la Imprenta, el más claro conocimiento de la antigüedad clásica, importado en el occidente de Europa por los sabios griegos fugitivos de Bizancio, y, sobre todo, el descubrimiento de la total grandeza y redondez de la Tierra, de inmensos

continentes e islas y de dilatadísimos mares, hizo imaginar a muchos que iba a terminar la edad de la fe y que la edad de la razón empezaba.

Por extraña contradicción del pensamiento humano, cuando en la realidad de los hechos y de las cosas se revelaba un fondo poético más alto y más amplio que todo lo previsto y soñado antes ese mismo pensamiento humano, deslumbrado, absorto, ciego por el mismo resplandor de cuanto acaba de descubrir y aún no acertaba a comprender, se rebeló contra la poesía, se empeñó en ser demasiado razonable y se aficionó a la prosa más de lo justo. Apenas vio el haz de lo descubierto y no penetró en las profundidades misteriosas que bajo el haz de lo descubierto se ocultaba. El universo, que en nuestra vanidad presuntuosa juzgábamos ya conocido por experiencia, nos pareció más pequeño y menos hermoso que el que imaginábamos o soñábamos antes en nuestra infantil ignorancia. Las hadas, los encantadores las ninfas y los genios, todo, por tiránico decreto de la ciencia, fue expulsado del mundo real. La epopeya, la poesía narrativa como arte, llegó al mismo tiempo a su mayor perfección en la forma merced a la superior cultura y elegancia que los nuevos idiomas habían alcanzado. De aquí el primoroso florecimiento de la poesía artificial narrativa y la decadencia o más bien la casi imposibilidad de la verdadera epopeya espontánea sentida y creída, hasta en sus recursos y poderes sobrenaturales.

En Italia se trocó en juguete ameno y gracioso toda la *romancería*, con Angélica, Orlando y Medoro, con el Glorioso Imperante y sus valientes paladines. Todo ello fue menos serio que de chanzas o de burlas; todo para pasatiempo y no para más altos fines. Los entes sobrehumanos de las antiguas mitologías tuvieron que desvanecerse como ensueños o como criaturas sin sustancia, y sólo persistieron como figuras retóricas, abstracciones, alegoría y símbolos, sin vida. Así, *La reina de las hadas*, de Spencer, con todos los seres amigos y enemigos que la circundan, no vienen a ser a pesar del ingenio poderoso del poeta, sino disfrazadas personificaciones del catolicismo y del protestantismo y de otras ideas, opiniones y conceptos políticos o religiosos. Se derrocharon el saber, el ingenio, el atildamiento y la habilidad primorosa, pudo no pudo aparecer ni apareció la epopeya.

Sólo consiguió suplantarla la historia descarnada y seca, sin milagro de veras creído, sino de algo que naturalmente sucede y que tal vez gustaría o interesaría más contado en prosa que con el trabajoso artificio de la octavas reales. Y sin embargo, apenas se concebía entonces nada mejor en lo épico. Bien lo confirma Cervantes cuando, en el donoso escrutinio de la librería, hace decir al cura que *La Araucana*, de Ercilla y la Austríada, de Juan Rufo, «son los mejores libros que en verso heroico, que en lengua castellana están escritos, y que pueden competir con los más famosos de Italia».

Lo único que por entonces, a pesar de no pocas deficiencias, se aproxima a la epopeya verdaderamente inspirada fue *Os Lusiadas*, de Luis de Camoens. Este gran poeta presintió y adivinó todo el valer, toda la maravillosa trascendencia de las hazañas que portugueses y castellanos habían realizado para magnificar y completar en nuestra mente el concepto de la creación o de las incomprensibles obras divinas, en todas las cuales está Dios sosteniéndolas con su poder y llenándolas de su gloria.

Fuerza es confesar, no obstante, que, deslumbrado nuestro espíritu por la magnitud de la realidad descubierta, no acertó por lo pronto a penetrar en el centro de ella y a descubrir allí la nueva poesía. Más bien por virtud del prurito razonador propendió el alma humana a desnudar la naturaleza de sobrenaturales prodigios y a no ver en el mundo sino aquello que se nos aparece por observación y experiencia de los sentidos. Esto mismo lo vimos mal. Apenas tuvimos vagar para hacernos cargo de todo. Por la India pasamos con los ojos cerrados, sin llegar a comprender hasta mucho más tarde su antiquísima civilización, su filosofía y sus ideas religiosas. Al tomar posesión del gran continente americano, formamos, sin duda,

inventario científico de cuanto en él había de su flora y de su fauna, de las razas humanas que lo poblaban y hasta de los idiomas que hablaban estas razas, trabajo todo de los españoles, trabajo utilísimo para la ciencia pero sin la visión sintética, sin aquella más elevada y completa concepción que había de ser o podía ser núcleo y fecunda semilla de una poesía nueva.

Lo descubierto o averiguado, daba bastante motivo para que las antiguas expediciones civilizadoras y triunfantes de Osiris y de Baco, de Salomón y de Hirán, y las conquistas de Alejandro y de Trajano, se tuviesen en poco, y para que el poeta pudiese decir, sin pecar de arrogante y presuntuoso:

*Cesse tudo o que a musa antiga canta.*
*Que outro valor mais alto se alevanta.*

Pero si hubo bastante motivo y razón para imponer silencio a la antigua musa, faltaron vigor y aliento fatídico para que la musa nueva llegase a cantar con la requerida y condigna resonancia. El prematuro racionalismo tuvo la culpa. Cuanto se decía o escribía, mejor que en verso estaba en prosa. La prosa más sencilla, la más de buena fe, la que se limitaba a contar lo materialmente visto y no lo espiritualmente soñado, resultaba más poética que el verso.

La misma Reforma contribuyó, poco más tarde, a desnudar cuanto existe de sobrenaturales encantos, a crear en su idea un dios solitario y adusto, escondido en las remotísimas profundidades del cielo, casi sin ángeles, casi sin santos y casi sin la brillante corte celestial de cándidas vírgenes y de bellas pecadoras arrepentidas.

La manía de lo experimental, el recto juicio, el método baconiano, el no apreciar sino lo bien observado por los sentidos, hubieron de prevalecer así, procurando destruir la poesía como ficción dañosa o ridícula, a no considerarla como primorosa tarea de mero pasatiempo que divertía o interesaba, pero que no enseñaba. Lo sustancial, lo didáctico, lo concionante, se puso en prosa. Los libros científicos del Rey Sabio valen mil veces más que todos sus versos. López de Ayala es ya un grave historiador y sabio político y no un descarnado cronista o un juglar cantor de gestas. Y la narración fingida en prosa, la novela y el cuento cuyo contenido es una lección moral, política o religiosa, prevalece y se sobrepone a casi todas las coplas y discreteos sutiles de los cancioneros.

Desde épocas muy antiguas, desde antes que se formase y pudiese el habla castellana, el ingenio español dio brillantes muestras de su rara aptitud para la narración prosaica. No hubo género de novela o de cuento que entre nosotros no se cultivase y no diese sazonados frutos. Tofail y Lulio encerraron sus filosofías en novelas. Dechado perfecto del apólogo ejemplar nos dio el infante don Juan Manuel. Restaurados recuerdos de la soñada edad de oro y de antiquísima poesía que ya pasó, en combinación con sutilezas petrarquistas y platónicas, inspiraron sus novelas pastoriles a Bernardín Ribeiro, a Jorge de Montemayor y a Gil Polo. La novela histórica, presentida y en cierto modo realizada con candidez graciosa, nace con Ginés Pérez de Hita y con Antonio de Villegas. Y la realidad vulgar de la vida humana, las costumbres, pasiones y sentimientos de la plebe, sin pesimismo tétrico, con más alegría y con menos coturno que ahora, dan ser a la novela picaresca, en la que se ensaya y sobresale el mismo Cervantes, apercibiéndose y adiestrándose para escribir el *Quijote*.

Lo ideal y lo real a la vez, lo novelesco y lo dramático juntos, lo más trágico y lo más cómico, maravillosamente fundido en diálogos llenos de verdad y hermosura, producen, por último, *La Celestina*, libro singular, germen rico del teatro y de la fingida narración en prosa de las edades venideras.

Tales eran, en mi sentir, las corrientes del pensamiento cuando Miguel de Cervantes vino al mundo y dio razón de quién era, así en sus hechos como en sus dichos.

Miguel de Cervantes fue un gran poeta, sin duda. Y no menos que en prosa hubiera sido gran poeta en verso, si las circunstancias no le hubieran sido contrarias. Reflexivamente cedía al espíritu razonador de su época; negaba lo milagroso, poniéndolo en parodia; pero lo amaba con entusiasmo, al par que lo negaba y lo parodiaba. Su chistoso y benigno humor pone de manifiesto a cada paso esta inclinación suya, en ninguna parte con mayor claridad y gracia que cuando Don Quijote, en vez de persuadir a Sancho de que era sueño o embuste el retozo que tuvo en el cielo con las Siete Cabrillas, se allana a creerlo todo, con tal que Sancho crea cuanto él acertó a ver en la cueva de Montesinos. Y si hasta para lo absurdo, con tal que fuese divertido o poéticamente hermoso, Cervantes propendía a la credulidad y repugnaba el escepticismo, ¿cómo ha podido suponer nadie que Cervantes dudó nunca de la grandeza de su patria, que censuró las doctrinas y principios que informaban la civilización y el gran ser de España en su tiempo, y que lo escarneció todo, empeñándose en reformarlo, o más bien en trastornarlo, como el más audaz progresista, librepensador y revolucionario de nuestros días?

Aunque en algo harto menos esencial, arrastrado por la nueva corriente del pensamiento, Cervantes aparezca a veces como burlándose, o como censurando instituciones, doctrinas, hechos y cosas que en lo más hondo del alma todos en su tiempo respetaban, yo tengo por cierto que la censura o la burla de Cervantes no iba ni podía ir sino contra la malicia, contra la flaqueza o contra la viciosa condición de los hombres, que torcían la rectitud o maleaban y viciaban la dignidad y la conveniencia del las instituciones, base y sostén entonces del orden establecido. Para suponer, además, no pocas de esas censuras o burlas apenas hay otro fundamento que el capricho de quien las supone. Muy lejos estaba de la intención de Cervantes el ofender a los monjes benitos, haciendo que Don Quijote les diga: «Ya os conozco, fementida canalla»; y más lejos aún el burlarse de ciertas ceremonias inquisitoriales en las exequias y resurrección de Altisidora. Si alguna vez Cervantes nos presenta desmandada y pecaminosa a la gente de Iglesia, lo es para injuriarla, sino porque la coloca bajo el predicamento de los demás seres humanos, y la sujeta también a sus miserias y debilidades. Así, pongamos por caso los individuos todos de aquella congregación en la que pudo elegir cierta discreta señora sapientísimos teólogos y predicadores elocuentes, si bien prefirió a un lego sano y robusto.

Al que busca en el *Quijote* una doctrina esotérica de reformador revolucionario, una solapada sátira social y política, algo que propende a socavar las bases de la sociedad en que vivía, a fin de fundar ciudad y modo de ser nuevos, abominando y maldiciendo lo existente, le comparo yo al rey de Moab cuando encantusó al profeta y le envió a que maldijese a Israel desde la cumbre de la montaña; pero el profeta vio al pueblo David acampado en la llanura, y el espíritu del Altísimo se echó sobre él y llenó su alma, y, en vez de maldecir, entonó un cántico de alabanzas y colmó a Israel de proféticas bendiciones.

Imposible parece que la obcecación de algunos comentadores haya llegado hasta el extremo de convertir en desaforado progresista a un español tan de su época como Cervantes, tan a prueba de desdenes, tan resignado con su pobreza, tan conforme con su condición menesterosa y humilde, tan confiado en la grandeza de su patria, tan entusiasta de sus pasadas glorias y tan seguro de sus altos y futuros destinos.

Todavía me parece más desatinado quien califica a Cervantes, no ya sólo como contrario de su patria, sino como contrario también y despiadado burlador de creencias llenas de benéfica poesía, calificándolas antes de ilusorias en nombre de una realidad malsana.

Cervantes en mi sentir, en todo cuanto escribió, y más que nada en el *Quijote*, tuvo tal fe en el ser inmortal y en la omnipresencia de la poesía, que para buscarla y hallarla no acudió a la metafísica, no se elevó, traspasando el tiempo y el espacio, a regiones ultramundanas y etéreas, sino que casi se encerró en los no muy amenos ni pintorescos campos de la Mancha, y encantándolos con su ingenio y tocando en ellos como con una vara de virtudes hizo brotar del estéril suelo manantiales poéticos más abundantes y salubres que los de Hipocrene y Castalia.

Cuando lo mejor del mundo era nuestro; cuando, unido Portugal a España, nuestro imperio se dilataba por el remoto Oriente y nuestro pabellón ondeaba sobre ciudades y fortalezas de la China y de la India; cuando nuestros soldados y nuestros misioneros llevaban la religión, el habla y la cultura de España por mares nunca antes navegados, y así entre naciones y tribus selváticas como por Italia y por Flandes y por otras regiones no menos cultas y adelantadas de Europa; cuando atajábamos el arranque invasor del turco y empujábamos hacia el Norte la herejía luterana, no marchitos aún los laureles de San Quintín y Lepanto, y más engreídos por la gloria que recelosos de vencimiento y de caída, es gran disparate imaginar que se propusiese Cervantes en el *Quijote* reírse de su nación y de los sentimientos y doctrinas que la habían subido a tanta altura, y que se propusiese reformarlo y cambiarlo todo. Su benignidad, su indulgencia, el cariño con que mira todo lo español, haciendo simpáticos hasta a los mismos galeotes, prueban lo muy lejos que estaba Cervantes de tratar mal a nuestros reyes, príncipes y gobernantes, contra los cuales no podían impulsarle ni remota envidia ni emulación inverosímil desde la insignificante posición en que, resignado y conforme, él se veía. Y no digamos que esta resignación y esta conformidad hicieron abyectos a los españoles de entonces, incapaces para el adelanto y para las mejoras e indignos del Imperio. No digamos, como dice Quintana, cediendo a flamantes preocupaciones y haciéndose eco de forasteras y liberalescas calumnias, que el despotismo fanático puso en el español corazón de esclavo, degradándole y despojandole así del imperio del mundo. En ningún personaje del *Quijote*, representación fiel de los hombres y de la vida de España en aquella edad, se advierte el menor rastro, el más leve signo de sumisión servil, de vileza o de mansedumbre extremada. Nótanse, por el contrario, a par de la subordinación y el respeto a la autoridad fundada por Dios y por el ministerio del pueblo, a quien Dios inspira, el amor de la igualdad, el más soberbio espíritu democrático y la independencia más briosa, la cual raya a menudo en menosprecio, cuando no de la autoridad misma, de sus inferiores agentes o ministros. Don Quijote llama a los cuadrilleros «ladrones en cuadrilla», y no sólo desafía y provoca a la Santa Hermandad, sino a Cástor y Pólux, a los Macabeos y a todos los hermanos y hermandades que ha habido en el mundo. Sus fueros son sus bríos; sus pragmáticas, su voluntad. Y no es sólo el caballero andante quien, por serlo, se considera campando por sus respetos, horro de toda servidumbre y sin miedo ni sujeción a nadie, sino que también la gente menuda y plebeya tiene los mismos humos y gasta los mismos arrestos y bizarrías. Juan Palomeque, el *Zurdo*, desdeña con mucho reposo los ofrecimientos que le hace Don Quijote de vengar sus agravios: «Yo no tengo necesidad -le dice- de que vuestra merced me vengue ningún agravio, porque yo sé tomar la venganza que me parece.» Y los pelaires de Segovia y la demás gente maleante y juguetona que mantearon a Sancho tienen también tan en poco como Juan Palomeque el poder vengador de Don Quijote. No consintieron que se atrancase la puerta de la venta para repararse contra él, ni lo hubieran consentido aunque, en vez de Don Quijote, hubieran venido a castigarlos todos los héroes de la Tabla Redonda y el propio rey Arturo.

¿Qué corazón de esclavo hay en el valiente, generoso y terrible Roque Guinart, o en la gallarda, celosa y vehemente Claudia Jerónima, enamorada matadora de Vicente Torrellas? Si pecan por algo los personajes del *Quijote*, no es por lo sumisos, sino por lo desaforados. Y esto no se opone ciertamente a la cortesía, a la bondad y a la cultura. ¿Con qué franca y cordialísima hospitalidad no reciben, agasajan y regalan al caballero andante y a su leal escudero, ya los duques en su castillo, ya Camacho el rico, ya Basilio y Quiteria, ya don Diego de Miranda, ya don Antonio Moreno, ya las zagalas y los pastores cortesanos de la fingida Arcadia, y ya los mismos rústicos cabreros, que hospedan en su choza al amo y al criado, que comparten con ellos su cena frugal y que oyen respetuosos y embelesados el hermoso discurso que Don Quijote pronuncia, inspirado por el puño de bellotas que tiene en la mano, y que retrae vivamente a su imaginación la soñada edad de oro, la cual, en aquel momento, más nos parece realizada que soñada?

Ni rustiqueza, ni grosería, ni amilanamiento, se advierten en las personas y en la sociedad que en el *Quijote* se describen, sino el gran ser y la energía de una nación que vive aún en el mayor auge de su poder y más confiada, en su duración que recelosa en su decadencia.

No es abatida resignación, sino conformidad alegre, activa y sana la que Cervantes se complace en describirnos. Llega a la aldea el pintor de mala mano; el Ayuntamiento le encarga pintar las armas, y él no acierta a pintar tanta baratija; pero en vez de desesperarse, se conforma con su mala ventura, toma el azadón y se va al campo a cavar como un gentilhombre. Por la libertad debemos exponernos a los mayores peligros y aventurar la vida; pero si la libertad no se logra, no debemos caer en inactiva postración y en melancolía inútil, sino sacar ventaja hasta del cautiverio y de la mala suerte. No se desespera Ginés de Pasamonte porque le lleven a *gurapas*, sino que se consuela, al ir a ellas, con el alegre propósito y con la risueña esperanza de que allí ha de tener vagar para seguir escribiendo la historia de su vida, que ha de superar en amenidad y en enseñanza a la del Lazarillo de Tormes o a la más divertida de todas las novelas picarescas.

El sufrimiento es una virtud cuando no nace de menosprecio de la ley moral o de la poca cuenta que de la honra se tiene; y de este sufrimiento sin mácula estaban mejor dotados los españoles de entonces que los de ahora. La gracia, el chiste, la risa benévola que no lastima ni hunde a quien la provoca, era y es remedio y panacea de los pesares. Risa tal apenas se da hoy; Cervantes la tenía como precioso don del Cielo. Hoy la seriedad nos abruma. Se diría que hemos nacido para llorar y no para reír. Un poeta contemporáneo asegura que nos ponemos feos riendo, y llorando estamos muy guapos:

> El rostro que nos dio Naturaleza,
> nuestro destino avisa:
> en la aflicción, vestido de nobleza,
> y disforme en la risa.

Yo, no obstante, me atrevo a entenderlo al revés de como lo entiende este poeta. Nada más propio que la risa del noble ser racional y humano. Los animales se afligen y se lamentan, pero nunca ríen. La risa sin hiel es celeste propiedad de los dioses, y en la Tierra, privilegio exclusivo de los hombres sanos y fuertes. Seguro indicio de salud y de fortaleza es reír con suavidad y dulzura. Éste es el mayor y más misterioso encanto del libro del *Quijote*. No se

concibe tal risa sin la debida conformidad con Dios y sin reconocer y declarar que cuantas cosas Dios creó son buenas, como el mismo Dios dijo al crearlas. A nada conduce el ser quejumbroso y maldiciente. No por el ansia furiosa de trastornar y destruir, sino conservando y mejorando, con lentitud y perseverancia, es como el progreso se consigue. Empecatada filosofía de la Historia es, a mi ver, la que supone que la Humanidad no adelanta sin aborrecer lo presente y sin procurar derribarlo con violentos trastornos, luchas y ruinas. Tan absurdo me parece considerar que fuera indispensable requisito, para que fuese España la primera nación del mundo, el expulsar, expilar y quemar a unos cuantos millares de judíos y herejes, como el entender que convenía pasar por el trance de la Reforma, con su recrudescencia del fanatismo, con sus guerras civiles e internacionales, con sus matanzas y suplicios para alcanzar al cabo la libertad de conciencia, o como el imaginar que el más próspero estado y la mayor cultura de la Europa de nuestros días, aun suponiendo que no es problemático todo ello, se deben a la sangrienta Revolución francesa y al más sangriento fruto que dio de sí: al déspota que, sin más alto propósito que su ambición y su capricho, llenó durante años a Europa de estragos y muerte para dejarlo todo, al fin, como antes estaba.

Como quiera que sea, aunque siendo verídica tal filosofía de la Historia, aun siendo fatal o providencialmente ineludible que haya violentas revoluciones para que adelante la Humanidad, yo no noto el menor indicio de que Cervantes las prepare o las anuncie, ni puedo tampoco fundar en tan imaginaria preparación la más pequeña parte de la gloria de nuestro admirable novelista. Lejos de castigar él con suaves burlas y benigna risa nada de cuanto en España se veneraba, sólo castigó, venciendo el afecto que le movía a amarlo, lo ya condenado y castigado por nuestras leyes y por nuestros más castizos ortodoxos, teólogos y moralistas: por Luis Vives, Benito Arias Montano, Melchor Cano, Alejo de Venegas y fray Luis de Granada.

No todo cuanto Cervantes vio y experimentó durante su agitada y trabajosa vida podía causarle contento ni inspirarle alabanzas; pero su invencible alegría se sobrepuso a todo. En nada vio lo feo, sino lo moral y noblemente hermoso. No ya Lucinda, Dorotea, la inocente y amorosa doña Clara y Ana Félix, la morisca, sino hasta la Tolosa, la Molinera y la desdichada Maritornes tienen algo que, como criaturas de Dios, las dignifica y hermosea, vedando el desprecio y moviendo a compasión respetuosa el sello divino del Hacedor en el alma humana indeleblemente estampado. La fuerza mágica del estilo de Cervantes, más que en acumular tesoros poéticos, se muestra en el hacer surgir la poesía de la misma realidad desnuda y pobre. El amor con que Cervantes pinta y representa esta realidad la ilustra con vivos y gratos resplandores.

Cuando Cervantes dice: «En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme...», entienden no pocos comentadores que Cervantes tenía muy desagradables recuerdos de dicho lugar y que deseaba tomar venganza de los malos tratos que en él le dieron; pero los comentadores se quiebran de puro sutiles, o bien la venganza de Cervantes fue generosa y en extremo dulce. Alonso Quijano, el Bueno, salvo su graciosa locura, es un dechado de perfección moral, de talento y de recto juicio, de urbanidad y cortesía. Maese Nicolás, el Barbero, es persona de buenas prendas y apacible trato. El señor Cura no puede ser mejor de lo que es, ni el Bachiller Sansón Carrasco puede ser más regocijado, más ameno y más dispuesto a suaves burlas, sin perjuicio ni mortificación de nadie. La vida del lugar es tan grata, que, en vez de desear nadie olvidarse hasta de su nombre, siente el prurito de ir a pasar en él una temporada, entreteniéndose en sabrosas pláticas y en saludables paseos con los personajes ya nombrados, o yendo al arroyo, donde, nueva Nausicaa, lavaba la ropa Sanchica cuando acertó a llegar el paje con la carta de la Duquesa, el vestido verde de cazador y la bonita sarta de perlas.

Todavía hay otro comentario o interpretación insufrible y arbitraria a todas luces, interpretación ofensiva y calumniosa para Sancho Panza, sin el más leve y razonable fundamento. ¿Cómo suponer que Sancho bueno, Sancho discreto, Sancho gracioso, Sancho que sigue a su amo, no por las esperanzas de la ínsula, sino porque le ama y le respeta, aun cuando duda de su cabal juicio, y porque sólo la pala y el azadón pueden apartarle de él; cómo suponer que Sancho, que monta intrépidamente en *Clavileño* y transpone el remotísimo reino de Candaya para rapar las barbas de la Trifaldi y de sus compañeras, es un egoísta, codicioso, glotón e interesado? Su inocente malicia, sus gracias y donaires, que le ganan el favor, el cariño y la confianza de la Duquesa; su rectitud y tino en el gobernar, mientras le duró el gobierno de la Barataria; el desprendimiento, digno de Job, con que dejó de ser gobernador y volvió a ser escudero, todo muestra que el alma de Sancho, tal como Cervantes la ha creado, no es triste y fiel trasunto de la mezquina realidad donde Cervantes arroja y deposita desdeñosamente las impurezas todas. No es Sancho personificación de la realidad grosera, vulgar y egoísta que se contrapone a lo ideal, a lo sublime, hasta rayar en locura, que llena el alma de don Quijote, haciéndola merecedora de respeto y de admiración aun en medio de sus mayores extravíos. Sancho, en suma, no es contraposición, sino complemento de Don Quijote. Sancho es el rústico ideal español de aquella época, como Alonso Quijano, el Bueno, es el modelo ideal del hidalgo español de la época misma, sobre todo no bien recobra su cabal juicio, poco antes de su tranquila y cristiana muerte. Alonso Quijano no la teme ni la desea, porque ama la vida, porque el ansia de goces y de venturas, superiores acaso a nuestra condición y a nuestros merecimientos, no le acibara o emponzoña lo presente con el anhelo atormentador de un porvenir soñado. Ni a la prolongación de los tiempos, durante la vida terrestre del linaje humano, ni fuera de esta vida, a más altas y ultramundanas esferas, acude Cervantes para consuelo de nuestras cultas, para compensación de nuestros infortunios y para justificación de la Providencia divina. Y no porque Cervantes carezca de esperanza, sino porque su felicidad no la exige, sino porque dice, como el poeta místico:

Aunque no hubiera cielo, yo te amara.

Para saciar su sed de bienaventuranza no es menester una eternidad; un leve momento le basta, si humildemente se conforma con la voluntad de Dios, a quien ama, y adora. La paz de la conciencia, la dulce satisfacción del deber cumplido, valen y duran tanto para un corazón humano como la más perdurable gloria. No necesita acudir Dios a sobrenaturales recursos para la paga de nuestras buenas acciones. Hermosamente lo expresa Don Quijote al terminar los preceptos y reglas que da a Sancho para adorno y salud de su alma: «Si estos preceptos y estas reglas sigues, Sancho, serán luengos tus días, tu fama será eterna, tus premios colmados, tu felicidad indecible, casarás tus hijos como quisieres, títulos tendrán ellos y tus nietos, vivirás en paz y beneplácito de las gentes, y en los últimos pasos de la vida, te alcanzará el de la muerte en vejez suave y madura y cerrarán tus ojos las tiernas y delicadas manos de tus terceros netezuelos.»

¿Qué rastro, qué indicio de amargura, qué queja ni qué odio, ni contra el orden social, ni contra la gente contemporánea suya, ni menos aún contra el mismo Dios, puede atribuirse a quien viejo, en humilde posición, enfermo y pobre y poco atendido y considerado, tan dulces y amorosas palabras escribe? Por eso le hemos comparado al profeta que fue a maldecir a Israel desde la cumbre de la montaña y cayó sobre él el espíritu del Altísimo y llenó su alma, y el profeta rompió en un cántico de alabanzas y colmó a Israel de bendiciones.

Tal vez contra su reflexivo propósito infundió el amor en el alma sana y fuerte de Cervantes esta inspiración tan opuesta al tétrico pesimismo, al furor antisocial o blasfemo que nos contrista y nos atormenta en el día de hoy.

Como quiera que ello sea, yo busco y no hallo la sátira amarga que en el *Quijote* se esconde. No veo el triste reconocimiento de los males, y menos aún el violento remedio que se les debe aplicar. La manía de convertir el arte liberal en arte servil y útil, de cifrar la mayor excelencia y perfección del arte en algo que está fuera del arte mismo, sometiéndolo profanamente a tan extraño propósito, es, a mi ver, la causa de tan infundadas interpretaciones. ¿Qué más puede pedirse a una obra artística, para reconocerla perfecta y merecedora de alabanzas inmortales, que la abundancia de gracia con que nos regocija el alma, y la elevación y nobleza del sentido moral con que la purifica, la mejora y la ilustra?

Es, por otra parte, contradictorio suponer, para que el arte no sea inútil, que toda su utilidad se cifra y resume en una doctrina oculta, cuyo significado no se aclara hasta mucho después de haber pasado la ocasión oportuna de aclararlo. La declaración tardía del misterio anagógico del *Quijote* convertiría libro tan ameno en una broma pesada y cruel que acabaría por hacernos a su autor aborrecible.

Supongamos que Cervantes notó y deploró muchos males que había en su época, los censuró con tanta acritud como disimulo y se propuso ponerles eficaz remedio, cifrando la receta para su curación en el más enmarañado logogrifo. Como nadie entendió bien el logogrifo, nadie tampoco pudo valerse de la virtud terapéutica que en logogrifo se escondía, ni curar por medio de ella, ni reformar ni mejorar a los hombres.

FIN DE LOS «DISCURSOS ACADÉMICOS»